José Mármol

Amalia

GENIO MALIGNO

1851

JOSÉ MÁRMOL

Amalia

1851

GENIO MALIGNO

Amalia, de José Mármol (1851).

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1871. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1942.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/Amalia. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Explicación

— i: i

EXPLICACION

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela, existen aún, y ocupan la posición política ó social que en la época en que ocurrieron los sucesos que van á leerse. Pero el autor, por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquéllos. Y es ésta la razón por qué el lector no hallará nunca en presente los tiempos empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros, etc.

El autor ha creído que tal sistema convenía tanto á la mayor claridad de la narración, cuanto al porvenir de la obra, destinada á ser leída, como todo lo que se escriba, bueno ó maio, relativo á la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras, con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema, aquí adoptado, de describir, en forma reprospectiva, personajes que viven en la actualidad.

Montevideo, mayo de 1851.

Amalia

**

Parte Primera

* * *

Capítulo I.

Traición

**

El 4 de mayo de 1840, a las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguán, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se detiene, y dice a los otros:

-Todavía una precaución más.

-Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche -contesta otro de ellos, al parecer el más joven de todos, y de cuya cintura pendía una larga espada medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

-Por muchas que tomemos, serán siempre pocas -replica el primero que había hablado-. Es necesario que no salgamos todos a la vez. Somos seis;

saldremos primeramente tres, tomaremos la vereda de enfrente, un momento después saldrán los tres restantes, seguirán esta acera, y nuestro punto de reunión será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

-Bien pensado.

-Sea, yo saldré delante con Merlo, y el señor -dijo el joven de la espada a la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicación.

Y, diciendo esto, tiró el pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando a la acera opuesta con los personajes que había determinado, enfiló la calle de Belgrano, con dirección al río.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos después, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma dirección que aquéllos, por la acera prefijada.

Después de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del joven que conocemos por la distinción de una espada a la cintura, dijo a éste, mientras aquel otro, a quien habían llamado Merlo, marchaba adelante embozado en su poncho:

-¡Es triste cosa, amigo mío! Esta es la última vez quizá que caminamos por las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos a un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra.

-Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos... Sin embargo -continuó el joven, después de algunos segundos de silencio-, hay alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

-¿Cómo lo contrario?

-Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es el de permanecer en Buenos Aires.

-¿A pesar de Rosas?

-A pesar de Rosas.

-¿Y no ir al ejército?

-Eso es.

-¡Bah, ése es un cobarde o un mazorquero!

-Ni lo uno ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad y su corazón es el más puro y noble de nuestra generación.

-Pero, ¿qué quiere que hagamos entonces?

-Quiere -contestó el joven de la espada- que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo a quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que menos número de hombres moriremos en las calles el día de una revolución, que en los campos de batalla en cuatro o seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo... Pero dejemos esto, porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras o el polvo repiten luego nuestras palabras a los verdugos de nuestra libertad.

El joven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros, cuya expresión melancólica se avenía perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veintiséis años de la vida.

A medida que la conversación se había animado sobre aquel tema y se aproximaban a las barrancas del río, Merlo acortaba el paso, o parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubría.

Llegados a la calle de Balcarce:

-Aquí debemos esperar a los demás -dijo Merlo.

-¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? -preguntóle el joven.

-Muy seguro -contestó Merlo-. Yo me he comprometido a ponerlos a ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido; no para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar los hombres que los han de conducir a la otra banda ¡y ya verán ustedes qué hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del joven en los de Merlo, cuando alcanzaron la comitiva los tres hombres que faltaban.

-Ahora es preciso no separarnos más -dijo uno de ellos-. Siga usted adelante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una fresca brisa del sur empezaba a dar anuncio de los próximos fríos del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos. Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura a las orillas del río de la Plata, en lo que se llama el "bajo" en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese

paraje tiene de triste, de melancólico y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar a la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, a dos o tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubremente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado a ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó a la proscripción centenares de buenos ciudadanos, ésos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas en que se debía morir al puñal de la Mazorca si eran notados; o decir adiós a la patria, a la familia, al amor, si la fortuna les hacía pisar el débil barco que debía conducirlos a una tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época a que nos referimos, además, la salud del ánimo empezaba a ser quebrantada por el terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo antes que la conociéramos en la América.

A las cárceles, a las "personerías", a los fusilamientos, empezaban a suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mazorca; por ese club de bandidos, a quien los primeros partidarios de Cromwell habrían mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba a apoderarse de todos los espíritus, no podía dejar de obrar su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa del río, en dirección a Barracas, a las

once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crimen de lesa tiranía que se castigaba irremediablemente con la muerte.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiarse una sola palabra; y es ya tiempo de dar a conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos era Juan Merlo, hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía a la civilización, y con el pampa por sus habitudes holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demás.

A pocos pasos seguíalo el coronel Don Francisco Lynch, veterano desde 1813; hombre de la más culta y escogida sociedad, y de una hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el joven Don Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que había heredado de sus padres; corazón valiente y generoso, e inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio.

Este es el joven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisson, argentinos todos.

En este orden habían llegado ya a la parte del Bajo, que está entre la Residencia y la alta barranca que da a Barracas, en la calle de la Reconquista, es decir, se hallaban en paralelo con la casa que habitaba el ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville. En ese paraje, Merlo se detiene y les dice:

-Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la oscuridad, buscando en el río la embarcación salvadora, mientras que Merlo parecía que la buscaba en tierra, porque su vista se dirigía hacia Barracas, y no a las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

-No está -dijo Merlo-; no está aquí, es necesario caminar algo más.

La comitiva lo siguió, en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto a treinta o cuarenta varas de distancia, en la misma dirección que llevaban; y en el momento en que se volvía a comunicárselo a sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, trayendo un repentino pavor al ánimo de todos.

-No respondan; yo voy a adelantarme un poco a ver si distingo el número de hombres que hay -dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hacia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente a aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de sus bolsillos una de las pistolas que llevaba y, antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oliden pudieron disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen también como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que lo atropella, pero rueda también a su empuje irresistible, y caballo y jinete

caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asidos por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda e imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: ¡los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos, hechas pedazos ya, a su garganta para defenderla!... ¡todo es en vano!... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto a grandes tajos; y en los borbollones de la sangre se escapa el alma de las víctimas a pedir a Dios la justicia debida a su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles las alhajas y dinero, entretanto que nadie se ve ni se entiende en la oscuridad y confusión de esta escena espantosa, a cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba, en cada segundo de tiempo, formas, extensión y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa, casi de un salto, un espacio de quince pies en dirección a las barrancas. Esto sólo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginación concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le había bastado también para desenvainar su espada, arrancarse la capa, que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo

izquierdo.

Pero, si había librádose del choque de los caballos, no había evitado el ser visto, a pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos encubría la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro más hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la acción de los asesinos, y dando un salto hacia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchón que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnición en el pecho del hombre que tiene a su derecha. Cadáver ya, aún no ha caído ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en dirección a la ciudad.

En ese momento tres asesinos más se reúnen al que acababa de sentir caer el cuerpo de un compañero a los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces sobre Eduardo.

Este se desliza rápidamente hacia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de su caída; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la acción de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entonces tira su capa y retrocede diez o doce pasos más. La idea de emprender la carrera pasa un momento por su imaginación; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexión, súbita como la luz, sim embargo, no había terminádose

en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe a los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendían. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes a su cabeza; Eduardo los para con un doble círculo, y haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza a ganar hacia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendía, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en su vértigo de sangre y de furor no perciben que se hallan ya a doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose más en cada momento la intención de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentía que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiración de su pecho. Sus contrarios no se cansan menos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita a los otros con palabras de demonio, pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, éste tira dos cortes a derecha e izquierda con toda la extensión de su brazo, amaga a todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándose algunos pasos más hacia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder éste y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza a perder la fuerza en la sangre abundante que se escurría de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con tesón, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenía en su mano izquierda. Este último, que no había comprendido la intención de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazón. El poncho había llegado a su destino; la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos en él; no se turba su espíritu, sin embargo: da un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa que había arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza a desenvolverlo de la cabeza, mientras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra a lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre un honda herida sobre el hombro derecho.

-¡Bárbaros -dice Eduardo-, no conseguiréis llevarle mi cabeza a vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, para en tercia una estocada que le tira su contrario más próximo; y, desenganchando, se va a fondo, en cuarta, con toda la extensión de su cuerpo: dos hombres caen a la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo, que no ha tenido fuerzas para volver a su primera posición, y que cae sin perder, empero, su conocimiento, ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aún se precipitan sobre él.

-¡Aún estoy vivo! -grita Eduardo, con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar e interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha

extensión de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenía a su lado y, tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate. Aun en ese estado, los asesinos se le aproximan con recelo. Uno de ellos se acerca por los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posición, ni fuerza para parar. La impresión del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero a ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra, e hinca sobre su pecho una rodilla.

-¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado! -le dice, y volviéndose al otro que se había abrazado de los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquél se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que le oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo a la garganta del joven.

Pero en el momento que su mano iba a hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba a ser su víctima.

-¡A ti también te irá tu parte! -dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caído del cielo, se dirige con su brazo levantado hacia el

último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los pies de Eduardo, porque, aun medio muerto, temía acercarse hasta sus manos. El bandido se pone de pie, retrocede y toma repentinamente la huida en dirección al río.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso, se vuelve a aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de éste es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que había caído sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, e hincando una rodilla en tierra suspende el cuerpo del joven y reclina su cabeza contra su pecho.

-¡Todavía vive! -dice, después de haber sentido su respiración; su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive, y que le ha conocido.

Sin vacilar alza entonces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma a Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y cargándole al hombro, marcha hacia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del señor Mandeville.

Su marcha segura y fácil hace conocer que aquellos parajes no eran extraños a su planta.

-¡Ah! -exclama de repente-, apenas faltará media cuadra y... tengo que descansar porque... -y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que a los dos cubría-. ¡Eduardo! -le dice poniéndole sus labios en el oído-; ¡Eduardo! Soy yo, Daniel, tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, originado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba a pasar, y la brisa fría de la noche a reanimarle un poco.

-Huye... ¡Sálvate, Daniel! -fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

-No se trata de mí, Eduardo; se trata de... A ver... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo más fuerte que puedas... pero ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda que conservas la espada empuñada con ella? ¡Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha!... ¡Y no haber estado contigo yo!

Y mientras hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas. Daniel cargó de nuevo a Eduardo que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacía una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma dirección que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido un poco de la vida que le había arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

-Basta, Daniel -dice-; apoyado en tu brazo creo que podré caminar un poco.

-No hay necesidad -le responde éste, poniéndole suavemente en tierra-, ya estamos en el lugar a donde quería conducirte. Eduardo quedó un momento de pie, pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso, y al tomar esa posición todos los músculos heridos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del joven...

-Ya me imaginaba que no podrías estar de pie -dijo Daniel, fingiendo

naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se había helado sospechando entonces que las heridas de Eduardo eran mortales-. Pero felizmente -continuó-, ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad mientras voy a buscar los medios de conducirte a otra parte.

Y diciendo esto había vuelto a cargar a su amigo, descendiendo con él, a fuerza de gran trabajo, a lo hondo de una zanja de cuatro o cinco pies de profundidad, que dos días antes habían empezado a abrir a distancia de veinte pies del muro lateral de una casa sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville.

Daniel sienta a su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta dónde se siente herido.

-No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles -dice Eduardo tomando la mano de Daniel y llevándola a su hombro derecho y a su muslo izquierdo.

Daniel respira entonces con libertad.

-Si solamente estás herido ahí -dice-, no es nada, mi querido Eduardo -oprimiéndolo con sus brazos con toda la efusión de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero a la presión de sus brazos, Eduardo exhala un ¡ay!, agudo y dolorido.

-Debo estar también..., sí..., estoy herido aquí -dice llevando la mano de Daniel a su costado izquierdo-; pero sobre todo, el muslo..., el muslo me hace sufrir horriblemente.

-Espera -dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido-. Esto, a lo menos -continúa-, podrá contener algo la hemorragia; ahora venga la cintura: ¿es aquí donde sientes

la herida?

-Sí.

-Entonces... aquí está mi corbata -y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto hace y dice fingiendo una confianza que había empezado a faltarle desde que supo que había una herida en el pecho, que podría haber interesado alguna entraña. Y lo dice y lo hace todo entre la oscuridad de la noche y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda.

Y como un sarcasmo de esa posición terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era también, los sonidos de un piano llegaron en ese momento a sus oídos: el señor Mandeville tenía esa noche una pequeña tertulia en su casa.

-¡Ah! -dice Daniel, acabando de vendar a su amigo-. Su Excelencia inglesa se divierte.

-¡Mientras a sus puertas se asesina a los ciudadanos de este país! -exclama Eduardo.

-Y es precisamente por eso que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés sino en cuanto represente fielmente a la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes, con la sola diferencia de que éstas lo hacen de dolor, y aquélla de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginación él conocía y admiraba tanto; e iba a hablar cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

-Siento ruido -le dice al oído, buscando a tientas la espada.

Y, en efecto, no se había equivocado. El ruido de las pisadas de dos

caballos se percibía claramente, y un minuto después el eco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacía más perceptible por instantes; entendiéndose al fin clara y distintamente la voz de los que venían conversando.

-Oye-dice uno de ellos, a diez o doce pasos de la zanja-, saquemos fuego y a la luz de un cigarro podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme a casa.

-Bajemos entonces -responde aquel a quien se había dirigido; y dos hombres desmontan de sus caballos, sonando la vaina de latón de sus sables al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo y, caminando hacia la zanja, vinieron a sentarse a cuatro pasos de Daniel y Eduardo. Uno de los dos recién llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro:

-A ver, dame los papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de banco, y dio uno de ellos a su compañero, quien, tomándolo con la mano izquierda, lo aproximó a la brasa del cigarro que tenía en la boca y, aspirando con fuerza, iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada por la aspiración.

-¡Cien! -dice aquel que había entregado el billete, y cuya cara se había juntado con la del otro para ver junto con él el número.

-¡Cien! -dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operación que con el primer billete, se hace con treinta de igual valor; y después de repartirse 1.500 pesos cada uno de los dos

hombres, mitad de los 3.000 que sumaban los treinta billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

-¡Yo creía que sería más! ¡Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

-¿Y adónde se iban esos unitarios? Al ejército de Lavalle, ¿no es verdad?

-¡Pues! ¿Y adónde se habían de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de éstas todas las noches.

-¡Pero, y si alguna vez entra Lavalle y alguien nos delata!

-¡Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos las cosas mal, nos pasaremos; entretanto yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del comandante.

-¡Fíate mucho! ¡Que nos eche de menos luego, y verás tú y yo lo que nos pasa!

-¡Oh! ¿Y él no nos mandó por este lado, y a Morales por el Retiro, y a Diego, con cuatro más, por las calles a buscar al que se escapó? Entonces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

-Pero ¡qué susto llevaba Camilo cuando fue a avisarle al comandante! Le dijo que salieron cuatro a proteger al unitario, pero no le ha de haber creído porque sabe que es flojo.

-Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los había de matar. Por mi parte, yo no los busco.

-¡Qué buscarlos! Yo me voy a la Boca -dijo aquel que había traído los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, mientras el otro se dejó estar sentado.

-Bueno -dice éste-, ándate nomás, yo voy a acabar mi cigarro antes de

irme a casa; mañana te iré a buscar de madrugada para que nos vayamos al cuartel.

-Entonces, hasta mañana -dice aquél, dando vuelta su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos después, el que se había quedado mete la mano al bolsillo, saca una cosa que aproxima a su cigarro en la boca, y la contempla a la claridad que esparcía la brasa.

-¡Y es de oro el reloj! -dice-; éste nadie me lo vio sacar; y la plata que me den por él no la parto con ninguno.

Y examinaba y volvía a examinar el reloj a la luz de su cigarro.

-¡Y está andando! -dice, aplicándoselo al oído-, pero yo no sé... yo no sé cómo se sabe la hora...- Y volvía a iluminar su preciosa alhaja-... ¡Esta es cosa de unitarios!... La hora que yo sé es que serán las doce, y que...

-Esa es la última de tu vida, bribón -dice Daniel dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin un solo grito, el mismo golpe que había dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibración, ocasionado por un instrumento que Daniel tenía en sus manos, muy pequeño y que no conocemos todavía, el cual parece que hacía sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañón que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habían dado un solo grito.

Daniel, que había salido de la zanja y llegádose como una sombra hasta el bandido, luego que le dio el golpe en la cabeza tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja y, sin soltarla, bajó y dio un abrazo a su amigo.

-¡Valor, valor! mi Eduardo ¡ya estás libre..., salvo...; la Providencia te envía un caballo que era lo único que necesitábamos!

-Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas... no puedo estar de pie.

-No hagas fuerza -dice Daniel, que carga otra vez a Eduardo, y lo sube al borde de la zanja.

En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar a Eduardo sobre el caballo que se inquietaba con las evoluciones que hacían a su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la grupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo; toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y lo hace subir inmediatamente por una barranca inmediata a la casa del señor Mandeville.

-Daniel, no vamos a mi casa porque la encontraríamos cerrada. Mi criado tiene orden de no dormir en ella esta noche.

-No, no, por cierto; no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo a estas horas, en que veinte serenos alumbrarían nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

-Bien, pero tampoco a la tuya.

-Mucho menos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida; y llevarte a mi casa sería haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

-¿Y adónde, pues?

-Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas más preguntas. Habla lo menos posible.

Daniel sentía que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dio un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le nublaba la vista y lo desfallecía; pero, felizmente, le pasó pronto.

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin a la calle de la Reconquista, y tomó la dirección a Barracas: atravesó la del Brasil y Patagones, y tomó a la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no había edificio alguno sino los fondos de ladrillo o de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida a la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas causan temor de día mismo a los que se dirigen a Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, o la de Balcarce, antes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está húmedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas calidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Además, él conocía perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo sin el mínimo contratiempo.

Llegado a la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló a la derecha, y recostándose a la orilla del camino, llegó al fin a la calle Larga de Barracas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios, lo más aproximado a ellos que le fue posible, e hizo tomar el trote largo a su caballo, como que quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y convencido de que no veía ni oía nada, hace tomar el paso a su caballo, y dice a Eduardo:

-Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

-¿Dónde? -le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

-Aquí -le responde Daniel, subiendo el caballo a la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se trasparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo a las rejas, e introduciendo su brazo por ellas y las celosías, tocó suavemente en los cristales.

Nadie respondió, sin embargo. Volvió a llamar segunda vez, y entonces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo:

-¿Quién es?

-Yo soy, Amalia, yo, tu primo.

-¡Daniel! -dijo la misma voz, aproximándose más a la ventana la persona del interior.

-Sí, Daniel.

Y en el momento, la ventana se abrió, la celosía fue alzada, y una mujer joven y vestida de negro inclinó su cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo retiróse de esa posición, como sorprendida.

-¿No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes a los criados; ábrela tú misma.

-¿Pero, qué hay, Daniel?

-No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, más que la vida ¿lo entiendes ahora?

-¡Dios mío! -exclama la joven, que cierra la ventana, y se precipita a la puerta de la sala, de ésta a la de la calle, que abre sin cuidarse de hacer poco o mucho ruido, y que saliendo hasta la vereda, dice a Daniel:

-¡Entra! -pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad

sublime que sólo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa cuando ejecutan alguna acción de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiración.

-Todavía no -dice Daniel, que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo, llega a la puerta.

-Ocupa mi lugar, Amalia; sostén a este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que, recostado contra el marco de la puerta, hacía esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda que le pesaba enormemente.

-¡Gracias, señorita, gracias! -dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

-¿Está usted herido?

-Un poco.

-¡Dios mío! -exclama Amalia, que sentía en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras se cambiaban estas palabras, Daniel había conducido el caballo al medio del camino y, poniéndolo en dirección al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en el anca con la espada de Eduardo, que no había abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal y tomó el galope en aquella dirección.

-¡Ahora -dice Daniel-, adentro! -acercándose a la puerta, levantando a Eduardo por la cintura hasta ponerlo en el zaguán, y cerrando aquélla. De ese mismo modo lo introdujo a la sala, y puso, por fin, sobre un sofá a aquel hombre a quien había salvado y protegido tanto en aquella noche de

sangre; aquel hombre lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podía, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

Amalia

**

La primera curación

**

Cuando Daniel colocó a Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre a la joven prima de Daniel, pasó corriendo a un pequeño gabinete contiguo a la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, a cuya luz la joven leía las Meditaciones de Mr. Lamartine cuando Daniel llamó a los vidrios de la ventana, y volviendo a la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo, y los rizos de su cabello castaño claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron a Eduardo descubrir, en una mujer de veinte años, una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresión y sentimiento, y una figura hermosa, cuyo traje negro parecería escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de

los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó a la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima la dijo:

-Amalia, en las pocas veces que nos vemos, te he hablado siempre de un joven con quien me liga la más íntima y fraternal amistad; ese joven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son oficiales, son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

-¿Pero qué puedo hacer yo, Daniel? -le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hacia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecía la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

-Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa; ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

-¡Oh, no, Daniel; jamás lo he dudado!

-Bien -dice el joven poniendo sus labios sobre la frente de su prima-, entonces lo que tienes que hacer, es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves a quedar dueña de tu casa, y de mí, como siempre.

-Dispón; ordena lo que quieres; yo no podría tampoco concebir una idea en este momento -dijo Amalia, cuya tez iba volviendo a su rosado natural.

-Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar a ningún criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oír concluir la última sílaba y corrió a las piezas

interiores.

Daniel se acercó luego a Eduardo, en quien el momentáneo descanso que había gozado empezaba a dar expansimiento a sus pulmones, oprimidos hasta entonces por el dolor y el cansancio, y le dijo:

-Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que después de su regreso de Tucumán hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que si la hospitalidad no agrada a tus deseos, no les sucederá lo mismo a tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante volviendo su semblante a su gravedad habitual, -exclamó:

-¡Pero es un proceder cruel; voy a comprometer la posición de esta criatura!

-¿Su posición?

-Sí, su posición. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. ¡Mañana sabrá Rosas dónde estoy, y el destino de esta joven se confundirá con el mío!

-Eso lo veremos -dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo-. Yo estoy en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y, si en vez de escribírmelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno a que no tendrías en tu cuerpo un solo arañazo.

-Pero, tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque?

-Eso es para despacio -contestó Daniel sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

-¡Oh, mi linda prima -dijo Daniel-, los dioses habrían despedido a

Hebe, y dádote preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará mientras viene un médico.

Y en tanto que suspendía la cabeza de su amigo y le daba a beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez a Eduardo, cuya palidez y expresión dolorida del semblante le daba un no sé qué de más impresionable, varonil y noble; y al mismo tiempo para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecían dos figuras como no había imaginádose jamás: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

-Ahora -dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia-, ¿el viejo Pedro está en casa?

-Sí.

-Entonces ve a su cuarto, despiértalo y dile que venga.

Amalia iba a abrir la puerta de la sala para salir, cuando la dice Daniel:

-Un momento, Amalia, hagamos muchas cosas a la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

-En aquel gabinete -responde Amalia señalando el que estaba contiguo a la sala.

-Entonces, anda a despertar a Pedro.

Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó a otra habitación, que era la alcoba de su prima, de ésta a un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos.

-¡Oh! -exclamó mirándose en el espejo del tocador mientras se lavaba las manos-; si Florencia me viese así, bien creería me acababa de escapar de

los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando la quiero robar un beso y está enojada se me escaparía hasta la Pampa. ¡Bueno! -continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucumán-, ¡allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y también beberé, porque el diablo se lleve a Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirla!

Y diciendo esto, se echó a la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecía ajena del carácter del joven, escribió dos cartas, las cerró, púsolas el sobre, y entró a la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentía. Al mismo tiempo, la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzón de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver a Daniel de pie en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

-Yo creo, Pedro, que no es a usted a quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay más que un amigo mío a quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tío el coronel Sáenz, padre de Amalia?

-Catorce años, señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junín, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

-¿A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted más cariño y más respeto: a Belgrano, a San Martín o a Bolívar?

-Al general Belgrano, señor -contestó el viejo soldado sin hesitar.

-Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí, una hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

-Señor, yo no puedo ofrecer más que mi vida, y esa está siempre a la disposición de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

-Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no sólo valor, sino prudencia, y sobre todo secreto.

-Está bien, señor.

-Nada más, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazón honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

-Sí, señor; patriota viejo -dijo el soldado, alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

-Bien; vaya usted -continuó Daniel-, y sin despertar a ningún criado ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese, y venga.

El veterano llevó su mano a la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y dando media vuelta marchó a ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos después, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el portón de la quinta, y en seguida apareció en la sala cubierto con su poncho el viejo soldado de quince años de combates.

-¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

¿Tras de San Juan?

-Allí.

-Sí, señor.

-Pues irá usted a ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta diciendo que, mientras se prepara el doctor, usted va a una diligencia, y volverá a buscarlo. En seguida pasará usted a mi casa, llamará despacio a la puerta, y a mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento, le dará usted esta otra carta.

-Bien, señor.

-Todo esto lo hará usted a escape.

-Bien, señor.

-Otra cosa más. Le he dado a usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar antes que dejarse arrancar esa carta.

-Bien, señor.

-Nada más, ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche -dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea-, a la una y media usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma venia que anteriormente, y salió. Algunos segundos después sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovía con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal a su prima de pasar al gabinete inmediato y, después de recomendar a Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

-Ya sabes cuál ha sido mi elección; ¿a quién otro podría llamar, tampoco, que nos inspirase más confianza?

-¡Pero, Dios mío, comprometer al doctor Alcorta! -exclamó Eduardo-. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se expongan por ella una mujer como tu prima, y un hombre como nuestro maestro.

¡Estás sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá más que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos a los buenos, y los pícaros se deben a los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado a dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

-Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

-Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos, y que ha sido educado en la universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frías es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí

bañado en tu sangre, que acabas de exponer tu vida por huir de la patria antes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificación de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y... pero, ¡bah!, ¡qué tonterías estoy hablando! -exclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrían sobre el rostro cadavérico de Eduardo-. ¡Vaya! ¡Vaya! No hablemos más de esto. Déjame hacer las cosas a mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará a todos juntos; y a fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, mientras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima que, al ver las de su amigo, había brotado de la exquisita sensibilidad de este joven, que más tarde haremos conocer mejor a nuestros lectores.

-Daniel -le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro-, yo no sé qué hacer, tú y tu amigo estáis cubiertos de sangre, necesitáis mudaros, y yo no tengo más trajes que los míos.

Que nos sentarían perfectamente, si nos dieses también un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá.

Y llevando a su prima a un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó a su lado y continuó:

-Dime, Amalia, ¿cuáles son los criados en que tienes una perfecta confianza?

-Pedro, Teresa, una criada que he traído de Tucumán, y la pequeña

Luisa.

-¿Cuáles son los demás?

-El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

-¿El cochero y el cocinero son hombres blancos?

-Sí.

-Entonces, a los blancos por blancos, y a los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

¿Pero crees tú?...

-Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mashorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situación actual de nuestro país. Sólo hay en la clase baja una excepción, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propensión que hay en cada raza mezclada a elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, a que siempre toman ellos por modelo.

-Bien, los despediré mañana.

-La seguridad de Eduardo, la mía, la tuya propia, lo exigen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado a un desgraciado, y...

¡Oh, no, Daniel, no me hables de eso! ¡Mi casa, mi fortuna, todo está a la disposición tuya y de tu amigo!

-No Puedes arrepentirte, decía, y debes, sin embargo, poner todos los

medios para que tu virtud, tu abnegación, no dé armas contra ti a nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir tus criados, te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los días indispensables que determine el médico; dos, tres a lo más.

-¡Tan pronto! ¡Oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y sería asesinarlo el levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mías.

¡Gracias, gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vayamos a preparar la cama en que se habrá de acostar después de su primera curación.

-Sí.., por acá; ven -y tomando una luz pasó con Daniel a su alcoba, y de ésta a su tocador.

Pero antes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones.

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa, estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hacia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, o las juntaban con rapidez. El piso estaba

cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco era tan espeso que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro pies de ancho, y dos de alto, se veía en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa, que parecía una tenue neblina abrillantada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared, había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado a fuego, y delante de la cama, estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies de la cama, se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego una papelera con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo a la sala, se descubrían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y por último:

una mesa de palo de naranjo apenas de dos pies de diámetro, colocada a la extremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la más preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto a ella.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían a un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales había desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y en continuación a ella, una bañadera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañadera; y los otros, frente a los espejos de los guardarropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hacia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal, con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba, brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirable. Seis magníficos cuadros de paisaje, y cuatro jilgueros dentro de jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba a

un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespón celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, había una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormía Luisa, joven destinada por Amalia a su servicio inmediato.

Ahora, sigámosla que entra al aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que tomando una llave de sobre una mesa, abre la puerta de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto a sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta, en un corredor que cuadraba a aquél, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, a un aposento amueblado.

-Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo, que vino del Tucumán y partió de regreso hace tres días. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo.

Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitación, mientras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguía, cuya puerta al zaguán estaba enfrente de aquélla de la sala, por donde una hora antes había entrado él con Eduardo en los brazos.

-¿A dónde mira esta ventana? -preguntó a su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba a ocupar Eduardo.

-Al corredor por donde se entra de la calle a la quinta, por el gran portón. Sabes que todo el edificio está separado, hacia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el portón, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

-Es verdad, lo recuerdo... pero... ¿no oyes ruido?

-Sí... Son...

-Son caballos a galope... -y el corazón de Amalia le batía en el pecho con violencia.

-Es probable que... Se han parado en el portón -dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago, y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

-¡Quién será, Dios mío! -exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena en la tarde.

-Ellos -dice Daniel, que había pegado su cara a los vidrios de la ventana.

-¿Quiénes?

-Alcorta y Pedro.., ¡oh! ¡el bueno, el noble, el generoso Alcorta! -y corrió a traer la luz que había ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Independencia, y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo. Pedro hízole entrar por el portón, llevó los caballos a la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenía la llave.

-¡Gracias, señor! -dice Daniel, saliendo a encontrar al doctor Alcorta en el medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

-Veamos a Belgrano, amigo mío -dijo Alcorta apresurándose a cortar los agradecimientos de Daniel.

-Un momento -dijo éste, conduciéndole de la mano al aposento donde permanecía Amalia, mientras el viejo Pedro los seguía con una caja de jacarandá debajo del brazo-. ¿Ha traído usted, señor, cuanto cree necesario para la primera curación, como se lo supliqué en mi carta?

-Creo que sí -respondió Alcorta, haciendo una reverencia a Amalia-, lo

único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró a Amalia, y ésta partió volando a sus habitaciones.

-Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí antes del reconocimiento?

-Es necesario -respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

-Pedro -dijo Daniel-, espere usted en el patio; o más bien, vaya usted a enseñar a Amalia cómo se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, señor, ya debo decir a usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son oficiales.

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apenas.

-¿Cree usted que no lo he comprendido ya? -respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su semblante-... Veamos a Belgrano, Daniel -dijo después de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio, y entró a la sala por la puerta que daba al zaguán.

En ese momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza, y, al ver a Alcorta de pie junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

Quieto, Belgrano -dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño-; quieto, aquí no hay otro que el médico.

Y, sentándose a la orilla del sofá, examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

¡Bueno! -dijo al fin-, vamos a llevarlo a su aposento.

A ese tiempo, entraban a la sala por el gabinete Amalia y Pedro. La joven traía en sus manos una porción de vendas de género de hilo no usado todavía, que habla cortado según las indicaciones del veterano.

-¿Le parecen a usted bien de este ancho, doctor? -preguntó Amalia.

-Sí, señora. Necesitaré una palangana con agua fría, y una esponja.

-Todo hay en el aposento.

-Nada más, señora -dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la expresión del reconocimiento a sus oficiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron a Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron a la habitación que se le había destinado, mientras Amalia quedó de pie en la sala sin atreverse a seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habían invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó a separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habían puesto en confusión su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, compasión, admiración, todo esto había pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no había sentido en toda su vida impresiones tan improvisas y violentas; y a quien la naturaleza, sin embargo, había dado una sensibilidad exquisita, y una imaginación poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podían ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y mientras ella comienza a darse cuenta de cuanto acaba de pasar por

su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre había pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

-No es nada -dijo, después de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo-, la espada ha resbalado por las costillas sin interesar el pecho.

-Tampoco es de gravedad -continuó después de inspeccionar la que tenía sobre el hombro derecho-, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

-Veamos el muslo -prosiguió.

Y a su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de extensión, la expresión del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos a lo menos examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corría a lo largo del muslo.

-¡Es un hachazo horrible! -exclamó-, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente.

Y en seguida lavó él mismo las heridas, e hizo en ellas la curación que se llama de primera intención no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas, que había traído en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento se sintieron parar caballos contra el portón, y la atención de todos, a excepción de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacía sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

-¿A él mismo entregó usted la carta? -preguntó Daniel dirigiéndose a Pedro.

-Sí, señor, a él mismo.

-Entonces, salga usted a ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto después, volvió Pedro acompañado de un joven de diez y ocho a veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picaresca, y que, a pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando cándidamente, ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

-¿Has traído todo, Fermín? -le preguntó Daniel.

-No ha de faltar nada, señor -le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entonces a sacar del lío la ropa interior que necesitaba Eduardo, y a vestirle con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curación. Y en seguida, entre los dos, colocaron a Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermín, y en pocos momentos se lavó y mudó de pies a cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar a Pedro disposiciones sobre cuanto debía de hacer, relativas a los demás criados, a limpiar la sangre de la sala, a quemar las ropas ensangrentadas, etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba a Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas antes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oía la horrible relación que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debía traer el duelo y el espanto a la infeliz Buenos Aires.

-¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? -le preguntó a Eduardo.

-No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo porque Oliden fue el único

que se entendió con él.

-Eso me inquieta un poco -dijo Daniel, que acababa de oír la relación que hacía Eduardo-, pero todo lo aclararemos mañana.

-Es preciso mucha circunspección, amigos míos -dijo Alcorta-, y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

-Nada sobrevendrá, señor. Sólo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba a perder la vida; y Dios no hace las cosas a medias. El acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

-¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir! -dijo Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano a Daniel Bello, dos de sus más queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegación, que en el espíritu de ellos habían sembrado sus lecciones.

-Es necesario que Belgrano descanse -continuó-. Antes del día sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana, al mediodía, volveré -dijo, pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Después de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

¿Cree usted, señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

-Ninguno absolutamente; pero su curación podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron a la sala, donde Alcorta había dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdían entre los rizos de su cabello castaño claro.

-Señor, esta señora es una prima hermana mía, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

-En efecto -dijo Alcorta, después de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella-, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar que entre ustedes hay también mucha afinidad de alma, pues observo, señora, que usted sufre en este momento porque ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propensión simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entrecortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquélla recibía de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo para ir de un salto al aposento de éste.

-Eduardo, yo necesito retirarme, y voy a acompañar a Alcorta. Pedro va a quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana a la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el día; pero mandaré a mi criado a saber de ti. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

-Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas a nadie en mi mala fortuna.

-¿Volvemos? Tú tienes más talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces más que tú. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

-Nada, ¿has hecho que tu prima se recoja?

-¡Adiós! ¿Ya empezamos a tener cuidados por mi prima?

-¡Loco! -dijo Eduardo sonriendo. Vete y consérvate para mi cariño.

-¡Hasta mañana!

-¡Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

Daniel hizo señas a Pedro y a Fermín, que permanecían en un rincón del aposento, y salió al patio con ellos.

-Fermín, toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro, dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algún accidente. Puede ser que los que asaltaron a Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular; y puede ser también que algunos de ellos quieran vengar a los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

-Puede ser, señor, pero a la casa de la hija de mi coronel no se entra a degollar a nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

-¡Bravo! Así me gustan los hombres -dijo Daniel apretando la mano del soldado-. Cien como usted, y yo respondería de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el portón cuando hayamos salido; ¡hasta mañana!

-¡Hasta mañana, señor!

Alcorta estaba ya de pie despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

-¿Nos vamos ya, señor?

-Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

-Perdón, señor, tengo necesidad de ir a la ciudad, y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

-¡Bien, vamos, pues! -dijo Alcorta.

-Un momento, señor. Amalia, todo queda dispuesto; Fermín vendrá a

mediodía a saber de Eduardo y yo estaré aquí a las siete de la noche. Ahora, recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

¡Oh! ¡Yo no temo sino por ti y por tu amigo! -le contestó Amalia, llena de animación.

-Lo creo, pero nada sucederá.

-¡Oh! ¡El señor Daniel Bello tiene grande influencia! -dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y expresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginación y de talento.

-¡Protegido de los señores Anchorenas, consejero de Su Excelencia el señor ministro Don Felipe y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora! -dijo Daniel con tan afectada gravedad que no pudieron menos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

-Ríanse ustedes -continuó Daniel-, pero yo no, que sé prácticamente lo que esas condecoraciones en mí sirven para...

-Vamos, Daniel.

-Vamos, señor. Amalia, ¡hasta mañana!

El imprimió un beso en la mano que le extendió su prima.

-Buenas noches, doctor -dijo Amalia acompañándolos hasta el zaguán, de donde atravesaron el patio, y salieron por la puerta de hierro que daba a la quinta, doblando luego a la izquierda, y llegando al corredor del portón donde Fermín los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo, que daba a la quinta, como se sabe, paróse y vio al viejo veterano de la Independencia sentado a la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver a la sala sin echar desde el zaguán una mirada hacia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida, volvióse paso a paso a sus habitaciones a esconder, entre la batista de su

lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Ticiano, y cuyo cutis, luciente como el raso, tenía el colorido de las rosas y parecía tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habían enfilado, a gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo a la ciudad por aquella barranca de Balcarce, que, doce años antes, había visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir a sellar con sangre el origen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos, a la puerta de la casa del señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron, cambiando algunas palabras al oído: y Daniel, seguido de Fermín, tomó por el Mercado, salió a la calle de la Victoria, dobló a la izquierda, y, a poco andar, Fermín bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

Amalia

**

Las cartas

**

En el patio de su casa, Daniel dio su caballo a Fermín, y orden de no acostarse, y esperar hasta que le llamase.

En seguida, alzó el picaporte de una puerta que daba al patio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce; y tomándola, pasó a un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este joven, de veinte y cinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado; de tez morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño, y ojos pardos; frente espaciosa, nariz aguileña; labios un poco gruesos, pero de un carmín reluciente que hacía resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este joven, de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresión de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de Don Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses giraban en sociedad con los señores

Anchorenas, quienes por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentesco y de política con Rosas, gozaban, a esa época, de una alta reputación en el partido federal.

Don Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepción que tiene entre nosotros esa palabra, y, al mismo tiempo, hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran, desde mucho antes que Rosas, opiniones de federal; y por la Federación había sido partidario de López primeramente, de Dorrego después, y últimamente de Rosas; sin que por esto él pudiese explicarse la razón de sus antiguas opiniones; mal común a las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811, en que el coronel Artigas pronunció la palabra federación para rebelarse contra el gobierno general, hasta 1829, en que se valió de ella Don Juan Manuel Rosas para rebelarse contra Dios y contra el diablo.

Don Antonio Bello, sin embargo, tenía un amor más profundo que el de la Federación: y era, el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo; y, desde niño, empezó a prepararlo para la carrera de las letras, para hacerlo doctor, como decía el buen padre.

A la edad en que lo conocemos, Daniel había llegado de sus estudios al segundo año de jurisprudencia. Pero, por motivos que más tarde trataremos de conocer, hacía ya algunos meses que no asistía a la universidad.

Vivía completamente solo en su casa, a excepción de aquellos días en que, como al presente, tenía huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando a conocer, en adelante, la vida y las relaciones de este joven, que después de entrar a su gabinete, y

colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillón volteriano, echó atrás su cabeza, y quedó sumergido en una profunda meditación por espacio de un cuarto de hora.

-¡Sí! -dijo de repente, poniéndose de pie y separando con su mano los cabellos lacios de su frente. ¡No hay remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y, sin precipitación, pero como ajeno a la mínima duda, ni hesitación, sentóse a su escritorio y escribió las siguientes cartas, que leía con atención después de concluir cada una.

5 de mayo, a las dos y media de la mañana.

Hoy tengo necesidad de tu talento, Florencia mía, como tengo siempre necesidad de tu amor, de tus caprichos, de tus enojos y reconciliaciones para conocer una felicidad suprema en mi existencia. Tú me has dicho, en algunos momentos en que sueles hablar con seriedad, que yo he educado tu corazón y tu cabeza; vamos a ver qué tal ha salido la discípula.

Necesito saber, cómo se explica en lo de Doña Agustina Rosas y en lo de Doña María Josefa Ezcurra, un suceso ocurrido anoche por el Bajo de la Residencia: qué nombres se mezclan a él; de qué incidentes lo componen; de todo, en fin, cuanto sea relativo a ese acontecimiento.

A las dos de la tarde yo estaré en tu casa, donde espero encontrarte de vuelta de tu misión diplomática.

Ten cuidado de Doña María Josefa; especialmente, no dejes delante de ella asomar el menor interés en conocer lo que deseas y que harás que te revele ella misma: he ahí tu talento. Tú comprendes ya, alma de mi alma, que algo muy serio envuelve este asunto para mí; y tus enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben hacer parte en lo que importa al destino de

Daniel.

-¡Mi pobre Florencia! exclamó el joven después de leer esta carta-. ¡Oh! ¡Pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento cuando ella no lo quiere! Vamos a otra carta -continuó-, pero a ésta es necesario que el reloj esté adelantado algunas horas.

Y escribió y leyó lo que sigue:

5 de mayo de 1840, a las nueve de la mañana.

Señor Don Felipe Arana, etc., etc.

Mi distinguido amigo y señor: Mientras usted se desvela, y arrostra, con la energía propia de su carácter, todos los peligros de que está rodeado el gobierno, por la oposición y la intriga de sus enemigos, ciertas autoridades, que estando bajo la dependencia de usted no dejan, sin embargo, de hacerle una guerra disfrazada, descuidan el cumplimiento de sus deberes.

La policía, por ejemplo, tiene más empeño en ostentar independencia de usted, que en velar aquello que únicamente la compete.

Sabe usted que en la semana anterior han emigrado cuarenta y tantos individuos, sin que la policía lo haya estorbado, a pesar de sus poderosos medios; y que Su Excelencia el Restaurador lo ha sabido por avisos de usted, a quien tuve el honor de comunicarle tal suceso. Pero basta que fuese usted quien lo comunicó a Su Excelencia para que el señor Victorica se manifieste indolente.

Anoche, a las diez y media, me retiraba de la Boca para la ciudad, por el camino del Bajo; y a la altura de la casa del señor Mandeville, he visto una numerosa reunión de hombres que, por su inmediación a la orilla del río, creo que tenían el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán efectuado.

Y es el momento en que usted tome su desquite del señor Victorica, informando de esto a Su Excelencia, que, casi me atrevería a asegurarlo, si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de tener del nombre de los prófugos, que a estas horas debería saberlo, si la policía imitase a usted en su actividad y celo.

Después de mediodía tendré el honor de hablar a usted personalmente, y me asiste la esperanza de poder ratificarme más en la alta idea que tengo de su talento y de su actividad, al ver que a esas horas ya sabrá usted, sin necesidad de la policía, todo cuanto ha ocurrido anoche, con detalles y nombres, si, como lo creo, mi presunción no es equivocada.

Y, hasta entonces, saluda a usted con su acostumbrado respeto su atento y seguro servidor Q. B. S. M.

Daniel Bello.

-¡Ah, mi buen Don Felipe! -exclamó Daniel, riéndose como un niño después de la lectura de esta carta-, ¡quién te diría alguna vez que, ni en chanza, te hablarían de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tú me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos a la otra.

5 de mayo 1840.

Señor Coronel Salomón

Paisano y amigo: A mí me consta, como al que más, que la Federación no tiene una columna más robusta que usted, ni el heroico Restaurador de las Leyes, un amigo más fiel y decidido. Y es por eso que me disgusta oír entre ciertas de las relaciones que frecuento, y que usted sabe poco más o menos quiénes son, que la Sociedad Popular, de que usted es digno Presidente, no ayuda a la policía con toda la actividad que debiera, en

perseguir los unitarios, que fugan todas las noches para ir a incorporarse al ejército de Lavalle.

El Restaurador debe estar disgustadísimo de esto; y yo, como amigo de usted, quisiera aconsejarle, que hoy mismo reuniese en su casa los mejores federales que tiene la Sociedad, tanto para que le diesen cuenta de cuanto sepan respecto de los que se han ido últimamente, cuanto para acordar los medios de perseguir y escarmentar a los que quieran irse en adelante.

Yo mismo tendría mucho gusto en asistir a la reunión, y en prepararle a usted un discurso federal para que entusiasmase a los defensores del Restaurador, como lo he hecho otras veces, aun cuando usted es muy capaz de desempeñarse por sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa causa de la Federación, y de la vida del ilustre Restaurador de las Leyes.

Si usted dispone la reunión federal, sírvase contestarme antes de las doce, y disponga de éste su atento servidor que lo saluda federalmente,

Daniel Bello.

-Este hombre hará cuanto le digo -dijo Daniel después de escribir la carta, con un acento de completa confianza-. Este hombre y todos los demás de su especie, devorarían a Rosas sin saberlo ellos, si solamente hubiera tres hombres como yo que me ayudasen a conducirlos: uno en la campaña, otro en el ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, o como el diablo... Me falta otra carta todavía -continuó abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba a medida que escribía con ellos lo siguiente:

Buenos Aires, 5 de mayo de 1840.

Anoche han sido sorprendidos cinco de nuestros amigos a tiempo de embarcarse. Lynch, Riglos, Oliden, Maisson han sido víctimas, a lo menos

así lo creo hasta este momento; uno ha escapado milagrosamente. Si por algún otro conducto tienen ustedes conocimiento de este suceso, no hagan uso absolutamente de ningún otro nombre que no sea de los que dejo escritos.

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribió en el sobre:

A. de G3-Montevideo.

Y poniendo esta carta bajo otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró del cordón de una campanilla.

Fermín apareció en el acto.

-Las cosas no andan buenas, Fermín -dijo Daniel fingiendo cierto aire de distracción y de indolencia mientras hablaba-. El enrolamiento es general y voy a tener que empeñarme otra vez con el general Pinedo por tu papeleta de excepción, a no ser que tú quieras servir.

-¡Y cómo he de querer, señor! -dijo el criado, con esa entonación perezosa, habitual en los hijos del campo.

-Y sobre todo -continuó Daniel-, el servicio va a ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la república; y tú no estás acostumbrado a tales fatigas. Has nacido en la estancia de mi padre y te has criado a mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado que sentir.

-¡Que sentir, señor! -dijo Fermín con lágrimas en los ojos.

-Te tengo a mi servicio inmediato, porque deposito en ti una completa confianza. Tú eres en mi casa el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres; y yo creo que nunca te he reconvenido, ¿no es verdad?

-Es verdad, señor.

-Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir a mi padre otro para

Fermín; y hay pocos hombres en Buenos Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. Así es que tendrías que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

-Yo no sirvo, señor. Primero me hago matar que dejar a usted.

-¿Y te harías matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

-¿Y cómo no, señor? -contestó Fermín con el acento más cándido y sincero de un joven de diez y ocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor, que parece innata a los que han respirado con la vida el aire de la Pampa.

-Así lo creo -dijo Daniel-, y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazón hace mucho tiempo, sería bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar.

Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que había escrito, y continuó:

-Bien, Fermín, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy a decirte: mañana a las nueve llevarás un ramo de flores a Florencia, y cuando salga a recibirlo le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida a casa del señor Don Felipe Arana, y entregarás esta otra. Irás después a casa del coronel Salomón y entregarás también esta otra carta. Ten mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

-No hay cuidado, señor.

-Oye más.

-Diga usted, señor.

-De vuelta de tus diligencias, pasarás por lo de Marcelina.

-Aquella de...

-Aquélla, sí; aquella a quien prohibiste que entrase de día a mi casa, y que tuviste razón para ello: le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente a verme.

-Está muy bien.

-A las diez de la mañana estarás de vuelta, y, si no me he levantado aún, me despertarás tú mismo.

-Sí, señor.

-Antes de salir, da orden que se me despierte si viene alguien a buscarme, cualquiera que sea.

-Muy bien, señor.

-Ahora, una sola palabra más, y vete a acostar. ¿No adivinas qué palabra será ésa?

-Ya sé, señor -dijo Fermín con una marcada expresión de inteligencia en su fisonomía.

-Me alegro mucho que lo sepas y que no lo olvides jamás. Para merecer mi confianza y mi generosidad, se necesita no tener boca, o tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor debido a alguna indiscreción.

-No hay cuidado, señor.

-Bien, vete ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al patio, a las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habían trabajado más que algunos otros hombres, de gran nombre, en el espacio de algunos años.

Amalia

**

La hora de comer

**

A la vez que ocurrían los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de mayo, otros de mayor importancia tenían lugar en una célebre casa en la calle del Restaurador. Pero a su más completa inteligencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector el cuadro político que representaba la república en esos momentos.

Era la época de crisis para la dictadura del general Rosas; y de ella debía bajar a su tumba, o levantarse más robusta y sanguinaria que nunca, según el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surgían los peligros que rodeaban a Rosas: de la guerra civil, de la guerra oriental, de la cuestión francesa.

La Revolución del Sur, acaecida seis meses antes de la época con que da principio esta historia, había conducido repentinamente a Rosas al más eminente peligro de que se ha visto amenazado en su vida política. Pero el desgraciado suceso de esa revolución espontánea, sin plan y sin dirección, había, como sucede en tales casos, dado más vigor y petulancia al vencedor

Rosas, a ese hijo predilecto de las casualidades, que debe su poder y su fortuna a las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacían temblar desde su base el edificio de su poder: la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del general Lavalle sobre la provincia de Entre Ríos.

La victoria del Yeruá lleva al general libertador a imprimir el movimiento revolucionario en Corrientes; y, en efecto, el 6 de octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre, y proclama la revolución contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entretanto, en la provincia de Entre Ríos, hacia la parte del Paraná, y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el ex presidente Don Manuel Oribe.

El general Lavalle vuelve de la provincia de Corrientes, y con su ejército aumentado en número, en disciplina y en entusiasmo, da y gana la batalla de Don Cristóbal el 10 de abril de 1840: y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, a quien una tempestad de dos días, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria centellaba el Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La Sala de Representantes de Tucumán, en ley de 7 de abril de ese año 1840, había cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador Don Juan Manuel Rosas; y retirádole la autorización que, por parte de esa provincia, se le había conferido para el ejercicio de las relaciones exteriores.

El 13 de abril, el pueblo salteño depone a su antiguo gobernador, elige otro provisoriamente, y desconoce a Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento a otro, debían hacer igual declaración que las provincias de Tucumán y Salta.

Así pues, de las catorce provincias que integran la república, siete de ellas estaban contra Rosas.

La provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El sur de la campaña estaba debilitado por la copiosa emigración que sucedió al desastre de la revolución, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser víctima.

Al norte, la campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocía, y no podía, sin embargo, dar un golpe sobre ella: porque no había allí caudillos ni campeones conocidos; había ese rumor sordo, ese malestar sensible que indica siempre la cercanía de las grandes conmociones publicas, y que tiene su origen en alguna situación común que pesa sobre todos.

Rosas quería atender a todas partes, pero en todas partes era más pequeño que los sucesos que afrontaba, y sólo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos días de marzo, el general La Madrid había sido enviado por Rosas a solidar su quebrantado poder en las provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor personal del antiguo contendor de Quiroga no era suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldados.

Para auxiliar a Echagüe y a Oribe en la provincia de Entre Ríos, acaba

Rosas por tirar el guante a la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y, en los meses de marzo y abril, hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas las clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos; y que debían elegir entre marchar al ejército como soldados veteranos, o dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros; debiendo, entretanto, permanecer en las cárceles, o en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror, que comenzaba, por una parte; y por otra, el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, al ruido de las victorias del Ejército Libertador y a la propaganda de la prensa de Montevideo, daban origen a la numerosa y distinguida emigración, que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mashorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huían de los personeros, se ocultaban; los que tenían valor y medios, emigraban.

Para resistir a Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenía apenas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná, en la provincia de Entre Ríos.

Para contener las provincias, sólo podía enviar en auxilio de sus partidarios en ellas, al general La Madrid en el estado en que se ha visto.

Para la provincia de Buenos Aires, sólo contaba con su hermano Prudencio, Granada, González, Ramírez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la capital, sólo contaba con la Mashorca.

Otros peligros todavía mayores le amenazaban aún, hasta la época en que nos encontramos.

El general Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacía sino pasearse con su ejército de un punto al otro en la República Uruguaya, sin ir a buscar sobre el territorio de su enemigo los resultados provechosos de aquella acción. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar más tarde, estorbaban la unidad de acción entre los dos generales a quienes la victoria acababa de favorecer. Pero el pronunciamiento del pueblo oriental era inequívoco. Desde el primer hombre de Estado hasta el último ciudadano, comprendían la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir a la libertad argentina, no entusiasmaba menos a los orientales en esos momentos, que a los mismos hijos de la república. Era sólo el general Rivera el responsable de su inacción. Pero aquella opinión tan pronunciada hacía esperar que de un momento a otro se diese principio a la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podía menos de creerlo así.

Últimamente, estaba el poder de la Francia delante del dictador.

Desde la ascensión del general Rivera a la presidencia de la república, una alianza de hecho se había establecido entre ese general y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo común.

Las concesiones más importantes habían tenido lugar recíprocamente entre ambos; y, hasta ese momento, la buena fe y la lealtad eran los distintivos del gobierno de la república y de aquellas autoridades, en sus operaciones contra Rosas.

La susceptibilidad nacional de los emigrados argentinos habíase alarmado al principio de la cuestión francesa. Creían de su deber, los más moderados, mantenerse neutrales en una cuestión internacional que se

discutía con el gobierno de su país, fuese cual fuese el sistema interior de ese gobierno, y los más celosos de su nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva de la audacia extranjera.

Las repetidas y francas declaraciones del gobierno y los agentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento a los emigrados, de que no se trataba de ofender a la dignidad de la nación argentina; ni de querer atentar a ninguno de sus derechos permanentes; que se trataba solamente de obligar a un déspota a respetar principios universalmente reconocidos: y empezó a establecerse entonces, primero la amistad, y después una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo común.

La República Oriental, pues; la emigración argentina y el poder francés en el Plata obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero a la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba a sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al señor Roger había reemplazado el señor Bouchet de Martigny, y al almirante Le Blanc, el contraalmirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo había sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Río de la Plata, y limitádose a lo que quedaba dentro de su embocadura en el Océano.

Esta medida debilitaba prodigiosamente los efectos del bloqueo. Y, durante el mando de aquel jefe, se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediación del comodoro americano Nicholson, en abril de 1839, no se había hablado de proposiciones de arreglo. Pero a bordo del buque de Su Majestad Británica la Acteon tuvo lugar una entrevista, el 28

de febrero de 1840, del señor Mandeville, Don Felipe Arana y el contraalmirante francés. Y de este triunvirato nacieron alarmantes sospechas. Sin embargo, el señor Bouchet de Martigny era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenía instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del ultimatum de Mr. Roger. Y así se le vio, un mes después de la entrevista en la Acteon, desechar las proposiciones atrevidas del dictador de Buenos Aires, sobre una transacción. Y era el señor Martigny quien, a la vez que sabía defender intransigiblemente en estas regiones los derechos y el crédito de su país, cuyo gobierno les prestaba tan débil atención, cooperaba y fomentaba, con indecible actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.

Y él, poniendo en acción los elementos de la Francia en el Plata; la República Oriental, amenazando con la invasión de sus armas; el general Lavalle sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al norte de la república, Tucumán, Salta y Jujuy; al oeste, hasta la falda de la Cordillera, Catamarca y La Rioja, en pie proclamando y sosteniendo la revolución; el norte de la provincia de Buenos Aires, pronto a conmoverse a la aparición del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, hostigada por la opresión, y desbordándose sobre el Plata para emigrar a la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecía a los ojos del dictador. Todo el horizonte de su gobierno se encapotaba. Y sólo alguna que otra palabra consoladora recibía de la Inglaterra, por boca del caballero Mandeville, en lo que hacía relación con el bloqueo francés. Pero la Inglaterra, a pesar de los mejores deseos hacia Rosas que animaban a su representante en Buenos Aires, no podía desconocer el derecho de la

Francia para mantener su bloqueo en el Plata, aun cuando el comercio inglés se resentía de esa larga interdicción que sufría uno de los más ricos mercados de la América Meridional.

De una situación semejante sólo la fortuna podía libertar a Rosas; pues de aquélla no se podía deducir lógica y naturalmente sino su ruina próxima.

Él trabajaba sin embargo; acudía a todas partes con los elementos y los hombres de que podía disponer. Pero, se puede repetir, que sólo esa reunión de circunstancias prósperas e inesperadas que se llama fortuna, era lo único con que podía contar Rosas en los momentos que describimos; pues tal era su situación en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen ya. Y es durante ellos, es decir, a las doce de la noche del 4 de mayo de 1840, que nos introducimos con el lector a una casa, en la calle del Restaurador.

En el zaguán de esa casa, completamente oscuro, había, tendidos en el suelo, y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle.

Un inmenso patio cuadrado y sin ningún farol que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta a la izquierda, que daba a un cuarto con una mesa en el medio, que contenía solamente un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, más bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso bigote, con el poncho puesto y el sable a la cintura, y con esa cierta expresión en la fisonomía que dan los primeros indicios a los agentes de la policía secreta de París o Londres, cuando andan a caza de los que se escapan de galeras, o

de forajidos que han de entrar en ellas.

Del zaguán doblando a la derecha, se abría el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta a la derecha, otra al fondo, y otra a la izquierda. Esta última daba entrada a un cuarto sin comunicación, donde estaba sentado un hombre vestido de negro, y en una posición meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo daba entrada a una cocina estrecha y ennegrecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducía a una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitación de mayores dimensiones, en la que se veía una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas sillas arrimadas a la pared, una montura completa en un rincón; y algo más que describiremos dentro de un momento. Esta habitación recibía las luces por dos ventanas cubiertas por celosías, que daban a la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como éste a su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio a la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veía una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado hacía dificultosa su respiración.

En el cuarto de la mesa cuadrada había cuatro hombres en derredor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, más bien agradable pero chocante a la vista. Este hombre estaba vestido con un calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un

sombrero de paja cuyas anchas alas le cubrirían el rostro, a no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre su frente.

Los otros tres hombres eran jóvenes de veinte y cinco a treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja leía un montón de cartas que tenía delante, y los jóvenes escribían.

En un ángulo de esta habitación se veía otra figura humana, y al parecer con vida. Era ella la de un viejecito de setenta a setenta y dos años de edad, de fisonomía enluta, escuálida, sobre la que caían los cadejos de un desordenado cabello casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho, por la elevación del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana, cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones más decrépitos que el portador de ellas, caían de los hombros, la una hacia el pecho y la otra hacia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba a la cintura un espadín, que parecía heredado de los primeros cabildantes del virreinato; y un pantalón de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que sólo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que había emprendido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hacia espaldas del hombre del sombrero de paja, había en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como una boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manteo de un sacerdote, y que dormía, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral. Pero de repente uno de los escribanos levanta

la cabeza y pone la pluma en el tintero.

-¿Acabó usted? -dice el hombre del sombrero de paja dirigiéndose al joven.

-Sí, Excelentísimo Señor.

-A ver, lea usted.

-En la provincia de Tucumán: Marco M. de Avellaneda, José Toribio del Corro, Piedrabuena (Bernabé),José Colombres. Por la provincia de Salta: Toribio Tedín, Juan Francisco Valdez, Bernabé López Sola.

-¿No hay más?

-No, Excelentísimo Señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de abril, de la provincia de Tucumán; y 13 del mismo, de la provincia de Salta.

-¡En que se me desconoce por gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las relaciones exteriores! -dijo con una sonrisa indefinible ese hombre a quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el general Don Juan Manuel Rosas, dictador argentino.

-Lea usted los extractos de las comunicaciones recibidas hoy -continuó.

-De La Rioja, con fecha 15 de abril, se comunica que los traidores Brizuela, titulado Gobernador, y Francisco Ersilbengoa, titulado Secretario, en logia con Juan Antonio Carmona, y Lorenzo Antonio Blanco, titulados Presidente y Secretario de la Sala, se preparan a sancionar una titulada ley, en la cual se desconocerá en el carácter de Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores, al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas; y todo esto por sugestiones del cabecilla unitario Marco Avellaneda, titulado jefe de la Liga

del Norte.

-¡Brizuela! ¡Ersilbengoa! ¡Carmona! ¡Blanco! -repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con fierro en su memoria los nombres que acababa de oír y repetía...-. Continúe usted -dijo después de un momento de silencio.

-De Catamarca, con fecha 16 de abril, comunican que el salvaje unitario Antonio Dulce, titulado Presidente de la Sala, y José Cubas, titulado Gobernador, se proponen publicar una titulada ley en la que se llamará tirano al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas.

-¡Yo les daré dulces! -exclamó Rosas, contrayendo sus labios, y dilatándose las ventanas de su nariz-. A ver -continuó dirigiéndose a otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero-; a ver, déme usted la acta de Jujuy, de 13 de abril. Muy bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres, mientras Rosas hacía el cotejo con los que estaban en la acta que tenía en su mano: Roque Alvarado, Rufino Valle, Francisco N. Carrillo, Pedro José de Sarverri, Pedro Sáenz, Benito S. de Bustamante, José Ignacio de Guerrico, Ignacio Segurola, Isidro Graña, José Tello, Pedro Ferreira, Juan Arroyo, José Rodríguez, Pedro Jerez, Pascual Blas, Juan Bautista Pérez, Manuel Sagardia, Mariano Fernández, Manuel J. de Moral, José L. Villar, Hilarión Echenique, Blas Agudo, Pedro Antonio Gogénola, Pedro Alberto Puch, Restituto Zenarruza, Juan Manuel Gogénola, Tomás Games, Estanislao Echavarría, Gavino Pérez, Policarpo del Moral, Jacinto Guerrero, Rafael

Alvarado, Dr. Andrés Zenarruza, Gabriel Marquierguy, José Cuevas Aguirre, Antonio Valle, Sandalio Ferreira, Prudencio Estrada, Natalio Herrera, José Pío Ramo, Pedro Antonio de Aguirre, (Secretario) Carlos Aguirre.

-Está bien -dijo Rosas volviendo el acta al escribiente. ¿Bajo qué rótulo va usted a poner esto?

«Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios», como Vuecelencia lo ha dispuesto.

-Yo no he dispuesto eso; vuelva usted a repetirlo.

de las provincias dominadas por los traidores unitarios» -dijo el joven empalideciendo hasta los ojos.

-Yo no he dicho eso; vuelva usted a repetirlo.

-Pero, señor.

-¡Qué señor! A ver, diga usted fuerte para que no se le olvide más: «Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios».

-«Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios» -repitió el joven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se había dormido profundamente.

-Así quiero que se llamen en adelante; así lo he mandado ya, salvajes, ¿oye usted?

-Sí, Excelentísirno Señor, salvajes.

-¿Concluyó usted? -preguntó Rosas dirigiéndose al tercer escribiente.

-Ya está, Excelentísimo Señor.

-Lea usted.

Y el escribiente leyó:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios! Buenos Aires, 4 del mes de América de 1840, año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia, y 11 de la Confederación Argentina. El General Edecán de Su Excelencia al Comandante en jefe del número 2, coronel Don Antonio Ramírez. El infrascripto ha recibido orden del Excelentísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, para avisar a Usía que Su Excelencia ha dispuesto, que al comunicar Usía el número de tropas de que se compone la división, diga siempre el doble, debiendo informar que la mitad es de línea, y que toda se halla animada de un santo entusiasmo federal. Lo que deberá Usía tener muy presente en adelante. Dios guarde a Usía muchos años.

-Eso es -dijo Rosas tomando el oficio que le presentaba el escribiente. ¡Eh! -gritó en seguida dirigiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pie y se encaminó a la mesa, con el espadín hacia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda-. Ya se había dormido, vicio flojo, ¿no es verdad?

-Su Excelencia, perdone...

-Déjese de perdón, y firme acá.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pie del oficio, y con una letra trémula:

Manuel Corvalán.

-Bien pudo aprender a escribir mejor cuando estuvo en Mendoza -dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalán, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pie como una estatua al lado de la mesa-. Dígame,

señor general Corvalán -continuó Rosas todavía sonriéndose-, ¿qué le contestó Simón Pereira?

-Que los paños de tropa no se podían conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino a un treinta por ciento más.

-¡Mire! -dijo Rosas dándose vuelta en la silla y poniéndose cara a cara con Corvalán-. Mañana a las doce vaya usted a verlo, y, delante de todos los que están con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oído?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿A ver, cómo lo va a hacer?

-El Señor Gobernador le manda a usted esto... El Señor Gobernador le manda a usted esto... El Señor Gobernador le manda a usted esto...

Y al fin de la oración, Corvalán daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto, con la más profunda y respetuosa gravedad. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecán de Su Excelencia permaneció con una fisonomía inconmovible.

-Dígame, general, ¿a qué hora vino el médico que está ahí?

-A las doce del día, Excelentísimo Señor.

-¿Ha pedido algo?

-Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

-¿Ha dicho algo?

-Nada, señor.

-Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígale que lo rehaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del gobierno.

-¿Y lo dejo retirarse?

-Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda a respetar otra vez lo que yo mando

Y Corvalán salió a cumplir las órdenes recibidas con aquel hombre vestido de negro que encontramos en el cuarto a la izquierda del pasadizo.

-¿Las comunicaciones de Montevideo están extractadas? -preguntó Rosas a uno de los escribientes.

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿Los avisos recibidos por la policía?

-Están apuntados.

-¿A qué hora debía ser el embarque esta noche?

-A las diez.

-¡Son las doce y cuarto! -dijo Rosas mirando su reloj y levantándose, habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto? -exclamó reparando en el hombre que dormía enroscado en un rincón del cuarto envuelto en un mantee-. ¡Ah! ¡Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia -dijo, dando una fuertísima patada sobre los lomos del hombre a quien llamaba Su Reverencia, que, dando un chillido espantoso, se puso de pie enredado en el manteo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el Gobernador.

Rosas quedó cara a cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaba pintada la degeneración de la inteligencia humana, y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía.

Dolorido, y estupefacto el pobre mulato, miraba a su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reía al contemplarlo, cuando entró de vuelta el general Corvalán.

-Qué le parece a usted, Su Paternidad estaba durmiendo mientras yo trabajaba.

-Muy mal hecho -contestó el edecán con su siempre inamovible fisonomía.

-Y porque lo he despertado se ha puesto serio.

-Me pegó -dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos labios color de hígado, dentro los cuales se veían unos dientes chiquitos y puntiagudos.

-Eso no es nada, padre Viguá, ahora con lo que comamos se ha de mejorar Su Paternidad. ¿Se fue el médico, Corvalán?

-Sí, señor.

-¿No dijo nada?

-Nada.

-¿Cómo está la casa?

-Hay ocho hombres en el zaguán, tres ayudantes en la oficina, y cincuenta hombres en el corralón.

-Está bueno; retírese a la oficina.

-¿Si viene el jefe de policía?

-Que le diga a usted lo que quiere.

-Si viene...

-Si viene el diablo, que le diga a usted lo que quiere -le interrumpió Rosas bruscamente.

-Está muy bien, Excelentísimo Señor.

-Oiga usted.

-¿Señor?

-Si viene Cuitiño, avíseme.

-Está muy bien.

-Retírese ¿Quiere comer?

-Doy las gracias a Su Excelencia; ya he cenado.

-Mejor para usted.

Y Corvalán fuese con sus charreteras y su espadín a reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el edecán de Su Excelencia acababa de dar el nombre de oficina; tal vez porque al principio de su administración, Rosas había instalado en ese cuarto la comisaría de campaña, aun cuando al presente sólo servía para fumar y dormitar los ayudantes de ese hombre, que como invertía los principios políticos y civiles de una sociedad, invertía el tiempo, haciendo de la noche día para su trabajo, su comida y sus placeres.

-¡Manuela! -gritó Rosas luego que salió Corvalán, entrando al cuarto contiguo, donde ardía una vela de sebo cuya pavesa carbonizada dejaba esparcir apenas una débil y amarillenta claridad.

-¡Tatita! -contestó una voz que venía de una pieza interior. Un segundo después apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una joven de veinte y dos a veinte y tres años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podría llamarse bella, si la palabra interesante no fuese más análoga para clasificarla.

El color de su tez era ese pálido oscuro que distingue comúnmente a las personas de temperamento nervioso, y en cuyos seres la vida vive más en el espíritu que en el cuerpo. Su frente, poco espaciosa, era, sin embargo, fina, descarnada y redonda; y su cabello castaño oscuro, tirado tras de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza inteligente y bella. Sus ojos, algo más oscuros que su cabello, eran pequeños pero animados e inquietos. Su nariz recta y perfilada, su boca grande pero fresca y bien rasgada, y, por último, una expresión picante en la animada fisonomía de esta joven, hacía de ella una de esas mujeres a cuyo lado los hombres tienen menos prudencia que amor, y más placer que entusiasmo. Se ha observado generalmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas ligeramente pronunciadas, y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginación de los hombres; en contrario de esa impresión puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos y su fisonomía cándida revelan cierta lasitud de espíritu, por la cual los profanos las llaman indiferentes, y los poetas, ángeles.

Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hombros, que sin ser los hombros poetizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del más altivo unitario no dejaría de aceptarlos para reclinarse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fue así que se le presentó a Rosas esa mujer; esa mujer que era su hija; y a quien saludó diciéndola:

-Ya estabas durmiendo, ¿no? Todavía te he de casar con Viguá para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa?

-Sí, tatita, estuvo hasta las diez y media.

-¿Y quién más?

-Doña Pascuala y Pascualita.

-¿Con quién se fueron?

-Mansilla las acompañó.

-¿Nadie más ha venido?

-Picolet.

-¡Ah! El carcamán te hace la corte.

-A usted, tatita.

-¿Y el gringo no ha venido?

-No, señor. Esta noche tiene una pequeña reunión en su casa para oír tocar el piano no sé a quien.

-¿Y quiénes han ido?

-Creo, que son ingleses todos.

-¡Bonitos han de estar a estas horas!

-¿Quiere usted comer, tatita?

-Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió a las piezas interiores, mientras Rosas se sentó a la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus pies sin medias, tales como habían estado entre aquéllas; se agachó, sacó un par de zapatos debajo la cama, volvió a sentarse, y, después de acariciar con sus manos sus pies desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubría el cuerpo hasta el

vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro o cinco minutos a lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organización en quien predominan admirablemente todos los instintos animales.

No tardó en aparecer la joven hija de Rosas, a prevenir a su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componía de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas y un plato de dulce. En cuanto a vinos, había dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pie para servir a la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito a Viguá, que había quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fue a sentarse con su hija a la mesa de su comida nocturna.

-¿Quieres asado? -dijo a Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato.

-No, tatita.

-Entonces come pato.

Y mientras la joven cortó un alón del ave y lo descarnaba más bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comía tajada sobre tajada de carne, rodeando los bocados con repetidos tragos.

-Siéntese Su Paternidad -dijo a Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitación que se le hacía.-Sírvelo, Manuela.

Y ésta puso en un plato una costilla de asado, que pasó al mulato, quien al tomarla miró a Manuela con una expresión de enojo salvaje, que

no pasó inapercibida de Rosas.

-¿Qué tiene, padre Viguá? ¿Por qué mira a mi hija con esa cara tan fea?

-Me da un hueso -contestó el mulato, metiéndose a la boca un enorme pedazo de pan.

-¡Cómo es eso! ¿Tú no cuidas al que te ha de echar la bendición cuando te cases con el ilustrísimo señor Gómez de Castro, fidalgo portugués, que le dio ayer dos reales a Su Paternidad? Has hecho muy mal, Manuela; levántate y bésale la mano para desenojarlo.

-Bueno, mañana le besaré la mano a Su Paternidad -dijo Manuela sonriendo.

-No, ahora mismo.

-¡Qué ocurrencia, tatita! -replicó la joven entre seria y risueña, como dudando de la verdadera intención de su padre.

-Manuela, dale un beso en la mano a Su Paternidad.

-Yo, no.

-Tú, sí.

-¡Tatita!

-Padre Viguá, levántese Su Reverencia y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arrancando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenía en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altanería, de despecho, de rabia; ojos que habrían fascinado aquella máquina de estupidez y abyección, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó a la joven, y ella, pasando de la primera inspiración del orgullo al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus manos para defenderle con ellas de la profanación a que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro no

alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenía más gana de comer que de besar, se contentó con poner sus labios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la joven.

-¡Qué bruto es Su Reverencia! -exclamó Rosas riéndose a carcajada suelta-. Así no se besa a las mujeres. ¿Y tú? ¡Bah! ¡La mojigata! Si fuera un buen mozo no le tendrías asco.

Y se echó un vaso de vino a la garganta, mientras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacía brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comía entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organización privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplían la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de natas y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, a quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse a su hija, que guardaba silencio con los labios, mientras bien claro se descubría en las alteraciones fugitivas de su semblante, la sostenida conversación que entretenía consigo misma.

-¿Te ha disgustado el beso, no?

-¿Y cómo podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla más inmunda. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es también Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle; sin que nadie se atreviese a tocarlo porque era el loco favorito del Gobernador -dijo Manuela con un acento tan nervioso, y con una tal animación de semblante y de voz, que ponía en evidencia el esfuerzo que había hecho en

sufrir sin quejarse la humillación por que acababa de pasar.

-Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinte y cinco azotes, y que le tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

-¿Y qué importa? ¿Es por ese castigo que se olvidarán del ridículo en que me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinte y cinco azotes, dejarán, y con razón, de hacerme el objeto de las conversaciones y la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos; que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo en su presencia, les da la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallan. Yo consentiría en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversión halla usted en que me toquen y me irriten?

-Son tus perros que te acarician.

-¡Mis perros! -exclamó Manuela, en quien la animación se aumentaba a medida que se desprendían las palabras de sus labios rojos como el carmín-: los perros me obedecerían; un perro le sería a usted más útil que ese estúpido, porque siquiera un perro cuidaría de la persona de usted, y la defendería si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

-¿Y quiénes te lo dicen? -preguntó con calma después de algunos instantes de silencio.

-Todos, señor -contestó Manuela volviendo su espíritu a su natural estado-, todos cuantos vienen a esta casa parece que complotan para

infundirme temores sobre los peligros que rodean a usted.

-¿De qué clase?

-¡Oh!, nadie me habla, nadie se atreve a hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan a los unitarios como capaces de atentar en cada momento a la vida de usted... Todos me recomiendan que le vele, que no le deje solo, que haga cerrar las puertas: acabando siempre por ofrecerme sus servicios, que, sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son más una jactancia que un buen deseo.

-¿Y por qué lo crees?

-¿Por qué lo creo? ¿Piensa usted que Garrigós, que Torres, que Arana, que García, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae a esta casa, son capaces de exponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

-Puede ser que no te equivoques -dijo Rosas con calma, y haciendo girar sobre la mesa el plato que tenía por delante-, pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entre tanto, tú has cambiado la conversación. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá -continuó dirigiéndose al mulato que tenía pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la lengua-: Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos a mi hija para desenojarla.

-¡No, tatita! -exclamó Manuela levantándose, y con un acento de temor y de irresolución, difícil de definir porque era la expresión de la multitud de sentimientos que en aquel momento se agitaban en su alma de mujer,

de joven, de señorita, a la presencia de aquel objeto repugnante a cuya monstruosa boca quería su padre unir los labios delicados de su hija, sólo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

-Bésela, Padre.

-Déme un beso -dijo el mulato dirigiéndose a Manuela.

-No -dice Manuela corriendo.

-Déme un beso -repite el mulato.

-Agárrela, Padre -le grita Rosas.

-¡No, no! -exclamaba Manuela con un acento lleno de indignación.

Pero en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecución que hacía el mulato a su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huida, el rumor trepitoso que hacían sobre las piedras de la calle las herraduras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la acción y la atención de todos.

Amalia

**

El comandante Cuitiño

**

Los caballos pararon a la puerta de la casa de Rosas, y después de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza a su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba a saber qué gente había llegado. Y salió, en efecto, por el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello de sus sienes, cual si quisiese con esa acción despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse, como era su costumbre, a cuidar y velar por los intereses y la persona de su padre.

-¿Quién es, Corvalán? -le dijo al encontrarse con el edecán en el pasadizo oscuro que daba al patio.

-El comandante Cuitiño, señorita.

Y volvió Manuela con Corvalán adonde estaba su padre.

-El comandante Cuitiño -dijo Corvalán luego que pisó la puerta del comedor.

-¿Con quién viene?

-Con una escolta.

-No le pregunto eso. ¿Cree usted que soy sordo para no haber oído los caballos?

-Viene solo, Excelentísimo Señor.

-Hágalo entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó a su derecha en uno de los costados de ella, dando la espalda a la puerta por donde había salido Corvalán; Viguá frente a Rosas, en la cabecera opuesta; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa a una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba de Rosas; y este célebre personaje de la Federación apareció luego en la puerta del comedor, trayendo en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacía vestir el gobernador por su finada esposa; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitía descubrir su vestido sino de la rodilla al pie. Su cabello desgreñado caía sobre su tostado semblante, haciendo más horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veían dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios distingue las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

-Entre, amigo -le dijo Rosas examinándolo con una mirada fugitiva como un relámpago.

-Muy buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

-Entre. Manuela, ponle una silla al comandante. Retírese, Corvalán.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

-¿Quiere tomar alguna cosa?

-Muchas gracias, Su Excelencia.

-Manuela, sírvele un poco de vino.

A tiempo que Manuela extendía su brazo para tomar la botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la halda del poncho sobre el hombro, y tomando un vaso, sin soltarlo, se lo presentó a Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte de vino en éste, y otra en la mesa: la mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente y un relámpago de alegría animó súbito aquella fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retiró su sillón del lado de Cuitiño cuando acabó de derramar el vino.

-¡A la salud de Vuecelencia y de Doña Manuelita! -dijo Cuitiño haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, mientras Viguá se desesperaba haciendo señas a Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

-¿Qué anda haciendo? -preguntó Rosas con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

-Como Vuecelencia me dijo que volviese a verlo después de cumplir mi comisión...

-¿Qué comisión?

-¡Pues!, como Vuecelencia me encargó...

-¡Ah!, sí, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó a Victorica no sé qué cosas de unos que se iban al ejército del salvaje unitario Lavalle, y ahora recuerdo que le dije a usted que vigilase un poco,

porque este Victorica es buen federal, pero no puede negar que es gallego, y a lo mejor se echa a dormir.

-¡Pues!

-¿Y usted anduvo por el Bajo?

-Fui por ese lado de la Boca, después de haber convenido con Merlo lo que teníamos que hacer.

-¿Y los halló?

-¡Sí, fueron con Merlo, y, a la seña que me hizo, los cargué!

-¿Y los trae presos?

-¡Y que los traía! ¿No se acuerda Vuecelencia lo que me dijo?

-¡Ah, es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno.

-¡Pues!

-Yo estoy ya cansado; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho más que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata a sus hijos calaveras. Pero no escarmientan; y yo dije a usted que era preciso que los buenos federales los tomasen por su cuenta, porque, al fin, es a ustedes a los que han de perseguir si triunfa Lavalle.

-¡Qué ha de triunfar!

-A mí no me harán sino un favor en sacarme del mando. Yo estoy en él porque ustedes me obligan.

-Su Excelencia es el padre de la Federación.

-Y, como le decía, a ustedes es a quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no los asusta la cárcel. ¡Ellos han de fusilar a ustedes si triunfan!

-¡Qué han de triunfar, señor!

-Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, a los demás amigos.

-En cuanto nos reunamos, Su Excelencia.

-¿Y eran muchos?

-Eran cinco.

-¿Y los ha dejado con ganas de volver a embarcarse?

-Ya los llevaron en una carreta a la policía, pues Merlo me dijo que así se lo había encargado el jefe.

-A eso se exponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razón: ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan los han de fusilar a ustedes.

-Estos no, Su Excelencia -dijo Cuitiño, vagando una satisfacción feroz sobre su repulsiva fisonomía.

-¿Los ha lastimado?

-En el pescuezo.

-¿Y vio si tenían papeles? -preguntó Rosas, en cuyo semblante no pudo conservarse por más tiempo la careta de la hipocresía, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado con maña la horrible verdad que no le convenía preguntar de frente.

-Ninguno de los cuatro tenía cartas -respondió Cuitiño.

-¿De los cuatro? ¿Pues no me dijo que eran cinco?

-Sí, señor, pero como uno se escapó...

-¡Se escapó! -exclamó Rosas hinchando el pecho, irguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como el influjo de una potestad divina, o infernal, los ojos y el espíritu del bandido.

-Se escapó, Excelentísimo -contestó inclinando su cabeza, porque sus ojos no pudieron soportar más de un segundo la mirada de Rosas.

-¿Y quién se escapó?

-Yo no sé quien era, Su Excelencia.

-¿Y quién lo sabe?

-Merlo lo ha de saber, señor.

-¿Y dónde está Merlo?

-Yo no lo he visto después que hizo la seña.

-¿Pero cómo se escapó el unitario?

-Yo no sé... Y le diré a Su Excelencia... Cuando cargamos, uno corrió hacia la barranca... algunos soldados lo siguieron... echaron pie a tierra para atarlo; pero dicen que él tenía espada y mató a tres... Después, dicen que lo vinieron a proteger... y fue por ahí cerca de la casa del cónsul inglés.

-¿Del cónsul?

-Allá por la Residencia.

-Sí; bien ¿y después?

-Después vino un soldado a dar aviso, y yo mandé en su persecución por todas partes... pero yo no lo vi cuando se escapó.

-¿Y por qué no vio? -dijo Rosas con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyección de la bestia feroz en presencia de su domador.

-Yo estaba degollando a los otros -contestó sin levantar los ojos.

Y Viguá, que durante este diálogo había ido poco a poco retirando su silla de la mesa, no bien escuchó esas últimas palabras, cuando dio tal salto para atrás, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela, pálida y trémula, no hacía el menor movimiento, ni

alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, o con la mirada aterradora de su padre.

El golpe que dio la silla de Viguá hizo volver hacia aquel lado la cabeza de Rosas, y esta fugitiva distracción bastó, sin embargo, para que él imprimiese un nuevo giro a sus ideas, y una nueva naturaleza a su espíritu, que cambiaba, según las circunstancias, de ser, de animación y de expresión en el espacio de un segundo.

-Yo le preguntaba todo esto -dijo, volviendo a su anterior calma-, porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavalle, y no porque me pese que no haya muerto.

-¡Ah, si yo lo hubiera agarrado!

-¡Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar a los unitarios. ¿A que no encuentra al que se escapó?

-Yo lo he de buscar aunque esté en los infiernos, con perdón de Vuecelencia y de Doña Manuelita.

-¡Qué lo ha de hallar!

-Puede que lo encuentre.

-Sí, yo quiero que me encuentren ese hombre, porque las comunicaciones han de ser de importancia.

-No tenga cuidado Su Excelencia; yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa a mí.

-Manuela, llama a Corvalán.

-Merlo ha de saber cómo se llama; si Su Excelencia quiere...

-Váyase a ver a Merlo. ¿Necesita algo?

-Por ahora, nada, señor. Yo le sirvo a Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar donde quiera. Demasiado nos da a todos Su Excelencia con

defendernos de los unitarios.

-Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia -y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de banco, que Cuitiño tomó ya de pie.

-Los tomo porque Vuecelencia me los da.

-Sirva a la Federación, amigo.

-Yo sirvo a Vuecelencia, porque Vuecelencia es la Federación, y también su hija Doña Manuelita.

-Vaya, busque a Merlo. ¿No quiere más vino?

-Ya he tomado suficiente.

-Entonces, vaya con Dios -y extendió el brazo para dar la mano a Cuitiño.

-Está sucia -dijo el bandido hesitando en dar su mano ensangrentada a Rosas.

-Traiga, amigo; es sangre de unitarios.

Y, como si se deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segundos, la mano de su federal Cuitiño.

-Me he de hacer matar por Su Excelencia.

-Vaya con Dios, Cuitiño.

Y mientras salía del cuarto, con una mirada llena de vivacidad e inteligencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movía al influjo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y el sabio, del anciano y el niño, del guerrero y la virgen, caía, sin embargo, a sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud oscura y prostituida que él había levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la

virtud y el talento, había adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y a la inteligencia dominatriz, cuando se emplean en lisonjearla por una parte, y en avasallarla por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres complementan más tarde. Ciencia única y exclusiva de Rosas, cuyo poder fue basado siempre en la explotación de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar a los otros, sin hacer otra cosa que azuzar los instintos y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educación, vengativo por raza y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio de la epopeya dramática de nuestra revolución, las utopías no hubiesen herido la imaginación de nuestros mayores, el porvenir les habría debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica república, hubiesen consultado la índole y la educación de nuestro pueblo para la aceptación de su forma política de gobierno; y su ignorancia y sus instintos de raza para la educación de moral y de hábitos que era necesario comenzar a darle. Español puro y neto, sólo la religión y el trono habían echado raíces en su conciencia oscura; y las lanzas tumbando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pórticos de nuestros templos católicos, dejaron sin freno ese potro salvaje de la América, a quien llamaron pueblo libre, porque había roto a patadas, no el cetro, sino la cadena del rey de España; no la tradición de la metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores; no por respirar el aire de libertad que da la civilización y la justicia, sino por respirar el viento libre que da la Naturaleza salvaje.

Y así, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia a Bolivia, dio de patadas a la civilización y a la justicia, desde que ellas quisieron poner un límite a sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y, sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre «Federación», donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España, a los primeros días del siglo XIX de la Francia, era más bien un sueño de poetas pastoriles, que una concepción de hombres de Estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reacción que representa Rosas: ese Mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la superstición española, para entonar himnos de muerte en alabanza del absolutismo y la ignorancia: ¡ahí está Cuitiño, la mejor expresión de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su rey, y en homenaje de su fanatismo!

Amalia

**

Victorica.

**

-¡Buenas noches, Doña Manuelita! -dijo Cuitiño a la hija de Rosas, encontrándola que entraba con Corvalán en el gabinete de su padre.

-¡Buenas noches! -dijo la joven refugiándose al lado de Corvalán, cual si temiese el contacto de aquel demonio de sangre que pasaba junto a ella.

-Corvalán -dijo Rosas viéndole entrar con Manuela-, vaya usted a llamar a Victorica.

-Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podría hablar con Vuecelencia.

-Que entre.

-Voy a llamarlo.

-Oiga usted.

-¿Señor?

-Monte usted a caballo, vaya a lo del ministro inglés, hable con él, y dígale que lo necesito ahora mismo.

-¿Si está durmiendo?

-Que se despierte.

Corvalán saludó; y fue a cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó que en aquel momento se le había resbalado a la barriga, al peso del espadín que ya tocaba en tierra.

-¿Qué miedo le ha tenido Su Paternidad a Cuitiño? Acérquese a la mesa, que está allí pegado a la pared como una araña. ¿De qué se asustó?

-De la mano -contestó Viguá acercándose con su silla a la mesa, y con aire de contentamiento al verse libre de Cuitiño, que tan mal momento le había dado.

-No te has portado bien, Manuela.

-¿Por qué, tatita?

-Porque has tenido repugnancia de Cuitiño.

-¿Pero usted vio?

-Todo lo vi.

-¿Y entonces?

-¡Entonces! Tú debes disimular. Oye: a los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte, o no tocarlos: un golpe recio los anonada; un alfilerazo los hace saltar como víboras.

-Pero tuve miedo, señor.

-¡Miedo!... A ese hombre lo mataría yo con sólo mirarlo.

-Miedo de lo que había hecho.

-Lo que había hecho era por mi conservación y por la tuya; y nunca te expliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tú debes manifestarte contenta, y popularizarte con ellos; primero, porque así te conviene; y segundo, porque yo te lo mando.

Entre usted, Victorica -continuó Rosas, dando vuelta su cabeza hacia la puerta, al ruido que hacían las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de cincuenta a cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana, y regularmente formado. La tez quebrantada era algo cobriza; su cabello negro, empezando a pintar en canas; su frente ancha pero carnuda hacia la parte de sus espesas cejas; sus ojos oscuros, pequeños y de una mirada encapotada y fuerte; dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las extremidades del labio superior; y una expresión dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaba más el estrago que hacen las pasiones fuertes, que el que habían hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro se vio rara vez una sonrisa. El jefe de la policía de Rosas estaba vestido de pantalón negro, chaleco grana y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella, colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha traía colgado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restaurador de las Leyes.

Después de una reverencia profunda, pero sin afectación, ocupó, a invitación de Rosas, la misma silla en que había estado Cuitiño.

-¿Viene usted de la casa de policía? -le preguntó Rosas.

-En este momento.

-¿Ha ocurrido algo?

-Han traído los cadáveres de los que iban a embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre expirando.

-¡Y ése!

-Ya no existe. Me pareció que debía sufrir la suerte de sus compañeros.

-¿Quién era?

-Lynch.

-¿Tiene usted los nombres de los otros?

-Sí, señor.

-¿Y eran?

-Además de Lynch, se ha reconocido a un tal Oliden, a Juan Riglos, y al joven Maisson.

-¿Papeles?

-Ningunos.

-¿Hizo usted firmar a Merlo la delación?

-Sí, señor, todas se firman, como Vuecelencia lo ha ordenado.

-¿La trae usted?

-Aquí está -contestó el jefe de policía sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

-Léala usted -dijo Rosas.

Y Victorica leyó lo siguiente:

Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de ejercicio carnicero, miembro de la Sociedad Popular Restauradora, enrolado en los abastecedores, con licencia temporal por recomendación de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se presentó al jefe de Policía en la tarde de 2 del corriente, y declaró: Que, sabiendo por una criada del salvaje unitario Oliden, con quien él tenía relaciones secretas, que aquél se preparaba a fugar para Montevideo, se presentó en la mañana siguiente al mismo salvaje unitario Oliden, a quien conocía desde muchos años, diciéndole que venía a pedirle quinientos pesos prestados porque quería desertar y

pasar a Montevideo, no pudiendo efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar su pasaje en un bote de un conocido suyo, que hacía el negocio de conducir emigrados. Que con este motivo, Oliden le hizo muchas preguntas, acabando por convencerse que realmente quería fugar el declarante, comunicándole entonces el pensamiento que él y cuatro amigos más tenían de emigrar, pero que no conocían ninguno de los hombres dueños de las balleneras que conducían emigrados: que entonces se le ofreció el declarante a arreglar la fuga de todos, mediante la cantidad de ocho mil pesos, a lo que se convino aquél inmediatamente: que fingió muchas idas y venidas, acabando por citarlos para el día 4 a las diez de la noche; debiendo ir, el mismo día 4 a las seis de la tarde, a saber de Oliden el paraje, o la casa en que se habían de reunir todos a la hora indicada. Lo que ponía en conocimiento de la policía para que se lo comunicase a Su Excelencia, como un fiel cumplimiento de sus deberes de defensor de la sagrada causa de la Federación; agregando, que en todo este asunto, había tenido el cuidado escrupuloso de consultarlo con Don Juancito Rosas, el hijo de Su Excelencia, y aconsejádose de él. Y lo firmó en Buenos Aires a 3 de mayo de 1840. Juan Merlo.

-Fue en virtud de esta declaración, que recibí anoche de Vuecelencia las órdenes que debía dar a Merlo para que se entendiese con el comandante Cuitiño.

-¿Cuándo volvió usted a hablar con Merlo?

-Hoy, a las ocho de la mañana.

-¿Y no le dijo a usted si sabía algunos de los nombres de los compañeros de Oliden?

-Hasta esta mañana, no conocía a ninguno.

-¿Y hay algo de particular en el suceso de esta noche?

-Uno de los unitarios ha logrado escaparse, según me han referido los que escoltaban la carreta.

-Sí, señor, uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

-Espero que lo hallaremos, Excelentísimo Señor.

-Sí, señor, es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del gobierno no sabe apretar. En estos casos, la cantidad de hombres poco importa; tanto mal hace a mi gobierno un hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

-Vuecelencia tiene mucha razón.

-Sé bien que la tengo. Además, según la relación que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado ha peleado, y, lo que es más, ha recibido protección de alguien; la una como la otra cosa no debe suceder, no quiero absolutamente que suceda. ¿Sabe usted por qué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable para pelear con el gobierno el día que se le antojaba. ¡Pobre de usted, y pobres de todos los federales, si yo doy lugar a que los unitarios los peleen cuando van a cumplir una orden mía!

-¡Es un caso nuevo! -dijo Victorica, que en realidad comprendía bien toda la importancia futura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.

-Es nuevo; y es por eso que es necesario darle atención, porque en el estado actual yo no quiero que haya más novedades que las mías. Es nuevo, pero antes de mucho tiempo podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

-Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado.

Eso falta saber.

-Lo haré buscar ahora mismo.

-No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

-Está bien, señor.

-Otro se ha encargado de Merlo; y usted sabrá mañana si se conoce o no el nombre que deseo saber. En uno u otro caso tomará usted el camino que deba.

-Sin pérdida de tiempo.

-Vamos a ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

-¿Yo?...

-Usted, sí, mi jefe de policía.

-Daré órdenes a los comisarios, y a los principales agentes de la policía secreta, para que ellos multipliquen entre sus subalternos la disposición de encontrar un hombre que...

-¡Un hombre unitario en Buenos Aires! -dijo Rosas interrumpiendo a Victorica, con una sonrisa sardónica y despreciativa, que puso en confusión al pobre hombre, que creía estar desenvolviendo el más perfecto plan inquisitorial para la persecución de un hereje.

-¡Y va usted fresco! -continuó Rosas-; ¿todavía no sabe usted cuántos unitarios hay en Buenos Aires?

-Debe de haber...

-Los que bastan para colgar a usted y a todos los federales, si no estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de jefe de policía.

-Señor, yo hago por Vuecelencia cuanto puedo.

-Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y si no véalo usted en este caso: quiere usted echarse a buscar un unitario por la ciudad, como si dijésemos un grano de trigo en una parva, y tiene en su bolsillo, si no el nombre del unitario, el camino más corto de encontrarlo.

-¡Yo! -exclamó Victorica cada vez más turbado, pero dominándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

-Usted, sí, señor.

-Aseguro a Vuecelencia que no comprendo.

-Y es eso por que me quejo de tener que enseñarle todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

-Por una criada.

-¿En dónde servía esa negra, mulata, o lo que sea?

-En la familia de Oliden, según la declaración.

-En la familia del salvaje unitario Oliden, señor Don Bernardo Victorica.

-Perdone Vuecelencia.

-¿Con quién se iba a embarcar el que se ha escapado?

-Con el salvaje unitario Oliden, y con los demás salvajes que lo acompañaban.

-Y usted cree que Oliden salió a la calle a recoger los primeros salvajes que encontró, para embarcarse con ellos.

-No, Excelentísimo Señor.

-Entonces, ¿esos salvajes eran amigos de Oliden?

-Es muy natural-dijo Victorica, que empezaba a comprender el punto a donde se dirigía Rosas.

-Entonces, ¿si eran amigos se debían visitar?

-Sin duda.

-Entonces, la criada que delató a Oliden debe saber quiénes lo visitaban con más frecuencia.

-Es muy cierto.

-Quienes estuvieron con él, hoy, ayer y antes de ayer.

-Así es, debe saberlo.

-Estuvieron, tal y tal y tal; han muerto Maisson, Lynch y Riglos; entonces, rastree por los nombres que no sean ésos, y si por ahí no da con lo que busca, no pierda el tiempo en incomodarse más.

-El genio de Vuecelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuecelencia me indica.

-Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos -respondióle Rosas.

Victorica bajó los ojos, en cuya pupila se había clavado como una flecha de fuego la mirada imperatriz, y en ese momento despreciativa, de Rosas.

-¿Y sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

-Una señora, Doña Catalina Cueto, viuda, y de ejercicio costurera, ha ido a quejarse de haber dado Gaitán de rebencazos a un hijo de esa señora, que paseaba a caballo por la plaza del Retiro.

-¿Quiénes el hijo?

-Un estudiante de matemáticas.

-¿Y qué motivos le dio a Gaitán?

-Gaitán se acercó a preguntarle por qué no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de diez y seis o diez y siete años, le respondió que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa; y Gaitán, entonces, le dio de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

-¡Hoy son peores los unitarios muchachos! -dijo Rosas reflexionando un momento.

-Ya se lo he dicho a Vuecelencia muchas veces: la universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrero; me ven venir por una calle, y, casi a mi vista, desatan la cintita que llevan al ojal, y se la guardan en el bolsillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra, y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo en lugar de Vuecelencia haría prohibir las gorras en las mujeres.

-Han de obedecer -dijo Rosas, con cierto acento de reticencia, cuya reserva sólo él podía comprender-: han de obedecer, pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa de menos, y que yo sé cuál es. Gaitán ha hecho muy bien. Despache usted a la viuda, y dígale que se ocupe en curar a su hijo. ¿Hay alguna otra cosa?

-Nada absolutamente, señor. ¡Ah!, he recibido una presentación de tres federales conocidos, pidiendo el permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

-Que la rifa sea por cuenta de la policía.

-¿Vuecelencia dispone algunas funciones particulares?

-Póngales los caballitos y la cucaña.

-¿Nada más?

-No me pregunte tonterías. ¿Usted no sabe que ese 25 de Mayo es el día de los unitarios? ¡Es verdad que como usted es de España!

-Vuecelencia se equivoca, yo soy oriental ¿Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

-Nada, puede usted retirarse.

-Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas a la criada.

-Yo no le he dado órdenes: yo le he enseñado lo que no sabe.

-Doy las gracias a Vuecelencia.

-No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y a la hija, salió de aquel lugar después de haber pagado, como todos los que entraban a él, su competente tributo de humillación, de miedo, de servilismo; sin saber positivamente si dejaba contento o disgustado a Rosas; incertidumbre fatigosa y terrible en que el sistemático dictador tenía constantemente el espíritu de sus servidores, porque el temor podría hacerlos huir de él, y la confianza podría engreírlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió a la salida del jefe de policía, pues mientras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

-Vete a acostar -dijo Rosas a su hija.

-No tengo sueño, señor.

-No importa, es muy tarde ya.

-¡Pero usted va a quedarse solo!

-Yo nunca estoy solo. Va a venir Mandeville y no quiero que pierda el

tiempo en cumplimientos contigo; anda.

-Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dio un beso en la frente, y tomando una vela de sobre la mesa, entró a las habitaciones interiores.

Rosas se paró entonces, y, cruzando sus manos a la espalda, empezó a pasearse al largo de su habitación, desde la puerta que conducía a su alcoba, por donde habían entrado y salido los personajes que hemos visto, hasta aquella por donde había ídose Manuela.

Diez minutos habrían durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecía sumergido en una profunda meditación, cuando se sintió el ruido de caballos que se aproximaban a la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habían parado en la puerta de la calle, dio tan fuerte palmada sobre la nuca del mulato, que a no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrían roto sus narices contra la mesa.

-¡Ay! -exclamó el pobre diablo parándose lo más pronto posible.

-No es nada; despiértese Su Paternidad que viene gente, y oiga: cuidado como se vuelva a dormir; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante, déle un abrazo.

El mulato miró a Rosas un instante e hizo luego lo que se le había ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba antes, a tiempo que Corvalán entraba.

Amalia

**

El caballero Juan Enrique Mandeville.

**

-¿Vino el inglés? -preguntó Rosas a su edecán, viéndole entrar.

-Ahí está, Excelentísimo Señor.

-¿Qué hacía cuando llegó usted?

-Iba a acostarse.

-¿La puerta de la calle estaba abierta?

-No, señor.

-¿Abrieron en cuanto se dio usted a conocer?

-Al momento.

-¿Se sorprendió el gringo?

-Me parece que sí.

-¡Me parece! ¿Para qué diablos le sirven a usted los ojos?... ¿Preguntó algo?

-Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.

-Que entre.

El personaje que va a ser conocido del lector es uno de esos que, en cuanto a su egoísmo inglés, presenta con frecuencia la diplomacia británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representación pública y de su dignidad de hombre, sólo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entonces, que sólo se encuentran en Buenos Aires.

El caballero Juan Enrique Mandeville, plenipotenciario inglés cerca del gobierno argentino, había conseguido de Rosas lo que éste mismo negó a su predecesor Mr. Hamilton; es decir, la conclusión de un tratado sobre la abolición del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre Mr. Hamilton, nacieron las primeras simpatías de Mr. Mandeville hacia la persona de Rosas. El no podía desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al dictador a la celebración de aquel pacto el 24 de mayo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y protección del gobierno de Su Majestad Británica un apoyo que le era necesario desde el 23 de setiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo para aquel plenipotenciario, recogido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas excepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamás quieren amigos, ni lo son de nadie: para ellos, la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean éstos de la nación que sean, e invistan una alta posición cerca de ellos, o se les acerquen con la posición humilde de un simple ciudadano.

El prestigio moral de los tiranos, esa fuerza secreta que fascina y enferma el espíritu de los hombres, en unión con la voluntad intransigible del dictador argentino, empezaron por insinuarse, y acabaron por dominar el espíritu del enviado británico, que, fiado en sus buenas disposiciones

personales hacia Rosas, no temió de cultivar y estrechar su relación individual con él, sin alcanzar a prever, que hay ciertos contactos en la vida, de que no se sale jamás sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demás era lo menos; y las humillaciones personales vinieron luego a complementar la obra, haciendo del representante de la poderosa Inglaterra el más sumiso federal, si no de la Mashorca, a lo menos de la clase tribunicia de Rosas, cuya misión era propagar sus virtudes cívicas, dentro y fuera del país.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vio en él su primer caballo de batalla en la cuestión francesa; y, en obsequio de la verdad histórica, es preciso decir que si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fue por omisión del señor Mandeville, sino por la naturaleza de la cuestión, que no permitía al gabinete de San James obrar según las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, a pesar de sus comunicaciones informativas sobre la preponderancia que adquiría la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que infería al comercio isleño la clausura de los puertos de la república por el bloqueo francés.

La Europa tenía fija su atención política en una cuestión actual que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y ella era la cuestión de Oriente. La Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia, atendían a esa cuestión, no queriendo, por otra parte, en sus más altas miras, sino la continuación de la paz europea.

Esa cuestión era simplemente una querella hereditaria entre el Sultán y el Pachá de Egipto.

La Francia insistía en que se accediese a las pretensiones de

Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistía al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al bajalato de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor. «Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen a la Rusia que guarde a Constantinopla» decía el emperador. Pero la Inglaterra, cuyo gabinete era dirigido por lord Palmerston, tenía la suficiente perspicacia política para no comprender todo el peligro que se corría en dejar el tulipán del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entonces, velando con todos los adornos de la más hábil diplomacia su negativa a las proposiciones del gabinete de San Petersburgo, lord Palmerston procuró convencerle, y logró reducirle, a que la protección que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada anglo-francesa en los Dardanelos.

Así pues, el estado de la cuestión de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente: la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia habían convenido en que Mehemet-Alí quedase reducido a la posesión hereditaria del Egipto; pero la Francia se negaba a consentir en esta resolución. Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger en combinación a Constantinopla; sin dejar de observarse unas a otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los Americanos no podemos aprender sino lecciones que, si enseñan la virtud de la circunspección, enseñan también el vicio de la mala fe, porque aquélla no existiría en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos del otro.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no

estaba en disposición de prestar grande atención a sus mercaderes del Río de la Plata, cuando tenía, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la más grave cuestión de la actualidad.

El señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba, cuanto le era posible, en una posición como la suya, por imprimir un movimiento contrario a los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas a Monsieur Martigny, y obra exclusivamente suya la entrevista en la Acteon.

Rosas tenía en él una completa confianza; es decir, conocía que Mandeville sentía, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mashorqueros cuando había una víctima que sacrificar a su sistema.

Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra al comedor donde éste le espera. Era un hombre todo vestido de negro; de sesenta años de edad; de baja estatura; de frente espaciosa y calva; de fisonomía distinguida, y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba también el color blanquísimo de su rostro. Esto era natural, pues habían dado ya las tres de la mañana, hora demasiado avanzada para un hombre de aquella edad; y que poco antes se había irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

-¡Adelante, señor Mandeville! -dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso a recibir al ministro inglés, que en ese momento entraba al comedor.

-Tengo el honor de ponerme a las órdenes de Vuestra Excelencia-dijo el señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectación, y acercándose a Rosas para darle la mano.

-¡He incomodado a usted, señor Mandeville! -le dijo Rosas con un acento suave e insinuante e indicándole con un movimiento de mano, que un francés llamaría comme il faut, la silla a su derecha en que debía sentarse.

¡Oh no, señor general! Vuestra Excelencia me da, por el contrario, una verdadera satisfacción cuando me hace el honor de llamarme a su presencia. ¿La señora Manuelita lo pasa bien?

-Muy buena.

-No lo pensé así, desgraciadamente.

-¿Y por qué, señor Mandeville?

-Porque siempre acompaña a Vuestra Excelencia a la hora de su comida.

-Cierto.

-Y no tengo en este momento el placer de verla.

-Acaba de retirarse.

-¡Ah, soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos antes!

-Ella lo sentirá también.

-¡Oh, ella es la más amable de las argentinas!

-A lo menos hace cuanto es posible por ser amable.

-Y lo consigue.

-Doy a usted las gracias por ella. Sin embargo, no tiene usted por qué quejarse de esta noche.

-¿Por qué no, general?

-Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

-Vuestra Excelencia tiene razón, hasta cierto punto.

-Que Vuestra Excelencia tiene razón en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estoy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

-Es usted muy amable, señor Mandeville -dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa que no habría podido ser distinguida de otro hombre menos perspicaz y acostumbrado al lenguaje de la acentuación y de la fisonomía que el señor Mandeville.

-Si usted lo permite -continuó Rosas-, daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo más serio.

-Nada puede serme más satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Excelencia -contestó el diplomático aproximando su silla a la mesa, y acariciando, más bien por costumbre que por ocasión, los cuellos de batista de su camisa, no más blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza a que pertenecía el señor Mandeville: esa raza sajona que se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

-¿Para qué día piensa usted despachar el paquete? -le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

-Por la legación quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por más tiempo...

-Precisamente lo deseo.

-Entonces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que

necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

-¡Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer!

-¿Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?

-Cuantas usted quiera.

-¿Podría saber qué motivo hay para detener el paquete, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

-Es bien sencillo, señor Mandeville.

-¿Vuestra Excelencia despacha algún ministro?

-No hay para qué.

-Entonces no alcanzo a comprender.

-Mis comunicaciones están prontas, pero las de usted no lo están.

-¿Las mías?

-Ya lo ha oído usted.

-Creo haber dicho a Vuestra Excelencia que están

terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y sólo me faltan algunas cartas particulares.

-No hablo de cartas.

-Si Vuestra Excelencia se dignase explicarme...

-Yo creo que la obligación de usted es informar fielmente y con datos verdaderos al gobierno de Su Majestad, sobre la situación en que quedan los negocios del Río de la Plata a la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

-Exactamente, Excelentísimo Señor.

-Pero usted no ha podido hacerlo porque carece de aquellos datos.

-Yo hablo a mi gobierno de las cuestiones generales de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que pertenezcan a la política

interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

-Eso es muy cierto, ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones generales, señor Mandeville?

-¿Lo que valen? -dijo el ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo a sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir, el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo, con quienes se iba a fondo sobre el espíritu de los otros, cuando discutía alguna materia grave, o cuando quería domeñar su inteligencia con golpes súbitos y recios.

-Lo que valen, sí, señor; lo que valen para ilustrar al gobierno a quien tales generalidades se escriben.

-Valen...

-Nada, señor ministro.

-¡Oh!

-Nada. Ustedes los europeos abundan siempre en generalidades cuando quieren aparentar que conocen a fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les da un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente generalizan sobre principios falsos.

-Vuestra Excelencia quiere decir...

-Quiero decir, señor ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, a lo menos en mi país.

-Pero un ministro extranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

-Y es por eso que el ministro extranjero, si quiere informar con verdad a su gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar y apreciar sus explicaciones.

-Esa es mi conducta.

-No siempre.

-A pesar mío.

-Puede ser... Vamos: ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? O más bien, y hablando en las generalidades que gustan a usted tanto, ¿cuál es el espíritu de las comunicaciones que dirige a su gobierno, respecto del mío?

-¿El espíritu?

-Justamente; o, con más claridad, ¿en esas comunicaciones me determina usted en buena o mala situación?; ¿espera usted el triunfo de mi gobierno, o el triunfo de la anarquía?

-Oh, señor.

-Eso no es contestar.

-Ya lo veo.

-¿Luego?

-Luego ¿qué?, Excelentísimo Señor.

-Luego ¿qué me responde usted?

-¿Sobre la situación en que se encuentra el gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad?

-Precisamente.

-Me parece...

-Hable usted con franqueza.

-Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.

-¿Pero ese parecer lo funda usted en algo?

-Sin duda.

-¿Y es en qué, señor ministro?

-En el poder de Vuestra Excelencia.

-¡Bah! ¡Esa es una frase muy vaga en el caso de que nos ocupamos!

-¡Vaga, señor!

-Indudablemente, pues si yo en efecto tengo poder y medios, también poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?

-¡Oh, señor!

-Por ejemplo: ¿sabe usted el estado de Lavalle en el Entre Ríos?

-Sí, señor: está imposibilitado para moverse después de la batalla de Don Cristóbal, en que las armas de la Confederación obtuvieron tan completo triunfo.

-Sin embargo, el general Echagüe está en inacción por falta de caballos.

-Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el general tenga los caballos que le faltan.

-¿Sabe usted el estado de Corrientes?

-Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá a la liga federal.

-Entretanto, Corrientes está en armas contra mi gobierno, y ya son dos provincias.

-En efecto, son dos provincias, pero...

-¿Pero qué?

-Pero la Confederación tiene catorce.

-¡Oh, no tantas!

-¿Decía Vuestra Excelencia?

-Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevación con los unitarios.

-Cierto, cierto, Excelentísimo Señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinión a lo menos.

-¿No dije a usted que sus generalidades habían de estar fundadas sobre datos falsos?

-¿Lo cree Vuestra Excelencia?

-Yo creo lo que digo, señor ministro. Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy son provincias de la mayor importancia; y ese movimiento de que usted ha hablado, no es otra cosa que una verdadera revolución con muchos medios y con muchos hombres.

-¡Sería una cosa lamentable!

-Como usted lo dice. Tucumán, Salta y Jujuy me amenazan por el norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y La Rioja, por el oeste hasta la falda de la Cordillera, Corrientes y Entre Ríos por el litoral, y todavía ¿quién más, señor ministro?

-¿Quién más?

-Sí, señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar a mis enemigos: a más de aquellos, me amenaza Rivera.

-¡Bah!

-No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

-Que no pasará.

-Es probable, pero es preciso creer que ha de pasar; y entonces me ve usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

-¡En efecto, la situación es grave! -dijo el señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo

explicarse el objeto que se proponía Rosas con descubrir él mismo los peligros que le amenazaban, cosa que en la astucia del dictador no podía menos que tener alguna segunda intención muy importante.

-¡Es muy grave! -repitió Rosas, con un aplomo y una sangre fría que acabó de intrigar el espíritu del diplomático-. Y después que conoce usted los elementos de ese peligro -continuó Rosas-, querrá usted decirme ¿en qué fundará ante su gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios? Porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo.

-¿Pero en qué más, Excelentísimo Señor, que en el poder, en el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria?

-¡Bah, bah, bah! -exclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece o que desprecia a otro por su ignorancia.

-Yo no sé, señor general -dijo Mandeville, descompuesto al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, o más bien, de la expresión de sus creencias-, en cuál de las palabras que acabo de tener el honor de pronunciar está el origen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia.

-En todas, señor diplomático de Europa -respondió Rosas con ironía descubierta.

-¡Pero, señor!

-Oigame usted, señor Mandeville; todo cuanto acaba usted de decir está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribírselo a lord Palmerston, a quien llaman los unitarios de Montevideo el eminente ministro.

-¿Me haría el honor Vuestra Excelencia de explicarme el porqué?

-A eso voy. He detallado a usted todos los peligros que en la actualidad rodean a mi gobierno, es decir, al orden y a la paz de la Confederación Argentina. ¿No es cierto?

-Muy cierto, Excelentísimo Señor.

-¿Y sabe usted por qué acabo de enumerarle esos peligros? ¡Oh!, ¡usted no lo ha comprendido, no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza que lo ha dejado vacilante y perplejo! Pero yo se la explicaré. He dicho a usted lo que ha oído, porque sé bien que de esta entrevista extenderá un protocolo que enviará luego a su gobierno; y esto es precisamente lo que yo más deseo.

-¡Vuestra Excelencia quiere eso! -dijo el señor Mandeville más admirado ahora, que intrigado antes.

-Lo quiero, y la razón es que me conviene que el gobierno inglés sepa aquellos detalles por mí mismo, antes que por los órganos de mis enemigos, o a lo menos, que lo sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿Qué haría, qué ganaría yo con ocultar al gobierno inglés una situación que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla, sería descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo a mis actuales enemigos.

-Es por eso que dije a Vuestra Excelencia que con su poder...

-¡Dale con el poder, señor Mandeville!

-Pero si no es con el poder.., si Vuestra Excelencia no tiene poder...

-Tengo poder, señor ministro -le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche a Rosas; y sin saber qué le convenía decir,

pronunció la palabra:

-¡Entonces!...

-¡Entonces, entonces! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situación. ¿Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿Cree usted que si suma el número de enemigos y elementos que, con el poderoso auxilio de la Francia, amenazan el gobierno y el sistema federal del país, el ministro eminente tenga mucha confianza en el triunfo mío, aun cuando le presente usted una igual suma de poder a mis órdenes? ¿Y cree usted, entonces, que se tomase mucho empeño en apoyar a un gobierno cuya situación no le ofrecía probabilidades de existencia más allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿Piensa usted que se anda más pronto, dado el caso que su gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos auxiliados por la Francia, de Londres a París, y de París a Buenos Aires, que de Entre Ríos al Retiro, y de Tucumán a Santa Fe, y que esto no lo conocería lord Palmerston? ¡Bah, señor Mandeville, yo nunca he esperado gran cosa del gobierno inglés en mi cuestión con la Francia, pero ahora espero menos, desde que las informaciones que van a ese gobierno son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder!

-Pero, señor general -dijo Mandeville, desesperado, porque cada vez comprendía menos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas que, al parecer, la daba vida el mismo Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debía quebrantarlo y postrarlo-, si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, ¿con quien piensa Vuestra Excelencia vencer a los unitarios?

-Con ellos mismos, señor Mandeville -dijo Rosas con una flema

alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquél, para observar la impresión causada al levantar de súbito el telón de boca que cubría el misterioso escenario de su pensamiento.

-¡Ah! -exclamó el ministro, dilatándosele los ojos cual acababa de expandirse su imaginación en el inmenso círculo que habíanle trazado aquellas tres palabras, en cuyas veía la explicación de todas las reticencias y paradojas que un momento antes no podía explicarse, a pesar de su experiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solía adivinar las reservas de Rosas.

-Con ellos mismos -continuó éste tranquilamente. -Y ése es hoy mi principal ejército, mi poder más irresistible, o mejor dicho, más destructor de mis enemigos.

-En efecto, Vuestra Excelencia me conduce a un terreno en el que, francamente, yo no había pensado.

-Ya lo sé -contestóle Rosas, que no perdonaba ocasión de hacer sentir a los otros sus errores o su ignorancia-. Los unitarios -continuó- no han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca lo que les falta para ser fuertes y poderosos, por más que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la república, pero les falta un centro de acción común: todos mandan, y por lo mismo, ninguno obedece. Todos van a un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferré no obedece a Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece a Ferré, porque es el general de los unitarios, el general Libertador, como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperación de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia a

Rivera. Rivera necesita obrar en combinación con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del país, y sobre todo, porque la oficialidad de éste no la tiene Rivera, pero Rivera desprecia a Lavalle porque no es montonero, y lo aborrece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan a Lavalle; Lavalle quiere seguir esos consejos, pero los hombres de espada que le acompañan desprecian a los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, da oídos a la gritería, a sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquéllos, es decir, cada uno se cree un jefe, un ministro, un gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano. Entonces, señor ministro de Su Majestad la Reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el modo de destruirlos es darles tiempo a que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

-¡Oh, muy bien! ¡Es un magnífico plan! -dijo alborozado el señor Mandeville.

-Permítame usted, que no he concluido -dijo Rosas con la misma flema-. Cuando se tiene tales enemigos, decía, no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fracción, cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demás obedecen como los brazos a la voluntad, se deduce entonces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible aun cuando aparezca más pequeño comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo como se debe apreciar la situación de mis

enemigos y la mía? -preguntó Rosas, que no había perdido ni un momento el aplomo con que había empezado a desenvolver su original plan de campaña, que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, había hecho de los enemigos que lo habían combatido, y que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable a los ojos del mundo, y que él por sí solo no tuvo nunca, ni el talento, ni el valor de conquistarla.

-¡Oh! ¡Lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo Señor! -dijo el ministro frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfacción viva que tiene todo hombre que acaba de salir venturosamente de una incertidumbre, o de un conflicto-. Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situación de los negocios, bajo el punto de vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

-Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad -dijo Rosas con cierto aire de indiferencia, a través del cual el señor Mandeville, si hubiese estado con menos entusiasmo en ese momento, habría descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

-El saber la verdad, en el gabinete inglés, importa hoy tanto como a Vuestra Excelencia el que haga saber esa verdad.

-¿A mí?

-¡Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraría como el mas grande apoyo posible el auxilio de la Inglaterra?

-¿En qué sentido?

-Por ejemplo, si la Inglaterra obligase a la Francia a la terminación de su cuestión en el Plata, ¿no sería para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo

sobre todos sus enemigos?

-Pero esa interposición de la Inglaterra, ¿no me la ha ofrecido usted desde el comenzamiento del bloqueo?

-Es muy cierto, Excelentísimo Señor.

-Y de paquete a paquete, ¿no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca le llegan?

-Cierto, Excelentísimo Señor, pero esta vez, a la menor insinuación del gobierno inglés, el gobierno de Su Majestad el Rey de los Franceses despachará un plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestión. Hoy no puedo ponerlo en duda.

-¿Y por qué?

-El gobierno francés se encuentra hoy en una posición terrible, Excelentísimo Señor. En la Argelia, la guerra se ha encendido con más vigor que nunca; Abd-el-Kader se presenta hoy como un enemigo formidable. En la cuestión de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias a las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el Sultán y el Pachá de Egipto; quince navíos, cuatro fragatas, y otros buques menores han sido enviados por el gobierno francés a los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, o si la Rusia se sostiene en proteger Constantinopla, dentro de poco el Rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas sus escuadras al Bósforo y a los Dardanelos. En el interior, la Francia no está más tranquila, ni más segura. La tentativa de Strasburgo ha puesto en acción a todos los napoleonistas, y los antiguos partidos empiezan a levantar su bandera parlamentaria. El ministerio Soult, si no ha caído ya, caerá pronto, y la oposición mina y trabaja por colocar en la presidencia del consejo a alguno de sus miembros eminentes.

En tal situación, la Francia necesita consolidar más que nunca su alianza con la Inglaterra, y por una cuestión, para ella de tan poco interés, como es la del Plata, el gabinete francés no querrá hacer a lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

-Hágalo o no lo haga, para mí es indiferente, señor ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en África, y por lo que hace al bloqueo, no es a mí a quien más perjudica, como usted lo sabe.

-Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo Señor: es el comercio británico el que sufre por este prolongado bloqueo.

-¿Sabe usted qué capital inglés está encerrado en Buenos Aires porque la escuadra francesa no lo deja salir?

-Dos millones de libras en frutos del país que se deterioran cada día.

-¿Sabe usted cuánto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

-Veinte mil libras, Excelentísimo Señor.

-Exactamente.

-Todo eso acabo de comunicarlo a mi gobierno.

-¿Sabe usted qué capital británico en manufacturas ha sido interrumpido en su tránsito y depositado la mayor parte en Montevideo?

-Un millón de libras. También lo he comunicado a mi gobierno.

-Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace a mí yo sé cómo defenderme del bloqueo.

-Yo he repetido muchas veces que Vuestra Excelencia lo puede todo -dijo el ministro con una sonrisa, la más insinuativa y cortesana, pero al mismo tiempo con la expresión de una verdad sentida.

-No todo, señor Mandeville -dijo Rosas echándose para atrás en su silla

y fijando sus ojos corno dos flechas sobre la fisonomía de aquel en quien al parecer iba a estudiar el fondo de su conciencia-, no todo, por ejemplo, cuando algún ministro extranjero abre las puertas de su casa a un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga a darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concedería sin esfuerzo.

-¡Cómo! ¿Ha sucedido tal cosa? Por mi parte yo no se a qué ministro se refiere Vuestra Excelencia.

-¿Usted no lo sabe, señor Mandeville? -dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

-Doy a Vuestra Excelencia mi palabra de...

-Basta -le interrumpió Rosas, que antes de que hablase Mandeville se había convencido de que en efecto ignoraba aquello que a él le interesaba saber, y por que únicamente lo había llamado a su presencia-. Basta, repitió, y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento le conmovía.

Mandeville había vuelto a sus perplejidades anteriores cerca de aquel hombre de quien jamás otro alguno podía estar, ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitación cuando de repente paráse, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que había estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversación de que no había entendido una sola palabra, quedó en la actitud de un hombre que reconcentra en su oído toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible: un caballo a todo galope se sentía venir

del oeste por la calle del Restaurador; y en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

-Algún parte de la policía -dijo el señor Mandeville, que quería de algún modo anudar la conversación tan bruscamente rota, y que comprendía la atención de Rosas.

Rosas lo bañó con una mirada de desprecio, y le dijo:

-No, señor ministro inglés: ese caballo viene de la campaña y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policía, sino un buen gaucho.

El ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

A este tiempo, el general Corvalán entró al comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió, y no bien hubo leído las primeras líneas cuando una expresión de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita que el señor Mandeville, que había percibídola con facilidad, quedó en duda si había sido acaso una ilusión de óptica o una realidad.

-Conque, señor Mandeville, usted se retira -dijo Rosas interrumpiendo la lectura del pliego, y extendiendo la mano al señor Mandeville que ya estaba con el sombrero en la suya.

-Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

-¿Cuándo piensa usted despachar el paquete? -preguntó Rosas sin haber oído siquiera las palabras del ministro.

-Pasado mañana, Excelentísimo Señor.

-Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien a su secretario, y que el paquete salga mañana a la tarde, o más bien, hoy a la tarde, porque ya son las cuatro de la mañana.

-Saldrá a las seis de la tarde, Excelentísimo Señor.

-Buenas noches, señor Mandeville.

Y se retiró este ministro después de tres o cuatro profundas reverencias.

-Corvalán, que acompañen al señor, y vuelva usted.

-¡Señor! ¡Señor! ¿Qué le hago al gringo? -dijo Viguá.

Pero Rosas sin oírle se sentó, extendió el pliego sobre la mesa, y, apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, mientras a cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre, y pasaban por su frente todas las medias tintas de la grana, del fuego y de la palidez.

Un cuarto de hora después, él mismo había cerrado la puerta exterior de su gabinete y se paseaba por él a pasos agitados, impelido por la tormenta de sus pasiones que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía.

Amalia

**

El amanecer.

**

El alba del 5 de mayo había despedido al fin aquella triste noche testigo de la ejecución de un crimen horrible y de la combinación de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para anunciar la venida del poderoso rey de la naturaleza, no podía secar, con el tiernísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que manchaba la orilla esmaltada de ese río, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosas, su bellísima frente de jazmines. Pero argentaba con él las torres y los chapiteles de esa ciudad a quien los poetas han llamado «La Emperatriz del Plata», la «Atenas» o «la Roma del Nuevo Mundo».

Dormida sobre esa planicie inmensa en que reposa Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecía que quisiera resistir las horas del movimiento y la vigilia que le anunciaba el día, y conservar su noche y su molicie por largo tiempo aún. En sus calles

espaciosas y rectas, se escondía aún, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas medias tintas del claroscuro de los crepúsculos, que ponen en trepidación a los ojos, y en cierto no sé qué de disgustamiento al espíritu.

Una de esas brisas del sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba a la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no había logrado levantar aún del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la Naturaleza hubiese debido contribuir en ese año a la terrible situación que comenzaba para el pueblo, había empezado sus copiosas lluvias desde los primeros días de abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y los jacintos que alfombran en esa estación las arenosas praderas de Barracas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al oriente, sobre el horizonte tranquilo del gran río, el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro a medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

¡Oh! ¿Por qué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenía suspendido del cielo sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se había apartado? Si la maldición terrible había descendido sobre su cabeza en el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿por qué, entonces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crimen no profanasen esa luz de mayo, cuyo rayo había templado, treinta años antes, el corazón y la espada de los regeneradores de un mundo?... Pero la Naturaleza parece hacer alarde de su

poder rebelde a las insinuaciones humanas, cuanto más la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una oscura noche, una mano regia abría una ventana de palacio y hacía, en París, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente día un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuyo último gemido había demandado de Dios la venganza de tan horrible crimen. ¡Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban a rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de vísperas llamaba al templo de Dios la alma cristiana, en las calles de Sicilia, una joven dio la señal tremenda que debía fijar en un río de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la Naturaleza, la humanidad también debía aparecer indiferente a las desgracias que se acumulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente que, como fue solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debía sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una extraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad e imprimir el movimiento regenerador en diez naciones, parece destinado a ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crimen; pues que hasta los crímenes por que ha derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía original e imponente, que las eleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrentan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendía, sin embargo, cuál era su situación actual, y presagiaba por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre a hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y más terrible aún que aquellos que lo habían postrado, estaba

próximo a ser descargado sobre su cabeza por la mano inapiadable de la tiranía; y para contenerla él, el pueblo de Buenos Aires no tenía, ni los medios, ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El terror, esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la más terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, según la expresión de Víctor Hugo, empezaba a introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oración que cada uno elevaba a Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenía de que los últimos parasismos de la dictadura serían mortales para cuantos vivían al alcance de su temible mano, que sus mas encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidez y prepotencia del rayo, para no dar lugar a la ejecución de las terribles venganzas que temían. Y cuando para conseguir esto se ofrecían a sus ojos los obstáculos de tiempo, de distancia y de cosas, aquéllos, los más concienzudos enemigos del dictador, temblaban en secreto de la hora en que se aproximase el triunfo. ¡Tal era el primer síntoma con que se anunciaba el terror sobre el espíritu!

Así era la situación moral del pueblo de Buenos Aires en los momentos en que comenzamos nuestra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba sobre el cielo, según el principio de este capítulo, y en que el silencio de la ciudad era apenas interrumpido por el rodar monótono de algunos carros que se dirigían al

mercado; un hombre alto, flaco, no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisonomía unos cincuenta, o cincuenta y cinco años de edad, caminaba por la calle de la Victoria afirmándose magistralmente en su bastón; marchando, con tal mesura y gravedad, que no parecía sino que había salido de su casa a esas horas para respirar el aire puro de la mañana, o para mostrar al rey del día, antes que ningún otro porteño, el inmenso chaleco colorado con que se cubría hasta el vientre, y las divisas federales que brillaban en su pecho y en su sombrero. Este hombre, sin embargo, fuera por casualidad o intencionalmente, tenía la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano se le cayera dos o tres veces en cada cuadra, rodando siempre hacia tras de su persona, cuyo incidente le obligaba a retroceder un par de pasos para cogerla, y, como era natural, a echar una mirada sobre las cuadras que había andado, es decir, en dirección al campo; porque este individuo venía del lado del oeste, enfilando la calle de la Victoria, con dirección a la plaza.

Al cabo de veinte o veinte y cinco caídas del bastón, se paró delante de una puerta, que ya nuestros lectores conocen: era aquella por donde Daniel y su criado habían entrado algunas horas antes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó a levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo más rigoroso del estío. Pero por casualidad, por distracción, o no sabemos por qué, sumergió sus miradas a derecha e izquierda de la calle, y después de convencerse que no había alma viviente en una longitud de diez o doce cuadras a lo menos, se acercó a la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos por qué, hacer uso de un león de bronce que servía de estrepitoso llamador.

Amalia

**

El ángel y el diablo.

**

No será largo el tiempo que sostengamos la curiosidad del lector sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entretanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo a nuestro buen viejo Saturno el permiso de no seguirlo esta vez en su mesurada carrera, daremos un salto desde el alba hasta las doce del día, de uno de esos días del mes de mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos a seguir un coche amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que dejando la casa del general Mansilla, marcan a gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle de Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirle, pues no es difícil que la curiosidad se incite, y las imaginaciones de veinte años florezcan más improvisamente que la primavera, cuando el pasaje fugitivo de ese coche da tiempo, sin embargo, a mirar por uno de los postigos abiertos una mano de mujer, escondida entre

un luciente guante de cabritilla color paja, que más bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve,

que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer a quien pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia que su mano, y la mirada de los paseantes no puede llegar hasta su rostro.

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fue a parar tras de San Juan, en una casa cuya puerta parecía sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entonces, una joven bajó del coche, o más bien salvó los dos escalones del estribo, poniendo ligeramente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dio ocasión por un momento a que asomase, de entre las anchas haldas del vestido, un pequeñito pie, preso en un botín color violeta. Y era esta joven de diez y siete a diez y ocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparación. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre un rostro que parecía haber robado la lozanía y colorido de la más fresca rosa. Frente espaciosa e inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y más oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa ligerísima curva apenas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio; y por último, una boca pequeña, y rosada como el carmín, cuyo labio inferior la hacía parecer a las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada

facción revelaba delicadezas de alma, de organización y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregad a esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecía colocada, como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendréis una idea medianamente aproximada de la joven del coche, vestida con un traje de seda color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Había algo de aéreo, de vaporoso en esta criatura, que esparcía en torno suyo un perfume que sólo era perceptible al alma -al alma de los que tienen el sentimiento de la belleza. Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la Naturaleza, más parecía la idealización de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La joven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir a toda la fuerza de su espíritu, y a su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porción de hombres vestidos de colorado de los pies a la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, más o menos tarde, destinados a la horca, que cuajaba el zaguán y parte del patio de la casa de Doña María Josefa Ezcurra, cuñada de Don Juan Manuel Rosas, donde la bella joven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala, y, tocando ligeramente los cristales, entró a ella esperando hallar alguien a quien preguntar por la dueña de casa. Pero la joven no encontró en esa sala sino dos mulatas, y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus pies enlodados la estera de esparto blanca con pintas negras que cubría el piso, conversaban familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de

una fisonomía en que no podía distinguirse dónde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos a esa recién venida en quien no veían de los distintivos de la Federación, de que ellos estaban cubiertos con exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa, que asomaba por bajo el ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

-¿La señora Doña María Josefa está en casa? -preguntó la joven, sin dirigirse directamente a ninguna de las personas que se acaban de describir.

-Está, pero está ocupada -respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La joven vaciló un instante; pero tomando luego una resolución para salir de la situación embarazosa en que se hallaba, llegóse a una de las ventanas que daban a la calle, abrióla, y llamando a su lacayo, diole orden de entrar a la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la joven:

-Llama a la puerta que da al segundo patio de esta casa, y di que pregunten a la señora Doña María Josefa si puede recibir la visita de la señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta orden y ese prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situación en que están colocadas, cuando saben sostenerse a la altura de su condición, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficción repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase a que pertenecían, que la sociedad había roto los diques

en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamádose la sociedad entera en una sola familia.

Florencia -en quien ya habrán conocido nuestros lectores al ángel travieso que jugaba con el corazón de Daniel- esperó un momento.

No tardó en efecto, en aparecer una criada regularmente vestida, que la dijo, tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció a las cinco damas de la Federación allí sentadas, que la señora no podía oírlas hasta la tarde, pero que no dejasen de venir a esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero al salir, una de las negras no pudo menos de echar una mirada de enojo sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que perdióse en el aire, porque, desde su entrada a la sala, Florencia no se dignó volver sus ojos hacia aquellas tan extrañas visitas de la hermana política del gobernador de Buenos Aires, o más bien, a aquellas nubes preñadas de aire malsano que hacían parte del cielo rojo-oscuro de la Federación.

La criada salió; pero el soldado, que no había recibido orden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando menos en el umbral de la puerta del salón, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí había, y oprimiendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse de ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposar su espíritu y su vista del rato desagradable y violento por que acababan de pasar.

Entretanto, Doña María Josefa se daba prisa en una habitación contigua a la sala, en despachar dos mujeres de servicio con quienes estaba hablando, mientras ponía una sobre otra veinte y tantas solicitudes que

habían entrado ese día, acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacían no pequeña parte los patos y las gallinas del zaguán, para que por su mano fuesen presentadas a Su Excelencia el Restaurador, aun cuando Su Excelencia el Restaurador estaba seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y se apresuraba, decíamos, porque la señorita Florencia Dupasquier, que se le había anunciado, pertenecía por su madre a una de las más antiguas y distinguidas familias de Buenos Aires, relacionada desde mucho tiempo con la familia de Rosas; aun cuando en la época presente, con pretexto de la ausencia de Mr. Dupasquier, su señora y su hija aparecían muy rara vez en la sociedad.

El lector querría saber, qué clase de negocios tenía Doña María Josefa con las negras y las mulatas de que estaba invadida su casa. Más adelante lo sabremos. Basta decir, por ahora, que en la hermana política de Don Juan Manuel Rosas, estaban refundidas muchas de las malas semillas, que la mano del genio enemigo de la humanidad arroja sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, según la fantasía de Hoffmann. Los años 33 y 35 no pueden ser explicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa de Don Juan Manuel Rosas, que sin ser malo su corazón, tenía, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para la intriga política; y 39, 40 y 42 no se entenderían bien si faltase en la escena histórica la acción de Doña María Josefa Ezcurra.

Esas dos hermanas son verdaderos personajes políticos de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, además, las acciones que hacen relación con los sucesos públicos, no tienen sexo.

La Naturaleza no predispuso la organización de la hermana política de

Rosas para las impresiones especiales de la mujer. La actividad y el fuego violento de pasiones políticas debían ser el alimento diario del alma de esa señora. Circunstancias especiales de su vida habían contribuido a desenvolver esos gérmenes de su naturaleza. Y la posición de su hermano político, y las convulsiones sangrientas de la sociedad argentina, le abrían un escenario vasto, tumultuario y terrible, tal cual su organización lo requería. Sin vistas y sin talento, jamás un ser oscuro en la vida del espíritu ha prestado servicios más importantes a un tirano que los que a Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para Rosas, estaban en relación con el mal que podía inferir a sus semejantes; y su cuñada con un tesón, una perseverancia y una actividad inauditas le facilitaba las ocasiones en que saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasión sincera, por verdadero fanatismo por la Federación y por su hermano; y ciega, ardiente, tenaz en su odio a los unitarios, era la personificación más perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que había creado la dictadura de aquél. Época que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad joven, cuando esa relajación es impelida por una mano poderosa que se empeña en ello; encontrando por resistencia apenas la moral y la virtud privada, que se dejan arrastrar indefensas y fácilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociación de ellas mismas. La asociación de las ideas, de las virtudes, de los hombres, en fin, no existía en ese pueblo, que creía con el candor del niño, que bastaba para ser libre,

grande y poderoso, el haber sido valiente en las batallas.

Desasociados los hombres, aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crimen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era ése únicamente, y que explotaba para conseguirlo todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionarse contra un orden de cosas civilizado, que empezaba a oprimir en ella la expansión de sus habitudes salvajes.

La puerta contigua a la sala abrióse al fin, y la mano de la elegante Florencia fue estrechada entre la mano descuidada de Doña María Josefa: mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida estaban notablemente aumentados en su rostro por la acción de las pasiones ardientes.

-¡Qué milagro es éste! ¿Por qué no ha venido también Doña Matilde? -preguntó sentándose en el sofá a la derecha de Florencia.

-Mamá se halla un poco indispuesta, pero no pudiendo saludar a Vuesa Merced personalmente, me manda ofrecerla sus respetos.

-Si yo no conociera a Doña Matilde y su familia, creería que se había vuelto unitaria; porque ahora se conocen a las unitarias por el encerramiento en que viven. ¿Y sabe usted por qué se encierran esas locas?

-¿Yo? No, señora. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

-Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, o porque no se la peguen con brea, lo que es una tontería, porque yo se la remacharía con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y... pero

también usted, Florencita, no la trae como es debido.

-Pero al fin la traigo, señora.

-¡La traigo, la traigo! Pero eso es como no. traer nada. Así la traen también las unitarias; y aunque usted es la hija de un francés, no por eso es inmunda y asquerosa como son todos ellos. Usted la trae, pero...

-Y eso es cuanto debo hacer, señora -dijo Florencia interrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversación para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

-La traigo -continuó-, y traigo también esta pequeña donación que, por la respetable mano de usted, hace mamá al Hospital de Mujeres, cuyos recursos están tan agotados, según se dice.

Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde había doblados cuatro billetes de banco, que puso en la mano de Doña María Josefa, y que no era otra cosa que ahorros de la mensualidad para limosnas y alfileres que desde el día de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo, con esa satisfacción de la avaricia satisfecha, tan bien pintada por Moliére:

-¡Esto es ser federal! Dígale usted a su mamá que le he de avisar a Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra; y mañana mismo mandaré el dinero al señor Don Juan Carlos Rosado, ecónomo del Hospital de Mujeres -y apretaba con su mano los billetes, como si temiera se convirtiese en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

-Mamá quedaría bien recompensada con que tuviese usted la bondad

de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia. Sabe usted que el Señor Gobernador no tiene tiempo para dar su atención a todas partes. La guerra le absorbe todos sus momentos; y, si no fuesen usted y Manuelita, difícilmente podría atender a tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene mas acción sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar a la señora con esta segunda ofrenda que la hacía.

-¡Y bien que le ayudamos al pobre! -contestó arrellanándose en el sofá.

-Yo no sé cómo Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, según se dice, y esto acabará por enfermarla.

-Anoche, por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

-¿Hasta las cuatro?

-Y dadas ya.

-Pero ahora, felizmente creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

-¡Bah! Cómo se conoce que no está usted en la política. Ahora más que nunca.

-Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que sólo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que estando tan lejos el Entre Ríos, donde es el teatro de la guerra, los unitarios de aquí no molestarían mucho al gobierno.

-¡Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos; ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

-¡Oh, eso no se les podrá impedir! ¡La costa es inmensa!

-¿Que no se les puede impedir?

-Me parece que no.

-¡Bah, bah, bah! -y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habían quedado en su encía inferior-. ¿Sabe usted a cuántos se agarraron anoche? -preguntó.

-No lo sé, señora -contestó Florencia, ostentando la más completa indiferencia.

-A cuatro, hija mía.

-¿A cuatro?

-Justamente.

-Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos a estas horas.

-¡Oh!, de que no se irán yo le respondo a usted, porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

-¡Algo mejor! exclamó Florencia como admirada, disimulando que sabía ya la suerte de aquellos infelices; pues que acababa de estar con la señora de Mansilla, y sabía ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una palabra sobre el que había tenido la dicha de libertarse de la muerte.

-Mejor; por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han... los han fusilado.

-¡Ah, los han fusilado!

-Y muy bien hecho; ha sido una felicidad aunque con una pequeña desgracia.

-¡Oh!, pero usted dice que es pequeña, señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer a las personas como usted.

-A veces. Uno logró escaparse.

-Entonces no tendrán mucho que molestarse para encontrarle, porque

la policía es muy activa según creo.

-No mucho.

-Dicen que en este ramo el señor Victorica es un genio -insistió la traviesa diplomática, que quería picar el amor propio de Doña María Josefa.

-¡Victorica! No diga usted disparates, yo, yo Y nadie más que yo lo hace todo.

-Así lo he creído siempre, y en el caso actual casi estoy segura que será usted más útil que el señor jefe de policía.

-Puede usted jurarlo.

-Aunque por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso...

-Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces cómo me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de lo de Juan Manuel, y ya sé más sobre el que se ha fugado que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

-¡Es posible!

-Lo que usted oye.

-¡Pero eso es increíble... en dos horas... una señora!

-Lo que usted oye -repitió Doña María Josefa, cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar a Victorica y procurar que la admirasen los que la oían.

-Lo creeré porque usted lo dice, señora -continuó Florencia, que iba entrando a carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

-¡Oh!, créamelo usted como si lo viera.

-Pero habrá puesto usted cien hombres en persecución del prófugo.

-Nada de eso. ¡Qué! Mandé llamar a Merlo que fue quien los delató;

vino, pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entonces mandé llamar a varios de los soldados que se hallaron anoche en el suceso; y allí está sentado en la puerta de la sala el que me ha dado los mejores informes. Y... ¡verá usted qué dato! ¡Camilo! -gritó, y el soldado entró a la sala y se acercó a ella con el sombrero en la mano.

-Dígame usted, Camilo -continuó aquélla-, ¿qué señas puede usted dar del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?

-Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé dónde está -contestó con una expresión de alegría salvaje en su fisonomía.

-¿Y dónde? -preguntóle la vieja.

-En el muslo izquierdo.

-¿Con qué fue herido?

-Con sable, es un hachazo.

-¿Está usted cierto de lo que dice?

-¡Y qué no estaba cierto! Yo fui quien le pegué el hachazo, señora.

Florencia se echó atrás, hacia el ángulo del sofá.

-¿Y lo conocería usted si lo viera? -continuó Doña María Josefa.

-No, señora, pero si lo oigo hablar le he de conocer.

-Bien, retírese usted, Camilo.

-Ya lo ha oído usted -prosiguió la hermana política de Rosas dirigiéndose a la señorita Dupasquier que no había perdido una sola palabra de la declaración del bandido-:!ya lo ha oído usted!, ¡herido en un muslo! ¡Oh, es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece a usted?

-¡A mí! Yo no alcanzo, señora, de qué importancia pueda serle a usted el saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.,

-¿No lo alcanza usted?

-Ciertamente que no; pues supongo que el herido a estas horas estará curándose en su casa o en alguna otra, y no se ven las heridas a través de las casas.

-¡Pobre criatura! exclamó Doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huesosa sobre la rodilla de Florencia-, ¡pobre criatura! Esa herida me da tres medios de averiguación.

-¡Tres medios!

-Justamente. Oigalos usted y aprenda algo: los médicos que asistan a un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas, y las casas en que se note asistencia repentina de un enfermo. ¿Qué le parece a usted?

-Si usted los halla buenos, señora, así serán, pero en mi opinión no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.

-¡Oh!, pero tengo otro de reserva para cuando con ésos no logre nada.

-¿Otro medio más?

-¡Por supuesto! Los que he indicado son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lunes ya tendré cuando menos una pluma del pájaro.

-Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, señora -respondióle Florencia con una sonrisa llena de picantería y de gracia, calculada para irritar y dar movimiento a aquella máquina de cuchillos que tenía a su lado.

-¡Que no! Ya verá usted el lunes.

-¿Y por qué el lunes y no otro día cualquiera?

-¿Por qué? ¿Usted cree, señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

-Sí, señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamás la sangre de ningún hombre.

-Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

-¿No son hombres?

-No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaría pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organización de la joven, pero se dominó.

-¿Conviene usted, pues, en que sus heridas vierten sangre? -continuó Doña María Josefa.

-Sí, señora, convengo.

-Entonces, ¿convendrá usted también en que la sangre mancha las ropas con que se está vestido?

-Sí, señora, también convengo en ello.

-¿Que mancha las vendas que aplican a las heridas?

-También.

-¿Las sábanas de la cama?

-Así debe ser.

-¿Las toallas en que se secan las manos los asistentes del enfermo?

-También puede ser.

-¿Cree usted todo esto?

-Sí, señora, lo creo, pero todas esas cosas me intrigan, y lo que más puedo asegurar a usted es que no entiendo una palabra de lo que quiere usted decirme.

Y en efecto, Florencia, con toda la vivacidad de su imaginación hacía vanos esfuerzos por alcanzar el pensamiento maldito a que precedían

aquellos preámbulos.

-¡Toma! Vamos a ver. ¿Qué día reciben la ropa sucia las lavanderas?

-Generalmente el primer día de la semana.

-A las ocho o las nueve de la mañana, y a las diez van con ella al río, ¿entiende usted ahora?

-Sí -contestó Florencia asustada de la imaginación endemoniada de aquella mujer, que le sugería recursos que no habrían pasado por la suya en todo el curso de su vida.

-La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes a este respecto.

-¡Ah, es un plan excelente -dijo la joven que ya hacía un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer, cuyo aliento le parecía que estaba tan envenenado como su alma.

-¡Excelente! Y sé que no se le habría ocurrido a Victorica en un año.

-Lo creo.

-Ni mucho menos a ninguno de esos unitarios fatuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

-De eso no me cabe la mínima duda -exclamó la señorita Dupasquier con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que Doña María Josefa, habría comprendido la satisfacción que animó a la joven al hacer esa justicia a los unitarios: a esa clase distinguida a que ella pertenecía por su nacimiento y educación.

-¡Oh! ¡Florencita, no vaya usted a casarse con ningún unitario! Además de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el más ruin federal se puede jugar con todos ellos. Y, a propósito de casamiento, ¿cómo está el señor Don Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algún tiempo a

aquí?

-Está perfectamente bueno de salud, señora.

-Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos; mire usted que le doy un buen consejo.

-¡Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, señora? -interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante no había dejado de picarse un poco.

-¿Para qué? ¡Oh, usted lo sabe bien! Los enamorados adivinan las cosas.

-¿Pero qué quiere usted que yo adivine?

-¡Toma!¿No ama usted a Bello?

-¡Señora!

-No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

-Si usted lo sabe...

-Si yo lo sé, debo prevenir que hay moros en la costa, que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero a usted como a una hija.

-¡Engañarme! ¿Quién? Aseguro a usted, señora, que no la comprendo -replicó Florencia algo turbada, pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar de Doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

-¡Pues es gracioso! ¿Y a quién he de referirme sino al mismo Daniel?

-¡Oh!, eso es imposible, señora; Daniel no me ha engañado jamás -contestó con altivez Florencia.

-Yo he querido creerlo así, pero tengo datos.

-¿Datos?

-Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barracas más de una vez? Vamos, la verdad; a mí no me engaña nadie.

-Alguna vez habló de Barracas, pero no veo que relación tenga Barracas

conmigo.

-Con usted, indirecta; con Daniel, directamente.

-¿Lo cree usted?

-Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, conocido y algo más de una cierta Florencia. ¿Comprende usted ahora, mi paloma sin hiel? -dijo la vieja riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

-Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocación en todo esto -contestó la joven con fingido aplomo, pues que su corazón acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparado, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba; ¡qué mujer no está pronta siempre a creerse engañada y olvidada del ser a quien consagra su corazón y sus amores!

-No me equivoco, no, señorita. ¿A quien ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? A Daniel solamente. ¿Qué ha de hacer Daniel, joven y buen mozo, al lado de su prima joven, linda y dueña de sus acciones? No han de ponerse a rezar, según me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá, porque es el único que la visita. ¿Qué se hace Daniel que no se le ve en ninguna parte? Es porque Daniel va todas las tardes a ver a su prima, y a la noche a ver a usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero, ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

-No es nada, señora -dijo Florencia que en efecto estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenía en su corazón.

-¡Bah! -exclamó Doña María Josefa, soltando una carcajada estridente. ¡Bah, bah, bah! Y eso que no le digo todo; ¡lo que son las muchachas!

-¡Todo! exclamó Florencia.

-No, no quiero poner mal a nadie -y seguía riéndose a carcajada tendida, gozando de los tormentos con que estaba torturando el corazón de su víctima.

-Señora, yo me retiro -dijo Florencia levantándose casi trémula.

-¡Pobrecita! Tírele bien las orejas; no se deje engañar -y sin levantarse soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amoratadas de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

-Señora, yo me retiro -repitió Florencia extendiendo la mano a quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y transparente de su felicidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

-Bien, mi hijita, adiós. Memorias a mamá y que se mejore para que nos veamos pronto. Adiós, ¡y abrir los ojos, eh! -y riéndose todavía acompañó a la señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz joven subió a su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimía su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba a punto de desmayarse. En Florencia había una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste consolación del llanto, que indudablemente arrebata en sus gotas una gran parte de la opresión física en que ponen al corazón las impresiones improvistas y dolorosas.

La reflexión, esa facultad que levanta al hombre a la altura de la

Divinidad, que lo ha creado, y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificación a los males de que queremos libertarnos con ella, vino a llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella joven.

-En efecto -se decía Florencia-, Daniel monta a caballo con frecuencia; nunca he sabido dónde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer por ejemplo, se ha retirado de mi casa a las nueve. Nunca me ha ofrecido la relación de su prima. Por otra parte, esta mujer que lo sabe todo; que tiene a su servicio todos los medios que le sugiere su espíritu perverso para saber cuanto pasa, y cuanto se dice en Buenos Aires. Esta mujer que me ha hablado con tal seguridad; que posee pruebas, según me ha dicho. Esta mujer que no tiene ningún motivo para aborrecerme y engañarme. ¡Oh! ¡Es cierto, es cierto, Dios mío! -exclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su perfilada frente cuyo color de rosa huía y reaparecía en cada segundo. Y su cabeza se perdía en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazón, como se dice vulgarmente, era más poderoso y activo que su viva y brillante inteligencia, y la absorbía toda en las situaciones en que un pesar o una felicidad profunda la conmovían.

Agitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas a Amalia, en que tantas veces había ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó a su casa a la una y media de la tarde, decidida a referir a su madre cuanto acababa de oír, porque Florencia no había tenido en la vida más amor que el de Daniel, ni más amistad que la de su madre. Felizmente, la señora Dupasquier acababa de salir y Florencia se encontró sola en su salón, en tanto que se

aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, según la hora que le había anunciado en su carta de la mañana.

Amalia

**

Una agente de Daniel.

**

A las nueve de la mañana, Daniel se vestía tranquilamente ayudado por su fiel Fermín, que había cumplido ya todas las comisiones de que había sido encargado por su señor.

-¿Florencia misma recibió las flores? -le preguntó mientras pasaba la escobilla por su cabello castaño oscuro y por su patilla rala, que se abría artificialmente en la barba, según las prescripciones federales de la época.

-Ella misma, señor.

-¿Y la carta?

-Junto con las flores.

-¿Observaste si estaba contenta?

-Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le di la carta. Me preguntó si había ocurrido alguna novedad.

-¡Pobrecita! Vamos a ver, ¿cómo estaba vestida? Cuéntame todo; pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

-Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el patio, desenvolviendo

los papelitos de los rizos.

-¡De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazón al suyo! Continúa -dijo Daniel, acabando de atar con negligencia una corbata de seda negra a su cuello.

-No hacía nada más.

-Pero te he preguntado cómo estaba vestida.

-Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado a la cintura.

-¡Bellísima descripción! Eso se llama un batón de mañana, Fermín. ¡Qué linda estaría! Y bien, ¿que más?

-Nada más.

-Eres un tonto.

-Pero, señor, si no tenía otro vestido.

-Sí, pero tenía zapatos o botines, tenía algún pañuelo, alguna cinta, alguna otra cosa en fin, que tú has debido ver para contármelo todo.

-¡Y cuándo iba a fijarme en todo eso, señor! -respondió el criado de Daniel, con esa calma y esa expresión burlona en la fisonomía, peculiares al gaucho; porque Fermín lo era por su primera educación, aun cuando los hábitos de la ciudad habían corregido mucho aquellos de su niñez.

-Peor para ti. Vamos a otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

-La mujer a quien fui a llamar de parte de usted, y Don Cándido.

-¡Ah!, mi maestro de palotes; ¡el genio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? ¿Sabes algo de eso, Fermín?

-No, señor. Me ha dicho que tiene precisión de hablar a usted; que hoy a las seis vino y halló la puerta cerrada, que volvió a las siete, y desde esa

hora está esperando a que usted se levante.

-¡Diablo! ¡Mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habría querido que me levantase a las seis de la mañana! Hazlo entrar a mi escritorio, pero después que se haya retirado Doña Marcelina, y ésta puede entrar ya -dijo Daniel poniéndose una bata de tartán azul, que hacía resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran en efecto manos que podrían dar envidia a una coqueta.

-¿La hago entrar aquí? -preguntó Fermín como dudando.

-Aquí, mi casto señor Don Fermín. Me parece que no hablo en griego. Aquí, a mi alcoba, y ten cuidado de cerrar la puerta del escritorio que da a la sala, y también la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento después un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol, y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazón, anunció a Daniel que las enaguas de Doña Marcelina venían caminando a par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció, en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras, del cual la punta del inmenso triángulo que formaba a sus espaldas la caía regiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecían en ellas, y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que había eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho

inviernos con sus correspondientes tempestades; declaración que se empeñaban en disimular en vano los gruesos rulos que caían hasta la barba, y de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando a que no lo distinguirían entre el chocolate y el café aguado. Agregando a esto una estatura más bien alta que baja, un cuerpo más bien gordo que flaco, donde lo más notable era un pecho que parecía un vientre, ya se podrá tener una idea aproximada de Doña Marcelina, a quien Daniel saludó sin levantarse del sillón, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuando mucho de animador, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas a tratar con inferiores.

-La necesito a usted, Doña Marcelina -la dijo haciéndola señas de que ocupase una silla frente a él.

-Siempre estoy a las órdenes de usted, señor Don Daniel -contestó la recién venida, sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los dedos, como si fuese a bailar el circunspecto y gentil minuet de nuestros padres; haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

-Ante todas cosas, ¿cómo va la salud y cómo están en casa? -preguntó Daniel, que era hombre que jamás pisaba fuerte sin haber tanteado antes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la víspera.

-Aburrida, señor; hoy se hace una vida en Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que una tenga.

-Eso habrá adelantado usted para cuando pase a la vida eterna -respondióla Daniel mirando sus manos y como si ellas solas le preocupasen.

-Otros tienen más pecados que yo y ganarán el cielo -dijo Doña

Marcelina meneando la cabeza.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, los que usted sabe.

-Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

-Pues yo no, y si viviera doscientos años no dejaría un día de recordarlas.

-Mal hecho; perdonar a nuestros enemigos es un precepto de nuestra religión.

-¡Perdonarlos! ¿Perdonarlos después del bochorno que me hicieron sufrir, después de haberme hecho perder mi reputación, confundiéndome con las mujeres públicas? Jamás. Yo tengo un corazón de Capuleto.

-¡Bah! -exclamó Daniel conteniendo la risa al oír la comparación de Doña Marcelina-, usted exagera siempre cuando habla de esas cosas.

-¿Qué dice usted? ¡Exagerar! ¡Pues no es nada! ¡Meterme en una carreta junto con las demás; confundirme con ellas; a mí, que jamás había recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted que fue por mi conducta; fue una venganza política, porque mis opiniones eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que había en Buenos Aires; y por eso el tirano de Perdriel me puso en lista, cuando Tomás Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas; ese viejo tartufo y usurero que bien hacían en decirle:

El inmortal macuquino, Gran sacerdote apostólico, No gastará un real en vino Aunque reviente de cólico.

-Hermosos versos, Doña Marcelina.

-Magníficos. Eran los que le componían el año 33. Ese insulto lo recibí

en tiempo de la primera administración de este gaucho asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá también de mi amor a la literatura, porque este salvaje proscribió a todos los que nos dedicábamos a ella. Todos mis amigos fueron desterrados. ¡Ah, época fausta de los Varelas y Gallardos! Pasó, pasó a la nada, como dice... ¡Acuérdese usted, señor Don Daniel, acuérdese usted! -y Doña Marcelina, que empezaba a sudar después de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó a los hombros el que le cubría el pecho.

-Fue una injusticia atroz -la respondió Daniel con una cara en cuya grave y magistral seriedad estaba pintada la más franca expresión de la risa que estaba agitando su espíritu.

-¡Atroz!

-Y de que sólo las relaciones de usted pudieron salvarla.

-Así fue, ya se lo he referido a usted muchas veces; me salvó uno de mis más respetables amigos, que se condolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo más inhumano, como dice Rousseau -exclamó con énfasis Doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

-Rousseau tuvo razón en escribir esa admirable novedad -dijo Daniel conteniendo la risa que le hervía en el pecho al oír aquel nombre y aquella citación en los labios de Doña Marcelina.

-Pues eso fue lo que dijo. ¡Oh! ¡Si supiese usted la memoria que tengo! Sabía la Argia y la Dido, verso por verso, al otro día de representarse por primera vez.

-¡Admirable memoria!

-Pues así es. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido, o el delirio de

Creón, que tiene unas diez páginas y que empieza así:

¡Triste fatalidad! Dioses supremos...

-No, no, gracias -la dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

-Muy bien, como usted quiera.

-¿Y ahora qué lee usted, señora Doña Marcelina?

-Ahora estoy leyendo El hijo del Carnaval, para luego leer la Lucinda, que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

-¡Excelentes libros! ¿Y quién le presta a usted esa escogida colección de obras? -preguntóla Daniel reclinándose en un brazo del sillón y fijando sus ojos tranquilos y penetrantes en la fisonomía de aquella desacordada mujer.

-A mí no me los prestan; es a mi sobrinita Andrea a quien se los lleva el señor cura Gaete.

-¡El cura Gaete! -dijo Daniel no pudiendo ya contener la risa a que dio salida libremente.

-Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instrucción saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

-Perfectamente pensado, Doña Marcelina. Pero lo que no entiendo es cómo una persona con los principios políticos de usted acepta la amistad de ese honrado sacerdote que es hoy la más brillante joya de la Federación.

-¡Qué! ¡Si a él mismo le canto la cartilla todos los días!

-¿Y la sufre a usted?

-La echa de tolerante. Se ríe, me da la espalda, y se va al cuarto de

Gertruditas a leer los libros que lleva.

-¡Gertruditas! También tiene usted otra joven de ese nombre en su casa.

-Es una sobrina mía a quien he recogido hace un mes.

-¡Santa Bárbara! ¡Tiene usted más sobrinas que nietos tuvo Adán por la línea de Seth, hijo de Caín y de Ada! ¿Ha leído usted la Biblia, Doña Marcelina?

-No.

-¿Pero habrá leído usted a Don Quijote?

-Tampoco.

-Pues ese Don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas a Su Excelencia el general Oribe, declaraba que no podía haber una república bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

-¿El de protectora de mis sobrinas desgraciadas, querrá usted decir?

-Exactamente.

-Hago por ellas lo que puedo.

-Pero ¿qué haría usted, si el reverendo Cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el día que por primera vez entré en ella, bajo la recomendación de Mr. Douglas?

-¡Oh, Dios mío, sería perdida! Pero el cura Gaete no será tan curioso como lo fue el señor Don Daniel Bello -dijo Doña Marcelina con cierto aire de reconvención cariñosa.

-Tiene usted razón, y yo la tengo también. Fui a su casa para entregarle una carta que debía llevar usted a donde yo se lo indicase. La pedí un tintero para poner la dirección de la carta; a ese tiempo llamaron a la puerta; me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaría

un tintero; lo busqué sin hallarlo, abrí el cajón y...

-Usted no debió haber leído lo que allí había, picaruelo -dijo interrumpiéndolo Doña Marcelina con un tono cada vez más cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedía cada vez que se veían.

-¿Y cómo resistir a la curiosidad? ¡Periódicos de Montevideo!

-Que me mandaba mi hijo, como se lo he dicho a usted.

-¡Sí, pero la carta!

-¡Ah, sí, la carta! Por ella me habrían fusilado sin compasión estos bárbaros. ¡Qué imprudencia la mía! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mozo, la conserva usted siempre?

-¡Oh! ¡Eso de decir usted que les había de cortar la trenza a todas las mujeres de la familia de Rosas cuando entrase Lavalle, eso es muy grave, Doña Marcelina!

-¡Qué quiere usted! ¡El entusiasmo! ¡Las ofensas recibidas! ¡Pero qué! ¡Yo soy incapaz de hacerlo! ¿Y la carta la conserva usted, tunante? -preguntó de nuevo Doña Marcelina, haciendo un notable esfuerzo para sonreírse.

-Ya le he dicho a usted que tomé esa carta para librarle de un peligro.

-Pero usted debió romperla.

-Y habría hecho una inaudita bestialidad.

-¿Pero para qué la conserva usted?

-Para tener un documento con que hacer valer el patriotismo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme sean bien recompensados más tarde.

-¿Para ese solo objeto la guarda usted?

-No me ha dado usted motivos hasta ahora de mudar la idea -respondió Daniel marcando pausadamente sus palabras.

-¡Ni los daré jamás! -exclamó la pobre mujer descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se había comprimido en ellos durante la conversación de la carta, que era su pesadilla diaria.

-Así lo creo. Y ahora vamos a lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted a Douglas?

-Hace tres días que lo vi. Antenoche embarcó a cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

-Muy bien. Hoy tiene usted que volver a verlo.

-Ahora mismo.

-Iré en el acto.

Daniel pasó a su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que había escrito y guardado bajo de él la noche anterior; púsole en seguida una nueva cubierta, y tomando una pluma volvió a su aposento.

-Ponga usted el sobre de esta carta.

-¿Yo?

-Sí, usted: a Mr. Douglas.

-¿Nada más?

-Nada más.

-Ya está -dijo la tía de todas las sobrinas, después de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

-Irá usted a lo de Mr. Douglas, le hablará a solas y le entregará esa carta de mi parte.

-Así lo haré.

-Guarde usted la carta en el seno.

-Ya está. No tenga usted el mínimo cuidado.

-A otra cosa.

-Lo que usted ordene.

-Necesito estar solo en casa de usted, mañana o pasado mañana a la tarde, por media hora solamente.

-Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las muchachas a pasear; pero ¿y la llave?

-Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano determinándome el día y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea a la oración, porque quiero evitar el que me vean.

-¡Oh! ¡La calle de mi casa es un desierto! Sólo en verano, como está la casa a media cuadra del río, suele pasar alguna gente a bañarse.

-Quiero también que deje usted abiertas las puertas interiores.

-Hay poco que robar.

-Algún día habrá más, No exijo de usted sino discreción y silencio; la menor imprudencia, sin costarme a mí un cabello, le costaría a usted la cabeza.

-Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, señor Don Daniel; pero aunque así no fuera yo me haría matar por el último de los unitarios.

-Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he dicho a usted nunca lo que soy. ¿Está usted informada de todo?

-No hay dos que tengan la memoria que yo -respondió Doña Marcelina, que se hallaba algo turbada por el tono tan serio con que Daniel acababa de hablarla.

-Bien, hágase usted cargo que la he enseñado un trozo de versos, y

despidámonos.

Y Daniel entrando a su gabinete abrió su escritorio y sacó un billete de quinientos pesos.

-Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

-¡Vale usted un Perú! -exclamó la recitadora de la Argia-. En sola una vez, y sin interés, es usted más generoso -continuó- que el fraile Gaete en todo un mes con mi sobrina Gertrudis.

-Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta más ver.

-Hasta siempre, señor Don Daniel -y haciendo un saludo que no dejaba de tener cierto airecillo de buen tono, salió Doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa cuando navega con viento en popa.

Amalia

**

Donde aparece el hombre de la caña de la India.

**

Apenas Doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermín introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso magistral, poniendo luego sombrero y bastón en una silla, y dirigiéndose a Daniel con la mano estirada.

-Buenos días, mi Daniel querido y estimado. Por ser el día en que más he necesitado hablarte parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡a mí, a tu primer maestro! Pero en fin, ya estoy a tu lado, y, con tu permiso, me siento.

-Sabe usted, señor, que yo me levanto tarde generalmente.

-Siempre tuviste esa costumbre intrínseca, ese instinto innato; más de una vez te puse en penitencia severa por haber faltado a las horas improrrogables de clase.

-Y con todas las penitencias, no logró usted enseñarme a escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido señor Don Cándido.

-De lo que yo me lisonjeo mucho.

-¡Es posible! Mil gracias, señor.

-En los treinta y dos años que he ejercido la noble, ardua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que sólo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísimo tiempo; y que todos los niños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamás una escritura regular, mediana siquiera.

-Gracias por la lisonja, pero declaro a usted que yo me avendría mucho con tener menos talento y mejor letra.

-Pero eso no obsta a que me tengas cariñoso y sincero afecto, ¿no es verdad?

-Cierto que no, señor; respeto a usted como a todas las personas que dirigieron mi infancia.

-¿Y me prestarías un servicio el día que tuviese necesidad de ti?

-En el acto, si estaba en mi mano. Háble me usted con franqueza.

-¿Sí?

-Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo, son casi generales. Nada más común que los apuros de dinero en épocas como la que atravesamos. Háble me usted con franqueza -le repitió Daniel, cuya delicadeza había querido ahorrar a su maestro el disgusto de amplificar la situación pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que le traía a su casa.

-No, no es dinero metálico, ni en papel moneda lo que necesito; felizmente con mis ahorros junté un pequeño capital de cuya renta vivo pasablemente, cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que

quiero de ti. Hay épocas terribles en la vida. Épocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro a inocentes y a culpables. Porque las revoluciones son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar lo ponen a pique de zozobrar con todos los hombres que lleva adentro, buenos o malos, judíos o cristianos. Recuerdo un viaje que hice a las Vacas. ¡Qué viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por más que se diga de los sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y...

-Perdone usted, señor, creo que usted se ha distraído de su asunto especial -le dijo Daniel, que conocía prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarían jamás sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

-A eso voy.

-Lo mejor de este mundo, señor, es empezar las cosas por el principio y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto a donde vamos. Al asunto, pues -insistió Daniel, que a pesar de que solía divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, extravagantes los más, con que amenizaba las digresiones su antiguo maestro de escritura, ese día no tenía su espíritu para juegos, ni tiempo para perder.

-Bien; voy a hablarte como a un hijo tierno, cariñoso, discreto y racional.

-Con lo último, basta, señor; adelante.

-Yo sé bien que tú estás a buenas anclas -prosiguió Don Cándido, en quien los circunloquios formaban, juntos con los adjetivos, el carácter

distintivo de su oratoria.

-No entiendo.

-Quiero decir que tus relaciones encumbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asuntos propios, y las recomendaciones de tu señor padre...

-Por el amor de Dios, señor: créame usted que no está en mi organización el resistir mucho tiempo a ciertas situaciones. ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

-A eso iba, genio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas a mi derecha con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te mandaba escribir, si encontrabas la puerta abierta, dejabas la gorrita y echabas a correr hasta tu casa. Decía pues, que tu posición distinguida a que te han abierto camino dilatado, llano y florido las amistades de tu padre honrado, generoso y patriota, como a la vez tu talento exquisito y tu gusto extremado por el trato franco y cordial de los hombres...

-Muy bueno, ¿y qué puedo hacer por usted?

-Óyeme.

-Oigo.

-Yo sé que a medida que los sucesos apuran, que las circunstancias apremian, es mejor...

-¿Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere?

-A ello voy.

-¡Paciencia! -dijo Daniel entre sí mismo, dominándose como era su costumbre después de algunos años.

-¿Tú tienes relaciones?

-Muchas, adelante.

-Y entre ellas la del señor jefe de policía Don Bernardo Victorica. ¿No es verdad?

-Es cierto, y ¿qué es lo que usted quiere?

-Óyeme, Daniel. Yo te he enseñado a escribir, yo te quise como a un hijo por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo...

-Gracias, gracias, señor.

-Tú eres casi el único de mis discípulos antiguos cuya amistad cultivo al presente; a este desgraciado presente, que envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace o está para hacer la desgracia completa, irremisible y fatal de mi existencia.

-Conque ¿qué es lo que usted deseaba? -preguntóle Daniel mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar a su fisonomía la más leve señal de la impaciencia que le agitaba.

-Deseaba, pues, que me hicieras un grande y no menos importante servicio, Daniel.

-Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversación, señor.

-Despacio, vamos por partes.

-Vamos como usted quiera, vamos.

-¿Tú tienes relaciones?

-Sí, señor.

-¿Poderosas?

-Sí, señor.

-¿Y con Victorica también?

-Sí, señor.

-Entonces Daniel, hazme...

-¿Qué?

-Daniel, en nombre de tus primeras planas que yo corregía con tanto gusto, hazme... ¿estamos solos?

-Perfectamente solos -le contestó Daniel algo sorprendido al ver que Don Cándido se ponía pálido a medida que hablaba.

-Entonces, Daniel querido y estimado, hazme...

-¿Qué?, por todos los santos del cielo.

-Hazme poner en la cárcel, Daniel -dijo Don Cándido, pegando su boca a la oreja de su discípulo, que se dio vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía para ver si descubría algo que le convenciera que realmente su maestro estaba loco.

-¿Te sorprendes? -continuó Don Cándido-. Sin embargo, yo exijo de ti ese servicio eminente, como el más valioso, importante y caro que puedo recibir de hombre nacido.

-Y ¿qué objeto se propone usted con estar en la cárcel? -interrogó Daniel, que no podía formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor.

-¿Qué objeto? Vivir con seguridad, tranquilo, descansado, mientras pasa la tormenta espantosa y horrísona que nos amenaza.

-¿La tormenta?

-Sí, joven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comúnmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que

todos parecían locos en Buenos Aires, yo fui preso dos veces por equivocación; y estoy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza por equivocación también. Yo sé lo que hay, sé lo que va a suceder, y quiero estar en la cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.

-¿Pero qué hay? ¿Qué va a suceder? -preguntó Daniel empezando a traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de Don Cándido.

-¡Qué hay!¿No lees la Gaceta? ¿No lees todos los días esas terríficas amenazas del furor popular, de sangre, de exterminio, de muerte?

-Pero eso es contra los unitarios, y según creo, usted no ha contraído compromisos políticos.

-Ningunos; pero esas amenazas aterrantes, fulmíneas e incendiarias, no son contra los unitarios, sino contra todos; y además yo tiemblo de las equivocaciones.

-¡Aprensiones, señor!

-¡Aprensiones! ¿No ves esos hombres de aspecto tremebundo y sangriento, que de algunos meses a aquí han salido, creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y purificas de los templos, con sus inmensos puñales a la cintura, afilados corno el perfil de la A mayúscula?

-¿Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la Federación?

-Pero ésos son los síntomas primeros, atronadores y centellantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento va a llegar.

-¿Y por qué va a llegar ese momento? Hable usted, señor.

-¡Oh! Ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales desde hoy a las cuatro de la mañana.

-Señor, confieso a usted que si no me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa diligencia que hacer a estas horas.

-No, no te irás. Oye.

-Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fue a la puerta del gabinete que daba a la sala, miró por la boca llave, y después de convencerse que no había nadie al otro lado de la puerta, volvió a Daniel y le dijo al oído con tono misterioso:

-¡La Madrid se ha declarado contra Rosas!

Daniel dio un salto en la silla, un relámpago de alegría brilló en su semblante, pero que súbitamente apagóse al influjo de la poderosa voluntad de ese joven, que se ejercía especialmente sobre las revelaciones con que el semblante humano hace traición con frecuencia a las situaciones del espíritu.

-Usted delira, señor -le respondió volviendo a sentarse tranquilamente.

-Cierto, Daniel, cierto como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

-Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavía me reputa como a un niño y que se burla de mí.

Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda la fisonomía de aquel hombre que iba a ser observado hasta en lo más secreto de su pensamiento.

-No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Óyeme y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que después que dejé la clase de

escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré a mi casa a vivir tranquilamente del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé a mi servicio una mujer de edad, blanca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica...

-Pero, señor, ¿qué tiene que ver esa mujer con el general La Madrid?

-Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo, que después de diez años trabajaba de peón en Tucumán; ¡hijo excelente, jamás deja de mandarle una parte de sus ahorros a su madre! Habiéndote dicho esto, ¿lo has oído bien?

-Demasiado bien, señor.

-Entonces vamos a lo que hace a mí. Mi casa tiene una puerta de calle. ¡Ah!, se me olvidaba decirte que el hijo de la mujer que me sirve vino de chasque a mediados del año pasado, ¿estás?

-Estoy.

-Mi casa, pues, tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja que da a la calle. Después de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huido fugitivo de mis ojos, y no es dormir, sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurría a una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamás de la recóndita política de nuestro tiempo adverso, desgraciado y calamitoso; pero ya no concurro, y desde la oración me encierro en mi casa.

-¡Válgame Dios, señor! Pero ¿qué tiene que ver la tertulia de malilla con...?

-A eso voy.

-¿Adónde? ¿A la tertulia de malilla?

-No, al acontecimiento.

-Al de La Madrid.

-Sí.

-¡Gracias a Dios!

-Anoche, a las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado como de costumbre, cuando de repente siento que un caballo para a la puerta, y que el ruido de un latón decía claramente que el hombre que se desmontaba era un oficial, o un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror a la sangre, y te lo confesaré todo, mi cuerpo se puso a temblar y un sudor frío me bañó de los pies a la cabeza, la cosa no era para menos, ¿no es verdad?

-Prosiga usted, señor.

-Prosigo. Me tiré de la cama, abrí sin hacer ruido el postigo de la ventana; después una rendija de ésta; la noche estaba oscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta, en la ventana de Nicolasa, mi sirvienta, el hombre de a caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que en seguida, y después de cambiadas algunas palabras que no oí, la ventana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis

ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente, me creí vendido, y sin perder un momento salí descalzo al patio, y fui a mirar por el ojo de la llave en el cuarto de Nicolasa. Y ¿a quién te parece que reconocí?

-Dígalo usted, y lo sabré con más propiedad.

-Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolasa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso, quise convencerme bien de que no me amenazaba ningún peligro eminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndola que tenía que volver en el acto a la casa del gobernador, que venía de chasque de la

provincia de Tucumán, y hacía un momento que había entregado los pliegos.

-Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna -le dijo Daniel, a quien ya no importunaban los adjetivos, los episodios, ni los circunloquios.

-Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente fierro. La dijo que los pliegos eran de unos señores muy ricos de Tucumán, en que le anunciarían al gobernador, probablemente, lo que había hecho el general La Madrid. Nicolasa, curiosa, indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas a este respecto, y el hijo, conjurándola a que guardase el más profundo silencio, la refirió que luego de llegar La Madrid a Tucumán se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo había recibido en fiesta, y que el gobierno lo había nombrado, y hecho reconocer, general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, como también por jefe del estado mayor al coronel Don Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del orden al coronel Don Mariano Acha. ¡Imagínate, hijo mío, la impresión que todo esto me causaría, desnudo como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

-Sí, sí, prosiga usted -dijo Daniel, que estaba devorando palabra por palabra cuantas salían de la boca de Don Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteración en su exterior, pues que estaba oprimiendo los movimientos de su fisonomía, con la potencia irresistible de su voluntad.

-¿Qué he de proseguir, qué más necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó a su madre no fue sino sobre fiestas, sobre alegría y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

-Pero pronunciaría algún otro nombre, alguna cosa especial.

-Ninguna. Estuvo apenas diez minutos con su madre; y se fue después de darla algún dinero y de besarla la mano, prometiéndola que hoy volvería, si no lo despachaban de madrugada; porque ese hijo, ¡oh!, te voy a contar toda la historia.

-¿Qué edad tiene ese hombre?

-Es joven, veinte y dos o veinte y tres años a lo más; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

-«A los veinte y dos años un hombre no es comúnmente malo. Un hijo que atiende a su madre desde lejos, es un hombre de corazón. No tenía interés ninguno en engañar a su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡Providencia divina!»-dijo Daniel para sí mismo, sin dar atención a los últimos adjetivos de Don Cándido.

-Y bien -continuó-, será muy cierto cuanto usted me dice del general La Madrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

-¿Para mí? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza: a pesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. ¿No es verdad?

-Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando a usted la más completa seguridad en mi secreto, pero no es esta una ocasión que me inspire la necesidad de hacer confidencias sobre mis opiniones políticas.

-Bien, bien, esa es prudencia, pero yo sé lo que me digo; y te decía también, o quería decirte, que el suceso del general La Madrid va a irritar

exuberantemente al señor gobernador; que su irritación sanguínea va a comunicarse rápida y sutilmente a todos esos caballeros a quienes, ni tú ni yo, tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda que han sido mandados por el diablo. Quiero decir también, que todas las amenazas de la Gaceta van a cumplirse; que van a herir y matar a diestra y siniestra; y que aunque tenga yo la convicción profunda, religiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me maten por equivocación cuando menos. Y es esto lo que es preciso evitar; lo que es preciso que evites tú, mi Daniel querido y estimado. ¿Estás ahora?

-Lo único que pienso es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir de su casa mientras llega y se acaba la tormenta horrísona, como usted la llama.

-Y ¿qué sacamos con eso? Se entrarán a mi casa por entrarse a la del vecino, y por matar a Juan de los Palotes, matarán a Don Cándido Rodríguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

-¡Oh! ¡Pero eso sería una cosa horrible!

-Sí, señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaría yo de sufrirla inocente y doloridamente.

-¿Pero qué hacer entonces?

-Evitarla, impedirla, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

-¿Y cómo?

-Escucha. Entrando en la cárcel, no por orden del señor gobernador, sino por alguna otra orden subalterna, el gobernador que no me conoce y que no sabrá nada, porque no se me pondrá preso por causas políticas, no dará orden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si

lo fuese, el alcaide tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prisión. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa, una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán, al contrario, ellos serán mi garantía contra todo asalto de la Sociedad Popular, sobre todo contra toda equivocación.

-Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional, ¿cómo quiere usted, señor Don Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel?, ¿de qué pretexto valerme?

-¡Pero eso es lo más fácil! Yo te lo diré: te vas a ver ahora mismo a Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que mientras entablas tu acción criminal, pides mi prisión en el día; me llevan preso, yo no reclamo, tú no das paso alguno, y heme aquí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

-Pero señor, no es costumbre entre nosotros que los hombres de mi edad vayan a quejarse a las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo la situación de usted me interesa -continuó Daniel, cuya cabeza, preocupada por la noticia importante que acababa de recibir tan accidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podría sacarse de aquel hombre enfermado por el terror, que a todo se prestaría con la mayor docilidad, a cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginación le creaba.

-¡Oh!, yo bien sabía que te interesarías por mí, tú el más noble, bondadoso y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás, ¿no es verdad?

-Creo que sí. ¿Se contentaría usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posición política en la actualidad es la mejor recomendación de federalismo para los individuos que la sirven?

-¡Ah!, eso sería el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y además, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y distinguido patrón, a quien desde ahora también profeso el más íntimo, profundo y leal respeto. ¡Tú me salvas, Daniel!

Y Don Cándido se levantó y abrazó a su discípulo, con una efusión de cariño a que él habría llamado entusiástica, ardiente, espontánea y simpática.

-Retírese usted tranquilo, señor Don Cándido, y tenga usted la bondad de volver a verme mañana.

-¡Sin falta, sin falta!

-No siendo a las seis de la mañana, bien entendido.

-No, vendré a las siete.

-Tampoco. Venga usted a las diez de la mañana.

-Bien; vendré a las diez, seré exacto y puntual a la cita.

-Una palabra: guarde usted el más profundo silencio sobre el asunto del general La Madrid.

-He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro a fe de honrado y pacífico ciudadano.

-Nada de juramentos, señor, y hasta mañana -dijo Daniel sonriendo, dando la mano, y acompañando a su maestro hasta la puerta del gabinete.

-Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado, el más bueno y generoso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y Don Cándido Rodríguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que a su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran

señor de la Federación de 1840.

-Son las doce, Fermín. Pronto, un frac o una levita, cualquier cosa -dijo Daniel a su criado, que entró al gabinete en el momento de salir Don Cándido.

-Han venido de casa del coronel Salomón -le dijo Fermín.

-¿Han traído una carta?

-No, señor. El coronel Salomón mandó decir a usted, que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero en ese momento, pero que hoy a las cuatro de la tarde se iba a reunir la Sociedad, y que esperaba a usted a las tres y media.

-Bien, dame la ropa.

Amalia

**

Florencia y Daniel.

**

Pocos minutos faltaban para que el gran reloj del cabildo marcase las dos horas de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del señor ministro de Relaciones Exteriores, Don Felipe Arana, en la calle de Representantes, por la cual siguió en dirección al sur, hasta encontrarse con la calle de Venezuela, que cruza la ciudad de este a oeste; y doblando por ella en dirección al Bajo, caminó hasta la calle de la Reconquista.

Daniel no había adelantado nada en aquella visita sobre lo que hacía relación con su amigo Eduardo, o más bien, mucho había ganado en contentamiento desde que se impuso de que el señor ministro Arana no sabía una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el señor ministro venía de dejar la casa de Su Excelencia el Gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban a su alcance para saber, antes que Victorica, lo que había ocurrido en el Bajo de la residencia, según las propias palabras del señor ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba en lo demás, es decir,

una ignorancia completa, o una confusión de relaciones en todos aquellos a quienes se había dirigido, y cuyos informes debía recoger en el resto de ese día.

Ya sabía que el ministro estaba ajeno de cuanto había pasado. Iba a saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban Doña Agustina Rosas de Mansilla y Doña María Josefa Ezcurra sobre aquel incidente, cuya relación que de él hicieran, debía provenir directamente de la casa de Rosas, adonde habrían afocádose los informes de Victorica y sus agentes, y adonde esas señoras concurrían todas las mañanas; y por último, esa tarde sabría lo más o menos informada que estaba la Sociedad Popular y su presidente, sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habría tomado entonces todos los caminos oficiales y semioficiales por donde podía andar, más o menos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no había perdido el tiempo en su ministerial visita, pues había conseguido que el señor ministro Arana se envolviese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese joven que, casi solo, sin más armas que su valor, y sin más auxiliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad empezaban a ser relajadas prodigiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no había desenvuéltose nunca ese espíritu de asociación que sus necesidades morales reclamaron siempre; por ese joven decíamos, que era una especie de conspiración viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprensible por su petulancia al querer trastornar, con la sola potencia de su espíritu, un orden de cosas constituido más bien por la educación social

del pueblo argentino, que por los esfuerzos y los planes del dictador.

Don Felipe Arana, que tenía grande respeto a los talentos de Daniel, a quien más de una vez consultaba sobre alguna redacción de fórmula, o alguna traducción del francés, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el señor ministro de Relaciones Exteriores, había consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidez que le era característica, y con aquella inocencia que empezó a revelarse en él desde el año de 1804, en que se afilió en la Hermandad del Santísimo Sacramento, y cubierto con su pelliza de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salía de la Santa Iglesia Catedral la procesión que se llamaba de la renovación, por ser el día en que se renovaba la hostia consagrada.

Y aquella aceptación de aquel consejo iba a convertirse en un árbol de excelentes frutos para aquel joven, a quien sólo faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario por que pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, a pesar de su aislamiento, se desenvolvía, después de algunos meses, un plan todo él de conspiración activa contra Rosas, que irá conociéndose más tarde, a medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasión también de saberse algo sobre esa tan importante concesión que acababa de conseguir de Don Felipe Arana.

Y entretanto, diremos que Daniel había doblado por la calle de la Reconquista, y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la Naturaleza y la educación regalan a los jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio no alcanzan a reproducir jamás. Con su levita negra abotonada, y sus guantes blancos, en la edad más bella

de la vida de un hombre, y con su fisonomía distinguida, y ese color americano que sirve a marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la inteligencia, Daniel era acreedor muy privilegiado a la mirada de las mujeres, y a la observación de los hombres de espíritu, que no podían menos de reconocer un igual suyo en aquel joven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad exclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado a la calle de la Reconquista, nuestro joven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazón.

De pie junto a la mesa redonda que había en medio del salón, y sus ojos fijos en un ramo de flores que había en ella, colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veía las flores, ni sentía la impresión de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que la estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oír salir de boca de Doña María Josefa; al mismo tiempo que dibujaba a su capricho la imagen de esa Amalia a quien creía estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstracción de su espíritu era tal, que sólo conoció que habían abierto la puerta del salón, a cuya daba la espalda, y entrado alguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

-¡Daniel!- exclamó la joven volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fue tan natural, y tan marcada la expresión, no de enojo, sino de disgusto, que asomó a su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en vez de esos ramos de rosas con que asoma el pudor de

las mejillas de una joven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

-Caballero, mi mamá no está en casa- dijo luego Florencia con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

-¡Mi mamá no está en casa, caballero!- repitió Daniel como si fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salían de los labios de su querida-. Florencia -continuó-, juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en ti.

-Quiero decir, que estoy sola, y que espero querrá usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe a una señorita.

Daniel se puso colorado hasta las orejas.

-Florencia, por el amor de Dios, dime que estás jugando conmigo, o dime si es verdad que yo he perdido la cabeza.

-La cabeza no, pero ha perdido usted otra cosa.

-¿Otra cosa?

-Sí.

-¿Y cuál, Florencia?

-Mi estimación, señor.

-¡Tu estimación! ¿Yo?

-¡Y qué le importa a usted el cariño, ni la estimación mía! -dijo Florencia con una fugitiva sonrisa, y marcando ese gesto de desdén que era el más bello juguete de su pequeña boca.

-¡Florencia! -exclamó Daniel dando un paso hacia ella.

-¡Quieto, caballero! -dijo la joven sin moverse de su puesto; y alzando su cabeza y extendiendo su brazo hacia Daniel, que casi tocaba con sus labios la palma de la linda mano de su amada. Pero fue tal la dignidad y la

resolución que acompañaron la palabra y acción de la señorita Dupasquier, que Daniel quedó como clavado en el lugar que pisaba. Y en seguida retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el respaldo de una silla, mientras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar explicaciones. La escena empezaba a cambiar.

-Creo, señorita -dijo Daniel rompiendo el silencio-, que si he perdido la estimación de usted, a lo menos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

-Y yo, señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder a esa pregunta -repuso Florencia con esa altanería regia que es una peculiaridad de las mujeres delicadas cuando están, o creen estar, ofendidas por su amado, mientras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

-Entonces, señorita, me tomaré la libertad de decir a usted, que si en todo esto no hay una burla que ya se prolonga demasiado, hay una injusticia que está ofendiendo a usted en el concepto mío -replicó Daniel con seriedad.

-Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió a reinar.

-Florencia, si anoche me retiré a las nueve, fue porque un asunto importante reclamaba mi presencia lejos de aquí.

-Señor, es usted muy libre para entrar a mi casa y retirarse de ella a las horas que mejor le plazca.

-Gracias, señorita -dijo Daniel mordiéndose los labios.

-Gracias, caballero.

-¿De qué, señorita?

-De vuestra conducta.

-¡De mi conducta!

-¿Se ha levantado usted sordo, caballero? Repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria -dijo Florencia riéndose y bañando a Daniel con una mirada la más desdeñosa del mundo.

-Hay ciertas palabras que yo necesito repetirlas para entenderlas.

-Es un trabajo inútil esa repetición.

¿Puedo saber por qué, señorita?

-Porque bien tiene obligación de oír lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oídos, dos ojos y dos almas.

-¡Florencia! -exclamó Daniel con voz irritada-: aquí hay una injusticia horrible, y yo exijo una explicación ahora mismo.

-Exijo, ¿ha dicho usted?

-Sí, señorita, lo exijo.

-¿Me hace usted el favor de volver a repetirlo?

-¡Florencia!

-¿Señor?

-¡Oh! Basta, esto ya es demasiado.

-¿Le parece a usted?

-Me parece, señorita, que esto o es una burla indigna, o es buscar un pretexto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor me dan derecho a interrogar por la causa de un procedimiento semejante; y a pedir la razón del modo por que

así se me trata.

-¡Ah! Ya no exige usted, pide, ¿no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable señor-dijo Florencia midiendo a Daniel de pies a cabeza con una mirada la más altiva y despreciativa posible.

Toda la sangre de Daniel subió a su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fe, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

-Exijo o pido, como usted quiera; pero quiero, ¿entiende usted, señorita?, quiero una explicación de esta escena -dijo volviendo a apoyar su mano en el respaldo de la silla.

-Calma, señor, calma: necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gastarla alzándola tanto. ¿Supongo no querrá usted olvidar que es a una mujer a quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvención le era más amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

-¡Yo estoy loco, debo estar loco, Dios mío! -exclamó bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió a reinar en la sala. Daniel lo interrumpió al fin.

-Pero, Florencia, el proceder de usted es injusto, inaudito; ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una explicación?

-¡Una explicación! ¿Y de qué, señor? ¿De mi proceder injusto?

-Eso es lo que pido, señorita.

-¡Bah! Eso es pedir una necedad, caballero. En la época en que vivimos no se piden explicaciones de las injusticias que se reciben.

-Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política,

pero creo que ahora...

-¿Qué cree usted?

-Que no tratamos de política.

-Usted se engaña.

-¡Yo!

-Cierto. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene a usted tratar; a lo menos, tengo mis razones de creer que son los únicos para que le sirvo a usted.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que la había pedido en su carta de la víspera, y este golpe dado en su delicadeza agitó visiblemente sus facciones, mientras que Florencia lo miraba con una expresión más bien de lástima que de resentimiento.

-Yo pensaba que la señorita Florencia Dupasquier -dijo Daniel con sequedad- tenía algún interés en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algún peligro amenazaba la existencia de sus amigos, o la suya propia quizá.

-¡Oh!, esto último, caballero, no puede inquietar mucho a la señorita Dupasquier.

-¡De veras!

-Desde que la señorita Dupasquier sabe perfectamente que si algún peligro amenaza al señor Bello, no le faltará algún lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

-¡Yo!

-Me parece que es con usted con quien estoy hablando.

-Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme -repitió Daniel cada vez más extraviado en aquel laberinto.

-¿Quiere usted que hable en francés, señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra? He dicho en muy buen castellano y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de Hadas; ¿no sabe usted dónde es esto, señor Bello?

-Esto es insufrible.

-Por el contrario, señor, esto es muy ameno. Le estoy a usted hablando de lo que más le interesa en este mundo.

-¡Florencia, por Dios!

-¡Ah!, ¿no le ha parecido a usted bien la comparación de la gruta de Armida y la isla de Ednido? Vamos, compararé entonces su lugar encantado por la isla de Calipso; usted será su Telémaco; ¿le parece a usted bien?

-Por el cielo, o por el infierno, ¿dónde es ese paraje a que está usted haciendo esas alusiones insoportables?

-¿De veras?

-¡Florencia, esto es horrible!

-No tal; es bien divertido.

-¿Qué?

-Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, señor?

-¿Pero dónde, dónde?

-En Barracas, por ejemplo -y diciendo estas palabras la joven dio la espalda a Daniel y empezó a pasearse por la sala con el aire más negligente del mundo, mientras en su inexperto corazón ardía la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor cuyos mayores estragos se obran a los diez y ocho años y a los cuarenta años en la vida de las mujeres.

-¡En Barracas! -exclamó Daniel dando precipitadamente algunos pasos

hacia Florencia.

-Y bien, ¿no estaría usted perfectamente allí? -continuó la joven volviéndose a Daniel-. Además -continuó moviendo la cabeza y repitiendo su gesto favorito-, usted tendría cuidado de que no le hiriesen, para evitar el que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios o las lavanderas.

-¡En Barracas, herido! Florencia, me matas si no te explicas.

-¡Oh!, no se morirá usted; a lo menos hará usted lo posible por no morirse en la época más venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

-¡Son perdidos, Dios mío! -exclamó Daniel cubriéndose el rostro con sus manos.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoración, estaban, sin embargo, torturándose el alma, al influjo del genio perverso que había soplado la llama de los celos en el corazón de una mujer joven y sin experiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo a que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó a sus pies, y de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

-Por el amor del cielo, Florencia -la dijo alzando los ojos hacia ella, pálido como un cadáver-, por ti, que eres mi cielo, mi dios y mi universo en este mundo, explícame el misterio de tus palabras. Yo te amo. Tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Ella te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto angelicado de mi corazón. Mujer ninguna es en el mundo más amada que tú. Pero, ¡oh Dios mío!, no es el amor lo que

debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre ellos, alma del alma mía. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace mucho tiempo que la juego en cada hora del día, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo a muerte contra un brazo infinitamente superior al mío; es la vida de... Oye, Florencia, porque tu alma es la mía, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye: es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mía, y el puñal que atraviese el corazón de Eduardo ha de llegar también hasta mi pecho.

-¡Daniel! -exclamó Florencia inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasión, la verdad estaban reflejándose en la fisonomía y en las palabras de Daniel, y el corazón de Florencia empezaba a regenerarse de la presión de los celos.

-Sí -continuó Daniel teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia-, Eduardo ha debido ser asesinado anoche; yo pude salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa ni la de él podían servirnos.

-¡Eduardo asesinado! ¡Dios mío! ¡Qué día espantoso es este para mi corazón! ¿Pero no morirá, no es cierto?

-No, está salvado. Oye; oye todavía: era necesario conducirlo a alguna parte y lo conduje a lo de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer a quien después de ti quiero en el mundo, como se quiere a una hermana, como se debe querer a una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado a su ruina, a ella que vivía tan tranquila

y feliz!

-¿Su ruina? ¿Y por qué, Daniel? ¿Por qué? -y Florencia agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidez y sus palabras imprimían el miedo en su corazón.

-Porque para Rosas la caridad es un crimen. Eduardo está en Barracas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo y...

-¡Nada saben, nada saben! -exclamó Florencia radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas manos-, nada saben, pero pueden saberlo todo; ¡oye!

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus celos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó ella misma a su querido, y sentándolo, y ella a su lado, en las primeras sillas que encontró, refirióle en cinco minutos su conversación con la señora de Mansilla y Doña María Josefa. Pero a medida que iba llegando al punto de la conversación sobre Amalia, su semblante se descomponía, y sus palabras iban siendo más marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteración al escuchar el episodio sobre sus visitas a Barracas, lo que no escapó a la penetración de la joven.

-¡Infames! -exclamó luego que aquélla había concluido su narración-. Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece a Rosas, tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. ¡Infame! ¡Complacerse en torturar el corazón de una criatura! ¡Florencia! -continuó Daniel volviéndose a ésta-, yo te insultaría si creyese que puedes poner en

competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho no es más que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demás es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en balanza la palabra de esa mujer y la mía.

-Así es en general; pero en este caso, Daniel, lo más que puedo hacer es suspender mi juicio.

Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con ligereza en una acusación hecha a su amante.

-¿Dudas de mí, Florencia?

-Daniel, yo quiero conocer a Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

-La conocerás.

-Quiero frecuentar su relación.

-Bien.

-Quiero que sea en esta semana el primer día en que nos veamos.

-Bien, ¿quieres más? -contestó Daniel con seriedad.

-Nada más -respondió Florencia, y extendió su mano a Daniel, que la conservó entre las suyas. En cualquier otra ocasión habría impreso un millón de besos en esa mano tan querida, pero ésta, fuerza es decirlo, su espíritu estaba preocupado con los peligros que amenazaban a sus amigos de Barracas.

-¿Estás segura que el bandido no dio ninguna seña particular de Eduardo? -la preguntó Daniel.

-Cierta; ninguna.

-Necesito retirarme, Florencia mía, y, lo que es más cruel, hoy no podré

volver a verte.

-¿Ni a la noche?

-Ni a la noche.

-¿Acaso irá usted a Barracas?

-Sí, Florencia, y no regresaré hasta muy tarde. ¿Crees tú que no debo estar al lado de Eduardo, velar por su vida y por la suerte de mi prima, a quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar a Eduardo, a mí único amigo, a tu hermano, como tú le llamas?

-Anda, Daniel -contestó Florencia levantándose de la silla y bajando los ojos, cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarísima en esa joven.

-¿Dudas de mí, Florencia?

-Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

-Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en ti lo que jamás se ha separado de mi pecho -y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocía bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda más delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro mientras Daniel le colocaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazón. Ya no dudaba; ya no tenía sino amor y ternura por Daniel; porque un instante después de haber llorado en una tierna reconciliación, una mujer ama doblemente a su querido.

Dos minutos después, Florencia, sentada en un sofá, besaba la cadena de pelo, y Daniel volvía a tomar la calle de Venezuela.

Amalia

**

El presidente Salomón.

**

En la vereda en frente al costado derecho de la pequeña iglesia de San Nicolás, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua, de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera a media vara del nivel del suelo, donde todas las tardes a la oración era cosa segura que se hallaría sentado en él al habitante y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta más arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho a sesenta años de edad, alto y de un volumen que podría muy bien poner en celos al más gordo buey de los que se presentan en las exposiciones anuales de los Estados Unidos: cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo y su cuerpo diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro recibieron por herencia de su padre la pulpería contigua a la casa

que se acaba de conocer, y el oscuro apellido de González.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradición no cuenta por qué ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomón. Pero lo que hay de positivo es que a este nombre nuestro Don Jenaro se ponía furioso como una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodigios de puño y de leñazos con aquellos que, por más o menos vino o aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este Don Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitán de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado allá por los años 22 ó 23, por complicación en un motín militar, dejando en prematura viudedad a su esposa Doña María Riso y en orfandad a su hija Quántica.

A su muerte, quedó dueño de la pulpería su hermano menor Julián González. Y por un rasgo de filosofía popular o acaso porque el nombre de Salomón sonaba mejor a su oído que el de González, desde la muerte de su hermano Jenaro, el Don Julián empezó a firmarse y hacerse llamar por todos sus amigos Julián González Salomón.

Y he ahí desde entonces adherido a su nombre de bautismo el nombre ilustre que solía fermentar la bilis de su hermano mayor, el padre de Quántica.

Este Don Julián empezó a crecer en volumen como en nombre, y en dignidades como en nombre y volumen, pues que de pulpero empezó a elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de solaz en el umbral de la puerta de su casa; pues Don Julián González Salomón, y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, era un

solo viviente verdadero e indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino a la entrada del general Rosas al gobierno fue demasiado fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terrón de carne y barro, y, desde el umbral de su puerta, lo levantó a la altura de coronel de milicias, y más tarde a la de presidente de la Sociedad Popular Restauradora, de quien la unión de sus miembros fue simbolizada por una mazorca de maíz, a imitación de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquél, y cuyo objeto era la propaganda de Más-horca: equívoco de pronunciación que servía para determinar el símbolo y la idea, y que fue aplicado también a la Sociedad Popular de Buenos Aires.

A las cuatro de la tarde del día en que han ocurrido los anteriores sucesos, toda la cuadra de la casa del coronel Salomón estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzós; testeras de pluma o de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal; y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y a pesar de ser este un espectáculo muy común en aquel paraje, todo el vecindario de San Nicolás estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

La sala de la casa de Salomón estaba cuajada por los jinetes a quienes pertenecían aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo más ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul oscuro con su correspondiente divisa de media vara, chaleco colorado, y un enorme puñal a la cintura, cuyo mango salía por sobre la chaqueta un poco hacia el costado derecho: espada de la Federación, como lo llama Daniel. Y, del mismo modo que el

traje, las caras de aquellos hombres parecían también uniformadas: bigote espeso; patilla abierta por bajo de la barba, y fisonomía de esas que sólo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado antes en ninguna parte de la tierra.

Sentados unos en las sillas de madera y de paja que había desordenadamente colocadas en la sala, otros en el banco de las ventanas, y otros en fin sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó, donde solía echar su firma el señor presidente Salomón, haciendo traer antes un tarrico de pomada que servía de tintero en la heredada pulpería, cada uno de esos señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, a través de cuyos celajes se descubrían sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre presidente no estaba entre ellos. Estaba en la pieza contigua a la sala, sentado a los pies de un gran catre que le servía de cama, aprendiendo de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetía por la vigésima vez un hombre que era precisamente el antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomón: y este hombre era Daniel y el diálogo el siguiente:

-¿Cree que ya estoy?

-Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodigiosa.

-Pero mire: usted me hará el favor de sentarse a mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

Ya había pensado pedirle a usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme a nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

-Eso corre de mi cuenta. Vamos a entrar.

-Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos a nuestra sociedad federal el mismo orden que hay en la Sala de Representantes.

-Sí, ya se lo he dicho a Bobeo, pero es un haragán que no sabe más que hablar.

-No importa, vuelva usted a decírselo, y lo hará.

-Bueno, entremos.

Y el presidente Salomón, y Daniel Bello, vestido con su misma levita negra abotonada, pero con una divisa algo más larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesión.

-Buenas tardes, señores -dijo Salomón con el tono más serio y magistral del mundo, encaminándose a ocupar la silla que había delante de la mesa de pino.

-Buenas tardes, presidente, coronel, compadre, etc. -contestó cada uno de los presentes, según el título que acostumbraba a dar a Don Julián Salomón; lanzando todos a la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al presidente y en el que echaban de menos los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de más una cara y unas manos demasiado finas.

-Señores -dijo Salomón-, el señor es Don Daniel Bello, hijo del hacendado Don Antonio Bello, patriota federal, a quien yo le debo muchos servicios. El señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra Sociedad Restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces a participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la Federación! ¡Viva el

Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos franceses! ¡Muera el rey guarda chanchos Luis Felipe! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses! ¡Muera el pardejón Rivera!

Y esas exclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del presidente Salomón, fueron repetidas en coro por todos los asistentes, que, a par que gritaban, hacían círculos por sobre su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su presidente; y esta grita que se oía en cuatro cuadras a la redonda fue repetida por la turba que transitaba la calle; no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomón gritaba ¡Muera!, y viceversa.

Calmado el huracán, Salomón se sentó en su silla, su secretario Bobeo a su izquierda y nuestro joven Daniel a su derecha.

-Señor secretario -dijo Salomón echándose hacia atrás en el respaldo de su silla-, lea usted la lista de los señores presentes.

Bobeo tomó el primer papel de unos que había sobre la mesa, y leyó en voz alta los nombres que había apuntado antes con un lápiz; dijo así:

-Presentes: Los señores, Presidente, Casiopea, Parra, Parra (hijo), Maestre, Ale, Alvarado, Moreno, Gaetano, Larrazábal, Merlo, Moreira, Díaz, Amoroso, Viera, Amores, Maciel, Romero, Bobeo.

-¿No hay más? -preguntó Salomón.

-Son los presentes, señor presidente.

-Lea usted la lista de los ausentes.

-¿De toda la Sociedad?

-Sí, señor. ¿Pues qué, somos menos que los representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que no

están, como se hace en la Sala de Representantes. Lea usted la lista.

-Socios ausentes -dijo Bobeo, y leyó la lista de la Sociedad Popular Restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales.

-«¡Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza» -dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los socios; y en seguida dio un tironcito de los anchos calzones de Salomón.

-Señores -dijo entonces el presidente de la Sociedad Popular-, la Federación es el Ilustre Restaurador de las Leyes; luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la Federación.

-¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! -gritó uno de los socios federales, a quien todos los demás hicieron coro.

-¡Viva su digna hija la señorita Manuelita de Rosas y Ezcurra!

-¡Viva el héroe del desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre, y padre de la Federación!

-¡Mueran los franceses inmundos y su rey guardachanchos!

-Señores -continuó el presidente-, para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar la Federación del... pueda salvar la Federación del... para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la Federación del...

-Del eminente peligro -le dijo Daniel casi al oído.

-Del eminente peligro en que se halla, debemos perseguir a muerte a los unitarios, luego todo unitario debe ser perseguido a muerte por nosotros.

-¡Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios! -gritó otro de los socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazábal, a cuyas palabras

todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano.

-Señores, es preciso que persigamos a todos sin compasión.

-Hembras y machos -grita el mismo Juan Manuel Larrazábal, que parecía el más entusiasta de los concurrentes.

-Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar contento de nosotros porque no le servimos como debemos -continuó Salomón.

-Ahora entra lo de anoche -le dijo Daniel haciendo que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

-Ahora entra lo de anoche -repitió Salomón, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tirón de los calzones.

-Señores -continuó Salomón-, ya sabemos todos que anoche han querido escaparse unos salvajes unitarios, y no lo han conseguido porque el señor comandante Casiopea se ha portado como buen federal; pero entretanto, uno se ha escondido no sé en dónde, y así ha de ir sucediendo todos los días, si no nos portamos como defensores de la santa causa de la Federación. Yo he llamado a ustedes para que juremos otra vez perseguir a los inmundos salvajes unitarios que quieren fugar para Montevideo y unirse al pardejón Rivera y venderse al oro asqueroso de los franceses. ¡Esto es lo que quiere nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! He dicho, y ¡viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!, ¡y mueran todos los enemigos de la santa causa de la Federación!

-¡Mueran a puñal los salvajes inmundos unitarios! -gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos los de costumbre se repitieron por diez minutos tanto en la sala de sesión, como en la calle, dónde había apiñada a las ventanas una multitud tan entusiasta y honrada como la que

daba la fiesta en la casa del coronel Salomón.

-Pido la palabra-dijo el comandante Casiopea levantándose.

-Tiene la palabra -contestó Salomón, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

-Yo anoche he cenado con el Restaurador de las Leyes y su hija Doña Manuelita Rosas y Ezcurra. El Restaurador es más que Dios porque es el padre de la Federación, y cuantos unitarios caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo que a los que agarré anoche. Es verdad que uno se escapó, pero va bien marcado, y ya esta mañana le mandé un hombre a Doña María Josefa que le ha de dar buenas señas, porque hombres y mujeres, siendo federales, todos debemos ayudar a Su Excelencia, que es el padre de todos. Para ser un buen federal, es preciso mostrar esto -y Casiopea sacó su puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero algunas manchas de sangre, de aquella en que se había empapado la noche anterior.

A esta acción todos los mashorqueros contestaron desenvainando el puñal y prorrumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los franceses, contra Rivera y especialmente contra Luis Felipe, el rey guardachanchos, según lo llamaban, por inspiración de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteración, la mínima expresión, ni de entusiasmo, ni de miedo, ni de afección, ni enojo. Frío, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y la conciencia de cuantos le rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podría sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la palabra al presidente

con el aire más resuelto del mundo, y obtenida, dijo:

-Señores, yo no tengo todavía el honor de pertenecer a esta ilustre y patriótica sociedad, aun cuando espero incorporarme a ella dentro de poco tiempo; pero mis opiniones y amistades son conocidas de todos, y espero con el tiempo poder prestar a la Federación y al Ilustre Restaurador de las Leyes servicios tan distinguidos como los que le prestan los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, que ya son conocidos tanto en la república como en toda la América.

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron a este tan lisonjero exordio.

-Pero, señores -continuó Daniel-, es a las personas presentes a las que yo debo dar las enhorabuenas que se merecen de todo buen federal, porque, sin querer negar a los demás socios su entusiasmo por nuestra santa causa, yo veo que sois vosotros los que dais la cara de frente para sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes, mientras que los demás no asisten a las sesiones federales. La Federación no reconoce privilegios. Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí somos iguales, y cuando haya sesión, o cuando haya algo que hacer en beneficio de Su Excelencia, todos deben concurrir al llamamiento del presidente, o adonde haya peligros, sin dejar a unos pocos los compromisos y los trabajos. Todos serán muy buenos federales, pero a mí me parece que los que están aquí no son unitarios para que se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo, porque yo creo que ésta debe ser la opinión de Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual debemos hacer que sea más respetada en adelante.

Daniel no dio su golpe en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó a lo que él mismo había osado esperar. Todos los miembros de la sociedad allí presentes gritaron, juraron y blasfemaron

contra todos aquellos que no habían asistido a la sesión y cuyos nombres había leído el secretario Bobeo. Empezaron a circular nombres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas o movimientos de cabeza.

-«Así, así; más os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoréis unos a otros» -decía Daniel para sí mismo.

El presidente Salomón volvió a proclamar a los socios para que vigilasen mucho a los unitarios, y sobre todo los lugares del río por donde era presumible que se embarcasen; y después de nuevo entusiasmo y nuevos gritos, dio por concluida la sesión a las cinco y media de la tarde.

Daniel recibió apretones de mano y abrazos federales, y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el presidente Salomón, que no cabía en la inmensa epidermis que lo cubría, después de su portentoso discurso, cuya satisfacción le inspiraba los mas amables comedimientos por el hijo de Don Antonio Bello.

Nada sabían sobre Eduardo. Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes y en la esquina de la de Cuyo encontró a Fermín, que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle estaba llena de gente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras:

-A las nueve.

-¿Allá?

-Sí.

Y el magnífico caballo blanco sobre que acababa de montar Daniel tomó el trote por la plaza de las Artes en dirección a Barracas. Llegó luego a la calle del Buen Orden, que es la prolongación de aquélla, y llegó a la

barranca de Balcarce en el momento en que empezaban a apagarse los últimos crepúsculos del día.

El joven, cuyo espíritu había pasado por tantas impresiones en el curso de ese día como en la noche que había precedídole, no pudo menos de parar su caballo y extasiarse desde aquella altura en contemplar el bellísimo panorama que se desenvolvía a sus pies, matizado con los últimos rayos de la tarde. Porque a los veinticinco años de la vida el corazón del hombre se encadena mágicamente a los espectáculos poéticos de la Naturaleza, que descubren en su imaginación fértil y robusta todo el poder de atracción que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico a sus ojos. Porque los valles floridos de Barracas, al fin de ellos el gracioso riachuelo, y a la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las más bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba a descender por esa barranca cuando sintió hacia atrás una voz que lo llamaba por su nombre, y dando vuelta la cabeza conoció a veinte pasos de él a su benemérito maestro de escritura, que venía a gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fue al estribo se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos o tres minutos sin poder hablar, tal era la opresión de sus pulmones.

-¿Qué hay, qué le pasa a usted, señor Don Cándido? -le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

-Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crimen.

-Señor, estamos en un camino público, dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

-¿Recuerdas del bueno, del noble y generoso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

-Sí.

-Recuerdas que vino anoche y...

-Sí, sí, ¿qué le ha sucedido al hijo?

-Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

-¿A qué hora?

-A las siete. Tan luego como se supo que había salido anoche de casa del gobernador, Temieron sin duda...

-Que revelase o que hubiera revelado lo que sabía; le ahorro a usted las palabras.

-Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago, mi Daniel querido? ¿Qué hago?

-Preparar sus plumas para entrar mañana a ocupar el empleo de copista privado del señor ministro de Relaciones Exteriores.

-¿Yo?; ¡Daniel! -y en su arrebato de alegría Don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

-Ahora, tome usted cualquier otra calle y retírese a su casa.

-Sí, yo fui a la tuya a tiempo que salía Fermín con tu caballo, le seguí, después te seguí a ti y...

-Bien, otra cosa: ¿tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre o mujer, donde alguna vez haya usted pasado la noche?

-Sí.

-Pues ahora mismo vaya usted a convenir con ella en que usted ha

pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Adiós, señor

Y Daniel picó el caballo, y, corriendo un gran riesgo, bajó a galope la barranca de Balcarce, y tomó la calle Larga cuando ya estaba oscura por la sombra de los edificios o de los árboles, en cuyas copas morían desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ése el mismo camino por donde diez y ocho horas antes había pasado con el cuerpo exangüe de su amigo; y era a la casa de la hermosa Amalia, en que había recibido hospitalidad y vuelto a la vida, donde ahora se dirigía el valiente y generoso Daniel.

I. Amalia Sáenz de Olavarrieta

Amalia Sáenz de Olavarrieta

«Tucumán es el jardín del universo, en cuanto a la grandeza y sublimidad de su naturaleza», escribió el capitán Andrews en su Viaje a la América del Sur, publicado en Londres en 1827; y el viajero no se alejó mucho de la verdad con esa metáfora al parecer tan hiperbólica.

Todo cuanto sobre el aire y la tierra puede reunir la Naturaleza tropical de gracias, de lujo y poesía se encuentra confundido allí, como si la provincia de Tucumán fuese la mansión escogida de los genios de esa desierta y salvaje tierra que se extiende desde el Estrecho hasta Bolivia, y desde el Andes al Uruguay.

Suave, perfumada, fértil, y rebosando gracias y opulencia de luz, de pájaros y flores, la Naturaleza armoniza allí el espíritu de sus creaturas, con las impresiones y perspectivas poéticas en que se despierta y desenvuelve su vida.

El corazón especialmente es en el hombre la obra perfecta de su clima, a quien después la educación aumenta o desfigura el grabado de su primitivo molde. Y en Tucumán, como en todas esas latitudes privilegiadas,

entibiadas por la luz de los trópicos, el corazón participa con el aire, con la luz, con la vegetación, de esa abundancia de calor y de vida, de armonía y de amor, que exhala allí superabundante la Naturaleza.

Y es entre ese jardín de pájaros y flores, de luz y perspectivas, que se repite con frecuencia ese fenómeno fisiológico de que los ingleses se ríen y los alemanes dudan, como dice el novelista Bulwer, que acontece bajo el tibio cielo de la Italia, y entre los pueblos más meridionales de la península española; es decir, esas pasiones de amor que nacen, se desenvuelven y dominan en el espacio de algunas horas, de algunos minutos también, decidiendo luego del destino futuro de toda una existencia.

Y entre ese jardín de pájaros y flores, de luz y perspectivas, nació Amalia, la generosa viuda de Barracas, con quien el lector hizo conocimiento en los primeros capítulos de esta historia, y nació allí como nace una azucena o una rosa, rebosando belleza, lozanía y fragancia.

El coronel Sáenz, padre de Amalia, murió cuando ésta tenía apenas seis años; y en uno de los viajes que su esposa, hermana de la madre de Daniel Bello, hacía a Buenos Aires, sucedió esa desgracia.

Amalia aspiró hasta en lo más delicado de su alma todo el perfume poético que se esparce en el aire de su tierra natal, y cuando a los diez y siete años de su vida dio su mano, por insinuación de su madre, al señor Olavarrieta, antiguo amigo de la familia, el corazón de la joven no había abierto aún el broche de la purísima flor de sus afectos, y los hálitos de su aroma estaban todavía velados entre las lozanas hojas mal abiertas.

Más que un esposo, ella tomó un amigo, un protector de su destino futuro.

Pero el de Amalia parecía ser uno de esos destinos predestinados al

dolor que arrastran la vida a la desgracia, fija, poderosa, irremediablemente, como la vorágine de Moskoe a los impotentes bajeles.

¡El coronel Sáenz amaba a su pequeña hija con un amor que rayaba en idolatría, y el coronel Sáenz bajó a la tumba cuando su hija aún no había salido de la niñez!

¡El señor Olavarrieta amaba a Amalia como su esposa, como su hermana, como su hija, y el señor Olavarrieta murió un año después de su matrimonio, es decir, año y medio antes de la época en que comienza esta historia!

¡Ya no le quedaba a Amalia sobre la tierra otro cariño que el de su madre, cariño que suple a todos cuantos brotan del corazón humano; único desinteresado en el mundo y que no se enerva ni se extingue sino con la muerte; y la madre de Amalia murió en sus brazos tres meses después de la muerte del señor Olavarrieta!

Los espíritus poéticos, en quienes la sensibilidad domina prodigiosamente la organización y la vida, tienen en sí mismos el germen de una melancolía innata que se desenvuelve en el andar del tiempo y los sucesos, y llega a enseñorearse tanto de aquellos espíritus, que, sin saberlo ellos, llegan a ser melancólicos hasta en los sueños o en las realidades de su propia felicidad.

Sola, abandonada en el mundo, Amalia, como esas flores sensitivas que se contraen al roce de la mano o a los rayos desmedidos del sol, se concentró en sí misma a vivir con las recordaciones de su infancia, o con las creaciones de su imaginación, alumbradas con los rayos diáfanos y dorados de las ilusiones, que de vez en cuando se escapan de la luz íntima de los espíritus poetizados y cruzan por ese mundo sin forma, ni color, que los

sentidos no palpan, pero que existe, sin embargo, para la imaginación y para el alma.

Sola, abandonada en el mundo, quiso también abandonar su tierra natal, donde hallaba a cada instante los tristísimos recuerdos de sus desgracias, y vino a Buenos Aires a fijar en ella su residencia.

Ocho meses hacía que se encontraba allí, tranquila si no feliz, cuando nos la dieron a conocer los acontecimientos del 4 de mayo. Y veinte días después de aquella noche aciaga, volvemos a encontrarnos con ella en su misma quinta de Barracas.

Eran las diez de la mañana, y Amalia acababa de salir de un baño perfumado.

La luz de la mañana entraba al retrete, que los lectores conocen ya, a través de las dobles cortinas de tul celeste y de batista, e iluminaba todos los objetos con ese colorido suave y delicado que se esparce sobre el oriente cuando despunta el día.

La chimenea estaba encendida, y la llama azul que despedía un grueso leño que ardía en ella se reflectaba, como sobre el cristal de un espejo, en las láminas de acero de la chimenea; formándose así la única luz brillante que allí había.

Los pebeteros de oro, colocados sobre las rinconeras, exhalaban el perfume suave de las pastillas de Chile que estaban consumiendo; y los jilgueros, saltando en los alambres dorados que los aprisionaban, hacían oír esa música vibrante y caprichosa con que esos tenores de la grande ópera de la Naturaleza hacen alarde del poder pulmonar de su pequeña y sensible organización.

En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se

reproducía al infinito sobre el cristal, sobre el acero, y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillón de damasco caña, delante de uno de los magníficos espejos de su guardarropas; su seno casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados, y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, dejando que su espléndida y ondeada cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña de diez años, linda y fresca como un jazmín, que, en vez de peinar aquéllos, parecía deleitarse en pasarlos por su desnudo brazo para sentir sobre su cutis la impresión cariñosa de sus sedosas hebras.

En ese momento, Amalia no era una mujer: era una diosa de esas que ideaba la poesía mitológica de los griegos. Sus ojos entredormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos, todo contribuía a dar mayor realce a su belleza. Era así, dormida y cubierta por un velo más descuidado que ella misma, que algunos escritores de Roma antigua describen a Lucrecia, cuando se ofreció por primera vez a los ojos de Sextus, de quien el bárbaro crimen debía perder la mujer y salvar la patria, 509 años antes de Cristo. Y cuando Cleopatra llegó hasta su vencedor, en su galera con popa de oro, con velas de púrpura y remos de plata, venía dormida sobre cojines egipcios, sirviendo de velo a su seno de alabastro, sus cabellos negros como la noche, y Antonio olvidó a Roma y sus legiones y se hizo esclavo de la diosa dormida. Así, en ese momento, y de ese modo, Amalia, repetimos, no era una mujer, sino una diosa.

Había algo de resplandor celestial en esa criatura de veinte y dos años, en cuya hermosura la Naturaleza había agotado sus tesoros de perfecciones, y en cuyo semblante perfilado y bello, bañado de una palidez ligerísima, matizada con un tenue rosado en el centro de sus mejillas, se

dibujaba la expresión melancólica y dulce de una organización amorosamente sensible.

En ese momento no era el sueño quien cerraba los párpados de Amalia, entrelazando sus largas y pobladas pestañas; no era el sueño, era un éxtasis delicioso que embriagaba de amor aquella naturaleza armoniosa e impresionable, bajo la tibia temperatura que la acariciaba, y en medio a los perfumes, a la música y a los rayos blancos y celestinos de luz que la inundaban blandamente.

Imágenes blancas y fugitivas, como esas mariposas del trópico que vuelan y sacuden el polvo de oro de sus alas sobre las flores que acarician, parece que volaban jugueteando por el jardín de su fantasía; pues dos veces su Fisonomía animóse y la sonrisa entreabrió sus labios, que cerráronse luego como dos hojas de rosa a quien halaga y conmueve el aliento fugaz que se escapa de los labios de un amante que pone un beso sobre ella, en recordación de la mano que se la envía.

De repente, Amalia hizo un ligero movimiento con su cabeza, huyendo como un perfume un ligero suspiro de su pecho, y Luisa, la pequeña compañera de Amalia, más que su ayuda de tocador, viendo llegar el momento en que iba a concluirse su placer, más bien que su tarea, dejó caer suavemente los cabellos sobre el respaldo del sillón, los miró todavía un instante, y deslizándose como una sombra sobre el tapiz del retrete, puso nuevas pastillas en los pebeteros, agitó sus manecitas junto a las jaulas de los jilgueros, y corrió una pantalla de raso verde en la boca de la chimenea. La luz, entonces, quedó completamente amortiguada; los pájaros trinaron más alegres, y un ambiente dulce y perfumado se esparció de nuevo alrededor de Amalia.

Luisa conocía, por la práctica, la organización de su señora, y al acercarse a ella, después de sus rápidas y silenciosas operaciones, la miró con una sonrisa encantadora de triunfo, y comenzó a pasar su mano, casi imperceptiblemente, por las sienes y los cabellos de la diosa dormida, acabando así de magnetizarla sin saberlo: porque en Amalia había una de esas organizaciones perfectas y sensibles en quienes la armonía de la Naturaleza o del espíritu obra esa influencia magnética y voluptuosa que postra el alma bajo el imperio de un encantamiento indefinible y misterioso, en los momentos en que está conmovida por impresiones simpáticas con su organización.

Luisa acababa de formar una corona con los cabellos de Amalia en torno de su bellísima cabeza, cuando la hija del jardín argentino abrió los ojos y derramó de ellos, húmedos y melancólicos, un mar de luz parecida a la que vierten los crepúsculos de una tarde lánguida del mes de enero,

Sus labios, rojos como la flor del granado, se abrieron para dejar libertad a un suspiro aromado con las esencias de su corazón, que acababa de despertarse entre el jardín de las ilusiones.

Sus brazos, que habrían dado envidia al cincel que labró la Venus de los Médicis, y cuya encarnación casi trasparente sólo habría podido imitarse en alguna veta privilegiada del mármol de Carrara, desnudos hasta los hombros, sobre los que había apenas una pulgada de encaje para sostener el cambray que coqueteaba sobre su seno, se extendían descuidados sobre los del sillón; y su pequeño pie, desnudo, entre una chinela de cabritilla, se escapaba del peinador de batista, de cuyas ondas, semejantes a una tenue neblina, se podría decir:

Porem nem tudo esconde, nem descobre

como de la gasa que cubría a la hermosa Dione del príncipe de los poetas lusitanos.

Sin embargo, en aquel modelo de perfecciones mujeriles, radiante en aquel momento de cuanto puede animar la voluptuosidad humana, se reflejaba algo que los sentidos no alcanzaban a comprender, porque pertenecía a lo más ideal de la poesía y del amor.

Aquella fisonomía tan dulce a par de bella estaba bañada por una luz tenue de melancolía y sentimiento; y en el cristal límpido de aquellos ojos, que se entreabrían en medio de un éxtasis del alma, había más de ilusión que de mirada mundanal; mezcla indefinible de abstracción de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está más arriba de la tierra, y absorbe, en sus raptos de poesía, los destellos de la luz del cielo. Y puede decirse que en ese raudal de luz que se desprendía de sus ojos, las gracias, la belleza material de esa mujer, se espiritualizaban a su vez; sublimándose de ese modo cuanto la Naturaleza tiene de más perfecto y encantador en los pinceles con que delinea y pinta ese hermoso ángel de tentación que se llama mujer.

En la mujer, los encantos físicos dan resplandor, colorido, vida a las bellezas y gracias de su espíritu; y las riquezas de éste a su vez dan valor a los encantos materiales que la hermosean. Y es de esta unión armónica del alma y los sentidos, que resalta siempre la perfección de una mujer; ante quien los sentidos entonces dejan de ser audaces por respeto a su alma, y el amor deja de ser una espiritualización extravagante por respeto a la belleza material que lo fomenta, si no precisamente lo origina.

Y era Amalia, pues, una de esas privilegiadas creaturas que reúnen en sí aquella doble herencia del cielo y de la tierra, que consiste en las

perfecciones físicas, y en la poesía o abundancia de espíritu en el alma.

Perezosa como una azucena del trópico a quien mueve blandamente la brisa de la tarde, su cabeza se inclinó a un lado del respaldo del sillón, fijó sus ojos tiernos en la pequeña Luisa, y con una sonrisa encantadora la preguntó:

-¿He dormido, Luisa?

-Sí, señora -le contestó la niña sonriendo a su vez.

-¿Mucho tiempo?

-Mucho tiempo no, pero más que otras veces.

-¿Y he hablado?

-Ni una palabra; pero ha sonreído usted dos veces.

-Es verdad; sé que no he hablado, y que me he sonreído.

-¡Cómo! ¿Lo que hace usted dormida, lo recuerda cuando se despierta?

-Pero yo no duermo cuanto tú lo piensas, Luisa mía -contestóle Amalia mirando con una expresión llena de cariño a su inocente compañera.

-¡Oh, sí que duerme usted! -replicó la niña sonriendo otra vez.

-No, Luisa, no. Yo estoy perfectamente despierta cuando tú crees que duermo. Pero una fuerza superior a mi voluntad cierra mis párpados, me domina, me desmaya; no sé nada de cuanto pasa en derredor de mí, y, sin embargo, no estoy dormida. Veo cosas que no son realidades; hablo con seres que me rodean, siento, gozo o sufro según las impresiones que me dominan, según los cuadros que me dibuja la imaginación, y, sin embargo, no estoy soñando. Vuelvo de esa especie de éxtasis y recuerdo perfectamente cuanto ha pasado en mí; aún más: conservo por mucho tiempo el influjo poderoso que me ha dominado y creo estar aún en medio de las imágenes que acaba de crear mi fantasía; como en este momento, por

ejemplo, creo verlo como hace un instante lo estaba viendo aquí, aquí a mi lado...

-¡Viendo! ¿A quién, señora? -preguntó la niña, que no podía explicarse lo que acababa de oír.

-¿A quién?

-Sí, señora. aquí no ha habido nadie más que nosotras, y usted dice que lo estaba viendo.

-A mi espejo...-contestó Amalia sonriendo y mirándose por primera vez en el espejo que tenía delante.

-¡Ah, pues si no veía usted más que el espejo!...

-Sí, Luisa, solamente a mi espejo... vísteme pronto... y, entretanto, dime: ¿qué me referiste al despertarme?

-¿Del señor Don Eduardo?

-Sí; eso era; del señor Belgrano.

-¡Pero, señora, todo lo olvida usted! Es ésta la cuarta vez que voy a hacer la misma relación.

-¡Ah, la cuarta vez! Bien, mi Luisa, después de la quinta yo no te lo preguntaré más -dijo Amalia parada delante de su espejo, ajustándose un batón de merino color violeta con guarniciones de cisne.

-¡Vaya, pues! -prosiguió Luisa-, cuando salí al patio, fui, como me ha ordenado usted que lo haga todas las mañanas, a preguntar al criado cómo se hallaba su señor; pero ni el uno ni el otro estaban en sus habitaciones. Yo me volvía, cuando a través de la verja los descubrí en el jardín. El señor Don Eduardo cogía flores y hacía un ramillete cuando me acerqué a él. Nos saludamos y estuvimos hablando mucho rato de...

-¿De quién?

-De usted, señora, casi todo el tiempo; porque ese señor es el hombre más curioso que he visto en mi vida. Todo lo quiere saber; si usted lee de noche, qué libros lee, si usted escribe, si le gustan más las violetas que los jacintos, si usted misma cuida de sus pájaros, si... ¡qué sé yo cuántas cosas!

-¿Y de todo eso hablaron hoy?

-De todo eso.

-Y de la salud de él no hablaste nada, tontuela.

-¡Pues! Tonta sería si le hubiese preguntado sobre lo mismo que estaba viendo con mis ojos.

-¡Sólo que estuviese ciega! Me parece que hoy cojea más que ayer, que fue el primer día que salió al patio; y a veces al asentar la pierna izquierda se conoce que sufre horriblemente.

-¡Oh, Dios mío! Si no debe caminar todavía, ¡es terco!..., ¡es terco! -exclamó Amalia como hablando consigo misma y dando un golpe con su preciosa mano sobre el brazo aterciopelado del sillón-. ¡Y quiere salir! -continuó Amalia después de un momento de silencio-. ¡Este Daniel quiere perderlo, y quiere enloquecerme, está visto! Acaba, Luisa, acaba de vestirme y después...

-Y después tomará usted su vaso de leche azucarada, porque está usted muy pálida. ¡Ya se ve, está usted en ayunas y ya es tan tarde!

-¡Pálida!¿Te parezco muy mal, Luisa? -preguntó Amalia delante de su espejo, mirándose de pies a cabeza, mientras sujetaba con una cinta azul el cuello de encajes con que pretendía velar el delicado alabastro de su garganta.

-¿Mal? No, señora, hoy está usted tan bella como siempre. Está usted un poco pálida y nada más.

-¿De veras?

-Cierto que sí, señora; y esta noche...

-¡Ah, no me hables de esta noche!

-¿Cómo? ¿No le gustará a usted el estar bien para esta noche?

-Por el contrario, Luisa, querría estar enferma.

-Como lo oyes.

-Pues, señora, cuando yo tenga más edad y me conviden para un baile, desearé estar muy buena, y muy buena moza.

-Ya lo ves, hija mía -dijo Amalia sonriendo de la ingenuidad de Luisa-. Ya lo ves, tú desearías estar buena, y yo deseo estar enferma.

-¡Ah, eso yo sé por qué es!

-¿Tú?

-Yo, sí, señora, ¿piensa usted que yo no la conozco?

-¿Tú sabes por qué deseo enfermarme?

-¡Toma! ¿A que acierto?

-A ver, dilo.

-Por no ponerse la divisa, ¿acerté?

Amalia se rió, y dijo:

-En la mitad has acertado.

-Bien, ¿a qué acierto en la otra mitad?

-Vamos a ver.

-Porque no va usted a poder tocar su piano a las doce, como lo hace todas las noches antes de acostarse, ¿es eso?

-No.

-¿No?

-No has acertado.

-Entonces... no importa; pero usted está lindísima, que es lo que más interesa.

-Gracias, mi Luisa, gracias -dijo Amalia pasando su mano por la cabeza de la niña-. Sin embargo, yo quiero creer lo que me dices, porque por la primera vez de mi vida tengo la pueril ambición de parecer bien a los demás..., pero -y como arrepintiéndose al momento de lo que acababa de pronunciar, prosiguió-: No hablemos de estas tonterías, Luisa. ¿Sabes una cosa?

-¿Qué, señora?

-Que estoy enojada contigo -respondió Amalia mirando los jilgueros.

-Será la primera vez -replicó Luisa entre cierta y dudosa de las palabras de su señora, que jamás la había reconvenido.

-¿La primera vez? Es verdad, pero es porque ésta es la primera vez que mis pájaros no tienen agua.

-¡Ah! -exclamó Luisa, dándose una palmadita en la frente.

-Y bien, ¿confiesas que tengo razón?

-No, señora.

-¿Pues no ves?

-No, señora, no tiene usted razón.

-Pero ¿y la copa con el agua?

-No está en la jaula.

-Luego...

-¿Luego qué, señora?

-Luego tú tienes la culpa.

-No, señora; la tiene el señor Don Eduardo.

-¿Belgrano? Estás loca, Luisa.

-No, señora, estoy en mi juicio.

-Explícate entonces.

-Es muy fácil. Esta mañana cuando fui a saber de la salud del enfermo, llevaba las copitas para limpiarlas, y como ese señor es tan curioso, quiso saber de quién y para qué eran, y luego que le dije la verdad, las tomó, se puso él mismo a limpiarlas, y ahora recuerdo que mientras su criado traía agua, él las puso junto a una planta de jacintos. En esto fue que sentí la campanilla, vine, y olvidé las copitas.

-¿Ves?-dijo Amalia, sin saber lo que decía, pues mientras sus dedos de rosa y leche jugaban con las alas de sus pájaros, su imaginación se había preocupado de mil ideas diversas, y que sólo Dios y su espíritu podrían explicarnos, al escuchar la sencilla relación de Luisa.

-Ves, ¿qué?, señora -insistió ésta-. Si el señor Don Eduardo no hubiera sido tan curioso, yo no hubiera olvidado...

-Luisa.

-Me va usted a retar por otra cosa.

-No... oye... ¿qué horas son?

-Las once.

-Bien, irás a decir al señor Belgrano que dentro de media hora tendré mucha satisfacción en recibirle, si le es posible llegar hasta el salón.

II. Cómo una sola puerta tenía tres llaves

Cómo una sola puerta tenía tres llaves

Acababan de dar las cinco de la tarde en el reloj de San Francisco; y el sol, próximo a su ocaso, no prometía por mucho tiempo ese recuerdo de su pasado esplendor que se llama crepúsculo, porque la tarde estaba nebulosa, cargado el aire de esos vapores densos y húmedos tan comunes en Buenos Aires, en la estación del invierno, que en el año de 1840 había anticipado sus rigores desde los últimos días del mes de abril.

La calle de Comercio, donde no hay, sin embargo, comercio ni comerciantes, estaba casi desierta en ese momento, y de las pocas personas que la transitaban eran dos hombres que venían caminando a prisa en dirección al río: uno de ellos cubierto con una capa azul, corta y sin cuello, como la que usaban los antiguos caballeros españoles y los nobles venecianos; y el otro vestía un sobretodo blanco que le llegaba hasta el tobillo.

-De prisa, mi querido maestro, de prisa, porque la tarde se nos va -dijo el personaje de la capa azul a su compañero de levitón blanco.

-Si hubiéramos salido más temprano, no tendríamos que andar a este paso fatigoso, precipitado, incómodo que llevamos -contestó aquel último, poniendo bajo su brazo izquierdo una larga caña de la India con un puño de marfil que llevaba en su mano, y siguiendo el paso ligero de su compañero.

-No tengo yo la culpa; esta naturaleza del Plata, más veleidosa que sus hijos, es la que me ha engañado: hace dos horas que el cielo estaba limpio; contaba con media hora de crepúsculo, y de repente el cielo se ha cargado, se ha embozado el sol, y he perdido en mi cálculo; pero no importa, ya estamos cerca y trabajará usted de prisa.

-Trabajará usted de prisa.

-Eso he dicho.

-¿Pero en qué especie de ocupación?

-Adelante, mi querido maestro, adelante.

-¿Quieres que te diga una cosa, mi estimado y querido Daniel?

-Pero sin pararnos.

-Sin pararnos.

-Sin digresiones.

-Sin digresiones.

-¿A ver, qué cosa?

-Que tengo un miedo justísimo, razonable, profundo.

-¡Ah!, señor, usted tiene dos cosas que lo acompañan siempre.

-¿Y cuáles, mi Daniel querido y amado?

-Un caudal inagotable de adjetivos, y una dosis de miedo entre el cuerpo, que no acabará usted de digerirla en su vida.

-Bien, bien: de lo primero hago alarde, porque eso no prueba otra cosa

que los vastos estudios que he hecho en nuestro rico, fecundo y elocuente idioma. En cuanto a lo segundo, te diré que yo no he tomado la dosis sino cuando, poco más o menos, todos nos hemos enfermado de un mismo mal en Buenos Aires, y...

-Silencio y despacio -dijo el individuo de la capa, en quien los lectores habrán reconocido a su amigo Daniel, como en su interlocutor al antiguo maestro de primeras letras, empleado en otro tiempo por la Comisión Topográfica, según la hoja de sus servicios públicos.

-Silencio y despacio -había dicho Daniel al llegar con su acompañante a la prolongación de la calle de Balcarce, cuya línea irregular son los tres últimos ángulos de las calles de San Lorenzo, de la Independencia y de Luján, según se llamaban entonces.

Los dos personajes siguieron por ella en dirección a Barracas muy tranquilamente; llegaron a la de Cochabamba, y, siendo Daniel quien dirigía la marcha, doblaron hacia el río y se pararon a la puerta de una casa, al principio de esa calle de Cochabamba, a la derecha.

-Dé usted vuelta con precaución y vea si alguien viene -dijo Daniel a su compañero en el momento de llegar a la puerta.

La caña de la India cayó al suelo inmediatamente, como era la costumbre del señor Don Cándido Rodríguez, cuando a costa del puño de marfil, policeaba con sus ojos el camino que acababa de andar.

-Nadie, mi querido Daniel.

Y el joven, con la mayor calma y sangre fría, abrió la puerta con una llave que traía en su bolsillo; hizo entrar a su acompañante, y, cerrando otra vez la puerta, volvió a guardar su llave en el bolsillo.

Don Cándido, entretanto, se había puesto más blanco que la alta y

almidonada corbata de estopilla, tan adherida siempre a su persona como su caña de la India.

-¿Pero qué es esto? ¿Qué casa misteriosa y recóndita es ésta a que me conduces, mi querido Daniel?

-Es una casa como otra cualquiera, mi querido señor -dijo Daniel levantando el picaporte de una puerta al zaguán y entrando a una pieza que servía de sala, yendo el señor Don Cándido casi pegado a los pliegues de la capa de su discípulo.

-Espere usted aquí -le dijo Daniel, pasando a una habitación contigua a la sala, donde había una de esas camas de matrimonio que necesitan una escalera para su ascensión. Daniel levantó la colcha de zaraza que la cubría, se convenció de que no había nadie oculto bajo aquella mole inmensa; pasó en seguida a otras dos habitaciones en que repitió la misma operación que con la colcha de la cama, en cuatro catres de lona muy pobremente cubiertos, pero con mucho aseo y con algunas mallas en las fundas, últimos restos de una pasada opulencia en la reina de aquella Roma; registró en fin todo cuanto en aquella casa podía ocultar una persona, y, saliendo al pequeño patio, afirmó a la pared una escalera de mano, y subió a la azotea: no quedaba ya sino un cuarto de hora o veinte minutos de claridad.

Daniel recorrió con una mirada de águila toda la extensión que descubría desde aquel punto. No había en derredor de él ninguna eminencia que dominase el lugar en que se encontraba. Al frente de la casa se descubría una hermosa quinta; al fondo, el hueco y las casuchas de donde comienza la calle de San Juan; a la derecha, unos cuartos en ruina; a la izquierda, una casa antigua y vacía que daba a la barranca, y a la cual se

abría una pequeña ventana en la cocina de la casa. Daniel examinó todo esto en un minuto y descendió al patio.

-¡Mi querido y estimado y bien amado señor Don Cándido! -gritó desde allí.

-¿Daniel? -contestó con voz trémula desde la sala el maestro de primeras letras.

-Ha llegado el momento de trabajar -le dijo el discípulo-, y sobre todo, de no tener miedo -continuó al verlo pálido como un cadáver.

-¡Pero Daniel, esta casa! ¡Esta soledad! ¡Este misterio! ¡En las circunstancias en que vivimos!... Mi posición de empleado secreto de Su Excelencia el señor Ministro y...

-Señor Don Cándido, usted ha desparramado la noticia de la rebelión del general La Madrid.

-¡Daniel! ¡Daniel!

-Es decir, me lo dijo usted a mí, y tanto vale decir estas cosas a uno solo, como a mil.

-Pero tú no me perderás, Daniel -exclamó el pobre Don Cándido, próximo a caer de rodillas delante del joven.

-Al contrario, para salvar a usted le hice dar un empleo que hoy comprarían con cien mil pesos muchos otros.

-Es por eso que yo te daría mi borrascosa, huérfana y trémula existencia -exclamó Don Cándido abrazando fuertemente a Daniel.

-Bien, eso era lo que, yo quería que usted me repitiera; vamos ahora al trabajo: trabajo de cinco minutos solamente.

-De un año, de dos, no importa.

-Suba usted -dijo Daniel señalando la escalera a Don Cándido.

-Hasta la azotea.

-¿Y qué quieres que haga en la azotea?

-Suba usted.

-¡Pero nos van a ver!

-Suba usted con mil...

-Ya estoy en la azotea.

-Y yo también -dijo el joven poniéndose en tres saltos al lado de su compañero-, ahora sentémonos en el suelo.

-Pero hombre...

-¡Señor Don Cándido!

-Ya estoy, Daniel.

El joven sacó del bolsillo de su levita un pliego de papel marquilla, un compás, un lápiz; desdobló el papel, lo extendió sobre el piso de la azotea, y dijo con una voz que no admitía réplica:

-Señor Don Cándido: un croquis de todos los alrededores de esta casa, en diez, minutos, porque no tenemos sino quince de luz.

-Pero...

-A grandes líneas: no necesito detalles: distancias y límites solamente. Dentro de diez minutos baje usted a la sala, donde me encontrará.

Un sudor frío inundaba la frente de Don Cándido, porque a medida que la escena se hacía mis misteriosa, creía ver más cerca de sí el cuchillo de la Mashorca. Pero de otro lado estaba la mirada fascinadora de Daniel, su influencia moral que le dominaba en cuerpo y alma, y el secreto de la imprudente revelación.

Don Cándido era un vulgar ingeniero, pero lo que se le exigía en ese momento era una cosa demasiado fácil, Y antes de los diez minutos todo su

trabajo estaba perfectamente concluido. Las distancias eran tan cortas, que la vista pudo suplir la falta de instrumentos.

Concluido el croquis, descendió Don Cándido, cuando empezaba a apagarse la luz del crepúsculo en el cielo, y cuando, por consiguiente, todo el interior de la casa empezaba a estar en tinieblas. Con la caña de la India, el plano, el lápiz y el compás en las manos, el buen hombre no pudo menos de llamar a su querido Daniel antes de decidirse a entrar en las habitaciones oscuras.

-¿Está hecho? -le preguntó aquél, saliendo a recibirlo al patio.

-Ya, ya está. Pero es necesario ponerlo en limpio, arreglarlo y...

-Concluir todo lo que haya que hacer en él, en el curso de esta noche para entregármelo mañana antes de las diez.

-Bien, mi querido Daniel. Pero ahora nos iremos de esta casa, ¿no es verdad?

-Ya no tenemos nada que hacer en ella -dijo Daniel encaminándose al zaguán, completamente oscuro.

Pero en el momento de ir a poner la llave en la cerradura, otra llave entró en ella por la parte exterior de la puerta, y la abrió con tanta prontitud que apenas dio tiempo a Don Cándido para pegarse como una sombra a la pared del zaguán, y a Daniel para retroceder dos Pasos y llevar su mano a uno de los bolsillos de su levita. Esta acción fue instintiva sin embargo, porque Daniel hacía algunos minutos ya que esperaba por momentos sentir abrir aquella puerta, pero él esperaba ver entrar por ella una mujer, varias mujeres quizá, pero no un hombre. Entretanto, era un hombre el que entró, y Daniel sacó entonces de su bolsillo aquel mismo instrumento mortífero con que salvó a Eduardo en la noche del 4 de mayo,

y que todavía no hemos podido ver a clara luz para dar su nombre o su definición.

El individuo recién llegado hizo la misma operación que había hecho Daniel, es decir, cerró por dentro la puerta y se guardó la llave.

Don Cándido temblaba de pies a cabeza y hacía esfuerzos inauditos por rarificar su cuerpo contra la pared, pero todo esto eran flores.

El zaguán estaba oscurísimo.

Al darse vuelta el recién llegado y caminar el primer paso hacia adentro, rozó su brazo contra el pecho de Don Cándido, y dando un salto hacia el ángulo de la puerta:

-¿Quién está ahí? -exclamó con una voz pujante, tirando al mismo tiempo de un cuchillo de quince pulgadas, cuya aguzada punta fue a tocar el hombro de Don Cándido al estirarse el brazo que la dirigía.

La oscuridad era sepulcral, y un silencio profundo sucedió a la interrogación del desconocido.

-¿Quién está ahí? -repitió-. Conteste usted o le mato por unitario, porque sólo los unitarios hacen emboscadas a los defensores de la Federación...

Nadie respondió.

-¿Quiénes? Conteste porque le mato -repitió el amable interrogador que, sin embargo, lejos de querer dar un paso hacia adelante, se perfilaba lo más que le era posible en el ángulo de la puerta, extendiendo el brazo, armado de su cuchillo, hacia adelante.

-Servidor de usted, mi distinguido y estimado señor, a quien no tengo el honor de conocer, pero a quien aprecio muchísimo -contestó Don Cándido con una voz tan trémula y meliflua que inspiró al desconocido

todo el valor que le faltaba y de que había querido hacer alarde un momento antes.

-¿Pero quiénes usted?

-Un humilde servidor suyo.

-¿Su nombre?

-¿Tiene usted la bondad de abrirme la puerta y dejarme pasar, mi distinguido y apreciable señor?

-Ah, no quiere usted decir su nombre, porque es algún unitario, algún espía, ¿eh?

-Señor de toda mi estimación, yo soy capaz de hacerme ahorcar en servicio del Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, marido de su difunta esposa la señora heroína Doña Encarnación Ezcurra de Rosas; que en paz descanse, padre de la señorita federal Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, hermano del señor ilustre federal Don Prudencio, Don Gervasio, Don...

-Acabe usted con todos los diablos, ¿cómo se llama, le he preguntado?

-Y también soy capaz de hacerme ahorcar en servicio de usted y de su amable familia; ¿tiene usted familia, mi estimado señor?

-Yo le voy a dar familia: a ver...

-¿A ver qué? -preguntó Don Cándido, yerto y ya sin fuerza para sostenerse sobre sus piernas.

-A ver: bata usted las manos.

-¿Qué bata las manos, mi querido señor?

-Pronto, porque si no le mato.

-Nuestro Don Cándido no esperó oír segunda vez esta amenaza, y se puso abatir las manos sin saber lo que aquella pantomima significaba.

Luego que el desconocido comprendió que no tenía armas en las manos, se lanzó sobre él, y poniéndole al pecho la punta del cuchillo:

-Confiéseme usted -le dijo- por cuál de ellas viene, o le clavo contra la pared.

-¿Yo?

-Sí, usted.

-¿Por cuál de ellas?

-Sí;¿viene usted por Andrea?

-¿Por misia Andreíta?... ¡Señor!...

-Acabe usted, ¿viene por Gertrudis?

-Pero señor, si yo no conozco a misia Gertrudis ni a misia Andrea, ni a su digna y respetable familia ni...

-Confiese: confiese, o le mato.

-Confiéseme usted por cuál de ellas viene, o le astillo el cráneo -dijo junto al desconocido la voz de un hombre que con una mano le tenía sujeto por el brazo derecho, y con la otra martillaba suavemente en la cabeza con una cosa durísima y pesada; hombre que, como se comprende, no era otro que nuestro Daniel, que había presenciado tranquilo la cómica escena entre el desconocido y Don Cándido, hasta que vio llegado el momento de tomar parte en ella para darla fin.

-¡Socorro!

-Silencio u os mando a los infiernos -le dijo Daniel, dando un poco más fuerte con su instrumento; cosa que dejó aturdido por un momento a quien recibió el golpe.

-¡Piedad! ¡Piedad! ¡Soy un sacerdote, el mejor federal, el cura Gaete! ¡No cometáis el sacrilegio de derramar mi sangre!

-Soltad el cuchillo, mi reverendo padre.

-Dádmelo a mí -exclamó Don Cándido buscando a tientas el brazo que tanto le había hecho temblar y recogiendo de él el formidable puñal.

-Soltad.

-¡Ya lo he dado, ya lo he dado!-exclamó el cura Gaete, según que éste era el nombre que acababa de darse. ¡Soltadme ahora! -continuó, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano de fierro de Daniel-. ¡Soltadme! Ya os he dicho que soy un sacerdote.

-¿Y por cuál de ellas viene a esta casa, reverendo padre? -dijo Daniel parodiando la pregunta que había hecho el dignísimo cura de la Piedad a Don Cándido.

-¿Yo?

-Usted, mal sacerdote, federal inmundo, hombre canalla: usted a quien yo debería ahora mismo pisarlo como a un reptil ponzoñoso y libertar de su aspecto a la sociedad de mi país, pero cuya sangre me repugna derramar, porque me parece que su olor me infectaría. Os siento temblar, miserable, mientras mañana levantaréis vuestra cabeza de demonio para buscar sobre todas las otras la que no podéis ver en este momento, y que, sin embargo, es bastante fuerte por sí sola, pues que os hace temblar: a vos que subís a la cátedra del Espíritu Santo con el puñal en la mano, y lo mostráis al pueblo para excitarlo al exterminio de los unitarios, de quienes el polvo de su planta es más puro y limpio que vuestra conciencia...

-¡Piedad, piedad, soltadme!-exclamó el fraile a quien más arredraba la entonación de la voz y las palabras de Daniel, que caían como gotas de

plomo derretido sobre su cancerosa conciencia, que el peligro material de su posición entre las manos de aquel hombre a quien no conocía, y que, como un juez terrible, tenía en sus palabras el sello de la inexorabilidad y la justicia.

-¡De rodillas, miserable!-exclamó Daniel tomando al cura Gaete por el cuello, inclinándolo hacia el suelo y consiguiendo ponerlo de rodillas sin dificultad.

-Así -dijo después de una breve pausa-. ¡Así!, sacrílego: ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia. ¡En mi persona, pide perdón a los buenos del mal que les haces, y sea el anatema que descargo sobre tu cabeza, un presagio del que te espera en el cielo! Así, de rodillas; y representa en este momento la imagen de la horda maldita a que perteneces, cuando esté de rodillas en el cadalso pidiendo misericordia a Dios, misericordia a los hombres, misericordia al verdugo; y Dios vuelva su vista, y los hombres cierren sus oídos, y el verdugo descargue el golpe de la justicia humana sobre la cabeza de los bandidos heroificados en ese reino de sangre y de delitos que llamáis Federación. De rodillas, así, como estará ante la historia desde el primero hasta el último de cuantos de vosotros habéis contribuido a la desgracia de la patria, y al extravío de las generaciones todavía. Así, fraile apóstata, de rodillas.

Y Daniel sacudió con fuerza la cabeza del cura Gaete, que se apoyó maquinalmente sobre el joven, porque un vértigo terrible estaba próximo a desmayarle.

-Ahora, otra cosa -dijo Daniel alzándolo de la ropa como un fardo.

-¡No!¡No más! ¡Piedad! -exclamó con voz desfallecida.

-¿Piedad? ¿La tenéis vosotros, sacerdotes ensangrentados de esa herejía

política a que llamáis Federación? ¿Qué habéis dejado sin ofender? ¿Qué habéis dejado sin humillar y ensangrentar? ¿Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche de delitos que habéis levantado sobre el cielo de vuestra patria?

-¡Piedad!¡Piedad!

-En pie, miserable, en pie -dijo Daniel sacudiendo a Gaete y arrimándolo contra la pared.

-La llave de esta puerta que tenéis en vuestro bolsillo -dijo Daniel con una voz que no admitía réplica, y en el acto la llave empezó a martillar sobre su brazo, pues que la mano que la entregaba temblaba horriblemente.

Daniel tomó la llave, arrastró a Gaete hacia la puerta de la sala, que daba al zaguán, la abrió y diole a su reo un empujón tal, que le hizo ir rodando y caer estrepitosamente en medio de la pieza. Cerró la puerta y:

-Pronto, ahora... ¿dónde está usted? -dijo.

-Aquí -contestó Don Cándido, desde el medio del patio.

-Venga usted, con mil diablos.

-Salgamos de esta casa -dijo Don Cándido, acercándose a su discípulo y tomándose de su brazo.

Daniel tocaba ya la puerta de la calle y buscaba la cerradura para abrirla, cuando de la parte exterior otra llave entró en ella y abrióse la puerta.

-¡Santos y querubines del cielo! -exclamó Don Cándido abrazándose de la cintura de Daniel.

-Afuera, afuera -dijo Daniel casi al oído de la persona que acababa de abrir la puerta, a quien había conocido a la escasa claridad de la noche, como a tres otras más que venían con ella: las cuatro eran mujeres. Y

arrastrando hacia la vereda a Don Cándido, cerró la puerta, y dando la llave a la persona primera a quien había hablado:

-Es necesario que no entre usted a su casa hasta dentro de un cuarto de hora: el cura Gaete está en la sala -le dijo.

-¡El cura Gaete! ¡Dios mío! ¡Una tragedia en mi estancia!

-No sabe quién soy; pero si se le abre la puerta podrá seguirme.

-¡Dioses inmortales!

-Sostendrá usted -continuó Daniel embozándose en la capa y hablando quedo para no ser visto ni oído de las otras mujeres- que no sabe ni quién soy, ni cómo he entrado: un solo mal rato sobre mí lo comprará usted bien caro, Doña Marcelina, pero, como hemos de ser siempre buenos amigos, mientras el reverendo cura descansa en la sala, vuelva usted a las tiendas y compre algo a las niñas -dijo Daniel, poniendo un rollo de billetes de banco en la mano de Doña Marcelina, y en seguida atravesó la calle, se reunió a Don Cándido, que lo esperaba en la vereda opuesta, y tomándolo del brazo, se sumergió en la oscura y solitaria calle de Cochabamba.

III. Treinta y dos veces veinte y cuatro

Treinta y dos veces veinte y cuatro

-¡Despacio, Daniel, más despacio, porque me ahogo! -dijo Don Cándido al llegar a la esquina de la calle de Chacabuco.

-Adelante, adelante -le contestó Daniel, doblando por esa calle, tomando en seguida la de San Juan, y enfilando luego la de las Piedras.

-Bien -dijo entonces Daniel, acortando el paso-, ya hemos maniobrado en cuatro calles, y es demasiado gordo el buen fraile para que no hubiera reventado ya, en caso de que el diablo le hubiera hecho salir por la bocallave de la puerta.

-¡Qué fraile!; ¡Daniel, qué fraile!-exclamó Don Cándido, aspirando todo el aire que podía caber en sus pulmones, y apoyándose, al caminar, en su inseparable caña de la India.

-¡Oh, mi buen amigo, usted no lo conoce todavía!

-Y Dios me libre de conocerlo jamás.

-¿Un sacerdote con cuchillo, eh?

-Sí, Daniel; pero convendrás en que nos hemos portado maravillosamente.

-¡Pues!

-Yo me he desconocido.

-¿Cómo?

-Decía que me he desconocido.

-Pero usted siempre se portará lo mismo, mi querido amigo.

-No, mi amado, mi protector, mi salvador Daniel: no, porque en cualquiera otra ocasión me habría caído muerto al sentir la punta del puñal contra mi pecho.

-¡Bah!

-Créelo, créelo, Daniel. Es efecto de mi organización sensible, delicada, impresionable. Tengo horror a la sangre, y ese demonio de fraile...

-Despacio.

-¿Qué hay? -preguntó Don Cándido girando su cabeza a todos lados.

-Nada, no hay nada; pero las calles de Buenos Aires tienen oídos.

-Sí, sí; mudemos de conversación, Daniel. Iba a decirte solamente que...

-Que tú tienes la culpa del peligro en que me he encontrado.

-¿Yo?

-Pues, ¿y quién?

-Sea, pero no le debo a usted nada.

-¿Cómo?

-Decía que si lo puse a usted en tal peligro, he sido al mismo tiempo quien le ha salvado de él.

-Es cierto, Daniel, y eres ya desde hoy mi amigo, mi protector, mi salvador.

-Amén.

-¿Pero crees que el fraile?...

-Silencio, y andemos -dijo Daniel doblando por la calle de los Estados Unidos, luego por la de Tacuarí, en seguida por la del Buen Orden, por donde caminó hasta llegar a la de Cangallo. Paróse en la esquina de ella, reclinó su codo en un poste, y mirando, con una expresión picante de burla y de cariño, la pálida fisonomía de Don Cándido, alumbrada en aquel momento por la claridad de uno de los faroles de la calle, soltó la risa en las barbas de su respetable maestro de primeras letras.

-¿Te sonríes, Daniel?

-No, señor, me río con todas ganas, como lo ve usted.

-¿Y de qué?

-De ver atribuirle a usted empresas amorosas, querido maestro.

-¿A mí?

-¿Pues no se acuerda usted de la pregunta de su rival?

-Pero tú sabes...

-No, señor, no sé, y es por eso que me he parado aquí.

-¿Cómo? ¿No sabes que no conozco a nadie en esa casa?

-Ya lo sé.

-¿Y qué es, pues, lo que no sabes?

-Una cosa que va usted a decírmela ya -le contestó Daniel, que se entretenía en las perplejidades de Don Cándido, y a la vez descansaba un momento su fatigado cuerpo, pues que acababa de andar con su compañero más de media legua por las calles más pésimas de la ciudad.

-¿Qué puedo yo negarte, Daniel? Habla, interroga.

-Una cosa muy simple quiero saber: y es en cuál de estas calles inmediatas está la casa de usted.

-¡Ah! ¿Querrías hacerme el honor de venir a mi casa?

-Precisamente; ése es mi deseo.

-¡Oh!, nada más fácil, estamos a dos cuadras de ella solamente.

-Sí, yo sabía que era por este barrio, ¿quiere usted guiarme?

-Por acá -dijo Don Cándido atravesando la plaza de las Artes y entrando en la calle de Cuyo.

A pocos pasos, llamó a la puerta de una casa cuyo aspecto le daba un respetable carácter de antigüedad, revelando que si no era hija, era cuando más nieta de las que allí empezaron a edificarse desde el miércoles 11 de junio del año de gracia de 1580, en que el teniente de gobernador Don Juan de Garay fundó la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, haciendo el repartimiento de la traza de esa ciudad en ciento cuarenta y cuatro manzanas; de las cuales tocó a Don Juan de Basualdo aquella en que estaba la casa de nuestro Don Cándido Rodríguez.

Una mujer, a quien no haremos injusticia en atribuirla cincuenta inviernos, pues que las primaveras no se distinguían en ella, y a quien un buen español llamaría ama de llaves, pero a quien nosotros, buenos americanos, distinguiremos con el nombre de señora mayor, alta, flaca y arrebozada en un gran pañuelo de lana, abrió la puerta, y echó sobre Daniel su correspondiente mirada de mujer vieja: es decir, mirada sin egoísmo, pero curiosa.

-¿Hay luz en mi cuarto, Doña Nicolasa? -la preguntó Don Cándido.

-Desde la oración está encendida -le contestó la buena mujer con esa entonación acentuada, peculiar a los hijos de las provincias de Cuyo, que no la pierden jamás, pasen los años que pasen lejos de ellas, pues que es al parecer un pedazo de su tierra que traen en la garganta.

Doña Nicolasa atravesó el patio, y Don Cándido entró con Daniel a

una sala en cuyo suelo desnudo, embaldosado con esos ladrillos que nuestros antiguos maestros albañiles sabían escoger para divertirse en formar con ellos miniaturas de precipicios y montañas, dio Daniel un par de excelentes tropezones, aun cuando sus pies de porteño estaban habituados a las calles de la «Muy Heroica Ciudad», donde las gentes pueden sin el menor trabajo romperse la cabeza, a pesar de todos los títulos y condecoraciones de la orgullosa libertadora de un mundo, menos de ella.

Todo lo demás de la sala correspondía naturalmente al piso; y las sillas, las mesas y un surtido estante de obras en pergamino, pero esencialmente históricas y monumentales, confesaban, sin ser interrogadas, que la ocupación de su dueño era, o había sido, la de enseñar muchachos, quienes lo primero que aprenden es el modo de sacar astillas de los asientos, y escribir sobre las mesas con el cortaplumas, o con la tinta derramada.

Sin embargo, la mesa revelaba que Don Cándido no era un hombre habitualmente ocioso, sino, por el contrario, dedicado a los trabajos de pluma: se veía en ella mucho papel, algunos croquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero y un arenillero de estaño, y todo en ese honroso desorden de los literatos, que tienen las cosas como tienen generalmente la cabeza.

-Siéntate, descansa, reposa, Daniel -dijo Don Cándido, echándose en una gran silla de baqueta, mueble tradicional y hereditario, colocado delante de la mesa.

-Con mucho gusto, señor secretario -le contestó

Daniel sentándose al otro lado de la mesa.

-¿Y por qué no me dices como siempre, mi querido maestro?

-¡Toma!, porque hoy tiene usted una posición más esclarecida.

-De que yo reniego todos los días.

-Y que, sin embargo, es preciso que usted la conserve.

-¡Oh, sin duda, hoy es mi áncora de salvación!

Además, yo tengo buenos pulmones, fuertes, vigorosos, y no me ha de cansar el señor doctor Don Felipe Arana.

-Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de la Confederación Argentina.

-Esto es, Daniel. Sabes de memoria todos los títulos de Su Excelencia.

-¡Oh! ¡Yo tengo mejor memoria que usted, señor secretario!

-¿Esa es ironía, eh? ¿Adónde vas con ella?

-A una friolera: a decir a usted que en ocho días de secretaría, no me ha mostrado usted sino dos notas del señor Don Felipe, que bien poco valían a fe mía.

-Pero no ha sido por olvido, Daniel. Te he dicho yo que Don Felipe me ocupa actualmente en poner en limpio las cuentas que debe presentar al gobierno sobre consumos hechos en sus estancias por tropas de la provincia, pero nada, nada absolutamente de política, después de las dos notas que te mostré bajo la más completa reserva. Pero, a propósito, Daniel, ¿qué empeño tienes tú, qué interés en tomar parte en los secretos de Estado? Mira, oye, Daniel: entrometerse en la política en tiempos calamitosos y aciagos, es exponerse a lo que me pasó a mi el año 20. Salía yo de casa de una comadre mía, natural de Córdoba, donde se hacen las mejores empanadas y los mejores confites de este mundo, y donde mi padre aprendió el latín. ¡Qué hombre tan instruido era mi padre, Daniel! Sabía de memoria la gramática de Quintiliano, el Ovidio, al cual un día, siendo yo muchacho, le eché encima un tintero que tenía mi padre por herencia

de mi abuelo, que vino...

-Que vino de cualquier parte; es lo mismo.

-Bien; no quieres que prosiga; ya te conozco. Te preguntaba, pues, ¿qué interés tienes en saber los secretos de Don Felipe?

-¡Bah! Curiosidad de hombre desocupado, nada más.

-¿Nada más?

-Cierto. Pero soy tan intolerante cuando no se satisface a mi curiosidad, que suelo olvidarme de todos los vínculos que me ligan a los que me irritan. Además, beneficio por beneficio, ¿no es esto justo, mi querido maestro? -dijo Daniel dominando con su fuertísima mirada el pobre espíritu de Don Cándido, como era su costumbre cuando le veía hesitar.

-¡Oh! justo, muy justo -le contestó el secretario de Don Felipe, apresurándose con una sonrisa paternal a borrar la mala impresión que hubiera podido hacer con sus últimas palabras en el ánimo de aquel joven cuya influencia lo avasallaba tanto; le había dado un puerto de seguridad en la borrasca que empezaba a correr en el pueblo de Buenos Aires, y que era poseedor al mismo tiempo de algunas indiscreciones suyas, cuya revelación le traería infaliblemente su ruina.

-Estamos de acuerdo entonces -prosiguió Daniel-, y como prenda de nuestra firme alianza, tenga usted la bondad, mi buen amigo, de tomar la pluma de su tintero, y darme a mí un pliego de papel.

-¿Qué yo tome una pluma y te dé a ti papel?

-Eso es.

-¿Y vamos a escribir?

-A escribir.

-Pues, hijo, con una mesa de por medio, tú con el papel y yo con la

pluma, te juro que será un verdadero prodigio nuestra escritura; sin embargo, ahí tienes el papel.

Daniel se reía, y empezó a doblar y multiplicar los dobleces en el papel que le dio Don Cándido. En seguida, tomó un cortaplumas y cortó el papel por todos los dobleces, formando pequeños cuadros, poco más o menos del tamaño de una carta de visita. Y contando de ellos hasta el número 32, tomó ocho papelitos y se los dio a Don Cándido, que lo estaba mirando y devanándose los sesos por comprender la ocupación de su discípulo.

-¿Y bien, qué hago con esto?

-Una cosa muy fácil y muy sencilla. ¿Es ésa la mejor pluma del tintero?

-Está cortada para perfiles -le contestó el antiguo maestro de escuela, levantando la pluma a la altura de sus ojos.

-Bien; ponga usted en cada uno de esos papelitos el número 24, en forma de escritura inglesa.

-El número 24 es un mal número, Daniel.

-¿Por qué, señor?

-Porque era el máximum de los palmetazos que han llevado de mi mano todos los muchachos remolones; muchachos que ya hoy son hombres de gran valía en la actualidad, por lo mismo que no me dieron grandes esperanzas en nada, y que pueden querer vengarse de mí, y sin embargo...

-Escriba usted 24, señor Don Cándido.

-¿Y nada más?

-Nada más.

-24, 24, 24... Ya está -dijo Don Cándido, después de haber escrito y

repetido ocho veces aquella cifra.

-Muy bien; ahora escriba usted en el reverso del papel: Cochabamba.

-¡Cochabamba!

-¿Qué hay, señor? -le preguntó Daniel con mucha calma al oír la exclamación de Don Cándido.

-Que esta palabra me recordará siempre la casa de esta tarde, y, como las ideas se ligan instantáneamente, ese nombre me recordó la calle, luego la casa, y con la casa ese fraile impío, renegado, asesino y...

-Escriba usted Cochabamba, mi querido maestro.

-Cochabamba, Cochabamba, Cochabamba... Ya están los ocho.

-Tome usted la pluma más gruesa del tintero.

-Pero si ésta está excelente, superior.

-Tome usted la más gruesa.

-Vaya pues. Aquí está una de rayar.

-Perfectamente. Escriba usted con escritura española el mismo número y la misma palabra en estos otros papelitos -y Daniel dio a Don Cándido ocho papeles más.

-¿Es decir, que quieres que desfigure la letra?

-Justamente.

-Pero, Daniel, eso está prohibido.

Señor Don Cándido, ¿me hace usted el favor de escribir lo que le dicto?

-Bien; ya está -dijo Don Cándido después de haber escrito con la pluma gruesa, y en forma española, el número y la palabra.

-¿Tiene usted tinta de color?

-Aquí hay punzó de la mejor clase, superior, brillante.

-Úsela usted, pues, para estos otros-papeles.

-¿El mismo número?

-Y la misma palabra.

-¿En qué escritura?

-Francesa.

-La peor de todas las escrituras posibles, ya esta.

-Ahora, los últimos ocho papelitos.

-¿Conqué tinta?.

-Moje usted en la negra la pluma que ha usado con la punzo.

-¿En qué forma?

-En forma sui generis; es decir, en forma de letra de mujer.

-¿Todo de mismo?

-Exactamente.

-Ya está; y son treinta y dos papelitos.

-Eso es: treinta y dos veces veinte y cuatro.

-Y treinta y dos Cochabambas -dijo Don Cándido, que no podía despreocuparse de este nombre.

-Doy a usted repetidísimas gracias, mi querido amigo -dijo Daniel contando y guardando los papeles dentro de su cartera.

-¿Es algún juego de prendas, Daniel?

-Esto es lo que es, mi buen señor, y nada más.

-Esto me huele a alguna intriga amorosa, Daniel; ¡cuidado, hijo mío, cuidado! ¡Buenos Aires está perdido en ese sentido, como en muchos otros!

-Amén. Y para que la perdición no se extienda hasta mi antiguo maestro y mi presente amigo, usted me hará el favor de olvidarse para siempre jamás de lo que acaba de escribir.

-Palabra de honor, Daniel -dijo Don Cándido apretando la mano de su discípulo, que acababa de levantarse y se disponía a retirarse. Palabra de honor, yo he sido joven, y sé lo que importa el honor de las mujeres y la reputación de los hombres. Palabra de honor. Vete tranquilo, y sé feliz, favorecido, acatado, como bien lo mereces.

-Gracias mil, amigo mío. Pero mientras yo sigo sus consejos de cuidarme, usted no olvidará mi recomendación del plano. ¿No es verdad?.

-¿No me has dicho que para mañana lo necesitas?

-Para mañana.

-No habrán dado las doce del día, cuando lo tendrás en tu poder.

-¡Llevado por usted mismo, bien entendido!

-Por mí mismo.

-Entonces, buenas noches, mi querido maestro.

-¡Adiós, mi Daniel, mi amigo, mi salvador, hasta mañana!

Y Don Cándido acompañó hasta la puerta de calle a aquel discípulo de primeras letras, que más tarde debía ser su protector y salvador, como acababa de llamarlo. Y Daniel, embozado en su capa, siguió tranquilamente por la calle de Cuyo, preocupado en el recuerdo de ese hombre que, mucho más allá de la mitad de su vida, conservaba, sin embargo, la candidez y la inexperiencia de la infancia, y que reunía al mismo tiempo cierto caudal de conocimientos útiles y prácticos en la vida; uno de esos hombres en quienes jamás tienen cabida, ni la malicia, ni la desconfianza, ni ese espíritu de acción y de intriga, de inconsecuencia y de ambición, peculiar a la generalidad de los hombres, y que forman esa especie excepcional, muy diminuta, de seres inofensivos y tranquilos, que viven niños siempre, y que no ven en cuanto les rodea sino la superficie

material de las cosas.

IV. Quinientas onzas

Quinientas onzas

Reflexionando iba Daniel sobre las raras condiciones de su primer maestro, más que sobre otros asuntos de mayor importancia que le preocupaban después de algunos días, en la vida agitada a que lo conducía su organización, a la vez que su entusiasta patriotismo. Este joven reunía dos condiciones morales, opuestas diametralmente, y que, a pesar de eso, se hallan reunidas alguna vez en un mismo individuo; es decir, había en él el talento y la circunspección de un grande hombre, y el espíritu frívolo y sutil de un joven común. Y así se le veía en las circunstancias más difíciles, en los trances más apurados, mezclar a lo serio la ironía, a lo triste la risa, y lo más grave, aquello que era la obra misma de su alta inteligencia, picarlo un poco con los alfileres del ridículo.

En este momento acababa por ejemplo de guardar una sentencia de muerte contra su vida en los treinta y dos papelitos que llevaba en su pecho, pues cualquiera que fuese el objeto que se proponía con ellos, el mismo misterio que encerraban habría sido en aquella época un asunto de pena capital. Y sin embargo, Daniel caminaba reflexionando y riéndose de

Don Cándido sin acordarse de tales papelitos. Organización rara; corazón frío y valiente en los peligros; débil y ardiente para el amor; imaginación altísima para las más vastas concepciones; sutil y ligera para encontrar siempre los contrastes del sello de las cosas.

Ni más ni menos que como un joven indolente, embriagado por esa voluptuosidad del alma y los sentidos a los veinte y cinco años de la vida, que nos hace perezosos exteriormente, porque toda nuestra actividad se reconcentra entonces en los deseos y en los recuerdos, Daniel llegó a su casa en la calle de la Victoria, en cuya puerta encontró a su fiel Fermín, que le esperaba con impaciencia, porque eran ya las ocho y media de la noche, es decir, una hora más tarde de aquella en que Daniel volvía a su casa generalmente, a ponerse en estado, como decía, de no ser satirizado por su Florencia; verdadero afecto, única ilusión amorosa en su corazón; único hálito de felicidad que refrescaba el alma de ese joven, abrasada por la fiebre de la desgracia pública, y de la cual él no había conocido aún el más terrible de sus estragos, y por que habían pasado ya millares de hombres de la generación a que él pertenecía: y tal era la separación repentina y sin término del objeto amado.

A esa época de la dictadura, la mayor parte de los jóvenes argentinos, en esa edad en que la vida rebosa su sensibilidad y su energía en las fuentes secretas de los afectos, había tenido que decir un ¡adiós! a alguna mujer querida, a alguna realización bella de los sueños dorados de su juventud; y al sentimiento de la patria, de la familia, del porvenir, se mezclaba siempre la ausencia de una mujer amada en esa segunda generación que se levantó contra la dictadura, y que, para combatirla, tuvo que dejar de improviso las playas de la patria.

La mano de Rosas interrumpía en el corazón de esos jóvenes el curso natural de las afecciones más sentidas: la de la patria y la del amor. Y en la peregrinación del destierro, en los ejércitos, en el mar, en el desierto, los emigrados alzaban su vista al cielo para mandar en las nubes un recuerdo a su patria y un suspiro de amor a su querida.

A la época que atravesamos, las esperanzas del triunfo radiaban en la imaginación de los emigrados; pero por halagüeña que sea una promesa, si posible es tener la paciencia de esperar su logro en la edad más inquieta de la vida, cuando esa promesa hace relación con la política, no es lo mismo cuando ella hace parte de la vida de nuestro corazón, porque entonces cada hora es un siglo que pesa lleno de fastidio y zozobra sobre el alma; así con el dolor de la proscripción los emigrados sufrían, en su mayor parte, los terribles martirios del amor en la ausencia de la mujer amada.

Pero en este sentido Daniel era feliz. Él, el más devorado por el deseo de la libertad de su patria, el más dolorido por sus desgracias, el más activo por su revolución, podía, sin embargo, a los veinte y cinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada y ver a su lado esa luz divina, recuerdo o revelación del paraíso, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificación y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazón.

Así Daniel entró contento a su casa; pues pronto debía salir de ella para volar al lado de su Florencia.

-¿Ha venido alguien? -preguntó Daniel, dirigiéndose a sus habitaciones.

-Sí, señor, hay un caballero en la sala.

-¿Y quién es ese caballero? -prosiguió Daniel sin manifestar la menor

curiosidad y entrando a su escritorio por la puerta que daba al patio.

-El señor Don Lucas González -respondió Fermín, entrando al escritorio junto con su señor.

-¡Ah, ah, el señor Don Lucas González! Por ahí debías haber comenzado, tonto: los hombres honrados, y sobre todo los amigos de mi padre, no deben hacer antesala mucho tiempo -dijo Daniel, dirigiéndose a su sala de recibo, pasando por su alcoba y dos habitaciones más, todas iluminadas y adornadas con sencillez, pero con elegancia.

-Cuánto siento, señor, que se haya usted incomodado en esperarme. Rara vez falto de mi casa a las siete, pero hoy una ocurrencia imprevista me ha detenido fuera de ella -dijo el joven, dando la mano a un hombre anciano y de un aspecto noble y respetable, a quien colocó a su derecha en uno de los sofás de la sala.

-Hace apenas algunos minutos que he llegado, y de ningún modo me incomodaba el esperar a usted, señor Bello -contestó con amabilidad el señor Don Lucas González, antiguo vecino de Buenos Aires; español, hombre acaudalado y de una honradez y buena fe conocidas.

-Es justo que los hijos hereden las afecciones de los padres; y yo siento, señor, perder un minuto de sociedad con aquellos hombres a quienes estima el mío, y que yo sé que son bien dignos de esa estimación.

-Gracias, señor Don Daniel. Yo también tengo por el señor Don Antonio una verdadera estimación: fue de los primeros argentinos que conocí en Buenos Aires. ¿Y cuándo viene a la ciudad?

-No lo sé, señor. Sin embargo, me parece que para setiembre u octubre tendré el placer de darle un abrazo; y espero entonces que tendremos el honor de ver a usted con más frecuencia en esta casa.

-¡Oh sí, sí! Yo salgo poco. Pero por el señor Don Antonio se hacen excepciones con gusto. Somos antiguos amigos. Y, fiado en esta amistad, es que vengo a pedir al hijo una disculpa.

-¿A mí, señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

-Sin embargo, me hallo en ese caso -dijo el anciano con cierta expresión de disgusto.

-Veamos, señor, ¿qué falta es ésa de que habla la escrupulosa delicadeza de usted?

-Sabe usted, señor Bello, que he respondido a usted por los ciento cuarenta y cinco mil pesos que importan las tropas de ganado vendidas al abastecedor Núñez.

-Es cierto, señor, y en el acto de recibir la carta de usted, di orden para que fuese entregado el ganado.

-Es verdad, pero el plazo se vence mañana.

-No lo recuerdo ciertamente.

-Sí, mañana: mañana, 19 de mayo.

-¿Y bien, señor?

-Es el caso que Núñez no ha reunido el dinero, que recién me lo avisa hoy, y que no tengo en caja esa cantidad, que no podré realizarla antes de una semana.

-¿Y qué necesidad que sea en una semana? ¿Por qué no decir ocho, diez, veinte semanas, las que usted quiera? Al presente no tengo ninguna letra urgente de mi padre, y aun cuando así no fuera, sabe usted que los señores Arichorenas la cubrirían en el acto. No me fije usted tiempo, señor González. Su palabra de usted me vale tanto como si aquella cantidad

estuviese en mis gavetas.

-Gracias, amigo mío -dijo el señor González, con una expresión marcada de ese reconocimiento que es peculiar en los corazones sanos, cuando reciben un servicio-; yo tenía en mi caja -continuó- quinientas onzas de oro. Podía con ellas cubrir a usted; pero anteayer me he encontrado en uno de esos compromisos... de esos compromisos de esta época... pues... de que un hombre no sabe cómo libertarse.

-¡Ya! -exclamó Daniel, que al oír compromiso y época, olvidó el respeto que debía guardar a los asuntos privados de un extraño, y quiso, por el contrario, incitarlo a su explicación-. ¡Ya!, ¡tanta suscripción, tanto donativo a hospitales, expósitos, universidad, guerra! Sobre todo, tantos préstamos, de que un hombre pacífico no puede eximirse por la posición de los que piden.

-¡Pues! Eso mismo es lo que acaba de sucederme.

-Préstamos que no vuelven -continuó Daniel echándose hacia un brazo del sofá, como si sólo quisiera hablar de las generalidades de la época.

-No; felizmente, creo que esto no me sucederá esta vez, porque Mansilla me hipoteca su casa.

-¡Oh, es una hermosa finca! -dijo Daniel, que al oír el nombre de Mansilla conoció que el asunto era más interesante de lo que al principio creyó.

-¡Hermosísima! Pero de todos modos, es dinero parado, porque ni pagará intereses ni yo le haré vender la finca cuando llegue el plazo.

-¡Oh, y hará usted muy bien! Usted conoce la posición del general Mansilla: con el préstamo, usted se hace de él un buen apoyo; con el reclamo se haría usted de él un mal enemigo quizá: los hombres colocados

muy alto no gustan de que les reclamen nada.

-Ha acertado usted, señor Bello. La amistad de Mansilla me cuesta ya mucho, como la de otros señores; pero me daré por bien servido con tal de que me dejen vivir tranquilo, gozando con mi familia de esa poca o mucha fortuna que tengo y que es el fruto del trabajo personal de toda mi vida.

-¡Triste estado por cierto, señor González: tener que comprar como un favor lo que se nos debe en justicia! ¡Pero cómo ha de ser!, no se puede hacer de otro modo, y es muy prudente lo que usted hace.

-Así lo creo.

-Sin embargo, si las sumas se multiplican en esa proporción de quinientas onzas, la cosa irá muy mal al fin de algún tiempo. ¿No es usted de mi opinión?

-¿Y qué he de hacer? Sin embargo, esta vez me garanto a lo menos con una hipoteca.

-¿Se ha extendido ya?

-Todavía no.

-¿Pero ha entregado usted el dinero?

-Anteayer: una sobre otra, quinientas onzas de oro.

-¿Y no habría sido mejor que anteayer se hubiera extendido la escritura de hipoteca, y dar después una sobre otra las quinientas onzas de oro al general Mansilla?

-Esa era mi idea. Pero fue a casa; el dinero me lo pidió para cubrir un compromiso del momento, y quedó conmigo en que ayer se labraría la hipoteca.

-¿Y se hizo así?

-No, no le he visto la cara en todo el día de ayer.

-¿Y hoy?

-Tampoco.

-Entonces, señor González, siento decir a usted que mañana sucederá lo mismo que ayer y que hoy.

-¡Cómo! ¿Cree usted?...

-Yo creo muy pocas cosas en la vida, señor; pero dudo de muchas.

-¡Ah! Entonces duda usted que Mansilla...

-No dudo del general; dudo de la época: época esencialmente excepcional, todas las acciones deben serlo.

-Pero...

-Eso es lo único de que dudo, señor. Pero no es sino una idea mía, que puede ser extravagante...; ¡qué se yo!, tantas veces nos equivocamos al cabo del día.

-Hombre, ¡por Dios! Si Mansilla hiciera eso, sería una ingratitud, una felonía indigna de un hombre decente.- dijo el honrado español esforzándose en persuadirse que el joven Bello se excedía en sus dudas, porque, mas que la pérdida de sus quinientas onzas, le lastimaba la idea de ser burlado por un hombre a quien prestaba un servicio.

-Señor González, usted es un anciano respetable; un hombre lleno de probidad y de experiencia; y yo no soy otra cosa que un joven que comienza la vida; sin embargo, yo le hablo a usted con la lealtad que uso siempre con aquellos que la merecen: haga usted lo posible porque se firme esa escritura; pero si encuentra usted resistencia, no lleve usted adelante este negocio: hágase usted cargo que ha perdido aquella cantidad en cualquiera especulación.

-¿Pero qué resistencia puede haber?

-No pregunte usted eso, señor González. Raciocinemos sobre los hechos, y no preguntemos si deben o no suceder; bástenos saber que suceden. ¿Cree usted que un cuñado de Rosas se deje demandar impunemente? ¿No cuenta usted por nada el orgullo de los hombres, nunca más resentido que cuando les hieren en su altanería?

-Conque entonces, si le quitan a uno...

-Y bien, señor González, ¿usted quiere decir que si le quitan a uno lo suyo, uno tiene el derecho de quejarse?

-Claro está.

-Pues no, señor, no está claro, sino muy oscuro. Por ejemplo, pongámonos en el caso que el general Mansilla no le hipoteca a usted la casa.

-Pero si ya ha recibido las quinientas onzas.

-Bien, bien, señor González, pero pongámonos en ese caso.

-¿En el que no me extienda la escritura?

-Justamente.

-En ese caso habría...

-En ese caso habría cometido una mala acción, ¿no es eso?

-Hombre...

-Sí, eso es lo que quiso usted decir... ¿Pero no estamos rodeados de ejemplos de esa naturaleza de cinco años a esta parte, dados por el gobierno, por el clero, por los diputados, y por todos, señor, cuantos viven a la sombra de Rosas?

-¿Y bien? La autoridad haría entonces que se me extendiera la escritura.

-La autoridad judicial, puede ser; pero la autoridad popular tiene también sus trámites muy expeditivos, y hay noventa y nueve

probabilidades contra una, a que tomaría la parte del cuñado de Su Excelencia. ¿Entiende usted ahora todo lo que tiene de grave este asunto, señor González?

-Sí.

-¿Perfectamente bien?

-Sí -contestó el anciano bajando la cabeza como avergonzado de no poder alzarla a la altura de sus derechos.

-Entonces repito a usted, señor, que si no nace del general Mansilla el cumplimiento de su obligación, no se presente a la autoridad, ni le hostilice.

-Respetaré ese consejo -dijo el anciano algo pálido y descompuesto su rostro, al descubrir en las palabras de Daniel cierta reserva que no podía menos de alarmarle, en aquella época en que la confianza y la seguridad estaban expirando, y comenzando a nacer la incertidumbre y el terror.

-Si no es un consejo, a lo menos es una opinión de un buen amigo.

-Gracias, señor Bello, gracias. Yo respeto mucho la opinión de los hombres de bien, sean viejos o jóvenes. Los ciento cuarenta y cinco mil pesos los tendrá usted la semana que viene -dijo el anciano levantándose.

-El día que usted quiera, señor.

Y Daniel acompañó hasta la puerta de la calle al señor Don Lucas González, antiguo amigo de su padre, y cuyo nombre, por desgracia, debía inscribirse muy pronto en el martirologio de 1840.

Daniel dio algunos paseos en el patio, y, después de haber conversado consigo mismo, aquella cabeza jamas tranquila plegó sus alas y dejó un poco de tiempo a la vida del corazón, que en aquella organización febriciente estaba en continua lucha con la vida de la inteligencia.

-Un frac, Fermín -dijo Daniel, entrando a su aposento, donde lo esperaba, tranquilo como buen hijo de la Pampa, el gauchito civilizado en quien depositaba toda su confianza, porque realmente la merecía.

-¡Bien! -continuó Daniel después de vestirse su frac y de guardar en su escritorio su cartera con los treinta y dos papelitos, de acepillarse su cabello castaño, y de calzarse un par de guantes de cabritilla blanca.

-¿Lleva usted la capa?

-No.

-¿Saco lo que está en la levita?

-No, no habrá necesidad de él.

-¿Las pistolas?

-Tampoco, dame un bastón solamente.

-¿Las llevo luego?

-Sí: a las once; me llevarás también mi caballo y mi poncho.

-¿Lo he de acompañar a usted?

-Sí, vendrás conmigo a Barracas... a las once en punto.

-¿A lo de Doña Florencia, señor?

-¿Y a qué otra casa, tonto? -dijo Daniel, disgustado de ver que alguien ponía en duda que sus únicas horas de recreo pudieran ser pasadas al lado de otra mujer que de aquella tan bien amada de su corazón.

V. La rosa blanca

La rosa blanca

Ahora el lector tendrá la bondad de volver con nosotros a nuestra conocida quinta de Barracas, en la mañana del 24 de mayo, y una hora después de aquella en que dejamos a la señora Amalia Sáenz de Olavarrieta acabando de arreglar su traje de mañana en su primoroso tocador.

Ella es, otra vez, la primera que se nos presenta.

Está sentada en un sofá de su salón, donde los dorados rayos de nuestro sol de mayo penetran tibios y descoloridos a través de las celosías y las colgaduras.

Está sentada en un sofá; su rostro más encendido que de costumbre, y fijos sus ojos en una magnífica rosa blanca que tiene en su mano, y a quien acaricia distraída con sus manos más blancas y suaves que sus hojas.

A su izquierda está Eduardo Belgrano, pálido como una estatua, con sus ojos negros, rasgados y melancólicos, jaspeados sus párpados por una sombra azul que los circunda contrastando con la palidez de su semblante, sus ojos, su patilla, y cabellos renegridos y rizados, que caen sobre sus sienes descarnadas y redondas con que la Naturaleza descubre la finura de

espíritu de aquel joven, como en su ancha frente la fuerza de su inteligencia.

-¿Y bien, señora? -preguntó Eduardo con una voz armoniosa y tímida, después de algunos momentos de silencio.

-Y bien, señor, usted no me conoce -dijo Amalia levantando su cabeza y fijando sus ojos en los de Eduardo.

-¿Cómo, señora?

-Que usted no me conoce; que usted me confunde con la generalidad de las personas de mi sexo, cuando cree que mis labios puedan decir lo que no sienta mi corazón, o más bien, porque no hablamos del corazón en este momento, lo que no es la expresión de mis ideas.

-Pero yo no debo, señora...

-Yo no hablo de los deberes de usted -le interrumpió Amalia con una sonrisa encantadora-, hablo de mis deberes: he cumplido para con usted una obligación sagrada que la humanidad me impone, y con la cual mi organización y mi carácter se armonizan sin esfuerzo. Buscaba usted un asilo, y le he abierto las puertas de mi casa. Entró usted a ella moribundo, y le he asistido. Necesitaba usted atención y consuelos, y se los he prodigado.

-¡Gracias, señora!

-Permítame usted, no he concluido. En todo esto, no he hecho otra cosa que cumplir lo que Dios y la humanidad me imponen. Pero yo cumpliría a medias estos deberes, si consintiese en la resolución de usted: quiere usted retirarse de mi casa, y sus heridas se volverán a abrir, mortales, porque la mano que las labró volverá a sentirse sobre su pecho en el momento que se descubra el misterio que la casualidad y el desvelo de Daniel han podido tener oculto.

-Usted sabe, Amalia, que no han podido conseguir ni indicios del prófugo de aquella fatal noche.

-Los tendrán. Es necesario que usted salga perfectamente bueno de mi casa; y quizá será necesario que emigre usted -dijo Amalia bajando los ojos al pronunciar estas últimas palabras-. Y bien-continuó volviendo a levantar su preciosa cabeza-, yo soy libre, señor, perfectamente libre; no debo a nadie cuenta de mis acciones, sé que cumplo, y sin el mínimo esfuerzo, un riguroso deber que me aconseja mi conciencia, y sin prohibirlo, porque no tengo derecho para ello, digo a usted otra vez que será contra toda mi voluntad si usted se aleja de mi casa como lo desea, sin salir de ella perfectamente bueno y en seguridad.

-¡Como lo deseo! ¡Oh no, Amalia, no! -exclamó Eduardo aproximándose a la seductora beldad que se empeñaba en retenerlo-; no, yo pasaría una vida, una eternidad en esta casa. En los veinte y siete años de mi existencia yo no he tenido vida, sino cuando he creído perderla; mi corazón no ha sentido el placer, sino cuando mi cuerpo ha sido atormentado por el dolor; no he conocido en fin la felicidad, sino cuando la desgracia me ha rodeado. Amo de esta casa el aire, la luz, el polvo de ella, pero temo, tiemblo por los peligros que usted corre. Si hasta ahora la providencia ha velado por mí, ese demonio de sangre que nos persigue a todos, puede descubrir mi paradero y entonces..., ¡oh! ¡Amalia, yo quiero comprar con mi felicidad el sosiego de usted, como compraría con toda la sangre de mi cuerpo cada momento de la tranquilidad de su alma!

-¿Y qué habría de noble y de grande en el alma de una mujer, si no arrastrase también algún peligro por la salvación del hombre a quien... a quien ha llamado su amigo?

-¡Amalia! -exclamó Eduardo tomando entusiasmado una de las manos de la joven.

-¿Cree usted, Eduardo, que bajo el cielo que nos cubre no hay también mujeres que identifiquen su vida y su destino a la vida y el destino de los hombres? ¡Oh! Cuando todos los hombres han olvidado que lo son en la patria de los argentinos, deje usted a lo menos que las mujeres conservemos la generosidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro carácter. Si yo tuviera un hermano, un esposo, un amante; si fuese necesario huir de la patria, yo le acompañaría en el destierro; si peligraba en ella, yo interpondría mi pecho entre el suyo y el puñal de sus asesinos; y si le fuere necesario subir al cadalso por la libertad, en la tierra que le vio nacer en la América, yo acompañaría a mi esposo, a mi hermano, o a mi amante, y subiría con él al cadalso.

-¡Amalia! ¡Amalia! ¡Yo seré blasfemo: yo bendeciré las desgracias de nuestra patria desde que ellas inspiran todavía bajo su cielo el himno mágico que acaba de salir de las inspiraciones de vuestra alma! -exclamó Eduardo, oprimiendo entre sus manos la de Amalia-. Perdón, yo la he engañado a usted; perdón mil veces. Yo había adivinado todo cuanto hay de noble y generoso en su corazón; yo sabía que ningún temor vulgar podría tener cabida en él. Pero mi separación es aconsejada por otra causa, por el honor... Amalia, ¿nada comprende usted de lo que pasa en el corazón de este hombre a quien ha dado una vida para conservarla en un delirio celestial que jamás hubo sentido?

-¿Jamás?

-Jamás, jamás.

-¡Oh! Repítalo usted, Eduardo -exclamó Amalia, oprimiendo a su vez

entre las suyas la mano de Belgrano y cambiando con los ojos de él esas miradas indefinibles, magnéticas, que trasmiten los fluidos secretos de la vida entre las organizaciones que se armonizan, cuando, en ciertos momentos, están templadas en el mismo fuego divinizado del alma.

-Cierto, Amalia, cierto. Mi vida no había pertenecido jamás a mi corazón, y ahora...

-¿Ahora? -le preguntó Amalia, agitando convulsiva entre las suyas la mano de Eduardo.

-Ahora, vivo en él: ahora, amo, Amalia.

Y Eduardo, pálido, trémulo de amor y de entusiasmo, llevó a sus labios la preciosa mano de aquella mujer en cuyo corazón acababa de depositar, con su primer amor, la primera esperanza de felicidad que había conmovido su existencia; y durante esa acción precipitada, la rosa blanca se escapó de las manos de Amalia, y, deslizándose por su vestido, cayó a los pies de Eduardo.

A las últimas palabras del joven el semblante de Amalia se coloreó radiante de felicidad; pero instantáneo, rápido como el pensamiento, ese relámpago de su alma evaporóse, y la reacción del rubor vino después a inclinar, como una hermosa flor abatida por la brisa, la espléndida cabeza de la tucumana.

Las manos de los jóvenes no se separaron, pero el silencio, ese elocuente emisario del amor, a quien se debe tanto en ciertos momentos, vino a hacer que el corazón saborease en secreto las últimas palabras de los labios.

-¡Perdón, Amalia! -dijo Eduardo sacudiendo su cabeza y despejando las sienes de los cabellos que las cubrían-, perdón, he sido un insensato; pero no, yo tengo orgullo de mi amor y lo declararía a la faz de Dios: amo y no

espero, he ahí mi defensa si la he ofendido a usted.

Dulces, húmedos, aterciopelados, los ojos de Amalia bañaron con un torrente de luz los ojos ambiciosos de Eduardo. Esa mirada lo dijo todo.

-Gracias, Amalia -exclamó Eduardo arrodillándose delante de la diosa de su paraíso hallado-. Pero, en nombre de Dios, una palabra, una sola palabra que pueda yo conservar eterna en mi corazón.

-¡Oh, levántese usted, por Dios! -exclamó Amalia obligando a Eduardo a volver al sofá.

-Una palabra solamente, Amalia.

-¿Sobre qué, señor? -dijo Amalia colorada como un carmín; pretendiendo retrogradar en un terreno en que se había avanzado demasiado.

-Una palabra que me diga lo que mi corazón adivina -continuó Eduardo volviendo a tomar entre las suyas la mano de Amalia.

-¡Oh, basta, señor, basta! -dijo la joven retirando su mano y cubriéndose los ojos. Su corazón sufría esa terrible lucha que se establece en las mujeres en ciertos momentos en que su corazón quiere hablar, y sus labios se empeñan en callarse.

-No -prosiguió Eduardo-, déjeme usted al menos por la primera, por la última vez quizá hacer a sus pies el juramento santo de la consagración de mi vida al amor de la única mujer que ha inspirado en mi alma, con mi primera pasión, la primera esperanza de mi felicidad en la tierra. Amo, Amalia, amo y Dios es testigo que mi corazón es estrecho para la extensión de mi cariño.

Amalia puso la mano sobre el hombro de Eduardo. Sus ojos estaban desmayados de amor. Sus labios, rojos como el carmín, dejaron escurrir

una fugitiva sonrisa. Y tranquila, sin volver sus ojos de la contemplación extática en que estaban, su brazo extendióse, y el índice de su mano señaló la rosa blanca que se hallaba en el suelo.

Eduardo volvió los ojos al punto señalado, y...

-¡Ah! exclamó, recogiendo la rosa y llevándola a sus labios-. No, Amalia, no es la beldad la que ha caído a mis pies, soy yo quien viviré de rodillas: yo, que tendré su imagen en mi corazón, como tendré esta rosa, lazo divino de mi felicidad en la tierra.

-¡Hoy no! -dijo Amalia, arrebatando la rosa de la mano de Eduardo-. Hoy necesito esta flor, mañana será de usted.

-Pero esa flor es mi vida, ¿por qué quitármela, Amalia?

-¿Vida, Eduardo? Basta, ni una palabra más, por Dios -dijo Amalia retirándose del lado de Eduardo-. Sufro -prosiguió-: esta flor, caída en el momento que se me habla de amor, ya ha sido interpretada. Bien, se ha interpretado la verdad; pero en mi espíritu supersticioso acaba de pasar una idea horrible. Basta, basta ya.

-¿Y quién estorbaría hoy nuestra felicidad en el mundo?...

-Cualquier locura, cosa muy fácil de hacer por ciertas personas en ciertos estados de la vida, sobre este mundo, el mejor de los mundos posibles, como decía no sé quién -dijo Daniel Bello, que entraba a la sala sin que le hubieran sentido venir por las piezas interiores.

-No hay que incomodarse -continuó, al ver el movimiento que hizo Eduardo para retirarse un poco del lugar tan inmediato a Amalia que ocupaba en el sofá-. Pero ya que me dejas espacio, me sentaré en medio de los dos.

Y como lo dijo, Daniel sentóse en el sofá en medio de su prima y su

amigo, y tomando la mano de cada uno, dijo:

-Empiezo por confesar a ustedes que no he oído más que las últimas palabras de Eduardo, y que tanto valdría que no las hubiera oído, porque hace muchos días que me las estaba imaginando. He dicho.

Y saludó con una gravedad llena de burla a su prima, colorada como un carmín, y a Eduardo, que fruncía el entrecejo.

-¡Ah! Como ustedes no me quieren contestar -prosiguió Daniel-, seré yo el que continúe hablando. ¿Cómo dispone usted, mi señora prima: vendrá el coche de la señora Dupasquier a buscar a usted, o irá usted en el suyo a casa de la señora Dupasquier?

-Iré yo -dijo Amalia sonriendo con esfuerzo.

-¡Gracias a Dios que veo una sonrisa! ¡Ah! ¿Y usted también, señor Don Eduardo? ¡Alabado sea Baco, santo de la alegría! Yo pensaba que de veras se habían enojado porque yo hubiese oído un poquito de lo mucho

que naturalmente tienen ustedes que decirse en este solitario palacio encantado donde, aunque sea un año, he de venir a habitarlo algún día con mi Florencia. ¿Me le prestará usted, señora Doña Amalia?

-Concedido.

-En hora buena. Recapitulemos, pues. Horas fijas, como hacen los ingleses, que jamás yerran sino en la América: a las diez; ¿te parece buena esa hora?

-Preferiría más tarde.

-¿Alas once?

-Más todavía -contestó Amalia.

-¿A las doce?

-Bien, a las doce.

-En hora buena. A las doce de la noche, pues, estarás en casa de Florencia, para conducirla al baile, pues la señora Dupasquier sólo de este modo consiente en que vaya su hija.

-Eso es.

-¿Quién te acompañará en el coche?

-Yo -dijo Eduardo precipitadamente.

-Despacio, despacio, caballero. Usted se guardará muy bien de andar acompañando a nadie hoy a las doce de la noche.

-¿Y cómo ha de ir sola?

-¿Y cómo ha de ir usted con ella, en la noche del 24 de mayo? -contestó Daniel mirando fijamente a Eduardo y recargando la voz sobre las palabras veinte y cuatro.

Eduardo bajó los ojos, pero Amalia, que con su vivísima imaginación había comprendido que aquellas palabras encerraban algún misterio, se dirigió a su primo con esa prontitud de las mujeres, cuando les hieren alguna de las cuerdas de esa arpa de celosos afectos que se llama su corazón, y le preguntó:

-¿Puedo saber por qué no es lo mismo la noche del 24 de mayo que otra cualquiera, para que el señor me haga el honor de acompañarme?

-Es justísima tu interrogación, mi querida Amalia, pero hay ciertas cosas que los hombres tenemos que reservar de las señoras.

-Pero aquí hay algo de política, ¿no es verdad?

-Puede ser.

-Yo no tengo ningún derecho para exigir de este caballero el que me acompañe; pero a lo menos, creo tenerlo sobre él y sobre ti para recomendarles un poco de prudencia.

-Yo te respondo de Eduardo.

-De los dos -se apresuró a decir Amalia.

-Bien, de los dos. Quedamos, pues, en que a las doce irás a lo de Florencia. Pedro te servirá de cochero, y el criado de Eduardo de lacayo. Una vez en casa de Madama Dupasquier, montarás con ella en su coche para ir al baile, y el tuyo volverá a buscarte a las cuatro de la mañana.

-¡Oh; es mucho! ¡Cuatro horas! Una solamente.

-Es muy poco.

-Me parece que para el sacrificio que hago, es demasiado.

-Lo sé, Amalia; pero es un sacrificio que haces por la seguridad de tu casa, y con ella por la tranquila permanencia de Eduardo. Te lo he dicho diez veces: no asistir a este baile dado a Manuela, en que recibes una invitación de ella, solicitada por Agustina, es exponerte a que lo consideren como un desaire, y estamos mal entonces. Agustina tiene un especial empeño en tratarte, y ha buscado este medio. Entrar al baile y salirte de él antes que ninguna otra, es hacerte notable en mal sentido a los ojos de todos.

-¿Y qué me importa de esa gente? -dijo Amalia con un acento marcado de desprecio.

-Muy cierto; a esta señora, ni le deben dar cuidado los resentimientos de esa gente, ni he sido nunca de tu opinión, Daniel, de que le haga el honor de concurrir a su baile -dijo Eduardo dirigiéndose a su amigo.

-¡Bravo! ¡Superior! exclamó Daniel saludando a Amalia y a Eduardo sucesivamente-. Estáis inspirados y me habéis convencido -continuó-, es una locura que mi querida prima vaya al baile. Que no vaya, pues. Pero hará muy bien en empezar a quemar sus colgaduras celestes, para no

ofender los delicados ojos de la Mashorca, cuando tenga el honor de recibir su visita dentro de algunos días.

-¡Esa canalla en mi casa! -exclamó Amalia, resplandeciendo sus ojos con todo el brillo de su orgullo, e irguiendo su cabeza, que parecía en aquel momento querer reclamar la majestad de una corona-. Y bien -prosiguió-, mis criados harán con ella lo que se hace con los perros: la echarán a la calle.

-¡Superior! ¡Sublime! -exclamó Daniel frotándose las manos; y, echando luego su cabeza hacia el respaldo del sofá y mirando al cielo raso, preguntó con una calma glacial:

-¿Cómo van las heridas, Eduardo?

Un estremecimiento nervioso y súbito como el que ocasiona el golpe eléctrico, conmovió la organización de Amalia. Eduardo no respondió. Él y ella habían comprendido en el acto todo el horrible recuerdo que encerraba la interrogación de Daniel, y todo cuanto, al mismo tiempo, quería presagiarles con ella.

-Iré al baile, Daniel -dijo Amalia, humedecidos sus ojos por una lágrima brotada de su orgullo.

-¡Pero es terrible que yo sea la causal -dijo Eduardo levantándose y paseándose precipitadamente por la sala, sin sentir el dolor agudísimo que le ocasionaban esos violentos pasos en su pierna izquierda, que apenas podía se afirmar en tierra.

-¡Vamos!¡Por amor de Dios! -dijo Daniel levantándose, tornando del brazo a Eduardo y volviéndole al sofá-, vamos, tengo que hacer con vosotros como con dos niños. ¿Puedo tener otro objeto en lo que hago, que vuestra propia seguridad? ¿No he hecho lo mismo, no he puesto el mismo empeño en que Madama Dupasquier asista con mi Florencia a este

baile? ¿Y por qué, Amalia? ¿Por qué, Eduardo? Por despejar en algo el porvenir de todos de esas prevenciones, de esas sospechas que hoy fermentan el rayo sobre la cabeza en que se amontonan. La muerte se cierne sobre la cabeza de todos; el acero y el rayo están en el aire, y a todos es preciso salvar. A trueque de estos pequeños sacrificios yo proporciono la única garantía para todos, y a la sombra de ellos también me garanto yo mismo. Yo, que hoy necesito la libertad, la garantía, la estimación, puedo decir, de esa gente, para más tarde, de un día, de un momento a otro, poder arrancar la máscara de mi semblante, y... pero estamos convenidos, ¿no es verdad? -dijo Daniel interrumpiéndose a sí mismo, y, a merced de aquella potencia admirable que ejercía sobre su espíritu, haciendo vagar la risa en su semblante, un momento antes grave y serio, por no acabar de descubrir a su prima algo de los misterios de su vida política.

-Convenido, sí -dijo Amalia-. A las doce a casa de Madama Dupasquier; de estas nuevas amigas que tú me has dado, y que pareces tener empeño en que las sea importuna desde temprano.

-¡Bah! La señora Dupasquier es una santa señora, y Florencia está encantada de ti, desde que sabe que no eres su rival...

-Y Agustina; Agustina ¿qué motivos, qué interés tiene para querer tratarme? ¿También es por celos?

-También.

-¿De ti?

-No; desgraciadamente.

-¿Y de quién?

-De ti.

-¿De mí?

-Sí, de ti; ha oído hablar de tu belleza, de tus muebles y trajes exquisitos, y la reina de la belleza y los caprichos quiere conocer a su rival en ellos: he ahí todo.

-¡Bah! Pero, ¿y Eduardo?

-Me lo llevo.

-¿Tú?

-Yo.

-¿Ahora mismo?

-Ahora mismo. ¿No hemos convenido en que me lo prestarías por hoy?

-¡Pero salir de día! Tú me habías hablado de llevarlo esta noche por algunas horas a tu casa.

-Ciertísimo, pero no podré volver a esta casa hasta mañana.

-¿Y bien?

-Y bien, Eduardo no saldrá sino conmigo.

-¿De día?

-De día; ahora mismo.

-Pero le verán.

-No, señora, no le verán: mi coche está a la puerta.

-¡Ah! No lo había sentido llegar -dijo Amalia.

-Ya lo sabía.

-¿Tú?

-Yo.

-¿Tienes también el don de segunda vista como los escoceses?

-No, mi linda prima, no; pero tengo la ciencia de las fisonomías, y cuando entré a esta sala...

-Señora, ¿me hace usted el favor de mandar callar a su primo para que

no nos diga algún disparate? -dijo Eduardo cortando la frase de Daniel, y acompañando sus palabras con una sonrisa la más inteligible para Amalia.

-¡Toma! Nuestro querido Eduardo, Amalia mía, cree que yo iba a cometer el desatino de repetir lo que él probablemente te estaría diciendo al entrar yo, pues que ha clasificado de disparate la frase que me dejó entre la boca.

-¡Hola! También es usted mordaz, caballero -dijo Amalia acompañando sus palabras con una mímica poco agradable para Daniel; es decir, arrancándole dos o tres hebras de sus lacios cabellos, sin que Eduardo lo notase y con tal prontitud que obligó a Daniel a hacer una exclamación.

-¿Qué hay? -preguntó Amalia con la cara más seria del mundo, y fijando sus bellísimos ojos en los de su primo.

-Nada, hija, nada. Me imaginaba en este momento que tú y Florencia serán las más lindas mujeres de esta noche.

-¡Gracias a Dios que te oigo decir una cosa razonable! -dijo Eduardo.

-Gracias, y para que sean dos, te diré que es hora de que pidas tu sombrero y me acompañes.

-¿Ya?

-Sí, ya.

-Pero es temprano aún.

-No, señor; por el contrario, es tarde.

-Bien, ahora.

-No, ya.

-¡Oh!

-¿Qué?

-Nada.

-Cáspita, el huésped parece sueco, pues, según el vulgo, donde entran, allí se quedan los compatriotas de Carlos XII, actuales súbditos del bravo Bernadotte, cuya mirada cuentan que nadie puede resistir. ¡Hace veinte días que está de visita en esta casa, y todavía le parece poco!

-Daniel, ¿me haces el favor de visitar temprano a Florencia? -dijo Amalia.

-¿Y para qué, señora?

-Para recibir tu audiencia de despedida.

-¿Cómo? ¿Cómo?

-Tu audiencia de despedida.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-¿Despedirme de Florencia?

-Justamente.

-¿Ha hablado con ella Doña María Josefa?

-No.

-¿Entonces?

-Entonces, seré yo quien hable, yo.

-¿Para decirla que me despida?

-Eso es.

-¡Diablo!

-¿No te parece bien?

-No, por cierto, ni en broma.

-Pues lo haré.

-¿Quieres decir?

-Quiero decir: que esta noche haré ver a esa pobre criatura todo lo que la espera con marido tan insufrible.

-¡Ah! ¡Bueno! Tomarás la revancha. Eduardo, ¿me haces el favor de despedirte de Amalia?

-Es irresistible, señora -dijo Eduardo levantándose y tomando la mano que le extendía Amalia.

-¡Bah! Esa es condición de todos los de mi familia: somos irresistibles -dijo Daniel sonriéndose y dando un paseo del sofá a las ventanas, mientras las manos de Amalia y Eduardo parecían querer estar despidiéndose todo el día.

Ni él ni ella se dijeron una sola palabra: sus ojos habían pronunciado largos discursos. Cuando Daniel dio vuelta, Eduardo se dirigía a la puerta, y los ojos de Amalia estaban clavados sobre su rosa blanca.

-Mi Amalia -dijo Daniel, solo ya con su prima-, nadie en el mundo velará por Eduardo más que yo. Yo velo por todos, mientras a mí sólo me guarda la providencia. Nadie tampoco desea más que yo tu felicidad en este mundo. Todo lo adivino y todo lo apruebo. Dejadme hacer. ¿Quedas contenta?

-Sí -dijo Amalia con los ojos llenos de lágrimas.

-Eduardo te ama, y yo también estoy contento de eso.

-¿Lo crees tú?

-¿Lo dudas tú?

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Dudo de mí.

-¿No eres feliz con ese amor?

-Sí, y no.

-Es como no decir nada.

-Y sin embargo, digo cuanto siento en mi alma.

-¿Le amas y no le amas entonces?

-No; le amo, le amo, Daniel.

-¿Y entonces, Amalia?

-Entonces, soy feliz con el amor que le profeso, y tiemblo, sin embargo, de que él me ame.

-¡Supersticiosa!

-Puede ser; pero la desgracia me ha enseñado a serlo.

-La desgracia suele conducirnos a la felicidad, amiga mía.

-Bien, anda, te espera Eduardo.

-¡Hasta luego! -dijo Daniel poniendo sus labios sobre la frente de su prima.

Un momento después, los dos amigos subieron coche, y, a tiempo de romper a gran trote los caballos, alzóse una de las celosías de las ventanas del salón de Amalia, y dos miradas se cambiaron un expresivo adiós.

VI. Veinte y cuatro

Veinte y cuatro

El sol del 24 de mayo de 1840 había llegado a su ocaso, y precipitado en la eternidad aquel día que recordaba en Buenos Aires la víspera del aniversario de su grandiosa revolución. Treinta años antes se había despedido de la tierra, viendo desaparecer para siempre la autoridad del último de nuestros virreyes, de quien, en tal día como ese en 1810, el cabildo de la ciudad había hecho un presidente de una junta gubernativa, y cuya autoridad limitada descendió más, pocas horas después, contra la voluntad del cabildo, pero por la voluntad del pueblo.

La noche había velado el cielo con su manto de estrellas, y del palacio de los antiguos delegados del rey de España se esparcía una claridad que sorprendía los ojos del pueblo bonaerense, habituados después de muchos años a ver oscura e imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes, antes y después de la revolución, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza, después del gobierno destructor de Don Juan Manuel Rosas.

Los vastos salones en que la señora marquesa de Sobremonte daba sus espléndidos bailes, y sus alegres tertulias de revesino, radiantes de lujo en tiempo de la Presidencia, y testigos de intrigas amorosas y de disgustos domésticos en tiempo del gobernador Dorrego, derruidos y saqueados en tiempo del Restaurador de las Leyes, habían sido barridos, tapizados con las alfombras de San Francisco, y amueblados con sillas prestadas por buenos federales para el baile que dedicaba al señor gobernador y a su hija su guardia de infantería, al cual no podría asistir Su Excelencia, por cuanto en ese día honraba la mesa del caballero Mandeville, que celebraba en su casa el natalicio de su soberana. Y la salud de Su Excelencia podría alterarse pasando indiscretamente de un convite a un baile, por lo que estaba convenido que la señorita su hija lo representase en la fiesta.

Las luminarias de la plaza de la Victoria, la iluminación interior del palacio, que al través de sus largas galerías de cristales proyectaba su claridad hasta la plaza del 25 de Mayo, la rifa pública, los caballitos, y sobre todo la aproximación de ese 25 que jamás deja de obrar su influencia mágica en el espíritu de sus hijos, arrastraban en oleadas hacia las dos grandes plazas a ese pueblo porteño que pasa tan fácilmente del llanto a la risa, de lo grave a lo pueril, y de lo grande a lo pequeño: pueblo de sangre española y de espíritu francés, aunque no era esta la opinión de Dorrego, cuando desde la tribuna gritó a la barra que le interrumpía: «silencio, pueblo italiano»; pueblo, en fin, cuyo estudio sicológico seria digno de hacerse, si alguien pudiera estudiar en las páginas desencuadernadas del libro sin método y sin plan que representa su historia.

Los coches que se dirigían a las casas de los convidados al baile empezaban a correr con dificultad por las calles paralelas a las plazas de la

Victoria y de 25 de Mayo; los cocheros tenían que contener los caballos; y los lacayos, que habérselas con esos muchachos de Buenos Aires que parecen todos discípulos del diablo; y que se entretienen-en asaltar a aquéllos y disputarles su lugar, en lo más rápido del andar del coche.

De repente, uno de los coches que venía del Retiro hacia la plaza de la Victoria pasa sus ruedas por encima de una especie de confitería ambulante colocada bajo la vereda de la Catedral, y una grita espantosa se alza en derredor del coche, acusando al cochero de haber muerto media docena de personas; porque para el pueblo no hay una cosa más divertida que tener a quien acusar en los momentos en que todo lo que le rodea es inferior a la potencia soberana que representa.

Los vigilantes acudieron. El coche estaba entre un mar de pueblo. Se buscan los muertos, los heridos; no se halla nada de esto, sin embargo; pero las mujeres lloran, los muchachos gritan, los vigilantes regalan cintarazos a derecha e izquierda y el coche no puede moverse.

-¡Adelante! Rompe por el medio de todos. Rompe la cabeza a cuantos halles, pero anda, con mil demonios -dice al cochero uno de los personajes que conducía el carruaje.

-Señor vigilante -dice otro de los que estaban dentro, sacando la cabeza por uno de los postigos del coche, y dirigiéndose a uno de los agentes de policía, que en ese momento hacía más heroicidades sobre las espaldas de los pobres diablos que allí había, que las que hizo Eneas en la terrible noche-; señor vigilante, creo que no se ha hecho mal a nadie; reparta usted este dinero entre los que hayan perdido algunas frutas, y haga usted que podamos pasar, pues que vamos de prisa.

-Sí, eso mismo decía yo. ¡Es gritería, nada más! -dijo el servidor del

señor Victorica, guardando los billetes en su bolsillo-. ¡Campo, señores -gritó en seguida-, campo!, que son buenos federales y puede que vayan en servicio de la causa.

La trompeta de Josué tuvo menos magia para derribar las murallas de Jericó, que las palabras de nuestro hombre para arrinconar la multitud contra las paredes del templo, y despejar en un minuto la bocacalle de la plaza.

-Dobla por la calle de la Federación, y toma en seguida la de Representantes -dijo al cochero el primero de los que habían hablado.

Momentos después, el coche pasaba libremente por la puerta de Su Excelencia el señor Don Felipe Arana, en la calle de Representantes, y a los diez minutos de marcha, se paró en el ángulo donde se cruzan las calles de la Universidad y de Cochabamba.

Cuatro hombres bajaron del carruaje, y de uno de ellos recibió orden el cochero, de estar en ese mismo lugar a las diez y media de la noche.

En seguida los cuatro desconocidos, embozados en sus capas, siguieron en dirección al río por la misma calle de Cochabamba, oscura en esos momentos, y solitaria como el desierto.

Marchaban de dos en dos, cuando, al desembocar la última calle que les faltaba para llegar a la casa aislada que se encontraba sobre la barranca, se hallaron de manos a boca con tres hombres, encapados también, que venían en la dirección de la calle de Balcarce.

Las dos comitivas se pararon instantáneamente, y, contemplándose sin duda, guardaron por algún tiempo un profundo silencio.

-Es preciso salir de esta posición; en todo caso somos cuatro contra tres -dijo a sus compañeros uno de los hombres que habían bajado del coche. Y

con su última palabra dio su primer paso hacia los tres desconocidos.

-¿Puedo saber, señores, si es por nosotros que se han tomado ustedes la molestia de interrumpir su camino?

Una carcajada en trino fue la respuesta que recibió el que había hecho aquella paladina interrogación.

-¡Al diablo con todos vosotros! ¡No ganamos para sustos! -dijo el mismo que había hablado antes, a quien ya se habían reunido sus compañeros, pues que todos se habían reconocido recíprocamente por la voz y por la risa: todos eran unos. Y todos marcharon en dirección al río.

A pocos pasos llegaron a una puerta que nuestros lectores recordarán, aun cuando un poco menos que el maestro de primeras letras de Daniel.

Ninguno de los siete golpeó la puerta; pero uno de ellos puso sus labios en la bocallave, y pronunció las palabras: Veinte y cuatro.

La puerta abrióse en el acto, y cerróse luego de pasar por ella el último de los recién venidos.

Algunos minutos después, las mismas palabras fueron pronunciadas en el mismo paraje, y dos individuos más entraron a la casa. Y, sucesivamente por un cuarto de hora, fueron llegando comitivas de a dos, y de a tres individuos, usando todos de las mismas palabras y de las mismas precauciones.

VII. Escenas de un baile

Escenas de un baile

Entretanto, desde las nueve de la noche, los convidados al baile dedicado a Su Excelencia el Gobernador, y a su hija, empezaban a llegar al palacio de gobierno, y a las once los salones estaban llenos, y la primera cuadrilla se acababa.

El gran salón estaba radiante. El oro de las casacas militares y los diamantes de las señoras resplandecían a la luz de centenares de bujías, malísimamente dispuestas, pero que al fin despedían una abundante claridad.

Un no sé qué, sin embargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta, y a la fiesta misma; es decir, se veían con excesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro, cuando se encuentran confundidos con la sociedad a que no pertenecen; esas mujeres que no hacen sino abanicarse, no hablar nada, y levantar muy serias y duras la cabeza, cuando quieren dar a entender que están muy habituadas a ocupar asientos en las sociedades de gran tono, sintiendo empero, lo contrario de

lo que quieren indicar. Todo esto, en cuanto al lugar del baile, pues que en esos salones no se habían encontrado nunca sino las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política, y tan aristocrática en tono y en maneras. Y en cuanto al contraste con la fiesta misma, había allí ese silencio exótico, que en las grandes concurrencias revela siempre algo de menos, o algo de más.

Se bailaba en silencio.

Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presión de los guantes, y sudando de dolor a causa de sus botas recién puestas, no podían imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

Los jóvenes ciudadanos, salidos de la nueva jerarquía social, introducida por el Restaurador de las Leyes, pensaban, con la mejor buena fe del mundo, que no había nada de más elegante, ni cortés, que andar regalando yemas y bizcochitos a las señoras.

Y por último, las damas, unas porque allí estaban a ruego de sus maridos, y éstas eran las damas unitarias; otras, porque estaban allí enojadas de no encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y éstas, eran las damas federales; todas estaban con un malísimo humor: las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar, y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones.

Su asiento en la testera del salón quedó al punto rodeado por una espesa muralla de buenos defensores de la santa causa, que alentados con la presencia de la hija de su Restaurador, empezaron a sacarse los guantes que habían encarcelado por tanto tiempo sus manos habituadas al aire puro de

la libertad.

Las buenas hijas de la restauración, unas en pos de otras, se acercaban a cumplimentar al primer eslabón de su cadena social.

Otras de las damas, se les ocurría pasar al tocador, al entrar la señorita Manuela, otras dar un paseo por las salas, otras, en fin, menos disimuladas, se dejaban estar graciosamente en sus sillas, sin cuidarse de la entrada de nadie.

Manuela, sin embargo, ni se fijaba en el despego de las unas, ni se envanecía con las adulaciones de las otras.

Amable con todos, comunicativa y sencilla, Manuela se atraía también las miradas y el aprecio de los pocos hombres que allí había capaces de juzgar sin pasión esa pobre y primera víctima de su padre.

Vistiendo un traje de tul blanco sobre otro de raso color rosa, con adornos de cintas del mismo color en su cabeza y en su seno, ella no radiaba de lujo como otras, pero estaba elegante y buena moza, como se dice para definir ese término medio entre lo bello y lo regular.

A pocos minutos de la llegada de Manuela, se presentó la señora Doña Agustina Rosas de Mansilla; y todas las miradas se volvieron a ella. Aquí no era el temor ni la adulación, era la expresión franca de la admiración por la belleza, lo que inspiraba entusiasmo a los hombres, y admiración a las damas.

Aquí debemos especializar la ligerísima observación que estamos haciendo, porque el objeto bien merece la pena de escribirse y de leerse.

«Doña Agustina Rosas de Mansilla fue la mujer más bella de su tiempo», es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algún día lo repita la historia de nuestro país, fiada en la verdad de

escritores independientes e imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender a animosidades pequeñas por afiliaciones de partido o de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia, porque ella no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de Don Juan Manuel Rosas, cuyos miembros han figurado, más o menos, en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su gobierno. Y la misma Agustina, si bien en la época de los acontecimientos que narramos vivía completamente ajena a la política, embebida en su vida misma, rodeada de admiradores y lujo, pasó a ser, más tarde, cuando el gobierno de su hermano se dio una exterioridad diplomática y regia, uno de los personajes más espectables de la época, y cuyo nombre, como el de Manuela, ocupó los libros, los diarios y la conversación de cuantos trataron de los asuntos del Plata, grandes o pequeños, amigos o enemigos.

A la época que describimos, la hermana menor de Rosas, esposa del general Don Lucio Mansilla, no tenía la mínima importancia política, ni se ocupaba un instante de unitarios ni de federales. Y a esa época también su espíritu, o por falta de ocasión, o por un tardío desenvolvimiento, no había manifestado toda la actividad y extensión con que más tarde se hizo remarcable, en la nueva faz del gobierno de su hermano, que comenzó con Palermo y con las complicaciones exteriores.

La importancia de esa joven, en 1840, no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie en la tierra; se la había dado Dios.

En 1840 tenía apenas veinte y cinco años. La Naturaleza, pródiga, entusiasmada de su propia obra, había derramado sobre ella una lluvia de sus más ricas gracias, y a su influjo había abierto sus hojas la flor de una juventud que radiaba con todo el esplendor de la belleza. De una belleza de

estatuario, de pintor, y a quien ni el uno ni el otro podrían imitar exactamente. El cincel quebraría los detalles del mármol antes de dar a la estatua los contornos del seno y de los hombros de esa mujer; y el pincel no encontraría cómo combinar en las tintas el color indefinible de sus ojos, brillantes y aterciopelados unas veces, y otras con la sombra indecisa de la media luz de ese color; ni dónde hallar tampoco el carmín de sus labios, el esmalte de sus dientes, y el color de leche y rosa de su cutis. Rebosando en ella la vida, la salud, la belleza, esa flor del Plata ostentaba la lozanía de su primera aurora, y debía ser, y lo era en efecto, el encantamiento de las miradas de los hombres, y aun de las mismas mujeres, que, con sus ojos perspicaces, y tan interesadas en este caso, no podían señalar otro defecto en Agustina, sino que sus brazos eran algo más gruesos de lo que debían ser, y no bien redonda su cintura.

Pero magnífica Diana para la escultura; espléndida Rebeca para el lienzo, la belleza de Agustina no estaba, sin embargo, en armonía con el bello poético del siglo XIX: había en ella demasiada bizarría de formas, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esos perfiles indefinibles, de esa expresión vaga y dulce, tierna y espiritual que forma el tipo de la fisonomía propiamente bella en nuestro siglo, en que el espíritu y el sentimiento campean tanto en las condiciones del gusto y del arte: tal era Doña Agustina Rosas de Mansilla en 1840, y que entraba al baile que se describe aquí resplandeciente de belleza y de lujo. Sus brazos, su cuello y su cabeza estaban cubiertos de diamantes; y la presión que sufría su talle daba al rosado subido de su rostro una animación que sólo a las unitarias pareció chocante. Pero habituada la mayor parte de los que se encontraban en los salones, especialmente los hombres, a mirar en Agustina la reina de

las bellezas porteñas, creyó que en esa noche conquistaba Agustina, y para siempre, aquel indisputable rango.

Su vestido era de blonda blanca sobre raso del mismo color, y su peinado a la griega daba lugar, no a que resaltasen los perfiles o la redondez de su bella cabeza, sino un lazo de diamantes que sujetaba su moño federal.

La maga paseaba los salones, sin haber tomado asiento todavía, al brazo de su esposo el general Mansilla, que en esos momentos parecía recuperar algo de su perdida juventud, al influjo del aire gentil y elegante que este antiguo caballero había aprendido y ostentado en la culta sociedad que había frecuentado, cuando pertenecía en alma y cuerpo al partido unitario.

Las miradas seguían a Agustina; la seguían, la devoraban. Pero de repente un murmullo sordo se escucha en todos los ángulos del salón. Las miradas se vuelven hacia la puerta; y la misma Agustina, arrebatada por la impresión general, lanza los rayos de sus lindos ojos hacia el centro común de la mirada universal: dos jóvenes, del brazo una de la otra, acaban de entrar al salón: la señora Amalia Sáenz de Olavarrieta, la señorita Florencia Dupasquier.

La primera, siguiendo la rigurosa etiqueta de la viudedad, vestía un traje de raso color lila muy bajo, o más bien color torcaz, y sobre él, otro de blonda negra, más corto que el primero. Su talle, redondo y fino como el de la estatua griega, estaba ajustado por una cinta del mismo color que el viso, cuyas puntas tocaban con la orilla del vestido negro. Su escote era también de blonda; y en el centro del pecho, un pequeño lazo de cinta igual a la del talle completaban los adornos de su sencillo y elegante traje. Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caían hasta su cuello de alabastro; y entre ellos, en su sien derecha, estaba colocada una

linda rosa blanca. El resto de sus hermosos cabellos castaños circundaba la parte posterior de su cabeza, en una doble trenza que parecía sujetada solamente por un alfiler de oro a cuya extremidad se veía una magnífica perla; y bajo la trenza, en el lado izquierdo de la cabeza, se descubría apenas la punta de la cintita roja, adorno oficial impuesto bajo terribles penas por el Restaurador de las libertades argentinas.

Florencia vestía un traje de crespón blanco con alforzas, adornado con dos guirnaldas de pequeños pimpollos de rosas, que, bajando de la cintura en forma de delantal, hasta tocar en la última alforza, daban vuelta en derredor de ella por todo el vestido. Las mangas de éste eran extremadamente cortas; y un escote de finísimo encaje era cerrado en medio del pecho por una rosa punzó.

Los cabellos de la joven, partidos en medio de la frente, caían, como los de Amalia, en flexibles rizos sobre la mejilla; y su trenza, entretejida con hilos de perlas, daba tres vueltas sobre su cabeza, y dos hilos de aquéllas se escapaban de la trenza e iban a adornar la blanca y casta frente de la joven; y un ramito de pimpollos, semejantes a los del vestido, estaba colocado, bella y maliciosamente, en el lado izquierdo de la cabeza; para que el lindo adorno de la Naturaleza hiciera las veces del repulsivo símbolo de la Federación.

Agustina estaba perdida. Acababa de caer de su trono al impulso de una revolución obrada en la admiración universal por la belleza de Amalia.

La señorita Dupasquier estaba encantadora, pero era una belleza conocida ya, en tanto que Amalia era la primera vez que se presentaba en público. Y la novedad, esta reina despótica de la sociedad, hacía alianza con la radiante hermosura de Amalia para cautivar la mirada y el entusiasmo de

todos.

La misma Agustina no pudo prescindir de contemplarla y admirarla largo tiempo.

Varios jóvenes se apresuraron a ofrecer su brazo a las recién llegadas y conducirlas a los asientos que eligieran; porque en ese baile ninguna señora hacía los honores del recibimiento.

Pero, fuera casualidad, o la obra de ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar sus iguales sin conocerlos, Amalia fue a sentarse con Florencia en un ángulo del salón, donde habíanse reunido todas las damas que allí había por la voluntad de sus maridos, tan poco federales como ellas, pero, en obsequio de la verdad, con mucho más miedo que sus nobles esposas.

Florencia fue levantada en el acto por un joven amigo de Daniel para las cuadrillas que comenzaban en aquel momento. Pero Amalia, sin ser olvidada, no fue invitada a las cuadrillas; sucede generalmente que a la primera impresión que hace una mujer bella y desconocida al presentarse en un baile, se apodera del espíritu de los hombres cierto temor, cierta desconfianza de solicitar su compañía en la danza, porque no pueden imaginarse que tal mujer no tenga veinte compromisos para esa noche, y temen recibir una negativa en la primera solicitud.

Pero la pobre Amalia no conocía a nadie, con nadie estaba comprometida; los jóvenes se chasquearon, y ella quedó sola al lado de una señora anciana, con todos los aires de una de aquellas viejas marquesas de tiempo de Luis XIII en Francia, o del virrey Pezuela en la ciudad de los Incas.

-Ha venido usted muy tarde, señorita -dijo a Amalia la señora anciana,

haciéndola uno de esos saludos casi imperceptibles, pero elegantes, que sólo saben hacer las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza.

-En efecto, pero me ha sido imposible venir antes -contestó Amalia volviendo el saludo a su vecina, en cuya fisonomía y en cuyo traje descubrió al momento una persona de distinción, como al mismo tiempo su poca exaltación por la causa federal, en el moño pequeñísimo que traía, casi oculto, entre un adorno de blondas negras en su cabeza. Porque hasta los días en que estamos del año de 1840, el más o menos federalismo se calculaba por el mayor o menor tamaño de las divisas; y dos personas que se encontraban, sabían perfectamente la opinión a que ambas pertenecían con sólo mirarse el ojal de la casaca, si eran hombres, o la cabeza, si eran señoras.

-Creo que es esta la primera vez que tengo el honor de ver a usted. ¿Acaso ha llegado usted de Montevideo?

-No, señora, resido en Buenos Aires hace algún tiempo.

-¡Algún tiempo! Entonces ¿no es usted de Buenos Aires?

-No, señora, soy tucumana.

-¡Ah! Bien me lo decía yo, ¡era imposible que usted no hubiera llamado mi atención, si fuera usted mi compatriota!

-Sin embargo, creo que tengo el honor de ser compatriota de usted, señora.

-Sí, sí, en cuanto a argentina; quise decir de Buenos Aires.

-Es cierto, soy provinciana, como nos llaman aquí -dijo Amalia con una sonrisa tan amable que acabó de seducir a la buena señora, que desde ese momento conoció que tenía por interlocutora a una persona de

espíritu y de clase.

-Conozco mucho -la dijo- a la madre de Florencia. ¿Acaso será usted parienta de ella?

-No, señora. Tengo el honor de ser su amiga solamente, me llamo Amalia Sáenz de Olavarrieta -dijo Amalia anticipándose a satisfacer la curiosidad de su compañera, en quien ya había descubierto la propensión de hablar y preguntar que nunca es más común que en los bailes entre ciertas señoras que ya han perdido la esperanza de danzar en ellos.

-¡Ah! ¿Es usted la señora viuda de Olavarrieta? Tengo mucho gusto en conocer a usted. He oído su nombre muchas veces; y por cierto que en cuanto he oído, no hay nada de exagerado.

-Yo creía, señora, que en Buenos Aires había sobradas cosas de que ocuparse para hacer a una pobre viuda el honor de acordarse de ella.

-¡Una pobre viuda, que no tiene rival en belleza, y que, según dicen, ha hecho de su casa un templo de soledad y buen gusto! ¡Ah, señora! ¡Si usted supiera qué pocas son las cosas bellas y de buen gusto que nos han quedado en Buenos Aires, no se resentiría entonces la modestia de usted!

-Pero, señora -contestó Amalia-, yo veo aquí el ejemplo contrario de lo que usted me dice.

-¿Aquí?

-Aquí, sí, señora.

-¿Aquí?¿De buen gusto? ¡Por Dios, no me haga usted perder parte de la admiración que me ha causado! -dijo la señora, con una sonrisa la más picante y despreciativa del mundo-. El buen gusto -prosiguió- hace muchos años que ha desaparecido de Buenos Aires. ¡Oh! ¡Si usted hubiera visto nuestros bailes de otro tiempo! ¡Qué hombres! ¡Qué mujeres! ¡Oh,

eso era elegancia y buen gusto, señora! ¡Pero hoy!

-¿Podría saber, señora, si no es indiscreción, con quién tengo el honor de hablar?

-Soy la señora de N...

-¡Ah! Me felicito por esta ocasión en que tengo el honor de saludar a la señora de N...

-Parece que usted quedó admirada sobre mi juicio respecto a este baile, ¿no es verdad? -prosiguió la señora de N.... que al parecer estaba empeñada en criticar cuanto allí había.

-Confieso a usted que yo no echo de menos ese buen tono que extraña usted -la respondió Amalia, que todo quería oír, sin decir nada.

-¡Oh, por Dios!

-¡Cómo! ¿No halla usted de buen tono la concurrencia de esta noche? -le preguntó Amalia, que empezaba a encontrar que su vecina podría distraerla del malhumor que sentía.

-¡Buen tono! -dijo la señora riéndose, echando negligentemente su brazo al respaldo de la silla, y aproximándose a Amalia-. ¿Conoce usted -continuó- ciertas calidades físicas en los hombres, que revelan perfectamente su buena o su mala raza?

-Quizá.

-Fíjese usted un momento en el pie de los hombres.

-¿Y bien? Ya está.

-¿Qué nota usted?

-¿Qué noto?

-Sí; con franqueza.

-Nada.

-No es cierto.

-Pues, señora, no comprendo.

-Yo se lo explicaré a usted: son hombres de pies anchos y botas cortas; ¿se ríe usted?

-De la ocurrencia, señora.

-Pues ésa es la primera señal de la clase a que esos hombres pertenecen. ¡Oh, de ésos no había por cierto en nuestros pasados bailes! ¡Botas en un baile! ¿Ve usted aquel frente del salón? ¿Ve usted la primera cuadrilla?

-Sí, todo lo veo.

-Pues las señoras sentadas, y las que están bailando, son esposas o hermanas de estos modernos caballeros.

-¿De manera, señora, que usted tiene la suerte de conocer a todos?

-En general los distingo por clases; en particular conozco a algunos.

-¡Ah, es una verdadera fortuna! ¡Yo que estoy aquí como si me hallara en Constantinopla!

-Tanto mejor.

-Tanto peor, señora, porque siquiera usted puede saber con quién habla, cuando alguna de esas damas, o caballeros, se le acerquen.

-¿Pero qué, no tiene usted ningún pariente en Buenos Aires? -preguntó la señora, fijando sus ojos como para conocer la verdad de la respuesta que iba a recibir.

-Ninguno al servicio, o en la amistad del gobierno -contestó Amalia, comprendiendo que la señora buscaba seguridades.

-¡Ah! Pues entonces, sólo ganaría usted una cosa con conocer lo que desea.

-¿Y cuál es, señora?

-Un poco de risa.

-Es algo.

-En esta época especialmente. ¿Qué le parece a usted aquel caballero que está recostado contra el marco de aquella puerta estirándose su hermoso chaleco colorado?

-Me parece bien.

-No, señora, le parece a usted mal.

-¿Mal?

-Sí, mal, yo quiero defender a usted contra usted misma.

-Vaya, pues, señora; me parecerá mal, si usted se empeña.

-Ese es el señor Don Pedro Ximeno, comandante interino del puerto.

-¡Ah!, ¿ése es el señor Ximeno?

-El mismo. Uno de los hombres más afortunados en su carrera.

-¡Es posible!

-Figúreselo usted: en 1821 fue mozo de servicio en el Café de la Victoria.

-¡Ah!

-Sí, señora, mozo de café.

-Por algo se empieza en este mundo, señora.

-Y después se va adelante, ¿no es cierto?

-Así es en general.

-Pues eso mismo le pasó a Ximeno.

-¿Ascendió a la capitanía?

-No; de mozo de café, ascendió a mercachifle.

-¡Hola! La cosa va en progreso -dijo Amalia sin poder contener su risa.

-¡Oh! Pero ascendió todavía.

-¿En el mismo orden?

-Oigalo usted: de mercachifle pasó a ser empleado en nuestro teatro viejo.

-¡Hola, se hizo cómico!

-Menos que eso.

-¿Apuntador?

-Menos que eso.

-¿Menos que apuntador?

-Sí, señora.

-¿Entonces, qué fue?

-Uno de los peones encargados de levantar el telón de boca.

-¡Oh, es admirable la carrera de ese señor! ¿Y cómo ha llegado hasta el lugar donde se halla?

-Muy sencillamente: el general Zapiola lo empleó de escribiente en la capitanía del puerto, y la Federación lo hizo comandante de ella.

-Y aquel otro caballero que en este momento conversa con el señor Ximeno, ¿quién es?

-Ese es el señor general Mansilla.

-¡Ah, el general Mansilla!

-Uno de los más furiosos unitarios que ocuparon un banco en el Congreso Constituyente. ¿Ve usted ese otro personaje que se les acerca?

-Si, ¿quién es?

-Torres, Don Lorenzo Torres. ¡Dios los cría y ellos se juntan!

-¿Por qué dice usted eso, señora?

-Porque Torres también fue unitario, hasta mucho después de la revolución de Lavalle -contestó la señora de N.., que parecía saber de

memoria la biografía de todo el mundo.

-¿De suerte -dijo Amalia-, que hoy hay muchos federales que no lo han sido siempre?

-Cierto. Sin embargo, aquí hay algunos que lo han sido toda su vida. Por ejemplo, allí tiene usted uno -dijo

la señora de N... señalando a un caballero de cuarenta años poco más o menos, de tez morena y de ceño zonzo.

-Y ese caballero ¿quién es? -preguntó Amalia.

-Ese es Don Baldomero García, federal toda su vida; hombre de carácter más duro que su figura, y tan tartamudo de ideas como de lengua. ¡Hola! ¡Hola! Y se da la mano con un excelente personaje de la actualidad. ¿Lo ve usted?

-Sí, pero no conozco a ese señor.

-¡Por Dios, que usted no conoce a nadie! ¡Ese es Juan Manuel Larrazábal! ¡Dios me libre de creerlo! Pero dicen que es un espía del señor gobernador.

-Voces de partido quizá -dijo Amalia, fijando sus ojos rápidamente en un hombre que hacía rato la estaba contemplando con unas miradas trasversales, pues que salían de dos ojos al sesgo.

-¿Y podrá usted decirme -preguntó Amalia a la señora de N...- quién es aquel caballero que está haciendo molinete con un guante blanco, y que se distingue por el tamaño exagerado de su divisa punzó?

-¡Cómo! ¿Pues que no lee usted La Gaceta?

-¡La Gaceta!

-Sí, La Gaceta Mercantil

-No la leo jamás, pero aun cuando así fuera...

-Sí así fuera, habría comprendido usted que aquel caballero no podría ser otro que el redactor de La Gaceta. Se llama Nicolás Mariño. Es el que predica el degüello de los unitarios. El 1º de diciembre de 1828, lo vi desde los balcones de mi casa andar por las calles prodigando abrazos a los revolucionarios. Después entró de oficial en el ministerio Guido, bajo la administración Viamonte. En 1833, escribió algunos mamarrachos en El Clasificador. Después escribió El Restaurador de las Leyes. A esa época

ya no abrazaba sino a los federales. Ahora escribe La Gaceta, y abraza al diablo. ¡Qué ojos! ¿Le ha reparado usted los ojos?

-Sí, señora -contestó Amalia riendo de la pregunta, del calor y de las indiscreciones de la señora de N.., una de aquellas intransigibles unitarias, con quienes la dictadura no pudo jamás, y que las súplicas y el llanto de sus maridos arrastraban a las fiestas federales, donde ellas se desquitaban de la violencia que se hacían en estar en ellas midiendo con su inflexible rigorismo las categorías de la nueva época que se presentaban a sus ojos.

-¿Y sabe usted una cosa? -continuó la señora de N...

-¿Qué cosa, señora?

-Que observo que Nicolás Mariño la mira a usted demasiado, y que mira con los ojos que él tiene, que es lo peor que puede sucederle a una joven de la belleza de usted.

-Gracias, señora.

-Y sobre todo, de sus principios, porque ¿no es verdad que usted no haría a ese hombre el honor de recibirle en su casa?

-Yo tengo formadas ya mis relaciones, y con dificultad contraería otras nuevas -respondió Amalia esquivando el dar una contestación directa.

-Y sobre todo, la de este hombre -prosiguió la señora de N...-. Y la mira,

la mira a usted, no hay duda. ¡Oh! Y ¡es un honor! ¡El redactor de La Gaceta! ¡El comandante del ilustre cuerpo de serenos! Pero, ¡vaya!, al fin la esposa lo distrae de sus melancólicas miradas.

-¿Aquella señora de vestido de raso colorado con guarniciones amarillas y negras, y un adorno de fleco de oro en la cabeza, es la esposa del señor Mariño?

-Sí.

-¡Ah!

-¡Qué bailes!

-A propósito, ¿me dice usted, señora, quiénes son aquellos cuatro caballeros vestidos de uniforme que están allí, que los veo parados hace tan largo rato sin conversar ni hacer un movimiento?

-¿Aquéllos? ¡Ah!, el primero es el coronel Santa Coloma, carnicero a la vez que coronel.

-¿Sí?

-Carnicero de animales y de gente.

-Degeneración del oficio.

-El otro, es el señor coronel Salomón, pulpero.

-Vaya, eso es menos malo.

-El otro, es el comandante Maestre, forajido de profesión.

-Vamos, no falta sino que el otro pertenezca a tan nobles jerarquías.

-Pues no, señora, el otro es el general Pintos, verdadero caballero, verdadero soldado de la república; pero para manchar los galones de él y de los que se le parecían, la Federación moderna puso los galones militares en hombres como los tres primeros.

-Sabe usted, señora -dijo Amalia-, que sin negar que son interesantes las

biografías que usted hace en tan pocas palabras, me interesaría más el saber ¿cuál de estas señoras es Manuelita y cuál Agustina?

-Las dos están en este momento bailando en la otra sala; ¿le habrán dicho a usted que Agustina es una belleza?

-Cierto, esa es la opinión universal. ¿No es así en la opinión de usted?

-Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

-¿Lo que quiere decir?

-Que es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió.

-Ese no es un defecto, señora; ése es el color de las rosas-dijo a la señora de N...

-Usted lo ha dicho: es el color de las rosas.

-Pero en fin, ¿es una linda mujer?

-No.

-¿No?

-Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono, y demasiado frívola entre la gente de espíritu.

-«Está visto -dijo Amalia para sí misma- que esta señora es un tesoro en un baile; pero hay un gran riesgo en dejarse ver de ella, porque está enojada con la humanidad entera.»

-Desgracia sería para usted, señora -dijo Amalia-, que Agustina supiese que tan mal trata usted a su belleza, porque en general las personas de nuestro sexo no perdonan ese alfilerazo.

-¡Bah!, ¿cree usted que no lo sabe? ¿Cree usted que toda esa gente no comprende de qué modo es mirada por nosotras?

-¿Por nosotras?

-Sí, por nosotras. Saben ellas que si nos presentamos en sus fiestas es por nuestros hijos, o por nuestros maridos.

-Es expuesto, sin embargo.

-Ese es nuestro único desquite: que lo sepan: que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. Por lo demás, el riesgo no es mucho, porque ¿qué pueden hacernos? Por otra parte, no hablamos sino entre nosotras mismas.

-¿Siempre? -preguntó Amalia con una sonrisa la más maliciosa del mundo.

-Siempre, como ahora mismo, por ejemplo -contestó la señora de N... con el mayor aplomo.

-Perdón, señora, yo no he tenido el honor de decir a usted cómo pienso.

-¡Qué gracia! ¡Si desde que se sentó usted a mi lado me lo dijo!

-¿Yo?

-Usted, sí, señora, usted. Fisonomías como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, trajes como el suyo, no tienen, ni usan, ni visten las damas de la Federación actual. Es usted de las nuestras, aunque no quiera.

-Gracias, señora, gracias -dijo Amalia con su sonrisa habitual.

En ese momento la señora de N... saludó cariñosamente a otra señora que tomaba asiento frente a ella.

-¿Sabe usted quién es aquélla?

-Ya he dicho a usted, señora, que no conozco a nadie.

-¡Válgame Dios!

-¿Y qué he de hacer, señora?

-Esa es la esposa del general Rolón: buen corazón, excelente amiga; pero las nuevas amistades a que la ha conducido la posición de su marido, la han hecho perder el poco de buen tono que tenía, y convida a sus tertulias de invierno, anunciando, ¿qué le parece a usted que anuncia en las esquelas de invitación?

-Anunciará la hora y el día, supongo.

-Bien, ¿pero además de eso?

-¿Además? Si dice que es una tertulia, el día y la hora del recibimiento, no sé qué más...

-Pues bien, oiga usted: anuncia que la tertulia se abre con café con leche; ¡pobre Juana!

Amalia no pudo menos que soltar la risa con menos conveniencia que la que requería el lugar en que se encontraba; y a tiempo de volver su cabeza para no hacerse notable por su risa, un relámpago de alegría brilló en sus ojos; acababa de descubrir a Daniel en la puerta del salón. Daniel entraba en aquel momento; y se dirigía a su prima, después de haber divisado a su Florencia paseando los salones con uno de sus mejores amigos, con quien acababa de bailar.

Pero antes de que los primos y los amantes se cambien una palabra, salgamos del baile con el lector y vamos un momento a recoger los pormenores de otra escena bien diferente en otra parte, en nada parecida a la que dejamos; y del brazo con el lector hagamos también lo posible para volver pronto a los salones de nuestro viejo fuerte.

VIII. Daniel Bello

Daniel Bello

El joven Daniel entraba al baile a las doce y media de la noche, pero antes de seguirlo en él, veamos lo que era y lo que hacía tres horas antes en la casa misteriosa de la calle de Cochabamba, a cuya puerta hemos visto acercarse varios individuos, dar una seña, entrar en la casa, y cerrarse luego la puerta de la calle.

Entre el lector con nosotros a esa casa, a las nueve y media de la noche, y encontraremos una reunión de hombres bien interesante, pero bien en peligro al mismo tiempo.

La sala de Doña Marcelina, cuyas ventanas daban a la calle, se había convertido esa noche en campamento general. La cama matrimonial y los catres de lona de sus distinguidas sobrinas habían sido trasportados de la alcoba a la sala.

Y todas las sillas de ésta, las del comedor, tres baúles, y un banco que parecía haber tenido el honor en algún tiempo de ser colocado en la portería de algún convento, estaban cuidadosamente colocados en el círculo que permitía el estrecho aposento convertido improvisadamente en

sala de recepción para esa noche, estando colocada en uno de sus testeros una mesa de pino con dos velas de sebo, y delante de ella una silla que parecía la presidencia de aquel lugar.

Parados unos, otros sentados, y otros cómodamente acostados en los catres y en la cama, una crecida reunión de hombres ocupaba la sala de Doña Marcelina, sin más luz que la escasa claridad de las estrellas que entraba a través de los pequeños y empañados vidrios de las ventanas.

Las palabras eran dichas al oído, y de cuando en cuando alguno de los que allí estaban se aproximaba a las ventanas, y con la mayor atención paseaba sus miradas por la lóbrega y desierta calle de Cochabamba.

El reloj del Cabildo hizo llegar hasta esta reunión misteriosa la vibración metálica de su campana.

-Son las nueve y media de la noche, señores, y nadie puede equivocarse en una hora de tiempo cuando le espera una cita importante. Los que no han venido no vendrán ya. Vamos a reunirnos.

Al concluirse la última de esas palabras, dichas por una voz muy conocida nuestra, los postigos de las ventanas se cerraron, y la luz de la pieza inmediata penetró a la sala por la puerta de la habitación contigua.

Un minuto después, el señor Don Daniel Bello ocupaba la silla colocada delante de la mesa de pino, teniendo a su derecha al señor Don Eduardo Belgrano; ocupados los demás asientos por veinte y un hombres, de los cuales el de más edad contaría apenas veinte y seis o veinte y siete años, y cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta a que pertenecían.

-Amigos míos -dijo Daniel paseando sus miradas por la reunión-, hemos debido reunirnos esta noche treinta y cuatro jóvenes; y, sin

embargo, no estamos aquí sino veinte y tres. Pero cualesquiera que sean las causas por que nuestros amigos nos abandonan, no hagamos a ninguno la ofensa de creerlo traidor, y no abriguemos el menor recelo sobre su secreto. Treinta y dos nombres fueron elegidos por mí. Cada uno recibió su aviso anticipado para concurrir a esta casa en esta noche, y yo sé bien, señores, quiénes son los hombres con cuyo honor puede contarse en Buenos Aires. Ahora dos palabras más para inspiraros la más completa confianza en esta casa. Sorprendidos en ella por los asesinos del tirano, nuestra sentencia estaría pronunciada en el acto. Pero si él tiene la fuerza, yo tengo la astucia y la previsión. Esta casa da sobre la barranca del río. El agua está a una cuadra de ella, y a su orilla hay en este momento dos balleneras prontas para recibirnos. En caso de ser sorprendidos, saldremos a la barranca por la ventana de una habitación interior que da sobre ella; y si aun allí fuésemos atacados, me parece que veinte y tres hombres, más o menos bien armados, pueden llegar sin dificultad hasta la orilla del río. Una vez en las balleneras, los que quieran volver a la ciudad tienen algunas leguas de costa donde poder desembarcarse, y los que quieran emigrar, tienen las costas orientales a pocas horas de viaje. En la puerta de la calle está mi fiel Fermín. En la ventana que da a la barranca, está el criado de Eduardo, de cuya fidelidad tenemos todos repetidas pruebas; y últimamente, sobre la azotea está una persona de mi más completa confianza, y cuyo poco valor es nuestra mejor garantía, pues si el miedo le impidiese hablar, no le impediría hacer temblar el techo de esta sala con sus carreras: es un antiguo maestro de casi todos nosotros, que ignora los que están aquí, pero que sabe que estoy yo, y eso le basta, ¿Estáis satisfechos?

-El exordio ha sido un poco largo, pero en fin, ya se acabó, y no creo

que haya nadie aquí que después de haberle oído no se crea tan seguro como si se hallase en París -dijo un joven de ojos negros, de fisonomía alegre y cándida, y que, durante hablaba Daniel, se había entretenido en jugar con una cadena de pelo que tenía al cuello.

-Yo conozco la tierra en que aro, mi querido amigo; yo sé que ninguno de vosotros está tranquilo; y sé además que soy el responsable de cuanto pueda sucederos. Ahora, vamos al objeto de nuestra reunión.

-Aquí tenéis, señores -prosiguió Daniel sacando una cartera llena de papeles-, el primer documento de que quiero hablaros: es una lista de las personas que en el mes de abril y la primera quincena de este mayo han llegado emigrados de nuestro país a la República Oriental. Representan un número de ciento sesenta hombres, todos jóvenes, patriotas y entusiastas. Contamos, pues, con ciento sesenta hombres menos en Buenos Aires. Tengo motivos para aseguraros que los que hacen hoy el negocio de conducir emigrados a la Banda Oriental tienen solicitados más de trescientos pasajes, y esto después de los asesinatos del 4 de mayo.

«Resulta, pues, que para el mes de julio vamos a tener cuatrocientos o quinientos patriotas de menos en Buenos Aires, y esto después que en los años anteriores de 38 y 39 han salido del país las dos terceras partes de la juventud.

»Entretanto, oíd ahora el estado del Ejército Libertador y de las provincias interiores, para poder comprender mejor aquel hecho anterior:

»Después de la acción de Don Cristóbal, en que se ganó la batalla y se perdió la victoria, el Ejército Libertador se encuentra en las puntas del Arroyo Grande, sitiando al ejército de Echagüe arrinconado en las Piedras, todo esto, a pocas leguas de la Bajada, y todas las probabilidades parecen

estar en favor del general Lavalle, en el caso de una nueva batalla. Si él triunfa en ella, el paso del Paraná será la consecuencia inmediata, y la campaña se emprenderá entonces sobre Buenos Aires. Si él es derrotado, los restos de su ejército vendrán a reorganizarse sobre el norte de nuestra provincia, pues tienen para el tránsito de los ríos las embarcaciones bloqueadoras; y veis entonces que en uno u otro caso, la provincia de Buenos Aires está esperando al general Lavalle.

»En las provincias, la Liga se ha extendido como un incendio. Tucumán y Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy ya no pertenecen al tirano; se han proclamado contra él, y aprontan sus ejércitos. El fraile Aldao no es bastante a sofocar la revolución, y Córdoba se plegará al primero que la amenace. Rosas tenía una esperanza en La Madrid; La Madrid ya no le pertenece.

-¿Cómo? -preguntaron a la vez todos los jóvenes levantándose de sus asientos, menos Eduardo, que parecía sumergido en los misterios de su corazón.

-Vais a saberlo, señores; pero, despacio, no alcéis la voz, todavía no es tiempo de dar gritos en Buenos Aires.

»He dicho la verdad: el general La Madrid, comisionado por Rosas para apoderarse del parque de Tucumán, ha dejado que la revolución se apodere de él, y el 7 de abril se ha puesto sobre su pecho la cinta azul y blanca de la libertad, y ha pisado la ignominiosa marca de la Federación de Rosas.

-¡Bravo! ¡Bravo!

-Silencio, silencio, señores; aquí tenéis este documento, oídlo:

Libertad o muerte Orden general del 9 de abril de 1840 De orden del

excelentísimo gobierno se reconoce por general tropas de línea y milicia de la provincia, general Don Gregorio Araoz de La Madrid y por jefe del estado mayor, al coronel Don Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del orden, al coronel Don Mariano Acha.

La explosión del sentimiento fue espontánea. No hubo gritos; no hubo vivas, pero las fisonomías hablaban, y los abrazos pronunciaron discursos y juramentos. Daniel midió aquella escena con su mirada de águila: estaba entusiasmado, estaba estudiando en el complicado libro de la naturaleza moral.

-Ya lo veis, señores -continuó con su imperturbable sangre fría-, en todas partes la revolución se levanta gigantesca, pero esa revolución tiene un fin; ¿por qué no hemos de creer que la revolución sea lógica y que vendrá a buscar ese fin en el lugar en que se esconde? Ese fin es una cabeza y esa cabeza está en Buenos Aires. Si todos los esfuerzos se han de dirigir a este punto, ¿no es cierto, señores, que debemos cooperar al triunfo, cuando se aproxime a él?

-Sí, sí -exclamaron todos los jóvenes.

-Despacio, señores, despacio. Tengamos lógica antes que entusiasmo. Decís que sí; pero he aquí que el modo como vosotros deseáis cooperar es aquel precisamente con el que yo estoy en oposición continua.

»He empezado por mostraros el crecido número de hombres nuestros que han emigrado del país, y ese número lo veréis aumentar con el vuestro... Oídme, señores:

»Cuando hay que vencer un principio difundido en la conciencia de una clase o de un pueblo, es necesario batirse con esa clase o con ese pueblo, con las armas de la razón o con el acero.

»Cuando hay que batir a un gobierno cuya existencia reposa en su poder moral, es necesario entonces minar las bases de ese poder, arrebatándole su popularidad, bien sea en la tribuna, en la prensa, o en los ejércitos. Pero, señores, cuando lo que hay que combatir no es un principio, sino un sistema encarnado en un hombre; no un influjo moral, sino un poder material que se mueve, como una máquina de puñales, al resorte de la voluntad de aquel hombre, es necesario entonces extinguir con el hombre el prestigio, la máquina y voluntad.

»Contad los hombres patriotas que han salido de Buenos Aires; calculad los que habrán de salir en adelante, si no ponemos un dique a ese torrente de emigración, y decidme luego, si ese número de hombres no es suficiente para cooperar en la ciudad a la revolución que traigan a la provincia las armas del general Lavalle, o las armas de la coalición de Cuyo.

»La emigración deja en poder de las mujeres, de los cobardes y de los mashorqueros la ciudad de Buenos Aires, es decir, señores, el punto céntrico de donde parten los rayos del poder de Rosas.

»¿Tres o cuatrocientos hombres aseguran acaso el triunfo del general Lavalle, alistados en las filas de su ejército? Pues bien, señores, tres o cuatrocientos hombres de corazón son bastantes para levantar la ciudad y colgar de los faroles de las calles a Rosas y su mashorca el día que los aturda la noticia de la aproximación de cualquiera de los ejércitos libertadores.

»No podemos reconquistar los que se han ido; pero a lo menos paremos el curso de esa copiosa emigración que va a buscar lejos una libertad que puede encontrarla a su lado, cuando alce su brazo armado sobre la cabeza del tirano.

»¿Hay peligros en permanecer en Buenos Aires? ¿Habrá peligros y

sangre el día que demos el primer grito de libertad? Pero, señores, ¿no hay peligros y sangre en los ejércitos?, ¿no hay miseria y humillación en el destierro?

»Creedme, amigos míos; yo estoy más cerca de Rosas que ninguno de vosotros; yo expongo más que mi vida, porque expongo mi honor a las sospechas de mis compatriotas; creedme, pues, que el peor sistema que la juventud de Buenos Aires puede adoptar en el deseo que la anima de la libertad de su patria, es el ausentarse de ella. ¿Sería tan desgraciado que no hubiese ninguno de vosotros que pensase como yo pienso?

-Esa es mi opinión, esa es mi fe; yo moriré al puñal de la mashorca antes que dejar la ciudad. Rosas está en ella, y es a Rosas a quien debemos buscar el día en que uno de nuestros ejércitos pise la provincia. Muerto Rosas, volveremos a todas partes los ojos y no hallaremos un enemigo -dijo uno de los jóvenes que se encontraba en la reunión.

-¿Sois vosotros también de esa misma opinión, amigos míos? -preguntó Daniel.

-Sí, sí, es necesario quedarnos, respondieron con entusiasmo todos los jóvenes.

-Señores -dijo Eduardo Belgrano luego que se restableció el silencio-, no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y, sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del país, y aun no sé todavía, si de un momento a otro renovaré mi resolución. Os revelo, pues, una contradicción entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una explicación que voy a dárosla:

»Es cierto que debemos quedarnos; es cierto que lejos de abandonar,

debemos estrechar cada vez más un círculo de fierro en derredor de Rosas, para ahogarlo en el día oportuno a la libertad argentina. Esta teoría no puede ser, ni más racional, ni conveniente, dicha en general, aplicada a cualquier otro pueblo de la tierra en iguales circunstancias que el nuestro. Pero nosotros los argentinos, señores, representamos una excepción bien práctica respecto de lo que nos ocupa. Vamos a verlo:

»El señor Bello ha dicho que tres o cuatrocientos hombres serían bastantes para concluir con Rosas en la ciudad. Yo quiero creer que es bastante ese número; quiero más: quiero creer que están en Buenos Aires todavía todos los hombres de nuestra generación que han emigrado; más aún, todos los emigrados unitarios del año 29 y 30, y que somos dos, tres, cuatro mil hombres enemigos de Rosas. ¿Pero sabéis, señores, lo que esta cifra representa en Buenos Aires? Representa un hombre.

»Un partido no es poderoso por el número de sus hombres, sino por la asociación que lo compacta. Un millón de hombres individualizados no vale más, señores, que dos o tres hombres asociados por las ideas, por la voluntad y por el brazo.

»Estúdiese como se quiera la filosofía de la dictadura de Rosas, y se averiguará que la causa de ella está en la individualización de los ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo; esto es demasiado vulgar para que tenga cabida en hombres como nosotros: Rosas tiraniza a cada familia en su casa, a cada individuo en su aposento; y para tal prodigio no necesita por cierto, sino un par de docenas de asesinos.

»Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerarquías; sin prestigio en ellas la virtud, la ciencia y el patriotismo; ignorantes a la vez que vanas, susceptibles a la vez que celosas, las sociedades americanas no tienen entre

sí y para sí mismas otros principios de asociación, que el catolicismo y la independencia política.

»Sin comprender todavía las ventajas de la asociación en ningún género, en los partidos políticos es en los que ella existe menos.

»Un espíritu de indolencia orgánica de raza viene a complementar la obra de nuestra desorganización moral, y los hombres nos juntamos, nos hablamos, nos convenirnos hoy, y mañana nos separamos, nos hacemos traición o cuando menos, nos olvidamos de volver a juntarnos.

»Sin asociación, sin espíritu de ella, sin esperanza de poder organizar improvisadamente esa palanca del poder y del progreso europeo que se llama asociación, ¿con qué contar para la obra que nos proponemos?¿Con el sentimiento de todos? ¡Ah, señores, ese sentimiento existe hace muchos años en nuestro pueblo, y la mashorca, sin embargo, es decir, un centenar de miserables, nos toma en detalle y hace de nosotros lo que quiere. Esto es lo práctico, y yo prefiero ir a morir en el campo de batalla, a morir en mi casa esperando una revolución que los porteños todos juntos no podremos efectuar jamás, porque todos no representamos sino el valor de un solo hombre.

»Entretanto, es una verdad indisputable lo que ha dicho mi querido amigo: es decir, que sería más oportuno y eficaz buscar en la persona única de Rosas el exterminio de la tiranía. Decidme sí es posible establecer la asociación y seré el primero en desechar toda idea de abandonar el país.

Un silencio general sucedió a este discurso.

Todos los jóvenes tenían fijos sus ojos en el suelo. Sólo Daniel tenía su cabeza erguida, y sus miradas estudiaban una por una la fisonomía de los jóvenes.

-Señores -dijo al fin-, mi querido Belgrano ha hablado por mí en cuanto al espíritu de individualismo que por desgracia de nuestra patria ha caracterizado siempre a los argentinos. Pero los males que ha traído esa falta de nuestra vieja educación, es la mejor esperanza de que nos enmendaremos de ella, y el incitaros a la asociación, después de iniciaros la necesidad de permanecer en Buenos Aires, era la segunda parte del pensamiento que me ha conducido a este lugar. Habéis convenido conmigo en que debemos esperar los sucesos en Buenos Aires; justo es convengáis también en que si esos sucesos nos encuentran desasociados, en bien poca parte les podremos ser útiles.

»Además, nos encontramos hoy sobre el cráter de un volcán, que fermenta, que ruge, y cuya explosión no está distante.

»Los asesinatos cometidos ya, no son un fin; son el principio de una cadena de crímenes que, como los anillos de una serpiente, va a desenvolver sus eslabones en torno a la cabeza de todos.

»Rosas, por medio de su Gaceta y de sus representantes, hace muchos meses que está azuzando a sus lebreles.

»La embriaguez del crimen ha perturbado ya el cerebro de nuestros asesinos, y dado a su sangre la irritación febriciente que es necesaria para el desbocamiento en los delitos populares.

»Los puñales se aguzan; los brazos se levantan, las víctimas están señaladas, y el momento terrible se aproxima.

»No es una venganza espontánea; es una combinación reflexionada para enervar, por medio del terror, los esfuerzos del espíritu público.

»Bien, pues, si ese momento terrible nos encuentra aislados, todos -no lo dudéis, señores- vamos a ser víctimas de Rosas.

»Unidos, sistematizada nuestra defensa; solidarios todos para la venganza del primero que caiga, o suspenderemos el brazo de los asesinos o provocaremos a la revolución, o podremos emigrar en masa, cuando se pierda para todos la última esperanza de exterminar la tiranía, o por último, moriremos en las calles de nuestro país habiendo antes dejado una lección honrosa a las generaciones futuras.

»Asociados, una vez que tengamos en la provincia alguno de nuestros ejércitos libertadores, que obran en Entre Ríos, o que se organizan a la falda de la Cordillera, yo mismo haré cuanto esté de mi parte por precipitar la hora de la San Bartolomé que se prepara. No os alarméis, mis amigos; en las revoluciones, toda combinación abortada da siempre un resultado contrario. Piensan degollarnos después de haber aterrorizado nuestro espíritu por medio de esa sostenida predicación de amenazas con que se nos saluda todos los días desde la tribuna y la prensa; y si yo logro que los puñales se alcen prematuramente, y que en vez de encontrar un pueblo de individuos aterrorizados se hallen con un pueblo asociado y fuerte, yo habré entonces preparado el terror para que obre su influencia sobre el ánimo de los asesinos, en vez de obrarse, como ellos pensaron, en el ánimo de las víctimas.

»Hay ciertos momentos en que el medio seguro, infalible de hacer fracasar un plan político, consiste en facilitar rápidamente el espacio en que quiere desenvolverse. Con su sistema de economías, el ministro Necker habría conseguido suspender la marcha de la Revolución Francesa que caminaba sordamente; pero el ministro Calonne, sucesor de Necker, y que quería la revolución del pueblo contra la aristocracia y el clero, prodigaba el tesoro para los placeres de la corte, irritando más de esta manera el espíritu

revolucionario del pueblo empobrecido y oprimido, y facilitando el camino de la revolución.

»Yo, que compro con mi sosiego y mi nombre los secretos todos de mis enemigos; yo, que palpitando de rabia mi corazón, junto mi mano con las manos ensangrentadas de los asesinos de nuestra patria, yo irritaré con mis palabras su corazón envenenado y los excitaré al crimen cuando crea que ese mismo crimen ha de sublevar contra ellos la venganza de los oprimidos. Porque el día, el instante en que la mano de un hombre de corazón, a la luz del sol, clave su puñal en el pecho de uno de los asesinos, ese instante, señores, será el postrero del tirano; porque los pueblos oprimidos no necesitan sino un hombre, un grito, un momento para pasar estrepitosamente de la esclavitud a la libertad, del marasmo a la acción.

La fisonomía de Daniel estaba radiante, sus ojos chispeaban, sus labios gruesos, y rosados habitualmente, estaban encendidos como el carmín. Las miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazón altivo, franco y valiente, tenía apoyado el codo sobre la mesa, y su frente reposaba en su mano.

-Sí, la asociación -dijo uno de los jóvenes-, la asociación hoy para defendernos de la mashorca, para esperar la revolución, para colgar a Rosas.

-La asociación mañana -dijo Daniel, alzando por primera vez la voz, y sacudiendo su altiva, fina e inteligente cabeza-: la asociación mañana para organizar la sociedad de nuestra patria.

»La asociación en política para darla libertad y leyes.

»La asociación en comercio, en industria, en literatura y en ciencia para darla ilustración y progreso.

»La asociación en todas las doctrinas del cristianismo para conquistar

la moral y virtudes que nos faltan.

»La asociación en todo y siempre para ser fuertes, para ser poderosos, para ser europeos en América.

»La asociación de los individuos y de los pueblos para estudiar filosófica y prácticamente, si esta república que improvisó la Revolución de Mayo fue una inconveniencia política, hija de las necesidades del momento, o si debe ser un hecho definitivo y duradero.

»Asociación de estudio sobre los elementos constitutivos del país para alcanzar a saber exactamente, si no fue un error de la Revolución de Mayo el excomulgar el principio monárquico, cuando esa revolución desprendió a estos pueblos del yugo de fierro que le imponía un rey extraño; para estudiar en fin los efectos por que hemos pasado, en las causas generales que los han motivado.

»¿Queréis patria, queréis instituciones y libertad, vosotros que os llamáis herederos de los regeneradores de un mundo? Pues bien, recordad que ellos y la América toda fue una asociación de hermanos durante la larga guerra de nuestra independencia, para lidiar contra el enemigo común; y asociaos vosotros para lidiar contra el enemigo general de nuestra reforma social: ¡la ignorancia!; contra el instigador de nuestras pasiones salvajes: ¡fanatismo político!; contra el generador de nuestra desunión, de nuestros vicios, de nuestras pasiones rencorosas, de nuestro espíritu vanidoso y terco: el escepticismo religioso. Porque, creedme: nos falta la religión, la virtud y la ilustración, y no tenemos de la civilización sino sus vicios.

Durante ese discurso, Daniel había levantádose poco a poco de su asiento, y, como arrebatados por la energía de sus palabras, todos los

jóvenes habían hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los labios del joven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazón.

-Mirad, señores -dijo Belgrano, paseando sus ojos por la reunión de sus amigos, y conservando su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Daniel-: mirad, mi semblante está bañado de lágrimas, y los ojos que las vierten habían con la niñez perdido su recuerdo. ¿Las adiviináis? No. La sensibilidad de todos vosotros está conmovida por las palabras de mi amigo, y la mía lo está por el porvenir de nuestra patria. Yo creo en su regeneración, creo en su grandeza y su futura gloria; pero esa asociación que las ha de germinar en el Plata no será, no, la obra de nuestra generación, ni de nuestros hijos; y mis lágrimas nacen de la terrible creencia que me domina de que no seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en el Plata la brillante aurora de nuestra libertad civilizada, porque nos falta para ello naturaleza, hábitos y educación para formar esa asociación de hermanos que sólo la grandeza de la obra santa de nuestra independencia pudo inspirar en la generación de nuestros padres.

-Sí, sí, nos asociaremos -gritaron muchos jóvenes.

-Silencio, Eduardo, silencio por Dios -dijo Daniel al oído de Eduardo.

-Sí, amigos míos, nos asociaremos -continuó Daniel-, y bajo el entusiasmo de esa idea debemos separarnos ya. Yo redactaré nuestro estatuto. Será sencillo, la expresión de una necesidad bien simple: la de poder juntarnos en un cuarto de hora cuando la defensa o la iniciación revolucionaria lo requieran.

»Hoy es el 24 de mayo. Separémonos antes que la luz del 25 sorprenda a tantos argentinos reunidos, que no pueden, sin embargo, saludarla libres.

»El 15 de junio nos volveremos a reunir en esta misma casa y a las

mismas horas.

»Una sola palabra más: ponga cada uno de vosotros sus medios, su influencia toda para evitar que nuestros amigos emigren; pero si decididamente lo quieren, que se acerquen a mí; yo respondo de la seguridad en su embarque. Pero sólo para este caso buscad mi persona. Fuera de él, huid de mí; censurad mi conducta entre los indiferentes; enturbiad mi nombre con vuestra censura, pues llegará el momento en que yo lo purifique en el crisol de la libertad patria. ¿Estáis satisfechos, tenéis en mí una completa confianza?»

Los jóvenes se precipitaron a Daniel y un fuerte abrazo fue la respuesta que recibió de cada uno.

En seguida, abrióse la puerta que daba a la sala, luego los postigos a la calle; y, diez minutos después, no quedaban de los jóvenes de la reunión, sino Daniel y Eduardo.

Ellos volvieron de la sala al cuarto en que había tenido lugar la sesión; y allí, parado junto a la mesa, con su sombrero puesto, y una capa color pasa sobre sus hombros, Daniel y Eduardo encontraron a un personaje que durante la escena anterior había oído todo desde el cuarto contiguo al de la reunión, y cuya puerta había estado intencionalmente entreabierta.

-¿Y bien, señor?

-¿Y bien, Daniel?

-¿Está usted satisfecho?

-No.

Eduardo se sonrió y se puso a pasear.

-¿Pero qué opinión ha formado usted, señor? -preguntó Daniel al nuevo personaje.

-Que todos han salido conmovidos por esa virtud santa del entusiasmo patrio; que todos serían capaces en este momento del más heroico y grande sacrificio; pero que antes del 15 de junio ya no estará la mitad de ellos en Buenos Aires, y la otra mitad se habrá olvidado de la asociación.

-Pero entonces, ¿qué hacer, señor, qué hacer? -exclamó Daniel dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, olvidando por un momento el respeto con que parecía tratar a ese personaje, en cuya ancha y noble fisonomía estaba dibujada la superioridad y el talento.

-¿Qué hacer? Insistir, insistir siempre, y dejar comenzada una obra que acabarán nuestros nietos.

-Pero, ¿y Rosas? -preguntó Daniel.

-Rosas es la expresión ingenua de nuestro estado social, y ese estado mismo se opone a nosotros y lo sostiene a él.

-Sin embargo, si conseguimos matarlo...

-¿Quiénes? -preguntó sonriendo el interlocutor de Daniel.

-Cualquier hombre de corazón, señor.

-No, Daniel, no: para ser tiranicida se necesita una de dos cosas: o una grande venalidad de alma para vender su puñal, y hombres de éstos no existen en nuestro partido, o un gran fanatismo republicano, y esto último no existe en nuestro siglo,

-Y entonces ¿qué hacer?

-Trabajar, trabajar siempre: un hombre que se consiga ganar para la libertad y la civilización, es al fin un triunfo por pequeño que sea. ¿No es así, Belgrano?

-Así es, señor.

-Entonces hemos hecho bastante por esta noche. Marchemos, mis

amigos, mis hijos. Dios a lo menos os dará el premio que se merece la sanidad de vuestra conciencia.

-Vamos, señor-dijeron los dos jóvenes pasando a la sala con aquel hombre que parecía tener sobre ellos una influencia moral ejercitada desde mucho tiempo.

Él mismo dio su brazo a Eduardo, que movía su pierna izquierda con visible dificultad.

El fiel Fermín estaba sentado en la puerta de calle observando si alguien se aproximaba a la casa.

-¿Ha llegado el coche? -le preguntó Daniel.

-Hace media hora que está en la bocacalle.

El sereno acababa de cantar las once.

A una palabra de Daniel, Fermín marchó al interior de la casa y volvió con el criado de Eduardo, que hacía la centinela de retaguardia; y Eduardo, el nuevo personaje y el criado se dirigieron a la bocacalle para tomar el coche.

Una vez solo Daniel con su criado en la casa, dio en el patio un ligero silbido, y una voz meliflua, resfriada, trémula, le respondió de la azotea:

-Aquí estoy. ¿Bajo ya de esta altura frígida, sombría y terrible, mi querido y estimado Daniel?

-Sí, baje usted, mi querido y estimado maestro -dijo Daniel imitando la voz y el estilo de nuestro buen amigo Don Cándido Rodríguez.

-Daniel, tú precipitas mi salud y mi alma...

-Marchemos, señor, que alguien nos espera en el coche.

Y Daniel, arrastrando a Don Cándido, salió de la casa de Doña Marcelina, cuya puerta cerró Fermín, guardándose la llave. Don Cándido y

Daniel subieron al coche, que luego de saltar Fermín y Manuel a la zaga, se sumergió en la oscurísima calle de Cochabamba; parando, quince minutos después, en la calle del Restaurador, tras de San Juan, donde bajó el personaje que hemos mencionado, siguiendo en seguida el carruaje hasta la casa de Daniel, donde bajaron todos cerca de las once y media de la noche.

IX. Promesas de la imaginación

Promesas de la imaginación

-A la plaza Nueva -dijo Daniel a su cochero inglés, que hizo partir los caballos a gran trote dirigiéndose al lugar indicado para dejar en él a Don Cándido, que, como se sabe, vivía a pocos pasos de allí; y luego los dos jóvenes, seguidos de sus criados, entraron en la casa de Daniel.

Por la sala de ella iba Daniel, y ya su levita estaba desabrochada, y deshecho el lazo de su corbata, para no perder sino el muy necesario tiempo en cambiar su traje ordinario en uno de baile; que para aquella organización inquieta, para aquella existencia tormentosa no había en el tiempo un solo minuto inútil, pues todos estaban consagrados a la actividad de su inteligencia y de su corazón.

-Piensa que no puedo seguirte a ese paso -le dijo Eduardo, que sólo con gran dificultad andaba.

-Piensa que son cerca de las doce; y que a esa hora deben entrar Amalia y mi Florencia al baile; y que yo debo estar allí para velar por ellas, y para ciertas presentaciones muy necesarias hoy -le respondió Daniel, entrando a su alcoba y desvistiéndose, mientras Fermín, que adivinaba sus

pensamientos, ponía luces delante de un espejo y le preparaba un traje.

-¿Ah, eres muy feliz, Daniel! -dijo Eduardo echándose en un sillón y estirando su débil y dolorida pierna, al mismo tiempo que desabrochaba su levitón, porque en ese momento su herida del hombro derecho le incomodaba demasiado.

-¿Decías, mi querido Eduardo?

-Decía que la Naturaleza ha hecho de ti el ser más original y más feliz al mismo tiempo.

-¿Creeslo que dices?

-Lo juraría. Tienes una facilidad inaudita para dejar tu pensamiento en los sucesos que quedan tras de ti, y fijarlo a tu antojo en los sucesos nuevos que procuras. Juegas tu vida; te entregas en cuerpo y alma a la intriga política, a los peligrosos acontecimientos del día; tu espíritu se levanta, hace grande, altiva, dominatriz, tu inteligencia; y dos minutos después de ser el primero en el poder de tu voluntad y en la grandeza de tus ideas, pasas con una puerilidad, con una hilaridad sorprendente, de lo más alto de la vida a las vulgaridades de ella. Sabes de dónde venimos, lo que acabamos de ser, y, sin embargo, ahí estás delante de tu espejo como el más frívolo de nuestros jóvenes, preparando tu cabello para ir a lucir a un baile, como si tal cosa acabaras de hacer, como si tal hombre acabaras de ser. Esto es, mi amigo, lo que se llama ser feliz en la vida.

-¿Está bien así? -preguntó Daniel dándose vuelta, dirigiéndose a Eduardo y señalando el lazo de una corbata de batista que acababa de ponerse.

-Vete al diablo -le contestó Eduardo haciendo un gesto de malísimo humor al oír la burlona contestación de su amigo acompañada de una

gravedad la más irónica posible.

-Me voy al diablo -dijo Daniel volviéndose al espejo y continuando su tocador-. Prosigue, mi querido Eduardo -continuó-, los estudios sicológicos son habitualmente tu fuerte; pero yo creo que después que concluyas tu discurso voy a darte apenas la clasificación de mediano... ¡Ah, no respondes! Pues bien: yo continuaré por ti.

Y Daniel, que concluía su tocador, vino y sentóse al lado de su amigo apoyando su brazo sobre uno de los del sillón en que estaba.

-No hay nada, mi querido Eduardo, que se explique con más facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa que una expresión cándida de las leyes eternas de la Naturaleza. Todo en el orden físico como en el orden moral es inconstante, transitorio y fugitivo: los contrastes forman lo bello y armónico en cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta más esa variedad infinita que reina en el universo, que en el alma humana. En un día, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazón, la inteligencia y el espíritu se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego, o el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ala de un insecto, la mínima cosa hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente, como otra cualquiera de mayor importancia. En medio de la felicidad, cruza fugitiva una idea; el cristal de nuestra dicha se empaña un momento, y una lágrima cae al corazón en medio mismo de la embriaguez de su ventura. De la ocupación más seria se desciende instintivamente a los goces, o a los pasatiempos más frívolos; y en medio de esas grandezas de alma que suelen deificar la vida de un mortal, la

vulgaridad viene a poner de repente su rasgo en el grande y luminoso cuadro de esa vida. Los hombres que temen la espontaneidad de su naturaleza se cubren con el velo de la hipocresía, denso para el vulgo, trasparente para los hombres que tienen inteligencia en sus miradas. Esos hombres eternamente graves en la expresión de su semblante, en sus discursos y en sus maneras, esos hombres mienten, o su gravedad no es efecto de la importancia filosófica de su alma, sino de una inflexibilidad de su espíritu, que los hace incapaces para la mayor parte de las situaciones de la vida, o que los hace de condición mala en la sociedad. Los que no son hipócritas, son como yo: siguen el curso de las diferentes impresiones que los rodean. Además, Eduardo, yo soy porteño; hijo de esta Buenos Aires cuyo pueblo es por carácter el más inconstante y veleidoso de la América; donde los hombres son, desde que nacen hasta que se mueren, mitad niños y mitad hombres, condición por la cual buscaron el despotismo por el gusto de hacer una inconstancia a la libertad. Y esto mismo lo piensas tú, Eduardo. Pero ¿quieres que yo te enseñe a profundizar el corazón humano con una sola mirada, o a interpretarlo a una sola palabra que pronuncian los labios? ¿Quieres que te pruebe cómo las inteligencias más altas descienden de las ideas más sociales a un sentimiento de individualidad y de egoísmo? Pues bien, en ti mismo tengo el ejemplo.

-¿En mí? -contestó Eduardo volviendo sus ojos a Daniel.

-En ti, Eduardo, en ti. No te ha chocado el verme pasar de una ocupación política, grave y difícil, a la compostura de un vestido de baile, no; lo que te ha chocado es tu mala fortuna; es decir, el no poder tú también venir conmigo.

-¿Yo, Daniel?

-Tú, Eduardo. Tú que acabas de hablar como un gran filósofo en nuestra reunión, y unos minutos después no haces sino sentir como cualquier pobre diablo enamorado de una mujer. Acabas de pensar en la patria, y estás pensando en Amalia. Acabas de pensar cómo conquistar la libertad, y estás pensando cómo conquistar el corazón de una mujer. Acabas de echar de menos la civilización en tu patria, y echas de menos los bellísimos ojos de tu amada. Esa es la verdad, Eduardo. Ese es el hombre, esa es la Naturaleza.

Eduardo bajó su cabeza y llevó la mano a sus cabellos.

-Y ¿crees que te hago la mínima inculpación, amigo mío? -prosiguió Daniel-. No. Pocas veces he sentido mayor contentamiento que cuando he llegado a conocer que amabas a mi prima. Esa mujer tan delicada, tan poética, tan bella, es la que mejor conviene a tu corazón y a tu carácter. Ella te ama, ¿qué más puedes desear?

-No, Daniel, no puede ser: ella me compadece solamente.

-No; ella te ama. Tu misma situación dramática ha sido un incentivo a su corazón.

-¿Lo crees? Repítemelo, ¿crees que soy amado de Amalia? -preguntó Eduardo con esa ansiedad de los corazones locamente enamorados, que no se satisfacen jamás de oír repetir las seguridades de su felicidad.

-Lo creo, y creo más: creo que antes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires: Amalia y tú, Florencia y yo.

-Sí, Daniel, yo la amo. Tú conoces mi vida, sabes esa existencia árida en que ha vegetado mi corazón; este corazón tan rebelde a las vulgaridades de la vida; este corazón que parecía guardar toda su savia, toda la virginidad de sus afectos, para alguna mujer privilegiada que yo creía que existía

solamente en los sueños de mi imaginación; este corazón la ha hallado y la ama, Daniel, con el entusiasmo que se ama la gloria, con la sensibilidad que se ama a una hermana, con la adoración que se ama a Dios. Mi naturaleza abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece extenderse en el espacio celestino de la felicidad. Mi sueño es poseerla; vivir a su lado, cubrirla con mis manos para que la luz del día no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay más allá para la inteligencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo; y si fuera un Dios, yo escogería el más radiante de mis astros y la diría: Amalia, reina aquí...

-Bien, mi Eduardo -exclamó Daniel, pasando su mano por la pálida y noble frente de su amigo-, donde no hay esa exaltación poética del corazón, no hay verdadero amor a los veinte y siete años de la vida.

-La amo, Daniel -continuó Eduardo, casi sin oír las palabras de su amigo-, la amo y quiero ser su esposo; mi corazón, mi vida, mi fortuna, todo es de ella. Viviremos siempre en el campo, siempre en la misma casa donde cambiamos nuestra primera mirada. ¿No es verdad que esa felicidad me espera, Daniel?

-Sí, Eduardo, y más que ésa todavía, oye: dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso a los trabajos de la inteligencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria. Viviremos juntos. Haremos en Barracas una magnífica casa, en una parte de ella vivirás tú y Amalia; en la otra mi Florencia y yo; y cuando necesitemos extraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los

buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

-¡Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos educaremos nuestros hijos, ¿no es verdad? Y olvidaremos esos días pálidos de nuestra juventud; esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la existencia de la patria y...

-¿Lo ves? ¿No te lo dije? Eramos muy felices hace un instante con las promesas de nuestra imaginación, y, sin saber cómo, arrojas tú mismo en nuestra copa de néctar esa gota amarga de los recuerdos patrios. ¡Bah! Dejemos esto -dijo Daniel levantándose y mirando el reloj-, van a dar las doce, Eduardo.

-Bien, anda.

-Amalia no ha de querer estar sino hora y media o dos horas en el baile.

-¿Y para qué más? Mira: no permitas que baile con ninguno de esa canalla inmunda, para que no la manche ninguno con su aliento, ¿oyes?

-Bien, ¿qué más?

-Cuando salga, dale tú el brazo hasta el coche.

-Eso es, y que Florencia vaya con el primero que la tome.

-Pero tienes dos brazos.

-Sea en hora buena, ¿qué más?

-Después del baile llevarás a Florencia hasta su casa, ¿no es cierto?

-A no ser que quieras que Florencia se vaya sola.

-Bien, a las dos de la mañana en punto, yo estaré en tu coche, cerca de la casa de Florencia; cuando hayan dejado a ésta, nos cambiaremos: tu pasarás a tu coche, y yo subiré en el de Amalia, para acompañarla a Barracas.

-¡Ah! Yo pensaba, caballero, que usted me haría el honor de cenar

conmigo.

-¡Daniel, hace diez horas que no la veo! Mañana pasaremos todo el día juntos en Barracas. ¿Me perdonas?

-A condición de una cosa.

-La que quieras.

-Que mañana te dejarás estar en cama todo el día.

-¡Diablo! ¿Y qué quieres que haga en la cama después de haber pasado en ella veinte días eternos?

-Calmar la irritación que se haya producido hoy en tus heridas. No puedes tenerte, loco, hace doce horas que andas caminando en un pie; y un amante así es lo más ridículo posible -dijo Daniel sonriendo.

-Sí, pero es que... no se me conoce -contestó Eduardo, colorado hasta las orejas y tratando de poner muy derecha su pierna izquierda.

-¡Oh mundo! ¡Oh mundo! -exclamó Daniel echando al aire una bendición.

-¡Vete al diablo! -dijo Eduardo arrellanándose en el sillón.

-No; me voy al baile; y lo primero que haré será bailar en tu nombre con... ¿quieres que sea con Doña María Josefa?

-Estás de un humor insoportable, Daniel.

-¡Ah!, entonces será con Amalia. ¿Te parece bien?

Eduardo extendió la mano y apretando muy fuerte la de su amigo, le dijo:

-Para Amalia.

Y, separados los dos jóvenes, Eduardo quedó meditando en el sillón, y Daniel subió a su coche, cuyos caballos hicieron chispear las piedras de la calle de la Victoria, partiendo en dirección a la plaza de ese nombre.

X. Donde continúan las escenas de un baile

Donde continúan las escenas de un baile

Daniel entraba a los salones del baile a las doce de la noche, como se ha visto al final del capítulo VII.

Florencia paseaba los salones, y Daniel se dirigió a su prima, sentada al lado de aquella intransigible señora que parecía saber de memoria la biografía de cuantos allí estaban.

La señora de N... contestó algo fría al saludo de Daniel, y éste tomó la mano de Amalia, le dio su brazo, y la dijo, paseándola por la sala:

-¿Has conversado mucho con esa señora?

-No. Pero ella ha hablado desmedidamente.

-¿Sabes quién es?

-Es la señora de N...

-No; es el marido de la señora N...

-¿Cómo?

-Digo que en ese matrimonio están invertidos los sexos, ella es él, y él es ella.

-En cuanto a la mitad no tengo duda.

-Es la unitaria más intransigible; la porteña más altiva que creo ha existido jamás. Algo muy picante te decía al entrar yo, pues que te reías tanto.

-Sí, me refería que la señora de Rolón convida a sus tertulias anunciando que se abren con café con leche.

-¡Oh!

-¿No es cierto?

-No, no, Amalia; son invenciones de las unitarias, cuya imaginación está irritada. No tienen otras armas que el ridículo, y se valen de ello a las mil maravillas. La señora de Rolón es de lo mejor que hay en el círculo federal; su corazón siempre tiene sensibilidad para todos, y su mano no se cierra nunca a los desgraciados. Pero a otra cosa: ¿hace mucho tiempo que has llegado?

-Veinte minutos apenas.

-¿Te han presentado a Manuela?

-No.

-¿A Agustina?

-Tampoco. No conozco a nadie-dijo Amalia con toda candidez.

-¡Válgame Dios! Y Florencia ¿qué ha hecho?

-Bailar.

-¡Ah, bailar!

-Aún no se había sentado, y ya estaba en baile, y ahora...

-Sí, sí, ahora, mírala, allá anda.

-¿Quién es el que la acompaña?

-Es un amigo mío; pero ven, allí está Manuela, voy a presentarte a ella.

-Dime, ¿tengo que gritar: ¡Viva la Federación! al saludarla? -preguntó Amalia mirando a su primo con una sonrisa la más picante del mundo.

-Manuela es lo único bueno de toda la familia de los Rosas, quizá lleguen a hacerla mala, pero la Naturaleza la ha hecho excelente -dijo Daniel casi al oído de su prima, y cuando estaban ya a cuatro pasos de la hija del dictador argentino.

-Mi prima, la señora Amalia Sáenz de Olavarrieta, quiere tener la satisfacción de ofrecer a usted sus respetos, señorita -dijo Daniel a Manuela, dándola la mano y haciéndola una elegante cortesía.

Manuela se levantó de su asiento, cambió con Amalia los cumplimientos de estilo, en el mejor tono posible, y ella misma le ofreció un asiento a su lado.

Daniel pidió permiso a Amalia de dejarla un instante y fue a buscar a su Florencia, perdida entre la multitud de parejas que cuajaban los salones.

-¿Sabe usted, señorita, dónde podré hallar a la señorita Florencia Dupasquier? -preguntó Daniel a la misma Florencia, luego que consiguió llegar hasta ella.

-Allí -respondió Florencia, señalando un grande espejo donde se reproducía en ese momento su preciosa figura.

-¡Ah!, mil gracias, pero está tan lejos, que me veo privado a pesar mío de invitarla para lo primero que se baile.

-Es una felicidad, caballero, porque esa señorita está comprometida. ¿No es verdad, señor? -preguntó Florencia dirigiéndose a su compañero, que no era otro que uno de los amigos íntimos de Daniel.

-¿Y puedo saber quién es el feliz caballero que acompañará a usted?

-¿A usted?

-A la señorita Florencia.

-Un servidor de usted -dijo otro joven que se aproximaba a los interlocutores en ese momento, y que era uno de los que habían asistido a la reunión secreta pocas horas antes.

-¡Ah! Está visto, es una verdadera conspiración contra mí -dijo Daniel paseando encantado sus miradas por el rostro y el talle de su novia.

-Usted lo ha dicho -dijo Florencia.

-Está bien, yo buscaré algo que se asemeje a la señorita Florencia -le contestó Daniel, haciéndola un gracioso saludo, cambiando una sonrisa que quería decir en cada uno, estoy contento, y volviendo adonde estaba Amalia en sostenida conversación con la señorita Manuela Rosas.

Por predispuesto que estuviese el ánimo de Amalia contra el apellido de aquella joven, su amabilidad y sencillez habíanse insinuado en su carácter naturalmente bueno y generoso. Manuela a su vez impresionada por la belleza de Amalia, por la suavidad de su acentuación, y por ese buen tono sin esfuerzo que se descubría en ella, dejó arrastrar fácilmente sus simpatías hacia la hermosa prima de Daniel, cuyo talento había sabido apoderarse del buen querer de cuantos rodeaban a Rosas, apareciendo a los ojos de las mujeres, como frívolo y enamorado solamente, cosas de gran valor entre ellas, y a los ojos de los hombres, como un joven que preparaba su inteligencia para ser útil algún día a la Santa Causa de la Federación.

Una y otra, pues, conversaban con interés, si no con amistad, cuando Daniel se llegó a su prima, y el coronel Don Mariano Maza a la señorita Manuela, a tiempo también que se paraba delante de las dos jóvenes el redactor de la Gaceta y comandante de serenos Don Nicolás Mariño.

Un vals empezaba.

El coronel Maza presentó su mano a la hija de su gobernador, y ésta la aceptó y levantóse en el acto: estaba comprometida para ese vais.

El redactor de la Gaceta quiso imitar la pantomima de Maza: estiró la mano hacia Amalia balbuciendo algunas palabras.

Daniel, sin hablar una sola, tomó de la mano a su prima, la levantó, y dándose vuelta hacia Mariño, que permanecía con la mano estirada, le dijo con la sonrisa más diplomática del mundo:

-Está comprometida, señor Mariño.

Y como el anuncio no tenía contestación, el redactor se quedó en su puesto mientras los primos se colocaron entre las parejas del vals.

Dos de ellas quedaron al fin dueñas del campo: Florencia y su compañero, Amalia y Daniel.

Florencia y Amalia, eran, más bien que dos mujeres, dos ángeles que volaban rozando la tierra con sus alas.

Florencia, radiante, animada.

Amalia, tranquila, impulsada por la voluptuosidad de la música y del movimiento.

Una y otra, sostenidas en el brazo de su compañero, no pisaban la alfombra, se deslizaban en ella como dos sombras, como dos creaciones del espíritu.

Las miradas de todos las seguían, se perdían con ellas en los giros fugitivos del vals, y se afanaban en vano por descubrir, bajo las nubes de seda y blondas, el pie delicado y flexible en que se apoyaban aquellos céfiros de amor, que pasaban junto a todos como suspiros de la música, como emanaciones de la luz.

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una

voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salón, tan tranquilas, como si acabasen de levantarse de su asiento.

Florencia tenía pintadas de rosas sus mejillas.

Amalia estaba bañada de la palidez del nácar.

Florencia estaba bellísima.

Amalia, divina.

Las dos amigas sentáronse juntas en un ángulo del salón, y a pocos instantes Manuela, del brazo de Agustina, se acercó a Amalia.

Daniel permanecía de pie delante de su amada y de su prima.

Manuela presentó a Agustina, quien con los labios se dirigía a Amalia y con los ojos a la hermosa perla que sujetaba los espléndidos cabellos de la tucumana.

Sentáronse juntas las cuatro jóvenes, y mientras Manuela entretenía la conversación con Florencia, Agustina se ocupaba en hacer pregunta sobre pregunta a Amalia, sobre el vestido, sobre las cintas, los encajes, etc., etc.

Amalia estaba aturdida de la candidez de la bella porteña, y de cuando en cuando con los ojos interrogaba a Daniel sobre la especie de señora que tenía a su lado. Agustina, sin embargo, nada notaba de semejantes miradas. Las suyas inspeccionaban hasta la costura del vestido de Amalia.

-Yo quiero que seamos muy amigas -le dijo Agustina después de haberla preguntado, si sabía dónde encontraría para comprar una perla semejante a la que tenía en su cabeza.

-Será para mí un grande honor, señora, el disfrutar de la amistad de usted -le contestó Amalia.

-Hace mucho tiempo que deseaba esta ocasión -prosiguió Agustina-, y

ya había pensado el ir a casa de usted aunque nadie me presentase; porque yo soy así, soy muy franca con mis amigas. Y me ha de mostrar usted todo cuanto tiene, ¿no es verdad?

-Con el mayor placer.

-Aquí no hay nada hoy; las tiendas están vacías, y si no hubiera sido por Florencia, no hubiera hoy tenido un vestido con que venir al baile. Ahora sólo llegan de encomienda los vestidos de Francia. Pero es preciso tener quien los mande de allí, ¿no es verdad?

-¡Ah, sin duda!

-Pues eso mismo le digo yo a Mansilla todos los días; ¡pero qué! ¡Si es lo mismo que si hablara con la pared! ¡Qué feliz fue usted con su marido! Dicen que todo lo que usted tiene se lo hizo traer de Francia, ¿es cierto?

-Sí, señora, es cierto.

-¡Oh, qué felicidad!

La conversación siguió, poco más o menos, sobre los asuntos que hacían en esa época el mundo, el paraíso de Agustina. Daniel iba a tomar parte en la conversación para darle otro giro cuando se interpusieron entre él y Agustina un caballero negro y gordo y bajo, y una señora alta y gorda y blanca, que eran nada menos que el señor Rivera, doctor en medicina y cirugía, y su esposa Doña Mercedes Rosas, hermana también de Su Excelencia el Gobernador.

No lucía tanto en esa señora el vestido de raso color sangre que traía puesto, con guarniciones de terciopelo negro, ni los grandes zarzillos de topacio, ni los hilos de coral que traía al cuello, como lucían sobre la blanquísima cutis de su rostro unos rizados lunares rubios, cuya exuberancia se ostentaba con más esplendidez en la redonda y turgente

barba.

Esta señora, cuya vocación eran las Musas, y cuyos instintos eran por la democracia, paróse entre Agustina y Amalia, no como si acabara de beber un vaso de agua de la fuente Hipocrene, sino como si acabase de sorber cuatro grandes tazas de la ponchera de Hoffmann; es decir, que la buena señora del médico Rivera tenía la cara roja y no rosada, y que por los carrillos, que habrían dado envidia al mejor guardián del buen economista San Francisco, caían en hilo unas líquidas perlas que, filtrando por los abiertos poros de las sienes, bajaban como rocío a humedecer los redondos y blanquísimos hombros.

-¡Che!, te he andado buscando por todas partes -le dijo a su hermana Agustina.

-Bien, ya me has hallado, ¿qué quieres?

-Sudando estoy, mujer; vamos a la mesa.

-¿Ya?

-Sí, ya, ¿cómo está usted, señor Bello?

-Señora, estoy a los pies de usted.

-Y ¿qué se ha hecho que no se le ve en ninguna parte? Enamorando a todas; ¿ésta es su prima?

-Sí, señora, la señora Amalia Sáenz de Olavarrieta, y tengo el honor de presentársela a usted.

-Me alegro mucho de conocer a usted -dijo Doña Mercedes dando la mano a Amalia, que se había puesto de pie a la presentación de Daniel-. Yo tendré mucho gusto en que usted me trate -continuó-. No espere que Bello la lleve a mi casa, vaya no más a comer cuando guste. Si quiere, mi marido la irá a buscar, porque yo no soy tan celosa como él; este es mi

marido, Rivera, el médico Rivera; ¿no le conocía usted?

-No tenía ese honor, señora.

-Si, mucho honor; ¡si usted supiera lo que es! No me deja ni respirar, en su cara se lo digo para que se avergüence; ¿lo oyes?

-Lo oigo, Mercedes; pero estás embromando.

-¡Sinvergüenza! Con que ya sabe, cuando quiera se va no más como a su casa.

Amalia no sabía qué contestar. Estaba aturdida, perdida. No había ni imaginádose que existieran personas semejantes en el mundo, y mucho menos el que tuviera que entenderse con ellas. Y, sin embargo, el carácter de esta hermana de Rosas, tan originalmente cándida, era el mejor y mas inofensivo de la familia.

Felizmente, el comandante Maza, que parecía el caballero de Manuela en esa noche, se presentó a invitarla para llevarla a la mesa, y la escena cambió súbitamente.

Pararse Manuela y pararse todo el mundo, fue obra de un instante.

Las damas federales se precipitaban a seguir de satélites el astro radiante de la Federación de 1840. Cada una quería acercársele y marchar junto a ella para colocarse a su lado en la mesa.

Las damas unitarias, al contrario, o se dejaban estar en su asiento, o se separaban lo más posible de las otras, cambiando entre ellas miradas conversadoras y significativas.

Daniel, en el momento de levantarse Manuela y Agustina, hizo señas a uno de sus amigos; se acercó, le habló dos palabras al oído, y el joven presentó su brazo a Amalia, mientras Florencia tomó el de Daniel.

Así marchaban al gran comedor del palacio, atravesando los salones y

las galerías, cuando la señora de N.., conducida por un caballero joven, se acercó a Amalia y la dijo al oído:

-La felicito a usted por sus nuevas amistades.

Amalia contestó con una sonrisa.

-Comprendo esa sonrisa. Estamos de acuerdo. Pero hay una cosa grave.

-¿Una cosa grave? -dijo Amalia parándose, y sintiendo un fuerte latido en su corazón, porque allí lo que no la asustaba, la inquietaba.

-Sí.

-¿Y cuál?

-Mariño está en el asunto.

-¿Aquél hombre de los ojos?...

-Aquel hombre de los ojos.

-Pero bien, ¿qué hay?

-¿Qué hay?

-Sí

-Que la sigue a usted con las miradas en todas partes: que la devora a usted, y que acaba de decir a un amigo mío, que ha de ser usted suya, o que el diablo se lo ha de llevar.

-¡Ah! Entonces felicitémonos, señora, y vamos a la mesa -dijo Amalia volviendo a tomar el brazo de su compañero.

-No, no, despacio -dijo la señora de N...-. Usted no sabe, mi querida, qué hombre es ése.

-¡Ese hombre! Ese hombre es un loco y nada más, señora -contestó Amalia haciendo un imperceptible movimiento de hombros y saludando con una graciosísima sonrisa a la señora de N...

Daniel estaba en ascuas por la demora de Amalia, reservándola en la

mesa una silla al lado de Florencia, y temiendo por momentos que la ocupase alguna otra.

Felizmente, Amalia entró al comedor cuando aún no había sido ocupado aquel asiento, y se colocó en él: Daniel y su amigo permanecieron tras de las sillas de ambas jóvenes.

El sempiterno maestro de ceremonias, coronel Erézcano, había determinado ciertos asientos en la mesa, según el rango de ciertas de las personas que allí estaban. Los demás asientos se ocuparon por las señoras indistintamente.

XI. Escenas de la mesa

Escenas de la mesa

La señorita de Rosas ocupaba una de las cabeceras de la mesa; a su izquierda estaba el señor ministro de Hacienda Don Manuel Insiarte, y a su derecha el señor ministro de Su Majestad Británica caballero Mandeville, que poco antes había dejado en su casa a Su Excelencia el señor Gobernador, después de haber tenido el placer de verlo en su mesa en el convite diplomático dado en celebración del natalicio de Su Majestad la reina Victoria, igualmente que al señor ministro Arana, que después del banquete hubo retirádose a su casa, algo incomodado del estómago.

En seguida del señor Mandeville estaba Doña Mercedes Rosas de Rivera, y frente a ella su hermana Agustina, teniendo a su izquierda al señor Picolet de Hermillon, cónsul general de Cerdeña; seguían después todas las principales señoras de aquella reunión federal, colocados entre ellas algunos personajes notables de la época, y conservándose los demás caballeros, unos de pie tras las sillas de las señoras, otros formando grupos en los ángulos del comedor.

Frente a la señorita Manuela, en la cabecera opuesta de la mesa, estaba sentado el general Mansilla.

Un silencio, apenas interrumpido por el ruido de la porcelana y los cubiertos, inspiraba un no sé qué de ajeno al lugar y al objeto de aquella reunión, y ponía en conflicto a la parte más crecida de los asistentes, en medio de ese silencio de funerales. ¡Era de verse la pantomima de aquellas señoras esposas de los heroicos defensores de la santa causa, al llevar cada bocado a su boca!

El tenedor se levantaba del plato con una delicadeza tal que parecía entre los dedos el fiel de una celosa balanza, pronto a inclinarse al más ligero accidente. El pedacito de ave o de pastel era llevado a los labios con la misma delicadeza con que una persona de buen gusto lleva a las narices una delicada flor del aire, y los indecisos labios lo tomaban tiernamente, después que los ojos habían girado a derecha e izquierda para ver si alguien notaba el pecado capital de comer cuando se está para ello en una mesa.

Todos los preceptos del catón éranse allí escrupulosamente cumplidos: el cubierto, siempre sobre el plato, y sobre el plato siempre lo que en él se había servido; esperando todos que alguien preguntase, para contestar; y como nadie preguntaba, ninguno de los convidados hablaba una palabra.

Había allí, sin embargo, una dama que comía más libremente que las otras; y era la señora esposa de Don Antonio Díaz, personaje célebre de la emigración oriental que acompañó a Buenos Aires al ex presidente Oribe. Esta señora, madre de preciosas hijas que allí estaban, se entretenía en comerse medio budín, como postre de una piernita de pavo y de una tierna pechuga de gallina, que había saboreado para quitar de sus labios el gusto salado que habían dejado en ellos dos o tres rebanadas de jamón, con que

la señora quiso neutralizar el gusto a manteca que había dejado en su boca un plato de mayonesa con que había empezado a preparar su apetito.

Los coroneles Salomón, Santa Coloma, Crespo, el comandante Mariño; los doctores Torres, García, González Peña; los diputados Garrigós y Beláustegui, eran de los personajes más notables que servían de caballeros federales a las damas de la mesa. Pero los coroneles y el comandante especialmente maldecían con toda buena fe al maestro de ceremonias Erézcano, que colocádolos había en aquel lugar en que cada bocado se les atragantaba como una nuez. Salomón sudaba; Santa Coloma se retorcía el bigote, y Crespo tosía.

El general Mansilla, que mejor que nadie conocía la ridiculez de aquel silencio y de aquella tirantez aldeánica, se fue de repente a fondo sobre el flanco de sus federales amigos:

-Bomba, señores -dijo levantándose con una copa en la mano, y con esa gracia y zafaduría peculiares al carácter del entusiasta unitario del Congreso.

Damas y caballeros se pusieron de pie.

-Brindo, señores -dijo Mansilla-, por el primer hombre de nuestro siglo, por el que ha de aniquilar para siempre el bando de los salvajes unitarios; por el que ha de hacer que la Francia se ponga de rodillas delante del gobierno de la Confederación Argentina; por el ínclito héroe del desierto; por el Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier Don Juan Manuel Rosas; y brindo también, señores, por su digna hija, que en tal día como éste, vino al mundo para honor y gloria de la América.

Las palabras del general Mansilla fueron la mecha, y el pulmón de los ilustres convidados fue el cañón que dio salida a la detonación de su

fulminante entusiasmo.

Se acabó el silencio, se acabó la tirantez, se acabó la aldea; y comenzó el bullicio, la elasticidad y la bacanal.

-Bomba, señores -gritó el diputado Garrigós, poniéndose de pie con la copa en la mano-. Bebamos -dijo-, por el héroe americano que está enseñando a la Europa que para nada necesitamos de ella, como ha dicho muy bien hace muy pocos días en nuestra Sala de Representantes el dignísimo federal Anchorena; bebamos porque la Europa aprenda a conocernos, y que sepa que quien ha vencido en toda la América los ejércitos y las logias de los salvajes unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses, puede desde aquí hacer temblar los viejos y carcomidos tronos de la Europa. Bebamos también por su ilustre hija, segunda heroína de la Confederación, la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

Si el brindis del general Mansilla despertó el entusiasmo en el ánimo de los federales, el del diputado Garrigós despertó la locura dormida momentáneamente en su cerebro. Las copas se apuraron, no quedando una gota de licor, ni aun en la del caballero Mandeville, después de esa amable y lisonjera salutación a la Europa y al trono.

-Bomba, señores -dijo el presidente de la Sociedad Popular, después de haber visto las señas que le hacía su consultor Daniel Bello, que se hallaba frente a él tras las sillas de Florencia y Amalia.

-Brindo, señores -dijo Salomón-, porque nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes viva toda la vida, para que no muera nunca la Federación, ni la América, y para que... y para que... en fin, señores, viva el Ilustre Restaurador de las Leyes; su ilustre hija que hoy ha nacido; y mueran los salvajes unitarios, y todos los gringos y carcamanes del mundo.

Todos aplaudieron federalmente la improvisación de aquel digno apoyo de la santa causa. El mismo ministro británico, como también el cónsul sardo, no pudieron menos de admirar la espontaneidad de aquel discurso, y dejaron los cálices vacíos del espumoso champaña que contenían.

Sólo había una persona que nada comprendía de cuanto allí pasaba; o dicho de otro modo: que no comprendía que en parte alguna de la tierra pudiese acontecer lo que aconteciendo estaba: y esa persona era Amalia.

Amalia estaba aturdida. Sus ojos se volvían a cada momento hacia Daniel, y sus miradas, esas miradas de Amalia que parecían tocar los objetos y descansar sobre ellos, le preguntaban con demasiada elocuencia: «¿Dónde estoy, qué gente es ésta; esto es Buenos Aires, ésta es la culta ciudad de la República Argentina?» Daniel la contestaba con ese lenguaje de la fisonomía y de los ojos que le era tan familiar: «Después hablaremos.»

Amalia se volvía a Florencia algunas veces, y sólo encontraba en la picaruela cara de la joven la expresión de una burla finísima, sin que con eso quedase Amalia más adelantada que antes en sus interrogaciones.

Ni una, ni otra de las dos jóvenes había llevado a sus labios una gota de vino.

Daniel, que estaba en todo, que hacía seña a Salomón, que acababa de hacerlas también a Santa Coloma, que aplaudía con sus miradas a Garrigós, que se sonreía con Manuela, que le enviaba una flor a Agustina, un dulce a Mercedes, etc.; Daniel, decíamos, echó vino en las copas de Amalia y de su Florencia inclinándose entre las dos sillas y diciendo muy bajito:

-Es preciso beber.

-¿Yo? -le preguntó Amalia con una altivez y una prontitud, con una dignidad y un enojo, que hubieran podido despertar los celos de Catalina de Médicis, si esa interrogación hubiera sido hecha en un salón del Louvre, en el reinado de cualquiera de sus hijos, o más propiamente dicho en los reinados de ella.

Daniel no contestó.

Florencia se tomó por él ese trabajo.

-Usted, sí, señora, usted beberá, y beberá conmigo -le dijo Florencia-. Solamente que cuando esos caballeros beban por lo que ellos quieran, muy despacito beberemos nosotras por nuestros amigos... Pero, mire usted, Amalia, Manuela hace a usted señas.

En efecto, Manuela hizo a Amalia un elegante saludo con su copa, que en el acto fue contestado con no menos buen tono por la bellísima tucumana.

-Señores -dijo el comandante y redactor Mariño, que de cuando en cuando giraba sus oblicuas miradas hacia Amalia-: ¡por el grande héroe de la América, por su inmortal hija, por la muerte de todos los salvajes unitarios, sean gringos o nacionales, y por las bellas de la República Argentina! -y los ojos de Mariño dieron media vuelta por delante de Amalia.

Era ya necesario gritar mucho para hacerse oír. Los generales Rolón y Pinedo consiguieron después de grandes esfuerzos el hacer entender su brindis. El coronel Crespo tuvo que ponerse sobre su silla para llamar la atención sobre sus palabras. Pero la voz potente del coronel Salomón dominó de repente la algaraza y dijo:

-Señores, me manda decir la ilustre hermana de su Excelencia nuestro padre, la señora Doña Mercedes, que pida un momento de silencio al entusiasmo federal, porque va a leer unos versos que ha compuesto.

El silencio se estableció súbitamente. Todas las miradas se dirigieron a la poetisa.

La Safo federal daba un papel a su marido, colocado a sus espaldas como era su costumbre.

El marido se resistía a tomar y leer el misterioso canto; y una gresca al oído, pero que parecía ser terrible, furibunda, espantosa, como diría el señor Don Cándido Rodríguez, tenía lugar entre aquellos cónyuges modelo de contraste.

El desamparado papel pasó por fin a las manos de un criado, y de éstas a las del general Mansilla, con un recado de la autora.

El general desdobló el papel; lo leyó primeramente para sí mismo, y luego, y con toda la socarronería tan natural en su espíritu burlón y travieso, se paró con semblante grave, y con el tono más magistral del mundo, leyó en medio de un profundísimo silencio:

Soneto Brillante el sol sobre el alto cielo Ilumina con sus rayos el suelo; Y descubriéndose de sus sudarios Grita el suelo: ¡que mueran los salvajes unitarios!

Llena de horror, y de terrible espanto Tiembla la tierra de polo a polo, Pero el buen federal se levanta solo Y la patria se alegra y consuela su llanto.

Ni gringos, ni la Europa, ni sus reyes Podrán imponemos férreas leyes, Y donde quiera que haya federales Temblarán en sus tumbas sepulcrales Los enemigos de la santa causa Que no ha de tener nunca tregua ni pausa. Mercedes Rosas de Rivera.

La lectura de estos versos originó una sensación en los concurrentes, poco común en los banquetes: dio origen a un temblor general; los unos, como Salomón y su comparsa, Garrigós y la suya, temblaban de entusiasmo; los otros como Mansilla, como Torres, como Daniel, etc., temblaban de risa.

Para las damas federales los versos estaban pindáricos; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento de ser atacadas por accesos de tos, que las obligaron a llevar sus pañuelos a la boca.

Los brindis se sucedieron luego: todos iguales en el fondo, y casi hermanos carnales en la forma.

Los señores Mandeville y Picolet bebieron también a la salud de Su Excelencia el Gobernador y su joven hija.

Y como tienen su fin todas las cosas de este mundo, llegó también el de la suntuosa cena del 24 de mayo de 1840.

Las señoras volvieron a los salones del baile, y mientras la música y los jóvenes las recibían alegres, y mientras Amalia, Florencia, Agustina, Manuela, etc., fueron sacadas en el acto para unas cuadrillas, alegres se quedaron en el comedor, continuando sus entusiastas brindis federales, los heroicos defensores de la santa causa, que no había de tener tregua ni pausa, según el último verso del soneto de Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Fue entonces cuando el entusiasmo subió a sus noventa grados, porque nada hay que dé tanta energía a la expresión de ciertas pasiones en ciertas gentes, como el buen vino, el ruido de las copas y los brindis.

Fue entonces también cuando se vertió una idea, cuya expresión sencilla y reducida a sus términos más precisos, hizo resaltar el fondo de

ella, y que se grabara con acero en la imaginación de los concurrentes: esa idea fue de Daniel.

Este joven, después de haber conducido a Amalia y a Florencia al salón, y dejándolas en baile con dos de sus amigos, volvió al comedor, y, tranquilo, imponente podemos decir, se colocó en una cabecera de la mesa en medio del general Mansilla y del coronel Salomón, tomó una copa y dijo:

-Señores, bebo por el primer federal que tenga la gloria de teñir su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe que están entre nosotros, de espías unos, de traidores otros, y de salvajes unitarios todos, esperando el momento de saciar sus pasiones feroces en la sangre de los nobles defensores del héroe de la América, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes.

Nadie había tenido el valor de definir y expresar tan claramente el sentimiento de la mayor parte de los que allí estaban; y, como sucede siempre cuando alguien consigue interpretar los deseos informes de la multitud, cuyo labio no se presta comúnmente a darles vida y colorido con los incompletos recursos del lenguaje, aquellas palabras arrebataron la admiración de todos, cuya aprobación se manifestó espontáneamente con el coro de estrepitosos aplausos que sucedió al brindis de aquel joven que lanzaba ese anatema de muerte sobre la cabeza de hombres culpables ante la susceptible aunque santa Federación, por el hecho de ser ciudadanos de un país con cuyo gobierno estaba en cuestión el héroe esclarecido de aquella época de subversión y sangre, salvajería y vandalismo.

El mismo general Mansilla no creyó ni por un momento que hubiese una segunda idea en el brindis de aquel joven, y en los secretos de su

pensamiento admiró la locura de aquella alma a quien las doctrinas de la época habían extraviado tanto y tan temprano.

¡Providencia divina! Daniel, que azuzaba las pasiones salvajes de aquellos hombres; Daniel, que en efecto habría dado los mejores años de su vida porque su sanguinario deseo no se cumpliese en algunos de los inocentes extranjeros que residían en Buenos Aires; Daniel, decíamos, era el hombre más puro de aquella reunión, y el hombre más europeo que había en ella. Pero él quería buscar en esas gotas de sangre la ocasión de que la Francia, la Europa entera descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la Federación, para contener de este modo el río de lágrimas y sangre que veía pronto a desbordarse sobre toda una sociedad cristiana e inocente: era la aplicación de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible ley de la filosofía y la moral, que autoriza el sacrificio de los menos para la conservación de los más: era un holocausto de intereses individuales en las aras de la salvación general, lo que buscaba aquel joven consagrado con toda su conciencia a la liberación de su patria, y a reivindicar la humanidad tan ultrajada en ella; y buscaba esto a costa de su nombre, a costa de su porvenir quizá; arrostrando el odio de los hombres honrados, y la imaginación de los malvados, que es todavía peor que aquello para los hombres de virtud y de corazón.

Y como todo el que acaba de cumplir un grande, pero penoso deber, Daniel salió del comedor tranquilo y triste; se dirigió al salón y dijo a su prima:

-Vamos.

Amalia notó que el semblante de Daniel estaba algo descompuesto, y no vaciló en preguntarle por la causa de ello.

-No es nada -la contestó el joven-, acabo de jugar mi nombre a la salud de mi patria.

-Vamos, Florencia -prosiguió Daniel dirigiéndose a su amada, que en aquel momento se acercaba a Amalia.

XII. Después del baile

Después del baile

- I -

Durante que Daniel estaba en la mesa, la señora Doña Agustina Rosas de Mansilla de nuevo había restablecido sus reales sobre los vestidos, alhajas y demás de su nueva amiga, como ya la llamaba; y no había separádose de ella sin prometerla muchas visitas, esperando, decía, que su íntima amiga la señorita Dupasquier la acompañase en ellas.

Manuela Rosas no había hecho preguntas, ni ofrecido visitas, pero estaba inspirada de sincero cariño por Amalia, y deseaba que la casualidad la ofreciera el momento de estrechar su relación con ella.

Algunos minutos después que Amalia, Florencia y Daniel habían salido del baile, el coche paraba a la puerta de la casa de Madama Dupasquier, calle de la Reconquista.

Luego de dejar a Florencia, a cincuenta pasos de su casa, paróse el coche junto a otro en la misma calle de la Reconquista. De este último bajó Eduardo Belgrano a tiempo que Daniel descendió del de Amalia. Ambos

jóvenes se cambiaron algunas palabras, y en seguida Daniel subió a su coche, que era aquel en que Eduardo había estado esperándole, y éste fue a ocupar el lugar de su amigo al lado de la hermosa Amalia.

El carruaje de ésta, cuyo cochero no era otro que el viejo Pedro, teniendo por lacayo al criado de Belgrano, siguió al trote de los caballos la empedrada calle de la Reconquista en dirección a Barracas.

Mientras el coche descendía lentamente la empinada barranca que lleva el nombre del bravo almirante que sostuvo la guerra marítima de la República con el Imperio del Brasil, porque estaba cerca de ella la casa de su habitual residencia, Amalia refería a Eduardo todas las ocurrencias del baile; todas las cosas incomprensibles que se habían presentado a sus ojos, las trepidaciones en que se había encontrado su espíritu; y la violencia que se había hecho para sobrellevar aquellas dos largas horas en que por la primera vez de su vida se había encontrado entre gentes y ocurrencias tan ajenas de sus gustos y de su educación.

Tal era el asunto de la conversación de los dos jóvenes y ya el carruaje se aproximaba a la capilla de Santa Lucía, para tomar la calle Larga, cuando cerca al ángulo que forman allí los dos caminos que se encuentran, fue alcanzado por tres jinetes que, a todo el correr de sus caballos, habían bajado la barranca del general Brown y seguido la misma dirección que traía el coche.

La intención de estos hombres se hizo bien manifiesta desde el momento: dos de ellos flanquearon los caballos del coche y cruzaron los suyos con tal prontitud, que Pedro tuvo que tirar la rienda a los que dirigía.

El otro de aquéllos acercó su caballo al estribo del coche, y con una voz blanda, pero algo trémula por la agitación de la carrera, dijo:

-Somos gente de paz, señora; yo sé que va usted perfectamente acompañada con el señor Bello; pero los caminos están muy solos, y me he apresurado a correr tras el carruaje para tener el honor de ofrecer a usted mi compañía hasta su casa.

El coche estaba parado.

El viejo Pedro se inclinaba sobre el pescante cuanto posible le era, midiendo bien la cabeza de uno de los dos hombres a caballo que estaban junto a los del coche, para hacerle el obsequio de introducirle en ella una onza de plomo perfectamente esférica, que traía guardada entre el cañón de una pistola de caballería que hizo su buen papel en media docena de ciertos dramas que se representaran veinte años antes.

El criado de Eduardo estaba ya pronto a tirarse de la zaga y tomar la medida del primero que llegase a sus manos, con un grueso bastón de tala que previsoramente había colocado entre las presillas del estribo, y que de ellas había pasado a sus manos desde el momento en que se paró el coche.

Eduardo no tenia más armas que un pequeño puñal en el bastón en que se apoyaba al andar.

El individuo que había hablado estaba cubierto con un poncho oscuro y, vuelto hacia los faroles del coche, ninguna claridad daba en su rostro.

Ni Amalia, ni Eduardo conocieron la voz que había hablado. Pero hay en las mujeres todas de este mundo una facultad de adivinación admirable, que las hace comprender entre un millón de hombres, cuál es aquel en que han hecho impresión con su belleza; y en las circunstancias más difíciles y más extrañas una mujer sabe al momento adivinar, si ella hace parte allí, y de dónde o de quién podrá surgir el misterio que los demás no comprenden.

Y no bien acabó el desconocido de pronunciar su última palabra, cuando Amalia se inclinó al oído de Eduardo y le dijo:

-Es Mariño.

-¡Mariño! -exclamó Eduardo.

-Sí, Mariño... es un loco.

-No; es un pícaro... Señor -dijo Eduardo alzando la voz-, esta señora va perfectamente acompañada y suplico a usted tenga la bondad de retirarse, y ordenar que hagan lo mismo los que han detenido los caballos.

-No es a usted a quien yo me he dirigido, señor Bello.

-Aquí no hay nadie de ese nombre; aquí no hay mas que...

-¡Silencio, por Dios! Señor -continuó Amalia dirigiéndose a Mariño-, doy a usted las gracias por su atención, pero repito las palabras de este caballero, y suplico a usted quiera tener la bondad de retirarse.

-Esto es demasiado. Se ha empleado dos veces la palabra suplicar -dijo Eduardo sacando la mano por uno de los postigos del coche para abrir la puerta; pero Amalia asióse de su brazo, y por un esfuerzo sobrenatural lo volvió a su asiento.

-Me parece que ese señor está poco habituado a tratar con caballeros -dijo Mariño.

-Caballeros que paran los carruajes a media noche bien pueden ser tratados como ladrones. Pedro, adelante -gritó Eduardo con una voz metálica y tan entera, que los dos hombres que estaban al lado de los caballos no se atrevieron a pararlos, sin nueva orden del que parecía comandarlos, cuando Pedro dio un latigazo a los caballos, muy dispuesto a hacer uso de su pistola si alguien continuaba a estorbar la marcha del carruaje de su señora.

El comandante Mariño, pues que no era otro que él, picó su caballo en el acto de romper el coche, y siguiendo a su lado a gran galope, pudo hacer oír de Amalia estas palabras.

-Sepa usted, señora, que no he querido hacer a usted ningún mal, pero se me ha tratado indignamente, y esto no lo olvida con facilidad el hombre que ha recibido ese insulto.

Dichas estas palabras Mariño suspendió su caballo y volvió a la ciudad por la barranca de Balcarce, mientras Amalia, cinco minutos después, entraba a su salón del brazo de Eduardo, algo pálida y descompuesta por la reciente escena.

- II -

En el gabinete contiguo al salón, y que se comunicaba con la alcoba de Amalia, dormida estaba sobre un pequeño sofá la tierna compañera de la joven, halagada por el dulce calor de la chimenea en aquella noche cruda de los últimos días de mayo, sobre el que tanto se había precipitado el invierno de 1840.

A un lado de la chimenea estaba preparado el té en el rico servicio de porcelana de la India que hemos descrito en la alcoba de Amalia, sobre la pequeña mesa de nogal.

El mismo Eduardo quitó de los hombros alabastrinos de la joven la capa de terciopelo azul que los cubría, y quedóse extasiado largo rato, contemplando aquella belleza casi ideal, cuyos encantos acababan de ser admirados y ambicionados por tantos hombres, y de cuya posesión él abrigaba en su alma una risueña esperanza desde la mañana de ese mismo día.

¿Qué mujer no se envanece de descubrir la admiración que hacen sus gracias en los ojos del ser predilecto de su corazón?

Amalia olvidó la escena del camino y se halló contenta y feliz al descubrir en la contemplación de Eduardo el enajenamiento inefable que le ocasionaba su belleza.

Ella misma sirvió el té, refiriendo a Eduardo las escenas más notables de la cena del baile, tratando de distraerlo y de enmendar una imprudencia que acababa de cometer: había referídole las miradas de Mariño, y las palabras de él que le había trasmitido la señora de N... Eduardo entonces dio otro valor al acontecimiento de la calle Larga, y no se perdonaba el haber dejado ir a Mariño sin haberle hecho recibir por su mano el castigo que se merecía.

Pero Amalia, si era una divinidad en su belleza y en su espíritu, había pasado también por las manos de la naturaleza femenil, y poseía, como todas las de su sexo, ese repertorio de artes y secretos con los cuales tienen una facilidad exclusiva para volver el contentamiento al corazón de los hombres, mientras que poseen la virtud del Leteo para hacerles olvidar los sucesos o las ideas que quieren; y diez minutos después, Eduardo no se acordaba de Mariño, y el pasado y el porvenir, Buenos Aires y el universo, habían desaparecido de su memoria, absorta toda la acción y la sensibilidad de su alma en ver, en escuchar, en beber el aliento y las sonrisas de su amada.

Si alguien hubiese tenido el poder de las sibilas, y, como los alientos de aquella criatura que dormía tranquila a dos pasos de Amalia y de Eduardo, hubiese podido difundirse en la atmósfera tibia y perfumada de amor de aquel gabinete, habría comprendido entonces todo lo que hay de bello, de

sentimental y de divino en ese amor del alma que sólo sienten los corazones nobles, y en esa lucha terrible, obra del mundo y de los cielos, que se establece entre los sentidos y el espíritu, entre los deseos de la naturaleza y los deberes de la religión y la moral, entre las impresiones de la organización física, y el sentimiento de respeto por el ser amado y por sí propio, cuando dos jóvenes, enamorados uno de otro, se encuentran en lo más fuerte de la impresión de su entusiasmo, instados por todo el incentivo de la soledad y del misterio, y que, sin embargo, cada uno se vence a sí mismo, y deja sobre la frente casta de la mujer el purísimo cendal de ángel con que bajó del cielo.

-¡Sí, soy feliz! -exclamó Amalia después de un momento de éxtasis en que sus ojos habían estado bebiendo amor y felicidad en los de Eduardo.

-¡Amalia! ¡Si yo hubiera perdido por usted los más bellos años de mi vida; si yo hubiera derramado toda mi sangre, si estuviera en la tumba, esas solas palabras serían la corona de mi felicidad y de mi gloria! -exclamó Eduardo oprimiendo entre las suyas la delicada mano de su Amalia.

-¡Sí, soy feliz! ¿Por qué negarlo? -prosiguió Amalia-. Un destino cruel parece que esperó mi nacimiento para conducirme en el mundo. Todo cuanto puede hacer la desgracia de una mujer en la vida, lo selló en la mía la Naturaleza. La intolerancia de mi carácter con las frivolidades de la sociedad; los instintos de mi alma a la libertad y a la independencia de mis acciones; una voluntad incapaz de ser doblegada por la humillación ni por el cálculo; una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande o noble en la Naturaleza; todo esto, Eduardo, todo esto es comúnmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica puedo decir, es más que un mal, es una verdadera

desgracia. Yo tuve la dicha de comprenderla, y entonces quise aislarme en mi patria. Para vivir menos desgraciada, he vivido sola después que quedé libre: y acompañada de mis libros, de mi piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz, he vivido tranquila y... tranquila solamente. Me faltaba algo... sí, algo.

-¿Y bien?

-Hoy, ya no pido a Dios en mis oraciones, sino que conserve mi corazón sin más ambición que la que hoy siento.

-Amalia, ídolo angelicado de mi alma; sí, es necesario mezclar a Dios en este momento, porque de su aliento divino salieron separadas nuestras almas para buscarse y encontrarse en el mundo. Ellas tuvieron un mismo origen; se han hallado; se han conocido, y se han atado para siempre rápida y espontáneamente, como por la obra de una inspiración de Dios. En ambos han sido necesarias las desgracias para alcanzar una felicidad suprema. Amalia, serás mía, mía para siempre, ¿no es verdad?

-Sí, sí; con el alma, con el pensamiento, en todos los instantes de mi vida... pero, nada más ¡por Dios!-exclamó Amalia cubriéndose el rostro con sus manos.

-¡Amalia!

-No, no, jamás... Perdón, Eduardo, no me arranque usted una promesa de que tiemblo... No hay un ser que me haya amado, que me haya pertenecido, que no haya sido pronto presa del infortunio. El genio del mal parece que se suspende sobre la cabeza de aquellos que se identifican en mi suerte.., he perdido a cuantos me han amado..., hay en mis sueños una especie de voz profética, un alarido de predestinación terrible que ha

sacudido mi pobre corazón toda vez que he llegado a imaginar una felicidad futura en mi existencia. Por compasión, Eduardo..., yo acepto ese amor que hace hoy toda la felicidad de mi vida. Ya he sido amada como era la ambición de mi alma; no más, pues... separémonos, lleve usted consigo el regalo del primer amor que he sentido en mi vida; y después... después olvídeme. Yo conservaré estas horas, todas las palabras de usted, como el retrato de una felicidad cuyo original hallé en la tierra, y viviré feliz con la seguridad de volver a contemplarlo en el cielo. Pero no más que esto, Eduardo. Yo sé; tengo fija, encarnada en la vida la idea de que mí amor se convierte en lágrimas y desgracias; y es porque yo amo, que quiero evitar la desgracia en el ser elegido de mi corazón.

Los ojos de Amalia estaban húmedos, radiantes; había algo de inspiración celeste en su mirada; su frente y sus mejillas estaban pálidas; sus labios, rojos como el coral, y sus manos, oprimidas entre las de Eduardo, trémulas como las hojas de una azucena abatida.

-Amalia -la respondió Eduardo-, ya no hay amor en mi corazón: hay la adoración que tienen los mortales por las obras de Dios sobre la tierra; la adoración que tiene un corazón como el mío por todo lo que es grande y sublime en la Naturaleza. A la mujer a quien creía feliz, hube ofrecido tímidamente mi corazón; a la mujer que teme la desgracia, yo le doy mi corazón y mi destino, mi mano y mi porvenir. Yo sé que la muerte está pendiente hace mucho tiempo sobre mi cabeza, moriré a tu lado, tu última mirada me reconciliará con el mundo, y en el cielo recibiré, como un perfume de tu amor, los suspiros que dé tu corazón a mi memoria. Hace un momento que te hablaba el amante; ahora te habla el hombre: un corazón para amarte, un brazo para defenderte, una vida a la consagración

de tu ventura, he ahí, Amalia, lo que te ofrezco de rodillas.

-No, jamás.

Eduardo en efecto hizo la acción de arrodillarse, pero los brazos de Amalia se lo impidieron. Y en ese momento de entusiasmo y de olvido, la frente de la joven sintió el calor de los abrasados labios de su amado.

Ella no hizo ninguno de esos movimientos violentos y generalmente mentidos de las personas de su sexo en tales casos, recibió sobre su frente el primer beso de Eduardo; oprimió su mano fuertemente entre las suyas; lo miró tiernamente, y fue tranquila, en apariencia, a despertar a la pequeña Luisa.

El amor había recibido el beso, el deber ponía fin a aquella escena.

Eduardo comprendió toda la delicadeza de la conducta de Amalia, y sintió en su alma todo el orgullo de su exquisita elección.

Cuando la niña hubo despertádose, alegre con la presencia de su señora, Eduardo extendió su mano de despedida a Amalia. Ella entonces se quitó de sus cabellos la rosa blanca que había llevado al baile, y se la presentó a Eduardo.

Un minuto después, su mirada estaba fija aún en la puerta por donde había retirádose el primer hombre que había llamado a la que guarda los secretos afectos en el corazón de una mujer, que responden siempre, pero que rara vez la abren.

En seguida, Luisa echó las llaves, y Amalia entró a su alcoba, a velar las recordaciones de esa noche, a la luz dulce y poética de su alma enamorada.

I. En Montevideo

En Montevideo

El lector tendrá que acompañarnos esta vez a un paseo de pocas horas a la parte septentrional del Plata, siguiendo con nosotros a uno de los actores principales de nuestra historia; y después volveremos a tomar el hilo de los acontecimientos históricos.

Era una noche de los últimos días del mes de julio.

El cielo del Plata estaba argentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran río, sacudido pocas horas antes por las alas poderosas del pampero.

Doscientos bajeles se balanceaban dentro del ancho puerto de Montevideo, imitando a un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche del otoño por vientos que las azotan y despojan.

El Cerro, ese cíclope que vigila la más joven de las hijas de América, parecía esa noche, a la claridad de la luna, levantar más alta que nunca su cabeza, jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pie de esa inmensa montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida a esas palomas del mar del sur que, arrebatadas por el viento de las costas de la Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del mundo, rozando las aguas con sus alas, inclinándose ora sobre una, ora sobre otra, mostrándose y perdiéndose a la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algún buque, o las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ala del pampero, el pequeño bajel, que tenía la audacia de surcar las ondas de ese río que desafía al mar en los días que da curso libre a sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una ballenera de Buenos Aires; embarcaciones que hacían diariamente el contrabando durante el bloqueo francés sobre aquel puerto.

Esta pequeña embarcación descubierta sólo traía cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio prontos a cazar la gran vela tiriana que la hacía volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timón, cubierto con un capote de barragán y un gran sombrero de hule, el otro reclinado sobre la pequeña borda, envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con visera. El primero sólo movía sus ojos de la vela a la onda, y de la onda a la vela; el segundo no los separaba de un solo punto: hacía media hora que estaba contemplando la ciudad, plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba a sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del mar Pacífico, sobre la Cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que

absorbía la atención de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazón argentino la presencia de la ciudad de Montevideo: contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y más que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazón argentino que llegaba a sus playas el recuerdo de una emigración refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina, que de allí surgían, fomentadas por la acción incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese elaboratorio vasto y prolijo de oposición a Rosas, en ese Montevideo en donde sólo con dejar hacer, la población se había triplicado en pocos años, desenvuéltose un espíritu de comercio y de empresas sorprendente, y amontonádose cuanto elemento parecía suficiente paradar en tierra con la vecina dictadura.

Pero la imaginación humana abulta siempre el tamaño de las cosas y de los hombres a medida que los ve de lejos, y aquellos hechos verdaderos eran hiperbolizados, sin embargo, en la fantasía de aquel hombre que contemplaba la ciudad desde la popa del pequeño batel.

-«Se han hecho fuertes, porque se han asociado -decía entre sí mismo-. Nueva Tiro, allí no se pregunta al hombre de dónde es, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones le protegen, y el comercio o la industria le abren sus copiosos canales al momento: y es así como se han hecho fuertes y ricos. La dictadura argentina les es fatal a su paz, a su libertad y a su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo común: y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso formado con el barro y la sangre de

nuestras pasadas disensiones.»

Y pensando así, los vivísimos ojos de ese hombre, cuya fisonomía joven e inteligente estaba alumbrada en ese momento por el argentino rayo de la luna, parecían querer penetrar al través de los edificios de la ciudad cercana ya, para confirmarse, en el examen de los hombres, de las virtudes que en aquel momento les atribuía su imaginación, bien distante, sin embargo, de la triste realidad de las cosas.

-¿Falta mucho, Douglas, para llegar al puerto? -preguntó al hombre de capote de barragán, mirando su reloj, que apuntaba las nueve y media de la noche.

-No, señor Don Daniel -contestó con una franca acentuación inglesa el hombre a quien se había llamado Douglas-. Vamos a desembarcar un poco a la derecha de aquella fortaleza.

-¿Qué fortaleza es esta?

-El fuerte de San José.

-¿Hay próximo a ella algún muelle?

-No, señor, pero hay un desembarcadero que se llama Baño de los Padres, donde atracan los botes de las estaciones de guerra, y donde podremos desembarcar sin mojarnos, porque la marea está muy alta.

Cinco minutos después, Daniel Bello pisaba las piedras del Baño de los Padres, y, sacudiendo su capa de goma, rociada a menudo por las aguas del río, seguía a Mr. Douglas, quien después de haber dado algunas órdenes a los marineros, dijo a Daniel:

-Por aquí, señor, tomando al sur, doblando luego para San Francisco, y tomando en seguida por la calle de San Benito.

A dos minutos de marcha, en la segunda cuadra de esa calle, paróse Mr.

Douglas en la primera puerta a mano derecha, y dijo a Daniel:

-Esta es la casa, señor.

-Bien, irá usted a esperarme a la fonda; ¿cómo me dijo usted?

-La Fonda del Vapor.

-Bien, me esperará usted en la Fonda del Vapor. Tome usted una habitación para mí, por si tenemos que pasar la noche.

-¿Pero cómo se irá usted solo? Usted no sabe las calles.

-De aquí me conducirán.

-¿No será bueno preguntar si está la persona a quien usted viene a ver, antes de retirarme yo?

-No hay necesidad, si no está, la esperaré; puede usted retirarse.

Mr. Douglas se retiró en efecto; Daniel dio dos fuertes aldabazos, y preguntó al criado que salió a abrir:

-¿Está en casa el señor Bouchet de Martigny?

-Está, señor -contestó el criado, mirando a Daniel de pies a cabeza.

-Entonces, entréguele usted esto ahora mismo -dijo, dándole al criado la mitad de una tarjeta de visita, cosa que el criado tomó con cierto embarazo, no sabiendo si cerrar o dejar abierta la puerta de la calle, porque

Daniel al abrir su levitón, y sacar del chaleco la media tarjeta que iba a servir de seña, había puesto de manifiesto a los ojos del criado un par de hermosas pistolas de dos tiros que traía a su cintura, pasaporte con que quince horas antes se había embarcado en Buenos Aires.

El criado no tuvo, sin embargo, la impertinencia de cerrar la puerta, y, algunos segundos después, volvió muy atencioso a decir a Daniel que pasara adelante.

II. Conferencias

Conferencias

Daniel dejó su capa, su sobretodo y sus pistolas en una pequeña antesala, arregló un poco su cabello, y pasó a la sala donde el señor Martigny, al lado de la chimenea, leía algunos periódicos.

Los ojos del agente francés, joven aún y de una fisonomía distinguida, estudiaron por algunos segundos la inteligente y expresiva de Daniel, pálida y ojerosa entonces, y no pudo menos de revelar cierta sorpresa que no pasó inapercibida de Daniel: éste quiso entonces dar su primer golpe sobre el espíritu del señor Martigny, y al cambiarse con él un apretón de mano, le dijo en perfecto francés, sonriéndose, mostrando bajo sus labios gruesos y rosados sus hermosos y blanquísimos dientes:

-Os sorprendéis, señor, de hallar tan joven a vuestro viejo corresponsal, ¿no es así?

-Pero esa sorpresa cede el lugar a la que me causa vuestra penetración, señor... Perdonad que no os dé vuestro nombre: pues que para mí es un misterio aún.

-Que dejará de serlo en el momento, señor: las cartas podían comprometerme; las palabras fiadas a vuestra circunspeccion de ningún modo: mi nombre es Daniel Bello.

El señor Martigny hizo un elegante saludo, y él y Daniel sentáronse junto a la chimenea.

-Os esperaba con impaciencia, señor Bello, después de vuestra carta del 20, que he recibido el 21.

-El 20 os pedía una conferencia para el 23, y hoy estamos a 23 de julio, señor Martigny.

-Guardáis en todo una exactitud admirable.

-Los relojes políticos deben estar siempre perfectamente arreglados, señor; porque de lo contrario suelen perderse las mejores oportunidades que marca el tiempo, siempre tan fugaz en los acontecimientos públicos: os prometí estar el 23 en Montevideo, y heme aquí; debo estar en Buenos Aires el 25 a las doce de la noche, y estaré.

-¿Y bien, señor Bello?

-Y bien, señor Martigny: la batalla se ha perdido.

-¡Oh, no!

-¿Lo dudáis? -preguntó Daniel un poco admirado.

-No tenemos todavía detalles oficiales, pero, según algunas cartas, tengo motivos para creer que la batalla no ha sido perdida.

-¿Entonces creéis que ha sido ganada por el genetal Lavalle?

-Tampoco, creo que se ha derramado sangre inútilmente para los combatientes.

-Os equivocáis, señor -dijo Daniel con una entonación de voz tan grave y tan segura que no pudo menos que intrigar fuertemente el espíritu de M.

Martigny.

-Pero vos, señor, no podéis tener otros datos que los rumores de Buenos Aires, donde todos los sucesos se repiten siempre bajo un carácter próspero al gobierno del general Rosas.

-Olvidáis, señor Martigny, que hace un año os suministro a vos, y, como debéis saberlo, a la Comisión Argentina y a la prensa, todo cuanto es necesario para ilustraros, no sólo sobre la situación de Buenos Aires, sino sobre los actos más reservados del gabinete de Rosas. Olvidáis esto, señor, cuando creéis, que yo haya recogido en los rumores públicos la certidumbre de un suceso tan grave como el que nos ocupa. No lo dudéis, la batalla del Sauce Grande, el 16 del corriente, ha sido perdida por el Ejército Libertador. El parte del general Echagüe, que traigo conmigo, me está ratificado por cartas particulares de persona adicta que tengo a mi ser-vicio en el ejército de Rosas.

-¿Traéis el parte, señor? -preguntó el señor Martigny algo perplejo.

-Helo aquí, señor -y Daniel le entregó un papel, que el agente francés desdobló sin precipitación, y que leyó, parado junto a la chimenea.

¡Viva la Federación! El General en Jefe del Ejército unido de operaciones de la Confederación Argentina Cuartel General en las Puntas del Sauce Grande, julio 16 de 1840. Año 31 de la Libertad, 26 de la Federación Entrerriana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina. Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios nacionales de la República. Dueño del campo de batalla por segunda vez, después de un combate de dos horas, en que los bravos defensores de la independencia

nacional han rivalizado en valor y esfuerzo contra los infames esclavos del oro extranjero, tengo la satisfacción de comunicar a Vuestra Excelencia tan plausible acontecimiento, y congratularle por los inmensos resultados que debe producir. Habiendo empleado el enemigo el día de ayer en un furioso pero inútil cañoneo, que fue vigorosamente contestado, se resolvió al fin hoy a la una de la tarde a traernos el ataque. Para este fin marchó sobre nuestro flanco derecho casi toda su caballería, mientras que su artillería asestaba sus fuegos, pero no impunemente, al centro de la línea, por cuyo motivo el choque de nuestros escuadrones tuvo lugar a retaguardia de la posición que ocupábamos. Allí fueron acuchilladas esas ponderadas legiones de los traidores: quedando tendidos más de seiscientos, entre ellos dos coroneles y varios oficiales, y se tomaron veinte y seis prisioneros, incluso un capitán. Se dispersaron unos hacia el norte, buscando la selva de Montiel, y otros a varias direcciones, hasta donde permitía perseguirlos el estado de nuestros caballos. Entretanto nuestra artillería no estaba ociosa, repeliendo con suceso los tiros de la enemiga, y nuestros batallones aguardaban con imperturbable serenidad la aproximación de los contrarios que venían haciendo fuego, para descargar sus armas, como lo hicieron con tal acierto, que acobardados los infames correntinos que escaparon con vida, se entregaron a la fuga antes de llegar a la bayoneta, arrojando las armas. Ya se me han presentado más de cien fusiles. Nuestra pérdida es corta, y creo que no pasan de sesenta individuos fuera de combate, muertos y heridos. Sólo me resta asegurar a Vuestra Excelencia que los señores generales, jefes, oficiales y tropa se han conducido con bizarría, y espero completar en breve la destrucción de los restos del enemigo, para recomendarlos como merecen al aprecio de sus compatriotas y de todos los

amigos de la independencia americana. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años Pascual Echagüe. Adición.-En la batalla nos presentó el enemigo una fuerza de extranjeros, que acompañó a los traidores correntinos a la ignominiosa fuga en que se pusieron. Echagüe. José Francisco Benites. Secretario militar.

-En ese parte -dijo Daniel, luego que el señor Martigny hubo acabado su lectura-, hay todas las exageraciones, y toda la insolencia que caracterizan los documentos del gobierno de Rosas, pero en el fondo de él hay una verdad: que la batalla ha sido perdida por el general Lavalle.

-Sin embargo, las cartas recibidas...

-Perdón, señor Martigny, yo no he hecho el viaje de Buenos Aires a Montevideo para discurrir sobre la verdad de este documento, pues que estoy perfectamente convencido de la desgracia que han sufrido las armas libertadoras: he venido en la persuasión de encontrar aquí la misma certidumbre, y poder entonces, sobre ese hecho establecido, discurrir y combinar lo que podría hacerse aún.

-Y bien, ¿qué podría hacerse, señor Bello? -contestó el señor Martigny, no encontrando dificultad en ponerse en el caso de que efectivamente hubiese sido perdida la batalla.

-¿Qué podría hacerse? Os lo diré, señor, pero tened entendido que no es de la pobre cabeza de un joven de donde salen las ideas que vais a oír, sino de la situación misma, de los hechos que hablan siempre con más elocuencia que los hombres.

-Hablad, señor, hablad -dijo el agente francés, seducido por la palabra firme, y por la fisonomía de aquel joven, radiante de inteligencia.

-Se conoce aquí el estado de las provincias interiores; las más fuertes de

ellas pertenecen a la revolución. En el litoral, Corrientes y Entre Ríos levantan también las armas de la libertad. El Estado Oriental se armó igualmente contra el gobierno de Rosas. La Francia extendió una poderosa escuadra sobre los puertos y costas de Buenos Aires. Todos estos acontecimientos, señor Martigny, unos cuentan dos años ya, otros uno, otros seis meses. Bien: ¿en todo ese tiempo se ha progresado, o se ha retrogradado en el camino del triunfo sobre Rosas, camino común a la República, al Estado Oriental y a la Francia? De los puertos y costas de la provincia, el bloqueo francés ha limitádose a lo que queda en el Plata dentro de su embocadura en el Océano. En las provincias del interior la revolución no ha marchado adelante, y toda revolución que se para en su marcha instantánea, tiene todas las probabilidades en su contra. Las armas orientales se enmohecen en el territorio de la República, y pierden un tiempo que aprovecha Rosas. Teníamos a Corrientes y Entre Ríos, hoy no tenemos sino a la primera en peligro de ser dominada más tarde por las armas vencedoras en la segunda. Se retrocede, pues, lejos de adelantar. El porqué de este mal es muy sencillo: porque el esfuerzo de los contrarios de Rosas no ha sido dirigido aún sobre Buenos Aires; es ahí, señor Martigny, donde está la resistencia, y es ahí adonde se debe dar el golpe. Una batalla se ha perdido, pero no el ejército. En el estado de entusiasmo de los libertadores una retirada no es una derrota. Y si el general Lavalle pasase el Paraná, marchase inmediatamente sobre Buenos Aires, y en día y hora convenida atacase la ciudad la parte del campo, al mismo tiempo que una división por oriental, en que entrase toda la emigración argentina que hay en esta ciudad, desembarcase y atacase la ciudad por el Retiro, Rosas, entonces, o tendría que embarcarse o entregarse a los invasores, porque la

ciudad no podría ofrecer sino una débil resistencia en el estado actual. Tomada la ciudad, ya no hay que pensar en Echagüe, en López y en Aldao: el poder de Rosas es Rosas mismo; la República es Buenos Aires: ausentemos a Rosas; tomemos posesión de la ciudad, y no hay guerra, señor Martigny, o si la hay será insignificante y por corto tiempo.

-Bien, señor, raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el general Lavalle tiene la misma opinión que vos, sobre la invasión a Buenos Aires.

-Bien, señor, raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el general Lavalle tiene la misma opinión que vos, sobre la invasión de Buenos Aires.

-¿Ya?

-Desde antes de la batalla.

Los ojos de Daniel vertieron relámpagos de alegría.

El señor Martigny se aproximó a una mesa, y de una papelera de tafilete verde tomó un papel, volvió al lado de Daniel, y le dijo:

-Ved aquí, señor, un extracto de carta del general Lavalle comunicada a M. Pétion, jefe de las fuerzas francesas en el Paraná, por el señor Carril:

Que su posición puede llegar a ser muy crítica. Que los soldados del enemigo son de una fidelidad inconcebible hacia Rosas; que lo sufren todo; y que no hay que contar con una defección. Que, por consecuencia, el ejército de Echagüe, que es tan fuerte en número como el suyo, es bastante para ocuparlo; pero que a retaguardia suya se forma otro ejército temiendo el quedar de un momento a otro entre las operaciones de ambos. Que por esto solicita saber de M. Pétion, si sus buques podrán trasportarlo con dos mil hombres a la otra costa.

-Y bien -dijo Daniel-, si esa era la opinión del general Lavalle antes de la batalla, mucho más lo será después de ella. ¿Cree usted que sería fácil combinar la operación simultánea de que he hablado?

-No sólo no es fácil, sino que es imposible.

-¿Imposible?

-Sí, señor, imposible. Lo que acabo de leeros, la opinión del general, se ha hecho pública, y los orientales amigos de Rivera, que es más enemigo de Lavalle que el mismo Rosas, hacen valer aquella opinión como una traición de Lavalle a compromisos que ellos inventan, pues que el verdadero compromiso de todos es el de operar en sentido de la ruina de Rosas. El general Rivera, que no quiere que termine el mal gobierno de la República Argentina, no sólo no consentiría que fuerzas orientales operasen contra Buenos Aires en combinación con Lavalle, sino que pondría obstáculos a la sola invasión de éste, si en su mano estuviera.

-¡Pero están locos, señor!

M. Martigny se encogió de hombros.

-¡Pero están locos! -continuó Daniel-. ¿No sabe el general Rivera que en esta cuestión se juega la vida de su país más que la de la República?

-Sí, lo sabe.

-¿Y entonces?

-¿Entonces? Eso es menos grave para el general Rivera que un triunfo del general Lavalle sobre Rosas. Es una escisión espantosa, señor, la que hay entre cierto círculo de orientales amigos de Rivera, y la emigración argentina. Explotan las susceptibilidades de ese general, le irritan y le exasperan sus amigos; oíd este fragmento de carta de un joven de gran talento, pero muy apasionado en esta cuestión; es una carta al general

Rivera:

Aquí estamos agobiados, y en cierto modo tiranizados, por una reunión de hombres entre los que hay algunos orientales que toleran y autorizan el descrédito del país en cambio de ensalzar a los honrados caballeros que pisan la fe de los tratados y se ocupan en infames seducciones y en desleales manejos. Esto no es exageración, general, nosotros vemos que aquí, el que puede hacerlo, de todo se ocupa, menos del crédito y de los intereses del país. Nosotros vemos aquí, que los agentes franceses no oyen más que a los argentinos alborotadores como..., etc., y que de nuestra parte no hay nadie que haga ni la tentativa de defender a usted, En fin, general, vemos todo, menos lo que deseáramos. Los que se irán a vivir a Buenos Aires son los que dan el tono y la dirección.

-Vos lo veis -continuó M. Martigny-, los intereses generales, lejos de estar asociados en estos países, están en anarquía permanente, y no hay que contar sino con el esfuerzo parcial de cada fracción. La Francia, a su vez, se prepara a desentendeise de esta cuestión; las instrucciones que me sirven de regla política, tienen su límite; y toda la confianza que me inspira el talento del señor Thiers, me la desvanece la situación de la Francia, que presta toda su atención a la cuestión de Oriente, al mismo tiempo que la guerra de Africa la distrae de nuevo.

Daniel estaba pálido como un cadáver.

-¿Pero quién manda en Montevideo, señor? -preguntó el joven.

-Rivera.

-Sí, Rivera es el presidente, pero está en campaña, hay un gobierno delegado, ¿no manda este gobierno?

-No; manda Rivera.

-¿Y la asamblea?

-No hay asamblea.

-¿Pero hay pueblo?

-No hay pueblo; los pueblos no tienen voz todavía en la América; hay Rivera; nada más que Rivera. Hay algunos hombres de talento como Vásquez, Muñoz, etc, y hay muchas inferioridades que rodean al general Rivera, y hostilizan a aquéllos porque son amigos de los porteños.

El telón de un escenario nuevo se levantaba a los ojos de Daniel. Por su cabeza jamás había pasado ni una sombra de las realidades que le refería el señor Martigny. Él, cuyo sueño de oro era la asociación política, como la asociación en todo; él, que hacía poco creía que Montevideo, con todos los hombres que lo habitaban, no encerraba sino un solo cuerpo con una sola alma política para la guerra a Rosas; él, que creía llegar a una ciudad donde los intereses del pueblo tenían voz más poderosa que los intereses de caudillo y de círculo, se encontraba de repente con que todas sus ilusiones se evaporaban, y que no debía conservar otra esperanza sobre la ruina de Rosas, que aquella que le inspiraban los últimos esfuerzos que haría el ejército que mandaba el general Lavalle, destinado a convertirse en una cruzada de héroes o de mártires.

-Bien, señor -dijo Daniel-: yo soy hombre que jamás pierdo el tiempo en discurrir contra los hechos establecidos. Recapitulemos: el general Rivera no quiere marchar de acuerdo con el general Lavalle; no se podrá conseguir que se efectúe una operación combinada sobre Buenos Aires; una batalla se ha perdido; la opinión del general Lavalle es de invadir la provincia de Buenos Aires; ¿no son éstos los hechos?

-Verdaderamente.

-Entonces, yo os digo que es necesario trabajar en el ánimo del general Lavalle para persuadirle a que invada a Buenos Aires sobre el punto más próximo a la ciudad; que marche sobre ella inmediatamente; que no se distraiga sino el tiempo necesario en la provincia para deshacer las pequeñas fuerzas que tiene Rosas en ella; que ataque la ciudad y juegue allí la vida o la muerte de la patria: la reacción será operada por la audacia misma de la empresa; y yo me comprometo, con cien de mis amigos, a ser de los primeros que salgan a las calles a abrir paso a las tropas libertadoras, o a apoderarme del parque, de la fortaleza, o de la plaza que se me indique.

-Sois un valiente, señor Bello -dijo M. Martigny, apretando la mano de Daniel-, pero vos sabéis que mi posición oficial me impone una circunspección tal en estos momentos indecisos, que para una operación así, sólo podría dar mi opinión privada al general Lavalle. Puedo, sin embargo, hacer más que esto: hablaré con algunas personas de la Comisión Argentina, y si, como ya lo creo, la batalla se ha perdido y el general Lavalle se decide a invadir la provincia de Buenos Aires, yo sostendré con vuestra opinión las ventajas probables de un ataque rápido sobre la capital.

-Eso es todo, señor, eso es todo; en ella está Rosas, en ella está su poder, en ella están todas las cuestiones pendientes de la actualidad; no hay que equivocarse, Buenos Aires es la República Argentina para la libertad como para la tiranía, para el triunfo como para la derrota: subamos un día al gobierno de Buenos Aires, y habremos dado en tierra con el poder de Rosas para siempre.

El señor Martigny iba a responder, cuando un criado entró a la sala y dijo:

-Los señores Agüero y Varela.

-Que pasen adelante -contestó el señor Martigny.

-Me retiro, señor -dijo Daniel.

-No, no, al contrario, os quedaréis.

-Una palabra, ante todo.

-Hablad.

-Yo no conozco de estos caballeros sino el talento; ¿conocéis vos su circunspección?

-Yo respondo de ella.

-Entonces no hay inconveniente en nombrarme, porque yo me respondo de la seguridad que me dais -dijo Daniel, parándose junto a la chimenea, habiendo acabado de ganarse la voluntad del agente francés, con la cortesía que encerraron sus últimas palabras.

III. Continuación del anterior

Continuación del anterior

Por la primera vez de su vida, Daniel sintió cierta timidez en su espíritu, cierto no sé qué de desconfianza en sí mismo al ver entrar a la sala del señor Martigny aquellos dos personajes, cuyos nombres figuraban, uno en todos los grandes acontecimientos ocurridos en la República desde 1821 hasta 1829, y el otro en los sucesos tan serios de la actualidad; el uno como hombre de Estado, el otro como literato; el uno, encarnación viva del partido unitario; el otro, término medio entre el partido unitario y la nueva generación, que ni era federal ni unitaria, y a que Daniel pertenecía por su edad y por sus principios.

La tradición popular por una parte, que siempre agranda los hombres y las cosas a medida que los años pasan; el espíritu de partido por otra parte; la desgracia, en fin, que había echado por tierra y combatido tantos años ese orgulloso partido creado en el gobierno de Las Heras, organizado en la Presidencia; ilustrado y altivo en el Congreso, y derrotado, sin ser vencido, entre los escombros del templo constitucional que él supo levantar, pero no sostener; todo esto contribuía a que los nombres célebres

de ese partido circulasen entre la juventud a que pertenecía Daniel, con una superabundancia de exageraciones que hacía reír a los federales viejos, y que hería la imaginación de los jóvenes, siempre dispuestos a creer las epopeyas y las historias del pueblo desde que ellas glorifican la patria, y heroifican a los que murieron por ella en el cadalso y en las batallas, o sufrieron la desgracia santa de la proscripción, que todo hombre envidia como una gloria, en la edad en que toda desgracia es una corona de poesía para el hombre.

Así, los nombres de los viejos emigrados en 1829, en los que figuraban en primer línea los Varelas, los Agüeros, eran los favoritos a la admiración y al respeto de todos los jóvenes de Buenos Aires, no tanto por lo que habían hecho ya, sino por lo que eran capaces de hacer, según la opinión popular, llegado el día de la regeneración argentina.

La legislación, la literatura, la política, todo tenía sus representantes legítimos entre los emigrados unitarios; y con el candor característico de su edad, creían los jóvenes que de la boca de aquéllos no se desprendía una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, o en literatura, o en ciencia; todos deseaban conocer de cerca a esos varones monumentales de la ilustración argentina, y todos temían, sin embargo, el caso de tener que habérselas con ellos en cualquier asunto que hiciese relación a los intereses de su país, o más bien, todos temían el tener que pronunciar una palabra delante de ellos, tan persuadidos estaban de su indisputable suficiencia. Tales eran las creencias populares de la juventud argentina a la época de nuestra historia.

Daniel, espíritu fuerte e inteligencia altiva, era de los pocos que no se dejaban arrastrar fácilmente de aquel torrente de opinión; sin embargo,

más o menos, él estaba seducido como los demás, y no pudo sacudir de su espíritu cierta impresion nueva, avasalladora, puede decirse, al hallarse cara a cara por la primera vez de su vida con el señor Don Julián Agüero, ministro del señor Rivadavia, y el señor Don Florencio Varela, hermano del poeta clásico de ese nombre, y el primer literato del numeroso e ilustrado partido que se llamó unitario.

Daniel miró con una rápida mirada los dos personajes que se le presentaban.

El señor Agüero era un hombre como de setenta años de edad, de una estatura regular, no grueso, pero sí fuerte y musculoso. Su color, blanco en su juventud, estaba morenizado por los años. En su fisonomía dura y encapotada, sus ojos se escondían bajo las salientes, pobladas y canas cejas que los cubrían, y uno de ellos especialmente, por un defecto orgánico, quedaba más oculto que el otro, bajo su espeso pabellón; de allí, sin embargo, despedían una mirada firme y penetrante de una pupila viva y pequeña. La frente era notablemente alta, sin ninguna arruga, y de la parte posterior de la cabeza venían a juntarse sobre la frente algunos cabellos blancos como la nieve, que cubrían un poco la parte superior, completamente calva.

Tal era todo cuanto pudo la primera mirada de Daniel descubrir en la persona del señor Agüero, que entró a la sala del señor de Martigny, caminando un poco inclinado hacia la derecha como era su costumbre, vistiendo una levita color pasa abotonada, corbata y guantes negros, con un pequeño bastón en su mano izquierda, que no le servía de apoyo, sino de juguete.

El otro personaje, el señor Varela, se presentó a la mirada de Daniel

como el tipo contrario del señor Agüero: alto, delgado, una fisonomía pálida, animada y franca; una boca donde la sonrisa constante revelaba la dulzura del temperamento, al mismo tiempo que la expresión ingenua del semblante respondía por la lealtad de esa sonrisa; ojos pequeños, pero vivísimos e inteligentes; una frente poco alta, pero bien redondeada, poblada de un cabello oscuro y lacio que caía sobre unas sienes descarnadas, y que más revelaban las disposiciones del poeta que del político; tales fueron las primeras impresiones que recibió Daniel de la fisonomía del señor Varela, que entró a la sala perfectamente vestido de negro, y cuyo bien acomodado traje no hacía más elegante, sin embargo, el cuerpo alto y poco airoso que le dio la Naturaleza.

-Señores -les dijo el señor Martigny, después de saludarlos cordialmente-, voy a tener el honor de presentaros un antiguo amigo de todos nosotros, y a quien, sin embargo, no habíamos visto nunca.

El señor Agüero y Varela miraron a Daniel.

-Es un compatriota vuestro -dijo el señor Martigny.

Daniel y los recién llegados se hicieron un saludo. El señor Agüero no perdió la gravedad de su fisonomía. El señor Varela, por el contrario, parecía felicitar la llegada de Daniel con su expresiva sonrisa, y dijo:

-¿Y podremos saber el nombre de este caballero?

-Poco adelantaríais con eso -continuó el señor Martigny-, pero os daré mucha luz preguntándoos si no habéis visto nunca una escritura de esta forma.

Y el señor Martigny tomó una carta de su papelera y se la presentó al señor Varela.

-¡Ah!.-exclamó éste, pasando su mirada vivísima de la carta a la

fisonomía de Daniel.

-El señor es nuestro antiguo corresponsal -prosiguió el señor Martigny-, que por tanto tiempo hemos admirado y deseado conocer.

El señor Varela dejó la carta y sin hablar una palabra, se fue a Daniel y lo estrechó largo rato contra su pecho. Cuando se separaron estos dos jóvenes, porque Varela tenía apenas treinta y tres años, sus ojos estaban empañados y sus semblantes más pálidos que de costumbre: cada uno había creído estrechar la patria contra su corazón.

El señor Agüero apretó fuertemente la mano de Daniel, y fue a sentarse, con su tranquilidad y seriedad habitual, al lado de la chimenea, cerca de la cual tomaron asiento los otros personajes.

-¿Ha sido usted perseguido? -preguntó a Daniel el señor Varela.

-Felizmente no, y más que nunca estoy garantizado actualmente de toda persecución en Buenos Aires.

-¿Pero usted ha emigrado? -continuó Varela, mirando sorprendido a Daniel, en tanto que el señor Agüero miraba el fuego y se golpeaba la bota con el bastoncito que tenía en la mano.

-No, señor, no he emigrado; he venido a Montevideo por algunas horas solamente.

-¿Y se vuelve usted?

-Mañana sin falta.

El señor Varela miró a monsieur Martigny, quien comprendió la mirada, y le dijo:

-No comprendéis, señor Varela, y eso es bien natural. Yo os lo explicaré: hace tres días que recibí una carta de este caballero, anunciándome que hoy llegaría a Montevideo a tener conmigo una conferencia y que se volvería

luego: me pedía una seña para hacerse conocer de mí, le mandé la mitad de una carta de visita; ha cumplido exactamente su palabra, hace una hora que estamos juntos, y mañana parte; ved ahí todo. Cuando habéis llegado, no he creído deber ocultaros este suceso porque conozco vuestra circunspección, y para daros una prueba del concepto que de ella tengo, os diré que este caballero se llama Daniel Bello. Después de esta noche todos debemos olvidar este nombre por algún tiempo.

-Señor Bello -dijo Varela-, hace mucho tiempo que os admiramos; habéis hecho grandes servicios a nuestro país en la comunicación continua y segura que sostenéis con los que trabajan por su libertad, pero el interés que me inspiráis me autoriza para deciros que corréis grandísimo peligro en volver a Buenos Aires después de haber salido de él, aunque sea por tan pocas horas.

Daniel hizo un gesto, uno de esos movimientos indefinibles de la fisonomía que equivalen a veces a un discurso elocuente, y en el cual la mirada perspicaz del señor Varela comprendió que el joven le decía:

-No me cuido de mí, no hablemos de mí.

-Y bien, ¿qué hay?, ¿qué hay? ¿Continúan las persecuciones? ¿Ha habido nuevas víctimas? -preguntó Varela.

-Sí, señor -respondió Daniel.

El señor Agüero volvió sus ojos a Daniel, lo miró un instante y los volvió a fijar en el fuego de la chimenea.

-¿Y son quiénes, señor Bello?

-Tened la bondad de leer esta lista -dijo Daniel entregando un papel al señor Varela.

Este leyó:

Nombres de los individuos que han sido presos en la semana anterior: P. Bernal, M. Sarratea, L. Martínez, S. Molina, S. Maza, Galazada, C. Codorac, Cornet, Dr. Tagle, F. Elías, S. M. Achábal, F. Pico, R. Lista, S. Raya, M. Pineda, D. Pita, S. Álvarez, Viedma, S. Borches, S. M. Pizarro, C. Grimaco, S. Hesse (inglés), Chapeaurouge (Suizofrances). Dos sobrinos del difunto Villafañe. Un fraile dominico. Se le llevó amarrado a la cárcel por haber dicho que el guardián de su convento era tan tirano como Rosas.

-¿Se dice algo sobre el motivo de esas prisiones? -preguntó el señor Agüero, luego que el señor Varela hubo acabado de leer la lista.

-Se habla algo de agio -respondió Daniel-, pero el señor Viñales no era agiotista -continuó.

-¿Viñales?

-Sí, señor Varela: el anciano Don Martín Viñales, antiguo alcalde de la hermandad en Lobos, ha sido fusilado en Buenos Aires el día 15 del corriente, sin decirse por qué, pero las causas de las prisiones y de ese nuevo crimen las tenéis establecidas en toda mi correspondencia desde el mes de mayo, porque desde esa fecha, señores, no lo dudéis, ha comenzado para nuestro país la época que alguna vez se llamará del terror; sigue su curso a medida que los acontecimientos políticos siguen el suyo, y dará sus últimos y terribles resultados cuando los sucesos se lo aconsejen a Rosas.

-Luego ¿está apurado? -dijo Varela.

El señor Agüero meneó afirmativamente la cabeza, sin quitar los ojos del fuego, y haciendo circulitos en el aire con su bastón.

Aquella afirmativa no se escapó a Daniel, y dijo:

-No, señores, el cuerpo político de su gobierno se siente en mayor espacio, y por eso obra en aquel sentido. He llegado a comprender, por

vuestros periódicos, que estáis persuadidos que Rosas hará mayor el número de sus víctimas a medida que sea mayor el peligro que le amenace, y debo deciros que estáis equivocados.

El señor Agüero miró a Daniel: la palabra equivocados le sentó mal. El señor Martigny admiraba cada vez más en Daniel el tono de firme convicción con que expresaba sus ideas.

-Pero no es concebible que los triunfos irriten a un hombre -dijo el señor Varela.

-Exactamente; pero si a Rosas no le irritan los triunfos, tampoco le irritan los reveses de su fortuna; es inirritable, señor Varela. Su dictadura es reflexiva; sus golpes todos son calculados; no calcula matar a este o al otro hombre, pero calcula cuándo es necesario que corra sangre, y entonces le es indiferente la clase o el nombre de la víctima. Bajo este sistema recordad su conducta después de tres años, y hallaréis que durante el peligro jamás exaspera a los oprimidos, que se vale de ellos como de otros tantos elementos de solidificación, y que luego que se ha libertado del riesgo, descarga sus golpes para que no se ensoberbezcan con el apoyo que le han prestado. Así lo encontraréis antes y después de la Revolución del Sur, antes y después de lo más crítico de la cuestión francesa; y así lo encontraréis hoy mismo, en que, amagado de un peligro, no hace sino preludiar el golpe formidable que dará si la fortuna lo liberta de él, hiriendo de cuando en cuando alguna cabeza, algún derecho, a medida que de cuando en cuando conquista alguna ventaja en su situación.

Y a medida que hablaba, decimos nosotros, nuestro Daniel, esa organización nerviosa, ese pedernal que, a semejanza del coronel Dorrego, la discusión era el acero que le arrancaba chispas, iba perdiendo la timidez

que pocos momentos antes lo había descompuesto algo, y entraba a paso de carrera a reconquistar en la discusión la energía de su espíritu y la lucidez de sus ideas.

-Pero sucede lo contrario de lo que decís, señor Bello -dijo Varela con esa sonrisa amable con que hacía olvidar frecuentemente las heridas en el amor propio ajeno, cuando sus ideas triunfaban.

-¿Lo contrario?

-Me parece que sí: acaba de dar un golpe de autoridad sobre todos esos ciudadanos respetables que han sido presos; acaba de derramar la sangre de un anciano, y eso, ya lo veis, en los momentos en que su ejército ha sufrido un contraste.

El señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, y se puso a tocar los fierros de la chimenea con la punta de su bastón. Varela, uno de los hombres a quien más quería, acababa, según él, de tronchar por su base el discurso de ese joven que se atrevía a pensar de diferente modo que como pensaba el señor Agüero y el señor Varela; porque unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto a esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes.

-¿Conque decís que Rosas ha hecho lo que ha hecho en los momentos de un contraste?

-Claro está -contestó Varela.

-Pues bien: Rosas ha hecho lo que acabáis de saber en la tarde del día, en cuanto a las prisiones, es decir, seis horas después de haber recibido la noticia del buen suceso de sus armas en el Sauce Grande.

-Pero venís en error, Rosas ha perdido la batalla.

-¿Conocéis el parte, señor Varela? -dijo monsieur Martigny.

-¿El parte publicado por Rosas?

-Sí.

-Precisamente veníamos a hablar de él. Hace tres horas que lo hemos recibido.

-¿Y tenéis algún documento que lo desmienta?

-Lea, lea usted -dijo el señor Agüero, volviendo hacia él su cabeza y haciendo una señal al pecho de Varela.

Este sacó en el acto un papel del bolsillo de su levita y dijo, dirigiéndose a monsieur Martigny:

-¿Conocéis el parte?

-Lo acabo de leer.

-Oíd entonces si puede haber una demostración más acabada de la falsedad de ese documento, en este artículo que se publicará mañana, y que acabamos de recibir en la Comisión.

Daniel y monsieur Martigny pusieron su espíritu en la más seria atención.

El señor Varela leyó:

Dueño del campo de batalla: Esto sólo se dice cuando la batalla es en campo raso y no cuando uno es atacado en su propio campo, como Echagüe confiesa que lo ha sido él. ¿No sería ridículo que el jefe de una plaza asaltada dijera que ha quedado dueño del campo de batalla, dada en la misma plaza? Por segunda vez. Eso recuerda la primera, Don Cristóbal. Entonces dijo Echagüe que había vencido y que iba en persecución. Ahora, a los noventa y cinco días, salimos con que está en el Sauce, esto es, a tres leguas de su capital, habiendo de consiguiente retrocedido después de Don Cristóbal; y con que el derrotado y perseguido Lavalle ha ido y lo ha

atropellado en sus posiciones. Luego Echagüe mintió al hablar de Don Cristóbal. Y si mintió entonces, ¿por qué no ahora? Ha vencido, y, sin embargo, no sale de sus posiciones ni aun después de vencer. En efecto, nótese que no dice que va en persecución, como era natural. Dice solamente que espera acabar con el resto del enemigo. ¿Cómo es esto? ¿Lo quiere más acabado? Si habla verdad, murieron seiscientos y el resto huye, unos para el norte y otros para Montiel: esto es, la derrota y dispersión no puede ser más completa. Y, no obstante, no se atreve Echague a asegurar que los perseguirá, ni se atreve a decir que ha triunfado completamente. Según ese parte, la infantería de Echagüe no ha cargado; pues no hizo sino dejar acercar a la de Lavalle para aprovechar sus tiros, como lo hicieron, y añade, que entonces huyó la de Lavalle. De aquí se deduce: 1º. Que quien cargó fue nuestra infantería. 2º. Que ni aun después de huir ésta, cargó la enemiga, ni se atrevió a salir de sus posiciones. 3º. Que no hubo entrevero de infanterías y de consiguiente no pudo haber mortandad por este motivo. Mas si los seiscientos muertos son de caballería, nuevas dificultades. Si seiscientos murieron peleando, del enemigo debe de haber muerto igual número y no el que Echagüe un entrevero no hay la menor razón para que caigan más de una parte que de otra. La mortandad, en estos casos, es en la fuga y dispersión: más aquí no ha habido persecución; al menos lo dice Echagüe. ¿Cuándo, pues, y cómo murieron esos seiscientos? Y si murieron en las cargas y entreveros, ¿cómo pudieron morir tan pocos de Echagüe? Por lo demás, Echagüe confiesa que el combate de las caballerías fue a retaguardia de él. Atentas sus posiciones, sus zanjones, sus montes, su infantería y cañones, que defienden los pasos, el haber pasado nuestra caballería a retaguardia de él, es una maniobra

difícil, sabia y atrevida, que honra al ejército y a su general. Ya que Echagüe venció enteramente por el frente con su infantería y artillería, quiere decir que nuestra caballería quedó cortada a su retaguardia: encerrada, pues, entre la infantería de Echagüe y la costa del Paraná, y además sableada por la caballería enemiga, no ha debido escapar uno solo; ¿cómo, pues, huyen para Montiel? ¿Pasaron por el aire? Tomó cien fusiles; ¿cómo los ha de tomar cuando según su parte las infanterías no se han entreverado, ni la suya se ha movido de sus posiciones? Según esto, armas de caballería ha debido tomar miles; al menos debió tomar las de los seiscientos muertos. ¿Cómo, pues, no dice que haya tomado armas de caballería? Tampoco dice que haya tomado un solo cañón en la destrucción de la infantería, que debió dejar indefensos los cañones: ni caballos, ni carretas, ni nada. Dedúcese, pues, de esto que Echagüe no se ha movido de su posición después del combate. Y si no se movió, si no persiguió, ¿cómo conciliar esto con una victoria?

Indecible es la sorpresa que causa a Daniel el ver a aquellos dos tan notables personajes empeñados en convencerse y en persuadir a los demás que el general Lavalle no había perdido la batalla del Sauce Grande, cuando el sabía, a no poder dudarlo, que el suceso era desgraciadamente cierto, y sobre todo, el verlos empeñados en querer desvanecer un hecho con sólo el poder de la argumentación. Nada de esto era extraño, sin embargo: Daniel no era emigrado; no conocía esa vida de ilusión, de esperanza, de creaciones fantásticas que despotizan las más altas inteligencias, cuando la fiebre de la libertad las irrita, y cuando viven delirando por el triunfo de una causa en cuyas aras han puesto, con toda la fe de su alma, su felicidad, su reposo, y el presente y el porvenir de su vida.

Daniel, además, no era unitario, usando esta voz como distintivo del partido rivadavista, y no podía comprender todo el orgullo de los miembros de ese partido, que no sirvió sino para perderlos. Pero le faltaba oír más todavía.

-Esto es poco aún -continuó el señor Varela-; oíd, señor Martigny, oíd, señor Bello, un fragmento de un diario que se lleva prolijamente en el ejército, y que hace pocas horas acabamos de recibir.

El señor Varela leyó:

Día 14. Las guerrillas fuertes. El enemigo se movió a una distancia de media legua, y desde las cuatro de la tarde lo seguimos con ánimo de batirlo. El general en jefe, el estado mayor y todas las divisiones de caballerías, mantienen sus caballos ensillados, pues todo hace creer que mañana debe darse la batalla. Hemos tenido diez y siete pasados del enemigo. Día 15. A las tres de la mañana marchó toda nuestra infantería y artillería, situándose a menos de tiro de cañón de la columna enemiga: antes de asomar el sol, nuestra artillería rompió el fuego sobre las baterías enemigas, y después de haberles muerto algunos individuos, fueron obligados a abandonar su primera posición, volviéndose hacia su retaguardia. Nuestra línea de batalla estaba ya formada, pero este movimiento del enemigo ha hecho que la batalla se demore hasta mañana, pues siempre se mantienen encerrados entre zanjones impasables. Creímos que hoy sería un día de victoria, lo será mañana. Día 16. El fuego de nuestra artillería de ayer duró más de media tarde. Hubo una junta de guerra, y resultó que debíamos batirlos hoy en sus mismos atrincheramientos. Desde anoche lo pasó el ejército con la línea de batalla formada, esperando la aurora, que llegaba demasiado tarde. Amaneció por

fin, pero el cielo estaba nublado, no se distinguía a distancia de cien pasos. Luego que aclaró un poco, se avivó el fuego de las guerrillas y a eso de las nueve y media de la mañana se replegó cada una a su respectiva línea, y se anunció el combate por un cañoneo de nuestra artillería; la enemiga contestaba con una sostenida energía. Veinte piezas de artillería de ambas partes se contestaban sin interrupción. Llegó el momento de que nuestra caballería cargase, y lo hizo con el mayor denuedo, pero el enemigo estaba guardado por zanjones insuperables. El escuadrón Yeruá, el Cuyen, el Maza y otros atropellaron tres zanjones, de donde casi tenían que salir uno a uno los caballos, y cargaron al enemigo lanceándolo por la espalda, como lo hizo el bravo comandante Saavedra, y Baltar, que manda el Cuyen. El comandante Don Zacarías Álvarez, que mandaba el escuadrón Maza, quedó muerto en esta terrible carga, y nuestra caballería tuvo que retroceder a los obstáculos del terreno y al sostenido fuego de artillería e infantería que recibía de atrás de los zanjones. Nuestra artillería seguía sus fuegos siempre con éxito, pero nada se adelantaba, y el valiente oficial de artillería, Don Jacinto Peña, tuvo la desgracia de que se inutilizase una de las dos piezas de más alcance. Nuestra infantería avanzó a bayoneta calada, pero tuvo también que retroceder porque le fue insuperable el obstáculo de las grandes zanjas de que estaba rodeado el enemigo. En fin, el fuego duró desde las nueve y media de la mañana hasta más de las cuatro de la tarde, en cuya hora se dispuso que marchásemos a Punta Gorda, tanto para remediar los daños de la artillería, como para que se nos reuniesen algunos dispersos que se habían separado en las diferentes cargas que se dieron. Nuestro ejército está entero y lleno de entusiasmo, y el enemigo permanece siempre en su escondrijo, donde no ha hecho más que sostenerse amparado

de zanjones, y su caballería ha fugado la mayor parte. Tenemos sólo el sentimiento de que habrá pasado Echagüe el parte de que ha ganado una batalla, como es de su costumbre, pero no se pasarán muchos días sin que tenga un desmentido elocuente. El valor de todos los individuos del ejército no se puede expresar; era preciso haber estado en el combate.

-Siguen ahora algunos detalles personales -dijo el señor Varela después de concluir la lectura del diario.

Un momento de silencio reinó en la sala. Daniel lo interrumpió, diciendo:

-¿Y bien, señor Varela?

-¿Y bien qué? -dijo inmediatamente el señor Agüero, haciendo un movimiento de hombros que marcaba bien su disgusto, con un poco de impertinencia.

-Quise decir, señor -respondió Daniel, dominando su fisonomía con su poderosa voluntad para no dar a conocer en ella la impresión que le había hecho la súbita pregunta del doctor Agüero, y para conservar el aplomo necesario cuando se hablaba con personajes tan distinguidos por su inteligencia, y con quienes todo hacía comprender al joven que se iba a entrar en una arriesgada polémica-, quise decir, señor, que no comprendo la deducción que se saca de los dos documentos que se acaban de leer.

-Es bien clara, sin embargo -respondió el señor Agüero.

-Puede ser, señor, pero repito que no la comprendo.

Todo esto, mi querido Bello -dijo el señor Varela, apresurándose a tomar parte en la conversación-, nos hace creer casi positivamente que la batalla no ha sido ganada, ni por el uno, ni por el otro; esto cuando menos.

Daniel se mordió los labios.

-Señores -dijo, parándose, poniéndose de espaldas contra la chimenea, sus manos a la espalda, y paseando sobre todos su mirada tranquila, pero brillante. Señores, la batalla la ha perdido el general Lavalle. Yo no comprendo qué importe menos que un triunfo para el general Echagüe, la retirada de nuestro ejército de las posiciones que ha ocupado por tanto tiempo, en el día mismo de la batalla. No queramos con argumentaciones destruir los hechos: evitemos el medir los acontecimientos por los deseos que nos animan. Desgraciadamente yo estoy convencido de lo contrario que vosotros; pero convendré, si lo queréis, en que nuestras armas están vencedoras, tanto mejor. ¿Pero creéis como yo que la actualidad reclama la rápida invasión del general Lavalle sobre la provincia de Buenos Aires? Si lo creéis, señores, he aquí entonces lo único que debe ser hoy en cada hora, en cada instante, el móvil privilegiado del pensamiento de todos: pensar el modo de que nuestras armas obtengan un próximo triunfo de esa invasión, sea que ellas pisen la provincia victoriosas, o derrotadas. Si no sois vosotros, no sé quiénes pueden tener influencia hoy en las resoluciones del general Lavalle, y pues que de esta campaña depende la vida de nuestra patria, yo creo que no perderéis un momento en poner en acción vuestra alta inteligencia, en el sentido que la actualidad lo reclama. Perdonad, señores, que os hable así, pues debéis creer que sólo el sentimiento de la patria me da el valor necesario para emitir una opinión delante de vosotros.

El señor Varela estaba encantado, sus ojos y su fisonomía tan dulce y expresiva reflejaban la admiración y el contentamiento, más por la animación y la elocuencia de su joven compatriota, que por la novedad de sus ideas.

El señor Martigny se estregaba las manos, contento íntimamente.

El señor Agüero había alzado dos veces su altiva frente para mirar aquel joven que no era unitario y que osaba emitir tan libremente sus opiniones, marcándole, al parecer, la línea de conducta que le convenía seguir.

-Señor Bello -dijo Varela-, el general Lavalle obra en campaña según sus ideas, según sus planes militares; ¿qué quiere usted que le digamos nosotros desde aquí?

-¡Oh!, señor, las guerras más complicadas del mundo, las campañas más difíciles y peligrosas se han concebido y dirigido muchas veces, desde el fondo de los gabinetes, por hombres que jamás tuvieron en sus manos otra cosa que una pluma -respondió Daniel dudando que la contestación del señor Varela tuviese alguna reserva que ignoraba y le convenía saber; y no se equivocó.

El señor Varela, en cuya alma no había sino sinceridad y franqueza, dijo con una expresión de ingenuidad tocante:

-Cierto, mi querido, cierto; pero el general Lavalle obra por sí, por sí únicamente.

Daniel llevó su mano derecha a la frente, y cerrando sus ojos, se estregó dos o tres veces las sienes.

Varela comprendió perfectamente lo que pasaba en aquel momento en el espíritu del joven, y se apresuró a decirle:

-Cualquiera que sea el plan de campaña del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires, su triunfo es infalible: no hallará resistencia, porque todo el mundo volará a su encuentro. El triunfo es nuestro, no lo dudéis; ¿es posible concebir que todo el mundo no se levante contra Rosas, en la campaña y en la ciudad, en el primer momento que tengan el apoyo de nuestro ejército? Vos, que llegáis de Buenos Aires, ¿no creéis que el

pueblo entero va a reventar entre sus brazos el poder de Rosas, no bien se haya sentido la marcha del general Lavalle?

-No, señor, no lo creo -contestó Daniel con una admirable seguridad.

El señor Agüero alzó la cabeza y miró a Daniel.

El señor Martigny miró a Varela como diciéndole:

-Contestad, señor.

-Pero lo que decís, señor Bello -respondió Varela algo serio-, es incompatible con el patriotismo de nuestros compatriotas, y sobre todo con la situación terrible que pesa sobre ellos, y de que desean libertarse.

-Señor Varela, yo creo que voy a tener el disgusto de dejaros recuerdos desagradables míos, pero prefiero esto a la ligereza de hablar lo que no es cierto; en asuntos tan graves ¿me permitiréis que os diga la verdad aun cuando ella lastime vuestras más bellas esperanzas?

-Hablad, señor Bello.

-Pues bien, señor, en nuestro Buenos Aires no se moverán los hombres, sino cuando sientan, positivamente hablando, el ruido de las armas libertadoras contra las puertas de sus casas, o cuando un centenar de hombres decididos que puede haber quedado aún, vaya de casa en casa sacando por fuerza a los ciudadanos para que contribuyan a la defensa de ellos mismos y de su patria.

-¡Oh!, pero eso es increíble, señor -replicó Varela, mientras que el señor Agüero hacía violentos círculos con su bastón, siendo ya su impaciencia más poderosa que su sangre fría.

-Es increíble, y sin embargo, es cierto -prosiguió Daniel-; pero la explicación de este fenómeno moral, no la busquéis, señor Varela, no la busque nadie que desee encontrarla, en el más o menos alto grado de

patriotismo, en el más o menos valor, no; ni la organización de nuestros compatriotas se ha modificado, ni ha degenerado su espíritu todavía; pero hay otra causa que los tiene quietos bajo la dictadura, y que los hace impotentes para la libertad; ¿sabéis cuál es, señor Varela?

-Proseguid, señor.

-El individualismo: esa es la causa de que os hablo. Veo que el señor Agüero se sonríe, pero es en mí tan profunda la convicción de lo que os digo, que arrostro tranquilo el reproche de esa sonrisa.

-Usted se equivoca, señor, no es un reproche -dijo el ministro de la Presidencia.

-Me lisonjeo de ello, señor Doctor Agüero.

-Proseguid, proseguid -dijo prontamente el nervioso Varela.

-El individualismo, no trepido en repetirlo, esa es la causa de la inacción de nuestros compatriotas. Rosas no encontró clases, no halló sino individuos cuando estableció su gobierno; aprovechóse de este hecho establecido, y tomó por instrumentos de explotación en él, la corrupción individual, la traición privada, la delación del doméstico, del débil y del venal, contra el amo, contra el fuerte y contra el bueno. Fundó de este modo el temor y la desconfianza en las clases aparentemente solidarias, y hasta en el recinto mismo de la familia. Un hombre en Buenos Aires desconfía de todos, porque en ninguno tiene confianza; y al andar que han tomado los sucesos en este año, antes de poco hemos de ver relajados también los vínculos de la Naturaleza, y que el hermano teme del hermano, y el esposo hasta de las confianzas con la esposa. Se tirará un cañonazo en nuestra fortaleza; se tocará la campana de alarma; se gritará ¡muera Rosas! en la plaza de la Victoria; y cada ciudadano se dejará estar en

su casa esperando que su vecino salga el primero para ver si es cierta la novedad que ocurre.

El señor Varela se pasó las manos por la cara.

-¿Os afligís, señor? -prosiguió Daniel después de un momento de silencio-; es natural porque tenéis un corazón muy noble y muy patriota, pero dejemos el corazón y recurramos a la inteligencia solamente: ella nos dice, señor, que cuanto os acabo de referir no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores a Rosas, encarnadas en la sociedad en que hemos nacido, y a las cuales no dieron atención nuestros primeros médicos políticos. Desviémonos de esto, sin embargo, y decidme si después de lo que acabáis de oír, ¿podremos tener esperanzas de esa cooperación súbita del pueblo de Buenos Aires, cuando el general Lavalle haya desembarcado en la provincia? Yo ya he tenido el honor de decir mis ideas al señor Martigny a este respecto.

-Repetídmelas, amigo mío -dijo el señor Varela.

-En bien pocas palabras, señor. Si el general Lavalle se distrae en el interior de la provincia, corre un gran riesgo su empresa; si se viene inmediatamente sobre la ciudad, si la ataca, si busca el combate a muerte con Rosas en las mismas calles de Buenos Aires, tiene entonces toda la probabilidad del triunfo, primero: porque Rosas no tiene un ejército de línea en la ciudad; segundo: porque la sorpresa y la presencia de los libertadores provocará la reacción pública desde que cada hombre vea, a no dudarlo, que allí está Lavalle y que no tiene para reunírsele el peligro de la delación y el aislamiento. Y si esta operación puede ser combinada con un desembarco simultáneo de orientales o de argentinos emigrados, la probabilidad del triunfo asciende entonces al grado de certidumbre. Ved

ahí mis ideas, señor, ved ahí el objeto principal de mi viaje: revelaros la situación de nuestro país, desvaneceros muy bellas esperanzas, dándoos en cambio hechos y seguridades importantes. Ahora yo me vuelvo a mi Buenos Aires, a que los sucesos me aconsejen la conducta que yo y algunos pocos amigos debemos seguir en ellos. Quizá no nos volveremos a ver... ¡quién sabe! La vida de nuestra patria está en su momento de crisis: si triunfan nuestras armas, seré el primero, señor Varela, en daros un abrazo; si son desgraciadas, nos veremos alguna vez en el cielo -dijo Daniel con una sonrisa llena de candor, que no pudo, sin embargo, cubrir la melancolía que bañó en ese momento su semblante.

El señor Varela estaba conmovido.

El señor Agüero, pensativo.

El señor Martigny se levantó y tocando suavemente el hombro de Daniel, le dijo:

-Si la providencia no quiere separar sus ojos de vuestro bello país, vos viviréis mucho tiempo, señor, porque vuestra cabeza le hace falta.

-Sin embargo, temo mucho que Rosas dé con ella -dijo Daniel sonriendo, apretando la mano de monsieur Martigny, y preparándose a retirarse.

-¿Nos volveremos a ver mañana, a todas horas? -dijo el señor Varela tomando la mano de Daniel.

-No, no conviene que nos volvamos a ver: creo poder ser útil todavía, y quiero conservarme. Mañana a las ocho de la noche haré una visita que me falta hacer, y al salir de ella, saldré también de Montevideo. Pero nos veremos en Buenos Aires.

-Sí, sí, en Buenos Aires -dijo el señor Varela abrazando fuertemente a

Daniel.

Varela lo había comprendido, pensaba como él, y aquellas dos almas grandes y generosas, parecían querer aunarse para siempre en ese abrazo sincero, dado en medio de la vida, de la desgracia, y de las esperanzas.

-Adiós, pues -dijo Varela-; ¿nuestra correspondencia siempre del mismo modo?

-Siempre. ¡Adiós, adiós, señor doctor Agüero; hasta Buenos Aires!

-Adiós, señor Bello, hasta Buenos Aires -repitió el adusto anciano apretando fuertemente la mano de Daniel, que pasó en seguida a la antesala acompañado de monsieur Martigny.

-¿Pero nosotros nos volveremos a ver? -dijo éste a Daniel, que tomaba su levitón, su capa de goma y sus pistolas.

-Tampoco, mi querido señor. Sabéis ya todo cuanto hay que saber de Buenos Aires en este momento. Conocéis ya el terreno, desenvolved, pues, vuestra política, según os lo aconseje vuestra posición y vuestros nobles deseos. Mi correspondencia será ahora más prolija que antes.

-Sí, sí, por días, si es posible.

-No perderé ocasión. Tengo ahora que pediros un servicio.

-Pedid lo que queráis, amigo mío -dijo con prontitud el señor Martigny.

-Que mañana me mandéis una carta de introducción para el señor Don Santiago Vásquez.

-La tendréis sin falta. ¿Dónde vais a parar?

-A la Fonda del Vapor, donde tendréis la bondad de darme un criado que me conduzca.

-Al momento.

-Pero es necesario que prevengáis al señor Vásquez a fin de que me espere solo a las ocho de la noche.

-Bien, lo haré, y así lo hará él también. Pedidme más.

-Un abrazo, señor Martigny, porque no os riáis de lo que voy a deciros: me parece que estoy viendo por última vez en el mundo a las personas con quienes hablo en Montevideo.

-¡Oh!

-Superstición, poesía de los veinte y siete años de la vida, quizá... ¡Adiós, adiós, señor Martigny!

Y Daniel pasó al patio donde el distinguido y generoso agente de la Francia, en 1840, dio orden a un criado de conducir hasta la Fonda del Vapor al caballero que salía, volviendo él al salón, donde lo esperaban, agitados por diversas, pero igualmente fuertes impresiones, los señores Agüero y Varela, después de la conferencia con aquel joven que parecía comprenderlo todo, dominarlo todo, y aventurarlo todo.

IV. Indiscreciones

Indiscreciones

El café de Don Antonio era la bolsa política de Montevideo en 1840, desde las siete hasta las once de la noche, en cuyas horas se sucedían dos géneros de concurrentes; unos que iban de las seis a las ocho de la noche, a hablar de política y tomar café; otros, de las ocho a las once, a hablar de política, jugar y cenar.

En esa época, la época de oro de Montevideo, parecía que el metal precioso pesaba demasiado en el bolsillo de los habitantes de la capital oriental, que buscaban un lugar cualquiera donde ir a derramarlo con profusión, quedando tan tranquilos en las pérdidas como en la fortuna, pues todos sabían que la bolsa que hoy se agotaba, se llenaba mañana sin gran trabajo, en esos días del movimiento y de la riqueza de Montevideo.

A las siete de la noche del día siguiente a aquel que ha pasado ya por nuestra pluma, el café de Don Antonio estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí a tomar su café, a hablar de política y pasar en seguida a sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente

mes en Buenos Aires; y más contentos los segundos, con estar en su patria muy convencidos de que de ella no les arrojaría jamás el vendaval de las revoluciones que estaban azotando con sus alas frenéticas las nubes que se amontonaban sobre la frente del Plata, prontas a precipitar, más o menos tarde, su abundante lluvia de lágrimas y sangre.

Pero todo esto no se veía entonces. La ciudad oriental estaba en sus quince años; bella, radiante, envanecida, su vida era un delirio perpetuo, jugando entre el jardín de sus esperanzas, cubierta con las lujosas galas de su presente; pisando sobre el oro, deslumbrada con el mar de grana en que mostrábase su aurora sobre el magnífico horizonte que la circundaba, sus oídos parecían no buscar otra cosa que el canto de los poetas, y los halagos sinceros de sus envanecidos hijos; porque la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura, era demasiado severa, demasiado dura para entrar al oído de la joven beldad, que cantaba llena de esa noble presunción de la edad primera de los pueblos:

Si enemigos la lanza de Marte, Si tiranos de Bruto el puñal.

En un ángulo del gran salón del café dos hombres ocupaban una pequeña mesa.

El uno, cubierto con una capa de goma cuyo alto cuello le cubría hasta las orejas, a la vez que su sombrero tocaba con las cejas, tomaba una taza de té, dando la espalda a la pared y su rostro al centro del salón.

El otro, con gorra y un capote de barragán azul, tenía por delante un gran vaso de ponche, y se entretenía en exprimir las rebanadas de limón con la pequeña cuchara de platina.

Ninguno de esos dos personajes se hablaban una palabra.

A derecha e izquierda de ellos había varias mesas, ocupadas todas por hombres que jugaban al dominó, que tomaban café, o fumaban y conversaban solamente,

De estos últimos eran cinco individuos que estaban a dos pasos de los primeros que hemos descrito.

De repente abrióse la puerta del café y cuatro personas entraron al salón.

Los ojos del personaje de la capa de goma radiaron de alegría.

-Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen, Echeverría -dijo aquel individuo, siguiendo con los ojos a los cuatro que acababa de nombrar, no saciándose de mirarlos.

-¿Los conoce usted, señor Don Daniel? -le preguntó el hombre de la gorra.

-¡Oh!, sí, sí, y crea usted, Mr. Douglas, que pocos esfuerzos más violentos he hecho en mi vida, que el que hago en este instante sobre mí mismo para contener mi deseo de abrazarlos.

-¡Diablo! Déjese usted estar; acuérdese usted que esta noche nos vamos y...

-Esté usted tranquilo -dijo Daniel alzándose los cuellos de su capa para cubrirse más el rostro.

Mr. Douglas iba a hablar, cuando hízole Daniel una seña de silencio. Uno de los cuatro hombres que estaban fumando en la mesa a su derecha acababa de decir:

-Son porteños.

Daniel siguió tomando su té, aparentando no dar la mínima atención a lo que se hablaba.

-¿Y qué necesidad tiene usted de decimos que son porteños? ¿Hay acaso otra cosa que ellos en todas partes? -dijo otro de los individuos.

-Por ellos vivimos como vivimos.

-Cabal.

-Que no nos entendemos.

-Deje que venga el viejo -dijo un militar de bigotes canos.

-¿Sabe usted a quién llama el viejo, Mr. Douglas?

-A Rivera.

¿Qué tenemos nosotros que ver con Rosas? -dijo otro-. Si no fuera por ellos no estaríamos en guerra, porque a nosotros no es a quienes busca Rosas.

-Cabal.

-Ellos no más, con los franceses, son los que meten toda esta bulla, y después se han de ir a vivir a su tierra y nos han de dejar en el pantano. ¡Porteños al fin! Si no los hubieran dejado entrar nunca, viviríamos mucho mejor. Pero el viejo, el viejo es quien tiene la culpa de todo esto.

-¡Así le han dado el pago! Véalos ahora, están furiosos con él, porque no pasa el Uruguay, y se va a hacer matar por ellos.

-¡Era lo que faltaba!

-Y ahora dicen que los franceses reclaman los cien mil pesos que le dieron para que pasase.

-¡Sí, yo les había de dar cien mil pesos!

-No pasó porque, mire usted, hizo muy bien en no pasar, porque con los porteños nadie puede entenderse, y el viejo no había de ir a ponerse a las órdenes de Lavalle.

-Claro está.

-Y ahora ya saben la falta que les ha hecho. Se los ha llevado el diablo en el Sauce Grande.

-Sí, pero todos estos de aquí han de decir que es mentira.

-¡Cabal!¡Como se han hecho dueños de la prensa!

-¡Yo había de ser el gobierno, y habían de venir a escribir diarios!

-¡Pero como tienen quien los proteja! Vásquez, por ejemplo.

-Y como Muñoz, y muchos otros.

-¡Por supuesto, orientales en el nombre!

-¡Si se han criado entre ellos!

El diálogo de los cinco personajes continuó, poco más o menos bajo ese mismo espíritu.

Daniel estaba absorto. De cuando en cuando miraba a Mr. Douglas, que entendía y hablaba perfectamente el español, y el buen escocés, contrabandista de emigrados y que residía indistintamente en Buenos Aires o Montevideo, se reía de la admiración de Daniel y tomaba su ponche.

-Sólo Vásquez puede enderezar esto -dijo a otro un individuo que tomaba café en una mesa a la izquierda de Daniel.

-No, ni Vásquez, ni nadie, porque la causa del mal está en Rivera -le contestó su interlocutor.

-Pero a lo menos la Asamblea.

-¿Y no sabe usted que los partidarios personales de Rivera se oponen a las elecciones so pretexto de que no deben hacerse sin estar él aquí?

-Ya lo sé, pero el gobierno los vencerá y las elecciones tendrán lugar.

-Esto es peor que lo otro, porque vendrá el conflicto, nuevas disidencias, nuevos enconos de partido, y entre tanto los blancos se ríen,

mientras nosotros nos anarquizamos en nuestro partido, nos peleamos con los argentinos, cuya causa nos es común, nos indisponemos con los franceses, y en todo y para todo perdemos tiempo, dinero y amigos, mientras Rosas marcha adelante, y los blancos esperan.

-¡Gracias a Dios que oigo un hombre racional! -dijo Daniel.

-«Pero aquí hay más que espíritu de partido -dijo el joven conversando consigo mismo-, aquí hay espíritu de rivalidad nacional; ¿y por qué? Probablemente no hay porqué» -se respondió Daniel, que como todos los hijos de Buenos Aires, jamás había oído en su país hablar de Montevideo sino como se habla de cualquiera de las provincias o de las repúblicas hermanas: siempre con los mejores deseos por la felicidad de sus hijos, y sin el mínimo espíritu de celos o de encono.

-«¡Pero en qué momento pasan estas cosas! -se decía Daniel-. En este drama hay alguien que no lo entiende, y es probable que ése soy yo, porque no me atrevo a decir que son los otros.»

-Vamos, Mr. Douglas, van a dar las ocho de la noche -dijo mirando la grande péndola del café.

Pero antes de dejar aquel lugar, en que según sus matemáticas acababa de ganar algunos desengaños más, miro uno por uno, con los ojos enternecidos, y el corazón desconsolado, sus cuatro amigos que quedaban hablando de la patria sin sospechar que había allí uno que corría por ellos y por todos, en la orilla del resbaladizo precipicio, en que estaban luchando brazo a brazo en ese instante la libertad y la tiranía, la prosperidad y la ruina de dos pueblos dormidos, el uno bajo el sopor de la desgracia, el otro bajo el beleño de una transitoria pero halagüeña felicidad; dormidos al arrullo de las salvajes ondas del gran río, cuyo rumor debía pasar

inapercibido en una próxima década, ahogada su poderosa voz por el estrépito de la pólvora, por el grito terrible del combate, y por el quejido lastimero de una sociedad espirante.

V. Monólogo en el mar

Monólogo en el mar

A las diez de la noche, la ballenera de Mr. Douglas partía como una flecha, o más bien se deslizaba como un pájaro acuático sobre las olas de la hermosa bahía de Montevideo; y a las once se había perdido a la vista de los buques más lejanos del puerto, sumergida allá entre el horizonte lejano del gran río, alumbrado por los rayos de plata que vertía de su tranquila frente la huérfana viajera de la noche.

Envuelto en su capa, reclinado en la popa de la ballenera, Daniel ya no fijaba sus ojos impacientes en la joven ciudad de la orilla septentrional del Plata, como lo había hecho veinte y cuatro horas antes: los tenía fijos en la bóveda azul del firmamento, sin ver, sin embargo, los vívidos diamantes que la tachonaban, abstraído su espíritu en las recordaciones de su corta pero aprovechada residencia en Montevideo.

-«Restemos, porque la política tiene también sus matemáticas -se decía a sí mismo.

»Restemos.

»Creí encontrar asociados en Montevideo todos los intereses políticos de la actualidad, y los encuentro en anarquía: gano un desengaño.

»Creí hallar que el pueblo era más poderoso que las entidades que lo mandan; y encuentro que aquí el pueblo tiene también su caudillo, no sanguinario como Rosas, pero que al fin hace lo que quiere, y no lo que conviene al pueblo: gano otro desengaño, y ya son dos.

»Pensé que los viejos unitarios eran hombres prácticos, en quienes la ciencia de los hechos y de las altas vistas dominaba su espíritu; y hallo que son hombres de ilusiones como cualesquiera otros, o más bien, con más ilusiones que los demás: gano otro desengaño, y ya son tres.

»Creí que ellos me enseñarían a conocer mi país, y veo que yo lo conozco mejor que ellos: otro desengaño, y ya son cuatro.

»Creí que el general Lavalle y la Comisión Argentina obraban de acuerdo; y veo que cada uno marcha por donde puede: gano otro desengaño, y ya son cinco.

»¡Malo!, son muchas ganancias para que no me vuelva loco, o me lleve el diablo.

»Clasifiquemos.

»El señor Martigny, hombre de talento, corazón francés, lleno de entusiasmo por nuestra causa, pero gira en el círculo estrecho de sus instrucciones, y desconfía de su gobierno.

»El señor Agüero no ha hablado nada y me ha dicho mucho: es poco flexible para la democracia, y demasiado serio para la libertad. Los años del destierro habrán pasado muy lentos por su corazón; pero los años del pueblo han pasado como un relámpago por su inteligencia, y no ha visto que otra generación se ha levantado en los catorce años que cuenta ya la

caída de la Presidencia.

»El señor Varela, espíritu fecundo, activo; inteligencia de concepciones rápidas; corazón ingenuo y apasionado; vida colocada en los límites de dos generaciones totalmente diferentes en sus tendencias; y de las miras de una y de otra podrá venir a ser el contemporizador algún día. Si él se separara de los principios de la nueva generación, sería necesario conquistarlo, porque su conquista sería un triunfo.

»Veamos de otra parte:

»Don Santiago Vásquez; no olvidaré jamás nuestra conversación de esta noche; es una gran cabeza; si la República Oriental llegase a poseer alguna vez media docena de hombres como ése, podría decir entonces que tenía cuanto le era necesario para constituir un gran todo, de tantos elementos que la Naturaleza y la revolución le han dado, y de que todavía no ha sacado partido.

»¿Qué puedo deducir de nuestra entrevista? Que Vásquez no está en su centro; que sus vistas son demasiado extensas para que puedan caber en el estrecho círculo de los pequeños partidos que se han empeñado en amontonar obstáculos donde más tarde ha de tropezar el progreso de este bello país. Que él trabaja por la unidad de intereses políticos entre las Repúblicas Oriental y Argentina, y sus enemigos le hostilizan y le separan de los negocios, so pretexto de que es amigo de los porteños.

»Su modo de definir al general Lavalle es nuevo para mí, y me da mucha luz sobre cosas que no podía explicarme: Lavalle es valiente, caballeresco, desinteresado, pero no tiene las calidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra susceptibilidad cuando sus amigos quieren darle

un consejo, o memorarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiente entonces de que lo quieren gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiración de sus ideas: los obstáculos le irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada, cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta.

»Ahora me explico muchas cosas, especialmente las palabras de Varela: *Lavalle obra por sí mismo*.

»Bien, ya están hechas mis cuentas; ¿he ganado, o perdido? He ganado; pues en política un hombre está en pérdida cuando tiene ilusiones; me he desengañado de muchos errores y he ganado muchas verdades; les he pintado la situación de Rosas, ellos me han dibujado la situación de sus enemigos. Ahora, ¡Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres!

»Sí, ¡Dios nos proteja! -dijo después de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habían estado extasiados en el firmamento bordado con su luna y sus estrellas, y en que sus ideas parecían que habían tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa y al mismo tiempo tierna y sensible; y después de esa exclamación, continuó, en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del cielo-: Dios, que es la sabiduría y la unidad del universo.

»Dios, que sostiene pendientes en las hebras impalpables de su voluntad soberana esos mundos espléndidos que giran, como chispas de su inteligencia, sobre esa bóveda infinita y diáfana que parece formada con el aliento de los ángeles.

»¡Eternos como la mirada que los ilumina, esos astros verán alguna vez sobre estas olas la realización de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo: es en una magnífica y espléndida alegoría, en que ha revelado los destinos del nuevo mundo el gran poeta de la creación universal.

»Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

»Estos ríos inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

»Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la Naturaleza está convidando a la armonía del arte y de la voz humana.

»Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas regiones como el suspiro enamorado del genio protector que las vigila.

»Estas nubes matizadas siempre con los colores más risueños y suaves de la Naturaleza.

»Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

»Las generaciones se suceden en la humanidad, como las olas de este río, inmenso como el mar.

»Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la eternidad: se desprende, arrasa, arrebata en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellos al caos eterno de la nada. Pero la creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la

vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

»Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este río esta generación amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrá otra, y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo a mis ojos.

»Vendrán.

»Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la Naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de compasión por los errores y las desgracias de la mía.

»Sí, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido la frente de los que hoy viven.

»Sí; tengo fe; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡Patria! ¡Patria! ¡La generación presente no tiene sino el nombre de sus padres!

»¡Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazón; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazón con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en la relación con Dios, extendida desde el cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser de todos los que he visto sobre la tierra a quien quisiera volver a hallar en el cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, a contemplar la tierra que fue testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño; de tanta virtud mentida; de tanto crimen y miserias reales!»

La luna escondió en este momento su faz de nácar entre los velos de

una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éxtasis de su espíritu, y cerró sus ojos, arrullado por las olas del poderoso Plata, soñolientas y perezosas bajo el tranquilo e iluminado pabellón del cielo.

VI. Doña María Josefa Ezcurra

Doña María Josefa Ezcurra

Después del cuadro político que acaba de leerse, y que la necesidad de dejar dibujada a grandes rasgos la época en que pasan los acontecimientos de esta historia, con sus hombres, sus vicios y sus virtudes, nos obligó a delinearlo y distraer a nuestros lectores, separándolos un momento de nuestros conocidos personajes, justo es que volvamos ahora en busca de ellos, retrocediendo algunos días, hasta volver a encontrarnos con aquel de que nos separamos ya.

El lector querrá acompañarnos a una casa donde ha entrado otra vez en la calle del Restaurador; y por cierto que habrá de encontrar allí escenas de que la imaginación duda y de que la historia responde.

La cuñada de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua, con su hermosa estera de esparto blanco con pintas negras, estaba sirviendo de galería de recepción, cuajada por los memorialistas de aquel día.

Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podría decirse lo mismo que de la ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con

mas aseo que las criadas, aun cuando la regla puede ser accesible a una que otra excepción acá o allá, hacía las veces de edecán de servicio, de maestro de ceremonias y de paje de introducción.

Parada contra la puerta que daba a la alcoba, con una mano agarrado tenía el picaporte, en señal de que allí no se entraba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra mano recibía los cobres o los billetes que, según su clase, le daban los que a ella se acercaban en solicitud de obtener la preferencia de entrar de los primeros a hablar con la señora Doña María Josefa Ezcurra. Y jamás audiencia alguna fue compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.

Estaban allí reunidos y mezclados el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno; revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas distintas.

El uno era arrastrado allí por el temor, el otro por el odio; uno por la relajación, otro por una esperanza, otros en fin por la desesperación de no encontrar a quien ni en dónde recurrir en busca de una noticia, o de una esperanza sobre la suerte de alguien caído en la desgracia de Su Excelencia. Pero el edecán de aquella emperatriz de un nuevo género, si no es en nosotros una profanación escandalosa el aplicar ese cesáreo nombre a la señora Doña María Josefa, tenía fija en la memoria su consigna, y cuando salía de la alcoba la persona a quien hacía entrar, elegía otra de las que allí estaban, siguiendo las instrucciones de su ama, sin cuidarse mucho de las súplicas de unos, y de las reclamaciones de otros, que habían puesto en su mano alguna cosa para conquistar la prioridad en la audiencia: y era de notarse que precisamente la audiencia no se daba a aquellos que la solicitaban, sino a los que nada decían ni pedían, por cuanto estos últimos

habían sido mandados llamar por la señora, en tanto que los otros venían en solicitud de alguna cosa.

El pestillo de la puerta fue movido de la parte interior, y en el acto la mulata vieja abrió la puerta y dio salida a una negrilla como de diez y seis a diez y ocho años, que atravesó la sala, tan erguida como podría hacerlo una dama de palacio que saliera de recibir las primeras sonrisas de su soberana en los secretos de su tocador.

Inmediatamente la mulata hizo señas a un hombre blanco, vestido de chaqueta y pantalón azul, chaleco colorado, que estaba contra una de las ventanas de la sala, con su gorra de paño en la mano.

Ese hombre pasó lentamente por en medio de la multitud, se acercó a la mulata; habló con ella, y entró a la alcoba, cuya puerta se cerró tras él.

Doña María Josefa Ezcurra estaba sentada en un pequeño sofá de la India, al lado de su cama, tapada con un gran pañuelo de merino blanco con guardas punzoes, y tomaba un mate de leche que la servía y la traía por las piezas interiores una negrilla joven.

-Entre, paisano; siéntese -dijo al hombre de la gorra de paño, que sentóse todo embarazado en una silla de madera de las que estaban frente al sofá de la India.

-¿Toma mate amargo, o dulce?

-Como Usía le parezca -contestó aquél, sentado en el borde de la silla, dando vuelta a su gorra entre las manos.

-No me diga Usía. Tráteme como quiera, no más. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un fraque o sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales. ¿Y sirve ahora,

paisano?

-No, señora. Hace cinco años que el general Pinedo me hizo dar de baja por enfermo, y después que sané trabajo de cochero.

-¿Usted fue soldado de Pinedo?

-Sí, señora; fui herido en servicio y me dieron la baja.

-Pues ahora Juan Manuel va a llamar a servicio a todo el mundo.

-Así he oído; sí, señora.

-Dicen que va a invadir Lavalle, y es preciso que todos defiendan la Federación, porque todos son sus hijos. Juan Manuel ha de ser el primero que ha de montar a caballo, porque él es el padre de todos los buenos defensores de la Federación. Pero se han de hacer sus excepciones en el servicio, porque no es justo que vayan a las fatigas de la guerra los que pueden prestar a la causa servicios de otro género.

-¡Pues!

-Ya tengo una lista de más de cincuenta a quienes he de hacer que les den papeletas de excepción por los servicios que están prestando. Porque ha de saber, paisano, que los verdaderos servidores de la causa son los que descubren las intrigas y los manejos de los salvajes unitarios de aquí adentro, que son los peores; ¿no es verdad?

-Así dicen, señora -contestó el soldado retirado, volviendo el mate a la negrilla que lo servía.

-Son los peores, no tenga duda. Por ellos, por sus

intrigas es que no tenemos paz, y que los hombres no pueden trabajar y vivir con sus familias, que es lo que quiere Juan Manuel; ¿no le parece que ésta es la verdadera Federación?

-¡Pues no, señora!

-Vivir sin que nadie los incomode para el servicio.

-Pues.

-Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es Federación, ¿no es verdad?

-Sí, señora.

-Pues eso no quieren los salvajes unitarios; y por eso, todo el que descubre sus manejos es un verdadero federal, y tiene siempre abierta la casa de Juan Manuel y la mía, para poder entrar y pedir lo que le haga falta; porque Juan Manuel no niega nada a los que sirven a la patria, que es la Federación; ¿entiende, paisano?

-Sí, señora, y yo siempre he sido federal.

-Ya lo sé, y Juan Manuel también lo sabe; y por eso lo he hecho venir, segura de que no me ha de ocultar la verdad si sabe alguna cosa que pueda ser útil a la causa.

-¿Y yo qué he de saber, señora, si yo vivo entre federales nada más?

-¡Quién sabe! Ustedes los hombres de bien se dejan engañar con mucha facilidad. Dígame, ¿dónde ha servido últimamente?

-Ahora estoy conchabado en la cochería del inglés.

-Ya lo sé, ¿pero antes de estar en ella, dónde servía?

-Servía en Barracas, en casa de una señora viuda.

-Que se llama Doña Amalia, ¿no es verdad?

-Sí, señora.

-¡Oh, si por aquí todo lo sabemos, paisano! ¡Pobre del que quiera engañar a Juan Manuel o a mí! -dijo Doña María Josefa clavando sus ojitos de víbora en la fisonomía del pobre hombre, que estaba en ascuas sin saber qué era lo que le iba a preguntar.

-Por supuesto -contestó.

-¿En qué tiempo entró usted a servir a esa casa?

-Por el mes de noviembre del año pasado.

-¿Y salió usted de ella?

-En mayo de este año, señora.

-¿En mayo, eh?

-Sí, señora.

-¿En qué día, lo recuerda?

-Sí, señora; salí el 5 de mayo.

-¿El 5 de mayo, eh? -dijo la vieja meneando la cabeza, y marcando palabra por palabra.

-Sí, señora.

-El 5 de mayo... ¿Conque ese día? ¿Y por qué salió usted de esa casa?

-Me dijo la señora que pensaba economizar un poco sus gastos, y que por eso me despedía, lo mismo que al cocinero, que era un mozo español. Pero antes de despedirnos nos dio una onza de oro a cada uno, diciéndonos que tal vez más adelante nos volvería a llamar, y que fuésemos a ella siempre que tuviésemos alguna necesidad.

-Qué señora tan buena: quería hacer economías y regalaba onzas de oro! -dijo Doña María Josefa con el acento más socarrón posible.

-Sí, señora, Doña Amalia es la señora más buena que yo he conocido, mejorando la presente.

Doña María Josefa no oyó estas palabras; su espíritu estaba en tirada conversación con el diablo.

-Dígame, paisano -dijo de repente-, ¿a qué horas lo despidió Doña Amalia?

-De las siete a las ocho de la mañana.

-¿Y ella se levantaba a esas horas siempre?

-No, señora, ella tiene la costumbre de levantarse muy tarde.

-¿Tarde, eh?

-Sí, señora.

-¿Y usted vio alguna novedad en la casa?

-No, señora, ninguna.

-¿Y sintió usted algo en la noche?

-No, señora, nada.

-¿Qué criados quedaron con ella, cuando usted y el cocinero salieron?

-Quedó Don Pedro.

-¿Quién es ése?

-Es un soldado viejo que sirvió en las guerras pasadas, y que ha visto nacer a la señora.

-¿Quién más?

-Una criada que trajo la señora de Tucumán, una niña, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

-Muy bien: en todo eso me ha dicho usted la verdad; pero cuidado, mire usted que le voy a preguntar una cosa que importa mucho a la Federación y a Juan Manuel, ¿ha oído?

-Yo siempre digo la verdad, señora -contestó el paisano, bajando los ojos, que no pudieron resistir a la mirada encapotada y dura con que acompañó Doña María Josefa sus últimas palabras.

-Vamos a ver: en los cinco meses que usted estuvo en casa de Doña Amalia, ¿qué hombres entraban de visita todas las noches?

-Ninguno, señora.

-¿Cómo ninguno?

-Ninguno, señora. En los meses que he estado, no he visto entrar a nadie de visita de noche.

-¿Y estaba usted en la casa a esas horas?

-No salía de casa, porque muchas noches, si había luna, enganchaba los caballos y llevaba a la señora a la Boca, donde se bajaba a pasear a orillas del riachuelo.

-¿A pasear? ¡Qué señora tan paseandera!.

-Sí, señora, llevaba la niña Doña Luisa y paseaba con ella sola.

-¡La niña Doña Luisa! ¿Y la cuida mucho a esa niña Doña Luisa?

-Sí, señora, como si fuera de la familia.

-¿Será de la familia, pues?

-No, señora, no es nada de ella.

-No; pues las malas lenguas dicen que es su hija.

-¡Jesús, señora! Si Doña Amalia es muy moza, y la niña tiene doce años.

-¿Muy moza, eh? ¿Y cuántos años tiene?

-Ha de tener de veinte y dos a veinte y cuatro años. -¡Pobrecita! Fuera de los que mamó y anduvo a gatas. Bien, ¿y con quién decía usted que paseaba?

-Sola con la niña.

-¿Con ella sola, eh? ¿Y a nadie encontraba por allí? -A nadie, no, señora.

-Y las noches que no paseaba, ¿no recibía visitas?

-No, señora, no iba nadie.

-¿Estaría rezando?

-Yo no sé, señora, pero a casa no entraba nadie -respondió el antiguo

cochero de Amalia, que, a pesar de toda la vocación por la santa causa, estaba comprendiendo que se trataba de algo relativo a la honradez, o a la seguridad de Amalia, y se estaba disgustando de que le creyesen capaz de querer comprometerla, por cuanto él estaba persuadido de que en el mundo no había una mujer más buena ni generosa que ella.

Doña María Josefa reflexionó un rato.

-«Esto echa por tierra todos mil cálculos»- se dijo a sí misma.

-¿Y dígame usted, de día tampoco no entraba nadie? -preguntó.

-Solían ir algunas señoras, una que otra vez.

-No, de hombres, le pregunto a usted.

-Solía ir el señor Don Daniel, un primo de la señora.

-¿Todos los días?

-No, señora, una o dos veces por semana.

-¿Y después que ha salido usted de la casa ha vuelto a ella a ver a la señora?

-He ido tres o cuatro veces.

-Vamos a ver: cuando usted ha ido, ¿a quién ha visto en ella, a más de la señora?

-A nadie.

-¿A nadie, eh?

-No, señora.

-¿No había algún enfermo en la casa?

-No, señora, todos estaban buenos.

Doña María Josefa reflexionaba.

-Bueno, paisano; Juan Manuel tenía algunos informes sobre algo de esa casa pero yo le diré cuanto usted me ha dicho, y si es la verdad, usted le

habrá hecho un servicio a la señora, pero si usted me ha ocultado algo, ya sabe lo que es Juan Manuel con los que no sirven a la Federación.

-Yo soy federal, señora; yo siempre digo la verdad.

-Así lo creo: puede retirarse no más.

Inmediatamente a la salida del ex cochero de Amalia, Doña María Josefa llamó a la mulata de la puerta y le dijo:

-¿Está ahí la muchacha que vino ayer de Barracas?

-Está, sí, señora.

-Que entre.

Un minuto después entró a la alcoba una negrilla de diez y ocho a veinte años, rotosa y sucia.

Doña María Josefa la miró un rato, y la dijo:

-Tú no me has dicho la verdad: en casa de la señora que has denunciado, no vive hombre ninguno, ni ha habido enfermos.

-Sí, señora, yo le juro a su merced que he dicho la verdad. Yo sirvo en la pulpería que está en la acera de la casa de esa unitaria; y de los fondos de casa, yo he visto muchas mañanas un mozo que nunca usa divisa y que anda en la quinta de la unitaria cortando flores. Después yo los he visto a él y a ella pasear del brazo en la quinta muchas veces; y a la tarde suelen ir a sentarse bajo de un sauce muy grande que hay en la quinta, y allí les llevan café.

-¿Y de dónde ves esto, tú?

-Los fondos de casa dan a los de la casa de la unitaria, y yo les suelo ir a espiar de atrás del cerco, porque les tengo rabia.

-¿Por qué?

-Porque son unitarios.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque nunca que pasa Doña Amalia por la pulpería, saluda al patrón, ni a la patrona, ni a mí; porque los criados de ella nunca van a comprar nada a casa, cuando ellos saben que el patrón y todos nosotros somos federales; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste entre la quinta. Y cuando vi estas noches que el ordenanza del señor Mariño y otros dos más andaban rondando la casa, y tomando informes en la pulpería, yo vine a contarle a su merced lo que sabía, porque soy buena federal. Es unitaria, sí, señora.

-¿Y qué más sabes de ella, para decir que es unitaria?

-¿Qué más sé?

-¿Sí, qué más sabes?

-Mire, su merced: una comadre mía supo que Doña Amalia buscaba lavandera, fue a verla, pero no la quiso y le dio la ropa a una gringa.

-¿Cómo se llama?

-No sé, señora; pero si su merced quiere yo lo preguntaré.

-Sí, pregúntalo.

-Y también tengo que decir a su merced que yo la he oído tocar el piano y cantar a media noche.

-¿Y qué hay con eso?

-Yo digo que ha de ser la canción de Lavalle.

-¿Y por qué lo crees?

-Yo digo no más.

-¿Y no puedes pasar de noche a la quinta y acercarte a la casa para oír lo que canta?

-Veré a ver, sí, señora.

-Mira, si puedes entrarte a la casa, escóndete y no te muevas de allí hasta que venga el día.

-¿Y qué hago, señora?

-¿No dices que allí hay un mozo?

-Sí, señora, ya entiendo.

-¡Pues!

-Yo creo que se ha de entrar desde temprano.

-No; si entra a las piezas de ella, ha de ser tarde, y ha de salir antes que venga el día.

-Yo los he de espiar, sí, señora.

-¡Cuidado con no hacerlo!

-Sí, lo he de hacer.

-¿Y qué más has visto en esa casa?

-Ya le dije ayer a su merced todo lo que había visto. Va casi siempre un mozo que dicen que es primo de la unitaria; y estos meses pasados iba casi todos los días el médico Alcorta, y por eso le dije a su merced que allí habla algún enfermo.

-¿Y recuerdas algo más que me has dicho ayer?

-Ah, sí, señora: le dije a su merced que el enfermo debía ser el mozo que anda cortando flores, porque al principio yo lo veía cojear mucho.

-¿Y cuándo es el principio? ¿Qué meses hará de esto?

-Hará cerca de dos meses, señora; después ya no cojea, y ya no va el médico; ahora pasea horas enteras con Doña Amalia, sin cojear.

-¿Sin cojear, eh? -dijo la vieja con la expresión más cínica en su fisonomía.

-Sí, señora, está bueno ya.

-Bien: es necesario que espíes bien cuanto pasa en esa casa, y que me lo digas a mí, porque con eso haces un gran servicio a la causa, que es la causa de ustedes los pobres, porque en la Federación no hay negros ni blancos, todos somos iguales, ¿lo entiendes?

-Sí, señora; y por eso yo soy federal y cuanto sepa se lo he de venir a contar a su merced.

-Bueno, retírate no más.

Y la negra salió muy contenta de haber prestado un servicio a la santa causa de negros y blancos, y por haber hablado con la hermana política de Su Excelencia, el padre de la Federación.

Sucesivamente entraron a la presencia de Doña María Josefa varias criadas de toda edad, y de todo linaje de malignidad, a deponer oficiosamente cuanto sabían o se imaginaban saber de la conducta de sus amos, o de los vecinos a sus casas, dejando en la memoria de aquella hiena federal una nomenclatura de individuos y familias distinguidas, que debían ocupar más tarde un lugar en el martirologio de ese pueblo infeliz, entregado por el más inmoral de los gobiernos al espionaje recíproco, a la delación y la calumnia, armas privilegiadas de Rosas para establecer el aislamiento y el terror en todos.

En seguida de las delatoras entró en esa oficina del crimen una pequeñísima parte de los que habían llegado ese día con ruegos y solicitudes al gobierno; a cuyo invisible despacho querían que llegasen por conducto de la hermana política del gobernador, que a todos ofrecía su interposición, no obstante que jamás solicitud alguna pasaba de sus manos a Rosas; por cuanto ella sabía que su digno cuñado sólo le prestaba su atención para escuchar los informes que le interesaba saber sobre el estado

del pueblo, de las familias y de los individuos; no siendo esto, sin embargo, un obstáculo para que Doña María Josefa tomase los regalos de cuanto pobre y rico se le acercaba en busca de su protección, diciendo a todos: que Juan Manuel iba a despachar de un momento a otro la solicitud muy favorablemente, por los empeños de ella.

La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos, leves y fugitivos, con que puede delinear, sin embargo, la fisonomía de toda una época; y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se basaba el gobierno de Rosas en el año de 1840, fácilmente podrá explicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron en pos de esa fecha, en lo más dramático y lúgubre de la dictadura.

Los abogados del dictador han presentado siempre al extranjero la parte ostensible de su gobierno, y han dicho: si el general Rosas fuese un tirano; si su gobierno fuese tal como lo pintan sus enemigos, no hubiese sido soportado por el pueblo, después de tantos años.

Pero ¿cómo ha existido?, ¿cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos? He ahí la cuestión; he ahí el estudio filosófico de ese gobierno.

Una labor inaudita, empleada con perseverancia en el espacio de muchos años para relajar todos los vínculos sociales, poniendo en anarquía las clases, las familias y los individuos, estableciendo y premiando la delación como virtud cívica en la clase ignorante e inclinada al mal de sus semejantes; escudándose siempre con esa palabra Federación, encubridora de todos los delitos, de todos los vicios, de todas las subversiones morales, en el sistema de Rosas; tales han sido los primeros medios empleados por él

para debilitar la fuerza sintética del pueblo, cortando en él todos los lazos de comunidad, y dejando una sociedad de individuos aislados para ejercer sobre ellos su bárbaro poder.

La fortuna quiso también que ese hombre funesto encontrase en su propia familia caracteres a propósito para ayudarle en su diabólico plan. Y entre ellos el de Doña María Josefa Ezcurra era un minero inagotable de recursos para la facilitación de sus fines.

La historia, más que nosotros, sabrá pintar a esa mujer y a otras personas de la familia del tirano con las tintas convenientes para hacer resaltar toda la deformidad de su corazón, de sus habitudes y de sus obras.

VII. La pareja

La pareja

Ya Doña María Josefa Ezcurra se disponía para hacer a su Juan Manuel la segunda visita de las tres que le hacía diariamente, y de las cuales mucho era que consiguiese hablarle una sola, contentándose con haber estado en las piezas interiores de la casa y poder salir de ellas aparentando que dejaba el gabinete de Su Excelencia, a los ojos de los servidores de segundo orden que cuajaban el zaguán del patio, haciéndose ante ellos, por esa ficción grosera, la agente intermediaria y necesaria a los infelices que tenían algo que suplicar, o a los pícaros que tenían algo que contar; recibiendo oblaciones de los primeros, y atando a los segundos al yugo de su servicio personal por esa esclavitud que la prostitución se labra a sí misma desde el momento en que se descubre a los ojos de un superior; ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de La Gaceta Mercantil, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquín diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo más recóndito de la vida privada, a cuanto hombre se había pronunciado

contra la tiranía de Rosas; inventando las más torpes calumnias, hasta sobre los hombres jóvenes que no tenían un sólo antecedente público en su vida.

La dueña de la casa no se hizo esperar mucho tiempo de su digna visita, y salió a la sala a recibirla diciéndole:

-Sólo a usted lo recibo, porque ya me iba a lo de Juan Manuel; y empiezo por decirle que estoy muy enojada.

-Y yo también -le contestó Mariño, sentándose en el sofá de la sala, al lado de ella.

-Sí, pero usted no ha de tener los motivos que yo.

-También lo creo; empiece usted por los suyos, que yo después explicaré los míos -le contestó el redactor, hombre a quien la Naturaleza había tenido el capricho de envolverle el alma entre un velo negrísimo, tejido con las peores fibras de que brotan las malas pasiones en las degeneraciones de la raza humana, al mismo tiempo que salpicándole la inteligencia con algunas brillantes chispas de imaginación y de talento.

-¿Que empiece los míos?

-Eso he dicho.

-Pues bien: tengo motivos de queja contra usted, porque nos está sirviendo a medias solamente.

-¡Nos está sirviendo! ¿A quiénes, señora Doña María Josefa?

-¡A quiénes! A Juan Manuel, a la causa, a mí, a todos.

-¡Ah!

-¡Pues! Y a Juan Manuel, no le puede gustar esto.

-Respecto a eso yo me entiendo con el señor gobernador -contestó Mariño, mirando a la vieja, aun cuando nadie lo hubiera creído por cuanto

sus ojos miraban siempre al sesgo.

-¡Sí, como ahora lo ve usted todas las noches!

-Mientras usted lo ve tres o cuatro veces al día, señora -contestó Mariño queriendo lisonjear a Doña María Josefa, pues aun cuando Mariño no la quería, por la razón de que a nadie quería en el mundo, sabía cuánto importaba el estar bien con ella siempre, y especialmente en esos momentos en que interés individual le aconsejaba buscar su auxilio.

-¿Cuatro? No, tres veces no más lo suelo ver.

-Es mucha suerte. Pero vamos a esto: ¿en qué sirvo yo a medias?

-En que está usted predicando en la Gaceta el degüello de los unitarios, y se olvida de las unitarias, que son peores.

-Pero es preciso empezar por los hombres.

-Es preciso empezar y acabar por todos, hombres y mujeres; y yo empezaría por las mujeres porque son las peores, y después hasta por sus inmundas crías, como ha dicho muy bien el juez de paz de Monserrat, Don Manuel Casal Gaete(1), que es un modelo de federal.

-Bien, hemos de tratar a su tiempo de las unitarias, pero por ahora es preciso que yo le diga a usted que también hay damas federales que no son buenas amigas.

-No, pues por lo que hace a mí...

-Precisamente es a usted a quien me refiero.

-¡Vaya! Esa es broma.

-No, señora, es serio: yo le confié a usted un secreto hace quince días, ¿recuerda usted?

-¿Lo de Barracas?

-Sí, lo de Barracas; y en alma y cuerpo se lo ha embutido usted a mi

mujer.

-¡Qué! Si fue una broma que yo tuve con ella.

-Pero una broma que me cuesta caro, pues mi mujer me saca los ojos.

-¡Bah!

-No, no ¡bah! La cosa es seria.

-¡Qué!

-Muy seria.

-No diga eso.

-Sí; lo repito, muy seria, porque no tenía usted para qué dar este disgusto a mi señora, ni a mí.

-¡Qué! Mire usted... ¡qué ocurrencia, Mariño!... Como ella lo había de saber por otro conducto, yo le dije que a usted le parecía muy buena moza la viuda de Barracas, pero nada más, ¡qué ocurrencia!, ¿cómo cree usted que había de querer yo indisponerlos?

-Bien, ya el mal está hecho y olvidémoslo -dijo Mariño revolviendo los ojos, proponiéndose sacar partido de la traición de esa mujer, para quien no había tales hombres ni mujeres unitarias en el mundo, sino hombres y mujeres a quienes quería hacer mal.

-Bueno, suponga usted que esté hecho el mal, Mariño, pero también es preciso que usted sepa que ya está hecho el bien.

-¿Cómo!

-¡Toma! ¿Qué me dijo usted?

-Dije a usted que me interesaba saber algo sobre tal señora que vivía en Barracas: qué especie de vida era la suya, quién la visitaba, y sobre todo, quién era un hombre que vivía con ella y que parecía estar oculto, porque no salía a la calle, ni se asomaba siquiera a las ventanas; y dije a usted,

también, que yo no tenía en todo esto sino un interés político; es decir, un interés de nuestra causa.

-¡Pues, un interés político!

-Cierto.

-Ya.

-¿Porqué lo duda usted?

-¿Yo?

-Sí, usted, se sonríe maliciosamente.

-¡Qué! Si yo soy así.

-Sí, señora, es usted así.

-Mire; yo soy como soy.

-La conozco.

-Y yo también lo conozco.

-¿Es decir que nos conocemos?

-Pues, prosiga, Mariño.

-Eso fue lo único que dije a usted, creyendo que no me rehusaría usted este servicio; usted, que todo lo sabe y que todo lo puede.

-Pues bien, ahora va usted a oír todo lo que yo he hecho y conocerá usted si soy su amiga. Hace mucho tiempo que sé que esa mujer de Barracas vive muy retirada, y, por consiguiente, debe ser unitaria.

-¡Oh, quién sabe!

-No, unitaria, fijo.

-Bien, prosiga usted.

-Me dijo usted que creía que había un hombre oculto.

-Lo sospeché solamente.

-No, claro, oculto; yo sé lo que me digo.

-Adelante.

-Mandé una de las personas de mi servicio a indagar por el barrio con ciertas instrucciones mías. En la acera de la casa hay una pulpería, en la pulpería una negrilla criolla; mi emisario habló con ella; le dijo que la casa de la viuda era sospechosa; que se fijase que de noche andaba gente vigilando la casa.

-¿Y cómo lo sabía su emisario de usted?

-Porque yo se lo dije.

-Pero usted ¿cómo lo sabía?

-¡Bah!, porque yo conozco a usted, y desde que vi que usted tenía interés político en ese asunto -dijo Doña María Josefa, marcando irónicamente las últimas palabras-, me presumí que no se había de estar usted durmiendo en las pajas.

-Prosiga usted -dijo Mariño, admirando en su interior la astucia de aquella mujer.

Mi emisario dijo a la negrilla, pues, que la casa era sospechosa, que la vigilaban, y que si ella sabía alguna cosa, se congraciaría mucho conmigo viniendo a avisármela; pudiendo decir después que era más federal que muchas blancas que tratan de humillar a la pobre gente de color, sin prestar ningún servicio a la Federación. La negrilla no se hizo de esperar: se vino a verme, y, como si la cosa naciera de ella misma, me refirió cuanto sabía.

-¿Y qué es lo que sabe?

-Que allí hay un hombre joven y muy buen mozo -contestó Doña María Josefa, poniendo de su parte aquellas calidades para no perder la ocasión de mortificar al prójimo.

-¿Y bien?

-Que es muy buen mozo; que se pasea por la quinta abrazado con la viuda.

-¿Abrazado, o del brazo?

-Abrazado, o del brazo, no me acuerdo cómo dijo la negrilla. Que toman café juntos bajo de un sauce, que él mismo le tiene la taza para que ella lo tome; y que allí se están hasta que viene la noche, y...

-¿Y qué? -dijo Mariño, ardiéndole la sangre e inyectados de ella sus oblicuos ojos.

-Y que...

-Prosiga usted, señora.

-Pues viene la noche y...

-¿Y?

-Y que después ya no los ve más -dijo Doña María Josefa, con una expresión de un contentamiento indefinible.

-Bien -dijo Mariño-, pero hasta ahora no sacamos en limpio sino que en esa casa hay un hombre, y es lo mismo que yo dije a usted hace quince días.

-Eso de que nada sacamos en limpio, no es del todo cierto. Hace quince días que usted deseaba saber algo de esa casa y quién era ese hombre; usted sólo era el interesado, pero desde ayer el asunto es de los dos, la mitad mío, y la mitad de usted.

-Desde ayer, ¿y por qué?

-Porque desde ayer he tomado varios informes, y se me ha fijado una idea en la cabeza; no sé por qué me parece que voy a dar con cierto pájaro; en fin, éste es un asunto mío; y por mí, por mí sola lo he de saber, y pronto.

-Pero más que saber quién es ese hombre, me interesa saber qué especie de relación tiene con la viuda; y éste es el servicio que yo espero de usted; porque es preciso que usted sepa que esa casa es un convento; no se ven jamás, ni las puertas, ni las ventanas abiertas, y para mayor misterio, los criados parecen mudos. En tres semanas no han entrado a ella más personas que la joven de Dupasquier, tres veces; Bello, el primo de la viuda, casi todas las tardes, y Agustina, cuatro veces.

-Y ¿por qué no se ha hecho usted amigo de Bello?

-Es un muchacho buen federal, pero muy orgulloso; no me gusta.

-Y ¿por qué no ha visto usted a Agustina para que lo lleve?

-No quiero dar tanta publicidad a este asunto. Es una ganancia política que yo quiero hacer con usted sola.

-¿Política, eh? ¡Ah, tunante! Pero hace bien; tiene buen gusto; dicen que la viudita es preciosa.

-Ah, señora, no hablemos de eso.

-¿Y qué más quiere la zonza?

-¡Oh!

-¡Bah! Es usted un pobre hombre lleno de melindres. Vamos a ver: ¿se contenta usted con que ella venga a pedirme algún servicio dentro de pocos días, y con que yo se la recomiende a usted, y se la envíe a la imprenta, o a alguna casita por ahí?

-¿Me habla usted de veras? -preguntó Mariño acercándose más a la vieja, relampagueándole los ojos.

-¡Ah, picarón, cómo se alegra! Así ha de ser, y nada será más fácil si yo no me he equivocado en cierta sospechita que tengo. Déjeme usted hacer solamente, y dentro de tres o cuatro días, asunto concluido; o salimos bien,

o salimos mal.

-Mi amiga -dijo Mariño con un tono lleno de amabilidad-, yo sólo quería de usted el que, con su poderosa influencia, con su talento que no tiene rival, se hiciera usted necesaria a esa señora, y usted parece que ha adivinado mis deseos. Hoy por mí, y mañana por ti, como dice el refrán.

-No, pues mire usted, Mariño: en este asunto me parece que voy a hacer menos por usted que por mí; si me sale cierto lo que sospecho, creo que le voy a dar un golpe de muerte a Victorica en la opinión de Juan Manuel.

-¿Luego aquí hay algo serio? -dijo Mariño un poco intrigado.

-Puede ser, pero no tema usted nada por la viudita; la hemos de sacar en palmas; entretanto, ¿con qué va usted a pagarme mi servicio?

-¿Quiere usted que le mande desde mañana cien ejemplares de la Gaceta, para distribuirlos entre nuestros buenos servidores?

-Ya lo entiendo, picaruelo, me ha comprendido usted, y les va a dar duro a ellos y a ellas, ¿eh?

-Creo que quedará usted contenta.

-Y si no, no me contente.

-Otra cosa, hágame usted el favor, señora, de no hablarle una palabra de estos asuntos a mi mujer.

-¡No sea criatura! Si son bromas mías -y soltó una de aquellas estrepitosas carcajadas que el diablo la inspiraba, haciéndola gozar del mal que hacía.

-Bien, bromas o no bromas, es mejor que no se repitan: yo se lo suplico a usted -dijo Mariño, quien, a pesar del favor en que estaba con el dictador, creía muy conveniente el suplicar a aquella mujer, cuyas armas eran

generalmente irresistibles.

-Bueno: vaya no más, no tenga cuidado, si yo doy con cierta cosa, usted ha de dar con la viuda; pero con una condición.

-Póngala usted.

-¿Palabra de honor?

-Palabra de honor.

-Pues bien; si yo doy con cierta cosa con que no ha podido dar Victorica, yo se la mando a usted a su cuartel de serenos, y usted la recibe, ¿entiende usted?

-¿A quién? ¿A la viudita?

-¡No, qué a la viuda!

-Pues ¿a quién mandará usted a mi cuartel?

-A la cosa que ando buscando, y que espero hallar.

-!Ah!

-¿Entiende usted ahora?

-Entiendo -contestó Mariño con una sonrisa indefinible, comprendiendo que se trataba de alguna víctima, pues que el hombre que entraba a su cuartel de serenos, no salía de allí sino para la eternidad.

-¿No digo? Si hemos de ser muy amigos, Mariño.

-Hace tiempo que lo somos -contestó éste levantándose.

-Sí, y de todo corazón. ¿Conque se va?

-Y volveré, ¿cuándo?

-Dentro de cuatro o cinco días.

-Hasta entonces, pues.

-Adiós, Mariño, hasta entonces; memorias a su mujer, y no haga caso de las zoncerías que le diga.

-Adiós, señora -le dijo el redactor casi admirado de no ver salir de aquellos labios sino palabras empapadas en algún veneno diferente.

VIII. Preámbulo de un drama

Preámbulo de un drama

Después de la noche del 24 de mayo en que cerramos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales, y los sucesos políticos, de sus personajes, y de su época, hasta los últimos días de julio, habían sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo, este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado, la poética quinta de Barracas había ido, poco a poco, arrojando de su recinto de flores las incertidumbres y las supersticiones, y convirtiéndose en un Edén cuyas puertas, cerradas algún tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron a los dos ángeles sin alas arrodillados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la Naturaleza y la soledad, almas formadas para lo más sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y generosa la una; tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habían atado para siempre su destino en el mundo con las fibras más íntimas y sensibles de su corazón; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el cielo, que domina la imaginación en el tránsito fugitivo de la cuna a la tumba, la felicidad, con todo el esmalte caprichoso con que la

engalana la fantasía, había aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oír, ver, tocar, en sus raptos de poesía y entusiasmo, todo cuanto la mente concibe que puede encontrarse en la existencia soñada de la felicidad eterna, porque, en medio de la ventura, Eduardo había respetado a Amalia y Amalia no veía una sombra en el cristal purísimo de su conciencia.

Sin embargo, estaba convenido entre ambos, que Eduardo volvería a la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podía caminar sin dificultad, pero conservaba aún gran sensibilidad en la herida, y esto y los ruegos de Daniel habían demorado un poco más el día de la separación, si cabía separación en quienes debían volverse a ver a cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentían por Amalia el cariño que ella inspiraba a cuantos tenían la felicidad de acercársele y comprenderla; pero el riguroso invierno de 1840, que había puesto intransitables los caminos, impedía que Madama Dupasquier fuese a Barracas tan a menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel, el hombre para quien no había obstáculos en la Naturaleza, ni en los hombres, veía a su prima y a su amigo casi todos los días; y era en Barracas y en lo de su Florencia donde su corazón y su carácter podían explayarse tales como la Naturaleza los hizo: allí era tierno, alegre, espirituoso, burlón y mordaz a veces; fuera de allí Daniel era el hombre que conocemos en política.

Por último, la señora Doña Agustina Rosas de Mansilla había repetido su visita a Barracas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia por no haberla pagado ninguna de sus visitas todavía.

Amalia no buscaba esta relación, la disgustaba al principio, pero últimamente había conocido que Agustina era una mujer inofensiva, cuya amistad en nada la comprometía, en tanto que Agustina la divertía, al mismo tiempo que la daba ocasión para admirar una obra casi perfecta de la Naturaleza, porque el sentimiento de lo bello era el más desenvuelto en el espíritu de Amalia.

Para el carácter circunspecto de Amalia era una diversión el ver a Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí había, y exigiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chiche y cuanta alhaja guardaba en sus gavetas la bella tucumana, y pasando luego a mirarse y contonearse en los grandes espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad el ver aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada como una niña de ocho años a los placeres más pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres o cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertía, y sin la mínima violencia la regalaba lo que más veía que había llamado su atención. En cambio de todo esto Agustina había enviado a Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero a los tres días de habérselo regalado, le escribió pidiéndoselo bajo pretexto de que no se hallaba sin él.

En cuanto a los acontecimientos políticos, hasta el 16 de julio en que tuvo lugar la batalla del Sauce Grande, no se había alterado la situación pública: situación de expectativa para Rosas, de inacción en el Entre Ríos, de preparativos lentos en las provincias de Cuyo, de irresolución en los agentes franceses, de intrigas locales en la República Oriental.

Daniel, entretanto, había tenido un tristísimo desengaño: el 15 de

junio, en que debió tener lugar la segunda reunión de jóvenes en la casa de Doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrieron a la primera reunión, ya no estaba en Buenos Aires, sino en Montevideo, o en el Ejército Libertador.

Daniel sufría mucho por el modo con que sus amigos entendían sus deberes patrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, lejos de desmayar, parecía cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febril actividad por precipitar el desborde sangriento de los odios de la Mashorca, contenidos por el dique de una primera señal que les faltaba. Y he ahí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mashorca por en medio de la voluntad de Rosas, a ver si de esa prematura erupción resultaba una reacción del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos sobre la garganta de tantos inocentes. Pero Daniel no podía con esos lebreles atados con cadena de fierro a la voluntad de su amo, y sólo conseguía el ganar en la opinión de ellos el título del más entusiasta y decidido federal.

Fue en este estado de cosas, y al siguiente día de recibirse la noticia de la batalla, que Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es pocos días después de su regreso a Buenos Aires que vamos a encontrarnos con él en la encantada quinta de Barracas, cuyos dos habitantes ignoraban aquella partida, aun cuando Daniel se había despedido de ellos por tres días, llegándola a saber solamente cuando los estrechó en sus brazos, libre ya de los peligros que había corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar a sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto había sido revelado a su

Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un ángel, habían subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Eran las cinco de una tarde fría y nebulosa, y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete a los pies de Amalia, Eduardo le traducía uno de los más bellos pasajes del Manfredo de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, le oía, enajenada, más por la voz que llegaba hasta su corazón que por los bellos raptos de la imaginación del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza a buscar, en los ojos de su Amalia, un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y tocante de la felicidad más completa: felicidad de ellos, que se escondía en los misterios de su corazón, que a nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada o comprada a costa de alguna mala acción entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos, y al contemplarlos se hubiera podido decir, que la desgracia tendría compasión de echar una gota de acíbar en la copa purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que a nadie habían hecho mal en la vida, y que respondían, amándose, a las leyes de una Providencia superior a ellos mismos.

De repente, un coche paró a la puerta, y un minuto después Madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron a la sala.

Amalia y Eduardo habían conocido el coche a través de las celosías de

las ventanas, y como para los que llegaban no había misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que sólo una vez había hecho en las visitas de Agustina.

Daniel entró, como entraba siempre, vivo, alegre, cariñoso, porque al lado de su Florencia o de su prima su corazón sacudía sus penas y sus ambiciones de otro género, y daba expandimiento a sus afectos y a su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

-Café, mi prima, café, porque nos morimos de frío; nos hemos levantado de la mesa para venirlo a tomar contigo; pero ha sido inspiración mía, no tienes que agradecer la visita ni a la madre ni a la hija, sino a mí -dijo.

-Pides tan poco por el servicio, que bien merecerías no ser pago por no saber conocer la importancia de lo que haces -le contestó Amalia, después de haber cambiado besos bien sinceros con sus amigas.

-No le crea usted, Amalia, yo he sido quien he dispuesto este paseo, el perezoso se habría dejado estar hasta mañana al lado de la chimenea -dijo Madama Dupasquier, señora de cuarenta a cuarenta y dos años, de una fisonomía y de un aire de los más distinguidos; pero en cuyo semblante había algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubría muy generalmente en las señoras de distinción que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos o de sus amigos, su salud se alteraba por la excitación moral en que vivían.

-Está bien, yo diré menos verdad que Madama Dupasquier, pero no hay lógica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viernes.

-Amalia, yo me empeño porque se lo haga usted servir -dijo la madre de

Florencia-, de lo contrario no nos va a hablar sino de café toda la tarde.

-Sí, Amalia, déle café, déle cuanto pida a ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible -dijo Florencia, a quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entretanto, había tirado el cordón de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviera café.

-¿Qué obra es ésa, Eduardo? -preguntó Daniel.

-La de uno que en ciertas cosas tenía tanto juicio como tú.

-Ah, es Voltaire, porque este buen señor decía que una taza de café valía más que un vaso de agua del Hipocrene.

-No, no es Voltaire -dijo Amalia-, adivina.

-¡Ah!, entonces es Rousseau, porque el buen ginebrino tenía el exquisito gusto de pararse a respirar el olor del café tostado, donde quiera que lo percibía.

-Ya usted ve, está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres por medio del café -dijo Madama Dupasquier.

-Pero no adivina -observó Amalia.

-No me doy por vencido.

-¿A ver, pues?

-Napoleón, de quien la enfermedad de familia se le agravó a causa de los toneles de café que había tomado en su vida.

-Nada, nada; no adivinas.

-¡Vaya! No adivinaré quién es el autor de ese libro, ¿pero a que adivino quién no es el autor?

-¿A ver? -dijo Florencia desde la ventana a cuya luz estaba viendo los grabados.

-Don Pedro de Angelis, porque este autor no puede parecerse a mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la más indigesta de todas las aguas de este mundo, razón por la cual no ha podido digerir todavía el primer volumen de sus documentos históricos; ¿acerté?

-Es Byron, loco, es Byron -le dijo Eduardo, enseñando a Florencia el retrato de la hija del poeta.

-¡Ah, Byron! Ese no tomaba café por la razón que era la bebida favorita de Napoleón; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecía a Napoleón, pero tenía celos de su gloria, por cuanto sabía, el taimado inglés, que con él y con Napoleón debían morir las dos grandes glorias de su siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese más gloria que la suya. ¿Me parece que he hablado con juicio?

-Por la primera vez esta tarde -contestó Florencia.

-Cosa que no le sucedía con frecuencia al tal poeta; pues si en vez de querer tanto a su mujer, hubiese tenido el juicio de quererla más cuando ello lo tuvo por loco, no hubiese pasado después la miserable vida que llevó en este mundo.

-No he entendido -dijo Florencia.

-Ni nadie -agregó Amalia.

-Quise decir -dijo Daniel, hamacándose en el sillón en que estaba-, que si a mi me tuviese mi mujer por loco, por sólo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un rato de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirla cartas como él hizo, haría...

-¿Qué? -preguntó Florencia con viveza.

-Haría lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho; pero antes, a ver ¿qué harías tú, Eduardo?

-¿Yo?

-Sí, tú. ¿Si tu mujer se te escapase, y tú la quisieras?

-¿Qué había de hacer? Lo que hizo Byron, escribirla, querer traerla al buen sendero de que se había extraviado en un momento de ilusión.

-¡Bah! Eso no vale nada.

-¿Y qué harías tú?

-¿Yo? Montar en un coche, y si no había coche, a caballo, y si no había caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo a la casa donde estaba mi fugitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente, y decir a los que allí estuvieran: paso, señores, que ésta es mi mujer y me la llevo a mi casa.

-¿Y si no quería ir, caballero? -dijo Florencia.

-Entonces... Claro está, entonces me quedaría donde ella estuviese. Toda la dificultad estaría en que me echasen los dueños de casa, pero entonces me salía con mi mujer y asunto concluido. Pero... el café, mis queridas señoras -dijo Daniel, levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo a la sala donde acababan de servirlo, y donde entraron todos.

El criado, al servir el café, había colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba a la calle Larga, pues que ya comenzaba a anochecer.

Sentados alrededor de la mesa, todos se entretenían en ver a Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

-Es una lástima -dijo Madama Dupasquier-, que nuestro Daniel no haya hecho un viaje a Constantinopla.

Es cierto, señora -contestó el joven-, allí se toma el café por docenas de tazas, pero hace poco tiempo que he jurado no hacer más viajes en mi vida.

-Y especialmente, si para ir a Constantinopla fuera necesario hacer el viaje en una ballenera -dijo Amalia.

-Y pasar media noche con el agua hasta el cuello para volver a su casa -agregó Florencia, mirando con ojos de reconvención a Daniel.

-Y exponerse a ser recibido por algún oficioso guardacosta que lo tome por contrabandista -observó Eduardo.

-¡Hola! ¿También tú, mi querido? ¡Por supuesto, tú el más circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

-En todo caso contaría contigo -respondió Amalia a su primo, mirando tiernamente a Eduardo.

-Por aviso de la providencia, se entiende, que en cuanto a los que había de recibir de él, tengo mis antecedentes a este respecto.

-Sí, tiene razón Daniel -dijo Madama Dupasquier.

-Pero, Daniel, siempre ha sido para nosotros un misterio cómo apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche -dijo Amalia.

-¡Vaya! Hoy estoy de buen humor, y te lo diré, hija mía. Es muy sencillo.

Todos se pusieron a escuchar a Daniel, que prosiguió:

-El 4 de mayo a las cinco de la tarde recibí una carta de este caballero, en que me anunciaba que esa noche dejaría Buenos Aires. Entró en la moda, dije para mí; pero como yo tengo algo de adivino empecé a temer alguna desgracia. Fui a su casa; nada, cerrada la puerta. Fui a diez o doce casas de amigos nuestros; nada tampoco. A las nueve y media de la noche ya no podía estar en casa de esta señora, primera vez de mi vida en que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, exponiéndome...

exponiéndome, etc., esta señorita concluirá mi frase, me salí, pues, y fui a dar por las barrancas de la Residencia en donde vive cierto escocés amigo mío, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto a querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él, llevando unos a Montevideo, y Rosas, mandando otros a otra parte. Pero mi escocés dormía como si estuviese en sus montañas, esperando a que viniese a describirle Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. ¿Qué hacer entonces? Acudí a la lógica: nadie se embarca sino por el río; es así que Eduardo va a embarcarse, luego por la costa del río puedo encontrarlo; y después de este silogismo que envidiaría el señor Garrigós, que es el más lógico de nuestros representantes, bajé la barranca y me eché a andar por la costa del río.

-¡Y solo! -exclamó Florencia, empezando a palidecer.

-¡Vaya! Si no, me callo.

-No, no, siga usted -dijo la joven, esforzándose para sonreírse.

-Bien, pues; empecé a andar hacia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaba la soledad y el silencio, percibí primero un ruido de armas, me fui en esa dirección, y a pocos instantes conocí la voz del que buscaba. Después... después ya se acabó el cuento -dijo Daniel, viendo que Amalia y Florencia estaban excesivamente pálidas.

Eduardo se disponía a dar un nuevo giro a la conversación cuando al ruido que se sintió en la puerta de la sala dieron vuelta todos y, a través del tabique de cristales que separaba el gabinete, vieron entrar a las señoras Doña Agustina Rosas de Mansilla y Doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se había sentido rodar en el arenoso camino, distraídos como estaban todos con la narración de Daniel.

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse a las piezas interiores, como

era su costumbre cuando llegaba alguien que no era de las personas presentes.

IX. El primero acto de un drama

El primero acto de un drama

De todos cuantos allí había, Amalia era la única que no conocía a Doña María Josefa Ezcurra; pero cuando al pasar al salón vio de cerca aquella fisonomía estrecha, enjuta y repulsiva; aquella frente angosta sobre cuyo cabello alborotado estaba un inmenso moño punzó, armonizándose diabólicamente con el color de casi todo el traje de aquella mujer, no pudo menos de sentir una impresión vaga de disgusto, un no sé qué de desconfianza y temor que la hizo dar apenas la punta de sus dedos cuando la vieja le extendió la mano. Pero cuando Agustina la dijo: «Tengo el gusto de presentar a usted a la señora Doña María Josefa Ezcurra», un estremecimiento nervioso pasó como un golpe eléctrico por la organización de Amalia, y sin saber por qué, sus ojos buscaron los de Eduardo.

-¿No me esperaría usted con esta tarde tan mala? -prosiguió Agustina, dirigiéndose a Amalia, mientras todos se sentaban en redor de la chimenea.

Pero fuera casual o intencionalmente, Doña María Josefa quedó sentada al lado de Eduardo, dándole la derecha. Amalia se guardó bien de

presentar a Eduardo. Todos los demás se conocían desde mucho tiempo.

-En efecto, es una agradable sorpresa -contestó Amalia a la señora de Mansilla.

-Misia María Josefa se empeñó en que saliéramos; y como ella sabe cuán feliz soy cuando vengo a esta casa, ella misma le dio orden al cochero de conducirnos aquí.

Daniel empezó a rascarse una oreja, mirando el fuego como sí él sólo absorbiese su atención.

-Pero, vamos -prosiguió Agustina-, no somos nosotras solas las que se acuerdan de usted; aquí está Madama Dupasquier, que hace más de un año que no me visita; aquí está Florencia, que es una ingrata conmigo, y, por consiguiente, aquí está el señor Bello. Además, aquí tengo el gusto de ver también al señor Belgrano, a quien hace años no se le ve en ninguna parte -dijo Agustina, que conocía a toda la juventud de Buenos Aires.

Doña María Josefa miraba a Eduardo de pies a cabeza.

-Es una casualidad; mis amigos me ven muy poco -respondió Amalia.

-Y si yo no veo a usted, Agustina, a lo menos no negará usted que mi hija hace mis veces muy frecuentemente -dijo Madama Dupasquier.

-Desde el baile, no la he visto sino dos veces.

-Pero usted vive aquí tan perfectamente que casi es envidiable su soledad -dijo Doña María Josefa, dirigiéndose a Amalia.

-Vivo pasablemente, señora.

-¡Oh, Barracas es un punto delicioso! -Prosiguió la vieja-, especialmente para la salud -y señalando a Eduardo, dijo a Amalia:

-¿El señor se estará restableciendo?

Amalia se puso encendida.

-Señora, yo estoy perfectamente bueno -la contestó Eduardo.

-¡Ah, dispense usted! Como lo veía tan pálido.

-Es mi color natural.

-Además, como lo veía a usted sin divisa; y con esa corbata de una sola vuelta, en un día tan frío, creí que vivía usted en esta casa.

-Mire usted, señora -se apresuró a decir Daniel para evitar una respuesta que por fuerza, o había de ser una mentira, o una declaración demasiado franca, que convenía evitar-: en esto de frío es según uno se acostumbra; los escoceses viven en un país de hielo y andan desnudos hasta medio muslo.

-¡Cosas de gringos; pero como aquí estamos en Buenos Aires! -replicó Doña María Josefa.

-Y en Buenos Aires donde este invierno es tan riguroso -agregó Madama Dupasquier.

-¡Ha hecho usted poner chimenea, misia María Josefa? -preguntó Florencia que, como todos, parecía empeñarse en distraerla de la idea que había tenido sobre Eduardo, y que todos parecían adivinar.

-Demasiado tengo que hacer, hija, para ocuparme de esas cosas; cuando ya no haya unitarios que nos den tanto trabajo, pensaremos un poco en nuestras comodidades.

-Pues yo no hago poner una chimenea en cada cuarto, porque Mansilla se resfría al salir del lado del fuego -dijo Agustina.

-Demasiado calor ha de tener hoy Mansilla -continuó Doña María Josefa.

-¿Cómo? ¿Está enfermo el señor general? -preguntó Amalia.

-El nunca está sano -contestó Agustina-, pero hoy no lo he sentido

quejarse.

-No, no tiene calor de enfermedad -repuso la vieja-, tiene calor de entusiasmo. ¿No saben ustedes que hace tres días se está festejando la derrota de los inmundos unitarios en Entre Ríos? Pues no hay un solo federal que no lo sepa.

-Precisamente hablábamos de eso cuando ustedes entraron -dijo Daniel-; ha sido una terrible batalla.

-¡En que bien las han pagado!

-¡Oh, de eso yo le respondo a usted! -dijo Daniel.

-Y yo también -agregó Eduardo-; y si no hubiera sido que la noche era tan oscura...

-¿Cómo la noche? Si la batalla fue de día, señor Belgrano -observó Doña María Josefa.

-Eso es; fue de día, pero quiso decir mi amigo que si no hubiera sido la noche no se escapa ninguno.

-¡Ah!, por supuesto. ¿Y ha asistido usted a alguna de las fiestas, señor Belgrano?

-Hemos paseado juntos las calles admirando la embanderación -contestó Daniel, que temblaba de que Eduardo hablase.

-¡Y qué lindas banderas hay! ¿De dónde sacarán tantas, señora? -dijo la picaruela de Florencia, dirigiéndose a Doña María Josefa.

-Las compran, niña, o las hacen las buenas federales.

-Sí, pues yo soy muy buena federal, y me guardaré muy bien de emplear mis manos en eso. Cuando Mansilla me lo pidió el año pasado, se las mandé pedir prestadas al señor Mandeville, y desde entonces las tengo, y son las que uso: ni se las vuelvo más. ¿Y usted ha puesto, Amalia?

-No, Agustina, ¡esta casa está tan retirada!

-¡Bien hecho, hacen un ruido las malditas banderas! Y después de eso, los muchachos: Eduardita casi se cayó hoy de la azotea por querer subir hasta una bandera.

-¡Oh, esta casa no está tan lejos! -dijo Doña María Josefa.

-Pero como las del teatro, no hay ningunas; ¿ha ido usted al teatro, Doña María Josefa?

-No, Florencita, yo no voy al teatro. Pero he sabido que ha habido mucho entusiasmo; ¿ha estado usted, señor Belgrano?

-Pues mire usted, el día que yo vaya, por fuerza la voy a usted a buscar, y hemos de ir, ¿no es verdad?

-No te incomodes, niña, yo no voy al teatro -contestó la vieja con un gesto de mal humor al ver que nadie, y especialmente Florencia, la dejaba conversar con Eduardo.

-El teatro es el centro más a propósito para expresarse el entusiasmo de los pueblos -dijo Daniel.

-Sí, pero con tanta gritería no dejan oír la música -agregó Agustina.

-Esa grita es la más bella música de nuestra santa causa -dijo Daniel con una cara la más seria del mundo.

-Cabal, eso es hablar, -dijo la vieja.

-¿Florencia, por qué no toca usted el piano un momento?

-Ha tenido usted una buena idea, Amalia. Florencia, ve a tocar el piano.

-Bien, mamá. ¿Qué le gusta a usted, Doña Josefa?

-Cualquiera cosa.

-Pues bien, venga usted. Yo canto muy mal, pero por usted voy a cantar

delante de gente mi canción favorita, que es el Natalicio del Restaurador. Venga usted junto al piano -y Florencia se puso de pie delante de Doña María Josefa, para dar más expresión a su invitación.

-¡Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento!

-¡Vaya que no es así! Venga usted.

-¡Qué niña ésta! -dijo la vieja con una sonrisa satánica-. Vaya; vamos pues; dispense usted, señor Belgrano -y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza con todo el peso de su cuerpo, que transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se había afirmado precisamente en lo mas sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atrás su cabeza, sin poder encerrar entre sus labios esta exclamación:

-¡Ay, señora! -quedando en la silla casi desmayado, y pálido como un cadáver.

Daniel llevó su mano derecha a los ojos, y se cubrió el rostro.

Todos, a excepción de Agustina, comprendieron al momento que en la acción de Doña María Josefa podía haber algo de premeditación siniestra, y todos quedaron vacilantes y perplejos.

-¿Le he hecho a usted mal? Dispense usted, caballero. Si yo hubiera sabido que tenía usted tan sensible el muslo izquierdo, le hubiera a usted pedido su brazo para levantarme. ¡Lo que es ser vieja! Si hubiera sido una muchacha no le habría dolido a usted tanto su muslo izquierdo. Dispense usted, buen mozo -dijo mirando a Eduardo con una satisfacción imposible de ser definida por la pluma de un hombre; y fue luego a sentarse junto al piano, donde ya estaba Florencia.

Por una reacción natural en su altiva organización, Amalia se despejó súbitamente de todo temor, de toda contemporización con la época y las personas de Rosas que allí estaban; levantóse, empapó su pañuelo en agua de Colonia; se lo dio a Eduardo que empezaba a volver en sí del vértigo que había trastornádolo un momento; y separando bruscamente la silla en que había estado sentada Doña María Josefa, tomó otra y ocupó el lugar de aquélla al lado de su amado, sin cuidarse de que daba la espalda a la cuñada y amiga del tirano.

Agustina nada había comprendido, y se entretenía en hablar con Madama Dupasquier sobre cosas indiferentes y pueriles, como era su costumbre.

Florencia tocaba y cantaba algo sin saber lo que hacía. Doña María Josefa miraba a Eduardo y a Amalia, y sonreía y meneaba la cabeza.

Daniel parado, dando la espalda a la chimenea, tenía en acción todas las facultades de su alma.

-No es nada, ya pasó, no es nada -dijo Eduardo al oído de Amalia, cuando pudo reanimarse un poco.

-¡Pero está endemoniada esta mujer! Desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que hacernos sufrir -le contestó Amalia, bañando con su mirada tan tierna y amorosa la fisonomía de Eduardo.

-Muy bueno está el fuego -dijo Daniel alzando la voz, y mirando con algo de severidad a Amalia.

-Excelente -dijo Madama Dupasquier-, pero...

-Pero, perdone usted, señora, los disfrutaremos solamente hasta las diez o las once -la interrumpió Daniel, alcanzando que Madama Dupasquier iba a hablar de retirarse, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada que la

inteligente porteña comprendió con facilidad.

-Justamente, ésa es mi idea -repuso la señora-; es preciso que saboreemos bien el gusto de esta visita, ya que tan pocas veces nos damos este placer.

-Gracias, señora -dijo Amalia.

-Tiene usted razón -agregó Agustina-, y yo también me estaría hasta esas horas, si no tuviera que ir a otra parte.

-Es muy justo -dijo Amalia, cambiando con Madama Dupasquier una mirada bien inteligente sobre la razón algo impertinente que acababa de dar Agustina.

-¿Qué tal, lo he hecho bien? -preguntó Florencia a Doña María Josefa, levantándose del piano.

-¡Oh, muy bien! ¿Se le pasó a usted el dolor, señor Belgrano?

-Ya, sí, señora -respondió Amalia con prontitud y sin dar vuelta la cabeza para mirar a Doña María Josefa.

-No me vaya usted a guardar rencor, ¿eh?

-Si no hay de qué, señora -dijo Eduardo, violentándose en dirigirle una palabra.

-Lo que prometo es no decir a nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, a lo menos a las muchachas, porque si lo saben todas van a querer pellizcarle ahí para verlo desmayarse.

-¿Quiere usted sentarse, señora? -dijo Amalia girando la cabeza hacia Doña María Josefa, sin alzar los ojos y señalando una silla que había en el extremo del círculo que formaban en rededor de la chimenea.

-No, no -dijo Agustina-, ya nos vamos, tengo que hacer una visita y estar en mi casa antes de las nueve de la noche.

Y la hermosa mujer del general Mansilla se levantó, ajustándose las cintas de su gorra de terciopelo negro, que hacía resaltar la blancura y la belleza de su rostro.

En vano quiso Amalia violentarse; no pudo conseguir despejar su ánimo de la prevención que la dominaba ya contra Doña María Josefa Ezcurra: aún no había traslucido la maldad de sus acciones, pero le era bastante la grosería de la parte ostensible de ellas para hacérsele repugnante su presencia; y jamás despedida alguna fue hecha con más desabrimiento a esa mujer toda poderosa en aquel tiempo: Amalia la dio a tocar apenas la punta de sus dedos, y ni la dio gracias por su visita, ni la ofreció su casa.

Agustina no pudo ver nada de esto, entretenida en despedirse y mirarse furtivamente en el grande espejo de la chimenea, tomando en seguida el brazo de Daniel, que las condujo hasta el coche. Pero todavía desde la puerta de la sala, Doña María Josefa volvió su cabeza, y dijo dirigiéndose a Eduardo:

-No me vaya a guardar rencor, ¿eh? Pero no se vaya a poner agua de Colonia en el muslo, porque le ha de hacer mal.

El coche de Agustina había partido ya, y aún duraba en el salón de Amalia el silencio que había sucedido a la salida de ella y de su compañera.

Amalia fue la primera que lo rompió, mirando a todos, y preguntando con una verdadera admiración:

-Pero ¿qué especie de mujer es ésta?

-Es una mujer que se parece a ella misma -dijo Madama Dupasquier.

-¿Pero qué le hemos hecho? -preguntó Amalia-. ¿A qué ha venido a esta casa, si debía ser para mortificar a cuantos en ella había, y esto cuando no me conoce, cuando no conoce a Eduardo?

-¡Ah, prima mía! ¡Todo nuestro trabajo está perdido; esta mujer ha venido intencionalmente a tu casa; ha debido tener alguna delación, alguna sospecha sobre Eduardo, y desgraciadamente acaba de descubrirlo todo!

-Pero ¿qué, qué ha descubierto?

-Todo, Amalia; ¿crees que haya sido casual el oprimir el muslo izquierdo de Eduardo?

-¡Ah! -exclamó Florencia-, ¡sí, sí, ella sabía de un herido en el muslo izquierdo!

Las señoras y Eduardo se miraron con asombro.

Daniel prosiguió tranquilo y con la misma gravedad:

-Cierto, esa era la única seña que ella tenía del escapado en los asesinatos del 4 de mayo. Ella no ha podido venir a esta casa sin algún fin siniestro. Desde el momento de llegar ha examinado a Eduardo de pies a cabeza; sólo a él se ha dirigido, y cuando ha comprendido que todos le cortábamos la conversación, ha querido de un solo golpe descubrir la verdad, y ha buscado el miembro herido para descubrir en la fisonomía de Eduardo el resultado de la presión de su mano. Sólo el demonio ha podido inspirarla tal idea, y ella va perfectísimamente convencida de que sólo habiendo oprimido una herida mal cerrada aún, ha podido originar en Eduardo la impresión que le hizo, y que ha devorado con placer.

-Pero ¿quién ha podido decírselo?

-No hablemos de eso, mi pobre Amalia. Yo tengo un perfecto conocimiento de lo que acabo de decir, y sé que ahora estamos todos sobre el borde de un precipicio. Entretanto, es necesaria una cosa en el momento.

-¿Qué? -exclamaron todas las señoras, que estaban pendientes de los labios de Daniel.

-Que Eduardo deje esta casa inmediatamente y se venga conmigo.

-Oh, no -exclamó Eduardo levantándose, iluminados sus ojos por un relámpago de altivez, y parándose al lado de su amigo junto a la chimenea.

-No -prosiguió-. Alcanzo ahora toda la malignidad de las acciones de esa mujer, pero es por lo mismo que me creo descubierto, que debo permanecer en esta casa.

-Ni un minuto -le contestó Daniel con su aplomo habitual en las circunstancias difíciles.

-¿Y ella, Daniel? -le replicó Eduardo nerviosamente.

-Ella no podrá salvarte.

-Sí, pero yo puedo libertarla de una ofensa.

-Con cuya liberación se perderían los dos.

-No; me perdería yo solo.

-De ella me encargo yo.

-¿Pero vendrían aquí? -preguntó Amalia toda inquieta, mirando a Daniel.

-Dentro de dos horas, dentro de una quizá.

-¡Ah, Dios mío! Sí, Eduardo, al momento váyase usted, yo se lo ruego -dijo Amalia levantándose y aproximándose al joven; acción que instintivamente imitó Florencia.

-Sí, con nosotros, con nosotros se viene usted, Eduardo -dijo la bellísima y tierna criatura.

-Mi casa es de usted, Eduardo, mi hija ha hablado por mí -agregó Madama Dupasquier.

-¡Por Dios, señoras! No, no. Cuando no fuera más que el honor, él me ordena permanecer al lado de Amalia.

-Yo no puedo asegurar -dijo Daniel- que ocurra alguna novedad esta noche, pero lo temo, y para ese caso, Amalia no estará sola, porque dentro de una hora yo volveré a estar a su lado.

-Pero Amalia puede venir con nosotros -dijo Florencia.

-No, ella debe quedar aquí, y yo con ella -replicó Daniel-; si pasamos la noche sin ocurrencia alguna, mañana trabajaré yo, ya que hoy ha trabajado tanto la señora Doña María Josefa. De todos modos no perdamos tiempo; toma, Eduardo, tu capa y tu sombrero, y ven con nosotros.

-No.

-¡Eduardo! Es la primera cosa que pido a usted en este mundo; entréguese a la dirección de Daniel por esta noche, y mañana... mañana nos volveremos a ver, cualquiera que sea la suerte que nos depare Dios.

Los ojos de Amalia al pronunciar estas palabras, húmedos por el fluido de su sensibilidad, tenían una expresión de ruego tan tierna, tan melancólica, que la energía de Eduardo se dobló ante ella, y sus labios apenas modularon las palabras:

-Bien, iré.

Florencia batió las manos de alegría y atravesó corriendo el salón a tomar del gabinete su sombrero y su chal, repitiendo al volver:

-A casa, a casa, Eduardo.

Daniel la miró encantado de la espontaneidad de su alma, y con una sonrisa llena de cariño y dulzura, la dijo:

-No, ángel de bondad, ni a vuestra casa, ni a la de él. En todas ellas puede ser buscado. Irá a otra parte; eso es de mi cuenta.

Florencia quedó triste.

-Pero bien -dijo Eduardo-, ¿dentro de una hora estarás al lado de

Amalia?

-Sí, dentro de una hora.

-Amalia, es el primer sacrificio que hago por usted en mi vida, pero créame usted, por la memoria de mi madre, que es el mayor que podría hacer yo sobre este mundo.

-¡Gracias, gracias, Eduardo! ¿Hay alguien que pudiera creer que en su corazón de usted cabe el temor? Además, si se necesita un brazo para defenderme, usted no puede poner en duda que Daniel sabría hacer sus veces.

Felizmente Florencia no escuchó estas palabras, pues había ido al gabinete a buscar la capa de su madre.

Algunos minutos después, la puerta de la casa de Amalia estaba perfectamente cerrada; y el viejo Pedro, a quien Daniel había dado algunas instrucciones antes de partir, se paseaba desde el zaguán hasta el patio, estando perfectamente acomodadas contra una de las paredes de éste la escopeta de dos tiros de Eduardo y una tercerola de caballería, mientras a la cintura del viejo veterano de la independencia estaba un hermoso puñal.

El criado de Eduardo, por su parte, estaba sentado en un umbral de las puertas al patio, esperando las órdenes del soldado, quien, según las instrucciones de Daniel, no debía abrir a nadie la puerta de la calle hasta su regreso.

X. Una noche toledana

Una noche toledana

Por muy de prisa que anduviese Daniel, le era imposible volver a Barracas en el término de. una hora, teniendo que ir en coche a dejar a la señora Dupasquier y su hija; conducir a Eduardo, muy lejos de la calle de la Reconquista, y a pie para no poner al cochero en el secreto de su refugio; volver a su casa, dar algunas órdenes a su criado, hacer ensillar y volver a Barracas.

Así es que eran ya las nueve y media de la noche, es decir, hora y media después de dejar a su prima, cuando descendía por la barranca de Balcarce reflexionando y convenciéndose de que la visita de Doña María Josefa había sido el resultado de alguna delación sobre aquello que por, tanto tiempo se había velado entre el misterio, y que la vieja espía de su hermano político, había adquirido el convencimiento de la verdad que le habrían revelado.

»En la pérdida de Eduardo está interesado Rosas, porque ha sido el primero que ha burlado una resolución suya en esta época -se decía Daniel.

»Está interesado Cuitiño y por consiguiente la Mashorca, porque con la cabeza de Eduardo dan una prueba de su celo que fue burlado por el valor de éste.

»Está interesada Doña María Josefa, por el espíritu endemoniado que anima sus acciones, cuando se obstina en labrar el mal que le han evitado por algún tiempo.

»Para todos, pues, Eduardo es un delincuente puesto fuera de toda ley.

»Pero ese delincuente tiene sus cómplices.

»Esos cómplices son Amalia, los que rodean a Amalia, yo, quizá también la señora Dupasquier y Florencia.

»¡Cómo conjurar, Dios mío, esta tormenta!» -exclamaba Daniel en lo interior de su alma, inquieto y con miedo por la primera vez de su vida, al considerar en peligro los seres más amados de su corazón.

Por un contraste original de la Naturaleza, los corazones de voluntad poderosa, inconmovibles para los grandes arrojos en la lid de la política o de las armas, suelen ser débiles en los inconvenientes de la vida íntima, tímidos hasta el afeminamiento en los peligros que amenazan los seres ligados a su vida por los vínculos del amor o de la amistad. Y Daniel, alma templada para arrostrar serena todos los azares de la vida política en una época de revolución y de sangre, o la metralla de un campo de batalla, sufría en aquel momento inquietud y temor por las personas cuya suerte o cuya existencia peligraba.

-Pero, en fin, dejemos venir los acontecimientos y chispearé a sus golpes, porque si ellos son de acero, yo soy de pedernal -dijo, y, como sacudiendo las impresiones nuevas que lo asaltaban, dio riendas a su brioso corcel en dirección a la quinta; y en medio de una de esas noches frías,

nebulosas, en que las nubes parecen tener algo de fatídico que impresiona al espíritu.

Pero al llegar al camino que viene de la Boca a Santa Lucía, vio doblar hacia la calle Larga seis hombres que la enfilaron a todo el galope de sus caballos.

Un presentimiento secreto pareció anunciarle que aquellos hombres tenían algo de relación con sus asuntos; y por una combinación de su pensamiento, vivo como la luz, tiró la rienda a su caballo y los dejó pasar en el momento de enfrentarse a ellos. Pero apenas se había adelantado cincuenta pasos, cuando volvió a tomar el galope, llevándolos siempre a esa distancia.

Y era de verse y de admirar, en medio a la solitaria calle Larga, y bajo el manto oscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando por algún súbito relámpago, aquel joven sin más garantía que sus pistolas, corriendo a disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la Federación tenía a su frente, y los federalistas sobre su espalda.

-¡Ah!, no me engañé exclamó al ver a los seis jinetes sentar sus caballos a la puerta de Amalia, desmontarse y dar fuertes golpes en ella, con el llamador, y con el cabo de los rebenques.

Aún no habían tenido tiempo de repetir los golpes, cuando Daniel pasó por entre el grupo de caballos, y con una voz entera y resuelta preguntó:

-¿Qué hay, señores?

-¿Qué hay? ¿Y quién es usted?

-Yo soy el que puede hacerles a ustedes esa pregunta. Ustedes vienen en comisión, ¿no es cierto?

-Sí, señor, en comisión -dijo uno de ellos acercándose a Daniel y mirándole de pies a cabeza, en los momentos en que el joven bajó resueltamente de su caballo, y gritó con una voz imperiosa:

-Pedro, abra usted.

Los seis hombres tenían rodeado a Daniel, sin saber qué hacer, esperando cada uno que otro tomase la iniciativa.

La puerta abrióse en el acto, y separando a los dos que estaban contra ella, pasó Daniel resueltamente, diciéndoles:

-Adelante, señores.

Todos entraron bruscamente tras él.

Daniel abrió la puerta de la sala y entró a ella.

Los seis hombres entraron también, arrastrando sus sables sobre la rica alfombra en que hacían surcos con las rodajas de sus espuelas.

Amalia, parada junto a la mesa redonda, pálida al abrirse la puerta de la sala, quedó de repente colorada como el carmín al ver acercarse a ella aquellos hombres con el sombrero puesto, y puesto sobre su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya. Pero una rápida mirada de Daniel la hizo comprender que debía guardar el más profundo silencio.

El joven se quitó su poncho, lo tiró sobre una silla, y haciendo ostentación del chaleco punzó que a esa época comenzaba a usarse entre los más entusiastas federales, y la gran divisa que traía al pecho, dijo, dirigiéndose a los seis hombres, que todavía no podían formar una idea completa de lo que debían hacer:

-¿Quién manda esta partida?

-Yo la mando -dijo uno de aquellos, acercándose a Daniel.

-¿Oficial?

-Ordenanza del comandante Cuitiño.

-¿Vienen ustedes a prender a un hombre en esta casa?

-Sí, señor; venimos a registrar la casa, y a llevarlo.

-Bien; lea usted -dijo Daniel al ordenanza de Cuitiño, sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo.

El soldado desdobló el papel, lo miró, vio por todos lados un sello que había en él, y dándoselo a otro de los soldados, le dijo:

-Lee tú, que sabes.

El soldado se acercó a la lámpara, y deletreando sílaba por sílaba leyó al fin:

¡Viva la Federación! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos unitarios! ¡Muera el pardejón Rivera y los inmundos franceses!

Sociedad Popular Restauradora El portador Don Daniel Bello está al servicio de la Sociedad Popular Restauradora, y todo lo que haga, debe ser en favor de la Santa Causa de la Federación, porque es uno de sus mejores servidores. Buenos Aires, junio 10 de 1840. Julián González Salomón. Presidente. Boneo. Secretario.

-Ahora -dijo Daniel, mirando a los soldados de Cuitiño, que estaban ya en la más completa irresolución-, ¿qué hombre es el que buscan en esta casa, que es como si fuera la mía, y en que no se han escondido nunca salvajes unitarios?

El ordenanza de Cuitiño iba a responder, cuando todos volvieron la cabeza al gran ruido que hicieron cuatro o seis caballos que entraron de improviso al zaguán enlosado, haciendo un ruido infernal con las herraduras sobre las losas, y con los sables y espuelas de los jinetes que se

desmontaron, y entraron en tropel a la sala.

Maquinalmente Amalia vino a ponerse al lado de Daniel, y la pequeña Luisa se agarró del brazo de su señora.

-Vivo o muerto -gritó al entrar a la sala el que venía delante de todos.

-Ni vivo, ni muerto, comandante Cuitiño -dijo Daniel.

-¿Se ha escapado?

-No, los que se escapan, señor comandante -contestó Daniel-, son los unitarios que no pudiendo mostrársenos de frente, están trabajando para enredarnos e indisponernos a nosotros mismos. Con sus logias y con sus manejos que están aprendiendo de los gringos, ya la casa de un federal no está segura; y al paso que vamos, mañana han de avisar al Restaurador que en la casa del comandante Cuitiño, la mejor espada de la Federación, se esconde también algún salvaje unitario. Esta es mi casa, comandante; y esta señora es mi prima. Yo vivo aquí la mayor parte del tiempo, y no necesito jurar para que se me crea que adonde estoy yo, no puede haber unitarios escondidos. Pedro, lleve usted a todos esos señores, que registren la casa por donde quieran.

-Ninguno se mueva de ahí -gritó Cuitiño a los soldados que se disponían a seguir a Pedro-: la casa de un federal no se registra -continuó-; usted es tan buen federal como yo, señor Don Daniel. Pero dígame, ¿cómo es que Doña María Josefa me ha engañado?

-¿Doña María Josefa? -dijo Daniel, fingiendo que no comprendía ni una palabra.

-Sí, Doña María Josefa.

-Pero ¿qué le ha dicho a usted, comandante?

-Me acaba de mandar decir que aquí estaba escondido el unitario que

se nos escapó aquella noche; que ella misma lo ha visto esta tarde, y que se llama Belgrano.

-¡Belgrano!

-Sí, Eduardo Belgrano.

-Es verdad, Eduardo Belgrano ha estado de visita esta tarde, porque suele visitar de cuando en cuando a mi prima; pero ese mozo, a quien yo conozco mucho, lo he visto en la ciudad sano y bueno durante todo este tiempo; y el de aquella noche no debió quedar para andarse paseando muy contento -dijo Daniel con cierta sonrisa muy significativa para Cuitiño.

-Y entonces, ¿cómo diablos es esto? ¿Pues qué, yo soy hombre para que se jueguen conmigo?

-Son los unitarios, comandante, nos quieren enredar a los federales; y le han de haber metido algún cuento a Doña María Josefa, porque las mujeres no los conocen como nosotros que tenemos que estar lidiando con ellos todos los días. Pero no importa, usted busque a ese mozo que vive en la calle del Cabildo, y si él es el unitario de aquella noche, no le ha de faltar cómo conocerlo. Entretanto, yo he de ver a Doña María Josefa y al mismo Don Juan Manuel, para saber si ya nos andamos registrando las casas unos a otros.

-No, Don Daniel, no dé paso ninguno, si son los unitarios, como usted ha dicho -le contestó Cuitiño, que creía a Daniel hombre de gran influencia en la casa de Rosas.

-¿Qué quiere tomar, comandante?

-Nada, Don Daniel. Lo que yo quiero es que esta señora no se quede enojada conmigo, porque nosotros no sabíamos qué casa era ésta.

Amalia hizo apenas un ligero movimiento con la cabeza, porque estaba

completamente atónita, menos por la presencia de Cuitiño, que por el inaudito coraje de Daniel.

-¿Entonces se retira, comandante?

-Sí, Don Daniel, y ni la contestación le voy a llevar a Doña María Josefa.

-Hace bien; son cosas de mujeres y nada más,

-Señora, muy buenas noches -dijo Cuitiño saludando a Amalia, y marchando con toda su comitiva, acompañado de Daniel, a tomar sus caballos.

XI. Continuación del anterior

Amalia permanecía parada aún junto a la mesa, cuando Daniel, después de haberse retirado Cuitiño, entró a la sala, riéndose como un muchacho, dirigiéndose a su prima, a quien abrazó con el cariño de un hermano.

-Perdóname, mi Amalia -la dijo-, son herejías políticas y morales que tengo que cometer a cada paso en esta época de comedia universal, en que yo hago uno de sus más extraordinarios papeles. ¡Pobre gente! Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre. Ahora ya están extraviados, mi Amalia; y sobre todo ya están en anarquía; Cuitiño ya no le hará caso a Doña María Josefa sobre este asunto, y la vieja vase a enojar con Cuitiño.

-¿Pero dónde está Eduardo?

-Perfectamente seguro.

-¿Pero van a ir a su casa?

-Por supuesto que irán.

-¿Tiene papeles?

-Ningunos.

-¿Pero tú y yo, cómo quedamos?

-Mal.

-¿Mal?

-Mal, malísimamente estamos ya desde esta tarde. Pero, ¿qué hemos de hacer, sino esperar los sucesos y buscar en ellos mismos los medios de salvarnos de cualquier peligro?

-¿Pero bien, cuando veré a Eduardo?

-Dentro de algunos días.

-¡De algunos días! Pero ¿no hemos quedado en que mañana nos volveríamos a ver?

-Sí, pero no habíamos quedado en que Cuitiño nos visitase esta noche.

-No importa, si él no viene aquí, yo quiero ir donde él esté.

-Despacio. Nada puedo prometerte ni negarte. Todo dependerá de los resultados que tenga la visita del diablo que hemos tenido esta tarde. No creas que la vieja queda satisfecha con lo que le ha sucedido a Cuitiño; al contrario, va a irritarse más e incomodarnos a todos. Hay una cosa, sin embargo, que me tranquiliza.

-¿Cuál, Daniel?

-Que a estas horas tienen mucho en que pensar Rosas y todos sus amigos.

-¿Y qué hay? ¡Acaba, por Dios!

-Nada, una friolera, mi querida Amalia -dijo Daniel alisando los cabellos sobre la frente de su prima, sentada al lado suyo, junto a la chimenea.

-¿Pero qué hay? Estás insufrible.

-Gracias.

-Lo mereces. Te estás riendo.

-Es que estoy contento.

-¿Contento?

-Sí.

-¿Y tienes valor de decírmelo?

-Sí.

-¿Pero contento de qué? ¿De que todos estemos sobre un volcán?

-No: estoy contento... Óyeme bien lo que voy a decirte.

-Te oigo.

-Bien; pero antes, Luisa, di al criado de Eduardo que ya que no está su amo, yo tomaré por él una taza de té.

-Te lo repito, estás insufrible -dijo Amalia, después de haber salido Luisa.

-Ya lo sé; pero te decía que estaba contento, y quedé en explicarte el porqué, ¿no es así?

-No sé -dijo Amalia con gesto de mal humor.

-Pues bien: estoy contento, primero porque Eduardo está escondido en una buena casa; y segundo, porque Lavalle está a la vista y paciencia de todo el mundo en la buena villa de San Pedro.

-¡Ya! exclamó Amalia radiantes sus ojos de alegría, y tomando entre las suyas la mano de su primo.

-Sí, ya. Ya ha pisado la provincia de Buenos Aires el Ejército Libertador. Está a treinta leguas solamente del tirano, y me parece que éste es un asunto bien importante para no llamar la atención de nuestro Restaurador.

-¡Ah, pero vamos a estar libres entonces! -exclamó Amalia sacudiendo

la mano de su primo.

-¡Quién sabe, hija mía, quién sabe! Eso dependerá del modo como se opere.

-¡Oh, Dios mío! ¡Pensar que dentro de pocos días ya no hay peligros para Eduardo! ¿Es verdad, Daniel, que dentro de tres días puede estar Lavalle en Buenos Aires?

-No, no tan pronto. Pero puede estarlo dentro de ocho, dentro de seis. Pero puede también no estarlo nunca, Amalia mía.

-¡Oh, no, por Dios!

-Sí, Amalia, sí. Si se aprovecha la impresión de este momento, y la ciudad es invadida por cualquier punto de ella, Rosas no sale a la campaña a ponerse al frente de las pocas fuerzas que lo sostienen. No, si la ciudad es atacada, Rosas se embarca y huye. Pero si el general Lavalle se demora en operaciones en la campaña, entonces la suerte puede serle adversa. ¿Quieres oír unos fragmentos de la orden de] ejército?

-Sí, sí -exclamó Amalia llena de entusiasmo.

Daniel sacó un papel de su cartera y leyó:

Cuartel general de San Pedro. El ejército va a decidir en estos días la suerte de todos los pueblos de la República, va a resolver el gran problema de la libertad de veinte pueblos, cuyas ansiosas miradas se dirigen a las lanzas de sus bravos soldados. El general en jefe exhorta a todos los jefes, oficiales y soldados del ejército, para que se penetren de la importante y gloriosa misión que están llamados a cumplir en su patria Señores jefes, oficiales y soldados del Ejército Libertador, en estos días se va a decidir la suerte de la República. Dentro de poco nos veremos bendecidos por seiscientos mil argentinos, y cubiertos de gloria, o moriremos en los

cadalsos del tirano, o arrastraremos una vida infeliz en países extranjeros, mientras la rabia del déspota se satisface con nuestros padres, esposas e hijos. Elegid, mis bravos compañeros. Media hora de coraje es bastante para la gloria y felicidad de la República. En la próxima batalla el enemigo nos presentará probablemente un ejército numeroso. Es preciso no sorprenderse. Si el general en jefe manda atacar, la victoria es segura. Para ello es preciso que los libertadores desplieguen todo su coraje, que la caballería cargue con ímpetu a estrellarse contra el enemigo, el cual no resistirá. Las legiones que el general en jefe señale, es preciso que se reúnan luego que el enemigo haya dado la espalda; las demás perseguirán. El general en jefe tiene una gran confianza en su ejército. Juan Lavalle.

-¡Sublime, sublime! -exclamó la entusiasta Amalia, luego que Daniel hubo acabado de leer la orden del ejército.

-Sí, mi Amalia; yo he encontrado siempre que todas las proclamas y órdenes de ejército se parecen mucho, y que son sublimes; pero lo que yo deseo ver siempre es la sublimidad de las acciones: será sublime la empresa del general Lavalle si él viene a estrellar sus escuadrones sobre las calles de Buenos Aires.

-Pero vendrá.

-Dios lo quiera.

-Y, dime, ¿cómo tienes, imprudente, este papel en tu bolsillo?

-Lo acabo de recibir en la misma casa donde he dejado a Eduardo.

-¿Pero qué casa es ésa?

-Oh, nada menos que la de un empleado.

-¡Dios mío! ¿En la casa de un empleado de Rosas has puesto a Eduardo?

-No, señora: en la casa de un empleado mío.

-¿Tuyo?

-Sí.. pero silencio... un caballo ha parado a la puerta... Pedro -gritó Daniel saliendo al zaguán.

-¿Señor? -contestó el fiel veterano de la independencia.

-Hay gente en la puerta.

-¿Abro, señor?

-Sí, llaman ya: abra usted -y Daniel volvió a sentarse al lado de su prima.

Amalia empalideció.

Daniel, tranquilo, fiado en sí mismo como siempre, esperó la nueva ocurrencia que parecía venir a complicar la situación de sus amigos y de él propio; porque a esas horas, cerca ya de las doce de la noche, nadie podía venir a aquella casa, sino haciendo relación a los sucesos que lo preocupaban,

El fiel Pedro entró a la sala con una carta en la mano.

-Un soldado trae esta carta para la señora -dijo.

-¿Viene solo? -preguntó Daniel.

-Solo.

-¿Ha mirado usted al fondo del camino?

-No hay nadie.

-Bien, vuelva usted y observe.

-Ábrela -dijo Amalia entregando la carta a su primo.

-¡Ah! -exclamó Daniel después de abrirla-. Mira, esta firma es de un gran personaje, conocido tuyo.

-¡Mariño! -exclamó Amalia, poniéndose colorada como el carmín.

-Sí, Mariño; ¿debo leerla aún?

-Lee, lee.

Daniel leyó:

Señora: Acabo de saber que se halla usted complicada en un asunto muy desagradable y peligroso hasta cierto punto para su tranquilidad. Las autoridades tienen aviso que ha ocultado usted en su casa, largo tiempo, a un enemigo del gobierno, perseguido por la justicia. Se sabe que esa persona ya no está en casa de usted; pero como es de suponer que sepa usted su paradero, no tengo dificultad en creer que va usted a ser el objeto de muy serios requerimientos de la autoridad. En tan difícil situación, yo no dudo que tendrá usted necesidad de un amigo; y como en mi posición yo tengo algunos amigos de valor, me apresuro a ofrecer a usted mis servicios, en la entera confianza de que una vez que sean aceptados,; a no correrá usted ningún peligro. Para conseguir esto último, bastará que deposite usted en mí su confianza, dignándose decirme a qué horas me concederá usted mañana el honor de pasar a combinar con usted lo que debernos hacer en el caso presente. Advirtiendo a usted que su carta, como mi visita y las que en adelante le hiciere, serán cubiertas por el mayor misterio...

-¡Eh! ¡Basta, basta! -exclamó Amalia haciendo acción de arrebatar la carta.

-No, no, espera. Hay algo más. Daniel continuó:

Hace tiempo que motivos muy poderosos, que su talento habrá comprendido quizá, me han hecho buscar, pero en vano, la ocasión que hoy se me presenta de poder prestar a usted mis servicios con la más profunda sumisión y respeto, y con la amistad con que saluda a usted su

afmo. S. Q. B. S. P.

Nicolás Mariño.

-No hay más -dijo Daniel, mirando a su prima con la expresión más burlona que puede estamparse en la fisonomía humana.

-¡Pero es lo que sobra para decir que ese hombre es un insolente! -exclamó Amalia.

-Así será. Pero como toda carta requiere una respuesta, será bueno saber qué se contesta a este hombre.

-¿Qué se contesta? A ver, dame esa carta.

-No.

-Oh, dámela.

-¿Y bien, para qué?

-Para contestarle con los pedazos de ella.

-¡Bah!

-¡Oh, Dios mío, insultada también! ¡Pedirme cartas y visitas en secreto! -exclamó Amalia cubriéndose los ojos con sus lindas manos.

Daniel se levantó, pasó al gabinete contiguo a la sala, y algunos minutos después volvió al lado de Amalia y la dijo:

-Esto es lo que tenernos que hacer, oye:

Señor: Autorizado por mi prima, la señora Doña Amalia Sáenz de Olavarrieta, para responder a su carta, me complazco en decir a usted que todos sus temores relativos a la seguridad de mi prima deben dejar de alarmarlo en adelante, porque ella está ajena a todo cuanto se le atribuye; y perfectamente tranquila en la justicia de su Excelencia el Señor Gobernador, a quien yo tendré el honor de hacer presente mañana todo cuanto ha ocurrido esta noche, sin ocultarle cosa alguna, en el caso de que

se lleve adelante esta desagradable ocurrencia. Con este motivo saluda a usted respetuosamente, etc.

-Pero esa carta...

-Esta carta lo dejará sin dormir el resto de esta noche, temblando de que vaya mañana a parar a manos de Rosas; y para evitarlo, trabajará mañana porque no se toque más este negocio. Y es de este modo que hago que nuestros propios enemigos se conviertan en nuestros mejores servidores.

-Oh, bien, sí. Manda esa carta.

Daniel cerró el billete, y lo hizo llegar al soldado que esperaba a la puerta.

Media hora después, Daniel se recostaba sin desvestirse en el aposento de Eduardo; y Amalia oraba de rodillas delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano, y rogaba al Dios de las bondades eternas por la seguridad de los que amaba y por la libertad de su patria.

XII. De cómo se leen cosas que no están escritas

De cómo se leen cosas que no están escritas

En la mañana siguiente a la noche en que ocurrieron los sucesos que acaban de conocerse, es decir, en la mañana del 6 de agosto, la casa del dictador estaba invadida de una multitud de correos de la campaña que se sucedían sin interrupción.

A ninguno de ellos se le detenía en la oficina. El general Corvalán tenía orden de hacer entrar a todos al despacho de Rosas. Y el edecán de Su Excelencia, con la faja a la barriga, las charreteras a la espalda, y el espadín entre las piernas, iba y venía por el gran patio de la casa, cayéndose de sueño y de cansancio.

La fisonomía del dictador, sombría, estaba como la noche lóbrega de su alma. El leía los partes de sus autoridades de campaña, en que le anunciaban el desembarco del general Lavalle, los hacendados que pasaban a encontrarlo con sus caballadas, etc., y daba las órdenes que creía convenientes para la campaña, para su acampamento general de Santos Lugares, y para la ciudad. Pero la desconfianza, esa víbora roedora en el

corazón de los tiranos, infiltraba la incertidumbre y el miedo en todas sus disposiciones, en todos los minutos que rodaban sobre su vida.

Expedía una orden para que el general Pacheco se replegase al sur, y media hora después hacía alcanzar al chasque, y volaba una orden contraria.

Ordenaba que Maza marchase con su batallón a reforzar a Pacheco; y diez minutos después ordenaba que Maza se dispusiese a marchar con toda la artillería a Santos Lugares.

Nombraba jefes de día para el comando interior de las fuerzas de la ciudad; y cada nombramiento era borrado y sustituido veinte veces en el trascurso de un día, todo era así.

Su pobre hija, que había pasado en vela toda la noche, se asomaba de cuando en cuando al gabinete de su padre, a ver si adivinaba en su fisonomía algún suceso feliz que lo despejase del mal humor que le dominaba después de tantas horas.

Viguá había asomado dos veces su deforme cabeza por la puerta del gabinete que daba al cuarto contiguo al angosto pasadizo que cortaba el muro, a la derecha del zaguán de la casa; y el bufón de Su Excelencia había conocido en la cara de los escribientes que ese no era día de farsas con el amo; y se contentaba con estar sentado en el suelo del pasadizo, comiéndose los granos de maíz que saltaban hasta él del gran mortero en que la mulata cocinera del dictador machacaba el que había de servir para la mazamorra; que era de vez en cuando uno de los manjares exquisitos con que regalaba el voraz apetito de su amo.

Rosas escribía una carta, y los escribientes muchas otras, cuando entró Corvalán, y dijo:

-¿Su Excelencia quiere recibir al señor Mandeville?

-Sí, que entre.

Un minuto después el ministro de Su Majestad Británica entró haciendo profundas reverencias al dictador de Buenos Aires, que, sin cuidarse de responder a ellas, se levantó y le dijo:

-Venga por acá -pasando del gabinete a su alcoba.

Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla a su izquierda.

-¿La salud de Vuestra Excelencia está buena? -le preguntó el ministro.

-No estoy para salud, señor Mandeville.

-Sin embargo, es lo más importante -contestó el diplomático pasando la mano por la felpa de su sombrero.

-No, señor Mandeville, lo más importante es que los gobiernos y sus ministros cumplan lo que prometen.

-Sin duda.

-¿Sin duda? Pues su gobierno y usted, y usted y su gobierno, no han hecho sino mentir y comprometer mi causa.

-¡Oh, Excelentísimo Señor, eso es muy fuerte!

-Eso es lo que usted merece, señor Mandeville.

-¿Yo?

-Sí, señor, usted. Hace año y medio que me está usted prometiendo, a nombre de su gobierno, mediar o intervenir en esta maldita cuestión de los franceses. Y es su gobierno, o usted, el que me ha engañado.

-Excelentísimo Señor, yo he mostrado a Vuestra Excelencia los oficios originales de mi gobierno.

-Entonces será su gobierno el que ha mentido. Lo cierto es que ustedes no han hecho un diablo por mi causa; y que por culpa de los franceses hoy

está Lavalle a veinte leguas de aquí, y toda la república en armas contra mi gobierno.

-¡Oh, es inaudita la conducta de los franceses!

-No sea usted zonzo. Los franceses hacen lo que deben, porque están en guerra conmigo. Son ustedes los ingleses los que me han hecho traición. ¿Para qué son enemigos de los franceses? ¿Para qué tienen tanto barco y tanta plata, si cuando llega el caso de proteger un amigo, les tienen miedo?

-Miedo no, Excelentísimo Señor; es que la conveniencia de la paz europea, los principios del equilibrio continental...

-¡Qué equilibrio, ni qué diablos! Usted y sus paisanos pierden a menudo el equilibrio y nadie les dice nada. Traición y nada más que traición, porque todos son unos, o quizá porque usted y todos sus paisanos son también unitarios como los franceses.

-Eso no, eso no, Excelentísimo Señor. Yo soy un leal amigo de Vuecelencia y de su causa. Y la prueba de ello la tiene Vuecelencia en mi conducta.

-¿En qué conducta, señor Mandeville?

-En mi conducta de ahora mismo.

-¿Y qué hay ahora mismo?

-Ahora mismo estoy acá para ofrecer a Vuecelencia mis servicios personales en cuanto quisiera ocuparme.

-¿Y qué haría usted si llegase el caso en que yo me viese perdido?

-Haría desembarcar fuerzas de los buques de Su Majestad para venir a proteger la persona de Vuecelencia y su familia.

-¡Bah! ¿Y usted cree que los treinta o cuarenta ingleses que bajasen habrían de ser respetados por el pueblo si se levantase contra mí?

-Pero si no fueran respetados, las consecuencias serían terribles.

-¡Sí! ¡Y a mí me habría de importar mucho que los ingleses bombardeasen la ciudad después que me hubiesen fusilado! Así no se protegen los amigos, señor Mandeville.

-Sin embargo...

-Sin embargo, si yo fuera ministro inglés, si fuera Mandeville, y usted Juan Manuel Rosas, lo que yo haría sería tener una ballenera a todas horas a la orilla del bajo de la casa en que viviera, para cuando mi amigo Rosas llegase a ella, poder embarcarlo con facilidad.

-Oh, bien, bien, así lo haré.

-No, si yo no le digo que lo haga. Yo no necesito a ustedes para nada. Yo digo lo que haría en lugar de usted.

-Bien, Excelentísimo Señor. Los amigos de Vuecelencia velarán por su seguridad, mientras el genio y el valor de Vuecelencia velan por los destinos de este hermoso país, y de la causa tan justa que sostiene. ¿Vuecelencia ha tenido noticias de las provincias del interior?

-¿Y qué me importan las provincias, señor Mandeville?

-Sin embargo, los sucesos en ellas...

-Los sucesos en ellas no me importan un diablo. ¿Usted cree que si yo venzo a Lavalle y lo echo derrotado a las provincias, tengo mucho que temer de los unitarios que se han levantado allá?

-Que temer, no; ¡pero la prolongación de la guerra!

-Es lo que me daría el triunfo, señor Mandeville; contra mi sistema no hay más peligros que los inmediatos a mi persona; pero los que están lejanos y duran mucho, ésos me hacen bien, lejos de hacerme mal.

-Vuecelencia es un genio.

-A lo menos valgo más que los diplomáticos de Europa. ¡Pobre de la Federación si hubiera de ser defendida por hombres como ustedes! ¿Usted sabe por qué a los unitarios se los llevó el diablo?

-Creo que sí, Excelentísimo Señor.

-No, señor, no sabe.

-Puede que esté equivocado.

-Sí, señor, lo está. Se los llevó el diablo porque se habían hecho franceses e ingleses.

-¡Ah, las guerras locales!

-Las guerras nuestras, diga usted.

-Pues, las guerras americanas.

-No, las guerras argentinas.

-Pues, las guerras argentinas.

-Esas requieren hombres como yo.

-Indudablemente.

-Si yo venzo a Lavalle aquí, me río de todo el resto de la república.

-¿Vuestra Excelencia sabe que el general Paz ha marchado para Corrientes?

-¿No ve? ¿No ve si son zonzos los unitarios?

-Cierto, el general Paz no hará nada.

-No, no es que no hará nada. Puede hacer mucho. Son zonzos por otra cosa. Son zonzos porque uno se va por un lado, otro se va por otro, y están todos divididos y peleados, en vez de juntarse todos y venírseme encima como lo ha hecho Lavalle.

-Es la providencia, Excelentísimo Señor.

-O el diablo. Pero usted quiso decirme algo de las provincias.

-Es verdad, Excelentísimo Señor.

-¿Y qué hay?

-Vuestra Excelencia no puede perder su tiempo en esas cosas.

-¿Pero en qué cosas, señor Mandeville?

-¿Vuestra Excelencia no ha tenido noticias de La Madrid, ni de Brizuela?

-Son viejas las que tengo.

-Yo he recibido algunas por Montevideo.

-¿Cuándo?

-Anoche.

-¿Y viene usted a las doce del día a decírmelo?

-No, señor. Son las diez.

-Bueno, las diez.

-Yo siempre soy perezoso para lo que no dice relación con la prosperidad de Vuestra Excelencia.

-Luego, ¿son malas las noticias?

-Exageraciones de los unitarios.

-¿Y qué hay? Acabe usted -dijo Rosas con una inquietud malísimamente disimulada en su semblante.

-En mi correspondencia particular se me dice lo siguiente -dijo Mandeville sacando unos papeles de su bolsillo-. Pero antes, ¿quiere Vuestra Excelencia que lea? -agregó.

-Lea, lea.

El señor Mandeville leyó:

A principios de julio el general La Madrid pisó el territorio de Córdoba. Una carta datada el 9 de julio, en Córdoba, da el siguiente

resumen de las operaciones del ejército de los unitarios: Madrid viene a la cabeza de tres mil quinientos hombres y diez piezas de artillería. El coronel Acha a la cabeza de nueve cientos catamarqueños ha campado en la Loma Blanca, estancia del finado Reynafé, limítrofe con Catamarca. El coronel Casanova se ha alzado con las milicias de Río Seco y el Chañar. El coronel Sosa, con los coraceros de Santa Catalina, ha hecho igual movimiento.

-Hasta aquí lo que hay en la carta relativo a las provincias.

-No es poco. Pero están muy lejos -contestó Rosas, a quien en efecto los sucesos de las provincias inquietaban poco, por cuanto tenía a sus puertas un peligro mayor en esos momentos.

-¡Oh, muy lejos! -contestó el señor Mandeville.

-¿Y qué más le escriben a usted?

-Me adjuntan esta proclama de Brizuela.

-A ver, léala.

¡Dios y libertad! El Gobernador y Capitán General de la Provincia de la Rioja, Brigadier D. T. Brizuela, a sus compatriotas. ¡Hermanos y compatriotas! Las heroicas provincias de Tucumán, Salta, Jujuy y Catamarca, irritadas con la presencia de los males que el tirano de Buenos Aires hace pesar sobre la república entera, y queriendo preservarla para siempre de las perfidias y asechanzas de aquél, han levantado su tremenda voz, y dicho: ¡Viva la libertad argentina! ¡Muera el usurpador Rosas! Este grito tan análogo al corazón de los riojanos fue la chispa eléctrica que los inflamó, y el 5 del corriente mes de América, por el órgano de sus R. R. respondieron y han jurado no permitir que los malvados osen poner su inmunda planta sobre el altar santo de la patria. ¡Compatriotas! El usurpador D. J. M. Rosas, allá en el sangriento laboratorio de una alma

depravada, tenía decretado el exterminio de la república: todas las provincias debían ser convertidas en hordas de salvajes habitantes del desierto. Los campeones de la libertad: los que dieron patria a tantos pueblos con su espada y su saber: los que hicieron clásica la tierra del sol, presentarían un espectáculo admirable al mundo viejo, por la perfidia del tirano Rosas quedarían errantes y sin término; y donde sobran recursos a las fieras y a las aves de rapiña, nuestros valientes, sus esposas y sus hijos, no encontrarían un solo árbol que los consolase con su sombra. Entretanto, volved la vista hacia el tirano: él ríe cuando la naturaleza y la humanidad lloran a su lado. Él duerme tranquilo cuando la injusticia y el puñal alevoso le hacen la centinela; él por fin se divierte y entretiene creando escarapelas y divisas de la sangre misma que hace verter. Esta pintura es horrible pero exacta. ¡Paisanos! No permitamos que el sol de América, su Dios en otro tiempo, desde su alto cenit nos diga: «dejad esa tierra que no debéis pisar, no merecéis que os alumbre: los sepulcros que ha más de trescientos años abristeis son más dignos que vosotros de mi claridad y esplendor». Amigos: no, no es posible; hagamos por no merecer tan humillante como justa reconvención; principiemos por ser libres, abramos las puertas a todos los desgraciados, enjuguemos las lágrimas de tantas madres y esposas abandonadas a la orfandad y miseria, consolémoslas en su amargo llanto; pero enristremos nuestras lanzas contra los desnaturalizados que intentan sofocar en nuestro corazón tan dulce sentimiento. No confiemos más la suerte de nuestra patria a los caprichos y venganzas de un hombre solo; carguemos sobre nuestros propios hombros el peso grave de nuestros destinos. Nos falta mucho, es verdad, pero sabed que la sinceridad y la buena fe son preferibles a las letras dolosas y a la filosofía armada:

premunidos con aquellas cualidades, arrojémonos a plantar el árbol santo de la libertad, garantizada por una constitución, ante la cual el grande, el pequeño, el fuerte, el débil, queden asegurados en sus derechos y propiedades. Tales son los votos que animan a vuestro compatriota y amigo. Tomás Brizuela. Está conforme -Ersilvengoa.

-¡Bah, palabras bonitas de los unitarios!

-¡Oh, nada más! -contestó el dócil ministro de la Gran Bretaña.

-¿Sabe algo más?

-La anarquía entre Rivera y los emigrados argentinos; entre Rivera y Lavalle; entre los amigos del gobierno delegado y Rivera, y entre todo el género humano continúa haciendo prodigios en la república vecina.

-Ya lo sé, ¿y de Europa?

-¿De Europa?

-Sí, no hablo en griego.

-Creo, Excelentísimo Señor, que la cuestión de Oriente se ha complicado más, y que las oficiosidades del gobierno de mi Soberana darán una pronta y feliz solución a la injusta cuestión promovida por los franceses al gobierno de Vuecelencia.

-Eso mismo me decía usted hace un año.

-Pero ahora tengo datos positivos.

-Los de siempre.

-La cuestión de Oriente...

-No me hable más de eso, señor Mandeville.

-Bien, Excelentísimo Señor.

-Que se los lleve el diablo a todos, es lo que yo deseo.

-Los negocios están muy gravemente complicados.

-Sí, está bueno, ¿y no sabe más?

-Por ahora nada más, Excelentísimo Señor. Espero el paquete.

-Entonces usted me dispensará porque tengo que hacer -dijo Rosas levantándose.

-Ni un minuto quiero que pierda Vuecelencia su precioso tiempo.

-Sí, señor Mandeville, tengo mucho que hacer, porque mis amigos no me saben ayudar en nada.

Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al señor Mandeville, más débil y sumiso y humillado que el último lacayo de la Federación de entonces.

Más por un efecto de distracción que por civilidad, Rosas acompañó al ministro hasta la puerta de su antegabinete, que daba al pasadizo, en cuya salida encontraron a Manuela dando órdenes a la mulata cocinera, que continuaba en su faena del maíz.

Se deshacía Mandeville en cortesías y cumplimientos a la hija del Restaurador, cuando Rosas, por una de esas súbitas inspiraciones de su carácter, mitad tigre y mitad zorro, mitad trágico y mitad cómico, con los ojos y con las manos hacía violentas señas a su hija, que con trabajo pudo al fin comprender la pantomima de su padre.

Pero la perplejidad quedó pintada en el semblante de la joven cuando comprendió lo que se le ordenaba hacer; no sabiendo, ni lo que contestaba al señor Mandeville, ni si debía o no ejecutar la voluntad de su padre. Una mirada de él, sin embargo, amilanó el espíritu domeñado de Manuela, y esta primera víctima de su padre tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maíz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operación de la criada.

-¿Usted sabe para qué es ese maíz que pisa mi hija, señor Mandeville?

-No, Excelentísimo Señor -respondió el ministro paseando sus ojos alternativamente de Manuela a su padre, y de la cocinera a Viguá, sentado al pie del mortero.

-Eso es para hacer mazamorra -dijo Rosas.

-¡Ah!

-¿Usted no ha comido mazamorra?

-No, Excelentísimo Señor.

-Pero esta muchacha no tiene fuerzas. Toda la mañana se la ha llevado en eso, y el maíz todavía está entero. Mírela, ya no puede de cansada. ¡Vaya!, levántese Su Reverencia, padre Viguá, y ayude un poco a Manuela, porque el señor Mandeville tiene las manos muy delicadas, y es ministro.

-¡Oh, no, Señor Gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto a la señorita Manuelita -dijo Mandeville acercándose al mortero y tomando la maza de manos de Manuela, que a una seña de su padre se la entregó sin vacilar, comprendiendo entonces la idea que había tenido, y sonriendo de ella.

El ministro de Su Majestad Británica caballero Mandeville se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó a machacar el maíz a grandes golpes.

-Así; nadie diría que es inglés, sino criollo; así se pisa, ¿ves Manuela? Aprende -decía Rosas, saltándole el alma y la risa en el cuerpo.

-¡Oh, es una ocupación muy fuerte para una señorita! exclamó el señor Mandeville, siempre machacando y haciendo saltar una lluvia de fragmentos de maíz sobre el padre Viguá, que se los devoraba con mucho gusto.

-Más fuerte, señor Mandeville, más fuerte. Si el maíz no se quiebra bien, la mazamorra sale muy dura.

Y el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Su Majestad la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda continuaba machacando el maíz para la mazamorra del dictador argentino.

-¡Tatita!

Rosas le tiró del vestido a su hija para que se callase y prosiguió:

-Si se cansa, deje, no más.

-¡Oh, no, Señor Gobernador, no! -le contestó Mandeville dando cada vez más fuerte, y empezando a sudar por todos sus poros.

-¿A ver? Espérese un poquito -dijo Rosas acercándose al mortero y revolviendo los granos con su mano-. Ya está bueno -prosiguió después de examinar el maíz-, esto es saber hacer las cosas.

Y a tiempo de concluir esas palabras, Doña María Josefa Ezcurra apareció en la escena.

-¿Le parece bien a Vuecelencia? -preguntó Mandeville desdoblándose sus puñitos de batista, después de haber saludado a la recién venida.

-Muy bueno está, señor ministro. Manuela, acompaña al señor Mandeville, o llévalo a la sala si quiere. Conque, hasta siempre, mi amigo. Estoy muy ocupado, como usted sabe, pero yo siempre soy su amigo.

-Tengo mucho honor en creerlo así, Excelentísimo Señor, y yo no olvidaré lo que Vuecelencia haría en mi lugar si yo estuviera en lugar de Vuecelencia -dijo el ministro marcando sus palabras para recordar a Rosas que tenía presente su proyecto de la ballenera,

-Haga usted lo que quiera. Buenos días.

Y Rosas se volvió a su gabinete acompañado de su cuñada, mientras el

señor Mandeville daba el brazo a Manuela y pasaba con ella al gran salón de la casa.

-Buenas noticias -le dijo Doña María Josefa al entrar.

-¿De quién?

-De aquella ánima que se nos había escapado el 4 de mayo.

-¿Lo han agarrado? -preguntó Rosas resplandeciéndole los ojos.

-No.

-¿No?

-Pero la agarraremos. Cuitiño es un bruto.

-¿Pero dónde está? -A sentarnos primero -dijo la vieja.

-A sentarnos primero -dijo la vieja, pasando con Rosas del gabinete a la alcoba.

XIII. Cómo sacamos en limpio que Don Cándido Rodríguez se parecía a Don Juan Manuel Rosas

Cómo sacamos en limpio que Don Cándido Rodríguez se parecía a Don Juan Manuel Rosas

En esa misma mañana en que su señoría el señor ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica machacaba el maíz para la mazamorra de Rosas, nuestro antiguo amigo Don Cándido Rodríguez se paseaba en el largo zaguán de su casa, cerca de la Plaza Nueva, metido entre su sobretodo color pasa que lo había acompañado en sus sustos del año de 1820; con un gorro blanco metido hasta las orejas; dos grandes hojas de naranjo pegadas con sebo en las sienes; unos viejos zapatos de paño que te servían de pantuflas, y las manos en los bolsillos del sobretodo.

Lo irregular de su paso, las ojeras que bordaban sus párpados, y las gesticulaciones repentinas en su fisonomía, daban a entender que había pasado mala noche, y que se hallaba en momentos de un diálogo elocuente consigo mismo.

Dos golpes dados a la puerta lo pararon súbitamente en sus paseos.

Se acercó a ella, miró por la boca llave antes de preguntar quién era, y no viendo sino el pecho de una persona, se atrevió a interrogar con una voz notablemente trémula.

-¿Quién es?

-Soy yo, mi querido maestro.

-¿Daniel?

-Sí, Daniel; abra usted.

-¿Que abra?

-Sí, con todos los santos del cielo, eso es lo que he dicho.

-¿Eres tú, en efecto, Daniel?

-Creo que sí, hágame usted el favor de abrir y me verá.

-Oye: pon tu cara en línea recta, horizontal con el ojo de la llave, pero separado a una tercia o media vara de él, para que yo pueda dirigir mi visual y conocerte.

Daniel tuvo intención de dar una patada en la puerta y hacer saltar el picaporte, pero no pasó de intención y tuvo que hacer lo que su intransigible maestro le ordenaba.

-¡Ah, eres tú, en efecto! -dijo Don Cándido, y abrió la puerta.

-Sí, señor, yo soy; yo, que tengo demasiada paciencia con usted.

-Espera, detente, Daniel, no sigas más adelante -exclamó Don Cándido tomando la mano a su discípulo.

-¿Qué diablos significa esto, señor Don Cándido? ¿Por qué no puedo seguir más adelante?

-Porque quiero que entres aquí a este cuarto de Nicolasa -respondió Don Cándido señalando la puerta de una habitación que daba al zaguán.

-Ante todas cosas, ¿ha sucedido algo?

-Nada, pero ven al cuarto de Nicolasa.

-¿Es usted el que va a hablarme ahí?

-Yo, yo mismo,

-Malo.

-Cosas muy serias.

-Peor.

-Ven, Daniel.

-Con una condición.

-Impón, ordena.

-Que la conversación no pasará de dos o tres minutos.

-Ven, Daniel.

-¿Acepta usted?

-Acepto, ven.

-Vamos allá.

Y Daniel, llevado por la mano de su antiguo maestro, entró al cuarto de la provinciana sirvienta de él, y sentóse sobre una vieja silla de vaqueta.

Don Cándido se paró a su lado y extendiendo el brazo le dijo:

-Tómame el pulso, Daniel.

-¿Yo? ¿Y qué diablo quiere usted que haga yo con su pulso?

-Ver la fiebre que me devora, que me consume, que me abrasa desde anoche. ¿Qué quieres hacer de mí, Daniel? ¿Qué hombre es éste que has metido en mi casa?

-¡Ahora salimos con ésas! ¿No lo conoce usted ya?

-Lo conocí de niño, como te conocí a ti y a tantos otros, cuando era infante, tierno, e inocente como todos los niños. ¿Pero sé yo acaso cuál es

su vida actual, cuáles sus opiniones, cuáles sus compromisos? ¿Puedo creer que es un inocente cuando me lo traes entre el lóbrego misterio de la noche, y cuando me ordenas que nadie lo vea y que a nadie hable de este asunto? ¿Puedo creer que es un amigo del gobierno cuando lo veo sin una sola de las divisas federales, y con una corbata blanca y celeste? ¿No debo deducir de todo esto, por una lógica concluyente, que aquí hay alguna intriga política, alguna conspiración, algún complot, alguna revolución en que yo estoy tomando parte sin saberlo y sin quererlo; yo, un hombre pacífico, tranquilo y sosegado; yo, que por mi grave y circunspecta posición actual como secretario de Su Excelencia el señor ministro Arana, que es un hombre excelente como su señora y toda su respetabilísima familia y hasta sus criados, debo ser por fuerza, por necesidad, circunspecto y leal a mis deberes oficiales? ¿Te parece?...

-Me parece que usted ha perdido el juicio, señor Don Cándido, y como yo no quiero perder el mío, ni perder mi tiempo, bueno será que demos por concluida nuestra conferencia, y me permita usted pasar a ver a Eduardo.

-¿Pero hasta cuándo va a estar en mi casa?

-Hasta que Dios quiera.

-Pero eso no puede ser.

-Eso será, sin embargo.

-¡Daniel!

-Señor Don Cándido, mi distinguido maestro, recapitulemos en dos palabras la posición de todos.

-Sí, recapitulemos.

-Oigame usted: para escudarse de los peligros que la Federación le

pudiera hacer correr a usted en la época actual, lo he colocado de secretario privado del señor Arana, ¿no es cierto?

-Exactamente.

-Bien, pues; el señor Arana y todos sus secretarios, es muy probable que sean colgados de un día a otro, no por orden de las autoridades, sino por orden del pueblo que puede levantarse contras Rosas de un momento a otro.

-¡Oh! -exclamó Don Cándido, abriendo tamaños ojos.

-Colgados, sí, señor -repitió Daniel.

-¿Los secretarios también?

-También.

-¿Sin ser por equivocación?

-Sin ser por equivocación.

-¡Es espantoso!

-Los secretarios junto con el ministro.

-De manera que si dejo mi empleo de secretario, la Mashorca me degüella; y si no lo dejo, el pueblo me ahorca; y todavía, en cualquiera de los dos casos, me puede suceder una desgracia por equivocación.

-Exactamente, eso sí es lógica.

-¡Lógica de los infiernos, Daniel; lógica que me va a costar la vida, por tu causa!

-No, señor, no le costará a usted nada, si usted hace cuanto yo quiero.

-¿Y qué he de hacer? Habla.

-Voy a ponerle a usted el dilema en otro sentido: estamos en el momento de crisis; en ella, o Rosas ha de triunfar de Lavalle, o Lavalle de Rosas, ¿no es así?

-Cierto, así es.

-Bien, pues: en el primer caso, usted tiene en Don Felipe Arana un apoyo para continuar en su próspera fortuna; y en el segundo, usted tiene en Eduardo la mejor tijera para cortar la soga del pueblo.

-¿En Eduardo?

-Sí, y no hay más que hablar sobre esto, ni repetirlo.

-De modo que...

-De modo que usted tiene que guardar a Eduardo en su casa hasta que yo determine.

-Pero...

-Otro hombre menos generoso que yo compraría el secreto de usted, diciéndole: Señor Don Cándido, muy buena está la orden del ejército de Lavalle que me ha dado usted anoche copiada de su puño y letra, y a la menor indiscreción suya, ese documento irá a manos de Rosas, señor Don Cándido...

-¡Basta, basta, Daniel!

-Bien, basta. ¿Entonces estamos de acuerdo?

-De acuerdo. ¡Oh, Dios mío, yo estoy como Rosas; soy igual a él en organización, está visto! -exclamó Don Cándido paseándose precipitadamente por el cuarto de Nicolasa, y apretándose contra las sienes los parches de naranjo.

-¿Que usted es igual a Rosas en organización?

-Sí, Daniel, idéntico.

-¡Diablo! ¿Me hace usted el favor de explicarme eso, señor Don Cándido? Porque si es así, entre Eduardo y yo podríamos hacer ahora mismo un gran servicio a la humanidad.

-Sí, Daniel, igual, igual -dijo Don Cándido, sin comprender la burla de Daniel.

-¿Pero igual en qué?

-En que tengo miedo, Daniel; miedo de cuanto me rodea.

-¡Hola! ¿Y usted sabe que el Señor Gobernador tiene miedo?

-Sí, lo sé. Ayer a la oración, mientras yo escribía, es decir, mientras sacaba copias de los documentos que te enseñé más tarde; porque siguiendo tus órdenes, saco siempre una copia de más, el señor ministro conversaba muy quedito con el señor Garrigós, y ¿sabes lo que le decía?

-Si usted no me lo dice, no creo que podré adivinarlo.

-Le decía que el Señor Gobernador había hecho poner a bordo de la Acteon cuatro cajones de onzas; y que estaba viendo el momento en que Su Excelencia se embarcaba porque tiene miedo de la situación que le rodea.

-¡Hola!

-Esas son las palabras textuales del señor ministro.

-¡Diablo!

-Y eso es lo mismo que siento yo: miedo de la situación que me rodea.

-¿También, eh?

-También, sí. Y es por eso que he dicho que me parezco a Su Excelencia, porque es muy explicativo, muy elocuente, muy terminante, el que en unos mismos momentos él y yo sintamos unas mismas impresiones.

-Cierto -dijo Daniel pensando en las palabras de Don Cándido.

-Y ese fenómeno no tendría lugar si él y yo no tuviésemos organizaciones idénticas, iguales, igualmente impresionables.

-¿Conque cuatro cajones de onzas, a bordo de la Acteon?

-Cuatro cajones.

-¿Y que tiene miedo?

-Miedo, eso fue lo que dijo.

-¿Y el señor Arana, no dijo alguna cosa relativa a él?

-Claro está que dijo, porque el señor ministro tiene una lógica tan concluyente como la mía: «Es preciso que pensemos también en nosotros, amigo mío -le dijo a Garrigós-. Nosotros no hemos hecho mal a nadie; al contrario, hemos hecho todo el bien que hemos podido; pero será bueno que tratemos de embarcarnos inmediatamente que el Señor Gobernador lo haga.» Y esto es lógico, Daniel; así como yo digo, que si siento que el ministro se embarca, me embarco yo, aunque sea por el Riachuelo, y para ir a la isla de Casajema.

-¿Y Garrigós dijo algo?

-Fue de distinta opinión.

-¿Opinaba el quedarse?

-No: trató de demostrar a Don Felipe, al señor ministro quise decir, que lo más prudente era no esperar a que el gobernador se embarcase, en el caso que la situación se fuera haciendo más peligrosa. Pero a lo último continuaron hablando tan despacio que no pude oír más.

-Sin embargo, es preciso que otra vez tenga usted los oídos más abiertos.

-¿Estás incomodado, mi querido y estimado Daniel?

-No, señor, no. Pero así como yo lleno a usted de garantías presentes y futuras, quiero de usted circunspección y servicios activos.

-Cuanto yo pueda, Daniel. ¿Pero crees que corro peligro actualmente?

-Ninguno.

-¿Eduardo estará muchos días aquí?

-¿Tiene usted completa confianza en Nicolasa?

-Como de mí mismo. Odia a toda esta gente desde que le mataron a su hijo, a su bueno, a su leal, a su tierno hijo; y desde que ha sospechado que Eduardo está escondido, le sirve con más prolijidad que a mí, con más esmero, con más puntualidad, con...

-Vamos a ver a Eduardo, señor Don Cándido.

-Vamos, mi querido y estimado Daniel; está en mi gabinete.

XIV. Los dos amigos

Los dos amigos

-Vamos, pero hasta la puerta del gabinete solamente, porque yo soy el médico del alma de este hombre, y sabe usted que los médicos tienen siempre que hablar solos con sus enfermos.

-¡Ah, Daniel!

-¿Qué hay, señor?

-Nada, entra; pasa adelante; yo me voy a la sala -dijo Don Cándido al entrar Daniel al lugar clasificado de gabinete, y volviendo sobre sus pasos.

-Buen día, mi querido Eduardo -dijo Daniel a su amigo, sentado en la vieja poltrona de Don Cándido, delante de su mesa de escribir.

-Bien podías haberme tenido hasta mañana en esta maldita cárcel sin saber una palabra de nadie -dijo Eduardo.

-¡Ah!, ¿empezamos por reconvenciones?

-Me parece que tengo razón: son las diez de la mañana.

-Cierto, las diez.

-Y bien, ¿qué es de Amalia?

-Muy buena está, gracias a Dios, pero no gracias a ti, que haces todo lo posible porque lo pase mal.

-¿Yo?

-Tú, sí; y ahí está la prueba -dijo Daniel señalando ocho o diez pliegos de papel dispersos sobre la mesa, en cada uno de los cuales había el nombre de Amalia veinte o treinta veces escrito a lo ancho, a lo largo, al sesgo, de todos modos, y con infinitas formas de letra.

-¡Ah! exclamó Eduardo poniéndose colorado y juntando todos los papeles.

-Tú te entretenías en esto, mi querido Eduardo, nada más natural; pero en tu situación es preciso que a lo conveniente ceda el lugar lo natural; y como conviene que nadie sepa que tienes tanto amor a ese nombre, bueno será hacer esto -dijo Daniel tomando los papeles de mano de Eduardo, enrollándolos y tirándolos a una vieja chimenea que se encendía quince o veinte días en cada invierno en el gabinete de Don Cándido, para secar la humedad de las paredes, según él decía, porque el fuego continuo le hacía mal; encendida ese día por consideraciones a su huésped por fuerza.

-Bien, te concedo que tienes razón, Daniel, pero yo quiero volver a Barracas ahora mismo.

-Comprendo que lo quieras.

-Y lo haré.

-No, no lo harás.

-¿Y quién me lo impedirá?

-Yo.

-¡Oh!, caballero, eso es abusar demasiado de la amistad.

-Si usted lo cree así, señor Belgrano, nada más sencillo entonces.

-¿Cómo?

-Que usted puede irse a Barracas cuando quiera, pero debo prevenirle que cuando usted llegue, se encontrará solo en la casa, porque mi prima no estará en ella.

-¡Por Dios! Daniel, por Dios, ¡no mortifiques más mi situación! Yo no sé lo que digo.

-¡Vaya!, al cabo has dicho una cosa racional, y ahora que has empezado a tener razón, oye todo lo que hay.

Y Daniel refirió sucintamente a Eduardo todas las ocurrencias de la noche anterior, como también la invasión del general Lavalle.

-Cierto, cierto. ¡Yo no puedo ya habitar en Barracas sin comprometerla! -dijo Eduardo poniendo el codo sobre la mesa y reclinada su frente en la palma de su mano.

-Eso es hablar con juicio, Eduardo. Hoy no hay otro medio de salvar a Amalia que poniéndote lejos de la mano de Rosas, porque aun cuando yo pudiera salvarla de los insultos de la Mashorca, o de una medida torpe del tirano, yo no tendría poder para libertarla de los rigores de su propia organización, si te acaeciera una desgracia. Amalia está apasionada. Su naturaleza sensible y su imaginación exaltada la llevarían al último extremo de la vida, o del infortunio, si llegase hasta su corazón una sola gota de tu sangre.

-¿Y qué hago, Daniel, qué hago?

-Desistir de la idea de verla por algunos días.

-Imposible.

-La pierdes entonces.

-¿Yo?

-Tú.

-¡Oh, no puedo, no!

-No la amas, entonces.

-¡Que no la amo! ¡Oh!, sí, sí: no la amo como ella se merece ser amada, porque para Amalia se necesita un Dios, y yo soy un hombre; ella se merece el amor del cielo y de la tierra, y yo no puedo darla sino el amor de mi alma. ¡Ah!, Daniel, desde anoche me parece que falta luz, porque sus ojos no la derraman sobre los míos; me parece que me falta el aire de mi existencia, porque no lo aspiro en sus alientos. ¡Que no la amo! ¡Oh, Dios mío, Dios Mío! -exclamó Eduardo ocultando su frente entre sus manos.

Un momento de silencio se estableció entre los jóvenes. Daniel respetaba en ese momento esa noble pasión del amor, obra de Dios para las almas generosas y grandes, que él sentía también aunque sin la exaltación de su amigo; porque ni el amor por su Florencia tenía obstáculos que le irritasen, ni su espíritu estaba ajeno a otras nobles y grandes impresiones que le distraían; ni él tenía tampoco la organización reconcentrada de Eduardo, en la cual, por esa desgraciada condición, las pasiones, la felicidad y la desgracia obraban sus efectos con más poder.

-Pero no; esto es ser demasiado débil. ¿Qué es lo que decías que debo hacer, Daniel? -dijo Eduardo sacudiendo su cabeza, echando atrás las hebras de sus cabellos de ébano que caían sobre sus sienes pálidas, y mirando tranquilamente a su amigo.

-No ver a Amalia en algunos días.

-Bien.

-Si los sucesos políticos alcanzan pronto el fin que les deseamos, entonces todo está ganado en tus negocios.

-Sí, cierto.

-Si, por el contrario, los sucesos no alcanzan ese fin, es necesario entonces que emigres.

-¿Solo?

-No, no irás solo.

-¿Irá Amalia? ¿Crees que quiera seguirme?

-Sí, lo creo perfectamente. Pero además de Amalia irán otras personas de tu relación.

-¡Oh! Sí, vamos al extranjero, Daniel, el aire de la patria mata a sus hijos hoy, nos sofoca.

-No importa, es necesario respirarlo como se pueda hasta haber perdido toda esperanza.

-¿Pero, y si los sucesos se demoran mucho tiempo?

-No es posible.

-Nada más fácil de suceder, sin embargo. Un contratiempo cualquiera puede detener las operaciones de Lavalle, y entonces...

-Entonces todo se habrá perdido; porque la demora es la ruina para Lavalle, en el estado actual de las cosas.

-Pero, no, amigo mío, no estará perdido; y porque no estará, estaremos todos los días esperando que al siguiente entre Lavalle.

-Lo esperarán otros, pero yo no, Eduardo. El personal del Ejército Libertador es infinitamente inferior en número al de Rosas. Y los recursos de éste son en relación de mil a uno, comparados con los de nuestro bravo general. En favor de éste, pues, no hay más que la impresión moral que ha causado su inesperada presencia en la provincia, y los antecedentes casi romancescos de su valor personal, y del entusiasmo de sus jóvenes

soldados. Pero si el momento de esa impresión se pierde, todas las probabilidades estarán entonces en contra de la cruzada.

-Pero bien, supongamos el caso de una prolongación de tiempo en la guerra, ¿cómo vivir entonces separado de Amalia tanto tiempo, Daniel?

-Si llegara ese caso, la verías, pero no en Barracas.

-¿Puedo entrar un momento, mis queridos y estimados discípulos? -dijo Don Cándido, asomando la borlita de su gorro blanco por la puerta del gabinete, que entreabrió.

-Adelante, mi querido y estimado maestro -dijo Daniel.

-Hay una novedad, Daniel, una ocurrencia, una cosa...

-¿Usted me hará el favor de decírmela de una vez, señor Don Cándido?

-Es el caso que yo me paseaba en el zaguán, porque cuando tengo un poco de dolor de cabeza como al presente, me hace bien el pasearme, como también el ponerme unos parches de hojas de naranjo. Porque habéis de saber, hijos míos, que las hojas de naranjo con sebo tienen sobre mi organización la virtud específica...

-De mejorar a usted y enfermar a los otros. ¿Qué es lo que hay? -preguntó el impaciente Daniel.

-A eso camino.

-¡Pero llegue usted de una vez, con todos los santos!

-Ya llego, genio de pólvora; ya llego. Me paseaba en el zaguán, decía, cuando sentí que alguien se paró a la puerta. Me acerqué indeciso, vacilante, dudoso. Pregunté quién era. Me convencí de la identidad de la persona que me respondió, y entonces abrí: ¿quién te parece que era, Daniel?

-No sé, pero me alegraría de que hubiese sido el diablo, señor Don

Cándido -dijo Daniel dominando su impaciencia como era su costumbre.

-No, no era el diablo, porque ese parece que no se desprende de mi levita hace tiempo. Era Fermín, tu leal, tu fiel, tu...

-¿Fermín está ahí?

-Sí. Está en el zaguán, dice que quiere hablarte.

-¡Acabara usted, con mil bombas! -exclamó Daniel saliendo apresuradamente del gabinete.

-¡Qué genio! Se ha de perder, se ha de estrellar contra el destino. Oye tú, Eduardo; tú que pareces más circunspecto, aun cuando después que saliste de la escuela en que eras quieto, tranquilo, estudioso, no he tenido la satisfacción de tratarte; es necesario que tengas mucha cautela en la situación actual. Dime: ¿por qué no entras hoy mismo a estudiar con los jesuitas y te entregas a la carrera eclesiástica?

-¿Señor, me hace usted el favor de dejarme el alma en paz?

-¡Ay, malo! ¿También eres tú como tu amigo? ¿Y qué pretendéis, jóvenes extraviados en la carrera tortuosa, en la pendiente rápida en que os habéis lanzado?

-Pretendemos que nos deje usted solos un momento, señor Don Cándido -dijo Daniel, que entraba al gabinete a tiempo que su respetable maestro de primeras letras empezaba la interrumpida frase de su valiente apóstrofe.

-¿Nos amenaza algún peligro, Daniel? -preguntó Don Cándido, mirando tímidamente a su discípulo.

-Ninguno absolutamente. Son asuntos míos y de Eduardo.

-Pero es que nosotros tres estamos hoy formando un solo cuerpo indivisible.

-No importa, lo dividiremos momentáneamente. Háganos usted el favor de dejarnos solos.

-Quedad -dijo Don Cándido extendiendo su mano en el aire en dirección a los dos jóvenes y saliendo pausadamente del gabinete.

-El negocio se vuelve más serio, Eduardo.

-¿Qué hay?

-Algo de Amalia.

-¡Oh!

-Sí, de Amalia. Acaba de recibir aviso de que dentro de una hora la policía la hará una visita domiciliaria, y me lo manda decir con Fermín, a quien yo había mandado a Barracas antes de venir a verte.

-¿Y qué hacemos, Daniel? ¡Pero, oh, cómo pregunto qué hacemos!... Daniel, me voy a Barracas.

-Eduardo, no es tiempo de hacer locuras. Yo amo mucho a mi prima para permitir a nadie el que arroje sobre ella la desgracia -dijo Daniel con un tono y una mirada tan seria que hicieron una fuerte impresión en el ánimo de Eduardo.

-Pero yo soy la causa de los insultos a que esa señora se ve expuesta, y soy yo, caballero, quien deba protegerla -contestó Eduardo con sequedad.

-Eduardo, no hagamos locuras -repitió Daniel, volviendo a la dulzura natural con que trataba a su amigo-, no hagamos locuras. Si se tratase de defenderla de un hombre, de dos hombres, de más que fuesen, con la espada en mano, yo te dejaría muy tranquilo el placer de entretenerte con ellos. Pero es del tirano y de todos sus secuaces de quienes debemos defenderla; y para con ellos tu valor es impotente: tu presencia les daría mayores armas contra Amalia, y no conseguirías libertar, ni tu cabeza, ni la

tranquilidad de mi prima.

-Tienes razón.

-Déjame obrar. Yo voy a Barracas en el acto; y a la fuerza yo opondré la astucia, y trataré de extraviar el instinto de la bestia con la inteligencia del hombre.

-Bien, anda, anda pronto.

-Tardaré diez minutos en llegar a mi casa a tomar mi caballo, y en un cuarto de hora estaré en Barracas.

-Bien: ¿y volverás?

-Esta noche.

-Dila...

-Que te conservas para ella.

-Dila lo que quieras, Daniel -dijo Eduardo, dándose vuelta, porque sin duda en sus ojos había algo que quería ocultar a la mirada de su amigo. Jamás un hombre apasionado como Eduardo, con su valor y su generosidad, puede haberse encontrado en situación más difícil: veía en peligro a la bien amada de su alma, en peligro por él, y no podía defenderla sin agravar su desgracia.

Cuando volvió de su primer paseo en la habitación, ya no halló a Daniel en el gabinete.

Eran las once de la mañana, y Don Cándido empezó a vestirse para ir a la secretaría privada del señor Don Felipe.

XV. Amalia en presencia de la policía

Amalia en presencia de la policía

Daniel llegó a su casa, montó en su soberbio alazán, partió a gran galope para Barracas, tomando las peores calles de la ciudad para no encontrar obstáculos de tránsito que lo detuviesen, pues los del terreno los salvaba siempre sin dificultad el superior caballo que montaba; pero todo era inútil, porque iba a llegar tarde a la quinta.

Cuando a las nueve de la mañana Daniel había dejado a su prima, para dirigirse a la ciudad, había dado orden a Fermín que lo esperase en Barracas, previniéndole las casas en que lo encontraría en caso que ocurriese alguna novedad.

Una ocurrió en efecto. Poco rato después de su partida llegó a la quinta una carta para Amalia, en que se le anunciaba una visita de la policía; y la joven mandó dar aviso a Daniel de este suceso, por cuanto ella desconfiaba de su prudencia en presencia del insulto que iba a hacerse a su casa.

Pasó inmediatamente al cuarto que ocupaba Eduardo. Tomó de sobre una mesa algunas traducciones del inglés en que solía entretenerse el joven; y convencida de que no había un solo objeto que pudiese revelar en ese

aposento lo que probablemente venía a buscar la policía, volvió a la sala, echó los papeles a la chimenea, y se paseaba con esa inquietud natural a los que esperan de un momento a otro ser actores en una escena desagradable, cuando sintió parar varios caballos a la puerta de la quinta. Y esto sucedió cinco o seis minutos después de la partida de Fermín; mucho antes, pues, de lo que Amalia creía.

Mujer, sola, rodeada de peligros que se extendían desde ella hasta el ser amado de su corazón, la Naturaleza se expresó en ella con sinceridad: pálida y débil, se echó en un sillón, haciendo esfuerzos, sin embargo, para sobreponerse a sí misma.

Don Bernardo Victorica, un comisario de policía y Nicolás Mariño se presentaron en la sala, introducidos por Pedro.

Victorica, ese hombre aborrecido y temido de todos los que en Buenos Aires no participaban de la degradación de la época, era, sin embargo, menos malo de lo que generalmente se creía. Y sin faltar jamás a la severidad que le prescribían las órdenes del dictador, se portaba, toda vez que podía hacerlo sin comprometerse, con cierta civilidad, con una especie de semitolerancia, que hubiera sido un delito a los ojos de Rosas, pero que era empleada por el jefe de policía, especialmente cuando tenía que ejercer sus funciones sobre personas a quienes creía comprometidas por alguna delación interesada, o por el excesivo rigorismo del gobierno(2).

Con el sombrero en la mano, y después de hacer una profunda reverencia, dijo a Amalia:

-Señora, soy el jefe de policía: tengo que cumplir el penoso deber de hacer un escrupuloso registro en esta casa: es una orden expresa del Señor Gobernador.

-¿Y estos otros señores vienen también a registrar mi casa? -preguntó Amalia señalando hacia Mariño y al comisario de policía.

-El señor, no -contestó Victorica indicando a Mariño-, este otro señor es un comisario de policía.

-¿Y puedo saber a quién, o qué se viene a buscar a mi casa, de orden del Señor Gobernador?

-Dentro de un momento se lo diré a usted -respondió Victorica, con una fisonomía muy seria, pues que él y sus compañeros estaban de pie, sin haber recibido de Amalia la mínima indicación de sentarse.

Ella tiró del cordón de la campanilla, y dijo a Luisa, que apareció al momento:

-Acompaña a este señor, y ábrele todas las puertas que te indique.

Victorica hizo un saludo a Amalia, y siguió a Luisa por las piezas interiores.

Acompañado del comisario pasó al gabinete de lectura, y luego al suntuoso aposento de la joven. El jefe de policía no era hombre de tan delicado gusto, que pudiese fijarse en todos los primores que encerraba aquel adoratorio secreto donde había penetrado más de una vez la mirada enamorada de Eduardo, a través de las tenues neblinas de batista y tul que cubrían los cristales. Pero entretanto, Victorica tenía muy buenos ojos para no ver que cuanto allí había estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa a la santa causa de la Federación.

Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba a los ojos del jefe de policía con los colores blanco y celeste, blanco y azul; celeste o azul solamente. Y las pobladas cejas del intransigible federal empezaban a juntarse y endurecerse.

-«Bien puede ser que aquí no haya nadie oculto, como me lo asegura Mariño; pero a lo menos no será porque en esta casa no haya unitarios» -se decía a sí mismo.

Pasó luego al tocador de Amalia, y sus ojos quedaron deslumbrados con la magnificencia que se le presentaba.

-A ver, niña, abre esos roperos -dijo a Luisa.

-Y ¿qué va usted a ver en los roperos de la señora? -preguntó la pequeña Luisa, alzando su linda cabeza y mirando cara a cara a Victorica.

-¡Hola! Abre esos roperos te he dicho.

-¡Pues es curiosidad! Vaya, ya están abiertos -dijo Luisa abriendo las puertas de los guardarropas con una prontitud y una acción de enojo, que hubiera hecho sonreír a otro cualquiera que no fuese el adusto personaje que la miraba.

-Bien, ciérralos.

-¿Quiere usted ver si hay alguien escondido en los bebederos de los pájaros? -dijo Luisa señalando las jaulas doradas de los jilgueros.

-Niña, eres muy atrevida, pero tu edad me hace perdonarte. A ver, abre esta puerta.

-¿Esta?

-Sí.

-Esta puerta da a mi aposento.

-Bien, ábrela.

-No hay nadie en él.

-No importa, ábrela.

-¿Yo? No, señor, no la abro. Ábrala usted, ya que no cree en mi palabra.

Victorica miró largo rato a aquella criatura de diez u once años que

osaba hablarle de ese modo, y en seguida levantó el picaporte de la puerta, y entró al dormitorio de Luisa.

-Ven, niña -la dijo viéndola que se quedaba en el tocador.

-Iré si manda usted a este señor que vaya también con nosotros -dijo Luisa señalando al comisario, que se entretenía en examinar los pebeteros de oro.

El comisario echó sobre ella una mirada aterradora, que no consiguió, sin embargo, aterrar a la intrépida Luisa, y volviendo el pebetero a la rinconera, volvió a seguir los pasos de Victorica.

-Señor, no me revuelva usted mi cama. Después no se vaya usted a enojar si le quiero enseñar el bebedero de los pajaritos -dijo a Victorica al verlo levantando la colcha de la cama y mirando bajo de ella.

-¿Adónde da esta puerta?

-Al patio.

-Ábrela.

-Tire usted no más, está abierta.

Una vez en el patio, Victorica hizo una señal al comisario, que por la verja de fierro se dirigió a la quinta; y él y Luisa se dirigieron a aquella parte del edificio en que estaban las habitaciones de Eduardo, y el comedor.

-¿Quién habita en ese cuarto? -preguntó Victorica examinando el de Eduardo.

-El señor Don Daniel cuando viene a quedarse -contestó Luisa sin la mínima turbación.

-Y ¿cuántas veces por semana sucede eso?

-La señora me ha mandado que le enseñe a usted la casa, y no que le dé cuenta de lo que pasa en ella. Puede usted preguntárselo a la señora.

Victorica se mordió los labios no sabiendo qué hacer con aquella muchacha, y pasó a otra habitación, y, por último, al comedor, sin haber encontrado cosa alguna que le diese indicios de lo que buscaba.

Durante se ejecutaba esta pesquisa policial, en el modo y forma adoptada por la dictadura, una escena bien diferente, pero no menos interesante, tenía lugar en la sala.

Luego que Victorica y el comisario pasaron a las piezas interiores, Amalia, sin levantar los ojos a honrar con su mirada la fisonomía de Mariño, le dijo:

-Puede usted sentarse, si tiene la intención de esperar al señor Victorica.

Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y Mariño, por el contrario, estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer cuya belleza fascinaba, y cuyas maneras imperiosas y aristocráticas, podemos decir, imponían.

-Mi intención -dijo Mariño, sentándose a algunos pasos de Amalia-, mi intención ha sido la de prestar a usted un servicio, señora, un gran servicio en estas circunstancias.

-¡Mil gracias! -contestó Amalia con sequedad.

-¿Ha recibido usted mi carta esta mañana?

-He recibido un papel firmado por Nicolás Mariño, que supongo será usted.

-Bien -contestó el comandante de serenos, dominando la impresión que le causó la desdeñosa respuesta de la joven-. En esa carta, en ese papel, como usted lo llama, me apresuré a participar a usted lo que iba a ocurrir.

-¿Y puedo saber con qué objeto se tomó usted esa incomodidad, señor?

-Con el objeto de que tomase usted las medidas que su seguridad le aconsejase.

-Es usted demasiado bueno para conmigo; pero demasiado malo para con sus amigos políticos, pues que les hace usted traición.

-¡Traición!

-Me parece que sí.

-Eso es muy fuerte, señora.

-Sin embargo, ése es el nombre.

-Yo trato de hacer siempre todo el bien que puedo. Además, yo sabía que desde anoche no podía haber ningún hombre en esta casa, después de la visita de Cuitiño.

Doña María Josefa Ezcurra, sin embargo, que tiene un empeño especial en perseguir esta casa, mientras yo lo tengo en protegerla, fue esta mañana a dar parte al Señor Gobernador de que aquí se ocultaba una persona que se buscaba ha mucho tiempo por la autoridad. Su Excelencia mandó llamar al señor Victorica, le dio la orden que está cumpliendo, y yo, que tuve la suerte de saber lo que ocurría, no perdí un instante en comunicárselo a usted, decidiéndome también a acompañar al señor Victorica, por si tenía la suerte de poder librar a usted de algún compromiso. Esta es mi conducta, señora; y si hago una traición a mis amigos, la causa por que así procedo me justifica plenamente. Esa causa es santa; nace de una simpatía instantánea que sentí por usted desde que tuve la dicha de conocerla. Desde entonces mi vida entera está consagrada a buscar los medios de acercarme a esta casa; y mi posición, mi fortuna, mi influencia...

-Su posición y su influencia de usted no impedirán que yo le deje solo,

cuando no comprenda que su presencia me fastidia -dijo Amalia parándose, separando la silla en que estaba sentada, y pasando al gabinete de lectura, y de éste a su alcoba, donde sentóse en su sofá, radiante de belleza y de orgullo.

-¡Ah, yo me vengaré, perra unitaria! -exclamó Mariño pálido de rabia.

Pocos momentos hacía que la altanera tucumana estaba sola en su aposento por no sufrir las impertinencias de Mariño, cuando Victorica, que volvía con Luisa, por el mismo camino que había andado ya, se encontró de nuevo con Amalia.

-Señora -la dijo-, he cumplido ya la primera parte de las órdenes recibidas; y felizmente para usted, podré decir a Su Excelencia que no he encontrado en esta casa la persona que he venido a buscar.

-¿Y puedo saber qué persona es ésa, señor jefe de policía? ¿Puedo saber por qué se me hace el insulto de registrar mi casa?

-¿Quiere usted decir a esta niña que se retire?

Amalia hizo una seña a Luisa, que se retiró, no sin torcerle los ojos a Victorica.

-Señora, debo tomar a usted una declaración, pero deseo evitar con usted las formalidades de estilo, y que sea más bien una conferencia leal y franca.

-Hable usted, señor.

-¿Conoce usted a Don Eduardo Belgrano?

-Sí, lo conozco.

-¿Desde qué tiempo?

-Hará dos o tres semanas -contestó Amalia, rosada como una fresca rosa, y bajando la cabeza, avergonzada de tener que mentir por la primera

vez de su vida.

-Sin embargo, hace más tiempo que lo han visto en esta casa.

-Ya he contestado a usted, señor.

-¿Podría usted probar que Don Eduardo Belgrano no ha estado oculto en esta casa, desde el mes de mayo hasta el presente?

-No me empeñaría en probar semejante cosa.

-¿Luego es cierto?

-No he dicho tal.

-Pero, en fin, usted dice que no probaría que no estuvo.

-Porque es usted, señor, quien debe probar lo contrario.

-¿Y sabe usted dónde se encuentra actualmente?

-¿Quién?

-Belgrano.

-No lo sé, señor; pero si lo supiera no lo diría -contestó Amalia alzando la cabeza, contenta y altiva porque se le presentaba la ocasión de decir la verdad.

-¿Ignora usted que estoy cumpliendo una orden del Señor Gobernador? -dijo Victorica empezando a arrepentirse de su indulgencia con Amalia.

-Ya me lo ha dicho usted.

-Entonces debe usted guardar más respeto en las contestaciones, señora.

-Caballero, yo sé bien el respeto que debo a los demás, como sé también el que los demás me deben a mí misma. Y si el Señor Gobernador, o el señor Victorica, quieren delatores, no es esta casa, por cierto, donde podrán hallarlos.

-Usted no delata a los demás, pero se delata a sí misma.

-¿Cómo?

-Que usted se olvida que está hablando con el jefe de policía, y está revelándole muy francamente su exaltación de unitaria.

-¡Ah, señor, yo no haría gran cosa en serio en un país donde hay tantos miles de unitarios!

-Por desgracia de la patria y de ellos mismos -dijo Victorica levantándose sañudo-, pero llegará el día en que no haya tantos; yo se lo juro a usted.

-O en que haya más.

-¡Señora! -exclamó Victorica mirando con ojos amenazantes a Amalia.

-¿Qué hay, caballero?

-Que usted abusa de su sexo.

-Como usted de su posición.

-¿No teme usted de sus palabras, señora?

-No, señor. En Buenos Aires sólo los hombres temen; pero las señoras sabemos defender una dignidad que ellos han olvidado.

-«Cierto, son peores las mujeres» -dijo Victorica para sí mismo-. A ver, concluyamos -continuó, dirigiéndose a Amalia-, tenga usted la bondad de abrir esa papelera.

-¿Para qué, señor?

-Tengo que cumplir ese último requisito, abra usted.

-¿Pero, qué requisito?

-Tengo orden de inspeccionar sus papeles.

-Oh, esto es demasiado, señor, usted ha venido en busca de un hombre a mi casa; ese hombre no está, y debo decir a usted que nada más

consentiré que se haga en ella.

Victorica se sonrió y dijo:

-Abra usted, señora, abra usted por bien.

-No.

-¿No abre usted?

-No, no.

Victorica se dirigía a la papelera cuya llave estaba puesta, cuando Mariño, que había oído el interrogatorio desde el gabinete, se precipitó en el aposento, para ver si con un golpe teatral conquistaba el corazón de la altanera Amalia.

-Mi querido amigo -dijo a Victorica-, yo salgo garante de que en los papeles de esta señora no hay ninguno que comprometa a nuestra causa; ni diario, ni carta de los inmundos unitarios.

Victorica retiraba su mano de la llave de la papelera, y ya Mariño creía conquistado el derecho a la gratitud de aquel corazón rebelde a sus ternuras, cuando Amalia se precipitó a la papelera, la abrió estrepitosamente, tiró cuatro pequeñas gavetas que contenían algunas cartas, alhajas y dinero, y con una expresión marcada de despecho, se volvió a Victorica, dando la espalda a Mariño, y le dijo:

-He ahí cuanto encierra esta papelera, registradlo todo.

Mariño se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Victorica paseó sus miradas por los objetos que le descubrió Amalia, y sin tocar ninguno, dijo:

-He concluido, señora.

Amalia le contestó apenas con un movimiento de cabeza, y volvió al sofá, pues sentía que después del violento esfuerzo que acababa de hacer,

una especie de vértigo le anublaba la vista.

Victorica y Mariño hicieron una profunda reverencia y salieron por el gabinete a encontrar al comisario que los estaba esperando.

Y fue en el momento en que todos montaban a caballo, que Daniel bajó del suyo, y después de un cortés saludo a Victorica y Mariño entró a la casa de su prima, diciéndose a sí mismo.

-Malo. Empiezo a llegar tarde, y es mal agüero.

A su vez Mariño decía a Victorica:

-Este lo debe saber todo. Este es unitario, a pesar de su padre y de todo lo que hace.

-Sí, es necesario poner los ojos sobre él.

-Y el puñal -agregó Mariño, y tomaron el galope para la ciudad.

XVI. Todos comprometidos

Todos comprometidos

Una hora después el soberbio alazán que había llegado a la quinta a gran galope, volvía paso a paso en dirección a la ciudad, llevando a su dueño, no con la cabeza erguida y los ojos vivísimos como una hora antes, sino con la cabeza inclinada al pecho y casi cerrados sus hermosos ojos. Al verlo así, cualquiera diría que era un joven indolente, cuya organización voluptuosa salía a gozar de los rayos acariciadores del sol de agosto en aquel rigoroso invierno de 1840, prefiriendo el paseo a caballo, para no poner sus delicados pies sobre las húmedas arenas de Barracas.

Pero lo cierto era que Daniel no se acordaba si estaba en invierno o en verano, ni gozaban solazamiento alguno sus sentidos, ni su espíritu.

Dominado por sus propias ideas, Daniel iba en abstracción completa de cuanto le rodeaba; meditando sobre cuanto medio le sugería su fecunda imaginación para ver de encontrar aquel que le hiciese señor de la difícil situación en que se hallaban las personas cuya suerte le estaba, casi exclusivamente, confiada. Situación que le mortificaba tanto más, cuanto que por ella se veía distraído a cada momento de los sucesos públicos a que

quería consagrar toda la actividad de su espíritu.

Además, Daniel era supersticioso como su prima, o mejor dicho más supersticioso que ella, por cuanto era más exaltada su imaginación y más profundas sus convicciones sobre el fatalismo de las cosas. Y una inquietud vaga se había apoderado de su espíritu desde el momento en que vio que no había llegado a tiempo para encontrarse en la visita domiciliaria de Victorica, de quien él se proponía sacar un inmenso partido en favor de Amalia.

Sin embargo, él se había manifestado contento a su prima inspirándola toda cuanta confianza sobre la suerte de Eduardo podía dar tranquilidad a su corazón. Había también convenido con ella, en que si los sucesos se prolongaban más de ocho días, se le buscaría alguna pequeña y solitaria casa sobre la costa de San Isidro, o cualquier otro punto distante, donde poder vivir retirada, sin desalojar su casa de Barracas; facilitándose de este modo la felicidad de ver a Eduardo, y la de poder embarcarse en un momento dado. Y por último, había concluido por hacerla reír, como era su costumbre cuando él sufría y quería ocultarlo a los demás.

Así, meditando, aceptando y desechando ideas, llegó, al fin, a la barranca del general Brown, y enfilando la calle de la Reconquista llegó a la casa de su Florencia, a respirar un poco de esencia de amor y de ventura en los alientos de aquella flor purísima del cielo, caída sobre la tierra argentina para ser velada por el amor, en la noche frígida de las desgracias de ese pueblo infeliz.

Pero ese día era fatal.

Al entrar a la sala halló a la señora Dupasquier desmayada en un sillón, y a Florencia sentada en un brazo de él, suspendiendo con su brazo

izquierdo la cabeza de su madre, y humedeciendo sus sienes con agua de Colonia.

-¡Daniel, ven! -exclamó la joven.

-¿Pero, qué hay, Dios mío? -preguntó Daniel acercándose a aquella pintura del dolor y del amor filial.

-Despacio, no hables fuerte. Es su desmayo.

Daniel se arrodilló delante del sillón y tomó la mano pálida y fría de Madama Dupasquier.

-No es nada, volverá en sí -dijo después de haber observado el pulso de la señora.

-Sí, empieza a traspirar. Entra a la alcoba, alcanza una capa o un pañuelo, cualquiera cosa, Daniel.

El joven obedeció, y después de cubrir él mismo a su futura madre, y de arrodillarse delante de ella con su Florencia, cada uno teniéndola una mano, fijos sus ojos en aquellos cuya primer mirada esperaban con impaciencia, Daniel se atrevió a preguntar a su Florencia, con palabras dichas casi al oído:

-¿Pero, qué ha habido? Este desmayo no le da sino después de algún disgusto.

-Lo ha habido.

-¿Hoy?

-Ahora mismo. ¿Has encontrado a Victorica?

-No.

-Acaba de salir de aquí.

-¿De aquí?

-Sí. Ha venido con un comisario y dos soldados, y ha registrado toda la

casa.

-¿Pero a quién buscaba?

-No lo ha dicho, pero creo que a Eduardo, porque ha querido hacer sobre él algunas preguntas a mamá.

-¿Y?...

-Mamá se negó a responderle.

-Bien.

-Se negó también a abrir la puerta de un cuarto interior que casualmente se hallaba cerrada, y Victorica la hizo echar abajo.

-¿Pero por qué no se abrió esa puerta?

-Porque mamá dijo desde el principio a Victorica que no se quería prestar a conducirlo al interior de su casa; que él obrase como quisiese, pues que tenía la fuerza para hacerlo. Mamá se ha sostenido con un valor y una dignidad propia de ella. Pero luego que ha quedado sola me ha hablado mucho de nuestro casamiento, me ha dicho que es necesario salir del país y para siempre. En mis brazos la he sentido sufrir, y la he sentido desmayarse. Mírala: parece que vuelve... Sí... sí -y Florencia levantóse súbitamente, tomó la cabeza de su madre y llenó de besos aquellos ojos que acababan de derramar sobre ella la primera mirada.

Madama Dupasquier había vuelto de su desmayo.

Esa mujer, tipo perfecto de lo más delicado, de lo más culto de la sociedad bonaerense, reunía en sí todo el orgullo, toda la altivez, todo el espíritu de las nobles descendientes de los héroes de nuestra independencia que, enorgullecidas por su origen, fueron siempre intransigibles con todo lo que no era gloria, talento o nobleza en la república; de esas mujeres que sufrían más que los hombres por la humillación que la dictadura hacía

sufrir al país; y que más que los hombres tenían el valor para afrontar los enojos del tirano y de la plebe armada e insolentada por él.

Las páginas de sangre del gobierno de Rosas revelan las víctimas de su tiranía, que han caído al puñal o al plomo de los asesinos públicos. Al lado de los nombres de Rosas, de Maza, de Oribe, de todos esos famosos verdugos del pueblo argentino, se escribe continuamente el martirologio de los que se negaron a la ruina y a la degradación de su patria. Pero sólo Dios puede haber escrito en las páginas santas del libro eterno de su justicia la vasta nomenclatura de los que han muerto al influjo de los rigores de esos bandidos, ejercido sobre la organización y la moral. ¡Sólo Dios sabe cuántas madres han ido a la tumba por las huellas ensangrentadas de sus hijos; cuantas esposas han ido al cielo a buscar el compañero de su existencia, arrebatado de ella por el plomo de Rosas, o por el cuchillo voraz de aquel mendigo de poder, que, arrojado de su patria, fue a vender su mano y su alma a un tirano extranjero, para saciar en la sangre de pueblos inocentes su instinto innato a los delitos, y cuya cabeza sabrá marcar la posteridad con el sello indeleble de su reprobación y de su desprecio!

¡Sólo Dios, sí, sabe cuántas nobles mujeres argentinas han bajado al sepulcro paso a paso, llevadas por la mano de esa época de sangre, y de impresiones rudas sobre su corazón sensible!

-Daniel -dijo Madama Dupasquier-, es preciso salir del país; usted y Eduardo, mañana, hoy si es posible. Amalia, yo y mi hija los seguiremos pronto.

-Bien, bien, señora. Ahora no hablemos de eso. Necesita usted reposo.

-¿Y cree usted posible tenerlo en este país? ¿No cree usted que en cada minuto tiemblo por su seguridad? Además, una vez que se han fijado las

sospechas de Rosas sobre mi casa, ya está sentenciada a continuos insultos; y cada persona que entre a ella, espiada y perseguida también.

-Dentro de ocho días quizá estaremos libres de esta situación.

-No, Daniel, no. La mirada de Dios se ha separado de nuestra patria, y no tenemos que prever sino desgracias. No quiero ni que Amalia pise esta casa.

-Amalia acaba de sufrir la misma visita que usted.

-¿También?

-Sí; hace dos horas.

-¡Ah, ésta es Doña María Josefa, mamá!

La señora Dupasquier hizo un gesto como si le hubiesen nombrado el más repugnante objeto de la tierra.

Daniel hizo entonces la relación de cuanto había ocurrido en la quinta de Barracas desde las diez de la noche anterior.

-Pero en todo esto -agregó- no hay ningún peligro real todavía. Nadie podrá dar con Eduardo, yo respondo de ello. Voy a trabajar en sentido de prevenir el ánimo de Victorica contra las delaciones falsas que ha recibido Rosas de su cuñada, con la intención de dejar desairada la diligencia de la policía. De ese modo, doy seguridad a Amalia y a esta casa. Y en cuanto a mí, no tengo nada absolutamente que temer -dijo Daniel, queriendo inspirar a su amada y a su madre una confianza de que él empezaba a carecer.

-Mamá -dijo Florencia-, pues que ya no hay motivo para que Amalia no venga, yo querría mandarla buscar a que nos acompañase a comer; Daniel lo hará también, y así pasaremos juntos todo el día.

-Sí, sí -dijo Daniel-. Quisiera que todos estuviésemos juntos, y que no

nos separásemos nunca.

Una especie de presentimiento terrible empezaba a oprimir el corazón de Daniel.

-Bien, hazlo -le contestó Madama Dupasquier.

Florencia salió volando, le escribió cuatro líneas a Amalia, y dio orden de poner el coche para mandar traer a su amiga.

Florencia volvía a la sala por las piezas interiores, cuando llamaban a la puerta exterior de la sala.

Todos se inmutaron.

Daniel se levantó, abrió y dijo:

-Es Fermín.

-¿Qué hay? -le preguntó a su criado sin permitirle entrar a la sala, porque no oyeran las señoras si ocurría algo desagradable en ese día en que todo parecía conspirarse contra todos.

-Ahí está el señor Don Cándido -respondió Fermín.

-¿Dónde?

-En el zaguán.

Daniel se puso de un salto al lado de su maestro.

-¿Qué hay de Eduardo? -le preguntó con la voz, con los ojos y con la fisonomía.

-Nada.

Daniel respiró.

-Nada -prosiguió Don Cándido-; está bueno, tranquilo, sosegado; pero hay de ti.

-¿De mí?

-Sí; de ti, joven imprudente, que te precipitas en un...

-En un infierno, está bien. Pero, ¿qué hay?

-Oye.

-Pronto.

-Despacio, oye: Victorica habló con Mariño.

-Bien.

-Mariño habló con Beláustegui.

-Adelante.

-Beláustegui habló con Arana.

-¿Y de ahí?

-De ahí resulta que Beláustegui le ha dicho a Arana, que Mariño le ha dicho a él, que Victorica le ha dicho en la policía, que ha dicho al comisario de tu sección, que desde esta noche vigile tu casa, y te haga seguir, porque hay sospechas terribles sobre ti.

-¡Hola! Muy bien, y ¿qué más?

-¡Qué más! ¿Te parece poco el enorme, el monstruoso peligro que está pesando sobre tu frente, y, naturalmente, sobre la mía, desde que todos saben nuestras estrechas, íntimas y filiales relaciones? ¿Quieres?...

-Quiero que me espere usted aquí un momento, con eso seguimos esta conversación en el coche que para en este momento a la puerta, en el tránsito hasta mi casa.

-¿Yo a tu casa, insensato?

-Espere usted, mi querido amigo -dijo Daniel dejándole en el zaguán.

-Fermín, monta en mi caballo y vete a casa -dijo a su criado, que lo esperaba en el patio.

-¿Qué hay? -preguntaron madre e hija al entrar Daniel a la sala.

-Nada. Noticias de Eduardo. Está impaciente. Está loco por salirse de

su escondite y volar a Barracas. Pero yo parto a casa a escribirle y ponerlo en juicio.

-Sí, no vaya usted en persona -dijo Madama Dupasquier.

-Daniel, prométamelo usted -dijo Florencia parándose delante de su amado.

-Lo prometo -dijo Daniel sonriendo y oprimiendo las manos de su Florencia.

-¿Se va usted ya?

-Sí, y me voy en el coche que está pronto para ir a buscar a Amalia, porque acabo de mandar mi caballo.

-¿Y vuelve usted?

-A las tres.

-Bien, a las tres -dijo Florencia apretando fuertemente entre sus manitas de azucena la mano que debía recibir más tarde ante el pie del altar.

Daniel besó la de Madama Dupasquier, y salió de la sala aparentando un contentamiento que desgraciadamente empezaba a alejarse de su corazón.

-¿Sabes, Daniel, una cosa? -dijo Don Cándido, que se paseaba en el zaguán esperándole.

-Después, después. Vamos al coche.

Daniel salió tan precipitadamente de la casa, que al bajar de la puerta dio un fuerte hombrazo sobre un hombre grueso, que a paso mesurado y con la cabeza muy erguida y el sombrero echado a la nuca, pasaba casualmente en aquel momento.

-Dispense usted, caballero -dijo Daniel sin mirarle a la cara, acercándose

a la portezuela del coche, abriéndola él mismo y diciendo al cochero:

-A mi casa.

-¡Hombre, esta voz! -dijo el personaje del sombrero a la nuca, parándose y mirando a Daniel, que subía al estribo.

-Caballero, me hace usted el favor de oírme una palabra -prosiguió el desconocido, dirigiéndose a Daniel.

-Las que usted quiera, señor mío -dijo el joven con un pie en el estribo y otro en tierra, dándose vuelta hacia aquel hombre cuya cara no había visto todavía; mientras Don Cándido, pálido como un cadáver, se escurrió hasta el coche por entre las piernas de Daniel, y se acurrucó en un ángulo de los asientos, fingiendo limpiarse el rostro con un pañuelo, pero evidentemente enmascarándose.

-¿Me conoce usted?

-¡Ah! Me parece que es el señor cura Gaete con quien he tenido la desgracia de tropezar -contestó Daniel con la mayor naturalidad.

-Y yo creo que he oído la voz de usted en alguna otra parte. Y aquel otro señor que está adentro del coche será... ¿Cómo está usted, señor?

Don Cándido hizo tres o cuatro saludos con la cabeza sin desplegar los labios, y sin acabar de limpiarse el rostro con el pañuelo.

-¡Ah es mudo! -prosiguió el fraile.

-¿Quería usted alguna cosa, señor Gaete?

-Me gusta mucho oír la voz de usted, señor... ¿quiere usted decirme...?

-Que tengo que hacer, señor -dijo Daniel saltando al coche y haciendo una señal al cochero, que hizo partir los caballos a trote largo en dirección a la plaza de la Victoria; mientras el reverendo cura Gaete se quedó sonriendo, con una expresión de gozo infernal en su fisonomía, y mirando

el número de la casa de Madama Dupasquier.

I. El 16 de agosto

El 16 de agosto

Once días después de los acontecimientos anteriores, es decir, el 16 de agosto, el destino de Buenos Aires estaba sobre un monte de sombras donde la vista humana se extraviaba y se asustaba ante su perspectiva.

Eran apenas las cinco de la mañana de aquel día. No se veía un solo astro sobre el firmamento; y el oriente, envuelto en el espeso manto de la noche, no quería levantar aún las ligeras puntas del velo nacarado del alba.

Tres bultos, semejantes a otras tantas visiones de la imaginación de Hoffmann, parecían de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la joven viuda de Barracas del gran patio de la quinta, cortado por una verja de fierro, como se sabe, y cuya puerta estaba abierta en aquel momento, cosa que jamás había acontecido a tales horas, después de la tristísima noche con que empezamos la exposición de esta historia.

-Si no hay nadie. Aunque su merced se esté hasta mañana, no ha de ver luz, ni a ninguno -dijo, sin el misterio que parecía requerir aquella hora, una voz chillona de mujer.

-¿Pero cuándo, dónde se han ido? -exclamó con un acento de impaciencia y rabia la persona a quien se había dirigido la mujer.

-Ya le he dicho a su merced que se han ido antiyer, y que han de estar por ahí no más. Y los vi salir. Doña Amalia montó en el coche llevando de cochero al viejo Pedro, y de lacayo al mulato que la servía. Junto con Doña Amalia subió la muchacha Luisa. Y después se bajó del coche Doña Amalia, abrió las piezas y volvió a salir y subir al coche trayendo dos jaulas de pajaritos. Nada han llevado; y aquí no hay sino los negros viejos que están durmiendo en la quinta.

Restablecióse el silencio y uno de aquellos tres misteriosos personajes volvió a correr de puerta en puerta, de ventana en ventana, a ver si descubría alguna luz, si percibía algún ruido que le indicase la existencia de alguien en aquella mansión desierta y misteriosa.

Pero todo era en vano: él no oía sino el eco de sus propios pasos, y el murmullo de los grandes álamos de la quinta, mecidos por la recia brisa de aquella noche de invierno oscura y fría.

Por un momento esa especie de fantasma alzó su mano en actitud de descargar un golpe sobre los cristales de una de las ventanas de la alcoba de Amalia, pero la bajó y volvió al lugar en que estaba su compañero, y la persona que les había dado los informes que se conocen.

-Señor comandante, sabe Usía que la escolta marcha hoy muy temprano, y ya es la madrugada.

-Bien, teniente, vámonos. Usted me ha acompañado como un amigo, y no quiero incomodarlo más. Vámonos y marche a su cuartel.

-Señor de Mariño, mire su merced que lo que me ha dado lo he gastado todo en la llave falsa, y no tengo nada que darles a los de casa.

-Bien, mañana.

-Pero, ¿cómo mañana?

-Vamos, toma y déjame en paz.

-¿Y cuánto es esto?

-No sé. Pero no debe ser poco.

-Cuando más, cinco pesos -dijo la mujer de la llave falsa, marchando delante del comandante Mariño, y teniente del escuadrón escolta; y pasando por la verja de fierro, cuya puerta cerró Mariño, guardándose luego la llave en el bolsillo.

Un momento después esos dos personajes de la Federación dejaban a su colega por ella en la pulpería contigua a la casa de Amalia, satisfecha de ver que, aunque negra como era, prestaba servicios de importancia a la santa causa de pobres y ricos. Y comandante y teniente tomaban el galope para la ciudad; dirigiéndose, el primero a su cuartel de serenos, y el otro al de la escolta de Su Excelencia.

II

Apenas allá en el horizonte del gran río se veía una ligerísima claridad sobre las olas, como una leve sonrisa de la esperanza entre la densa noche del infortunio. La mañana venía.

Todo, menos el hombre, iba a armonizarse allí con ese lazo etéreo entre la Naturaleza y su creador, que se llama la luz. Los arrogantes potros de nuestra Pampa sacudirían en aquel momento su altanera cabeza, haciendo estremecer la soledad con su relincho salvaje. Nuestro indomable toro correría, arqueando su potente cuello, a apagar su sed, nunca saciada, en las aguas casi heladas de nuestros arroyos. Nuestros pájaros meridionales, menos brillantes que los del trópico, pero más poderosos unos y más

tiernos otros, saltarían desde el nido a la copa de nuestros viejos ombúes, o de nuestros erizados espinillos, a saludar los albores primitivos del día; y nuestras humildes margaritas, perdidas entre el trébol y la alfalfa esmaltada con las gotas nevosas de la noche, empezarían a abrir sus blancas, punzoes y amarillas hojas, por tener el gusto, como la virtud, de contemplarse a sí mismas a la luz del cielo, porque la luz de la tierra no alcanza, ni a las unas, ni a la otra. ¡Toda la Naturaleza, sí, menos el hombre! ¡Porque llegado era el momento en que la luz del sol no servía en la infeliz Buenos Aires, sino para hacer más visible la lóbrega y terrible noche de su vida, bajo cuyas sombras se revolvían en caos las esperanzas y el desengaño, la virtud y el crimen, el sufrimiento y la desesperación!...

El silencio era sepulcral en la ciudad.

El monótono ruido de nuestras pesadas carretas dirigiéndose a los mercados públicos, el paso del trabajador, el canto del lechero, la campanilla del aguador, el martilleo del pan entre las árganas; todos estos ruidos especiales y característicos de la ciudad de Buenos Aires, al venir el día, hacía ya cuatro o cinco que no se escuchaban. Era una ciudad desierta; un cementerio de vivos cuyas almas estaban, unas en el cielo de la esperanza aguardando el triunfo de Lavalle; otras en el infierno del crimen esperando el de Rosas.

Sólo en el camino de San José de Flores, que arranca de la ciudad; en aquel célebre camino, gloria de la Federación, y vergüenza de los porteños, mandado construir por Rosas en honor del general Quiroga; sólo en él, decíamos, sonaba el ruido de las pisadas de algunos caballos. Era don Juan Manuel Rosas que marchaba a encerrarse en su acampamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de agosto de 1840: saliendo de la ciudad

oculto entre las sombras de la noche, calculando, sin embargo, el poder llegar de día a la presencia de sus soldados, a quienes por la primera vez de su vida iba a poder decirles compañeros.

Su escolta tenía orden de marchar una hora después.

Nada más lúgubre, nada más dramático, nada más indeciso y violento que el cuadro político que representaban los sucesos en ese momento, en todo el horizonte revolucionado de la República Argentina.

Era un duelo a muerte entre la libertad y el despotismo, entre la civilización y la barbarie; y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en mano prontos a atravesarse el corazón, teniendo por testigos de su terrible combate a la humanidad y la posteridad.

La mirada de todos estaba fija sobre la inmensa arena del combate. ¿En qué lugar? Sobre la república entera.

El general Paz marchaba a Corrientes, a ese Anteo de la libertad argentina, que ha estado cayendo y levantando, luchando brazo a brazo con la dictadura de Rosas, y que entonces victoreaba la libertad y recibía a la noble hechura de Belgrano.

La Madrid, ese mosquetero de Luis XIII, resucitado en la República Argentina en el siglo XIX, bajaba sobre Córdoba a extender la poderosa Liga del Norte.

Lavalle, nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el Cruzado argentino, en fin, marchaba sobre la ciudad de Buenos Aires, al frente de sus tres mil legionarios, valientes como el acero, ardientes como la libertad, entusiastas como la poesía, y nobles como la causa santa por que abandonaron la patria, dejando en ella la voluptuosidad y el lujo, para volver a ella con la privación y la roída casaca del soldado.

Ejército compuesto de la parte más culta y distinguida de la juventud argentina, comandado por lo más selecto de nuestra milicia; ejército que representa en sí solo toda la poesía dramática y melancólica de la época. Soldados imberbes que tomaban el fusil, no como una carrera, sino como un sacerdocio. Que partían a la guerra, hablando de los peligros y de la muerte, no con la poesía de la imaginación, sino con la expresión de su conciencia en estado de pureza; que hablaban del martirio como del homenaje debido a la sombra de nuestros viejos padres y a la libertad futura de la patria.

Isla de la Libertad, agosto 31 de 1839. Mi querida mamá: he derramado lágrimas al leer su carta tan llena de amor maternal. Devuelvo a usted esos tiernos sentimientos que me manifiesta, con todo mi corazón. Confío en que el cielo presidirá nuestros destinos y que yo tendré el gusto de abrazar a usted y a mis queridas hermanas en el seno de nuestra patria adorada. Diez años han durado nuestros sufrimientos, y la esperanza de terminarlos me llena de ardor y entusiasmo. Deseche toda idea triste: Dios regla el destino del hombre, Si muero, le pido su perdón, y su olvido... Eduardo Álvarez.

¡Soldados así, como ese joven de diez y nueve años, hijo de uno de nuestros viejos generales, que se despedía de su madre para ir a morir por la libertad de su patria, y que murió por ella en la jornada del Sauce Grande, después de haberse cubierto de gloria en el Yeruá y Don Cristóbal; cayendo al expirar en los brazos de su hermano, enviándole un beso a su madre y haciendo jurar a ese hermano que no dejaría la espada sino con la libertad argentina, o con su muerte!

De parte de la tiranía, Echagüe en Entre Ríos, López en Santa Fe,

Aldao en Mendoza y Rosas en Buenos Aires, formaban las cuatro columnas de resistencia al ataque de la libertad.

En el exterior, por parte de la Francia sólo había la novedad del nombramiento del vicealmirante Baudin para el comando de una expedición militar al Plata, que parecía haberse resuelto con el fin de poner término a los asuntos pendientes. Y por parte del Estado Oriental, el general Rivera, entretenido en bailar y dar convites en su cuartel general en San José del Uruguay, divertido con versos del comandante Pacheco, contribuía con brindis a la cruzada argentina; bebiendo «porque la República Argentina anonadando al tirano que la ensangrienta, siga nuestro ejemplo, y comprenda que la única base de la felicidad de los pueblos es la que se funda en leyes justas y análogas a sus necesidades»;y en la de tener gobiernos morales, previsores y activos, le faltó decir al presidente Rivera.

En cuanto al pueblo de Buenos Aires, él tenía una fisonomía especial en ese momento: la fisonomía especial de la angustia; la fisonomía de la ansiedad. Cada minuto pesaba horriblemente sobre el espíritu.

Lavalle marchaba sobre la ciudad.

Rosas delegaba el gobierno en Don Felipe Arana, y salía a esperar a Lavalle, o más bien, huía de la ciudad a su acampamento de Santos Lugares, distante dos leguas.

El batallón de Maza, el de Revelo, el Nº 1 de caballería, los dos escuadrones de abastecedores, el escuadrón escolta, y algunas divisiones que anteriormente se encontraban allí, componían, en número de 5.000 hombres, el ejército de Rosas en Santos Lugares, especie de inmenso reducto zanjeado y artillado por todas partes.

La ciudad era guardada de otro modo.

En el fuerte estaba acuartelada la mitad del cuerpo de serenos; y de noche se reunían allí la plana mayor activa y la inactiva; los jueces de paz, los alcaldes y sus tenientes, componiendo un total de 400 a 500 hombres.

En su cuartel del Retiro estaba el coronel Rolón con 250 veteranos.

El coronel Ramírez mandando 80 negros viejos e inválidos.

Y el cuarto batallón de patricios estaba mandado accidentalmente por Don Pedro Ximeno.

El coronel Vidal mandaba también alguna fuerza pequeña.

Los pocos ciudadanos que quedaban en Buenos Aires no estaban organizados, ni alistados siquiera.

El cuerpo de la Mashorca, compuesto de 80 a 100 facinerosos, se distribuía desde las oraciones en partidas de 6 y de 8 hombres, que recorrían toda la noche la ciudad; sin hacer otra cosa hasta esos días, sin embargo, que registrar escrupulosamente a los que hallaban en la calle; llevarlos a la presencia de Salomón si tenían armas, o insultarlos groseramente si no iban con gran divisa o con papeleta de Socio Popular Restaurador.

El inspector, general Pinedo, hacía los nombramientos de jefe de día; cargo que recaía siempre en alguno de los generales que sin destino permanecían en la ciudad.

Y esos jefes, acompañados de algunos ayudantes, recorrían la ciudad toda la noche, visitando los cuarteles para ver si se observaban las órdenes expedidas.

Pero época alguna de la Federación hizo más tolerantes a sus hijos, que estos días que estamos describiendo; es decir, aquellos en que el general

Lavalle marchaba, aproximándose a la ciudad.

La Mashorca no hacía uso de sus armas, como hemos dicho.

Los jefes de día, en el curso de sus paseos nocturnos, solían llamar a alguna que otra puerta anatematizada desde mucho tiempo; y preguntaban con el mayor esmero: si algo se ofrecía, si había alguna novedad; o aseguraban que no había nada que temer, etc.

El gobernador delegado mandaba indirectamente ciertos avisos a ciertas casas sobre seguridades, sobre garantías no conocidas nunca.

En los cuarteles, los acérrimos entusiastas en el tiempo de las parroquiales se demostraban mutuamente, con una lógica concluyente, lo terrible que era el no poder vivir en paz y tener que pelear con sus hermanos... ¡Ah!, Lavalle, Lavalle, por qué no mandasteis un escuadrón a gritar: ¡Viva la patria! en la plaza de la Victoria.

Pero sigamos.

De otro lado, las familias de los enemigos del tirano, es decir, las cuatro quintas partes de la sociedad culta y moral, esperaban y temblaban, querían reír, y sentían el corazón oprimido; Lavalle se acercaba, pero cada una de ellas tenía un hijo, un hermano, un esposo en las filas de los libertadores, y una bala enemiga podía abrirse paso por su pecho; Lavalle se acercaba, pero el puñal de la Mashorca estaba más cerca de ellas que la espada de sus amigos.

Encerradas en sus aposentos, las jóvenes tejían coronas, bordaban cintas, buscaban en el fondo de sus gavetas algún traje celeste, escondido por muchos años, para recibir a los libertadores; y las madres querían esconder dentro de sí mismas a los hijos que les quedaban aún en Buenos Aires, para que no fuesen arrebatados de las calles por las levas de la

Mashorca.

Cada familia, cada individuo, era en fin la imagen viva y palpitante de la ansiedad, de la más penosa y terrible incertidumbre.

Tal era el inmenso cuadro que apenas bosquejamos, al fin de la primera mitad de agosto; tiempo también en que vamos a encontrarnos de nuevo con los personajes de esta historia.

El corazón de los patriotas latía de temor y de esperanza. El de los héroes de las parroquiales de miedo y de miedo.

Pero antes de cerrar este capítulo, vamos a explicar esa voz parroquial, con que en este libro se ha determinado a menudo una época a que no se ha dado todavía un nombre especial.

III

Al anochecer del 27 de junio de 1839 fue asesinado en las antesalas de la Cámara de Representantes el presidente de ella, Don Manuel Vicente Maza.

Dejemos la palabra a los documentos, porque ellos de suyo han de reflejar sobre la conciencia del lector todo lo que hay de horrible y de repugnante en los hechos que fijamos como antecedentes de esa bacanal pública, que se llamó fiestas de las parroquias.

En Buenos Aires, a 27 de junio de 1839, a las seis y media de la noche, se presentó en la casa habitación del señor vicepresidente 1º de la Honorable Sala, ciudadano general Don Agustín Pinedo, el ordenanza de dicha sala Anastasio Ramírez, y anunció al referido vicepresidente que acababa de ser violentamente muerto el señor presidente de la Honorable Sala, doctor Don Manuel Vicente Maza, cuyo cadáver había encontrado el exponente en la sala de la presidencia.

La comisión permanente se reunió. Se hizo el reconocimiento facultativo del cadáver; y encontraron en él dos heridas hechas con cuchillo o daga.

La Sala se reunió al día siguiente; ¿se reunió para deliberar sobre el hecho inaudito que acababa de cometerse en su recinto? No: se reunió para oír un discurso del diputado Garrigós. He aquí un pequeño fragmento de ese discurso: ...Se ha querido contrastar la acrisolada fidelidad de nuestra tropa. Pero por todas partes, señores, ha encontrado el vicio la resistencia que le ofrece la virtud. Estos leales federales, que detestan al bando unitario, y mucho más aún a los traidores que desertan de la causa de la Confederación Argentina, volaron presurosos a participar al gobierno aquel inicuo atentado, exhibiendo al mismo tiempo comprobantes inequívocos de la certeza de su aserto. Pues bien, señores, el autor principal del crimen tan execrable era el hijo de nuestro presidente; y sin duda alguna, datos muy exactos y antecedentes muy fundados comprobaban la connivencia del padre en el complot del hijo: estos graves cargos, que gravitaban contra el ex presidente, desparramados en la población, cundieron con una rapidez eléctrica: los ciudadanos de todas clases miraron con horror tan inaudito crimen y se apresuraron entonces a dirigirse a esta Honorable Legislatura ejerciendo el derecho de petición. Al efecto prepararon una solicitud con el objeto de que se separase del elevado puesto de presidente de la representación de la provincia, y aun del seno de la Legislatura, a un ciudadano, contra quien pesaban graves cargos y contra quien la opinión pública se había ya manifestado del modo más severo: y que por consiguiente debía quedar fuera del amparo de esta posición para que el fallo de la ley se pronunciase contra su conducta. Aún no fue esto

todo, señores; pendiente este paso, la animadversión pública se explicó más palpablemente. La casa del presidente fue agredida la noche del jueves de un modo que se conoció que el pueblo estaba en oposición a la permanencia del presidente en su puesto, que aún esa mañana ocupó. Tales antecedentes decidieron al presidente a hacer su renuncia, no tan sólo del cargo que ocupaba en este recinto, sino también de la presidencia del tribunal de justicia. Recién entonces se apercibió que debía alejarse de esta tierra, y no poner a prueba tan difícil la irritación del pueblo, y la justificación del jefe ilustre del Estado, que fluctuaría entre el severo deber de la justicia, y el cruel recuerdo de una antigua amistad ...En tal estado, señores, ¿qué cosa resta a la honorable sala, que dar cuenta de este trágico suceso al P. E. acompañándole todos los antecedentes de la materia, para que en su vista dicte las medidas que su sabiduría le aconseje?

Al día siguiente, es decir, el día 28, en que tuvo lugar la sesión, el hijo del presidente de la Sala, teniente coronel Don Ramón Maza, fue fusilado en la cárcel.

El cadáver del anciano estaba en la puerta, en un carro de la basura; y allí se le reunió el cadáver de su hijo, y juntos fueron echados a la zanja del cementerio.

Tras este horrendo asesinato del presidente de la legislatura y del tribunal de justicia, ¿qué aconteció en el pueblo de Buenos Aires? Aconteció que una voz unánime se levantó en derredor a Rosas, de todas las corporaciones y empleados públicos, dando el parabién al asesino. «En virtud del descubrimiento del feroz, inicuo y salvaje plan de asesinato premeditado por los parricidas, reos de lesa América, traidores Manuel Vicente y su hijo espúreo Ramón Maza, vendidos al inmundo oro

francés», decía uno. Otro le hacía coro, repitiendo: «Esté bien convencido Vuecelencia, que el Dios de los ejércitos protege la causa de la justicia, poniendo en descubierto los planes infernales de los traidores sobornados por un vil interés, como sucede con el traidor sucio, inmundo y feroz Manuel Vicente Maza y su hijo bastardo.»

Las felicitaciones, vaciadas todas en el molde de las anteriores, se desgranaban de la inmensa mazorca de la Federación, y centenares de páginas no podían abrazar en sus millones de tipos todo el palabreo inmundo de esa época, y fue preciso abrir válvulas en cada parroquia de la ciudad, para que el entusiasmo popular no hiciese reventar el pecho de los federales; y de aquí las fiestas parroquiales, cuya bacanal debía celebrarse en los templos.

El asesino fue deificado, y el asesinato bendecido, no sólo en la ciudad, sino en la campaña.

Del día del delito, se decía en la cátedra del Espíritu Santo:

Yo no haré otra cosa en esta mi breve alocución que exhortaros con las palabras del profeta real a establecer este día hasta el cornijal del altar. Constituite diem solemnem in condensis usque ad cornu altaris. Solemne llamo este día por el feliz descubrimiento de la trama horrorosa contra la vida de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes; solemne llamo a este día, por el escarmiento público, que la divina Providencia hizo de los enemigos de nuestra libertad e independencia... La divina Providencia... ella quiso que este público a la verdad, Dios vela sobre los buenos y sobre los malos; sobre los buenos para darles a su tiempo el premio en el cielo, sobre los malos para darles a su tiempo el condigno castigo.

El juez de paz de cada parroquia citaba a los vecinos y previamente le

sacaba a cada uno lo que podía, o no podía dar, para la suscripción de la fiesta. Luego se nombraba la comisión, se señalaba el día, y se invitaba por los periódicos.

La parroquia entera se vestía de federal y..., pero que hablen los documentos.

La cuadra de la iglesia estaba toda adornada de olivo y lindas banderas, las cuales fueron tomadas por los vecinos y de golpe las rindieron al pasar el retrato, hincando la rodilla, causando un espectáculo verdaderamente imponente el repique de las campanas, cohetes de todas clases y vivas del inmenso pueblo que había allí reunido; al llegar al atrio tomaron el señor juez de paz y el señor maestre el retrato, y entraron con él a la iglesia en cuya puerta el señor cura y seis sacerdotes de sobrepelliz acompañaron el retrato hasta que se colocó en el lugar destinado, y como se retirase la comitiva por no empezarse la función de iglesia, se dejaron dos tenientes alcaldes uno a cada lado del retrato haciéndole guardia hasta que concluida la función tomó asiento el acompañamiento esperando al señor cura y demás sacerdotes que de sobrepelliz salieron a acompañar el retrato que fue sacado hasta el atrio, donde lo recibió el señor juez de 1ª instancia, Don Lucas González Peña... Gran porción de vecinos se reunió en la casa contigua a la del juez de paz, donde fue servida con abundancia carne con cuero; concluida la comida se formó del contento general la más federal y republicana danza en el patio de la casa del señor juez de paz, adoptando nuestra alegre media caña por baile, la que era tocada por la música restauradora: en esta danza aceptada únicamente por todos, no quedó nadie sin bailar, pues todos entreverados no se conoció distinción. La señorita Doña Manuelita de Rosas, digna hija de nuestro Ilustre

Restaurador, y la respetable familia de Su Excelencia dieron realce con su presencia, etc.(3)

Los documentos de la época van más adelante todavía: veneros inagotables de la más desesperante filosofía sobre la debilidad de la raza humana cuando gravita sobre ella la pesada mano del despotismo, en cada página, en cada día de esa época funesta, enseñan en progreso la degradación del pueblo sometido a Rosas. Las inspiraciones de éste eran las que daban impulso a las acciones: obraban obedeciendo; pero era tan perfectamente disfrazada la imposición, que a los diez años, el escritor se halla en conflicto para saber dónde comenzaba esa imposición, y dónde terminaba la acción espontánea, en conciencias que el miedo había pervertido.

La descripción de la fiesta de San Miguel, publicada en el número 4891 de la Gaceta, brilla todavía con mayor lujo de degradación, de prostitución, de escarnio.

Más todavía, la fiesta de la catedral que describe la Gaceta 4.866; he aquí un fragmento:

En la entrada del templo se agolpaba un numeroso gentío, y saliendo a la puerta el senado del clero fue introducido al templo el retrato de Su Excelencia por los mismos generales que lo habían recibido, etc. La función fue celebrada con majestuosa solemnidad. Nuestro venerable y digno compatriota, el ilustrísimo obispo diocesano de Buenos Aires, doctor Don Mariano Medrano, rodeado de todo el esplendor y pompa con que se ostenta el culto de la Iglesia católica en sus augustas fiestas, ofició en tan importante acción de gracias. Una magnífica orquesta acompañaba el canto de algunos profesores y aficionados. Concluida la misa se entonó el

Te Deum por el ilustrísimo prelado, que se anunció al público por repiques de campanas y una salva de artillería en los baluartes de la fortaleza. En seguida fue reconducido el retrato de Su Excelencia al carro. La caballería formó en columna, etc. Luego que el señor inspector general dispuso la retirada del retrato empezó la marcha en el mismo orden, siguiendo la columna por el expresado arco principal, y de éste por la calle de la Reconquista hasta la casa de Su Excelencia. Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron las señoras en conducir el retrato de Su Excelencia, tirando del carro que alternativamente habían tomado los generales y jefes de la comitiva al conducirlo al templo. Las señoras mostraron el más delicado y vivo entusiasmo, y vimos con inmenso placer a las distinguidas señoras Doña..., etc., etc.(4)

Como se ve, pues, estas célebres fiestas tuvieron por origen un crimen; y dignas sucesoras de esa causa, ellas en sí mismas eran un crimen, y fueron más tarde madre de mil crímenes.

En el estado normal de las sociedades, en toda reunión pública, e trata de poner en competencia la cultura o el talento, la elegancia o el lujo.

En toda reunión pública, o se trata de agradar, o se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales, todo era a la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

Cada parroquial era un inmenso certamen de barbarismo, de grosería, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

A la profanación del templo seguía la profanación del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo que llamaban el ambigú federal, cuya mesa se colocaba ora en la sacristía, a veces en algún corredor, bajo algún claustro, y alguna vez también en la

casa del juez de paz de la parroquia.

El primer asiento era reservado a Manuela, y como si esta pobre criatura fuese el conductor eléctrico que debiera llevar a su padre los pensamientos de cuantos allí había, cada uno empleaba todo el poder de la oratoria especial de la época, para mostrarse a los ojos de la hija, fuerte y potente defensor del padre.

La oratoria de la época tenía su vigor, su brillo, su sello federal en la abundancia de los adjetivos más extravagantes, más cínicos, más bárbaros.

El enemigo debía ser inmundo, sucio, asqueroso, chancho, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje. Y el héroe de la Federación, en boca de los aseados federales, para quienes el oro francés era inmundo, pero el oro argentino muy limpio y muy pulido, para dejar de robárselo a manos llenas, era ilustre, grande, héroe; como ilustres, grandes y héroes eran todos ellos en la prostitución y el vicio que allí representaban.

En pos de la borrachera federal venía la danza federal. Y la joven inocente y casta, llevada allí por el miedo o la degradación de su padre; la esposa honrada, conducida muchas veces a esas orgías pestíferas con las lágrimas en los ojos, tenían luego que rozarse, que tocarse, que abrazarse en la danza con lo más degradado y criminal de la Mashorca.

Estas escenas fueron interrumpidas momentáneamente por la Revolución del Sur, en octubre del mismo año de 1839, pero continuadas tan pronto como fue sofocado aquel heroico movimiento. Y en ellas fue donde debía engendrarse la época de sangre que debía comenzar en 1840. Porque si la cabeza de Zelarrallán, de Castelli y otros había dado ya ocupación al cuchillo, todo eso no era, sin embargo, sino los preludios de las ejecuciones en masa que debían cometerse más tarde.

El terror fue graduado, fría y sistemáticamente, por el dictador.

Las personerías.

Los azotes.

Los moños de cinta, pegados con brea en la cabeza de las señoras.

Este y el otro asesinato, de tiempo en tiempo, fueron escalones sucesivos por los que Rosas fue arrastrando el espíritu individual y el espíritu público al abismo de la desesperación y del miedo, a cuyo fondo insondable debía empujarlos con mano de demonio en la San Bartolomé de 1840.

Así la sociedad a esta época se hallaba dividida en víctimas y asesinos. Y estos últimos, que desde muy atrás traían sus títulos de tales; valientes con el puñal sobre la víctima indefensa; héroes en la ostentación de su cinismo, temblaban, sin embargo, cuando la pisada del Ejército Libertador hacía vibrar la tierra de Buenos Aires, en la última quincena de agosto de 1840, a cuyos días hemos llegado en esta historia; mientras que la parte oprimida del pueblo sufría también la incertidumbre penosa por el éxito próximo de la cruzada.

Y es para poder fijar con claridad la filosofía de esta conclusión, que la novela ha tenido que historiar brevemente los antecedentes que se han leído.

II. El gobernador delegado

El gobernador delegado

Pasado el zaguán que conducía del primero al segundo patio en la casa de Don Felipe Arana, calle de Representantes, núm. 153, se hallaba a mano izquierda una pieza cuadrada, con una gran mesa de escribir en el centro, otra más pequeña en uno de los ángulos, y un estante conteniendo muchas obras teológicas, las Partidas, un diccionario de la lengua, edición de 1764; un grabado representando a San Antonio; un botellón de agua; unas tazas de loza y un damero: nada más tenía el estante del señor Don Felipe; pues acabamos de conocer el gabinete del señor ministro, ascendido al alto rango de gobernador delegado.

En la pequeña mesa copiaba un largo oficio nuestro distinguido amigo el señor Don Cándido Rodríguez. Y delante de la gran mesa en que figuraban gallardamente muchos legajos, muchos sobres de cartas y de oficios y un gran tintero de estaño, sentados estaban Don Felipe Arana y el ministro de Su Majestad Británica, caballero Enrique Mandeville, y nuestro entrometido Daniel.

-Pero si no ha habido declaración de guerra, señor Mandeville -decía el señor Don Felipe a tiempo que nos entramos con el lector a su gabinete. Y eso decía con sus manos cruzadas sobre el estómago, como las tienen habitualmente las señoras cuando se hallan en estado de esperanzas.

-Así es, no ha habido declaración de guerra -contestó el señor Mandeville, jugando con la punta de sus rosados dedos.

-Y usted ve, señor ministro -prosiguió Don Felipe-, que según el derecho de gentes y la práctica de las naciones cultas y civilizadas, no se puede hacer la guerra, sin que a ese acto preceda una declaración solemne y motivada.

-¡Pues!

-Y como el derecho de gentes nos comprende a nosotros también, ¿digo bien, señor Bello?

-Perfectamente, señor ministro.

-Luego, si nos comprende a nosotros el derecho de gentes -prosiguió Don Felipe-, teníamos derecho a que la Francia nos declarase la guerra antes de mandar una expedición. Y puesto que no lo hace así, la Inglaterra debía estorbarle el envío de la antedicha expedición; porque conquistado el país por la Francia, la Inglaterra pierde todos sus privilegios en la Confederación. Y es por esto que concluyo, repitiendo al señor ministro, a quien tengo el honor de hablar, que la Inglaterra debe oponerse al tránsito por mar de la susodicha expedición, que debe salir de Francia, o estar ya en camino por el mar.

-Yo transmitiré a mi gobierno las poderosas observaciones del señor gobernador delegado -contestó el señor Mandeville, cuyo espíritu, no estando avasallado por Don Felipe como lo estaba por Rosas, podía medir

a su antojo la diplomacia y la elocuencia del antiguo campanillero de la Hermandad del Rosario.

-Si fuera dable que yo tomase parte en este asunto, yo diría al señor gobernador cuál es en mi opinión la política que ha creído conveniente seguir en los negocios del Plata el gabinete de San James -dijo Daniel con un tono tan humilde y tan comedido que acabó de encantar a Don Felipe, que no deseaba otra cosa sino que alguien hablase cuando él tenía que hacerlo.

-Las opiniones de un joven tan aventajado como el señor Bello deben ser oídas siempre.

-Mil gracias, señor Arana.

El señor Mandeville fijó sus ojos en la fisonomía de aquel joven cuyo nombre le era conocido; y se dispuso con toda su atención a escucharlo.

-Es muy probable que a la fecha en que estamos, el señor Palmerston esté en posesión de un documento muy grave de la actualidad: me refiero al protocolo de una conferencia tenida el 22 de junio de este año entre la Comisión Argentina y el señor Martigny. ¿El señor Mandeville sabe algo de este documento?

-Nada absolutamente -contestó el ministro inglés-, y dudo que mi gobierno lo tenga desde que no ha ido por mi conducto.

-Entonces me cabe la dicha de haber hecho las veces del señor ministro.

-¿Es posible?

-Sí, señor, el 22 de junio se firmó ese documento, y el 26 marchaba para Londres, enviado por mí al vizconde Palmerston. Tiene hoy, pues, cincuenta y dos días de viaje.

-¿Pero ese documento?... -dijo el señor Mandeville algo intrigado.

-Helo aquí, señor ministro. Leámoslo y después observemos -dijo Daniel sacando de su cartera un pliego de papel muy fino en que leyó:

Protocolo

De una conferencia entre el señor Bouchet Martigny, Cónsul General, Encargado de Negocios y Plenipotenciario de Su Majestad el Rey de los Franceses, y la Comisión Argentina, establecida en Montevideo, con el objeto de fijar algunos hechos relativos a la cuestión pendiente en el Río de la Plata. Los sucesos que han tenido lugar en el Río de la Plata, desde el 28 de marzo de 1838, en que las fuerzas navales de Su Majestad el Rey de los Franceses establecieron el bloqueo del litoral argentino, produjeron una alianza de hecho, entre los jefes de las expresadas fuerzas, y los agentes de Su Majestad por una parte, y las provincias y ciudadanos argentinos, armados contra su tirano, el actual gobernador de Buenos Aires, por la otra. Esta alianza se hizo más estrecha, y adquirió alguna más regularidad, desde que el señor general Lavalle, en julio de 1839, se puso de acuerdo con dichos jefes y agentes, para organizar en la isla de Martín García la primera fuerza argentina, destinada a obrar contra el gobernador de Buenos Aires; y desde que el gobierno de la provincia de Corrientes abrió comunicaciones con ellos en octubre del propio año. Desde entonces los señores agentes diplomáticos, y los jefes de las fuerzas navales francesas, han prestado reiterados servicios a la causa de los argentinos, donde quiera que se han armado contra su tirano, y han recibido a su vez pruebas de sinceras simpatías hacia la Francia, donde quiera que no ha dominado la influencia de aquél. Todo esto había estrechado más cada día la expresada alianza de hecho. Actualmente, los últimos periódicos de Francia, que acaban de recibirse en esta capital, han dado a conocer el discurso,

pronunciado en la Cámara de diputados el 27 de abril último, por el señor Thiers, presidente del consejo de ministros de Su Majestad; y en el cual Su Excelencia reconoció pública y solemnemente, como aliados de la Francia, a las provincias y ciudadanos de la República Argentina, armados contra el tirano de Buenos Aires; dando así una especie de sanción a la alianza, que sólo de hecho existía. Esta circunstancia ha dado lugar a que las partes interesadas en el negocio creyesen, como realmente creen, llegado el momento de fijar algunos puntos, que den a la alianza toda la regularidad posible, y establezcan al mismo tiempo sus más naturales consecuencias. Por este efecto, los abajo firmados, a saber: Por una parte, el señor Claudio Justo Enrique Bouchet Martigny, Cónsul general, encargado de negocios, y ministro plenipotenciario de Su Majestad el Rey de los Franceses. Y por otra, los señores Dr. Don Julián Segundo de Agüero, Dr. Don Juan José Cernadas, Don Gregorio Gómez, Dr. Don Ireneo Portela, Dr. Don Valentín Alsina, Dr. Don Florencio Varela, miembros que componen la Comisión Argentina, establecida en Montevideo, por especial delegación del señor general Lavalle, que como jefe de todas las fuerzas argentinas dirigidas contra el dictador Rosas, representa de hecho los intereses y negocios de la provincia de Buenos Aires, cuya representación delegó en dicha Comisión. Se han reunido, hoy día de la fecha, en la casa habitación del señor Bouchet Martigny; y después de dar a este negocio su más seria atención, han reconocido, de común acuerdo, que es de la mayor importancia que la desavenencia entre la Francia y Buenos Aires, a que han dado lugar las crueldades, y actos arbitrarios ejercidos por el actual gobernador de esta provincia, contra diversos ciudadanos franceses, y el bloqueo que ha sido su consecuencia, cesen en el instante mismo en que

haya desaparecido la autoridad del dicho gobierno y haya sido reemplazada por otra, conforme a los deseos del país, como las circunstancias dan lugar a esperarlo. Y, creyendo necesario entenderse de antemano, respecto de los medios mejores que deben emplearse para obtener ese resultado de un modo igualmente honroso para ambos países, han discutido maduramente el negocio, y han convenido, por fin, en lo siguiente: Tan luego como se haya instalado en Buenos Aires una nueva administración, en lugar del despotismo que allí domina actualmente, anunciará ella misma este suceso al señor Bouchet Martigny, instándole a trasladarse cerca de ella. El señor Bouchet Martigny se prestará inmediatamente a esta invitación, y se presentará a la nueva administración en calidad de Cónsul general, encargado de negocios y plenipotenciario de Francia. Su primer acto, en respuesta a la nota que se le haya dirigido, será el de hacer a la nueva administración una declaración al efecto siguiente: El bloqueo establecido en el litoral de Buenos Aires, y los actos hostiles que le han acompañado, jamás han sido dirigidos contra los ciudadanos de la República Argentina; lo que más de una vez han mostrado las medidas tomadas en favor de los mismos ciudadanos argentinos, por los agentes de Su Majestad, y por los comandantes de las fuerzas navales francesas en el Plata. Esos actos ningún otro objeto han tenido que el de compeler al tirano, bajo cuyo yugo gemía la república, a poner término a sus crueldades contra los ciudadanos franceses, a conceder justas indemnizaciones a aquellos que las habían ya sufrido, y a respetar la cosa juzgada. Vivamente ha sentido el gobierno del Rey verse obligado a echar mano de medidas que debían producir grandes males para el pueblo argentino; pues jamás ha creído que ese pueblo haya tenido parte alguna en semejantes excesos; o los haya aprobado. Hoy, pues,

que ha desaparecido el monstruoso poder, contra el cual se dirigían determinadamente las hostilidades de la Francia, y que el pueblo argentino ha recobrado el ejercicio de sus derechos y de su libertad, no hay ya motivo alguno para que continúe la desavenencia entre los dos países, ni el bloqueo a que había dado lugar; contando positivamente el gobierno de Su Majestad, y el infrascrito, con la disposición del pueblo argentino, y de la administración que acaba de establecerse en Buenos Aires, a hacer justicia a la nación francesa, y acceder a sus justas reclamaciones. En consecuencia, el señor Bouchet Martigny va a apresurarse a escribir al contraalmirante, comandante de las fuerzas navales francesas en el Plata, para darle noticia de los acontecimientos y para rogarle que declare levantado el bloqueo del Río de la Plata, y dé las órdenes necesarias, a fin de que las fuerzas francesas, que se hallan en la isla de Martín García, se retiren; y, al dejarla, entreguen al jefe militar, y a la guarnición que, a efecto de relevarlas, mande el gobierno de Buenos Aires, la artillería y todos los otros objetos, que existían en la isla, antes de su ocupación por los franceses. En cambio de esta nota, la nueva administración de Buenos Aires trasmitirá al señor Bouchet Martigny una declaración concebida, poco más o menos, en los términos siguientes, la cual llevará fecha seis u ocho días después: El gobierno provisorio de Buenos Aires, deseando corresponder a la generosidad de la declaración que con fecha le ha sido hecha por el señor encargado de negocios y plenipotenciario de la Francia, deseando también dar a esta nación una prueba de su amistad, y de su reconocimiento, por los eficaces servicios que en estas últimas circunstancias ha prestado a la causa argentina. Considerando igualmente la justicia con que el gobierno de Su Majestad el Rey de los Franceses ha reclamado indemnizaciones, en

favor de aquellos de sus nacionales, que hayan sido víctimas de actos crueles y arbitrarios del tirano de Buenos Aires Don Juan Manuel Rosas:

Ha decretado lo que sigue: Art. 1º. Hasta la conclusión de una conversación de amistad, comercio y navegación, entre Su Majestad el Rey de los Franceses y la provincia de Buenos Aires, los ciudadanos franceses establecidos en el territorio de la provincia serán tratados, respecto de sus personas y propiedades, como lo son los de la nación más favorecida. Art. 2º. Se reconoce el principio de las indemnizaciones, reclamadas por Su Majestad el Rey de los Franceses, en favor de aquellos de sus nacionales que hayan sufrido antes o después de establecido el bloqueo, por medidas inicuas y arbitrarias del último gobernador de Buenos Aires Don Juan Manuel Rosas, o sus delegados. Invitará este gobierno al señor Bouchet Martigny a que se entienda con él, para hacer determinar, en un plazo breve, el monto de esas indemnizaciones, por árbitros elegidos por ambas partes, en igual número; y que en caso de empate, tendrán la facultad de asociarse un tercero en discordia, nombrado por ellos a mayoría de votos. Se reconoce también el principio del crédito del señor Despuy contra el gobierno de Buenos Aires. Los mismos árbitros fijarán su monto por documentos auténticos. El señor Martigny, en respuesta a la notificación que reciba de esta resolución, dará las gracias al gobierno de Buenos Aires, por este testimonio de amistad y de justicia, y lo aceptará en nombre del gobierno de Su Majestad. Los señores miembros de la Comisión Argentina, reconocidos a los servicios que la Francia ha hecho a su república, en la lucha que sostiene contra su tirano, se comprometen del modo más formal, tanto en su nombre, como en el del general Lavalle, de quien son delegados, a emplear todos sus esfuerzos y usar de toda su

influencia, para que el nuevo gobierno de Buenos Aires, legalmente constituido, concluya sin demora, con el encargado de negocios y plenipotenciario de Francia, una convención de amistad, comercio y navegación, en los mismos términos de la que se firmó en Montevideo el 8 de abril de 1836, entre la Francia y la República Oriental del Uruguay; lo que será también una nueva prueba de la moderación e intenciones de la Francia; pues que nada más pide, ni desea de la República Argentina, sino lo mismo que propuso, en medio de la paz y la amistad, al Estado Oriental del Uruguay. Terminado así el objeto de la presente conferencia, se formó este protocolo, que quedará secreto, y que firmaron todos los miembros de ella, en dos ejemplares, en francés el uno, y el otro en castellano, en Montevideo, a 22 de junio de 1840. (Firmado) Bouchet Martigny. Julián S. De Agüero. Juan J. Cernadas. Gregorio Gómez. Valentín Alsina. Ireneo Portela. Florencio Varela.

El señor Mandeville estaba absorto.

Por la cabeza de Arana no pasó sino la idea que la dominaba siempre, y bajo su inspiración dijo:

-¿Pero qué dirá el Señor Gobernador cuando sepa que ese documento ha existido en manos de usted por tanto tiempo, sin él saberlo?

-El Señor Gobernador conoce ese documento desde el mismo día en que llegó a mis manos.

-¡Ah!

-Sí, señor Arana; lo conoce porque era de mi deber enseñárselo, primero, para probarle mi celo por nuestra causa; y segundo, para que no declinase de su heroica resistencia contra las pretensiones francesas.

-Es un prodigio este joven -dijo Don Felipe mirando a Mandeville;

mientras Don Cándido se persignaba, creyendo que Daniel había hecho pacto con el diablo, y que él se encontraba en la asociación.

-Bien, pues -continuó Daniel-, a primera vista esta alianza debería inspirar recelos al gabinete británico, sobre la influencia comercial que adquiriría la Francia en estos países, en el caso de que los unitarios triunfasen. Pero éstos hacen desaparecer esos temores con una política que no deja de ser hábil y conducente. Ellos hacen entender que las concesiones hechas a la Francia no son una especialidad, sino un programa general que establecen para lo futuro en sus relaciones políticas y comerciales para con los demás estados. Que su sistema de orden y de garantías se extenderá a todos los extranjeros que residan en la república. Anuncian la libre navegación de los ríos interiores. Proclaman la emigración europea como una necesidad de estos países; y distraen los intereses políticos, con las perspectivas comerciales que ofrecen en ellos una vez que triunfe su partido.

-¡Traición es todo eso! -exclamó Don Felipe, que no entendía una palabra de cuanto acababa de oír.

-Prosiga usted -dijo Mandeville, interesado profundamente en las palabras de Daniel.

-En presencia de tal programa -prosiguió el joven-, el ministerio inglés toma en cuenta, de una parte, los inconvenientes de una hostilidad directa a la Francia en su cuestión en el Plata; y por otra, las ventajas que puede reservarse para lo futuro, con sólo que la Inglaterra se mantenga neutral en una cuestión cuyo resultado puede ser el triunfo de un partido que establece un programa político, todo él de ventajas de comercio, al capital y a la emigración europea, y cuya amistad quizá convendrá más tarde

adquirirse a todo trance para equilibrar la influencia que la Francia haya establecido en sus relaciones anteriores.

-¡Pero es una picardía! -exclamó el señor Don Felipe-, una traición, un ataque a la independencia y soberanía nacional.

-Por supuesto que lo es -dijo Daniel-, es una completa picardía de los unitarios. Pero eso no obsta a que puedan alucinarse con ella en Inglaterra; y toda nuestra esperanza, en este caso, se funda en la habilidad de usted, señor Arana, para hacer entender al señor Mandeville todo lo que tiene de traidor a los intereses americanos y europeos el pensamiento de los unitarios.

-Ya... sí... pues... yo he de hablar con el señor Mandeville.

-Sí, hemos de hablar -contestó el ministro inglés cambiando una mirada significativa con Daniel, en quien había descubierto todo cuanto a Don Felipe le faltaba.

-¿Y me podría usted facilitar una copia de ese documento? -continuó Mandeville dirigiéndose a Daniel.

-Desgraciadamente no puedo -contestó el joven haciendo al mismo tiempo una seña de afirmativa a Mandeville, que fue comprendida en el acto.

-No puedo -prosiguió Daniel-, porque le entregué una copia de él al Señor Gobernador, que se manifestó muy disgustado de que su ministro de Relaciones Exteriores no supiese nada de este negocio.

-¡Pero si nada sabía! -exclamó Don Felipe abriendo tamaños ojos.

-De eso se trata; de que no supiera usted nada; y si usted le habla alguna vez de este asunto, conocerá cuán disgustado está Su Excelencia por aquella ignorancia.

-Oh, yo no hablo jamás al Señor Gobernador sino de los asuntos que él me promueve.

-En eso se conoce el talento de usted, señor Arana.

-Y de este asunto me guardaré bien de decirle una palabra.

-Bien hecho, ¿no le parece a usted, señor Mandeville?

-Soy de la misma opinión del señor Bello.

-¡Oh! Nosotros todos nos entendemos perfectamente -dijo Arana arrellanándose en la silla.

-¿Y podríamos entendernos sobre el asunto que me ha traído a saludar a Vuestra Excelencia? -preguntó Mandeville.

-¿Sobre la reclamación del súbdito inglés?

-Justamente.

-Sí, podríamos, pero...

-¿Pero qué, señor? Es un asunto muy fácil.

-Pero como el Señor Gobernador no está...

-Pero Vuestra Excelencia es el gobernador delegado, y en un asunto tan sencillo...

-Sí, señor, pero yo no puedo sin consultarlo...

-Pero si esto no es de política; es un asunto civil; se trata de volver a un súbdito de Su Majestad una propiedad que le ha tomado un juez de paz.

-Lo consultaré.

-¡Válgame Dios!

-Lo consultaré.

-Haga el señor Arana lo que quiera.

-Lo consultaré, en la primera oportunidad.

-Bien, señor -dijo Mandeville levantándose y tomando el sombrero.

-¿Se va usted ya?

-Sí, señor ministro.

-¿Y usted también, señor Bello?

-A pesar mío.

-¿Pero volverá usted a verme?

-A cada momento, siempre que no incomode al señor gobernador delegado.

-¡Incomodarme! Por el contrario, tengo muchas cosas que consultar con usted.

-Siempre estoy pronto y contento de ser honrado de ese modo.

-¡Vaya, pues! ¡Vayan con Dios!

Y el señor Mandeville y Daniel salieron juntos riéndose y compadeciendo ambos interiormente aquel pobre hombre titulado ministro y gobernador delegado.

-¿Quiere usted que tomemos un vaso de vino en mi casa, señor Bello? -preguntó el ministro inglés al llegar al coche.

-Con mucho gusto -contestó Daniel-, y los dos subieron al carruaje, a tiempo que doblaban la calle, en dirección a lo de Arana, Victorica por una vereda, y el cura Gaete por otra.

Llegados que fueron aquéllos a la hermosa quinta del ministro británico, la conversación giró de nuevo sobre el documento que acaban de conocer nuestros lectores.

Esa pieza histórica tiene en sí misma el sello de dos verdades innegables, que más tarde serán temas de largas meditaciones en el historiador de estos países, como le servirá también de comprobante para justificar la lealtad y la moral de los emigrados argentinos, tantas veces acusados de vender y

sacrificar los intereses y los derechos de su país, en sus relaciones con el extranjero.

Estudiando ese documento, no se puede menos que compadecer ese santo infortunio de la emigración, de cuyos tristes efectos no es el menos notable, ni el menos desgraciado, el alucinamiento a que da ocasión, aun en los espíritus más serios.

Parece increíble que hombres de la altura de Agüero y de Varela llegasen a creer que el protocolo que firmaban en 22 de junio de 1840 pudiera nunca servir a uno de los dos objetos que se proponían con ese paso, y que sin duda era el más importante para ellos.

Con una candidez pasmosa, la Comisión Argentina creyó arribar con ese convenio al logro de una obligación perfecta, de una alianza formal entre la Francia y los enemigos de Rosas.

La firma de la Comisión Argentina, los compromisos que ella hubiese contraído, podrían haber sido, sin duda, atendibles y respetados por el nuevo gobierno que sucediese al de Rosas en Buenos Aires. Pero si la Francia se negaba a respetar la alianza de hecho, sellada con las libaciones de la sangre, ¿cómo esperar que respetase un compromiso extraoficial, contraído con un agente suyo, por una entidad moral, que no representaba absolutamente nada, ni en derecho público, ni en poder, ni en consecuencias ulteriores, una vez que fuese vencido por Rosas el partido armado que esa entidad representaba? ¿Con qué carácter, dónde, ni cómo, se reclamaría de la Francia el cumplimiento de los deberes que la alianza imponía, si la Francia cortaba la cuestión, como la cortó, o daba a su política en el Plata cualquiera otro sesgo que le conviniese?

Entretanto, si el general Lavalle triunfaba de Rosas, la revolución no

podía dejar de llevarlo al puesto del gobierno, y la Comisión Argentina, por la calidad de sus miembros, debía hallarse también en las altas regiones del poder; y las promesas del 22 de junio, si bien no eran de una obligación perfecta para Buenos Aires, lo eran para aquellos que las firmaron, y que, colocados en actitud de llenarlas, no hubieran querido ni podido prescindir de cumplirlas. Viniendo a resultar que aquel convenio era todo una realidad para la Francia, y todo una ilusión para la Comisión Argentina.

Pero ésta tuvo también otro objeto en aquel paso, y si por ventura no entró en sus consejos, debemos felicitarnos, sin embargo, de que aparezca como tal.

La alianza con el extranjero era el caballo de batalla de Don Juan Manuel Rosas, y de su partido, para estigmatizar a sus contrarios; y mucho tiempo después de aquel a que está circunscrita esta obra, ha continuado siendo el tema favorito de las más punzantes recriminaciones, de las más infundadas y arbitrarias sospechas.

Pero en materias tan graves, en que la historia no está menos interesada que el honor de los individuos y los Partidos, no se discute sino sobre los hechos y los documentos.

Para acusar a Rosas y la parte activa de su partido, a cada momento les hacemos su proceso con las piezas oficiales de ellos mismos, y con la exposición de hechos que han estado bajo el imperio de los ojos o que existen daguerreotipados en la memoria de cien mil testigos.

Para acusar a la emigración argentina, de haber sacrificado uno solo de los derechos permanentes de su país, de haber pospuesto una sola de sus conveniencias presentes o futuras, en política o en comercio, en territorio u

obligaciones de cualquier género; para acusar a uno solo de los miembros espectables de esa emigración de haber recibido del extranjero un solo peso, una sola ventaja, una sola promesa a cambio de la mínima condescendencia, no han de hallar un solo documento ni un solo testigo, los más encarnizados perseguidores de esa emigración. Y si hallasen algún documento, ha de ser de la naturaleza y de los términos del que aquí se conoce.

Cuanto allí se le ofrecía a la Francia, no era una línea más que lo que ella había exigido desde el comenzamiento del bloqueo. Pero se le ofrecía mucho menos que lo que Rosas debía darle más tarde en la Convención de 29 de octubre, después de haber hecho sufrir y humillar al país, por el largo período del primer bloqueo.

III. De cómo era y no era gobernador delegado don Felipe

De cómo era y no era gobernador delegado don Felipe

Por más que apresuró sus pasos el cura Gaete para entrar a casa de Arana antes que el jefe de policía, no pudo desgraciadamente conseguirlo; y este último atravesó el patio y llegó al gabinete del gobernador delegado, mientras el cura de la Piedad, que tenía sus motivos para no querer hablar con Arana delante de Victorica, entró al salón a hacer sus cumplimientos federales a la señora Doña Pascuala Arana, señora sencilla y buena, que no entendía una palabra de las cosas públicas y que era federal porque su marido lo era.

-¿Qué novedades hay, señor Victorica? -preguntó Arana al jefe de policía después de haberse ambos cambiado los cumplimientos de estilo, y de haber hecho señas a Don Cándido para que continuase escribiendo; pues nuestro amigo había dejado pluma y silla y se deshacía en cortesías a Victorica.

-Ninguna en la ciudad, señor Don Felipe -contestó Victorica sacando y armando un cigarrillo de papel, cuidándose poco de los respetos debidos al

Excelentísimo Señor Gobernador delegado.

-Y ¿qué le parece a usted Lavalle?

-¿A mí?

-¡Pues! ¿Qué le parece a usted cómo viene para adelante?

-Lo extraño sería que fuese para atrás, señor Don Felipe.

-¿Pero que no ve ese hombre de Dios, que va a conmover todo el país?

-A eso ha venido.

-¿Pero qué mal le hemos hecho? ¿No ha vivido tranquilo en la Banda Oriental sin que jamás hayamos ido a incomodarlo? ¿Cree usted que una obra como la suya tenga perdón de Dios?

-No sé, señor Don Felipe; pero en todo caso yo preferiría que no lo tuviese de los hombres, porque Dios está muy lejos, y Lavalle está muy cerca.

-Sí, más cerca de lo que debiera estar. ¿Conoce usted el diario de las marchas que ha hecho ya?

-No, señor.

-A ver, señor Don Cándido, ¿sacó usted copia del diario de marchas?

-Ya está lista, Excelentísimo Señor Gobernador delegado -contestó el secretario privado haciendo una profunda reverencia.

-Léalo usted.

Don Cándido se echó para atrás en su silla, alzó un papel a la altura de sus ojos, y leyó:

Marcha del ejército de los traidores inmundos unitarios desde el día 11 del corriente. Día 11. Marchó todo el ejército hacia los Arrecifes, y llegamos a la estancia de Dávila a las tres y media de la tarde, donde campamos y carneó el ejército. Día 12. A las ocho y cuarto de la mañana

empezamos a marchar, y campamos a las doce y cuarto de la misma en la estancia de Sosa. A las cuatro de la tarde, hora en que se acabó de carnear y comer, marchamos hasta las ocho de la noche que campamos. Este día y los anteriores se presentaron cerca de ciento cincuenta personas de aquellos lugares para unirse voluntariamente al ejército. Día 13. A las nueve y media de la mañana marchamos y campamos en la estación de Pérez Millán, donde carneó el ejército. Este día se unió Sotelo al ejército, con ciento cuarenta vecinos de Arrecifes, que venían a servir en el mismo. Día 14. A las cinco de la tarde marchamos, y campamos a las siete y media de la noche en otra estancia de Pérez Millán.

-¿Usted ve ese hombre lo que está haciendo? -dijo Don Felipe, dirigiéndose a Victorica y cruzando sus manos sobre el estómago, como era su costumbre.

-Sí, señor, veo con placer que no marcha tan recto ni tan pronto como le convendría.

-Pero marcha, y el día menos pensado se viene hasta la ciudad.

-Y ¿qué hemos de hacer? -contestó Victorica riéndose interiormente del miedo que percibía en Don Felipe.

-¿Qué hemos de hacer? Hace tres noches que no duermo, señor Victorica, y, en los momentos que concilio el sueño, suspiro mucho, según me dice Pascualita.

-Estará usted enfermo, señor Don Felipe.

-De cuerpo no, gracias a Dios, porque yo hago una vida muy arreglada; pero estoy enfermo del ánimo.

-¡Ah, del ánimo!

-¡Pues! Estas cosas no son para mí. Es verdad que yo no he hecho mal a

nadie.

-No dicen eso los unitarios.

-Es decir, yo no he mandado fusilar a ninguno. Sé que si son justos me dejarían vivir en paz. Porque yo lo que quiero es vivir cristianamente educando a mis hijos, y acabar la obra sobre la Virgen del Rosario que comencé en 1804, y que después mis ocupaciones no me han dejado concluir. Así es, que si Lavalle es justo, no tendrá por qué ensañarse conmigo, y...

-Dispense usted, señor Don Felipe, pero me parece que está usted ofendiendo al Ilustre Restaurador y a todos los defensores de la Federación.

-¿Yo?

-Me parece que sí.

-¿Qué dice usted, señor Don Bernardo?

-Digo que es ofender al Restaurador y a los federales el suponer que el cabecilla Lavalle pueda triunfar.

-Y ¿quién dice que no puede triunfar?

-Lo dice Su Excelencia el Restaurador de las Leyes.

-¡Ah, lo dice!

-Y no me parece que debe desmentirlo el gobernador delegado.

-¡Qué desmentirlo, hombre de Dios! Al contrario, si yo sé muy bien que Lavalle va a encontrar su tumba. Era que me ponía en el caso solamente...

-¿De que triunfase?

-¿Pues?

-Ah, eso es otra cosa -dijo Victorica, que realmente se estaba

divirtiendo, aun cuando su seco y bilioso temperamento no se prestaba fácilmente a esas comedias.

-Eso es, eso es; así es como se entienden los hombres.

-Y si fuera posible que nos entendiéramos también sobre algunos asuntos de servicio, habría llenado el objeto de esta visita.

-Hable usted, señor Don Bernardo.

-El comisario de la tercera sección está gravemente enfermo, y necesito saber si puede desempeñar interinamente su cargo el comisario de la segunda.

-¿Qué más, señor Victorica?

-La Sociedad Popular despacha patrullas armadas todas las noches, sin conocimiento de la policía.

-Apunte usted todo eso, señor don Cándido.

-En el momento, Excelentísimo Señor Gobernador delegado -contestó el secretario.

-Esas patrullas no toman el santo en la policía, y todas las noches hay conflictos entre ellas y las que salen del departamento.

-Anote usted esa circunstancia, señor Don Cándido.

-Inmediatamente, señor Excelentísimo.

-Una de las patrullas de la Sociedad Popular ha arrestado anoche dos vigilantes de policía, porque no llevaban papeletas de socios restauradores.

-Que no se olvide esto, señor Don Cándido.

-De ningún modo, respetable y Excelentísimo Señor.

-Cuatro panaderos se han presentado a mi oficina, anunciando que no podrán continuar la elaboración del pan, si no se les permite reducir su peso por cuanto están pagando sueldos crecidísimos a peones extranjeros,

porque los hijos del país han sido llevados de leva.

-Que hagan el pan más grande, y multa si no trabajan.

-La señora Doña María Josefa Ezcurra solicita que se haga un nuevo registro en una casa que ya fue visitada en Barracas, y cuya dueña no está allí hace algunos días.

-¿Lo pide por orden del Señor Gobernador?

-No, señor. Por orden suya.

-Déjese, entonces, de hacer registros. ¡Qué gana de indisponerse con todo el mundo! Basta de compromisos, que demasiados tenemos, señor Don Bernardo. No siendo por orden del Señor Gobernador, no haga usted nada.

-Sin embargo, hay sospechas sobre un pariente de la dueña de esa casa.

-¿Quién es el pariente?

-Don Daniel Bello.

-¡Jesús! ¿Qué está usted diciendo?

-Yo las tengo.

-No diga usted disparates. Yo respondo por él como por la Virgen del Rosario. No sabe usted, ni Doña María Josefa, todo lo que la Federación debe a ese joven. Intriga, calumnia. Nada, nada contra Bello, si no es por orden del Señor Gobernador.

-Yo haré lo que el señor Arana me ordene, pues que no tengo órdenes especiales de Su Excelencia, pero no perderé de vista a ese mozo.

-¿Hay más?

-Nada más.

-¿Está usted despachado entonces?

-Aún no, señor Don Felipe.

-¿Y que más hay?

-Hay el que no me ha contestado usted, ni me ha autorizado para lo de las patrullas, ni para contener los avances de la Sociedad Popular que pone presos a los empleados de la policía.

-Consultaré.

-¿Pero no es usted el gobernador delegado?

-Lo soy.

-¿Y entonces?

-No importa, lo consultaré con el Señor Gobernador.

-Pero el Señor Gobernador no está hoy para ocuparse de asuntos de servicio interior.

-No importa; lo consultaré.

-¡Válgame Dios, señor Don Felipe! ¡Si usted es el gobernador delegado, y no sé que lo que pido esté fuera de sus atribuciones!

-Sí, hombre, sí, soy el gobernador delegado; pero es por forma, ¿entiende usted?

-Creo que entiendo -contestó Victorica, que bien lo sabía, pero que hubo pensado poder sacar algo que lo garantiese de la Mashorca.

-Por forma -continuó Don Felipe-, para que los unitarios no digan que marchamos sin las formas, pero nada más.

-Ya.

-Esto es para entre nosotros ¿eh?

-Sin embargo, el secreto lo saben todos.

-¿Qué secreto?

-El de la forma.

-Y...

-Y se ríen malignamente los unitarios.

-¡Traidores!

-Y dicen que usted es y no es gobernador delegado.

-¡Vendidos!

-Y dicen también que tiene usted miedo.

-¿Yo?

-Sí, eso dicen.

-¿Pero miedo de quién?

-Del Señor Gobernador, si hace usted algo que no le agrade; y de Lavalle, si hace algo del gusto del Señor Gobernador.

-Eso dicen, ¿eh?

-Eso.

-¿Y usted qué hace, señor jefe de policía?

-Sí, usted.

-Nada.

-Pues mal hecho, porque esos difamadores debían estar en la cárcel.

-¿Pero no me decía usted hace poco que hartos compromisos teníamos, para andar persiguiendo a otros?

-Sí, pero no a los que nos difaman.

-No haga usted caso.

-Créame usted que estoy deseando dejar el ministerio, señor Don Bernardo.

-Se lo creo; y pasar a vivir a su estancia, ¿no es eso?

-¡Qué estancia, hombre, si está arruinada!

-Pues no dicen eso los unitarios.

-¡Qué!, ¿hablan hasta de mi estancia?

-De las estancias.

-¡Jesús, señor! ¿Yo, estancias?

-Y que están muy pobladas; y que todo eso ha sido mal adquirido; y que todas se las han de quitar a usted, por haber sido compradas con fondos del Estado; ¡qué sé yo cuántas cosas dicen!

-Pero es preciso que vayan a la cárcel.

-¿Quiénes?

-Los que eso dicen.

-¿Pero si lo dicen en Montevideo, señor Arana?

-¡Ah, en Montevideo!

-Pues.

-¡Traidores!

-Por supuesto.

-Vea usted: hasta un crucifijo de plata que me regaló el padre guardián de San Francisco después de la entrada de los ingleses, es decir, después que se fueron, se lo he tenido que dar al almacenero Rejas, a cuenta del gasto que le hago.

-Ya.

-Esas son mis estancias, ¡traidores!

-¿De manera que no me autoriza usted para contener los avances de la Sociedad Popular?

-No tengo mi cabeza para esas cosas. Otro día, consultaré.

-Bien; yo le escribiré al Señor Gobernador -dijo Victorica levantándose, bien decidido a no escribir de eso una palabra a Rosas; quería asustar más al pobre Don Felipe, de quien acababa de vengarse a su satisfacción.

-¿Se va usted?

-Sí, señor.

-¿De modo que ya va usted autorizado?

-¡Autorizado! ¿Para qué?

-Para lo del pan.

-¡Ah, no me acordaba!

-Que lo hagan grande.

-¿Aunque pierdan los panaderos?

-Aunque pierdan.

-Muy bien.

-Y de harina de flor, como lo trabajan las monjas.

-Buenos días, señor Don Felipe.

-Diosse los dé buenos, señor Victorica. Consúlteme todo cuanto ocurra.

-¡Oh!, no dejaré de hacerlo. ¡Es usted el gobernador delegado!

-Aunque rabien los unitarios. Lo soy; sí, señor, lo soy.

-Buenos días.

Y Victorica salió echando a los diablos al gobernador delegado.

Entre las muchas preciosidades curiosas que ofrece a la crítica el sistema de Don Juan Manuel Rosas, o más bien, su época, es la laboriosa ficción de todos cuantos representaban un papel en el inmenso escenario de la política. Cada personaje era un actor teatral: rey a los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad de las cosas.

Un ministro de Estado, un jefe de oficina, un diputado, un juez, un general en jefe, todo eran, menos ministro de Estado, juez, diputado, o general; pero hacían maravillosamente su papel de tales. Es a decir: hacían su papel para los demás; pero ante los mismos no había uno que no supiese

que su corona era de cartón dorado, y su cesáreo manto, de franela.

Lujosos, porque jamás la plata les faltaba, al golpear la puerta de un magnate de Rosas, ya se tocaba en efecto a la casa de un ministro, de un general, de un alto magistrado, etc.

Se llegaba a la presencia del magnate, y ya la cara estaba diciendo a uno con quién hablaba.

Un ministro, un favorecido del héroe, debía ser por fuerza un hombre serio, grave, adusto, representante fiel de la más seria de las causas.

Como todos se vestían de diablo, el color de llamas de que estaban cubiertos dábales cierto aire más imponente, que luego sus términos llenos de mesuras y de reticencias acababan por solemnizar.

Mientras se trataba de lugares comunes, todo era flores para ellos. Por aquí o por allí, la conversación había de rodar por fuerza sobre Su Excelencia y Manuelita, con quienes indefectiblemente se había hablado el día antes, o hacía dos días cuando más.

Cada palabra de los labios federales era a los ojos del que la vertía una especie de onza de oro, con el busto del Restaurador, que debía recogérsela y metérsela en el bolsillo el que estaba escuchando sus relaciones con la sacra familia, por lo cual debía estar admirando el poder y la influencia del personaje, ministro, o juez, o diputado, etc.

Pero la mano de la providencia estaba allí cerquita, y en cuanto la conversación caía sobre algún asunto especial que debía girar entre las atribuciones oficiales del personaje, le daba entonces de chicotazos en la conciencia, haciéndole avergonzarse de sí mismo, o haciéndole comprender que era un pobre gusano que pisaba Rosas; un pobre cómico que representaba un papel, que no servía sino para hacerle comprender que

estaba vestido de jergas oropeladas.

Ninguno de ellos se atrevía a confesar su situación, a decir que de su rango no conservaban sino el título, y que toda jurisdicción, toda acción, pertenecía al autor de la comedia que representaba, pero no a la pobre compañía, contratada por veinte años, sin más regalías que su sueldo, sus vestidos de príncipes y reyes, y un beneficio de vez en cuando, con la obligación de no enojarse cuando la posteridad los apedrease.

IV. De cómo Don Felipe Arana explicaba los fenómenos del magnetismo

De cómo Don Felipe Arana explicaba los fenómenos del magnetismo

No bien atravesó el patio el señor jefe de policía, cuando el cura Gaete, que lo vio por entre los cristales de la puerta del salón, se despidió de las señoras y se fue derecho al gabinete del ministro gobernador, que por un principio de republicanismo recibía a todo el que se entraba hasta él, sin ceremonias ni edecanes.

La cabeza de Medusa, o la aparición del alma de su padre, no habrían producido en nuestro Don Cándido Rodríguez: la impresión que la cara del cura Gaete; pues su espíritu, tan abrumado de impresiones desgraciadas después de algún tiempo, sufrió una revolución tal, que estuvo el hombre por dar vuelta a la silla y ponerse de espalda al gobernador y al cura de la Piedad.

Pero entre el caos de ideas que surgió en su cabeza, de aquella malhadada aparición, adoptó por fin la de bajar la frente hasta tocar con el papel, y escribir con una rapidez asombrosa; aunque, en obsequio de la verdad, es necesario decir que no escribía, sino que rasgueaba sobre el

papel.

Don Felipe Arana era amigo de todos los hombres de iglesia; pero con el cura Gaete existía en Don Felipe otro vínculo no menos atrayente, o quizá más atrayente, que el de la amistad y todos cuantos ligan los corazones humanos, por cuanto ese vínculo era el miedo; un miedo abrumador que sentía, tanto por la lengua difamadora de Gaete, cuanto por sus íntimas relaciones con la Mashorca.

Así fue que al verlo entrar salió a su encuentro con las dos manos estiradas, cual si fuese a tropezar con él, más bien que a saludarle. Pues que por un resultado necesario del sistema de Rosas, sus mejores servidores estuvieron siempre temblando recíprocamente unos de otros; y todos juntos, del mismo hombre a quien servían y sostenían.

-¡Qué milagro, padre, qué milagro! -exclamó Don Felipe sentándose a su lado; pero desgraciadamente el cura Gaete vino a quedar frente a frente con Don Cándido.

-Vengo a dos cosas.

-Hable, padre. Sabe que yo soy uno de sus más antiguos amigos.

-Eso lo hemos de ver hoy.

-Hable, hable no más.

-La primera cosa a que vengo, es a felicitarlo.

-Gracias, muchas gracias. ¡Qué quiere usted, todos debemos prestarnos a lo que manda el Señor Gobernador!

-Cabal. Al fin, nosotros nos quedamos aquí mientras él va a darles de firme a esos traidores.

-¿Y la segunda cosa, padre?

-La segunda es una orden que quiero me dé usted para que prendan a

unos impíos unitarios que me han ofendido.

-¡Hola!

-Y a toda la Federación.

-¿Sí?

-Y hasta al mismo Restaurador.

-¿También?

-A todos.

-¡Qué insolencia!

-He estado más de diez veces a ver al Gobernador antes de irse, pero no he podido hablarle.

-¡Ha estado tan ocupado estos últimos días!

-Pero Victorica no está ocupado, y sin embargo, no ha querido prender a los que le he dicho, porque dice que no tiene órdenes.

-Pero si es caso extraordinario, debe hacerlo.

-No lo hace porque nunca ha querido hacer nada de lo que yo, o los demás socios, le decimos.

-Sus deberes quizá...

-No, señor, ¡qué deberes, ni qué deberes! No lo hace porque no es tan federal como nosotros.

-Vaya hombre, vaya, calma.

-No quiero calma, no, señor. Y si usted no me da la orden, yo no respondo de lo que puede suceder.

-¿Pero qué es lo que hay? -preguntó Don Felipe, que maldecía el momento en que le había entrado tal visita.

-¿Qué es lo que hay?

-Sí, vamos a ver, que si es cosa que merece la pena...

-Y verá usted si merece. Oigame usted, señor Don Felipe.

-Diga usted, pero con calma.

-Oiga usted: tengo por el barrio de la Residencia unas antiguas amigas mías que me cuidan la ropa. Fui una noche a verlas, hará como dos meses; levanté el picaporte, entré y volví a cerrar la puerta. El zaguán estaba oscuro, y...

Y el cura Gaete se levantó, entrecerró la puerta del gabinete que daba al zaguán, y dirigiéndose a Don Cándido le dijo:

-Venga, paisano; póngase aquí -señalando un lugar cerca de la puerta.

Don Cándido temblaba de pies a cabeza, la palabra se le había atragantado, y perdida la elasticidad de los músculos de su cuello, no volvía la cabeza a ningún lado.

-¡Eh! Con usted hablo -continuó Gaete, venga, hágame el favor de pararse aquí, que no es un perro el que se lo pide.

-Vaya usted, Don Cándido, vaya usted -dijo Arana.

Don Cándido se levanto y marchó, duro y derecho, hasta el lugar que indicaba Gaete, ni más ni menos que como el Convidado de Piedra.

-Bueno, ahí -dijo Gaete. Yo entré, pues, al zaguán que estaba oscuro, y ¡tras!, tropecé con un hombre.

Y Gaete caminó hacia Don Cándido y se dio contra él.

-En el momento saqué mi puñal; este puñal federal, señor Arana -dijo Gaete sacando un gran cuchillo de su cintura-, que me ha dado la patria como a todos sus hijos para defender su santa causa. ¿Quién está ahí?, pregunté, y yo le puse la punta del puñal sobre el pecho.

Y Gaete la puso en efecto sobre el pecho de Don Cándido.

-Me respondió que era un amigo; pero yo, que no entiendo de amigos

en zaguanes a oscuras, me le fui encima y lo cacé del pescuezo.

Y Gaete se prendió de la corbata de Don Cándido con su mano izquierda.

Don Cándido fue a hablar, pero se contuvo; pues todo lo que más le importaba era no hablar; y tuvo que resignarse a sufrir en silencio la pantomima de Gaete, jurando en su interior que ese sería el último día de su residencia en Buenos Aires, si tenía la dicha de que no fuese el último de su existencia en el mundo.

Gaete continuó:

-Pero a tiempo que le iba a encajar, se me cayó el cuchillo. Fui a alzarlo, y a tiempo que me agachaba, otro hombre se echa sobre mí y me pone una pistola en la sien; y allí desarmado yo, y con la muerte en la cabeza, se pone a insultarme, y a insultar al Restaurador y a la Federación. Y después de decir cuanto se le vino a la boca, me metieron a la sala entre los dos hombres, me encerraron, porque casualmente las mujeres habían salido, y después se mandaron mudar.

-¡Oh, es una insolencia inaudita! -exclamó Don Felipe.

-¿No se lo decía, pues?

-¿Y quiénes eran?

-Ahí está la cosa. No pude saber nada, porque se habían entrado con llave falsa a esperarme, cuando vieron que las señoras habían salido, pero después he dado con uno; lo he conocido por la voz.

-¿Ha oído usted una cosa más original, señor Don Cándido?

Don Cándido hizo una mueca como diciendo: ¡Asombrosa!

-¿Pero qué tiene usted, hombre? Está usted como un muerto.

Don Cándido llevó la mano a la cabeza y se golpeó la frente.

-¿Ah, le duele a usted la cabeza?

Don Cándido contestó afirmativamente.

-Bien, apunte usted la queja del señor cura Gaete, retírese entonces.

Don Cándido volvió a la mesa y se puso a escribir.

Gaete prosiguió:

-Este suceso casi me costó la vida, porque me levantaba de dormir la siesta después de haber estado de comida con cuatro amigos, y esa noche casi tuve una apoplejía.

-¡Oh, si ha sido una cosa terrible!

-Pero ya he conocido a uno como he dicho a usted, y si nadie me hace justicia, aquí está quien me la ha de hacer -dijo Gaete señalando el lugar de la cintura en que acababa de guardar su cuchillo, bajo un enorme chaleco colorado.

-¿Y quién es?

-No, señor. Déseme la orden de prisión con el nombre en blanco, que yo lo pondré.

-¡Pero hombre!

-Eso es lo que yo quiero.

-¿Acabó usted, señor Don Cándido? -dijo Don Felipe, que no sabía por dónde salir de aquel laberinto.

Don Cándido contestó afirmativamente.

-A ver, léaselo usted al señor cura Gaete.

Don Cándido hesitaba.

-Lea usted, hombre de Dios, lea usted lo que ha escrito.

Don Cándido elevó su pensamiento a Dios, tomó el papel y leyó:

-«Queja elevada al Excelentísimo Señor Gobernador delegado por el

muy digno y respetable, esclarecido patriota federal, Reverendo...»

-¡Che! -exclamó Gaete, abriendo tamaños ojos y extendiendo el brazo hacia Don Cándido.

-¿Qué hay? -preguntó Arana.

-Este es el otro.

-¿Quién?

-Éste, éste. Este es el otro del zaguán.

-¿Está usted en su juicio? -exclamó Arana.

-Ya están los dos -dijo Gaete frotándose las manos.

-¡Pero hombre!

-Sí, señor Don Felipe. Éste, éste es el otro.

-¿Yo? ¿Yo querer asesinar al muy digno y respetable cura de la Piedad? -exclamó Don Cándido revistiéndose de una entereza que él habría llamado asombrosa, descomunal, inaudita.

-¡Toma! Hable otro poquito.

-Está usted en error, mi apreciable y estimado señor. El acaloramiento, la irritación...

-¿Cómo se llama usted?

-Cándido Rodríguez para servir a usted y a. toda su respetable familia.

-¿Familia? ¡El mismo! Ya están los dos.

-Señor cura Gaete, siéntese usted -dijo Don Felipe-. Aquí debe haber alguna cosa extraordinaria.

-Claro está, Excelentísimo Señor -dijo Don Cándido, cobrando ánimo-, yo estoy por creer que este respetable cura ha tenido algún sueño sugerido por el enemigo malo.

-¡Yo le he de dar sueño!

-Despacio, señor Gaete. Este señor es un hombre anciano, de cuya probidad y juicio tengo repetidísimas pruebas.

-Sí, está bueno.

-Oiga usted: la palabra sueño que acaba de pronunciar mi secretario me inspira una luminosa idea.

-No entiendo de ideas, señor Don Felipe. Este es uno y el otro es quien yo sé.

-Oiga usted, hombre, oiga usted.

-Vamos a ver, oigo.

-¿Usted comió con unos amigos ese día?

-Sí, señor, comí.

-¿Durmió usted la siesta?

-Dormí la siesta.

-Entonces no sería nada de extraño que todo cuanto usted refiere haya sido una escena de sonambulismo.

-¿Y qué diablos es eso?

-Yo se lo explicaré a usted: el sonambulismo es una cosa descubierta modernamente, no recuerdo por quién. Pero se ha probado que hay muchas personas que conversan dormidas, que se levantan, se visten; montan a caballo, pasean, y todo esto dormidas; que sostienen conversaciones, que ven y hablan con personas que no están delante, y hasta hay algunos que se han batido y dado contra las paredes, creyendo que brigaban con sus enemigos; y a todo esto se le da el nombre de sonambulismo, o magnetismo.

-Dice muy bien el Excelentísimo Señor Gobernador. Y es en Alemania donde se trabaja con más perseverancia por descubrir esos fenómenos

íntimos, secretos, misteriosos del espíritu humano. Y es en las dignas personas como la del respetable señor cura Gaete, de temperamento nervioso, ardiente, impresionable, en quienes se obran con más frecuencia esos portentosos prodigios de la Naturaleza. De lo cual la ilustración del Excelentísimo Señor Gobernador deduce con mucha propiedad, que el estimable señor cura Gaete ha pasado por algún momento de sonambulismo.

-¿Usted se quiere jugar conmigo?

-¿Yo, mi respetable señor?

-Señor Don Felipe, ¿usted no es el gobernador delegado?

-Sí, hombre, sí, pero para este caso...

-Para este caso usted me hará justicia, y si no hace prender a ese hombre y a quien yo sé, yo me voy mañana a Santos Lugares a poner la queja al Restaurador.

-Haga usted lo que quiera, pero yo no puedo hacer prender a nadie sin orden de su Excelencia.

-¿Ni a este hombre tampoco?

-Menos. Déme usted pruebas, señor Gaete, pruebas.

-Pero si es el mismo.

-¿Lo vio usted?

-No, pero lo oí.

-Sueño, sonambulismo, mi querido señor -dijo Don Cándido.

-Yo lo he de hacer dormir a usted, pero por toda la vida.

-¡Pero, señor Gaete, un sacerdote! -dijo Arana-, ¡un hombre de las condiciones de usted, hacer así acusaciones sin pruebas; querer así distraer la atención del gobierno en momentos en que todos estamos ocupadísimos

con la invasión del cabecilla Lavalle!

-¿Sí? Pues yo también estoy ocupadísimo con la invasión que me hizo este hombre y su compañero.

-No ha sido este hombre, no puede ser, no fue.

-Él fue, señor ministro Arana.

-No fui yo, señor cura de la Piedad -dijo Don Cándido alzando la voz por primera vez, al verse bajo la poderosa protección del gobernador delegado.

-Usted fue, en su cara se lo digo.

-No.

-Usted.

-Repito que no; y protesto una y tres veces contra la ofensa que me hace el poder eclesiástico, gratuita, humillante y calumniosa.

-Despacio, paz, paz -dijo Don Felipe.

-En la calle le he de decir yo que me alce la voz -continuó Gaete, echando una mirada aterradora a Don Cándido.

-No acepto ese desafío, pero nos mediremos cuerpo a cuerpo en el campo de los tribunales.

-¡Paz, por amor de Dios, Paz! -exclamaba Don Felipe.

-Señor ministro, yo me voy, y he de ver al Señor Gobernador.

-Haga usted lo que quiera.

-Hasta más ver, señor mío -dijo Gaete mirando a Don Cándido y dando la mano a Don Felipe.

-Vaya usted, hombre sonámbulo.

-Sondiablo lo he de hacer yo a usted.

-Vaya usted, visionario.

-A que...

-Vamos, retírese, padre, retírese.

Y empujando suavemente a Gaete lo sacó Don Felipe fuera del gabinete, mientras Don Cándido no cabía dentro de su levitón blanco, después del heroísmo con que acababa de portarse.

-Ese hombre es un energúmeno, Excelentísimo Señor -dijo Don Cándido al ver entrar a Don Felipe-. Doy a Vuecelencia las más rendidas gracias, Excelentísimo Señor, por la noble y justísima defensa con que ha honrado la causa del más leal y sumiso de sus servidores.

-¡Qué! ¿Sabe lo que hay en plata, Don Cándido?

-El talento innato, profundo y cultivado de Vuecelencia me ilustrará.

-Lo que hay en plata es, que este cura Gaete, que no es tan metódico como debiera serlo, tomó demasiado vino con los amigos a que se ha referido, y después tuvo alguna pelotera por ahí; no se acuerda con quién se peleó, y se le ha puesto que es usted.

-¡Oh, cómo admiro y venero el talento de Vuecelencia, que encuentra siempre y con tanta facilidad las causas ocultas de los fenómenos visibles!

-El hábito, mi amigo, el hábito de tratar con tanta gente.

-No; el talento, el genio.

-Algo puede haber de eso, pero no tanto como me atribuyen -dijo Don Felipe bajando humildemente los ojos.

-¡Justicia al mérito!

Además, estamos en una época de tolerancia y de olvido con los errores pasados, y yo quiero que mi gobierno delegado sea inspirado por una política de fina benevolencia para con todos. Mañana pueden quizá cambiar los acontecimientos, y yo quiero que se recuerde con placer el

programa de mi pasajero gobierno.

-¡Sublime programa!

-Cristiano, que es lo que yo quiero que sea. Pero ahora es preciso que se vaya usted a ver las monjitas y haga lo que le encargué.

-¿Ahora mismo?

-Sí, no se debe perder tiempo.

-¿Y no cree Vuecelencia que este cura desnaturalizado me está esperando en la bocacalle?

-No lo creo porque sería un grande desacato. Pero en todo caso tome usted sus precauciones.

-¡Oh, las tomaré! Mis ojos se multiplicarán, no tenga cuidado Vuecelencia.

-No quiero que haya sangre.

-¡Sangre! Yo le juro a Vuecelencia que haré todo cuanto de mí dependa para que no corra una gota.

-Bien, eso es lo que yo quiero. Váyase usted a ver las monjas, y vuelva a la noche.

-¿A la noche?

-Sí.

-Es la hora del crimen, Excelentísimo Señor.

-No, no ha de haber nada, vaya no más, que me voy a recostar un rato, antes que Pascualita haga poner la comida.

V. Así fue

Así fue

En el cataclismo a que habían caído, arrojados por la mano de Rosas, todos los principios de la constitución moral, social y política del cuerpo argentino, la religión no podía librarse del sacudimiento universal, porque sus representantes en la tierra son hechos, por desgracia, de la misma cera modificativa que los profanos.

Exhaustas las fuentes purísimas del cristianismo, la justicia, la paz, la fraternidad, la tolerancia, la religión divina no encontró en Buenos Aires otros hijos dignos de su severo apostolado, que los padres de la Compañía de Jesús.

Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazón de una plebe ignorante, al soplo instigador del tirano; subvertida la moral; perdido el equilibrio de las clases; rotos los diques, en fin, al desborde de los malos instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abría los ojos del cuerpo a la superstición por el fraile, y cerraba los del alma a la adoración ingenua de la divinidad, y a la comprensión de la más ilustrada de las religiones, la Federación vio sin

dolor la profanación de los templos, la prostitución del clero, y el insulto cometido a los altares y a la cátedra de la predicación evangélica, sin sentir en su conciencia el torcedor secreto de su crimen.

Rosas quiso despojar a la conciencia de los hombres que lo sostenían en el mando, de toda creencia que no fuese la de su poder; de otro temor que a su persona; de esperanza alguna que no fuese la que su labio prometía; de otro consuelo que el que ofrece al crimen la repetición del crimen. Y para eso era preciso insultar a Dios, la religión, y la práctica de ella, a los ojos de esa multitud fanática y apasionada, cuyos sentimientos rudos explotaba.

Sacerdotes indignos de su misión evangélica se prestaron al plan rebelde del apóstata, y comenzaron en las famosas parroquiales sus primeros insultos a Dios, a Cristo, y a su sacra casa.

Cuando el emperador Teodosio, bañado en la sangre de la degollación de Tesalónica, quiso entrar al templo, San Ambrosio salió a la puerta, y extendiendo su mano le dijo: «Aquí no entra el delito, id a lavaros, y volved limpio.»

Pero en Buenos Aires no hubo quien velase la santidad del templo.

En los brazos de los federales, de los federales dignificados con la casaca de nuestros generales, o con el bastón de nuestros magistrados, pero plebeyos y corrompidos de corazón, el retrato del dictador fue conducido hasta los templos, y recibido en la puerta de ellos por los sacerdotes en sobrepelliz; paseado por entre las naves bajo el santo palio, y colocado en el altar al lado del Dios crucificado por los hombres...

En la tribuna del Espíritu Santo se alzaba al mismo tiempo la voz del misionero apóstata de la santa ley del evangelio, y buscando la inspiración

de su palabra, no en el sagrado tabernáculo donde se encierra la primera ofrenda, que hace al alma el legado sublime del catolicismo, sino en la imagen ensangrentada del renegado de su Dios y de sus doctrinas en la tierra, trasmitía al pueblo ignorante y ciego que cuajaba el templo, no esa predicación de amor y de paz, de abnegación y de virtud, de sacrificio y de hermandad que le dictó el hombre-Dios desde el Calvario, sino el odio de Caín, y la mofa sangrienta del que presentaba el vinagre y la hiel al que pedía desde la cruz una gota de agua para sus labios abrasados...

Sobre las losas de esos templos, en sus atrios, los mashorqueros, inflamados por la palabra de sus predicadores, agitaban su cuchillo y juraban mellarlo sobre la garganta de los unitarios.

El confesionario estaba convertido en otro púlpito de propaganda federal, donde se extraviaba la conciencia del penitente, pintándole a Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra, y mostrando a los unitarios como los condenados por Dios a la persecución de los cristianos...

Y este escándalo, llevado al grado de propaganda diaria, caminaba, como una epidemia, por el aire, e iba a infestar y corromper el clero y las nociones de la moral y de lo santo, hasta en los últimos confines de la República.

Uno de los bizarros cuerpos de la cruzada libertadora es deshecho y acuchillado por las fuerzas federales. A su espalda tiene la muerte en el cuchillo de Rosas. A su frente tiene la muerte entre las nieves de los Andes.

Esta invasión a la Naturaleza, en la estación de sus enojos, cuando el hombre no tiene entre los hielos más amparo que Dios, que parece a veces castigarle por su insensata vanidad, que arrastra al pie mortal donde parece que solo el rayo del sol y las alas del aire pueden llegar, ofrecía un

espectáculo pasmoso.

Nuestros valientes, sin embargo, atropellan las nieves.

Infinitos de ellos perecen en su lucha terrible con la Naturaleza. Quedan sepultados para siempre bajo enormes hielos que se desploman sobre sus cabezas. ¡Y cuando el aire, la luz, el hielo y la gigante mole guardaban quizá el silencio de la admiración, en presencia de esa magnífica osadía, de ese terrible infortunio, al pie de los Andes, las provincias de Cuyo rugían, haciendo eco a la voz del obispo, José Manuel Eufrasio, que levantaba su báculo, incitando a los pueblos a la persecución de aquellos desgraciados, predicando su muerte y su exterminio en la persecución!

Y Rosas, contento el bárbaro de ver a su sistema dando los resultados calculados, escribía al obispo de Cuyo:

Descargando Vuestra Señoría Ilustrísima un anatema justo contra los salvajes unitarios, impíos enemigos de Dios y de los hombres, ofrece un lucido ejemplo eminente. Resalta la verdadera caridad cristiana, que enérgica y sublime por el bien de los pueblos, desea el exterminio de un bando sacrílego, feroz, bárbaro... Altamente complacido el infrascrito por los espléndidos triunfos con que la divina providencia se ha dignado enlucir las armas de nuestra libertad y honor, quedando exterminados los feroces salvajes unitarios, siente una satisfacción pura en retornar a Vuestra Señoría Ilustrísima sus benévolas congratulaciones. Juan Manuel de Rosas(5) .

Así: el clero se prostituía.

El sentimiento religioso se pervertía en la sociedad.

La niñez abría los ojos ante un culto de sangre.

Y Rosas, hijo de la Federación, y jefe de ella, sostenía este escándalo, y

se sostenía con él, al mismo tiempo.

Sí. ¡En este nombre de la Federación está sellada la tradición de toda cuanta desgracia puede azotar el nombre y el destino de todo un pueblo!

No hay jerarquía de delitos, no hay género de criminales que no haya surgido de los centros que aceptaron por nombre esa palabra Federación.

Quiroga, ese bandido que algún día se creerá una creación de la fábula de nuestras tradiciones; Quiroga, que prendía fuego a la ciudad de su nacimiento; que pasaba como un cometa de sangre y crímenes sobre la frente de los pueblos; que desde la profanación de la virgen, hasta el degüello del anciano y el niño, muestra en su vida una gradería indefinible de delitos; que para escarnio de Dios, cansado ya de escarnecer los hombres, inscribía sobre un pendón negro: ¡Religión o muerte!; Quiroga, decíamos, se llamaba federal; y a nombre de la Federación dejó a la posterioridad una historia inaudita de delitos.

López, cuya vida era el robo y la falsía del salvaje.

Ibarra, que entregaba a sus amigos arrancándolos del techo de su casa que los cubría, para pasarlos a manos del verdugo que se los pedía.

Aldao, el fraile Aldao, que tenía celos de la vida criminal de Quiroga, y en una ambición febriciente de delitos se empeñaba en sobrepasarle y eclipsarle el nombre.

Rosas, que reasumió todas las inspiraciones de esos otros, y sistematizó con ellas su gobierno basado en el crimen, nutrido por él, dirigido a él: todos tomaron su bautismo público en esa charca de sangre que se ha llamado Federación en la república.

La historia argentina no enseñará esa palabra sino como la representación de algún delincuente, como el signo convencional de

alguna rebelión, de algún partido, de algún golpe preparado al progreso y a la libertad del país.

La Federación, como sistema, jamás ha sido practicada en la república, ni los pueblos la exigieron nunca. Una sola vez fueron consultados, y fue cuando aceptaron la constitución unitaria...

«Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente a nuestros pueblos», decían los federales en tiempo del debate constitucional; «y no pueden mandarlos, porque los pueblos no entenderían su civilización».

Pero los federales al mismo tiempo pedían que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos...

¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustración ajena, pudiera a la vez ser bastante civilizado para darse lo más difícil de la existencia pública: su legislación, y sus principios de gobierno!

La Federación no ha sido jamás en la república, sino el vicio orgánico que quisieron introducir en ella los caudillos, alzados a la sombra de la ignorancia general... Y ahí está la tradición entera de ese pueblo. Desde 1811, las guerras civiles, el crimen oficial, el atraso, la estagnación de los elementos de progreso que tenía el país, su ruina en una palabra, todo es debido a los que han levantado la bandera de federación. Y cuanta tradición honrosa tiene la república, en armas, en constitucionalismo, en moral, en ciencia, en literatura, está inherente a los nombres de los que han constituido el martirologio argentino bajo el puñal de los federales.

Cuanto más se aleja la historia de la vida desenfrenada de los caudillos de la Federación; cuanto más se acerca a nuestro primer día político, el pensamiento unitario refleja más sobre la frente de nuestros primeros patriotas.

Moreno era unitario; quería un centro de poder genérico en la república.

Belgrano era más que unitario: era monarquista. Recibió la República como un hecho que se establecía al empuje de los acontecimientos; la sostuvo con su espada; la propagó en el continente; pero en sus convicciones de hombre, la monarquía constitucional irritaba los deseos más vivos de su corazón. La monarquía, único gobierno para que nos dejó preparados la metrópoli. La constitución, última expresión de la revolución americana.

Muchos otros la querían también.

Ellos sabían que no era la emancipación del principio monárquico lo que requerían las necesidades sociales de los pueblos de América. Estos necesitaban, para cumplir la grandeza de su destino en el mundo, quebrar los lazos seculares que los ataban a una monarquía extranjera y atrasada. Pero esas necesidades no pedían el divorcio del principio monárquico y los pueblos.

La raza, la educación, los hábitos, los intentos y el estado social, todo clamaba por la conservación de aquel principio. La geografía, el suelo mismo, coordinaban sus voces con los pueblos.

Pero la revolución degeneró, se extravió, y al derrocar al trono ibérico, dio un hachazo también sobre la raíz monárquica, y, de la superficie de la tierra, se alzó, sin raíces, pero fascinadora y seductiva, esa bella imagen de la poesía política, que se llama república.

Todavía un medio quedaba de reconquistar algo de la gran pérdida de aquel principio, y ese medio era la unidad de régimen en la República.

La unidad, sin embargo, fue hecha pedazos por los Atilas argentinos,

que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron a romper con el casco de sus potros las tablas de ese occidente americano, en que empezaban a inscribirse las primeras palabras de nuestra revolución social.

Tomaron el nombre de los pueblos. Entendieron que Federación era hacer cada uno lo que le diera la gana; y cada uno hizo lo que Artigas, López, Bustos, Ibarra, Aldao, Quiroga y Rosas.

Y entre todo lo que hicieron, pocos de ellos dejaron de convertir la religión en instrumento de su ambición personal.

Rosas fue el último de todos que se valió de ella, pero el primero, sin disputa, en la grandeza de su crimen.

Los jesuitas fueron los únicos sacerdotes que osaron oponer la entereza del justo, la fortaleza del que cumple en la tierra una misión de sacrificio y de virtud, a la profanación que hizo al altar la enceguecida pretensión del tirano.

El templo de San Ignacio, fundado por ellos durante la dominación española, y de donde fueron expulsados después, fue velado por ellos en 1839, y cerradas sus puertas a la profana imagen con que se intentaba escarnecer el altar. Ellos le pagaron más tarde al dictador esta resistencia digna de los propagadores mártires del cristianismo en la América, pero ellos recibieron el premio en su conciencia; y más tarde lo recibirán en el cielo.

¿Qué tenía que ver el templo y los sacerdotes de Cristo con los triunfos políticos de Rosas, ni con la imagen de un profano la casa de las imágenes celestes? «Determinado está por Jesucristo el fin de la misión eclesiástica, y trazado el círculo de sus funciones. Encargada de apacentar y conducir el rebaño que está de camino para la vida eterna, conductora de peregrinos, y

ella misma peregrina, no puede cuidarse más, ni necesita más, que el permiso del tránsito para viajar por tierra extraña.»

Pero fuera de los padres de la Compañía de Jesús, la religión se vio escarnecida por sus mismos intérpretes en la tierra.

Las comunidades de Santo Domingo, San Francisco, y monjas Catalinas y Capuchinas hicieron exposiciones políticas completamente opuestas al espíritu de caridad, al sentimiento de paz y fraternidad, que debe abrasar a los que se cubren con un sayal para vivir lejos de las pasiones del mundo.

La victoria del Sauce Grande fue victoreada por esos frailes y esas monjas; y era la sangre de hermanos, la sangre de Abel la que había corrido en esa lucha...

Jesucristo no se entrometió jamás en los negocios políticos de la Judea; y ninguna tradición revela que los apóstoles felicitasen en calidad de tales a ninguno de los césares romanos por sus victorias sobre los otros pueblos. Y esos frailes y esas religiosas se las tributaban por la prensa al más impío y sanguinario de los tiranos. Sus labios sacrílegos ofrecían elevar a Dios sus plegarias por sus continuos triunfos sobre los unitarios.

«Tienen miedo», decían para disculparlos. ¡Miedo! El que viste el santo hábito del religioso no conoce ese sentimiento. Cuando siente que la fortaleza de su alma se desmaya, él se arrodilla en el templo, o bajo la bóveda eterna de los cielos, y pide a Dios la inspiración divina que imprimió la resignación en el espíritu de su hijo. El miedo es un crimen en el varón apostólico, cuando se trata de defender la religión y la moral; cuando se trata de resistir al crimen o a la tentación del demonio. El hijo de la Iglesia debe morir antes que claudicar de los santos principios que

profesa. Cuando le falta el valor a la carne, la inspiración del Altísimo lo infiltra en la conciencia, si ella se lleva hasta él en estado de santidad y de ruego. En Cochinchina, en el Tibet, en los desiertos del África, en los bosques de la India, entre sus boas y sus reptiles, el sacerdote de Cristo no conoce el miedo. Allí van diez, y vuelve uno contando que sus demás hermanos perecieron, y otros diez y otros cien siguen tras ellos, a llevar en su palabra, en su resignación y en su martirio, la propaganda santa que el curso de diez y nueve siglos no ha cortado.

Al nuevo mundo, levantado en la mano de Colón y presentado a la luz de la civilización del viejo mundo, ni vino antes que ésta la luz pura y clarísima del Cristianismo, a invadir los páramos solitarios y en tinieblas de la conciencia del rudo habitador de los desiertos. Y el misionero apostólico, estableciendo su púlpito y su predicación donde encontraba cuatro hombres que le oyesen, sentía por su oído el silbo de la flecha, se deslumbraban sus ojos con el brillo de la hoguera, y, levantando el corazón a Dios, seguía hablando la palabra de Cristo, muchas veces cortada en sus labios por la muerte, y hablaba y moría sin conocer el miedo. Porque la vida terrenal, la vida de la carne, no es la vida del sacerdote de la cruz. Su vida es el espíritu, su mundo el cielo, su reino la eternidad, su misión el martirio, su premio la prosternación de su alma ante el rostro de su Creador, bañado en la inefable sonrisa del que recibe con amor al hijo digno de su precioso aliento...

No, no es el miedo una justificación de esos sacerdotes impíos. No es el miedo quien puede justificarlos ante Dios de su predicación de sangre, de sus apoteosis mentidas al asesino de un pueblo, al profanador de los altares, al rebelde a la justicia, a la fraternidad y a la paz, inspiraciones purísimas del

Omnipotente, puestas en los divinos labios del Redentor del mundo.

¡Si había miedo, era porque no había fe, porque no había la conciencia de su apostolado en la tierra; y había esto, porque la prostitución de la época, que filtraba sus gotas de veneno por los viejos muros de nuestros conventos, inficionaba el aire y corrompía las conciencias...!

¡Y mañana cuando la revolución o la naturaleza tumbe la frente del tirano, y el pueblo, sin cadenas, se levante, ¡oh!, no toquéis entonces su conciencia; no le miréis el alma, si queréis bajar a la tumba con una ilusión y una esperanza!

Veinte años no pasan sin dejar huella en el alma de las generaciones jóvenes. Y donde no se ha visto sino el escándalo y el crimen, el vicio, la apostasía, y la prostitución de todas las nociones del bien, que envuelve la palabra y la práctica del evangelio, en tan largo, en tan pesado tiempo, allí no encontraréis ni la religión, ni la moral; allí será precisa una propaganda y una acción sostenida por no menos tiempo, en sentido inverso de la que arrulló en la cuna y desenvolvió los instintos y el espíritu de un pueblo nuevo. Y cuando el ángel bueno de la patria vierta una lágrima al lado del pueblo, dormido sobre la almohada de sus pasiones solamente, sin que la fe y la creencia refresquen sus sienes con la imagen dulcísima de Dios, el nombre de la Federación y de Rosas brillará fosfórico en el aire que circunda al Plata.

Porque ellos serán para Dios y para la historia la causa generatriz que hizo desenvolver tanto germen de inmoralidad y de escándalo; tanta semilla cuyos frutos amargos no son para nosotros solamente, sino también para nuestros hijos.

VI. Sor Marta del Rosario

Sor Marta del Rosario

En un pequeño banco de piedra, en el centro de un bosque de naranjos de Tucumán, sentada estaba Sor Marta del Rosario, abadesa de las Capuchinas, y Sor María del Pilar; mientras otras monjas paseaban por el jardín cercano al muro del convento, que da a la calle del Tacuarí.

Sor María del Pilar leía con mucha atención un papel: y, concluida que fue su lectura, dijo a la madre abadesa:

-Está como de mano, Sor Marta.

-Dios nos ilumina, Sor María, cuando tenemos que cumplir su voluntad -contestó la madre abadesa-. Pero quiero que lo lea fuerte. Puede ser que se me haya olvidado alguna cosa.

Sor María volvió a desdoblar el papel y leyó:

Jesús Excelentísimo Señor. Demos gloria al Soberano Dios de los ejércitos cuyo brazo poderoso sostiene y vigoriza las huestes de Vuecelencia para que reporte tan repetidos triunfos: en nombre de este nuestro buen Dios y de la Santa Comunidad, doy a Vuecelencia mil enhorabuenas, y quedamos con nuevo empeño rogando a nuestro Señor dé a Vuecelencia la

investidura de sus soberanos atributos de bondad, equidad y misericordia, para consuelo de este pueblo que tanto lo ama, y para que la gloria de Vuecelencia sea eterna en compañía de los Santos y del mismo Dios. Deseo que Vuecelencia disfrute perfecta salud, y tan abrasado en su divino amor, como se lo suplica de continuo esta su más humilde y afectísima hija en este monasterio de Nuestra Señora del Pilar y Pobres Capuchinas, en Buenos Aires, a 31 de julio de 1840. Sor marta del Rosario, Indigna Abadesa(6) .

-No creo que falte nada -dijo Sor María después de concluida la lectura.

-Lo he pesado y consultado con mi conciencia por muchos días -contestó la madre abadesa.

-¿Y cree Su Reverencia que toda la comunidad piense del mismo modo?

-La comunidad debe pensar como su abadesa; porque de lo contrario, no sólo sería faltarme al respeto, sino una ingratitud, una herejía el desconocer los servicios que debemos al Señor Restaurador. El nos ha regalado la reja de fierro que tiene el atrio del templo. A él debemos que se haya arreglado nuestro asunto con el síndico; y de él y su familia estamos todos los días recibiendo obsequios; ¿qué sería de nosotras si él faltase? Además, las comunidades de Santo Domingo, de San Francisco y las monjas Catalinas nos han dado el ejemplo, y si nosotras no pasamos esta felicitación, infaliblemente caeremos en el enojo de Su Excelencia. Así, pues, en esta felicitación por la batalla del Sauce Grande, aunque va a ir después de tanto tiempo y con fecha atrasada, nos ponemos a cubierto del disgusto de Su Excelencia. Pero en otra cosa nos vamos a anticipar a todos los demás, y es en otra comunicación que vamos a dirigirle, y cuyo

borrador lo ha de ver primero Don Felipe.

-Me parece muy bien pensado, porque nadie es capaz de darnos mejores consejos que ese santo varón.

-Una persona ha de venir dentro de un momento, y con ella he de mandarle a Don Felipe lo que quiero que vea.

Sor Marta del Rosario acababa estas palabras, cuando sonó la campana de la portería, y una monja llegó al jardín a anunciar que preguntaban por la madre abadesa.

Esta se levantó en el acto y fue al torno.

Era el señor Don Cándido Rodríguez, quien después de la introducción de forma, Ave María, etc, dijo a la abadesa:

-El Excelentísimo Señor Gobernador delegado, Camarista, Doctor Don Felipe Arana, me manda saludar en su nombre a Su Reverencia, madre abadesa, y a toda la santa comunidad del convento, y preguntar por la salud de Su Reverencia y toda la santa comunidad.

-Por la bondad de Dios todas gozamos de completa salud, y estamos rogando por la del señor Don Felipe y todos los que se hallan en gracia del Espíritu Santo -contestó Sor Marta, que por estatutos de su orden sólo podía hacerlo por el torno, en la parte interior del locutorio de recepción.

-El Excelentísimo Señor Gobernador delegado me ha ordenado el dar a Su Reverencia las más finas y benévolas gracias por las empanadas y el dulce de toronja.

-No salieron muy buenas las empanadas.

-He oído al Excelentísimo Señor que estaban muy buenas, y que se comió tres.

-Mañana le hemos de mandar al señor Don Felipe unas tortas.

-Tortas es lo que más come el Excelentísimo Señor.

-Y también le hemos de mandar a usted una; ¿usted vive en casa del señor Don Felipe?

-No, madre abadesa. Yo vivo en mi casa. Soy indigno secretario del señor Don Felipe. Pero en vez de la torta, yo viviría más eternamente agradecido a Su Reverencia y a toda la santa comunidad, si se dignaran elevar a Dios sus piadosos ruegos por la seguridad y tranquilidad de mi vida, en este caos de trastornos por que estamos atravesando.

-¿Pero usted no es federal y secretario de Su Excelencia?

-Sí, madre, lo soy, pero temo las intrigas de los enemigos de Dios y de los hombres; y sobre todo, madre abadesa, temo mucho las equivocaciones.

-No tenga usted cuidado, lo hemos de hacer; ¿cómo se llama usted, hermano?

-Cándido Rodríguez, natural de Buenos Aires, de edad de cuarenta y cinco años, soltero, actualmente secretario privado de Su Excelencia el gobernador delegado, humilde siervo de Dios, y criado de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

-¿Y el señor Don Felipe no le ha hecho a usted otro encargo, señor Don Cándido?

-Sí, madre abadesa. Me ha encargado reciba de Su Reverencia una carta para Su Excelencia el Restaurador de todas las Leyes, héroe de todos los desiertos y de la Federación, y el borrador de otra que habrá de dirigirle Su Reverencia a su nombre y al de toda la comunidad.

-Eso es; ya está todo pronto. Ahí va la carta -dijo la abadesa haciendo girar el torno con una carta que Don Cándido tomó, diciendo:

-Ya está en mis manos, madre abadesa.

-Muy bien, ahí va el borrador de la otra.

-Ya lo tengo también.

-Recomiéndele usted mucho al señor Don Felipe que lea el borrador con toda atención y haga en él las alteraciones que crea convenientes.

-Muy pocas tendrá que hacer, madre abadesa, porque las obras de Su Reverencia deben ser completas, acabadas, perfectas.

-¿Si usted quiere leer el borrador?...

-Con el mayor placer, madre abadesa.

-Pero léalo fuerte; me gusta mucho oír leer lo que yo escribo.

-Esa es propensión de todos los sabios y sabias de este mundo -dijo Don Cándido desdoblando el papel, en el cual leyó en seguida:

Jesús Excelentísimo Señor. Rogamos al Dios del cielo y de la tierra, Soberano Rey que da rigor al brazo victorioso de Vuecelencia, para que reporte nuevos triunfos sobre sus encarnizados enemigos que acaban de invadir el país, y para que sean pulverizados por Vuecelencia bajo la protección de la divina Providencia. En todas nuestras oraciones elevamos votos al Ser Supremo porque se consumen todas las glorias de Vuecelencia sin peligro de su vida, ni de su importante y preciosa salud. Y que, abrasado en el divino amor en que arde, viva eternamente para la felicidad de sus pueblos. Estos son los votos que a nombre de toda la comunidad de las pobres Capuchinas, hace al cielo y los trasmite a Vuecelencia en Buenos Aires, a de agosto de 1840. Sor Marta del Rosario, Indigna Abadesa.

-¡Magnífico está, madre abadesa!

-¿Lo halla usted bueno?

-No lo haría mejor el señor Don Felipe, a pesar de su inmensa sabiduría

y elocuencia.

-Vaya, pues, muchas gracias, señor Don Cándido.

-¿Entonces no ordena Su Reverencia nada más?

-Nada más.

-Luego que el señor gobernador delegado haya impuéstose de este santo documento, yo mismo se lo traeré a Su Reverencia para que lo haga poner en limpio.

-Eso es.

-Pero entre tanto, yo vuelvo a pedir a Su Reverencia, que no me eche en olvido en sus santas oraciones.

-Pierda usted cuidado.

-Entonces, me despido de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

-Dios vaya con usted, hermano

-Sí, madre, Dios venga conmigo en todas partes -dijo Don Cándido, y salió del convento meditabundo y paso a paso.

VII. Cómo Don cándido se decide a emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa

Cómo Don cándido se decide a emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa

Pero no bien nuestro secretario privado tuvo un pie en la vereda, y otro sobre el alto escalón de la portería del convento, cuando una mujer, con sus gruesos rizos negros en completo desorden, y cuyo gran pañuelo de merino blanco con guardas rojas arrastraba la punta de su ángulo cuatro o seis dedos más abajo de la halda del vestido, le tomó el brazo y exclamó:

-¡Ah, qué felicidad! Son los dioses del Olimpo los que me han conducido por esta senda. ¡Oh! Ya no tenemos que temer del hado, pues que he hallado a usted.

-Señora, usted se equivoca -dijo Don Cándido estupefacto-, yo no tengo el honor de conocer a usted, ni creo que usted me conoce a mí, a pesar del hado y de los dioses del Olimpo.

-¡Que no os conozco! Vos sois Pílades.

-Yo soy Don Cándido Rodríguez, señora.

-No, vos sois Pílades; como Daniel, Ulises.

-¿Daniel?

-Sí, ¿ahora se hace usted el que no me conoce? Yo soy la señora Doña Marcelina, en cuya casa hizo usted parte de aquella estupenda tragedia en que...

-Señora, por el amor de todos los santos, cállese usted que estamos en la calle.

-Pero hablo despacio, apenas me oye usted mismo.

-Pero usted se equivoca. Yo no soy... yo no soy...

-¿Qué no es usted? ¡Oh! Más fácil hubiera sido a Orestes desconocer su patria, que a mí el desconocer a mis amigos; y sobre todo cuando están en peligro.

-¿En peligro?

-¡Sí, en peligro; se piensa hacer una hecatombe con usted y con el señor Don Daniel! -exclamó Doña Marcelina levantando su dedo índice a la altura de los ojos de Don Cándido; ojos que vagaron del cielo a la tierra, y de doña Marcelina al vestíbulo de la portería.

-Entre usted, señora -la dijo Don Cándido tomándola de la mano, entrándola y haciéndola sentar a su lado en un escaño.

-¿Qué hay? -continuó-. ¿Qué especies de profecías espantosas y terríficas son las que salen rápidas y tumultuosas de la boca de usted? ¿Dónde he conocido yo a usted?

-Contestaré, primero: que conocí a usted una mañana en casa de mi protector Daniel, y que otra vez lo vi a usted salir del zaguán de mi casa en aquella noche en que...

-Despacio.

-Bien. Agrego a usted que en este momento el cura Gaete está durmiendo la siesta en mi casa.

-¡En los infiernos debiera estar durmiendo!

-Despacio.

-Prosiga usted, buena mujer, prosiga usted.

-Durante la comida ha blasfemado contra usted y Daniel. Ha hecho brillar en su mano un puñal más grande que el de Bruto; y, con los furores de Orestes, ha jurado perseguir a ustedes con más encarnizamiento que Montegón a Capuleto.

-¡Qué horror!

-Pero hay más.

-¿Más que matarnos?

-Sí, hay más: ha jurado que desde esta noche, él y cuatro más van a espiar a usted y a Daniel para asesinarlos donde los encuentren.

-¡Desde esta noche!

-¡Oh! Al lado del pensamiento de Gaete es nada este verso de Creón:

Moriré, morirás, morirán ellos, Todos perecerán...

-¿Conoce usted la Argia, señor Don Cándido?

-Déjeme usted de comedias, señora -dijo Don Cándido pasándose la mano por su frente bañada de sudor.

-No es comedia, es una estupenda tragedia.

-¡Qué más tragedia que la que me pasa, Santo Dios! -exclamó Don Cándido.

-Y lo peor de todo es que Daniel y usted serán víctimas inocentes inmoladas a Júpiter.

-¿Inocentes? Yo, a lo menos, lo soy. Pero veo que en mi destino hay algo de raro, de extraño, de fenomenal. Fluctúo entre los sucesos como un débil barquichuelo a merced de las ondas. ¡Oh, fortuna, fortuna! No tienes tú la culpa, sino yo, yo que abandoné mi profesión, que hoy podía servirme para tener áncoras de salvación en mis discípulos. Porque ha de saber usted, señora, que yo he sido maestro de enseñanza primaria, y tenía adoptados los mejores métodos: a las ocho se entraba en clase; a las diez los niños iban a recreo mientras yo almorzaba; mi almuerzo era generalmente puchero, huevos y café con leche, sin vino, por supuesto, porque esta bebida embota las facultades mentales, razón por la cual los ingleses no tienen entendimiento; después duraba la clase hasta la una, hora en que los niños volvían a su casa y yo dormía un poco, no el sueño de ese infernal cura Gaete, que debe ser agitado por un enjambre de venenosas serpientes...

-Despacio. Pueden oírnos aquí mismo. Vivimos sobre un volcán, y yo, aunque mujer, soy quizá el ser más comprometido por mis antiguas relaciones y opiniones políticas. ¿Me conoce usted?

-No, señora, ni quiero conocerla.

-Pues estoy comprometida hace tiempo.

-¿Usted?

-Yo. Todos mis amigos han sido víctimas. Acercárseme y tener sobre su cabeza la cuchilla del ángel exterminador, es todo una misma cosa. Yo, mis amigos y la desgracia componemos las tres unidades de la tragedia clásica, según me lo explicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabía que con nada se me contentaba más que con darme lecciones de literatura. No puedo ni hablar con las personas sin que caigan en desgracia luego.

-¿Y eso me dice usted recién? -dijo Don Cándido tomando su

sombrero y su caña de la India, que había puesto a su lado sobre el escaño, y preparándose a marchar de prisa.

-¡Deteneos, presunta víctima! -exclamó Doña Marcelina.

-¿Yo? ¿Al lado de usted?

-¿Y qué sería de vuestra vida y de la de Daniel si no hubiera yo volado a prevenirles el inmenso riesgo que están corriendo?

-¿Y qué será de mí si continúo hablando con usted?

-De todos modos usted ha de morir. El hado es implacable.

-El diablo es quien se la debía llevar a usted, señora.

-Conteneos, temerario: si no habláis conmigo, morís por la mano de Gaete; y si habláis conmigo, morís por la mano de las autoridades.

-¡Cruz! exclamó Don Cándido mirando a Doña Marcelina con despavoridos ojos, y cruzando los dos índices de sus manos.

-¡Ah! ¿Cuándo no se ha visto A la beneficencia haciendo ingratos?

-contestó Doña Marcelina con esos dos versos de un poeta español.

-Adiós, señora.

-Deteneos. Sólo la necesidad me obligaba a llegar a la casa del señor Don Daniel; los dioses me han hecho encontraros; ¿me juráis volar a su encuentro para comunicarle la catástrofe que os amenaza a los dos?

-Sí, señora, voy a verlo dentro de una hora. ¿Pero me jura usted, por su parte, no volver a pararme en la calle, páseme lo que me pase?

-¡Lo juro sobre la tumba de mis abuelos! -exclamó Doña Marcelina extendiendo su brazo y ahuecando la voz, cuyos ecos se perdieron bajo las bóvedas de la pequeña portería del convento de las Capuchinas.

Poco después Don Cándido bajaba a largo paso por la calle del Potosí, dobló por la de la Florida; tomó por la de la Victoria, y descendió al Bajo

por la plaza del 25 de Mayo, dejando la fortaleza a su derecha.

Eran ya las tres de la tarde; hora en invierno en que los porteños no abandonan jamás su vieja costumbre de salir al sol, sean cualesquiera los sucesos políticos que sus rayos alumbran.

La alameda estaba cuajada de gente. Cinco tiros de cañón disparados por la batería, que desde el principio del bloqueo se había colocado en el Bajo del Retiro, tras el magnífico palacio del señor Laprida, que entonces ocupaba Mr. Slade, cónsul de los Estados Unidos, habían arrebatado de las calles a cuantos las transitaban en aquel momento, y traídolos a averiguar la causa de los cañonazos.

Ella no era otra, sin embargo, que la que daba lugar todos los días a iguales detonaciones; es decir, la aproximación a la costa de alguna ballenera francesa que sondeaba el río, o venía a reconocer algún lugar convenido, donde debía atracar bajo la oscuridad de la noche para recibir emigrados. De esas balleneras, sin embargo, ninguna fue echada a pique por las tres grandes baterías de la costa; y los artilleros de Rosas se contentaban con ver los estragos que hacían los proyectiles en las agitadas olas del gran río.

Esta vez la embarcación francesa sobre quien la batería del Retiro había hecho sus cinco tiros, fuese por jactancia del oficial que la mandaba, o porque para ello traía órdenes, habíase aproximado, a favor de la creciente del río, casi a tiro de fusil de la capitanía del puerto, quedando por consiguiente bajo los tiros de la fortaleza y de la batería del Retiro.

Toda la gente se apiñó sobre las toscas del desembarcadero; el peor de todos los de este mundo, porque no han querido hacerlo bueno.

-Vienen pasados -decían unos.

-¡A degüello con ellos en cuanto bajen! -exclamaba Larrazábal.

-¡El anteojo! -gritaba Ximeno desde las toscas a los oficiales de la capitanía del puerto.

-¡Es desembarco! -gritaban otros.

-Campo, que van a hacer fuego las baterías -decía desde su caballo un socio popular que dominaba con su talla toda la multitud de a pie, de a caballo y de carretas.

La ballenera entretanto arrió de repente su vela tiriana, a doscientas varas de la orilla del agua, y quedó a la capa con sus remos.

Todos estaban en expectación.

Pero no era ella sola el objeto de la mirada universal.

A cincuentas varas de la arena sobresalía del agua la negra y lustrosa superficie de una gran tosca adonde no se podía llegar sin haber atravesado esa distancia, con el agua hasta la pantorrilla cuando menos. Y parado sobre esa especie de isla, el punto más cercano a la ballenera, llamó de improviso la atención de todos un hombre vestido con un largo levitón blanco, con su sombrero en la mano, una caña de la India en la otra; y que indudablemente había atravesado a pie cuarenta varas de agua, sin que nadie lo echase de ver, pues que sólo por el agua se podía llegar a la peña.

Él era, como el lector conoce ya, nuestro Don Cándido Rodríguez, que al salir del convento concibió el proyecto de emigrar aunque fuese en una tina de baño, según él mismo se decía en la larga conversación que trajo consigo mismo.

-Este es tu día, Cándido -se decía sobre la peña-, la providencia te ha traído hasta este lugar. Ea, valor. En cuanto esa embarcación salvadora se aproxime más, corre, precipítate, vuela sobre este río, y ponte bajo la

poderosa protección de esa bandera.

El miedo, que es el peor consejero del mundo, inspiraba de ese modo a nuestro desgraciado amigo, que no echaba de ver que a su retaguardia tenía cien o más jinetes federales, que con un par de rebencazos a sus caballos habrían llegado hasta él en dos minutos, al primer paso que diera hacia la embarcación, como sucedió en efecto.

El oficial de la ballenera paseaba su anteojo por aquella multitud de más de mil personas que había sobre el muelle, y todas las miradas se dividían entre él y Don Cándido, cuando el estallido del cañón dio sobre los nervios ese golpe eléctrico que acompaña siempre a la impresión del sonido violento, y cuatro pirámides sucesivas de agua, que se elevaron a pocas varas de la embarcación, arrebataron la mirada de todos, que prorrumpieron luego en un estrepitoso aplauso al tiro de la fortaleza.

En ese momento la ballenera izó su vela, y, como para tomar el viento sur necesitó dirigirse un momento hacia el oeste, todos creyeron que se venía sobre el muelle, y el primero que participó de esta preocupación fue, desgraciadamente, nuestro Don Cándido. Y desplegarse la vela, y bajar de la peña, entrarse al agua, y empezar a andar río adentro con el agua a la pantorrilla, todo fue la obra de un segundo.

Pero no bien acababa de poner sus pies en ese improvisado baño, cuando la ballenera viró de bordo y tomó al este, volando más bien que navegando con la brisa del sur. Y a ese mismo tiempo, mientras Don Cándido abría tamaños ojos y cruzaba sus manos, cuatro caballos levantaban nubes de agua, corriendo a gran galope sobre él.

Don Cándido volvió la cabeza cuando ya estaba rodeado de los cuatro verdaderos federales, en cuyos semblantes no pudo adivinar otra cosa

nuestro pobre amigo que su última hora.

-Usted se iba -le dijo uno de ellos alzando sobre la cabeza de Don Cándido el cabo de fierro de un inmenso rebenque.

-No, señor, venía -contestó Don Cándido haciendo maquinalmente profundas reverencias a los jinetes y a los caballos, o más bien, a los caballos y a los jinetes, siguiendo el orden de una rigorosa cronología moral.

-¿Cómo es eso que venía, y se iba usted para adentro del río?

-Sí, mis distinguidos amigos federales; venía de casa del señor gobernador delegado, de quien soy secretario.

-¿Pero usted iba a alcanzar la ballenera? -le interrogó otro.

-No, señor, líbreme Dios de ello; quería acercarme solamente, lo más posible, para ver si la ballenera traía gente de desembarco en el fondo, para volver a avisarlo a los heroicos defensores de la Federación e incitarlos a triunfar o morir por el padre de cuantos hijos tiene Buenos Aires, y por el señor Don Felipe y su respetable familia.

Una grita estrepitosa contra los franceses y en loor de la Federación y de los federales sucedió al discurso de Don Cándido, en la multitud de marineros del puerto y carretilleros que se habían acercado, con el agua a la rodilla, hasta el lugar de aquella escena en que todos esperaron ver un desenlace trágico.

El coronel Crespo, el comandante Ximeno, Larrazábal y todos cuantos estaban sobre la pequeña barranca de la capitanía, no sabiendo lo que pasaba, y queriendo saberlo cuanto antes, dieron tan fuertes gritos e hicieron tan violentas señas a los de a caballo, que uno de estos hizo subir a Don Cándido a la grupa, medio cargado por algunos comedidos entusiastas de los que allí había. Y he aquí que condujeron en triunfo hasta

la alameda al impertérrito secretario de Su Excelencia, que se había arrojado al agua para observar el fondo de la ballenera francesa.

Inútil es decir todas las felicitaciones que recibió Don Cándido. Pero no podemos callar que, a pretexto de estar mojado, el maestro de Daniel se despidió muy pronto de sus decididos amigos, y que por una reacción natural en su organización, la debilidad sucedió al coraje artificial con que logró salvarse del peligro que había corrido; y que tuvo que entrar a tomar una taza de café a un hotel inmediato a la capitanía, para poder llegar después a casa de Daniel como pensaba, a echarle en cara las consecuencias que estaba sufriendo, después de la vida política a que lo había arrastrado, y a prevenirle que la vida de los dos estaba expuesta a ser sacrificada en hecatombe, como decía Doña Marcelina.

VIII. La guardia de Luján y Santos Lugares

La guardia de Luján y Santos Lugares

Era el 21 de agosto.

El refulgente rey del universo descendía con su manto de nácares y oro, allá sobre el confín del horizonte que bordaba las planicies esmeraltadas de los campos, llanos como la superficie de un mar en calma. Su frente no llevaba esa corona de rubíes con que el cielo del trópico lo magnifica en los momentos de decirle adiós; ni en redor suyo se abrían de improviso esos espléndidos jardines de luz que irradian fosfóricos en las latitudes del crucero, donde la coqueta Naturaleza se divierte en inventar perspectivas sobre los confines del alba y del ocaso.

Nuestro sol meridional descendía, sin más belleza que la suya propia, sobre los desiertos de la Pampa.

Escuadrones de pájaros salvajes volaban al oeste, como a alcanzar el sol.

La brisa del sur hacía ondular la superficie verde de los campos, y agitaba la crin de alguno que otro potro perdido en el desierto, fijos sus ojos en el sol poniente.

Toda la Naturaleza tenía allí ese aspecto desconsolador, agreste e imponente al mismo tiempo, que impresiona al espíritu argentino y parece contribuir a dar el temple a sus pasiones profundas y a sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América, Naturaleza madre e institutriz del gaucho.

Ese ser que por sus instintos se aproxima al hombre de la Naturaleza; y por su religión y por su idioma se da la mano con la sociedad civilizada.

Por sus habitudes no se aproxima a nadie, sino a él mismo; porque el gaucho argentino no tiene tipo en el mundo, por más que se han empeñado en compararlo unos al árabe, otros al gitano, otros al indígena de nuestros desiertos.

La Naturaleza lo educa. Nace bajo los espectáculos más salvajes de ella, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad, y las tormentas de nuestro clima meridional, son las impresiones que desde su niñez comienzan a templar su espíritu y sus nervios, y a formarle la conciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado a sí mismo, aislado, por decirlo así, del trato de la sociedad civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y los peligros, su espíritu se ensoberbece a medida que él triunfa de su destino. Sus ideas se melancolizan; su vida se reconcentra en vez de expandirse. La soledad y la Naturaleza han puesto en acción sobre su espíritu sus leyes invariables y eternas; y la libertad y la independencia de instintos humanos se convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho.

El caballo concluye la obra de la Naturaleza: es el elemento material que contribuye a la acción de su moral. Criado sobre él, la inmensidad de

los desiertos se limita y apoca para aquel que la atraviesa al vuelo de su caballo. Criado sobre él, se hace su déspota y su amigo al mismo tiempo. Sobre él, no teme ni a los hombres ni a la Naturaleza; y sobre él, es un modelo de gracia y de soltura, que no debe nada, ni al indio americano, ni al jinete europeo.

Los trabajos de pastoreo a que se entrega por necesidad y por vocación, completan después su educación física y moral. En ellos se hace fuerte, diestro y atrevido; y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia a los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho.

Entre el hombre y el animal existe esa simpatía íntima, esa relación común que tiene su origen en la circulación de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la habitud de verter la sangre, que viene a convertirse en él, de ocupación en necesidad, y de necesidad en diversión.

Esa vida y esa educación le dan una idea tal de su superioridad sobre el hombre de la ciudad, que sin esfuerzo y naturalmente siente por él un profundísimo desprecio.

El hombre de la ciudad monta mal a caballo; es incapaz de conducirse por sí solo en las llanuras desiertas; más incapaz aún de procurarse en ellas la satisfacción de sus necesidades, y, por último, el hombre de la ciudad no sabe prender un toro al certero lazo de los gauchos, y tiene miedo de hundir un cuchillo hasta el puño en la garganta del animal; y no sabe ver sin agitación que su brazo está empapado en los borbotones de la sangre.

Lo desprecia; y desprecia a la vez la acción de la justicia, porque la justicia viene de la ciudad; y porque el gaucho tiene su caballo, su cuchillo, su lazo y los desiertos, donde ir a vivir sin otro auxilio que el suyo propio, y sin temor de ser alcanzado por nadie.

Esta clase de hombres es la que constituye el pueblo argentino, propiamente hablando; y que está rodeando siempre, como una tempestad, los horizontes de las ciudades.

Esa clase, empero, tributa con facilidad su respeto y su admiración a ciertos hombres: que son aquellos que sobresalen por sus condiciones de gaucho.

Nada más común en las sociedades civilizadas que malos generales al frente de numerosos ejércitos; que jefes ignorantes de partido a la cabeza de millares de prosélitos. Pero entre los gauchos tal aberración es imposible. El caudillo del gaucho es siempre el mejor gaucho. Él tiene que alcanzar ese puesto con pruebas materiales, continuadas y públicas. Tiene que adquirir su prestigio sobre el lomo de los potros; con el lazo en la mano; entre las charcas de sangre; durmiendo a la intemperie; conociendo palmo a palmo todas nuestras campañas; desobedeciendo constantemente a las autoridades civiles y militares; y burlando y hostilizando día por día cuanta mejora industrial, cuanta disposición y cuanto hombre llega de las ciudades a la campaña.

¡Sin estas condiciones principales es inútil pensar en acaudillar los gauchos! ¡Pero el que las posee y sabe ostentarlas a tiempo, ése es su caudillo, que los conduce y hace de ellos lo que mejor le place!

Ese es el gaucho; y su importancia social y política se comprende en nuestra revolución, con pasar la vista, como un relámpago solamente, sobre el inmenso cuadro de nuestra historia.

Las provincias del Río de la Plata habían llegado a ocupar en la América una extensión y una importancia tal, que cuando Carlos III se ve forzado a repeler de nuevo con las armas las pretensiones de los

portugueses en ellas, y aconsejado a nombrar de jefe de la expedición que debía salir de Cádiz al teniente general Don Pedro Zeballos, cree de oportunidad y de conveniencia poner su real sello en la cédula que erigía en virreinato las provincias del Río de la Plata, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, y las lindantes de Mendoza y San Juan, creando por su virrey al mismo teniente general Zeballos, que recibe dicha cédula de erección, fecha en San Ildefonso el 1.º de agosto de 1777.

Ya tenemos, pues, descubierta, conquistada, poblada y constituida en virreinato español esa hermosa región de la América meridional, donde la providencia había decretado la iniciación y complemento de la grande obra que había imaginado en su inefable idea, para la reivindicación de la humanidad ultrajada, y de los magníficos destinos de un mundo, a quien la ambición, la ignorancia y la superstición sofocaban.

La esclavitud de la América, que empezó desde el primer instante de su descubrimiento, fue gemela con una completa revolución en Europa; y por una de esas reproducciones pasmosas que se encuentran en la historia de la humanidad, su libertad lo fue de otra no menos vasta revolución europea.

Los grandes movimientos sociales pueden ser la obra de un solo hombre, de una sola palabra; pero sus consecuencias no pueden ser calculadas ni contenidas muchas veces por una generación, ni por un siglo. Y la reunión de los estados generales en Francia estuvo muy lejos de prever que ella sería la causa generatriz de la decapitación de una familia, defendida por Dios; del derrocamiento de un trono afianzado por los siglos; de la improvisación de una república; de un imperio; del cataclismo universal de la Europa; de la canonización de la filosofía del siglo XVIII, y, por último, la causa indirecta de la libertad de las colonias españolas en la

América, oprimidas por el poder incontrastable de su metrópoli; pero así sucedió, sin embargo.

La raza americana tenía ya la conciencia de su situación desgraciada. La naturaleza meridional no había desmentido su generosidad con la inteligencia de los americanos; y la sangre española, tan ardiente como orgullosa, estaba en sus venas. Los sucesos de la Europa llegaban furtivamente; pero al fin llegaban hasta ellos. Algunos libros del siglo XVIII; algunos debates de la Convención francesa; algunos periódicos de la república, se escurrían de contrabando entre las mercaderías con que la madre España suplía a las primeras necesidades de sus hijos; y las ideas, primera semilla de las revoluciones, iban formando y dando nociones exactas a los hombres capaces, pero inapercibidos de las colonias.

La conciencia estaba hecha; el convencimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaba sino la decisión y la oportunidad.

La Revolución Francesa se encargó de ella.

Fernando VII es arrebatado de su pueblo. El trono español queda vacío. Las provincias del reino se dan sus gobiernos respectivos; o más bien, se gobiernan como pueden entre la tormenta que las sacudía; la capital del virreinato de Buenos Aires quiere darse también sus gobernantes; y bajo ese pretexto, que las circunstancias le ofrecían, pronuncia la primera palabra de su libertad, el 25 de Mayo de 1810.

Ese movimiento fue el iniciador de la revolución; y con ésta, la revolución del continente.

Buenos Aires descubre su pensamiento revolucionario; la América entera se electriza con él; y tras el primer relámpago, ahí tenéis bajo los cielos americanos esa tempestad de combates y de glorias, entre la cual

estallaba el pensamiento y el cañón, al choque violento de dos mundos, de dos creencias, de dos siglos.

La España disputa palmo a palmo su dominación; y palmo a palmo sostiene, defiende y hace triunfar su libertad la América, en el decurso de quince años.

Buenos Aires es en la lucha, y durante ese tiempo, lo que Dios en el universo; ella está y resplandece en todas partes. Su espada da la libertad, o contribuye a ella, en todas partes: sus ideas, sus hombres, sus tesoros, no faltan en ninguna; y la guerrera y pertinaz España, donde no hallaba un hombre, hallaba un principio; donde no hallaba un principio, hallaba una imitación de Buenos Aires. Las provincias del Río de la Plata eran su ángel malo, cuyo influjo dañoso la perseguía como la sombra al cuerpo.

La España resiste con valor; sangre por sangre se cambia en las batallas, pero la revolución era demasiado inmensa y demasiado sólida, para que la España pudiera sofocarla con su mano en el siglo XIX, y la España vencida en la América, la América se hace para siempre jamás independiente.

Pero el pensamiento de Mayo había bebido sus inspiraciones en fuente harto caudalosa, para poder conformarse con asignar a la revolución los límites de una independencia política, y de una libertad civil solamente. Él inició más que todo eso, y por más que eso combatieron sus hijos.

Era una revolución totalmente social lo que buscaba. Una revolución reformadora de la sociedad educada por la España de la Inquisición, del absolutismo y de las preocupaciones hereditarias de tres siglos, en política, en legislación, en filosofía y en costumbres. Y bajo el humo de las batallas que ennegrecía el cielo americano, Buenos Aires marchaba a pasos, por desgracia demasiado rápidos, en la senda de su atrevido cuanto sublime

pensamiento.

Sus brazos se extienden por todo el continente; y su inteligencia formula y elabora al mismo tiempo su existencia nueva.

Libres en política, y colonos en tradiciones sociales, legislativas y filosóficas, habría sido una anomalía monstruosa.

Romper con las viejas preocupaciones españolas en política, en comercio, en literatura, y hasta en costumbres, cuando el pueblo se las fuese dando a sí mismo, era imprimir a la revolución el movimiento reformador del siglo: era ponerse a la altura de las ideas de la época; era hacer, en fin, lo que la misma España había de tentar más tarde bajo el reinado de Isabel II.

«Quedarse fijo en su abuelo y en su bisabuelo» para por esa solidaridad de tradiciones paternas darse la mano con la civilización europea, como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de Nueva Troya, era cuanto se necesitaba para no ser más de lo que fueron el abuelo y el bisabuelo, en tiempo de Carlos III y de su antecesor. Reproducción que, felizmente, la revolución tuvo el buen sentido de no apetecer jamás.

El mejor alguacil del santo oficio no habría opinado de otro modo; jurando que era una verdadera herejía no ser el nieto lo que fue el abuelo. Pero sigamos el campo de los vastos acontecimientos que narramos de carrera; y asimismo se han de percibir claras y distintas la reproducción del abuelo y bisabuelo en el nieto, dando sus naturales consecuencias; y las que nacieron del divorcio de estas tradiciones pestilentes.

En medio del estrépito de las armas, Buenos Aires, esa capital donde se reunían los contingentes de ideas que le enviaban todas las provincias de la

unión, como enviaban a las batallas los contingentes de lanzas, marcha a grandes pasos en el camino de la revolución social; y todas las tradiciones de la colonia son tumbadas por la mano de la república. Los grandes principios se fundan y se practican a la vez. La república; el gobierno representativo; el ministerio responsable; el sistema electoral; la libertad de la conciencia, del pensamiento, del comercio; la igualdad democrática; la inviolabilidad de los derechos; todo, en fin, cuanto la revolución europea tenía de más santo, de más social, lo canoniza para sí la revolución del Plata. Y a la luz de este brillante día que se levantaba sobre sus olas, surgieron de la revolución esas cabezas chispeantes de genio que hicieron el honor y la gloria de la república, no menos grandes que el honor y la gloria que conquistaba con sus armas sobre los campos de batalla.

Pero dos grandes principios de resistencia debían encontrarse de frente con la reforma social, y desde sus primeros días se le presentaron, en efecto, disfrazados bajo distintos modos.

De una parte, el sistema de gobierno republicano que la revolución improvisaba, debía resentir los hábitos monárquicos de una sociedad nacida y educada bajo la monarquía absoluta.

De otra parte, la innovación civilizadora debía despertar las susceptibilidades del pueblo colonial atrasado, ignorante y apegado a sus tradiciones seculares.

Y esa reacción franca, ingenua, inevitable, que sucede a las grandes innovaciones sociales, cuando se obran sobre pueblos no preparados a ellas, debía estallar y estalló, en efecto, en la república.

De otro lado, la revolución había creado en todas las clases de la sociedad sus representantes, su expresión y sus intereses; y la reacción se

hizo sentir, primero en las rebeliones parciales; después en las distintas pretensiones de provincia; y últimamente en el pronunciamiento espontáneo y franco del pueblo semisalvaje de las florestas, restaurando el absolutismo y la ignorancia de sus abuelos y bisabuelos, contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador.

Ibarra, Bustos, López, Quiroga, de una parte, Rivadavia y los congresales de la otra, no eran sino las peripecias de esa guerra sorda, pero gigantesca, que se disputaba en la república el triunfo de principios y de cosas diametralmente opuestas, como eran la tradición colonial y la innovación revolucionaria.

La historia de las revoluciones sociales en el mundo es el tratado de lógica más perfecto: a tales causas han de suceder tales efectos. Y el gran trastorno que sufría aquí el principio monárquico; la improvisación de una república, donde no había ni ilustración ni virtudes para conservarla; y la plantificación repentina de ideas y de hábitos civilizados, en pueblos acostumbrados a la cómoda inercia de la ignorancia, eran una utopía magnífica pero impracticable, con la cual la barbarie daría en tierra; hasta que una enseñanza más prolija, en la escuela misma de las desgracias públicas, crease una generación que la levantase y la pusiese en práctica: tal cosa debía suceder; y así ha sucedido, por desgracia.

Durante que las ideas y los hombres se disputaban intereses locales y transitorios, en la época en que se constituía la república, y al amparo de las guerras civiles consiguientes, la reacción social tronaba como una tempestad espantosa en los horizontes del Plata; y en un momento en que ciertos sucesos malhadados de nuestra historia tan dramática dejaron desierta la escena, todos los principios reaccionarios de la revolución

aparecieron en ella personificados maravillosamente bien en un solo hombre; como sucede siempre en los grandes movimientos sociales, prósperos o adversos para la humanidad; en que Dios o el demonio hacen de todas las ideas y los instintos una sola masa en forma humana, cuyo destino es representar el bien o el mal, según sean los elementos de que se ha formado su vida.

Ese hombre era Rosas.

Rosas, que era el mejor gaucho en todo sentido; que reunía a su educación y a sus propensiones salvajes, todos los vicios de la civilización; porque sabía hablar, mentir y alucinar.

La reacción había estallado; y personificada en él, él debía serla fiel, porque el día que la hiciera traición, los sacerdotes sacrificarían el ídolo. Y fiel a su origen, y a la misión que acepta, da al gaucho, a sus ideas y a sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerense, luego que se asegura con el triunfo el imperio de la reacción.

Sorprendida Buenos Aires, tiene que soportar esa imposición terrible de la fuerza. Ya no era la cuestión de unitarios y federales: eran la civilización y la barbarie las que quedaron para disputar más tarde su predominio. Entre tanto, con la derrota de los unitarios la civilización quedó vencida temporariamente, porque el mismo partido federal, como representante de un principio político, quedó postrado por el triunfo del caudillo gaucho, que tomando por pretexto la Federación, echó por tierra federación y unidad. Sin embargo, el partido federal sonreía creyéndose vencedor, mientras que legaba a la historia el derecho de acusarlo justa y terriblemente algún día, por haber querido comprar el sacrificio de sus adversarios políticos con la libertad y el honor de su país, entregándolo a

manos de un bandido que debía más tarde pisar con el casco de sus potros los derechos mismos que buscaban bajo el sistema federal. Porque es mentira que padecieron un error los federalistas; es mentira que no conocieron a Rosas: Rosas fue conocido desde que tuvo quince años. A esa edad fue hijo insolente; a los diez y seis fue hijo huido; más tarde fue un gaucho ingrato con sus bienhechores; después fue siempre un bandido rebelde a las autoridades de su país.

Ese era el hombre que en 1840 se encerraba en los reductos de Santos Lugares, porque marchaba sobre la ciudad el puñado de libertadores que conducía el general Lavalle.

Llevemos la vista hasta los campos de Luján, y allí encontraremos esa cruzada de valientes, a la indecisa luz de los crepúsculos de la tarde, símil de la indecisa suerte que corrían; todo el mundo a caballo, y el pequeño ejército dividido en dos cuerpos; el primero mandado por el general Lavalle, el segundo por el coronel Vilela.

Estos dos cuerpos iban a separarse momentáneamente; el primero iba a dirigirse hacia el sur; el segundo quedaba sobre Luján.

El general Lavalle quería conocer primero el espíritu de la campaña al sur, antes de marchar sobre la capital. En el norte no se habían reunido a su ejército sino algunos grupos insignificantes de vecinos, pero las milicias y las fuerzas de línea permanecían fieles al tirano.

Los dos cuerpos del ejército se despidieron dando vivas a la libertad de la patria; de esa patria tan cara para sus buenos hijos, y cuyos campos debían regar bien pronto con su noble sangre.

Los escuadrones marchaban, y todavía los soldados se despedían con sus lanzas y sus espadas.

El escuadrón Mayo, que pertenecía al segundo cuerpo, entonó entonces el himno nacional; canto de victoria de nuestras viejas legiones, cuyas palabras se escapaban con la vida del que caía al bote de las pujantes lanzas españolas. Y hasta que allá en el horizonte, cubierto con los oscuros velos de la noche, se perdieron las sombras del general Lavalle y sus valientes, los soldados del segundo grupo permanecieron a caballo.

Después los legionarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo entumecido por el frío de aquel rigoroso invierno, mientras que el calor de su alma entusiasmada lo bebían en la fe, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria.

La noche descorrió su manto de estrellas sobre aquel romancesco campamento, donde no palpitaba un corazón que no fuera puro y digno de la mirada protectora de la providencia. Y sólo esas estrellas podrían revelarnos los suspiros de amor que se elevaban hasta ellas, exhalados por el pecho tierno de aquellos soldados, arrancados por la libertad a las caricias maternales y a las sonrisas de la mujer amada, en la edad en que la vida del hombre abre el jardín de los efectos purísimos de su alma...

¡Antítesis terrible! ¡A doce leguas de ese lugar en que la libertad velaba con su manto de armiño el tranquilo sueño de sus hijos, un ejército de esclavos dormía soñando con el crimen a la sombra de la mano de fierro de un tirano!

Seis mil soldados, tendidos entre los reductos de Santos Lugares, estaban esperando la voz del asesino de su patria para abocar sus armas contra los mismos que les traían la libertad. Traidores a su madre común, podían serlo también al hombre a quien vendían sus derechos; y en el silencio de la noche los campamentos eran patrullados triplemente por

partidas que se mudaban cada dos horas. Unas vigilaban la parte exterior de los reductos, otras paseaban en redor del campamento, y otra patrullaba por entre las carpas de los soldados. ¿Estaba entre ellas la tienda del tirano? ¿La banderola o el fierro de su lanza la hacía descubrir en parte alguna? No. Rosas no tenía tienda. De día escribía dentro de una galera, y de noche no se supo jamás su lugar fijo. Fingía echar su recado en tal paraje para pasar la noche, y media hora después estaba su recado solo con algún soldado que lo cuidaba. ¿Vigilaba? No, huía; mudaba de lugar y de escolta para que todos ignorasen dónde estaba.

El general Lavalle entretanto, dormía entre sus jóvenes soldados, con la misma confianza con que había dormido sobre la cama de Rosas, once años antes, cuando fue él solo con sus edecanes a hacer arreglos al campamento mismo de su enemigo.

IX. Manuela Rosas

Manuela Rosas

Ya que hemos dejado al lector en conocimiento de la situación política y militar, en sus grandes manifestaciones, a la época a que hemos llegado en nuestra historia, es necesario conducirle ahora a un más minucioso conocimiento individual de los personajes que caracterizan la época, y que han de contribuir al desenlace de los acontecimientos que habrán de fijar la suerte respectiva de los protagonistas de la obra, a que nos vamos a acercar bien pronto.

Manuela Rosas es el rasgo histórico más visible, después de su padre, en el cuadro de la dictadura argentina.

En 1840 ella no es una sombra, sin embargo, de lo que fue más tarde, pero en esa época ella empezaba a ser la primera víctima de su padre y el mejor instrumento, sin quererlo ser y sin saberlo, de sus diabólicos planes.

Manuela estaba en la edad más risueña de la vida: contaba apenas de veinte y dos a veinte y tres años. Alta, delgada, talle redondo y fino, formas graciosas y ligeramente dibujadas; fisonomía americana, pálida, ojerosa, ojos pardo-claro, de pupila inquieta y de mirada inteligente; frente poco

espaciosa pero bien dibujada; cabello castaño oscuro, abundante y fino; nariz recta, y boca grande, pero fresca y picante; tal era Manuela en 1840.

Su carácter era alegre, fácil y comunicativo. Pero de vez en cuando se notaba en ella, después de algún tiempo, algo de pesadumbre, de melancolía, de disgustos; y sus vivos ojos eran cubiertos alguna vez por sus párpados irritados; lloraba, pero lloraba en secreto como las personas que verdaderamente sufren.

Su educación de cultura era descuidada, pero su talento natural suplía los vacíos de ella.

Su madre, mujer de talento y de intriga, pero vulgar, no había hecho nada por la perfecta educación de su hija. Y huérfana de madre hacía dos años, Manuela no contaba, a la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, que su padre; porque su hermano era un bellaco rudo inclinado al mal, y sus parientes se cuidaban mucho de Juan Manuel, pero nada de Manuela.

Su corazón había sentido dos veces ya la tierna serenata del amor a sus cerradas puertas; pero las dos veces la mano de su padre vino a echar los cerrojos de ellas, y la pobre joven tuvo que ver los más bellos encantos de la vida de una mujer a través del cristal de su imaginación.

Su padre había decretado el celibato eterno de aquella criatura sabedora de todas las miserias, de todas sus intrigas y de todos sus crímenes; porque entregaría todos esos importantes secretos con el corazón de la joven.

Ella, además, era su instrumento de popularidad. Con ella lisonjeaba el amor propio del plebeyo alzado de repente a condición distinguida en la amistad del jefe federal. Con ella trasmitía su pensamiento a sus más abyectos servidores. Con ella, en fin, sabía la palabra y hasta el gesto de

cuantos se acercaban a comprar con una oficiosidad viciosa o criminal algún destino, algún favor, algún título de consideración federal.

Su hija, además, era el ángel custodio de su vida; velaba hasta el movimiento de los párpados de los que se acercaban a su padre; vigilaba la casa, las puertas y hasta los alimentos.

Nos acercamos a esta mujer desgraciada en los momentos en que su salón está cuajado de gentes, y ella es allí la emperatriz de aquella extraña corte.

Pero nuestra mirada no puede divisar bien las fisonomías; es necesario acercarse a ellas porque una densa nube de humo de tabaco eclipsa la luz de las bujías.

Los principales miembros de la Sociedad Popular hacen su visita de costumbre en ese momento. Y fuman, juran, blasfeman y ensucian la alfombra con el lodo de sus botas o con el agua que destilan sus empapados ponchos.

Allí está viva y palpitante la democracia de la Federación. Gaetán, Moreira, Merlo, Cuitiño, Salomón, Parra, fuman y conversan mano a mano con los diputados García, Beláustegui, Garrigós, Lahitte, Medrano, etc.; con los generales Mansilla, Rolón, Soler, etc, también. Larrazábal, Mariño, Irigoyen, González Peña, conversan en otro grupo mientras sus esposas, federalizadas hasta la exaltación, rodean a Manuela con Doña María Josefa Ezcurra, la comadre de Merlo, la ahijada de éste, la sobrina de aquél; parientas en fin de todo género y de toda rama de aquellos corpulentos troncos sobre que reposaba la santa e inmaculada causa federal.

Las paredes de aquel salón tenían oídos y boca para repetir al

Restaurador de las Leyes lo que allí se decía; pero no podían tener unos ni otra para el general Lavalle. No había, pues, miedo.

Cada grupo describía a su modo la situación política, pero ninguno disentía en opinión respecto al triunfo cierto del Restaurador sobre sus inmundos enemigos.

Según unos, la cabeza de Lavalle iba a ser puesta en una jaula en la plaza de la Victoria.

Según otros, todo el ejército prisionero debía venir a ser pasado a cuchillo por la Sociedad Popular, en la plaza del Retiro.

Las mujeres tomaban su parte también. Ellas declaraban que las unitarias, madres, esposas, hijas, hermanas de los traidores que traía Lavalle, les debían ser entregadas para cortarles la trenza y tenerlas después a su servicio.

Manuela no hacía sino volver los ojos de uno a otro grupo, oyendo ese certamen del crimen, en el cual todos competían por ganarse el triunfo en la emisión de una idea más criminal que las otras.

Para Manuela esto no era sorprendente, sin embargo, porque la repetición de esta escena le había hecho perder su admiración primitiva. Pero tampoco gozaba de ella, porque en su corazón de veinte y dos años no podía ser música agradable un coro perpetuo de juramentos y de maldiciones. Además, la costumbre de tratar a aquella gente le había dado el conocimiento de su importancia real, y ella sabía que no tenían para su padre ni aun la noble fidelidad del perro; que no eran otra cosa que esclavos envilecidos que venían delante de ella a jactarse de un sentimiento que era en ellos, más que otra cosa, la inspiración de sus instintos malos, y de su conciencia sometida al miedo y a la voluntad de su amo.

Pero en cambio, las demás mujeres gozaban por ella.

La una admiraba la elocuencia de su marido.

La otra renegaba del suyo porque no gritaba tanto como los otros. Pero se contentaba con que todos oyeran que ella hablaba por él.

Y otra, en fin, se envanecía de poder repetir a Manuela las palabras de su marido, que ésta no oía bien entre el tumulto.

Mercedes Rosas, que también hacía parte de la reunión, se alegraba a su vez porque las miradas de los hombres se dirigían a ella a la par que a Manuela, cuando hablaban del degüello y exterminio de los unitarios para defender así la Federación, al Restaurador y a las federales, palabras galantes con que los oradores de aquella asamblea cortejaban a las amables damas que allí había.

Y por último, Doña María Josefa Ezcurra gozaba por todos ellos y por todas ellas.

Larrazábal acababa de declarar en alta voz que él no esperaba sino la autorización de Su Excelencia para ser el primero que mojase su puñal en la sangre de los unitarios.

-Eso es hablar como buen federal -dijo Doña María Josefa en alta voz-. Por la tolerancia de Juan Manuel se han ido del país los unitarios que hoy vienen con Lavalle.

-Vienen a su tumba, señora -la contestó un hermano federal-, y debemos felicitarnos de que se hayan ido.

-No, señor, no -replicó Doña María Josefa-. Al seguro llevan preso; y mejor habría sido el matarlos antes de que se fuesen.

-¡Cabal! -gritó Salomón.

-Sí, señor, cabal -prosiguió la vieja-. Y no es lo peor la clemencia de Juan

Manuel, sino que cuando él da una orden de prender a algunos unitarios, los comisionados se ponen a papar moscas, y los unitarios se les escapan.

Los ojos de la vieja, chiquitos, colorados y penetrantes, se clavaron en Cuitiño, que de pie, a dos pasos de ella, arrojaba una bocanada del humo de su cigarro.

-Y no es peor tampoco que se les escapen -continuó-, sino que cuando los buenos servidores de la Federación les dicen dónde están escondidos, van allá y los mismos unitarios los embaucan como a muchachos.

Cuitiño se dio vuelta.

-¿Qué, se va, comandante Cuitiño?

-No, señora Doña María Josefa, pero yo sé lo que. me hago.

-No siempre.

-Siempre, sí, señora. Yo sé matar unitarios y he dado pruebas de ello. Porque los unitarios son peores que perros, y yo no estoy contento sino cuando veo su sangre. Pero usted está con indirectas.

-Me alegro que me haya comprendido.

-Yo sé lo que me hago.

-El comandante Cuitiño es nuestra mejor espada -dijo Garrigós.

-Así se lo digo todos los días a Peña para que aprenda -dijo Doña Simona González Peña, una de las más entusiastas federales, y que ostentaba, más que su entusiasmo, unas hermosas barbas negras.

-Pero no es época de espadas -observó Doña María Josefa, sino de puñal. Porque es a puñal que deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores a Dios y a la Federación.

-Así es -dijeron algunos.

-El puñal, esa es el arma que deben tener los buenos federales

-continuó Doña María Josefa.

-¡Cabal, el puñal! -gritó Salomón.

-¡Sí, que mueran a puñal, a puñal! -repitieron otros, y todos en seguida hicieron este magnífico coro de la Federación.

-¡A puñal, pero en el pescuezo! -dijo Doña María Josefa relampagueándole los ojos.

-Y que el cuchillo esté mellado, con eso les duele -agregó Gaetán, hombre amulatado y de una figura la más repugnante posible.

-Yo lo que siento es que los serenos tengan fusiles, porque Mariño no quiere sino fusilar a los que llevan a su cuartel -dijo otro personaje de la reunión.

-¡Vaya, si es muy escrupuloso este Mariño! Por eso tuvo tantos miramientos con la viudita de Barracas.

-Ha dicho muy bien la señora Doña María Josefa: el puñal debe ser el arma de los federales, y en adelante yo daré mis órdenes -dijo Mariño queriendo lisonjear a aquella arpía para que no continuase.

-Que acabe el Restaurador con los que vienen, y nosotros acabaremos con los que están dentro -dijo Garrigós, embutido entre su alta corbata, como era su costumbre.

-A la primera orden que nos dé el Restaurador, la primera cabeza que corte yo, se la he de traer a usted, Doña Manuelita -dijo Parra.

Manuela hizo un gesto de repugnancia y volvió los ojos a la mujer de Don Fermín Irigoyen, que tenía a su lado.

-Los unitarios son demasiado feos para que quiera verlos Manuelita -dijo Torres buscando el ponerse de acuerdo con la hija de su padre.

-Así es, pero degollados se han de poner muy buenos mozos -contestóle

Doña María Josefa.

-Si a la niña no le gustan ver esas cosas yo no le he de traer la cabeza que le he ofrecido -replicó Parra-, pero los hombres, sí; los hombres es preciso que veamos todos las cabezas de los unitarios, sean lindos o feos -continuó dirigiéndose a Torres-; porque aquí no hemos de andar con gambetas. Todos somos federales y todos debemos lavarnos las manos en la sangre de los traidores unitarios.

-¡Cabal! -gritó Salomón.

-Eso es hablar -dijo Merlo.

-Y el que no quiera hacer lo que los restauradores, que han de morir por el señor Don Juan Manuel de Rosas y su hija, que alce el dedo -dijo Gaetán.

-Mándeme, Doña Manuelita, y mándeme donde quiera, que yo solo basto para traerle un rosario de orejas de los traidores unitarios.

Manuela volvió los ojos a todas las mujeres que allí había. Buscaba alguna simpatía de sexo, alguna armonía blanda de espíritu, algún signo de resignación que la fortaleciese. Pero nada... nada... nada. Allí no había en hombres y mujeres sino fisonomías duras, encapotadas, siniestras. En ésta el oído, en aquélla el vicio; en ésa la abyección de la bestia, en la otra la prostitución y el cinismo: he ahí todo cuanto rodeaba a aquella mujer joven en cuyo corazón la Naturaleza no había sido avara quizá de afectos tiernos y delicados, pero en el cual la infernal escuela en que la ponía su mismo padre estaba encalleciendo sus sensibles fibras, al roce de las más rudas y torpes impresiones.

-¡Sí, todos debemos contribuir a dar un grande ejemplo para que la Federación quede afianzada sobre bases inconmovibles de diamante!

-exclamó el diputado García, con el énfasis y la petulancia que era habitual a sus palabras.

-¡Bravo!

-¡Ese será el día grande de la patria, el día que se apague esta fiebre de libertad que nos devora -continuo el orador-. Fiebre santa que no se apagará sino con la sangre de los esclavos unitarios.

-A propósito de fiebre -dijo Mariño al general Soler, casi al oído, mientras el diputado continuaba su estupenda peroración ante su popular auditorio-. A propósito de fiebre, ¿sabe usted general que el cura Gaete se nos va?

-He oído que está malo, ¿qué diablos tiene?

-Una fiebre cerebral espantosa.

-¡Hola!

-De muerte.

-¿Desde cuándo?

-Creo que hace cinco o seis días.

-¡Malo!

-¡En todo el delirio no habla sino de magnetismo; de Arana, de dos que dice él mismo que no quiere nombrar, de una porción de disparates!

-¿Y al Gobernador no lo nombra?

-No.

-Entonces puede morirse cuando quiera.

-Sin embargo, era un buen federal.

-Y mejor borracho.

-Dice usted bien, general, y es probable que el origen de su fiebre sea de alguna tranca.

-De todos modos, si Lavalle triunfa, el diablo se había de llevar al fraile a las pocas horas.

-Y a muchos con él.

-¿A usted y a mí por ejemplo?

-Puede ser.

-Todo puede ser.

-Y no es eso lo peor.

-¿Cómo, general?

-Digo que es lo peor el que no podemos asegurar que no triunfará.

-Cierto.

-Lavalle es arrojado.

-Pero tenemos triple número de fuerza.

-Yo he tomado el cerrito de la Victoria con un tercio de fuerza de la que defendía su altura.

-Pero eran españoles

-¡Pues! Eran españoles. Lo que quiere decir, señor Mariño, que sabían batirse y morir peleando.

-No son menos valientes nuestros soldados.

-Lo sé. Y luego, pueden ser vencidos como lo fueron los españoles, a pesar de su valor.

-Pero la justicia está de nuestra parte.

-Sobre el campo de batalla no hay justicia, señor Mariño.

-Tenemos el entusiasmo.

-Ellos también.

-De manera que...

-De manera que se van a batir, y el diablo sabe quién ganará.

-General, estamos de acuerdo.

-Ya lo sé.

-He querido saber sus opiniones de usted a ese respecto.

-Ya lo sé también.

-No me admira esa perspicacia, general; usted ha vivido mucho en la revolución.

-Me he criado en ella.

-Pero nunca habría habido en ella un cataclismo peor que el que sufriríamos los federales, si triunfase Lavalle.

-Sería asunto concluido.

-Para todos.

-Especialmente para usted y para mí, señor Mariño.

-¿Especialmente?

-Sí.

-¿Y por qué, general?

-¿Con franqueza?

-Sí, con franqueza.

-Porque a mí me aborrecen no sé por qué, y a usted por mashorquero.

-¡Oh!

-Yo sé que no deben quererme.

-Y yo sé que no soy mashorquero, en el sentido de esa palabra.

-Bien puede ser, pero como no hemos de tener un tribunal que nos juzgue, tendremos que hacernos matar o emigrar.

-¡Y la emigración debe ser una cosa terrible, general Soler! -exclamó Mariño meneando la cabeza.

-Esa es la palabra; yo la he sufrido varias veces, y sé que es terrible.

-Entonces es preciso que todos resistamos hasta lo último.

-Quién sabe si podremos contar con todos.

-También tengo esa duda.

-Las defecciones son cosas naturales en todas las revoluciones.

-¡Ah, y los enemigos encubiertos son los peores!

-Los más terribles.

-Pero a mí no se me escapan... Ahí tiene usted uno.

-¿Quién?

-Ese que entra.

-Pero ése es un muchacho.

-Sí, es muchacho de veinte y cinco años. Todo el mundo lo cree el mejor federal, pero para mí no es otra cosa que un unitario disfrazado.

-Eso no vale nada.

-Ya lo sé, pero es unitario.

-¿Su nombre?

-Bello; Daniel Bello; es hijo de un verdadero federal; hacendado, socio de los Anchorenas; y de gran prestigio en la campaña.

-Entonces está bien guardado.

-El mozo este es además muy protegido de Salomón; y entra y sale en todas partes.

-Entonces, mi amigo, es preciso saludarlo -dijo el general Soler.

-Sí; pero ya está apuntado -contestó Mariño, y ambos volvieron a los grupos.

X. Continuación del anterior

Era en efecto Daniel Bello el que había entrado al salón de Rosas; y después de atravesar por entre los concurrentes dando fuertes apretones de mano a derecha e izquierda, fue a hacer sus reverencias a Manuela y a las federales damas de su corte.

Daniel llegaba vestido a la rigorosa moda de la Federación; es decir, venía de chaqueta, chaleco punzó, grandes divisas y sin guantes. Pero la chaqueta estaba perfectamente cortada, con doble botonadura, y vueltas de terciopelo negro en las mangas; sus botas eran de lustroso charol, su chaleco de rico casimir; sus manos eran delicadas, manos mujeriles puede decirse, y su cara la que le conocemos: bella, inteligente y sobre cuya sien pálida caían sus lacios y lustrosos cabellos, más oscuros que sus ojos castaños, que a veces, con la luz vivísima de su mirada, parecían ser del gris semioscuro de los ojos de Cristóbal Colón, según nos los describe el hijo del célebre almirante. Y todas estas condiciones reunidas eran más que suficientes para que Daniel fuera bien recibido de las damas; damas, por otra parte, que no podían menos de mirar complacidas aquel hermoso joven que era de los pocos que a esa época usaban el chaleco punzó de la

Federación. Y ellas, pues, que sabían la jactancia de las unitarias por los hermosos y elegantes jóvenes que había en su partido, miraban con cierto orgullo a aquel que en el de ellas podía rivalizar en todo con el más bien apuesto unitario.

En el acto la señora del médico Rivera hizo un lugar en el sofá en que estaba, pero tan estrecho que Daniel habría tenido que sentarse sobre alguna parte del turgente muslo de la abundante hermana de Su Excelencia. Crimen político que estuvo muy lejos de querer cometer, y prefirió una silla al otro extremo del sofá, junto a Manuela.

Mercedes no retrocedió, sin embargo. Se levantó, tomó una silla, se sentó al lado de Daniel, y su primer saludo fue darle un fuerte pellizco en un brazo, diciéndole al oído.

-¿Se ha hecho el que no ha visto, no?

-He visto que está usted muy buena moza, señora -la contestó Daniel creyendo darla lo que buscaba. Pero quería más.

-Desde ahora le digo una cosa.

-Hable usted, señora.

-Que quiero que me acompañe cuando nos vayamos. Porque hoy deseo hacer rabiar a Rivera yendo con un buen mozo; porque es celoso como un turco; no me deja ni respirar. Yo le he de contar todo esto, ahora cuando nos vayamos.

-Tendré mucho honor, señora.

-Bueno. Hablemos fuerte ahora para que no se fijen.

Manuela reclinaba su brazo en uno de los dos del sofá, y Daniel había elegido la silla que se juntaba con el ángulo en que estaba la joven, e inclinándose un poco podía conversar con ella sin ser oído de los demás.

Así lo hizo y la dijo:

-Si alguien gozara la felicidad y el honor de un interés especial por usted, señorita, esta casa sería un rival peligroso.

-¿Porqué, señor Bello? -contestó Manuela con candidez.

-Porque la numerosa concurrencia diaria que hay en ella distraería mucho la imaginación de usted.

-No -contestó Manuela con prontitud.

-Perdón, señorita: yo tengo el atrevimiento de poner en duda esa negativa.

-Y, sin embargo, he dicho la verdad.

-¿Cierto?

-Cierto: yo hago por no oír, y por no ver.

-Es una ingratitud entonces -dijo Daniel sonriendo.

-No, es una retribución.

-¿De qué, señorita?

-¿Cree usted que mi silencio, o mi displicencia, les pueda disgustar?

-¿Y cómo no creerlo?

-Entonces yo les retribuyo el disgusto que ellos me causan con estarme hablando siempre de una misma cosa, que por otra parte yo no quisiera oír nunca.

-Pero hablan del señor Gobernador; de la causa que es común a todos; hablan por el entusiasmo que los anima.

-No, señor Bello, hablan por ellos mismos.

-¡Oh!

-¿Lo duda usted?

-Me sorprende a lo menos.

-¡Porque usted no ocupa mi triste lugar todos los días!

-Bien puede ser por eso.

-Eche usted la vista sobre cuantos aquí hay, y, a excepción de usted, yo no sé cuál de los que están esta noche en mi presencia ha venido con otro objeto que el de darse valimiento de federal a mis ojos, para que yo se lo repita a tatita.

-Sin embargo, ellos sirven fielmente a nuestra causa.

-No, señor Bello, ellos nos hacen mal.

-¿Mal?

-Sí; porque ellos hablan más de lo que debieran, y quizá no obran con la buena fe que yo quisiera para la causa de mi padre. Además, ¿usted cree que yo estoy contenta con estas mujeres y estos hombres que me rodean?

-Cierto. Usted tiene más talento que todos ellos.

-No hablo de talento; hablo de educación.

-Comprendo que deba mortificar a usted mucho la ausencia de otra sociedad.

-Hasta mis primeras amigas me han abandonado.

-La época quizá.

-No, es esta gente, cuya sociedad tengo que aceptar porque tatita lo quiere. Creo que es usted la única persona de calidad que me visita.

-Sin embargo, aquí veo personas muy distinguidas.

-Pero que se han empeñado en hacerse peores que las que no lo son, y lo han conseguido.

-¡Es terrible cosa!

-Me fastidian, señor Bello. Paso la vida más aburrida de este mundo. No oigo hablar sino de sangre y de muerte a estos hombres y a estas

señoras. Yo sé bien que los unitarios son nuestros enemigos. ¿Pero qué necesidad hay de estarlo repitiendo a cada momento con esas maldiciones que me enferman: y sobre todo, con la expresión de un odio que yo no creo, porque toda esta gente es incapaz de pasiones? ¿Qué necesidad, además, de venir aquí mismo a atormentarme la cabeza con esas cosas, impidiendo así que se me acerquen las personas de mi sexo, o los amigos que yo quisiera?

-Es cierto, señorita -dijo Daniel con el tono más sencillo del mundo-. Es cierto; a usted le hacen falta algunas jóvenes de su edad y de su educación, que la distrajeran y la hicieran olvidar un momento los sobresaltos en que vive en esta época terrible para todos.

-¡Oh, cómo sería feliz entonces!

-Conozco una mujer cuyo carácter se armonizaría perfectamente con el de usted, la comprendería y la querría.

-¿Sí?

-Una mujer que simpatizó con usted desde el primer momento en que la vio.

-¿De veras?

-Que no hay un día que no me haga alguna pregunta relativa a usted.

-¡Oh! ¿Y quién es?

-Una mujer que es tan desgraciada, o más que usted misma.

-¿Tan desgraciada?

-Sí.

-No; no hay en el mundo ninguna más desgraciada que yo -dijo Manuela exhalando un suspiro y bajando húmedos sus ojos.

-Usted siquiera no es calumniada.

-¿Que no soy calumniada? -exclamó Manuela alzando su cabeza y fijando sus ojos resplandecientes sobre Daniel-. Es lo único que yo no les perdonaré a los enemigos de mi padre, que hayan hecho pedazos mi reputación de mujer, por espíritu de venganza política. ¡Y que calumnia, Dios mío! -exclamó Manuela llevando la mano a sus vivísimos ojos.

Las conversaciones de los grupos eran tan animadas, que el diálogo de los dos jóvenes no era percibido, sino espiado de vez en cuando por las miradas de Doña María Josefa y de Mariño.

-El tiempo ha de desvanecer todo eso, amiga mía -dijo Daniel con un tono de voz tan insinuativo y tierno, que Manuela no pudo menos de darle las gracias con una mirada dulcísima-. Pero el tiempo es, por el contrario, el mayor enemigo de la persona de quien hablamos.

-¿Cómo? Explíquelo usted.

-El tiempo la hace mal, porque cada instante que pasa agrava su situación.

-¿Pero qué hay? ¿Quién es? -preguntó la joven con una prontitud propia de su carácter impaciente y vivo.

-La calumnian políticamente. La hacen aparecer como unitaria y la persiguen.

-¿Pero quién es?

-Amalia.

-¿Su prima de usted?

-Sí.

-¿Y la persiguen?

-Sí.

-¿Por orden de tatita?

-No.

-¿De la policía?

-No.

-¿Y de quién?

-Del que la persigue.

-¿Pero quién puede perseguirla?

-Uno que se ha enamorado de ella, y a quien ella desprecia.

-Y...

-Perdón... y hacen valer la Federación y el respetable nombre del Restaurador de las Leyes, como instrumentos de una venganza innoble e interesada.

-¡Ah!, ¿quién es?, ¿quién es el que la persigue?

-Perdón, señorita, no puedo decirlo todavía.

-Pero yo quiero saberlo para decirlo a tatita.

-Alguna vez lo sabrá usted. Pero tenga usted entendido que es persona de grande influencia.

-Tanto más criminal entonces, señor Bello.

-Lo sé.

-Una cosa.

-Hable usted, señorita.

-Quiero que traiga usted a Amalia.

-¿Aquí?

-Sí.

-No vendrá.

-¿No vendrá a mi casa?

-Es algo excéntrica, y se hallaría muy mal entre tan numerosa

concurrencia, como la que rodea a usted, señorita.

-La recibiré sola... Pero no, yo no tengo libertad para estar sola.

-Además, ella teme un insulto desde que su casa ha sido registrada.

-¡Pero es inaudito!

-Además también, ella ha dejado su linda quinta de Barracas por algunos días; y a pesar del retiro en que vive, está inquieta, sobresaltada.

-¡Infeliz!

-Usted, sin embargo, podría hacerla un gran servicio.

-¿Yo? Hable usted, Bello.

-Una carta de usted que ella pudiera enseñarla a quien se presentara sin orden del señor Gobernador.

-¿Y habrá quien ose hacerlo sin orden de tatita?

-Lo han hecho ya.

-Bien, escribiré mañana mismo.

-Yo me atrevería a pedir a usted que, al escribir esa carta, recordase que todos deben guardarse bien de tomar el nombre del general Rosas y de la Federación para cometer injusticias e inferir insultos.

-Bien, bien, comprendo -dijo Manuela radiante de alegría, con encontrar una ocasión en que poder hacer sufrir al amor propio de aquellos que la incomodaban a todas horas.

-Nuestra conversación, que yo sostengo con tanto placer -continuó Manuela-, se prolonga demasiado para no despertar celos en toda esta gente a quien yo tengo que atender sin distinción de personas, según la voluntad de tatita.

-Sus deseos de usted son órdenes que yo respeto. ¿Pero usted me promete no olvidar la carta?

-Sí; mañana mismo la tendrá usted.

-Bien. Gracias.

Manuela no se había equivocado; el diálogo con Daniel empezaba a despertar celos en aquella especie de perros hambrientos de alguna sobra del banquete federal a que asistían todas las noches, y cuya reina bacanal debía ser Manuela, la pobre víctima de la loca ambición del que la dio la vida.

La noche estaba fría, pero Garrigós empezaba a sudar desde la frente, cubierta por la máscara de la hipocresía, hasta su cuello sumergido dentro su inmensa corbata; tal era cuanto había perorado aquel discípulo de fray Gerundio de Campazas; y toda la concurrencia esperaba que Manuela acabase su conversación particular, para irse a su casa a referir a sus allegados las palabras, las sonrisas, las acciones con que habían sido honrados por la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

En efecto, no bien Daniel se volvió a Mercedes, y Manuela a la esposa de Mariño, cuando sucesivamente fueron llegando a despedirse de ella cuantos allí había; haciendo cada uno un cumplimiento a su modo. El uno la hacía un juramento de morir por ella y por su padre; el otro la ofrecía una cabeza; aquél unas orejas; y más de uno la ofrecía trenzas de las salvajes unitarias; todo para cuando llegara el día de la venganza de los federales.

XI. De cómo empezó para Daniel una aventura de fábulas

De cómo empezó para Daniel una aventura de fábulas

Por más de un momento Daniel llegó a creer con toda buena fe que se hallaba de veras en el infierno. Se puede imaginar, pues, lo que oiría entre aquellas gentes, cuya sociedad buscaba Rosas para su hija.

Manuela, aunque acostumbrada a este coro, se ruborizaba, sin embargo, de que Daniel oyese aquel lenguaje que se le tributaba como homenaje debido a su posición. Pero con esa elocuencia que aquél poseía en sus miradas, diola resignación por varias veces, acabando de convencerla de que había en él una remarcable superioridad sobre los otros.

La sala quedó al fin despejada, y la señora Doña Mercedes Rosas y Rivera levantóse para retirarse. Y con aquella su candidez característica la dijo abrazándola:

-Con que, hijita, me voy, y me llevo a Bello para hacer rabiar a Rivera.

Manuela fingió sonreírse.

-No me deja, mujer -continuó la primera-, está como nunca. Anoche hasta me pellizcó; pero yo nada... lo he de hacer rabiar, hasta que deje de

celarme.

-¿Con que se va usted, tía?

-Sí, hijita, pues, hasta mañana.

Y Mercedes imprimió sus labios y sus rubios lunares en la pálida mejilla de su sobrina.

-Adiós, Manuelita. Descanse usted -la dijo Daniel dándola la mano, y con una expresión tan dulce y consoladora, que tocada la sensibilidad de aquella desgraciada criatura, sus ojos se anublaron de lágrimas al quedarse completamente sola en su salón.

Mercedes, entretanto, enlazó su brazo al de su compañero, y ambos atravesaron el gran patio, salieron a la calle de Restaurador, y doblaron luego hacia el correo.

La noche estaba fría. El pobre Daniel iba en cuerpo, pero el calor de la rabia que llevaba al verse tomado por asalto, le impedía felizmente echar de menos su capa.

-No, no vayamos tan ligero -dijo Mercedes.

-Como usted quiera, señora -contestó Daniel.

-Sí, vamos despacio. Y ¡ojalá que encontrásemos a Rivera!

-¡Sí, sí, ojalá!

-¡Cómo rabiaría!

-¿Es posible?

-¡Toma!

-¿Y, por supuesto, que me la quitaría a usted?

-¡Qué! Vea usted. Voy a contarle una cosa. La otra noche me encontró que venía de lo de Agustina con un mozo. Me vio; y atravesó a la vereda de enfrente. Yo que lo conocí en el acto, ¿qué le parece a usted que hice?

-Lo llamaría usted.

-¡Qué! Nada. Me hice la que no lo había visto. Empecé a caminar y doblar calles. Casi perdí un zapato que me había enchancletado. Pero, nada; siempre doblando calles; y Rivera sigue que sigue, por la vereda de enfrente. Yo conocía que venía ardiendo, y dale; a propósito lo hacía; hablaba despacio; me paraba de cuando en cuando; me reía de repente, hasta que al fin llegamos a casa, después de haber andado más de una hora, con Rivera por detrás. Allí fue la buena: gritó, hasta que más no pudo; pero al cabo tuvo que venirse a las buenas; se hincó, me besó la mano; y después...

-Y después quedarían las paces hechas, como entre dos buenos esposos -la dijo Daniel interrumpiéndola, y persuadido ya, que lo mejor era sacar un alegre partido de la conversación con aquella original criatura. La más original, sin duda, en la familia de Rosas, donde todos los caracteres tienen alguna novedad; la más original, pero la menos ofensiva, y la de mejor corazón. Con ese apellido, tan histórico desgraciadamente, ninguna mujer ha obrado el mal; y ningún hombre ha dejado, más o menos, de hacer sentir los arranques de su carácter despótico.

-Y después quedarían las paces hechas, como entre dos buenos esposos -había dicho Daniel.

-¡Qué, no! Después se fue a acostar a su cuarto.

-¿Ah, tienen ustedes cuarto aparte?

-Hace más de dos años.

-¿Sí?

-Y es por eso que lo hago rabiar. Yo paso unas soledades terribles, pero no cedo. Porque, mire usted, yo soy una mujer de pasiones violentas.

Tengo una imaginación volcánica; y no he encontrado todavía quien me comprenda.

-¿Pero, señora, y su marido de usted?

-¿Mi marido?

-Pues, el señor Rivera.

-¡Marido, marido! ¿Pero hay cosa más insoportable que un marido?

-¿Es posible?

-No hay nada más prosaico.

-¡Ah!

-Más material.

-¿Sí?

-Jamás la comprenden a una.

-¡Pues!

-Además, Rivera es tonto.

-¿También?

-Pues, como todo hombre de ciencia.

-Así es.

-¡Oh, si fuera un poeta, un artista, un joven de pasiones ardientes!

-¡Ah, entonces!

-¡Ah!, yo soy muy desgraciada, muy desgraciada; yo que tengo un corazón volcánico y que comprendo todos los secretos del amor.

-Cierto, es una desgracia ser como usted es, Merceditas.

-Así se lo digo todos los días en su cara.

-¿A quién?

-A Rivera, pues.

-¡Ah!

-Se lo digo, sí, y a gritos.

-¿Lo que me ha dicho usted a mí?

-Y mucho más.

-¿Y él qué le dice a usted, señora?

-Nada. ¿Que ha de decirme?

-¿Y no la hace a usted algo?

-¡Qué! Si no puede hacer nada.

-¡Es muy bueno ese señor Rivera!

-Sí, es muy bueno, pero no me sirve. Yo necesito un hombre de imaginación ardiente; un hombre de talento. ¡Oh, un hombre así, para que nos enloqueciésemos juntos!

-¡Santa Bárbara, señora!

-Sí: que nos enloqueciésemos; que estuviésemos juntos todo el día; que...

-¿Qué más, señora?

-Que nos encerrásemos, aunque Rivera se enojase, y allí compusiéramos versos, y leyésemos juntos todas mis obras.

-¿Ah, es usted autora?

-¡Pues no!

-Superior.

-Estoy escribiendo mis memorias.

-Magnífico.

-Desde antes de nacer.

-¡Cómo! ¿Escribía usted sus obras antes de nacer?

-No; cuento mi historia desde esa época, porque mi madre me refirió, que desde que estaba embarazada de cinco meses, ya le saltaba en el vientre,

hasta el extremo de no dejarla dormir. Nací llena de pelo; y desde que tuve un año, ya hablaba de corrido. No hay pasión por que no haya pasado en el curso de mi vida, y tengo un cajón de la cómoda lleno de cartas y rulos de pelo.

-¿Y el señor Rivera no anda por ese lado?

-¡Toma! Cuando lo quiero hacer rabiar, y él está viendo la calavera...

-¿Qué?

-Sí, pues, hombre. Una calavera vieja que tiene en su cuarto; y en la que se pone a estudiar no sé qué cosas.

-¡Ah!

-Pues, como le decía; cuando le siento en su cuarto, ¿sabe lo que hago?

-Vamos a ver.

-Entreabro la puerta de su cuarto para que me vea por la rendija, y yo abro la cómoda y empiezo a sacar las cartas y a leer en el primer renglón de cada una:

Mi querida Mercedes. Ídolo de mi vida Mi adorada Merceditas. Merceditas de todo mi corazón. Incomparable Mercedes. Merceditas, luz de mis ojos. Mi Mercedes, estrella de mi vida. Rubiecita de toda mi alma.

Y en fin, un millón de cartas, de cuando era soltera, que sería nunca acabar si las dijera.

-¿Y hasta qué época ha llegado usted en sus memorias?

-Ayer he empezado a describir el día en que salí de cuidado por primera vez.

-¡Importante capítulo!

-Es una de las curiosidades de mi vida.

-Pero, señora, eso es muy común.

-¡Qué! Si fue una cosa asombrosa. Imagínese usted que salí de cuidado haciendo versos, y sin conocer el trance en que estaba.

-¡Admirable constitución!

-Así tuve mi primer hijo, y la mitad es en verso y la mitad en prosa.

-¿Quién, el niño?

-No, la obra, pues; las memorias.

-¡Ah!

-Sólo este zonzo de Rivera no les quiere dar mérito.

-Será un hombre frío.

-¡Como una nieve!

-Material.

-¡Como una piedra!

-Sin espíritu.

-¡Por supuesto!

-Prosaico.

-¡Ni leer sabe los versos siquiera!

-Un hombre sin corazón.

-¡Diga usted que es un zonzo, y lo ha dicho todo!

-Pues bien, diré, con el debido permiso de usted, que su marido es un zonzo.

-Eso es. Pero mire usted, asimismo lo quiero. Todas las mañanas él mismo va al mercado, y se viene con cuanto sabe que a mí me gusta. Me recuerda dándome palmadas, y me echa en la cama todo cuanto trae. Después, si el pobre se enoja alguna vez, se viene a las buenas.

-Es una excelente condición.

-No tiene más, sino lo que le he dicho. No sirve para nada; y yo

necesito un hombre frenético; un joven, de talento, varonil; que no me deje un solo instante.

-Señora, vamos que ya estamos cerca -dijo Daniel viendo que su compañera acortaba cada vez más el paso.

-Sí, vamos. Le voy a leer a usted algo de mis memorias.

-Perdón, señora, pero...

-No hay pero que valga.

-Ya es muy tarde, señora.

-No, no, si no ha de haber venido Rivera todavía.

-Dispense usted, Merceditas, me es imposible.

-Sí, sí, ha de entrar.

En este momento llegaron a la puerta de la casa.

-Otro día.

-No, ahora.

-Me esperan en casa.

-¿Es alguna cita?

-No, señora.

-¿No es mujer?

-No, señora.

-Júremelo.

-Doy a usted mi palabra.

-Entonces, entre.

-No puedo, lo repito, señora, no puedo.

-¡Ingrato!

Daniel dio una docena de furiosos golpes con el llamador, a fin de que vinieran cuanto antes a sacarlo del trance en que se hallaba.

-Pero qué, ¿de veras no entra usted? ¿Desprecia usted la lectura de mis memorias?

-Otro día, señora.

-Bien, pero ese día será mañana.

-Haré lo posible.

-Mire, hay un pato que dejó Rivera para cenar; entre, vamos a comérnoslo.

-¡Señora, si yo no ceno nunca!

-¡Entonces, mañana!

-Puede ser.

-Bien; voy a tener listos los capítulos más interesantes de mis memorias.

-Buenas noches, Merceditas.

-Hasta mañana -contestó ella; y Daniel echóse, no a andar, sino a correr, luego que cerróse la puerta, y quedó en su casa la hermana de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes, mujer todavía fresca, de hermoso busto y de un color alabastrino, pero de un carácter el mas romántico posible, sirviéndonos de una expresión de aquella época, usada para definir todo lo que salía del orden natural de las cosas. Y mientras nuestro héroe sigue corriendo y riéndose como un muchacho, no podemos menos de pasar con el lector a ciertos días anteriores a éste, para poder tomar y seguir el hilo de esta historia.

XII. El despertar del cura Gaete

El despertar del cura Gaete

Aquel día tan fatal para Don Cándido Rodríguez, en que vio frustrada su tentativa de embarque clandestino, y en el momento en que se acercaba a la casa de Daniel, destilando agua todavía de sus empapadas botas y calzones, su discípulo acompañaba hasta la puerta de la casa al presidente de la Sociedad Popular Restauradora, que había venido en solicitud de una representación federal que la Sociedad debía dirigir al Ilustre Restaurador de las Leyes, ofreciéndole de nuevo sus vidas, honor y fama durante la espantosa crisis que provocaban los inmundos, traidores, asquerosos unitarios. Representación que le fue ofrecida por Daniel en el acto, con un calor y una elocuencia federal que dejó atónito al hermano de aquel enojadizo Don Genaro, que retribuía con leñazos el respetable nombre de Salomón, con que querían honrarlo los muchachos: la representación le debía ser enviada al siguiente día.

Y lleno de seguridad de que su nombre, después que firmase ese memorable documento, pasaría de generación en generación, a recibir los aplausos de la más remota posteridad, se despedía de su joven amigo,

decidido a darle también honor, vida y haberes, como modelo que era del más acendrado federalismo. Y se despedía de él, cuando llegaba el muy respetable secretario privado de Su Excelencia el gobernador delegado.

-¡Daniel! -exclamó Don Cándido tomando del brazo a su discípulo.

-Entremos, mi querido maestro.

-No, salgamos -le contestó queriendo retenerle en el zaguán. Pero Daniel lo tomó del brazo y muy amablemente lo introdujo a la sala.

-¡Daniel!

-¿Sabe usted, señor, que me asusta la entonación de su voz y el modo de mirarme?

-¡Daniel! Estamos perdidos.

-No todavía.

-Pero nos perdemos.

-Es posible.

-¿Y no eres tú quien ha preparado esta suerte impía, calamitosa, adversa, que pesa y gravita sobre nosotros?

-Puede ser.

-¿Y sabes lo que hay?

-No.

-¿Pero no te lo dice la conciencia?

-No.

-¡Daniel!

-Señor, yo estoy de buen humor esta tarde, pero parece que viene usted a quitármelo.

-¿De buen humor, y pendiente está sobre tu cabeza, y sobre la mía, que es lo peor, la ensangrentada guadaña de la negra parca?

-Lo que me pone de mal humor no es eso, porque ya lo sé, sino el que usted no me dice lisa y llanamente lo que hay; que va emplear media hora de circunloquios, ¿no es verdad?

-No, oye.

-Oigo.

-Seré rápido, violento, súbito en mi discurso.

-Adelante.

-Tú sabes que soy secretario privado del ministro, ahora gobernador delegado.

-Estoy.

-Voy todas las mañanas, y escribo lo que hay que copiar, aunque con trabajo; pues has de saber que la escritura, la buena escritura, pertenece únicamente a la edad juvenil, o más propiamente dicho, a los treinta años, pues que antes de esa época de la vida el pulso está muy inquieto, y después, la vista está muy débil y poco flexibles los dedos; efecto es todo esto de la sangre que, según dicen, corre con más o menos celeridad, según los años en que está el hombre, y según la salud, aunque en mi opinión...

-¡Santa Bárbara bendita! Me va usted a hacer una disertación.

-Retrogrado.

-Bien.

-Me circunscribiré.

-Mejor.

-Esta mañana, pues... -Y Don Cándido hizo a Daniel la relación de cuanto le había ocurrido en lo de Arana, en el convento y en el muelle, empleando una buena media hora en unos doscientos adjetivos y un buen par de docenas de episodios.

Daniel oía, meditaba y formaba su plan con aquella rapidez de percepción y de cálculo que le conocemos.

-¿Conque se incomodó mucho con la cosa del sonambulismo? -preguntó a Don Cándido con los ojos fijos en el suelo, y su mano jugando maquinalmente con su barba.

-Mucho; primero estaba perplejo, indeciso, fluctuante: después se irritó y...

-¿Y miraría sucesivamente al señor Don Felipe y a usted durante esa perplejidad de que usted habla?

-Sí, puso una cara que me parecía de un loco.

-Dudaba... Es criminal y es ignorante, luego es susceptible a la superstición.

-¿Qué estás hablando entre dientes, Daniel?

-Nada, estoy sonámbulo.

-¿Y no es terrible?...

-¿Doña Marcelina le ha dicho a usted que el cura Gaete quedaba durmiendo la siesta?

-Sí.

-¿Qué hora sería?

-Tres y media a cuatro.

-Son las cinco y cuarto -dijo Daniel viendo su reloj.

-Y que había comido con las sobrinas de Doña Marcelina.

-Entonces ha bebido mucho -continuó Daniel como para sí mismo.

-Y bien, ¿qué dices? ¿Qué hacemos?

-Salir y andar de prisa -dijo Daniel levantándose, y pasando a su alcoba, donde tomó sus pistolas y su capa.

Volvió a la sala y dijo a Don Cándido:

-Vamos, señor.

-¿Adónde?

-A salvarnos de la persecución de Gaete, porque éstos no son momentos de vivir con gente a las espaldas.

-¿Pero dónde vamos? ¿Corremos acaso algún peligro?

-Vamos, señor, o de lo contrario esta noche o mañana tiene usted que habérselas con el cura Gaete y dos o tres de sus amigos.

-¡Daniel!

-¡Fermín! Cierra; si alguien viene, que estoy ocupado.

Y Daniel, después de dar esta orden a su fiel criado, se embozó en su capa; y, con Don Cándido arrastrado magnéticamente, enfiló la calle de la Victoria, dobló hacia Barracas, luego hacia el este, después de andar algunas cuadras, y fue a salir a la plaza de la Residencia, en los momentos en que el sol se ponía.

-Daniel -dijo Don Cándido con tono melancólico y voz trémula-, nos aproximamos a la calle de Cochabamba.

-Justamente.

-Pero, ¿y si nos ven de la casa de esa mujer estrafalaria, que habla con todas las tragedias en la boca?

-Mejor entonces.

-¿Qué es lo que dices?

-Que vamos a esa casa.

-¿Yo?

-Usted y yo.

-No, no dirá la historia que allí murió Don Cándido Rodríguez.

Y nuestro amigo dio un golpe con su caña de la India en el suelo, y dando luego media vuelta a la derecha, se disponía a volver por el camino que había andado.

Daniel, sin desembozarse, le tomó del brazo fuertemente, y le dijo:

-Si usted vuelve, Gaete estará con usted esta noche; si usted escapa de Gaete, mañana lo mandarán a usted a Santos Lugares. Si usted me sigue y no hace otra cosa que amplificar cuanto yo haga y cuanto diga, usted está salvado entonces.

-¡Pero tú eres el diablo, Daniel! -dijo Don Cándido abriendo tamaños ojos y mirando a su discípulo.

-Puede ser. Vamos.

-¿Yo?

-Vamos -repitió Daniel sacudiendo el brazo de Don Cándido y clavando de sus brillantes ojos rayos tan fijos y tan firmes sobre las débiles pupilas de aquel su esclavo de voluntad, que, como a un golpe galvánico, aquella masa inerte en su albedrío siguió al joven sin responder una palabra.

A pocos minutos de marcha Daniel y su compañero llegaron a la puerta de Doña Marcelina en la calle de Cochabamba, como sabe el lector.

La puerta tenía abierta una de sus hojas, y en el pequeño patio no se veía a nadie; la calle estaba solísima.

El joven tomó la hoja de la puerta y la cerró, quedando él y Don Cándido en la calle. Después de cerrada tocó suavemente el picaporte.

Nadie salió.

Volvió a llamar un poco más fuerte; y entonces el ruido de un crujiente vestido de seda le hizo conocer que se acercaba la dueña de aquella solitaria

mansión.

La puerta entreabrióse, y Doña Marcelina, toda desprendida, y en desorden sus espesos y denegridos rizos, asomó su redonda y moreniza cara, en quien la expresión de la sorpresa puso su sello al ver los huéspedes que acababan de tocar sobre las puertas de su Edén.

Pero la inspiración dramática no se cortaba jamás en aquella hija de la literatura clásica, y su estupor no le impidió la aplicación de un verso de la Argia:

-Solo, sin armas, ¿Qué pretendéis hacer? Volved al campo.

-¿Se ha despertado Gaete?

-Sus miembros fatigados Gozan del sueño la quietud sabrosa,

-respondió Doña Marcelina.

-Adelante, pues -dijo Daniel empujando suavemente a Doña Marcelina, y arrastrando a Don Cándido en los momentos en que pasaba por su mente la idea de tomar la carrera.

-¿Qué hacéis, temerario? -exclamó Doña Marcelina.

-Cerrar la puerta.

Y en efecto corrió el cerrojo de ella.

La fisonomía de Daniel tenía en aquel momento la expresión de una resolución vigorosa.

Doña Marcelina estaba estupefacta.

Don Cándido creía llegada su última hora, y una especie de cristiana resignación empezaba a esparcirse por su alma.

-¿Cuáles de las sobrinas de usted están en casa?

-Gertruditas solamente; Andrea y las otras acaban de salir.

-¿Dónde está Gertrudis?

-Está peinándose en la cocina, porque el fraile está en el aposento, y yo estaba en la sala reclinada en mi lecho.

-Bien. Usted es una mujer de talento, Doña Marcelina; y con una sola mirada de su brillante imaginación alcanzará todo el cuadro que va a desenvolverse a sus ojos, o más bien a sus oídos, porque usted oirá todo desde la sala.

-¿Pero habrá sangre?

-No, usted me dará su opinión después, como literata. Quiero en el zaguán hablar con Gertruditas, cuando me disponga a salir.

-Bien.

-Traigo algo para ella y para usted.

-¿Pero dónde va usted a entrar?

-A ver a Gaete.

-¿A Gaete?

-Silencio.

Y Daniel tomó de la mano a Don Cándido y entró a la sala, mientras Doña Marcelina se fue a hablar a su Gertruditas.

La sala estaba casi en tinieblas, pero a la débil claridad, que entraba de la luz crepuscular por la rendija de un postigo, el joven se acercó a él, lo abrió y pudo entonces elegir el objeto que deseaba: éste no era otro que la inmensa colcha de zarazas del enorme lecho de Doña Marcelina, en que acababa de estar reclinada.

Daniel tomó la colcha, dio una punta a Don Cándido y le hizo señas de que la torciera a la derecha mientras él a la izquierda.

Don Cándido creyó con toda buena fe que se trataba de ahorcar al reverendo cura, y a pesar de todo el peligro que corría viviendo su enemigo,

la idea de un asesinato le cuajó la sangre. Daniel, que adivinaba y estaba en todo, se sonrió y tomando la colcha ya torcida, miró a Don Cándido y puso su dedo índice sobre los labios. En seguida acercóse a la puerta del aposento y el ronquido áspero, sonoro y prolongado con que salía el aire pulmonar por la entreabierta boca del cura Gaete, le convenció de que allí se podía entrar sin muchas precauciones de silencio, y entró, en efecto, con Don Cándido pegado a su levita.

Entreabrió uno de los postigos que daban al patio, y a la débil claridad de la tarde distinguió al cura de la Piedad, tendido sobre un catre de lona, boca arriba, en mangas de camisa, cubierto con una frazada hasta medio cuerpo, y durmiendo y roncando a pierna suelta.

Tomó una silla, colocóla muy despacio a la cabecera, entre el catre y la pared, hizo señas a Don Cándido de pasar a sentarse en ella, y luego que vio que su maestro había obedecido maquinalmente, como estaba haciendo todo, puso él otra silla en el lado opuesto. En seguida dio a Don Cándido, por encima del dormido, una de las puntas de la colcha torcida, haciéndole seña de que la pasase por bajo del catre. Obedeció Don Cándido, y en diez segundos Daniel dejó perfectísimamente bien atado al dignísimo sacerdote de la Federación: atado por la mitad del pecho contra el catre, pero de tal modo que las puntas del nudo venían a quedar del lado en que el joven iba a sentarse.

Hecha esta operación, se acercó a la ventana y dejó apenas la suficiente luz para que los ojos que iban a abrirse distinguiesen los objetos; dio en seguida una de sus pistolas a Don Cándido, que la tomó temblando; le dijo al oído que repitiera sus palabras cuando le hiciera señas y se sentó.

Gaete roncaba estrepitosamente cuando Daniel exclamó con una voz

sonora y hueca:

-¡Señor cura de la Piedad!

Gaete dejó de roncar.

-¡Señor cura de la Piedad!

Gaete abrió con dificultad sus abotagados ojos, dio vuelta lentamente su pesada cabeza, y al ver a Daniel, sus párpados se dilataron; una expresión de terror cubrió su rostro, y a tiempo de querer levantar la cabeza, exclamó Don Cándido del otro lado:

-¡Señor cura de la Piedad!

Es imposible poder describir la sorpresa de este hombre al dar vuelta hacia el lugar de donde salía esa nueva voz, y encontrarse con la cara de Don Cándido Rodríguez. Por un minuto estuvo volviendo su cabeza de derecha a izquierda; y como si quisiera convencerse de que no soñaba, hizo el movimiento de incorporarse, sin precipitación, como dudando, pero la banda que estaba atravesada sobre su pecho y sus brazos, le impidió levantar otra cosa que la cabeza, que inmediatamente cayó otra vez sobre la almohada. Pero esto no era todo. Al tiempo de descender la cabeza, Daniel puso la boca de su pistola sobre la sien izquierda, y Don Cándido, a un seña del joven, puso la suya sobre la sien derecha; y todo esto sin hablar una palabra, sin hacer un gesto, y sin moverse cada uno de su posición.

El fraile cerró los ojos, y una palidez mortal cubrió su frente.

Daniel y Don Cándido retiraron las pistolas.

-Señor cura Gaete -dijo el joven-, usted ha entregado su alma al demonio, y nosotros, a nombre de la justicia divina, vamos a castigar al que ha cometido tamaño crimen.

Don Cándido repitió las últimas palabras de Daniel, con una

entonación y énfasis a que él quería dar todos los visos de sobrenaturales.

Un sudor abundante y frío empezó a correr por las sienes del cura Gaete.

-Usted ha jurado asesinar a dos personas que se nos parecen; y antes de que usted cometa ese nuevo crimen, vamos a mandarlo a los infiernos. ¿Es verdad que usted ha hecho la intención de asesinar esos dos individuos, juntándose con tres o cuatro de sus amigos?

El fraile no respondía.

-¡Responda usted!

-¡Responda usted! -dijeron Daniel y Don Cándido, poniendo otra vez la boca de sus pistolas sobre las sienes del fraile.

-Sí; pero yo juro por Dios...

-¡Silencio! No nombre usted a Dios -dijo Daniel cortando la voz trémula y hueca del espantado fraile, cuyo semblante empezó a cubrirse de un color rojo, salpicándosele la frente de manchas amoratadas.

-¡Apóstata, renegado, impío, tu hora ha llegado, mi poderosa mano va a descargar el golpe! -exclamó Don Cándido, que habiendo comprendido que ya no había peligro quería portarse como un héroe.

-¿De dónde iba usted a sacar los compañeros con que pensaba cometer ese crimen? -preguntó Daniel.

Gaete no contestó.

-¡Responded! -gritó Don Cándido con una voz sonora.

-¡Responded! -gritó Daniel al mismo tiempo.

-Iba a pedírselos a Salomón -contestó el fraile sin abrir los ojos y con una voz cada vez más trémula.

Su respiración empezaba a hacerse difícil.

-¿Qué pretexto iba usted a darle?

El fraile no respondió.

-Hable usted.

-Hable usted -repitió Don Cándido poniendo de nuevo su pistola sobre la sien de Gaete.

-¡Por Dios! -exclamó, queriendo incorporarse, y volviendo a caer sobre la almohada.

-¿Tiene usted miedo?

-Sí.

-Pues usted va a morir -dijo Don Cándido.

Un rugido, acompañado de un sacudimiento de cabeza, se escapó del oprimido pecho de aquel hombre: su sangre empezaba a afluir copiosamente a su cerebro.

-Usted no morirá si se convence de que jamás se ha encontrado en esta casa con las personas a quienes quiere perseguir -dijo Daniel.

-¿Pero y ustedes quiénes son? -preguntó el fraile abriendo los ojos y volviendo con dificultad de uno a otro lado la cabeza.

-Nadie.

-Nadie -repitieron maestro y discípulo.

-Nadie -exclamó Gaete volviendo a cerrar los ojos, y sufriendo un golpe de convulsión en todos sus miembros.

-¿No comprende usted lo que le ha pasado y lo que le pasa ahora mismo?

Gaete no respondió.

-Usted está sonámbulo, y su destino es morir en ese estado el día mismo en que intente hacer el menor daño a las personas que cree estar

viendo.

-Sí -exclamó Don Cándido-, estáis sonámbulo, y moriréis sonámbulo, de muerte horrible, desgarradora, cruenta, el día que penséis siquiera en las respetables personas a quienes teníais sentenciadas. La justicia de Dios está pendiente sobre vuestra cabeza.

Gaete apenas entreoía. Un segundo sacudimiento convulsivo indicó a Daniel que un accidente apoplético estaba cercano de aquel miserable; y desatando entonces el nudo de la colcha que le oprimía el pecho, hizo una seña a Don Cándido y ambos salieron en puntas de pie: Gaete no los oyó salir.

Doña Marcelina y Gertruditas habían oído todo desde la puerta de la sala, y trémulas estaban con la risa.

-Doña Marcelina -la dijo Daniel en el zaguán-, su talento de usted es suficiente para adivinar cómo debe continuarse esta escena.

-Sí, sí; el sueño de Orestes, o el de Dido con Siqueo.

-Justamente. Eso es lo que ha tenido: un sueño, y nada más.

-Gertruditas, esto es para usted -continuó Daniel poniendo un billete de 500 pesos en manos de la sobrina de la ilustrada tía, que lo tomó no sin oprimir ligeramente aquella mano de que tan a menudo recibían obsequios, sin que su hermoso dueño pidiese por ello ningún favor a los animados ojos de las cuatro sobrinas huérfanas y abandonadas en el mundo, como decía su respetable tía, en cuyas manos puso el joven otro billete del mismo valor, saliendo en seguida a la calle de Cochabamba.

Cuatro horas después de esta escena el cura Gaete tenía rapada a navaja toda su cabeza, sin sentir cuatro docenas de sanguijuelas que se entretenían en chuparle la sangre tras de las orejas y en las sienes; y cuatro días después

el médico de Su Excelencia el Restaurador, y el doctor Cordero, no respondían aún de la importante vida del predicador federal.

Entretanto, Daniel estaba perfectamente libre de la persecución que lo amenazaba en esos momentos en que él necesitaba tanto de su seguridad, por su patria, por su querida y por sus amigos. Y como un cuerpo de reserva, en la noche de esa escena, le mandó al presidente Salomón su portentosa representación, advirtiéndole que había pasado toda la tarde ocupado en su importante redacción.

XIII. La casa sola

La casa sola

Siguiendo el camino del Bajo que conduce de Buenos Aires a San Isidro, se encuentra, como a tres leguas de la ciudad, el paraje llamado Los Olivos, y también cuarenta o cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dio el suyo a ese lugar, en donde más de una vez acamparon en los años de 1819 y 20 los ejércitos de mil a dos mil hombres que venían a echar a los gobiernos, para al otro día ser echados a su vez los que ellos colocaban.

Los Olivos, sobre una pequeña eminencia a la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso río, la dilatada costa, y las altas barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba más la atención en 1840, era una pequeña, derruida y solitaria casa, aislada sobre la barranca que da al río, a la derecha del camino: propiedad antigua de la familia de Pelliza, pleiteada entonces por la familia de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la Casa Sola.

Abandonada después de algunos años, la casa amenazaba ruinas por todas partes, y los vientos del sudoeste que habían soplado tanto en el

invierno de 1840 habrían casi completado su destrucción, si de improviso, y en el espacio de tres días, no hubieran refaccionádola, y héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándole sin mínima compostura en toda su parte exterior.

¿Quién dirigía la obra? ¿Quién mandaba hacerla? ¿Quién iba a habitar esa casa? Nadie lo sabía, ni lo interrogaba en momentos en que, federales y unitarios, todos tenían que pensar en asuntos muy serios y personales.

Pero el hecho es, que las paredes, antes derruidas, quedaron en tres días primorosamente empapeladas, asegurados los tirantes; allanado el piso; nuevas las cerraduras de las puertas, y puéstose vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella mansión que todo el mundo conocía por el nombre de la Casa Sola, habitada poco antes por algunas aves nocturnas; sobre cuyas cornisas abatidas resbalaban las alas poderosas de nuestros vientos de invierno, mientras que al pie de la barranca en que se levantaba, se quebraban en las negras peñas las azotadas olas del gran río, confundiendo su salvaje rumor con el que hacían los viejos olivares mecidos por el viento, y apenas a tres cuadras de aquella solitaria y misteriosa casa; en ella, decíamos, se veía ahora el sello de la habitación humana; y lo que es más, de la habitación humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencilla pero elegantemente amuebladas; y al áspero grito de la lechuza había sucedido allí el melodioso canto de preciosos jilgueros en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubría una mesa redonda de caoba, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelana y cristales reflectaban la luz de una pequeña pero

clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y media de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá, del horizonte del Plata, como una magnífica perla sacada del fondo de las aguas por la mano de Dios, y presentada al mundo.

Una franja de luz, desde el pie de la tierra viajera de la noche, atravesaba el río, y parecía, sobre su superficie movediza, una inmensa serpiente con escamas de nácares y plata.

La noche era apacible. Las estrellas poblaban el azul del firmamento, y una brisa sutil, y perfumada en los jardines de nuestro Paraná, pasaba por la atmósfera, como el suspiro enamorado de las sílfides que vagaban en aquel momento entre los tiernos rayos de la luna, bebiendo el éter y jugando con la luz diamantina pero tenue de nuestros astros meridionales.

Todo era soledad y poesía; todo diafanidad y calma en la Naturaleza, allí, a orillas de ese río, testigo tantas veces y en ese instante de la tormenta desencadenada en las pasiones de todo un pueblo.

Las olas se escurrían muellemente sobre su blando y arenoso lecho, y por un momento parece que el invierno había plegado sus nevosas y agostadoras alas: y en la brisa del norte un aliento primaveral se respiraba.

Al pie de la barranca, que declinaba suavemente hasta la orilla del río, parada sobre un pequeño médano, a pocos pasos del linde de las olas, una mujer contemplaba extática la aparición de la redonda luna, saliendo muellemente de las ondas. La serpiente de luz venía a quebrar sus últimos anillos junto aquella misteriosa criatura, y las aguas llegaban con respeto a derramar su blanca espuma en la arena en que se acolchonaba su delicado pie, con ese murmullo del mar tranquilo que parece el canto misterioso con que arrulla al genio del espacio, cuando duerme quieto sobre su lecho

de olas.

Los ojos de esa mujer tenían un brillo astral, y su mirada era lánguida y amorosísima como el rayo de la cándida frente de la luna.

Sus rizos, agitados suavemente por el pasajero soplo de la brisa, acariciaban su mejilla, pálida como la flor del aire cuando el sol la toca; y los encajes de su cuello, descubriéndolo furtivamente, dejaban ver el alabastro de una garganta que, lejos de esas horas primeras de la noche, habría parecido una de esas columnas del crepúsculo matutino, que se levantan, blancas y trasparentes como el mármol de Ferrara, entre los estambres dorados del oriente.

Su talle, ceñido por un jubón de terciopelo negro, parecía sufrir con resistirse a las ligeras corrientes de la brisa y no doblarse como el delicado mimbre de la rosa; y los pliegues de su vestido oscuro, englobándose y desmayándose de repente, parecían querer levantar en su nube aquella diosa solitaria de aquel desierto y amoroso río.

Esa mujer era Amalia. Amalia, en quien su organización impresionable y su imaginación poética estaban subyugadas por el atractivo imperio de la Naturaleza, en ese momento y bajo esa perspectiva de amor, de melancolía y dulcedumbre, críspido el cielo por el millar de estrellas que, como un arco de diamantes, parecían sostener engarzada la trasparente perla de la noche, cuando todos los síntomas hiemales habían huido bajo una brisa del trópico. Y el alma sensible y delicada de la joven, sufriendo uno de esos delirios deleitables, que a menudo absorbían en ella y abstraían su pensamiento, sólo oía y veía con su espíritu, lejos del mundo material de la vida, sumergida en ese otro sin forma ni color, donde campean los espíritus poetizados en los vuelos de su enajenación celestina.

Ella no veía ni oía con los sentidos, y el leve rumor que de repente hicieron las pisadas de un hombre cerca de ella no la hicieron volver su bellísima cabeza del globo argentino que contemplaba en éxtasis.

Un hombre había descendido de la barranca. Sus pasos, precipitados al principio, se moderaron luego, a medida que fue aproximándose a la solitaria visitadora de aquel poético lugar.

Una especie de contemplación religiosa pareció embargar el ánimo de ese hombre, cuando a dos pasos de Amalia cruzó sus brazos al pecho y se puso a admirarla en silencio. Pero un suspiro hizo traición de repente a su secreto, y, volviendo súbitamente la cabeza, la joven dejó escapar una exclamación de sus labios, a tiempo que su cintura quedó presa entre las manos de aquel hombre, arrodillado ante ella.

Ese hombre era Eduardo.

-¡Amalia!

-¡Eduardo!

Fueron las primeras palabras que exclamaron.

-¡Ángel de mi alma, cuán bella estás así! -dijo el joven continuando de rodillas a los pies de su amada, mientras sus manos oprimían su cintura, y sus ojos se extasiaban en la contemplación de su belleza.

-Pensaba en ti -dijo Amalia poniendo su mano sobre la cabeza de Eduardo.

-¿Cierto?

-Sí; pensaba en ti; te veía, pero no aquí, no en la tierra; te veía a mi lado en un espacio diáfano, azulado, bañado suavemente por una luz de rosa, respirando un ambiente perfumado, y embriagado de una armonía celeste que vibraba en el aire; te veía en uno de esos instantes de éxtasis en que una

fuerza sobrenatural parece desprenderme de la tierra.

-¡Oh, sí, tú no eres de la tierra, alma de mi alma! -dijo Eduardo sentándose en el declive del pequeño médano y colocando a Amalia al lado suyo, su pie casi tocando las espumosas y rizadas ondas.

-Tú no eres de la tierra -continuó-. ¿No ves qué majestad, cuánta belleza sobre el pálido rostro de la luna? Pues hay mayor majestad, mayor encanto sobre tu frente alabastrina. ¿Ves esa luz que se diría que se difunde bajo la bóveda del cielo? Pues más bella es la luz de tus miradas, más tierna y melancólica que el rayo azul de estos diamantes de la noche. ¡Oh! ¡Por qué no puedo remontarme contigo al más espléndido de esos astros, y allí, coronada de luz, llamarte la reina, la emperatriz del universo! ¡Ah! ¡Cuánto te amo, Amalia, cuánto te amo! Con mis manos yo querría cubrir la delicada flor de tu existencia, para que los rayos del sol no ajaran su belleza; y con el aliento abrasado de mi pecho yo quisiera ausentar el invierno de tu lado...

-¡Eduardo! ¡Eduardo!

-¡Cuán bella estás, Amalia!

Y Eduardo echaba a la espalda los rizos de su amada para que todo su rostro fuese bañado por los rayos plateados de la luna.

-Eres feliz, Eduardo, ¿no es verdad?

-Luz de mi vida, yo no envidio a tu lado la existencia inefable de los ángeles... Mira: ¿ves aquel astro, al más brillante que tiene el firmamento? ¿Lo ves? Ese es el nuestro, Amalia; ésa la estrella de nuestra felicidad; ella irradia, y brilla y resplandece como nuestro amor en nuestras almas, como nuestra felicidad a nuestros propios ojos, como tu belleza irradia y brilla y resplandece a mi alma.

-¡No, no!...

-¡Amalia!

-¡No; es aquélla! -dijo la joven extendiendo su mano y señalando una pequeña y pálida estrella, que parecía pronta a sumergirse en el confín del río. Después, su espléndida cabeza se inclinó sobre el hombro de su amado, y sus ojos se clavaron sobre el cenit azul del firmamento.

-¡Eduardo! ¡Eduardo! -exclamó la joven con sus ojos fijos en las estrellas.

-Vivo para ti, Amalia.

-Tú me has reconciliado con la esperanza, Eduardo.

-Yo no envidio a tu lado la existencia inefable de los ángeles, Amalia.

-Yo he conocido a tu lado que la felicidad no era un delirio de mi vida.

-Vivir para ti, Amalia.

-Respirar siempre, siempre, un perfume de felicidad como ésta que nos embriaga.

-Beber tu risa.

-¡Oh!, soy feliz; sí, feliz.

-Oír siempre de tus labios una palabra de cariño... Amalia, la esplendidez del día, la melancólica hermosura de la noche, el universo entero desaparece a mis ojos cuanto tu imagen me preocupa; y como tu imagen está fija y grabada sobre mi alma, sólo Dios y tú existen para mi corazón... Tú me amas, ¿no es verdad? ¿Tú aceptas en el mundo mi destino, es verdad?

-Sí.

-¿Cualquiera que él sea?

-Sí, sí, cualquiera.

-¡Ángel de mi alma!

-Si eres feliz, yo beberé en tu sonrisa la ventura inefable de los ángeles.

-¡Amalia!

-Si eres desgraciado, yo partiré tus pesares; y...

-¿Y? Acaba.

-Y si el destino adverso que te persigue te condujera a la muerte, el golpe que cortara tu vida haría volar mi espíritu en tu busca...

Eduardo estrechó contra su corazón a aquella generosa criatura; y en ese instante, cuando ella acababa su última palabra inspirada del rapto de entusiasmo en que se hallaba, un trueno lejano, prolongado, ronco, vibró en el espacio como el eco de un cañonazo en un país montañoso.

La superstición es la compañera inseparable de los espíritus poéticos; y aquellos dos jóvenes, en ese momento embriagados de felicidad, se tomaron las manos y miráronse por algunos segundos con una expresión indefinible. Amalia al fin bajó su cabeza, como abrumada por alguna idea profética y terrible.

-No -la dijo Eduardo sacudiéndose de su primera impresión-. No... Esto habría sucedido de todos modos... Es efecto del calor extemporáneo que hemos tenido en este día de invierno; nada más, Amalia.

Una sonrisa dulce y melancólica vagó por los labios de rosa de la joven; y un suspiro se escapó silencioso de su pecho.

Eduardo continuó:

-La tempestad está muy lejos, Amalia. Y entretanto un cielo tan puro como tu alma sirve de velo sobre la frente de los dos. El universo es nuestro templo; y es Dios el sacerdote santo que bendice el sentido amor de nuestras almas, desde esas nubes y esos astros; Dios mismo que los sostiene

con el imán de su mirada, y entre ellos el nuestro... sí... aquélla... aquélla debe ser la estrella de nuestra felicidad en la tierra... ¿No la ves? Clara como tu alma; brillante como tus ojos; linda y graciosa como tú misma... ¿La ves, mi Amalia?

-No... aquélla -contestó la joven extendido su brazo y señalando una pequeña y amortiguada estrella que parecía próxima a sumergirse en las ondas del poderoso Plata, tranquilo como toda la naturaleza en ese instante.

En seguida, Amalia reclinó de nuevo su cabeza sobre el hombro de su amado como una blanca azucena que se dobla al soplo de la brisa, y se reclina suavemente sobre el tallo de otra. Sus ojos luego quedaron fijos sobre el diáfano cendal del firmamento.

Eduardo la contemplaba embelesado. Y las olas continuaban desenvolviéndose y derramando su blanca espuma, como pliegues vaporosos de blanco tul que se agitan en derredor del talle de una hermosa, a los pies de esos amantes tan tiernos y tan combatidos de la fortuna, olas cuyo rumor asemejaba al cerrar de un abanico cuando con mano perezosa lo abre y cierra una beldad coqueta.

-¿Por qué me separas tus ojos, luz de mi alma? -la dijo Eduardo después de un momento de silencio.

-Oh, no... Yo te miro... yo te miro en todas partes, Eduardo -respondióle la joven mirándolo con una sonrisa encantadora.

-Pero tú has cambiado, alma mía.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Te engañas, Eduardo, yo no cambio jamás.

-Esta vez, sí... Hace un momento que radiabas de felicidad y de amor... y ahora...

-¿Y ahora?

-El brillo de esa felicidad se ha ennublecido.

-Es porque la felicidad es un cristal que se empaña de repente con nuestro propio aliento.

-¿Desconfías acaso de nuestra suerte?

-Sí.

-¿Por qué, mi Amalia, por qué?

-No sé... ¡Qué quieres!... Han empezado tan tristemente nuestros amores.

-Y qué nos importa todo eso si vivimos el uno para el otro.

-¿Y cuál es el instante que hemos tenido de tranquilidad desde que se cambiaron nuestras miradas?

-No importa, somos felices.

-¡Felices! ¿No está pendiente la muerte sobre ti? ¡Oh! ¿Y sobre mí, porque yo vivo en ti?

-Pero pronto seremos felices para siempre.

-¡Quién sabe!

-¿Lo dudas?

-Sí.

-¿Por qué, mi Amalia?

-Aquí; aquí hay una voz que me habla no sé qué, pero que yo interpreto tristemente-dijo Amalia poniendo la mano sobre su corazón.

-¡Supersticiosa! -dijo Eduardo tomando aquella mano que había estado sobre el corazón de su amada y llenándola de besos.

-¿No es singular -continuó la joven-, no es singular que en el momento de hablar de una desgracia, en medio de esa aparente tranquilidad de la Naturaleza, un trueno haya retumbado en el espacio como una fatídica confirmación de mis palabras?

-¿Y por qué hemos de complicar a la Naturaleza con nuestra mala fortuna?

-No sé... pero... yo soy supersticiosa, Eduardo; tú lo has dicho.

Y una nueva sonrisa dulce y tierna pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana, descubriendo sus bellos y blanquísimos dientes.

En seguida levantóse, y dijo a Eduardo:

-Vamos.

-No, todavía.

-Sí, vamos; es tarde, y Daniel puede haber llegado quizá.

Y Amalia, con esa superioridad regia que acompañaba todas sus maneras, atrajo a Eduardo suavemente hasta ella. La mano del joven rodeó la cintura de la bien amada de su alma, mientras el brazo de ésta reposaba sobre el hombro: y, asidos de ese modo, los dos amantes empezaron a ascender la barranca, paso a paso, hablando con los labios y los ojos, hasta que llegaron a la aislada y desierta Casa Sola.

XIV. Aparición

Aparición

Según las órdenes de Amalia ninguna luz se veía en la casa. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, a excepción de las que daban al río, porque por ese lado era seguro que no pasaba nadie de noche.

A su entrada a la pequeña sala Luisa vino a recibir a su señora, y el viejo Pedro asomó su cabeza por una ventana interior para ver que volvía sin novedad la hija de su coronel.

-¿No ha venido Daniel?

-No, señora: nadie ha venido después del señor Don Eduardo.

Pocos momentos hacía que la linda viuda y su gallardo amante conversaban siempre de sus amores y de sus promesas para lo futuro, cuando Pedro, que vigilaba el camino desde una ventana de su cuarto a oscuras, se asomó a la puerta de la sala, y dijo:

-Ahí vienen.

-¡Vienen! ¿Quiénes? -preguntó Amalia sobresaltada.

-El señor Don Daniel y Fermín.

-¡Ah! Bien, cuidado con los caballos.

-Daniel es nuestro ángel custodio, Eduardo.

-¡Oh, Daniel, Daniel no tiene semejante entre los hombres! -dijo el joven con cierto aire de vanidad, al tributar aquel homenaje de justicia al amigo de su infancia.

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró a la sala de su prima, cubierto con un pequeño poncho que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra sobre la que caían los cuellos de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

-Los amantes no comen; y esta bobería es una felicidad para mí -dijo, haciendo desde la puerta una cortesía a su prima, otra a su amigo, y otra a la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

-Te esperábamos -dijo la joven sonriendo.

-¿A mí?

-Con usted se habla, señor Don Daniel -dijo Eduardo.

-¡Ah! ¡Muchas gracias! Son ustedes las criaturas más amables del mundo. ¡Y cómo se habrán cansado de esperarme! ¡Qué fastidiados habrán pasado el tiempo!

-Así, así -le respondió Eduardo meneando la cabeza.

-¡Ya ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse...! ¡Pedro!

-¿Qué quieres, loco?

-La comida, Pedro -dijo Daniel quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose a la mesa y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.

-¡Pero, señor, eso es una impolítica! Se ha sentado usted a la mesa antes

que esta señora.

-¡Ah! Yo soy federal, señor Belgrano, y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento en el banquete de nuestra revolución, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolución: platos de un color, fuentes de otro; vasos, sin copas de champagne; la lámpara casi a oscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la señora Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabían ya la aventura de Daniel, dieron libre curso a su risa y vinieron a sentarse a la mesa donde Pedro acababa de poner la comida, a las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romanesco y extraño.

-Y bien; antenoche te comprometiste con esa señora a hacerla ayer una visita y oír sus memorias; según nos lo dijiste anoche, ayer faltaste a tu palabra de caballero, pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

-No, mi querida prima -dijo Daniel trinchando una ave.

-Has hecho mal.

-Puede ser; pero no iré a casa de mi entusiasta amiga, hasta no tener el honor de presentarme en ella con Eduardo.

-¿Qué? -preguntó Amalia frunciendo las cejas.

-¡Conmigo! -exclamó Eduardo.

-Pues no creo que haya aquí otro que se llame Eduardo.

-No pierda usted esa ocasión, señor Belgrano -dijo Amalia con ese tono y ese gestito que emplean las mujeres cuando quieren decir a su querido: «Dios lo libre a usted de hacer tal cosa.»

-Amalia, yo no he perdido el juicio todavía -le respondió Eduardo.

-A fe de Daniel que es una desgracia: yo no he conocido mucho juicio acompañado de mucha suerte.

-¡Ah!, ahora me explico tu excesiva fortuna -dijo Amalia, queriendo vengarse de Daniel.

-¡Cabal!, como dice el respetable presidente Salomón; y si Eduardo tuviera menos juicio sabría aprovechar la poderosa protección que se le presenta en la difícil situación en que vive; es decir, haría una visita a la hermana del Restaurador de las Leyes; leería con ella sus memorias; comería con ella antes que Rivera; se encerraría con ella en la sala mientras Rivera comía, y después... y después ya no habría que temer de Doña María Josefa, ni de nadie.

-Vamos, Eduardo, aproveche usted.

-Amalia, ¿no conoce usted a Daniel?

-¡Quién sabe si él tiene motivos para hablar así!

-Eso es, prima mía, eso es: nunca se hacen aberturas sino cuando hay presunción de que serán aceptadas. ¿Qué dice usted, Eduardo?

-Digo, Daniel, que me hagas el favor por todos los santos del cielo de mudar de conversación.

Amalia tenía una cara tan seria, y Eduardo había encapotado su mirada cuando habló a Daniel, que éste no pudo menos que soltar una estrepitosa carcajada que desarmó a los jóvenes haciéndoles conocer que se burlaba de ellos.

-¡Son impagables! -exclamó Daniel riéndose todavía-; Florencia es menor que tú, Amalia; yo soy menor que Eduardo, y sin embargo, Florencia y yo tenemos más juicio que ustedes, sin comparación; apenas nos enojamos tres veces por semana; pero eso es calculado por mí para

tener tres reconciliaciones.

-¿Pero la haces sufrir, entonces?

-Para hacerla gozar, Amalia; porque no hay felicidad comparable a la que sucede al enojo entre dos personas que se aman de corazón; y si yo consigo que ustedes se enojen tres veces por semana...

-No, no, gracias, Daniel, gracias -dijo Eduardo con tal viveza que hizo sonreír de placer a aquella mujer querida, a quien quería ahorrarle la juguetona oferta de su amigo.

-Como quieras, yo no hago sino ofrecer.

-Y bien, Daniel, hablemos de cosas serias.

-Lo que será un prodigio en esta casa.

-¿Has sabido de Barracas?

-Sí, todavía no han asaltado la casa, lo que es una cosa prodigiosa en tiempo de la santa causa de los federales.

-¿Ha cesado el espionaje?

-Hace tres noches que no va nadie, lo que también es raro entre los federales; yo he estado esta mañana. Todo está en el mismo orden que lo hemos dejado hace quince días. He hecho poner una nueva llave a la verja; y tus fieles negros que cuidan la quinta duermen mucho de día para vigilar de noche; y si alguien va se hacen los dormidos, pero ven y oyen, que es lo que yo quiero.

-¡Oh, mis viejos criados, yo los compensaré alguna vez!

-Ayer los mandó llamar Doña María Josefa; estuvieron con ella esta mañana temprano, pero los pobres no han podido decirla sino lo que saben; es decir, que no estás en la casa, y que ignoran dónde te hallas.

-¡Oh, qué mujer, qué mujer, Eduardo!

-No, no es de ella de quien debemos vengarnos.

-Una cosa, sin embargo, conspira en nuestro favor.

-¿Cuál?

-¿Cuál? -preguntaron con prontitud.

-La situación pública. El Ejército Libertador está aún sobre la guardia de Luján, pero mañana 1º de setiembre seguirá sus marchas; Rosas no puede dar su atención sino a los grandes peligros, y nadie se atrevería a importunarlo con chismografía individual; la persecución que se te hace, y la que continúa sobre Eduardo, es simplemente parcial, y en baja esfera; no hay órdenes de Rosas para ello; y la Mashorca, y todos los corifeos de la Federación, no quieren tomar posición más determinativa hasta saber los resultados de la invasión. Así es que, desde el suceso del 23, no hemos tenido nada notable en los últimos quince días; pero esa desgracia fue ordenada por Rosas.

-¿Pero qué desgracia? -preguntó Amalia llena de inquietud.

-Es un hecho horrible, característico de Rosas.

-Dilo, dilo, Daniel.

-Oye: un Ramos cordobés, hombre pacífico, abstraído e insignificante en política, llegó a nuestro Buenos Aires el 21 del corriente, trayendo una tropa de carretas desde la campaña del sur. Su mujer dio a luz, en la madrugada del 23, un niño muerto, quedando en un estado muy delicado. Ramos salió a la calle a hacer las diligencias para el entierro. Un comisario de policía le detuvo en ella, fue con él a casa de Ramos, donde sin consideración al estado de la familia, empezó el más minucioso e indecente rebusco, descerrajando muebles, y sin perdonar los colchones de la enferma. Aunque nada halló, tuvo que cumplir sus órdenes. Intimó a

Ramos que le siguiese; salió con él y su partida; le sacó de la ciudad y le condujo a San José de Flores. Entonces le hizo saber que iba a morir, y que «Su Excelencia el Restaurador de las Leyes le concedía dos horas, para ponerse bien con Dios». Las dos horas pasaron y Ramos fue muerto a pistoletazos por la partida.

-¡Qué horror! -exclamó la joven cubriéndose los ojos con sus manos-. ¿Pero, y la mujer? ¿Qué es de esa desgraciada, Daniel?

-¿La mujer? Se ha enloquecido, prima mía.

-¡Loca!

-Sí, loca, y morirá pronto.

Eduardo hizo señas a su amigo de que mudase de conversación. Amalia se había puesto excesivamente pálida.

-Cuando hayamos pasado esta época terrible -continuó Daniel-, y vivamos juntos tú y Eduardo, mi Florencia y yo, entonces te diré, mi noble prima, cosas horribles que han pasado cerca de ti y que las ignoras. Es verdad que entonces seremos tan felices, que quizá no queramos hablar de desgracia ninguna. Vamos a beber por ese momento.

-Sí, sí.

-Sí, bebamos por nuestra dicha futura -contestaron Eduardo y Amalia acompañando a Daniel con una copa de vino.

-Apenas lo has probado, Amalia, pero yo y Eduardo hemos hecho tus veces, y hacemos bien, el vino vigoriza, y dentro de un momento vamos a correr tres leguas por la costa de nuestro río.

-¡Dios mío! Esto me inquieta -exclamó Amalia-, a esta hora...

-Hasta ahora hemos salido bien, y bien saldremos en adelante -dijo Eduardo.

-¿Y si esa confianza fuera demasiada?

-No, amiga mía, no. Los hombres de Rosas nunca andan solos, pero sus comitivas nunca pasan de seis u ocho hombres.

-¡Pero ustedes no son más que tres!

-Justamente, Amalia, y es porque somos tres que los mashorqueros necesitarían juntarse hasta el número de doce; cuatro por uno; entonces la cosa podría ser dudosa -le contestó Eduardo con una confianza tal, que casi llegó a inspirársela a su amada; pero esto fue momentáneo: una mujer enamorada no duda nunca del valor de su amado, pero no quiere jamás que lo ponga a prueba, y Amalia le dijo prontamente:

-Sin embargo, ustedes evitarán todo encuentro, ¿no es cierto?

-Sí, a menos que no se le ocurra a Eduardo recordar un poco su viejo frenesí por la esgrima. Por no soportar yo el peso de la espada que él trae todas las noches, me dejaría dar con otra igual.

-Yo no uso armas misteriosas, caballero -le contestó Eduardo sonriendo.

-Así será, pero son más eficaces; sobre todo, más cómodas.

-¡Ah, ya sé! ¿Qué arma es ésa, Daniel, que usas tú y con que has hecho a veces tanto daño?

-Y tanto bien, podrías agregar, prima mía.

-Cierto, cierto, perdona; pero respóndeme; mira que he tenido esta curiosidad muchas veces.

-Espera, déjame acabar este dulce.

-No te dejo ir esta noche, sin que me digas lo que quiero.

-Casi estoy por ocultártelo entonces.

-¡Cargoso!

-Vaya, pues; ahí está el arma misteriosa, como la ha llamado Eduardo.

Y Daniel sacó del bolsillo de su levita y puso sobre la mesa una varilla de mimbre de un pie de largo, y delgada en el centro, y en cuyos extremos había dos balas de fierro de seis onzas a lo menos cada una, cubierto todo por una red finísima de cuero de Rusia, sumamente espesa; arma que tomada por una de las balas, se blandía sin quebrarse el mimbre, y daba un peso y una fuerza triple al otro extremo, al más leve movimiento de la mano.

Amalia la tomó al principio como un juguete, pero luego que comprendió todo su poder mortífero la separó de sus manos.

-¿La has visto ya, mi Amalia?

-Sí, sí, guarda eso. Debe ser terrible un golpe dado con una de esas balas.

-Es mortal si se descarga sobre la cabeza, o sobre el pecho. Ahora te diré su nombre: en inglés se llama life preserver; en francés casse-tête; y en español no tiene un nombre especial, pero le aplicaremos el del francés, que es el mas expresivo, porque quiere decir, como tú sabes, rompe-cabezas. En Inglaterra esta arma es muy común; en una provincia de Francia la usan también; y Napoleón la hacía llevar en varios regimientos de caballería. Para mí tiene dos méritos: el uno, haber salvado a Eduardo con ella; el otro, estar pronta para salvarlo otra vez si llega el caso.

-¡Oh, no llegará! ¿No es verdad que no se expondrá usted, Eduardo?

-No, no me expondré; yo temo demasiado el verme imposibilitado de volver a esta casa.

-Y dice bien, porque es la única de que no lo echan.

-¿A él?

-¡Toma! ¿Pues no lo sabes ya, mi querida prima? Nuestro respetable maestro de primeras letras no lo echó a empujones, pero lo echó a discursos. Mi Florencia le dio hospedaje una noche, pero yo lo eché de allí. Un amigo nuestro quiso tenerlo dos días, pero su respetable padre no quiso hospedarlo sino día y medio; y por último, yo no he querido tenerlo sino dos veces, y con esta noche son tres.

-Pero he estado una en mi casa -dijo Eduardo con cierto énfasis.

-Sí, señor, es bastante.

Amalia se esforzaba en sonreírse, pero sus ojos estaban bañados de lágrimas. Daniel las percibió y dijo sacando su reloj:

-Las once y media: es preciso volvernos.

Todos se levantaron.

-¿El poncho y la espada de usted, Eduardo?

-Se los di a Luisa, creo que los ha llevado a una pieza interior.

Amalia pasó de la sala a la habitación contigua, y de ésta a otra; ambas sin ninguna luz artificial, alumbradas apenas por la claridad de la luna que penetraba a través de los cristales de las ventanas que daban hacia el camino de arriba, que pasaba entre los olivos y la Casa Sola.

Eduardo y Daniel se cambiaban algunas palabras cuando sintieron un grito de Amalia, y al mismo tiempo sus precipitados pasos hacia la sala.

Los dos jóvenes se precipitaban a las habitaciones, cuando las manos de la joven los detuvieron en el dintel de la puerta de comunicación.

-¿Qué hay?

-¿Qué hay? -preguntaron los dos amigos.

-Nada... no salgan todavía... no salgan esta noche -les respondió Amalia excesivamente pálido y descompuesto su semblante.

-¡Por Dios, Amalia! ¿Qué hay? -le preguntó Daniel con su impetuosidad natural, mientras Eduardo se esforzaba por entrar a las habitaciones oscuras, cuya puerta había cerrado Amalia y parádose delante de ella.

-Yo lo diré, yo lo diré; pero no entren.

-¿Pero hay alguien en esas piezas?

-No, nadie hay en ellas.

-¿Pero, prima mía, por qué has dado ese grito, por qué estás pálida?

-He visto un hombre arrimado a la ventana del cuarto de Luisa que da hacia el camino; creí al principio que sería Pedro o Fermín, me aproximé para convencerme, y descubierta por ese hombre al acercarme a los vidrios, dio vuelta precipitadamente, se cubrió el rostro con el poncho y se alejó casi a carrera, pero al separarse de la ventana los rayos de la luna alumbraron su cara y le conocí.

-¿Y quién era, Amalia? -preguntaron los dos jóvenes.

-¡Mariño! -exclamó Daniel, mientras Eduardo se torcía los dedos.

-Sí, él era, no me he engañado. No pude contenerme y di un grito.

-Todo nuestro trabajo está perdido -exclamó Eduardo paseándose precipitadamente por la sala.

-No hay duda, he sido seguido por él al salir de lo de Arana-dijo Daniel reflexionando.

En seguida el joven se asomó a la puerta que daba al río, y llamó a Pedro, que acababa de salir de la sala con el servicio de la mesa.

El veterano se presentó en el acto.

-Pedro, durante comíamos, ¿dónde estaba Fermín?

-No se ha movido de la cocina después que guardamos los caballos en

el cuarto caído.

-¿Y ni usted, ni él han sentido cosa alguna en el camino, o cerca de la casa?

-Nada, señor.

-Sin embargo, un hombre ha estado largo rato, al parecer, contra las ventanas del aposento de Luisa.

El soldado llevó las manos a sus canos bigotes y, fingiendo retorcerlos, se dio un fuerte tirón de ellos.

-Usted no lo ha sentido, Pedro. Eso ha podido suceder, pero es necesario mayor vigilancia en adelante; llame usted a Fermín y entretanto ponga usted el freno al caballo que él monta.

Pedro salió sin responder una palabra, y al instante entró el criado de Daniel.

-Fermín, necesito saber si hay hombres a caballo entre los olivos; y si no están ahí, quiero saber qué dirección acaban de tomar, y cuántos eran; si de allí han salido, no hará cinco minutos cuando tú llegues.

Fermín se retiró, y en el acto Daniel, Amalia y Eduardo pasaron al aposento de Luisa, y abrieron la ventana, de donde se descubría el camino y los cuarenta o cincuenta árboles que aparecían a tres cuadras de la casa, como otros tantos fantasmas que visitaban aquel solitario paraje.

Pocos minutos hacía que estaban observando el camino en la dirección a los árboles cuando Amalia dijo:

-¿Pero por qué tarda en salir Fermín?

-Oh, está ya a muchas cuadras de nosotros, Amalia.

-Pero si no ha pasado y sólo por aquí se va al camino.

-No, mi hija, no; Fermín es buen gaucho, y sabe que al animal que

dispara no se le persigue de atrás; estoy seguro que ha bajado la barranca, y que a tres o cuatro cuadras ha subido y dado vuelta hacia los olivos por el camino de arriba... Allí está, ¿lo ves?

En efecto, a dos cuadras de la Casa Sola, orillando el camino a la derecha y dejando un poco a la izquierda los olivos, se veía un hombre sobre un caballo oscuro que a galope corto seguía el camino; y un momento después se oyó la voz de ese hombre que cantaba una de esas melancólicas y espirituosas canciones de nuestros gauchos, todas diferentes en la letra, y semejantes en la música.

Después se le vio parar el galope y tomar el trote hacia los olivos, siempre cantando. Perdióse luego entre los árboles, y pocos instantes después se le vio salir de ellos como una exhalación, repasando en un minuto el camino que había andado.

-Corren a Fermín, Daniel.

-No, Amalia.

-Pero mira, ya no se ve.

-Comprendo todo.

-¿Pero qué comprendes? -preguntó Eduardo, que carecía de ese talento de observación que poseía Daniel en tan alto grado, y que le había hecho conocer la ciencia del gaucho como la de la civilización.

-Lo que comprendo es que Fermín no ha encontrado a nadie entre los olivos, que se ha bajado, que ha buscado algún rastro, que ha encontrado frescas indicaciones de caballos que acaban de tomar la dirección que él lleva, y que sigue por ella a convencerse de su presunción.

En seguida volvieron a la sala, y no haría diez minutos que estaban en la puerta de ella que daba hacia el río, cuando divisaron a Fermín, que venía

volando por la playa. Subió la barranca a trote largo y vino a desmontarse delante de la puerta.

-Ahí van, señor -dijo con esa indolencia característica del gaucho.

-¿Cuántos?

-Tres.

-¿Por qué camino?

-Por el de arriba.

-¿Has distinguido los caballos?

-Sí, señor.

-¿Conoces alguno?

-Sí, señor.

-A ver.

-El que iba delante es el picazo de galope trabado, que monta el comandante Mariño.

Amalia miro sorprendida a Eduardo y a Daniel.

-Bien: baja los caballos a la orilla del río.

Fermín se retiró llevando el suyo de la brida.

-¡Pero qué! ¿Se van? -preguntó Amalia.

-Sin perder un momento -la respondió su primo.

-¿Y cómo la dejamos sola, Daniel?

-Fermín se quedará, y él y Pedro nos responderán de ella.

-Yo debo acompañar esta noche al jefe de día; y tú dormirás en mi casa.

-¡Dios mío, nuevos trabajos! -exclamó Amalia llevando sus manos a sus ojos, y oprimiendo sus párpados, como era su costumbre en los momentos en que sufría.

-Sí, nuevos trabajos, mi Amalia, ya esta casa no nos ofrece seguridad,

será necesario buscar otra.

-Pero vamos pronto, Daniel -dijo Eduardo con una impaciencia tan marcada y una expresión tan dura en sus brillantes ojos de azabache, que Amaba creyó adivinar su pensamiento, y le cogió la mano diciéndole:

-Por mí, Eduardo, por mí -con tal dulcedumbre, con tal ternura en su mirada y en su voz, que Eduardo, por la primera vez, tuvo que desviar sus ojos de los de ella, para que el león no fuera fascinado por la maga.

-Descansa en mí, mi Amalia -la dijo Daniel imprimiendo un beso sobre su frente, como tenía de habitud al despedirse de ella; de esa criatura tan bella, tan noble, generosa, y tan desgraciada al mismo tiempo.

Eduardo apretaba la mano de su amada, y al mismo tiempo Pedro le daba su poncho y su espada, renegando entre sí mismo de no haber podido saludar con su tercerola al que vino a espiar las ventanas de la hija de su coronel.

La despedida fue casi silenciosa: cada uno allí estaba animado de distintos deseos, de distintas emociones:

Amalia sufría por verlos partir; Eduardo, porque veía que cada momento se ganaba terreno Mariño; y Daniel, porque no podía volverse dos hombres y velar por Amalia en el camino de San Isidro y por Eduardo en la ciudad.

Al pie de la barranca saltaron sobre sus caballos, y Fermín recibió orden de permanecer cerca de Amalia, hasta las seis de la mañana.

En seguida partieron a gran galope por el camino del Bajo, mientras Amalia los seguía con sus ojos, elevados al cielo cuando húbolos perdido de vista, buscando el propiciar a la divinidad con los sentidos ruegos de su purísima conciencia, bajo aquel magnífico y sagrado templo de la

Naturaleza, que pocas horas antes había escuchado la expresión de amor de dos almas formadas por Dios, la una para la otra, y en el peligro a cada instante de ser separadas para siempre por la mano del hombre.

XV. El jefe de día

El jefe de día

-¡Es inútil, Eduardo! Vamos a reventar los caballos sin conseguir lo que deseas -decía Daniel, mientras que los caballos volaban.

-¿Y sabes lo que deseo?

-Sí.

-¿Qué?

-Alcanzar a Mariño.

-Sí.

-Pero no será.

-¿No?

-No lo conseguirás; y he ahí la razón por que me presto a tu capricho de que corramos como dos demonios por este camino, a riesgo de rompernos la cabeza de una rodada.

-Veremos si lo alcanzo.

-Nos lleva veinte minutos.

-No tanto.

-Y más.

-Al menos, diez hemos reconquistado ya.

-¿Y si lo alcanzáramos?

-A Roma por todo.

-¿Qué?

-Que le busco pendencia y lo atravieso de una estocada.

-¡Magnífica idea!

-Si no es magnífica, a lo menos es terminante.

-¿Olvidas que son cuatro?

-Aunque sean cinco; pero son tres solamente: él y sus dos ordenanzas.

-Son cuatro; Mariño, dos ordenanzas, y yo.

-¿Tú?

-Yo.

-¿Tú contra mí?

-Contra ti.

-En hora buena.

Tal era el diálogo de los jóvenes mientras hacían volar sus poderosos corceles; y ya habían andado legua y media de las tres que tenían que correr, cuando Daniel, que empezaba a temer que a tal carrera saliérase Eduardo con su loca idea, que era preciso evitar a todo trance, se aprovechó de la aparición de dos hombres a caballo que divisó hacia la derecha del camino, y que marchaban en la misma dirección que ellos.

-Ve ahí; allá van tres hombres, Eduardo..., a nuestra derecha... como a dos cuadras... ¿Los ves?

-Pero no son tres, son dos solamente.

-No; he visto tres... Es que están en línea con nosotros.

Eduardo no oyó más, y dio vuelta su caballo en dirección a los jinetes que distaban como quinientos pasos.

Sesgaba, pues, el camino, perdía tiempo, y era cuanto quería Daniel, que siguió siempre al lado de su amigo.

Los desconocidos, al ver a aquellos hombres que se venían sobre ellos a carrera tendida, tiraron las riendas a sus caballos, y esperaron lo que ocurriera.

Los jóvenes sentaron sus caballos a cuatro pasos de ellos; y Eduardo se mordió los labios al ver que eran un pobre viejo y un muchacho, los que le habían hecho perder cuatro o seis minutos de marcha recta; y sobre todo al comprender que había sido un artificio de Daniel.

Salir de su error, dar vuelta su caballo, y volver a tomar de nuevo la carrera, todo fue obra de un segundo.

Daniel, por ese cálculo frío con que sabía clasificar la importancia de los sucesos, equivocándose rara vez en su vida, tenía la seguridad de que no alcanzarían a Mariño llevándoles veinte minutos de delantera, en el corto camino de tres leguas; confiado en que el redactor de la Gaceta no era hombre de ir contemplando la Naturaleza, sino de correr aprisa para dejar cuanto antes aquellos solitarios caminos; y ya casi sin temor ninguno dejaba correr a Eduardo, persuadido de que no había otro inconveniente que el de dar una rodada, como lo había dicho.

Los caballos de Daniel eran superiores; de él era el que montaba Eduardo; pero al fin los pobres animales no podían andar tres leguas a carrera tendida, y poco a poco fueron desobedeciendo a sus amos, y perdiendo su fuerza.

Seguían, sin embargo, incitándolos, cuando el ¡quién vive! de un

centinela llegó súbito al oído de los jóvenes; estaban bajo las barrancas del Retiro, donde se hallaban acuartelados el general Rolón, un piquete de caballería y media compañía del batallón de la marina que mandaba Maza, y que hacía la guardia del cuartel, pues que el batallón, como se sabe, había marchado el 16 de agosto para Santos Lugares.

-¡Gracias a Dios! ¡La patria! -contestó Daniel sentando su caballo, al mismo tiempo que el de Eduardo, de cuya rienda dio un tan fuerte tirón, que al brusco y desigual movimiento del animal casi saltó el jinete de la silla.

-¿Qué gente? -continuó el centinela.

-Federales netos -respondió Daniel.

-Pasen de largo.

Y ya volvía Eduardo a tomar el galope cuando una ronca y vibrante voz les gritó:

-Alto.

Los jóvenes se pararon.

Una comitiva de diez jinetes descendía por la barranca del cuartel de Maza.

Tres de aquéllos se adelantaron a reconocer los que venían por el camino del Bajo. Y examinándolos detenidamente estaban, cuando el resto de la comitiva llegó a ellos.

-Me debe usted un caballo, general -dijo Daniel con ese tono de confianza que sabía tomar en los momentos más difíciles, y con el que desarmaba al más malicioso y perspicaz, luego que conoció al general Mansilla, que hacía esa noche el servicio de jefe de día.

-¿Usted por aquí, Bello? -contestó el general.

-Sí, señor; yo por aquí, después de haber andado más de una legua por la costa del río a ver si daba con usted, pues que no lo he encontrado en las inmediaciones de ninguno de los cuarteles de la ciudad. No hay más: me debe usted un caballo, pues que el mío ya no puede más, después de lo que he corrido en su busca.

-Pero quedó usted en ir a casa a las once, y he salido a las once y cuarto.

-¿Entonces yo tengo la culpa?

-Por supuesto.

-Bien, me confieso culpado, y no reclamo el caballo.

-¿Y hay novedad, general?

-Ninguna.

-Pero yo le he pedido a usted que quiero ver nuestros soldados en sus cuarteles.

-He empezado por los del Retiro, y nos faltan todos los demás.

-¿Y se dirige usted ahora?

-Al fuerte.

-A que están dormidos.

-¡Toma! Alcaldes y jueces de paz; ¡hágame usted el favor, qué soldados!

-Bien, general, ¿qué camino va usted a llevar?

-El del Bajo, porque voy primero a la batería.

-Bien, nos encontraremos en la plazoleta del fuerte.

-Pero vamos juntos.

-No, general; voy a subir a la ciudad a acompañar a este amigo mío que pensó pasar la noche con nosotros, pero que se ha indispuesto.

-¡Toma! Si ustedes no sirven para maldita la cosa, los mozos de ahora.

-Eso es lo mismo que yo le decía a usted esta mañana.

-No pueden pasar una mala noche.

-Ya usted lo ve.

-Bueno, vaya ligero, y nos reuniremos en el fuerte; allí cenaremos.

-Hasta de aquí un momento, general.

-Ande pronto.

Eduardo hizo apenas un ligero saludo con la cabeza al general Mansilla, y subió con su amigo por la barranca del Retiro.

Diez minutos después Daniel abría la puerta de su casa: entraba en ella con su amigo; y poco más tarde, volvía a salir solo, cerraba la puerta y montaba de nuevo en su caballo; en su ágil, nuevo y brioso caballo, el mejor de cuantos había en la poblada estancia de su padre.

Al pasar por el grande arco de la Recova vio al jefe de día y su comitiva que subía a la plaza del 25 de Mayo; y volvieron a saludarse junto a los fosos de la fortaleza, donde entraron después de las formalidades militares.

La noche seguía hermosa y apacible; y en el gran patio del fuerte, y en los corredores de lo que fue en otro tiempo departamentos ministeriales, apiñados estaban, fumando y conversando, todos los alcaldes y jueces de paz de la ciudad, con sus tenientes y ordenanzas; la mitad del cuerpo de serenos, y gran parte de la plana mayor; componiendo todos un número de cuatrocientos cincuenta a quinientos hombres.

Toda esa heterogénea guarnición de la fortaleza mandada esa noche por Mariño, según las disposiciones del general Pinedo, inspector de armas.

Imposible es describir la sorpresa del comandante de serenos al ver a Daniel en compañía del general Mansilla, cuando lo creía en ese momento en la Casa Sola, a tres leguas de la ciudad.

Daniel no sabía que Mariño estaba esa noche a cargo de la fortaleza,

pero ninguna sorpresa manifestó su semblante; y comprendiendo la de Mariño, delante de él, dijo al jefe de día:

-Esto es servir, general: el señor Mariño deja la pluma y toma la espada.

-Eso es cumplir los deberes, señor Bello -le contestó Mariño sin volver todavía de su sorpresa.

-Y esto es vigilancia. Todo el mundo está aquí despierto -dijo el jefe de día.

-Lo que no hemos visto en parte alguna -agregó Daniel, acabando con esto de perturbar la imaginación de Mariño, pues que si Daniel había andado acompañando al jefe de día, no podía ser él a quien había seguido de lejos hasta la Casa Sola, tres horas antes; y quizá no sería Amalia aquella mujer que dio un grito en un cuarto a oscuras de esa casa. Así, Mariño se perdía en conjeturas; y mientras el general conversaba con varios jueces de paz, yendo con ellos a una de las habitaciones altas, donde había una mesa con algunos fiambres y botellas, Mariño no pudo menos de preguntar a Daniel, con esa indiscreción que acompaña siempre a los espíritus perturbados de improviso:

-¿Entonces usted no ha paseado esta noche solo, a caballo?

-Un poco.

-¡Ah!

-Estuve hasta las siete en casa del señor gobernador delegado, y antes de ir a juntarme con el general Mansilla di un paseo por esos lados del Retiro.

-¿Por el Retiro, en dirección a San Isidro?

-Pues, en dirección a San Isidro. Pero me acorde que tenía que hacer una diligencia por el Socorro, y dejé de repente mi paseo envidiando la suerte de uno que iba delante de mí, y que siguió sin tener que hacer

diligencias.

-¿Adelante de usted?

-Sí, en dirección a San Isidro, por el camino de arriba -contestó Daniel con una candidez tal, que Mariño acabó de perder la cabeza, empezando a convencerse de que él mismo se había burlado a sí mismo.

-¿Qué quiere usted? -continuó Daniel-, nosotros no tenemos un momento nuestro.

-Así es.

-¡Oh, y si yo tuviera el talento de usted, señor Mariño! Si yo supiera escribir como usted sabe, mis desvelos entonces podrían ser útiles a nuestra causa; pero ando de aquí para allá todo el día y toda la noche, y maldito lo que hago en beneficio del Restaurador.

-Cada uno hace lo que puede, señor Bello -contestó Mariño, en cuya alma, más torcida que sus ojos, ni la lisonja hacía impresión.

-¡Cuándo estaremos en paz y veremos afianzados esos luminosos principios federales que usted propaga en la Gaceta!

-Cuando no haya ningún unitario descubierto, ni disfrazado -respondió el escritor federal.

-Eso es lo mismo que le decía yo esta tarde al señor gobernador delegado.

En ese momento un ayudante del jefe de día vino a llamar a Bello y a Mariño de parte de aquél.

Subieron.

Parados en redor de una mesa doce o catorce individuos tomaban una copa con el jefe de día. Pero ¡cosa rara, era la tercera o cuarta vez que vaciaban sus copas, y ningún entusiasta brindis federal había resonado bajo

las bóvedas de aquel palacio, que escuchó en otros tiempos los brindis a la libertad y a la patria! Mariño llegó a tiempo de beber con ellos, pero tampoco dijo una palabra.

-Vamos, Bello, ¿qué toma usted? -dijo el general Mansilla.

-Nada, señor, nada de comer; pero beberé una copa por el pronto triunfo de nuestras armas federales.

-Y la gloria eterna del Restaurador de las Leyes -agregó Mansilla; y todos cuantos allí había bebieron su copa, pero en silencio.

-¡Comandante Mariño!

-Pronto, señor -contestó éste acercándose al general Mansilla, que le dijo, separado de los demás:

-Haga usted que toda esta gente se acueste; la cosa puede ser larga, y no es bueno que se fatiguen tanto.

-¿Hago levantar el puente?

-No hay para qué.

-¿Cree usted, general, que esta noche no haya novedad?

-Ninguna.

-¿Se retira usted ya?

-Sí; voy a visitar otros cuarteles, y me voy a dormir.

-Lleva usted un buen compañero.

-¿Quién?

-Bello.

-¡Ah, es una alhaja este muchacho!

-¿De qué, general?

-No sé si es oro, o cobre dorado, pero brilla -dijo Mansilla, sonriendo, y dando la mano a Mariño.

En seguida, bajaron por la grande escalera, y mientras Mansilla se reunía a su comitiva para montar a caballo, Daniel se acercó a Mariño y le dijo:

-Lo envidio a usted, comandante: yo quisiera tener también algún puesto donde poder distinguirme.

-¿Y sufriría usted por la Federación los desvelos que sufro yo?

-Todo: hasta las murmuraciones.

-¿Murmuraciones?

-Sí. Aquí mismo acabo de oír a algunos que criticaban algo de usted.

-¿De mí?

-Decían que no ha venido usted a la fortaleza hasta las once de la noche, debiendo venir a las siete.

Mariño revolvió los ojos, y se puso colorado como un tomate.

-¿Y quién decía eso, señor Bello? -preguntó Mariño con voz trémula de rabia.

-Eso no se dice, señor Mariño: se cuentan los milagros, sin nombrar los santos; pero hablaban de ello, y sería bien desagradable que esto llegase a oídos del Restaurador.

Mariño se puso pálido.

-Habladurías -dijo.

-Por supuesto. Habladurías.

-Sin embargo no repita usted esto a nadie, señor Bello.

-Palabra de honor, señor Mariño; yo soy uno de los hombre que más admira el talento de usted; y que tengo especiales motivos para estarle a usted grato, por el servicio que quiso prestar a mi prima.

-¿Y su prima de usted está buena?

-Muy buena, gracias.

-¿La ha visto usted?

-Esta tarde he estado con ella.

-He oído que se ha mudado de Barracas.

-No. Ha venido a pasar unos días a la ciudad, pero se vuelve pronto.

-¿Ah, se vuelve?

-De un día a otro.

-Vamos, Bello -gritó el general Mansilla ya de a caballo.

-Vamos, general; buenas noches, señor Mariño.

-Recomiendo a usted el olvido de estas habladurías, señor Bello.

-Ya no me acuerdo de ellas; buenas noches.

Y Daniel saltó en su caballo y salió de la fortaleza con el jefe de día; dejando a Mariño lleno de perplejidades y zozobra, sin poder clasificar bien a ese joven que por todas partes se le escapaba, y por todas partes se le entraba en sus negocios privados; a quien odiaba por instinto; y de quien no podía tomar una sola prueba, una sola indiscreción para perderlo.

XVI. Continuación del anterior

La comitiva del jefe de día tomó por la calle de la Reconquista, que conducía al cuartel del coronel Ravelo.

No eran más que las doce de la noche, pero la ciudad estaba desierta, pues sólo veíase en ella el bulto de los serenos en sus respectivos puestos, prontos a marchar a la fortaleza para reunirse con su jefe, a la señal de alarma; pero nada más. De aquel alegre y bullicioso pueblo de Buenos Aires, cuya juventud en otro tiempo esperaba con impaciencia la noche para dar expandimiento a su espíritu ávido de aventuras y de placeres, no quedaba ya un solo vestigio. Cada familia encerraba desde el anochecer a los padres y a los hijos; y la simple acción de pasear las calles de Buenos Aires, en la época del terror, después de las ocho de la noche, era lo bastante para hacer entender que había una gran seguridad federal en quien tal cosa hacía. Terrible escuela desde 1838, en que la juventud que permaneció en Buenos Aires comenzó a aprender hábitos femeniles aconsejados por esa falta de seguridad personal, que hacía buscar entre las paredes del domicilio la única garantía posible a los que temían a cada paso encontrarse con el puñal o el chicote de la Mashorca.

¿Pero el sueño venía siquiera en auxilio del inquieto y abrumado espíritu de los habitantes de esa infeliz ciudad? Los deseos eran demasiado vivos, y demasiado punzantes las impresiones del momento que atravesaban, para poder encontrar en el sueño el olvido de la vigilia. Y no bien las herraduras de la cabalgata del jefe de día resonaban en el empedrado de las calles, cuando alguna sombra se proyectaba desde una azotea, o algún postigo de una habitación en tinieblas se entreabría para dar paso a una mirada inquieta y buscadora.

Un caballo a galope daba origen a imaginar un chasque que volaba a anunciar una traición, una victoria, una derrota.

Un ruido cualquiera, cuya explicación no se podía encontrar en el momento, era clasificado de cañoneo, o de tropel de gente armada.

Y para más de uno, la comitiva de Mansilla pareció acaso un escuadrón del general Lavalle que se había precipitado a la ciudad.

¿Era la causa política quien ponía a los espíritus en esta irritabilidad nerviosa? Era más que esto: era la causa política y la causa individual quien los sujetaba a ese penoso modo de existencia, porque a las opiniones de la causa común ligado estaba para cada individuo el azar de su destino propio.

Los federalistas, por principio, sabían bien que no había que temer individualmente del triunfo del principio unitario, porque tal principio no venía campeando, ni el jefe de la cruzada libertadora venía a consumar venganzas de opiniones políticas. Mas ellos sabían que el caudillo llamado federal los había precipitado a una vida de responsabilidades privadas, en las cuales ya no entraba la política sino la justicia; y temían.

Los hombres pertenecientes al Club de la Mashorca, manchados con

cuanto género de crimen puede conducir al cadalso, comprendían bien que eran millares de familias las que tenían descargando sobre ellos el anatema justísimo a que se habían hecho acreedores; porque sus insultos individuales no podían traer sino venganzas y castigos individuales; y a su vez, temblaban del triunfo de Lavalle.

Los que tenían un deudo en el Ejército Libertador recordaban que era una cuestión de sangre la que se iba a resolver a sus ojos: y temían de los combates.

Los que no habían dado jamás pruebas prácticas de su entusiasmo federal, motivo suficiente para la clasificación de unitario, sufrían la inquietud consiguiente a la incertidumbre de los sucesos pendientes: y temblaban por la patria y por ellos, al imaginarse una desgracia en el Ejército Libertador.

Y he ahí, pues, que toda la sociedad, de uno y de otro color político, sus clases complicadas en la actualidad por las opiniones o por las obras, por los parientes o por los amigos, toda entera estaba conmovida, y pendiente su espíritu del más leve incidente que ocurría.

Daniel, que marchaba al lado de Mansilla, percibía a menudo el movimiento de las ventanas, o las sombras en las azoteas, y comprendía perfectamente cuanto acabamos de decir.

-Nuestra buena ciudad no duerme, general, ¿no nota usted que es cierto lo que le digo?

-Todos esperan, amigo mío -contestó el general Mansilla, de cuyos labios rara vez salía una palabra sin malicia, sin doble sentido, o sin sátira.

-¿Pero todos una misma cosa, general?

-Todos.

-¡Es asombrosa la mancomunidad de opiniones que reina bajo nuestro sistema federal!

Mansilla dio vuelta y miró furtivamente a aquella alhaja, como él decía, y luego contestó:

-Especialmente en una cosa. ¿La adivina usted?

-Palabra de honor, que no.

-Hay una admirable mancomunidad de deseos, de que esto se acabe cuanto antes.

-¿Esto? ¿Y qué es esto, general?

Mansilla volvió a mirar a Daniel, porque la pregunta era una estocada a fondo sobre sus confianzas.

-La situación, quiero decir.

-¡Ah, la situación! Pero para usted no pasará nunca la situación política, general Mansilla.

-¿Cómo así?

-Usted no es hombre para vivir en la vida doméstica; necesita usted los asuntos públicos, y sea en favor, sea en oposición al gobierno, habrá usted siempre de figurar en nuestro país.

-¿Aunque entrasen los unitarios?

-Aunque entrasen. Hay muchos de nuestros federales que figurarán entre ellos.

-Sí; y algunos estarán en un puesto muy eminente, por ejemplo, en la horca; pero, en fin, nosotros debemos estar siempre al lado del Restaurador.

El doble sentido de esa palabra no escapó a Daniel; pero prosiguió con una naturalidad infantil:

-Sí, él es digno de que ninguno lo abandonemos en este trance.

-No crea usted que es terrible, este hombre tiene mucha suerte.

-Es que representa la causa federal.

-Que es la mejor de todas, ¿no es verdad? -dijo Mansilla, mirando a Daniel.

-Así lo he aprendido en las sesiones del Congreso Constituyente.

Mansilla se mordió los labios: él había sido unitario en el Congreso; pero Daniel tenía tal aspecto de sencillez, que el astuto viejo no pudo comprender bien si aquellas palabras eran, o no, un sarcasmo.

Daniel continuó:

-Causa que nunca habrá de ser destruida por los unitarios. No hay que equivocarse, solamente los federales podrán dar en tierra con el general Rosas.

-Parece que tuviera usted cincuenta años, señor Bello.

-Es que me fijo mucho en lo que oigo.

-¿Y qué es lo que usted oye?

-La popularidad de que gozan algunos federales; usted por ejemplo, general.

-¿Yo?

-Sí, usted. Sin los lazos de parentesco que le unen al Señor Gobernador, éste vigilaría mucho sobre usted, porque no debe ignorar la popularidad de que goza, y sobre todo, su talento y su valor. A pesar de que he oído que hablando de esto alguna vez en 1835, dijo que usted no servía sino para revueltas de real y medio.

Mansilla acercó violentamente su caballo al de Daniel y le dijo con una voz nerviosa:

-Son propias de ese gaucho bruto estas palabras; ¿pero sabe usted por qué las ha dicho?

-Por broma quizá, general -contestó Daniel con la mayor sangre fría.

-Porque me tiene miedo -dijo Mansilla apretando el brazo de Daniel, y adjetivando el nombre de Rosas con aquella palabra que debía ser pronunciada bien claro, para poder ser rey de España, según decían los españoles, en su última guerra con los franceses.

Aquella brusca declaración era propia del carácter de Mansilla, mezcla de valor y de petulancia, de arrojo y de indiscreción. Pero la situación era tan grave, que no dejó de conocer pronto que se había avanzado demasiado en sus confianzas con Daniel; mas era tarde ya para retroceder, y creyó que lo mejor sería arrancar iguales confianzas de su compañero de ronda, y le dijo con su astucia natural:

-Yo sé que si pegase un grito tendría toda la juventud en mi favor, porque ninguno de ustedes quiere este orden de cosas en que vivimos.

-¿Sabe usted, general, que yo creo lo mismo? -le contestó Daniel, como si por la primera vez de su vida le ocurriese tal idea.

-Y usted sería el primero en estar a mi lado.

-¿En una revolución?

-En... en cualquier cosa -dijo Mansilla no atreviéndose a pronunciar aquella palabra.

-Me parece que tendría usted muchos que lo siguieran.

-¿Pero vendría usted? -preguntó Mansilla insistiendo en arrancar alguna confidencia de aquel joven que acababa de ser depositario de una enorme indiscreción suya.

-¿Yo? Mire usted, general, yo no podría por una sencilla razón.

-¿Y cuál?

-Porque yo he jurado no asociarme a nada de lo que hagan los jóvenes de mi edad, desde que ellos en su mayor parte se han hecho unitarios, y yo sigo y profeso los principios de la Federación.

-¡Bah, bah, bah!

Y Mansilla separó su caballo, queriendo convencerse de que Daniel no era sino un muchacho hablantín, y sin peso ninguno en sus ideas, pues que aquel escrúpulo de amor propio no podía caber en un espíritu superior.

Daniel continuó, como si nada notase:

-Además, general, yo tengo horror a la política y me avengo mejor con la literatura y con las damas, como se lo decía esta tarde a Agustinita, cuando me pedía que le acompañase a usted esta noche.

-Así lo creo -contestó Mansilla con sequedad.

-Qué quiere usted, yo quiero ser tan buen porteño como el general Mansilla.

-¿Qué?

-Es decir, quiero acreditarme como él en el concepto de las buenas mozas.

El amor había sido siempre el flaco de Mansilla, como su fuerte habían sido siempre las tramoyas políticas; y Daniel le empezó a dar en el clavo.

-Pero esos tiempos ya se pasaron -dijo Mansilla sonriendo.

-No para la crónica.

-Bah, ¡la crónica!; ¿y qué sacamos con eso?

-Ni para la actualidad si usted quiere.

-Eso no es cierto.

-Cierto. Hay mil unitarios que odian al general Mansilla, de envidia

por la mujer que tiene.

-¿Es linda mi mujer, eh? ¡Es linda! -dijo Mansilla casi parando su caballo, y mirando a su compañero con un semblante lleno de satisfecha vanidad.

-Es la reina de las bellas; así lo confiesan hasta los mismos unitarios, y me parece que si ha sido el último triunfo, ha valido por todos.

-Eso del último...

-Vamos, no quiero saber nada, general... Yo quiero mucho a Agustinita... y no quiero oír que usted le hace infidelidades.

-Ah, mi amigo, si usted enoja y desenoja a las mujeres como a los hombres, usted tendrá en su vida más aventuras que yo.

-¡No entiendo, general! -le contestó Daniel fingiendo la más perfecta sorpresa.

-Dejemos esto, ya estamos en el cuartel de Ravelo.

En efecto, habían llegado al cuartel donde dormían cien negros vicios a las órdenes del coronel Ravelo, y hecha la inspección de ordenanza, siguieron luego a visitar el cuarto batallón de patricios, a las órdenes de Ximeno; y en seguida algunos otros retenes.

Pero, ¡cosa singular!, el champagne de la Federación parecía no fermentar ya en el pecho de sus entusiastas hijos; pues que salían sin espuma las preguntas, las respuestas, las conversaciones todas, que tenían con el jefe de día los jefes a quienes se acercaba, y lo que allí pasaba, sucedía en todas partes y en todas las clases... Causa sin fe, sin conciencia, sin entusiasmo del corazón, que trepidaba y desmayaba al primer amago de sus adversarios políticos.., sacerdotes sin religión, que besaban el suelo cuando el ídolo se columpiaba sobre su altar de cráneos.

Daniel veía y estudiaba todo, y se decía a sí mismo a cada paso:

-«Doscientos hombres solamente, y toda esta gente se la entregaba atada de pies y manos al general Lavalle.»

Eran ya las tres de la mañana cuando el general Mansilla tomó para su casa, en la calle del Potosí.

Daniel lo acompañó hasta ella. Pero él no quería que el cuñado de Rosas durmiese inquieto por sus confidencias, y le dijo, al llegar a la casa:

-¡General, usted ha desconfiado de mí, y lo siento!

-¿Yo, señor Bello?

-Sí; conocedor de que toda nuestra juventud se ha dejado fascinar por los locos de Montevideo, ha querido sondearme diciéndome cosas que no siente, porque yo sé bien que el Restaurador no tiene mejor amigo que el general Mansilla; pero felizmente usted no ha visto en mí sino patriotismo federal. ¿No es cierto? -preguntó Daniel fingiendo la expresión más tímida del mundo.

-Cierto, cierto -le contestó Mansilla apretándole la mano y sonriendo de aquel pobre y cándido muchacho, como él lo clasificaba en ese momento.

-¿De manera que contaré con la protección de usted, general?

-Siempre, a todas horas, Bello.

-Bien, entonces hasta mañana.

-Hasta mañana, gracias por la compañía.

Y Daniel dio vuelta a su caballo, riéndose y diciendo para sí mismo:

-«No hubiera dado un diablo por mi vida, mientras tú creyeses que yo tenía tu secreto; ahora me la has dejado rescatar, y no te he devuelto tu prenda: buenas noches, general Mansilla.»

XVII. Patria, amor y amistad

Patria, amor y amistad

Daniel entró a su casa y él mismo condujo su caballo al pesebre, porque no lo esperaba su fiel Fermín, y los otros criados nada sabían de las excursiones nocturnas de su señor: él despertó a uno sin embargo, y mandó estuviese pronto para recibir sus órdenes.

Eran las cuatro de la mañana, y cuando entró a sus habitaciones, alumbradas por una mustia lámpara, echó de menos el fuego de su chimenea, porque el frío de la madrugada empezaba a hacerse sentir con el rigor con que mostróse en el invierno de 1840. Pero no estaba Fermín, y ningún otro criado podía entrar a las habitaciones de Daniel.

El joven encendió una bujía, y lo primero que hizo fue pasar al aposento en que dormía Eduardo, contiguo al suyo.

El sueño era agitado en aquella robusta organización, cuyo espíritu apasionado estaba combatido por tan distintas impresiones, después de cuatro meses; y en su hermoso semblante grabado estaba un ceño duro, revelador de las imágenes adustas que en aquel momento estaban quizá hiriendo su estimulada imaginación.

Contemplóle Daniel un largo rato; conoció que no hacía mucho tiempo que dormía, por lo poco que quedaba de la vela a cuya luz había estado leyendo un volumen de la Revolución Francesa. Vio en Eduardo la imagen palpitante y viva de la persecución y la desgracia que sufría la juventud de la república; y elevándose más su espíritu a medida que las ideas se sucedían en él, llegó a creer que tenía delante de sus ojos una personificación de la actualidad, en cuya suerte podría estudiar el destino de la generación a que pertenecía.

Pálido, ojeroso, abrumado su espíritu y su cuerpo por el trabajo, la labor y la ansiedad continua, Daniel pasó a su bufete y se echó en su sillón.

Pero de repente, separando de sus sienes sus lacios y descompuestos cabellos, sentóse a su escritorio, y, tranquilo, con ese semblante sereno que se descubría en él cuando una alta idea le preocupaba, sacó algunas cartas de un secreto de su escritorio, leyólas, tomó la fecha de una de ellas, y escribió luego la siguiente, que leyó después con completa calma:

Al señor Bouchet Martigny, etc.

Buenos Aires, 1º de setiembre de 1840.

A las cuatro de la mañana.

Muy señor mío:

Están en mi poder sus cartas del 22 y 24 del pasado, y la última me ha confirmado la lisonjera idea de que la noble causa de mi patria encuentra prosélitos, no sólo en sus hijos, sino también en los hombres de corazón, cualquiera que sea la tierra de su nacimiento: y las solicitudes que me avisa usted haber sido dirigidas por compatriotas suyos al gobierno francés, sobre los asuntos del Plata, y en favor de la causa argentina, son otros tantos títulos de reconocimiento hacia esas excepciones nobles de la

Europa, que tan mal nos comprende y peor nos quiere.

Pero al pagar mi parte en esta deuda de gratitud, debo decir a usted con lealtad, que a la altura a que han llegado los acontecimientos, toda interposición que deba venir de Europa, favorable o adversa a nuestra causa, no llegará a tiempo de influir en los sucesos, porque las dos causas políticas deben resolverse al influjo de las armas, dentro de pocos días.

Para mí, la situación encierra un dilema preciso y terminante a este respecto: o la ciudad es tomada antes de quince días, y entonces Rosas está perdido para siempre, o el Ejército Libertador se retira, y entonces todo se pierde por muchos años, de un modo que no ofrecerá posibilidad de nuevo incremento, ni aun con el auxilio de un poder extraño.

Dar al general Lavalle todo cuanto elemento sea posible, es lo único que aconseja la situación actual; pero dárselo sin pérdida de hora; porque del efecto moral que produzca una violenta invasión a la ciudad, más que un ataque a los reductos de Santos Lugares, puede resultar solamente el triunfo de un ejército que no cuenta tres mil hombres, con las dos terceras partes de caballería; que tiene por enemigo un poder fuerte doblemente en el número, y que no puede, ni debe contar con la mínima cooperación de los habitantes de Buenos Aires, sino cuando haga sentir el ruido de sus armas y los vivas a la patria, dentro las ralles mismas de la ciudad.

Este aparente contrasentido en un pueblo, cuya mayoría maldice las cadenas que le oprimen, y espera con toda la efusión de su alma la regeneración de la libertad patria, yo sé bien que los unitarios se empeñan en separarlo de su consideración, por que ellos no quieren convenir cor. que el pueblo de Buenos Aires no sea, en 1840, lo que en 1810: es un honroso error, pero es error al fin, y pues que los hechos que están ya bajo

el dominio histórico, y que han acaecido en todo el norte de la provincia, destruyen la mitad de las ilusiones unitarias, y arguyen muy alto contra las que se tienen fundadas en la ciudad, yo creo de una innegable conveniencia el no contar con otros recursos que los que tiene propios el ejército.

Es imposible, materialmente imposible, establecer hoy la asociación de diez hombres en Buenos Aires: el individualismo es el cáncer que corroe las entrañas de este pueblo. Ese fenómeno se explica, se justifica, puedo decir, pero no es tiempo de averiguaciones filosóficas, sino de tomar los hechos existentes, buenos o malos, y basar sobre ellos el cálculo de operaciones fijas. Y es sobre el hecho de la no revolución en Buenos Aires, que debe calcular sus operaciones el Ejército Libertador.

¿Sin más auxilios que los suyos propios, debe, o no, seguir sobre Rosas el general Lavalle? Tal es la cuestión que pueden proponerse algunos, especialmente la Comisión Argentina, que discurre tanto, aunque con tan poco buen éxito, desgraciadamente.

Antes de resolverla, sin embargo, yo querría hacer entender al general Lavalle, y a todo el mundo, que el poder de Rosas no está en los esteros, zanjas, cañones y soldados de Santos Lugares; que está en la capital; que está en el fuerte, puedo decir: Buenos Aires es la cabeza; todo lo demás no son sino miembros subordinados. Es de Buenos Aires que ha de partir la reacción en la corriente revolucionaria, que debe descender de ella para surcar por toda la república. Y en este caso el problema por resolver no es otro que el de si conviene o no invadir la ciudad por alguno de los flancos de los acampamentos de Rosas, y to mar posesión de ella, dejándolo a él dueño de la campaña.

En la posición del general Lavalle, yo no trepidaría en aceptar el primer

caso, porque me asiste la convicción que si el ejército se retira, la cuestión se pierde y se pierde el ejército; y en esta coyuntura yo preferiría arriesgar esa inmensa pérdida, sobre el único terreno que ofrece una posibilidad de triunfo.

En la ciudad no puede haber resistencia; los federales están abatidos por la simple incertidumbre de los sucesos, y la mitad de ellos, cuando menos, se pasaría de buen grado al general Lavalle, para buscar con su traición a Rosas una garantía futura.

Mi carta anterior lo ha impuesto a usted del pormenor de los acuartelamientos, tropa de línea, etc, que hay en la ciudad; y si esta otra puede contribuir a meditar sobre la idea que aconsejo, habré conseguido mis deseos, pues que no dudo que del examen de ella resultaría su aprobación.

Quiera usted, señor Martigny, aceptar como siempre las seguridades de mi particular aprecio.

B.

Daniel puso a esta carta un sello especial; púsole luego una dirección para Mr. Douglas, y la guardó en el secreto de su escritorio.

Luego escribió la siguiente:

Amalia:

La visión no era otra que Mariño. He conseguido intrigarle el espíritu. Cree y no cree que me ha seguido y que ha dado contigo. Pero esa misma duda le excitará más y querrá salir de ella. De hoy en adelante mis pasos serán seguidos más que nunca. No hay remedio: para ¡as dificultades que nos cercan, no hay otro camino que el de la temeridad, que es la prudencia de las situaciones difíciles.

Es necesario volver a Barracas, y pronto.

Disponlo todo, y consérvate pronta a todas horas.

Los sucesos se precipitan ya, y todo debe ser rápido como va a serlo el choque de nuestra desgracia o nuestra fortuna.

¡Dios vele sobre los buenos!

Terminada esta carta, el joven escribió por último a su Florencia, y le decía:

Alma de mi alma: todavía soy feliz en el mundo, muy feliz, desde que, abrumado y cansado de una lucha estéril, pero terrible, que tú no conoces todavía, tengo tu corazón para refugio de mi alma, tengo tu nombre para acercarme a Dios y a los ángeles, al escribirlo.

Hoy he sufrido mucho, y mi único consuelo es la esperanza que tengo de que vas a prestarte a mis deseos: es necesario que persuadas a tu buena madre, que la decidas a su viaje a Montevideo; pero pronto, mañana si es posible. Yo facilitaré todo. Y si es necesario para la tranquilidad de su espíritu el que seas mi esposa antes de la partida, mañana mismo nos unirá la Iglesia, como nos ha unido Dios: para siempre.

Sobre el cielo que nos cubre, en el aire que respiramos esta hoy la desgracia, y quizá ¡Quién sabe! Todo es fatídico hoy... Yo no quiero tu mano, es decir, mi felicidad, mi orgullo, mi paraíso, en estos momentos. Pero lo haré, si es necesario para tu partida.

No me preguntes nada. No puedo decirte sino que quisiera alzarte sobre los astros, para que el aire de estos momentos no rozase tu frente. No me pidas que te siga... No puedo... Frío como un cálculo, mi destino está hecho. Estoy clavado a Buenos Aires, y... Pero nos hemos de ver pronto, dentro de ocho, dentro de quince días a lo más. Es un siglo, ¿no es verdad?

No importa, en la nube, en el aire, en la luz, tú me conversarás, Florencia, y yo recogeré tus palabras en el adoratorio de tu imagen: en mi alma. ¿Me complacerás?

Madama Dupasquier nada te niega.

Y yo no te he pedido jamás nada, sino por tu felicidad y por la mía.

Daniel.

El joven cerró esta última carta, púsola en su pecho, y esperó al día para darla dirección con las otras.

I. Setiembre

Setiembre

El primer día de setiembre de 1840 se extendió sobre el cielo de Buenos Aires oscuro, triste, cargado de vapores, como si en su aparición ese fatal mes quisiera ofrecerse a los ojos de los mortales tal como se ofrecería en la posteridad al estudio del historiador: triste, sombrío, cargado de errores y preñado de la tormenta de sangre que debía estrellarse, romperse, y diluviar sobre la frente argentina.

Todo era fatídico.

El Ejército Libertador había pasado cerca de un mes en pequeñas operaciones, marchando lentamente, tratando de conquistar con buenas proclamas y acciones de indulgencia unas simpatías que no era posible hallar en la campaña, en el número en que las buscaba el general Lavalle para vencer a Rosas.

El general López, de Santa Fe, empezaba a obrar a retaguardia del ejército.

Don Vicente González, y otros jefes de Rosas, por el flanco derecho.

Y a su frente el dictador se atrincheraba en su acampamento de Santos Lugares. Y débil en los primeros días de la invasión, se hacía fuerte, moral y materialmente, por la lentitud de su enemigo.

La vista se dilataba en todos los horizontes tormentosos de la república. Pero el rayo que debía herir la cabeza de la libertad o de la tiranía no fermentaba en círculos tan lejanos, sino entre las nubes que se cernían sobre el espacio de Luján a Buenos Aires.

El general Paz contaba ya en Corrientes un ejército de dos mil hombres, que disciplinaba con su pericia y habilidad exclusivas.

El gobernador Ferré juraba «sepultarse en las ruinas de su provincia antes que consentirla esclava».

Las provincias de Córdoba, de San Luis y San Juan se inclinaban a entrar en la gran Liga, y se negaban ya a dar al fraile Aldao los auxilios que solicitaba.

El general La Madrid pisaba ya el territorio de Córdoba.

Aldao escribía a Rosas, con fecha 8 de agosto, desconfiando de todo el mundo, «hasta de su sombra».

Pero ¿qué importaba todo esto?

El gran problema estaba en Buenos Aires.

El triunfo, o la derrota general, estaban pendientes del resultado de la expedición libertadora en la provincia de Buenos Aires.

Ante ese reto a muerte de los dos principios, de las dos espadas, en el estrecho palenque de Buenos Aires, la actitud de las provincias, cualquiera que fuese, y hasta la misma cuestión francesa, eran ya cosas secundarias e indiferentes para el resultado del duelo.

Lavalle y Rosas representaban los dos principios opuestos de la

revolución.

Ya estaban frente a frente.

Su voz se oía.

Sus armas se tocaban. Y el que cayese, debía arrastrar en su caída toda su causa con todas sus ramificaciones, más o menos extensas que ellas fuesen.

Y ante esta verdad, que los sucesos debían justificar más tarde, desgraciadamente, el genio de la política y de la guerra se manifestó rebelde, y se negó a inspirar en la cabeza del cruzado la idea de que el mundo no tenía más límites para la libertad argentina que los que marca el plano de la ciudad de Buenos Aires. Spartacus mató su caballo antes de entrar a la batalla. Cortés quemó sus naves. Lavalle debió deshacerse de naves y caballo.

Pero no fue así.

Rozándose con Rosas, todavía se pensaba en las provincias, todavía se pensaba en la Francia; sin calcular que si Lavalle retrocedía, Rosas se levantaba más alto que la cuestión francesa y la liga provinciana; sin calcular que si Buenos Aires era tomado, ya no había punto de apoyo al edificio de la tiranía en la república, ni trepidaciones en la cuestión internacional.

Entretanto, la pluma del romancista se resiste, dejando al historiador esta tristísima tarea, a describir la situación de Buenos Aires, al comenzar los primeros días de setiembre.

A medida que pasaban las horas, se iba enervando la impresión del miedo que causó a los rosistas la súbita aparición de las armas libertadoras en la provincia. Y por un exceso brutal de cobardía, y de cuanto puede

haber de infame en la historia de un partido político, o de los instrumentos de un jefe de partido, la mujer comenzó a ser el blanco del encarnizamiento de bandas de forajidos, bautizados con el nombre de federales.

Sin disputa, sin duda histórica, la mujer porteña había desplegado, durante esos fatales tiempos del terror, un valor moral, una firmeza y dignidad de carácter, y, puede decirse, una altanería y una audacia tal, que los hombres estaban muy lejos de ostentar, y que servía de punzante reproche a las damas exaltadas de la Federación, y a los hombres corrompidos sobre que se apoyaba la santa causa.

La linda cabeza de las gaditanas de la América paseaba alta, erguida; les parecía tan bien colocada sobre sus hombros, que creían ofenderla doblándola un poco al pasar por medio de los magnates de la época. Y el vestido modesto de la patriota parecía plegarse y contraerse por sí mismo al ir a rozarse con la crujiente y deslumbrante seda de la opulenta federal.

Sus cabellos, trono en otro tiempo de la flor del aire, se rebelaban al repugnante moño de la Federación; y apenas la punta de una pequeña cinta rosa se descubría entre sus rizos, o bajo las flores de su sombrero.

Todo esto era un crimen. Y la misma moral que así lo clasificaba, debía inventar un castigo propio de ella, propio de sus jueces, propio de los verdugos.

Bandas de ellos, de distintas jerarquías y condiciones, empezaron a apostarse en las puertas de los templos, llevando cántaros con brea derretida, y moños de coco punzó.

Estos trapos eran untados de brea, y a cuantas jóvenes salían del templo sin la gran mancha de la Federación en la cabeza, tomábanla brutalmente de la cintura, la arrastraban en medio de ellos, y sobre la cabeza linda y

casta pegaban el parche embreado y la empujaban luego, entre algazara y risas federales; pues tenemos en todo que valernos de esta expresión que no caía de los labios en la época que describimos.

A las puertas del colegio tiene lugar una de esas escenas a las once del día.

Una niña salía con su madre; y es arrebatada por algunos de los que allí esperaban a las señoras.

La joven comprende lo que se quiere hacer de ella; y en el acto se quita el chal que cubría su cabeza, y la presenta a las manos de sus profanadores.

La madre, que estaba contenida por otros, grita desesperada:

-Ya no hay un hombre en Buenos Aires para proteger a las señoras.

-No, mamá -dice la joven con la palidez de la muerte en su semblante, pero con una sonrisa del más profundísimo desprecio-, no, mamá, los hombres están en la guardia de Luján, donde está mi hermano. Aquí no hemos quedado sino las mujeres y los tigres.

La comunidad de la Mashorca, la gente del mercado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habían dado ya carta de independencia absoluta para defender mejor su madre causa, comenzaban a pasear en grandes bandas la ciudad, y la clausura de las familias empezó a hacerse un hecho.

Empezó a temerse el salir a la vecindad.

Los barrios céntricos de la ciudad eran los más atravesados en todas direcciones por aquellas bandas; y las confiterías, especialmente, eran el punto tácito de reunión.

Allí se bebía y no se pagaba, porque los brindis que oía el confitero eran demasiado honor y demasiado precio por su vino.

Los cafés eran invadidos desde las cuatro de la tarde. Y ¡ay de aquel que

se presentase en ellos con su barba cerrada o su cabello partido! Un nuevo modo de afeitar, que no conoció Fígaro, se empleaba con él en menos de un minuto.

El cuchillo de la Mashorca, que más tarde debía servir de sierra en la garganta humana, hizo su aprendizaje como navaja de barba y tijeras de peluquería.

El último crespúsculo de la tarde no se había apagado en los bordes del horizonte, cuando la ciudad era un desierto; todo el mundo en su casa; la atención pendiente del menor ruido; las miradas cambiándose; el corazón latiendo.

Lavalle.

Rosas.

La Mashorca.

Eran ideas que cruzaban, como relámpagos súbitos del miedo, o la esperanza, en la imaginación de todos.

¡Ay de la madre que tenía un hijo fuera de su casa!

¡Ay de la amada que esperaba a su amante!

Un golpe en la puerta de calle, y todos se precipitaban a las interiores.

El corazón quería adivinar.

La imaginación lo extraviaba.

La realidad arrancaba un suspiro y una sonrisa.

Era un momento de calma, de transición a otro momento de inquietud, de zozobra, de miedo, que debía durar toda la noche, todo el siguiente día, y días y semanas todavía.

¿De qué han sido las familias de Buenos Aires? ¿Cómo se ha podido vivir de esta agonía latente, sin que esos espasmos de la sangre, sin que esas

contracciones del alma y las arterias no consumieran la vida, y no arrastrasen a la demencia o al suicidio?

El sueño. Pero ni el sueño era permitido siquiera. Los serenos debían venir cada media hora a despertar a las gentes con un grito de muerte.

No. Ni Roma bajo los emperadores militares.

Ni antes en los excesos de sus más brutales tiranos.

Ni en la historia moderna la Inglaterra durante sus despotismos religiosos; la Francia durante sus reinados criminales; la España durante la hoguera, ofrecen el cuadro de una sociedad entera en la horrible situación de Buenos Aires, en los meses que describimos, en 1840.

Los tiranos en todas partes han perseguido un partido, una idea. Pero en ninguna han perseguido a la sociedad con una pequeñísima parte de la sociedad misma.

Las proscripciones pegadas en la puerta del senado romano hacían saber siquiera quiénes eran los que estaban bajo el anatema del odio o la venganza.

Pero en Buenos Aires ninguno era señalado, y todos estaban bajo el anatema.

La hoguera inglesa no hizo menos estrago que la española. Pero cada hombre sabía, en las creencias religiosas que profesaba, cuál era el destino que le cabía.

En Buenos Aires no había más medio de poder conocer ese destino; no había otro camino que condujese a la seguridad personal que convertirse en asesino, para libertarse de ser víctima. Y no se crea que la palabra asesino es empleada como un concepto hiperbólico, sino que materialmente era preciso asociarse a lo más corrompido de la Mashorca, y tener el cuchillo

en la mano, matando o pronto para matar.

En todas partes la adhesión moral a la causa del poder, por más brutal y tiránico que fuese, ha sido, naturalmente, una salvaguardia.

En Buenos Aires, no.

El antiguo federalista de principios, siempre que fuese honrado y moderado; el extranjero mismo, que no era, ni unitario, ni federal; el hombre pacífico y laborioso que no había sentido jamás una opinión política; la mujer, el joven, el adolescente, puede decirse, todos, todos, todos estaban envueltos, estaban comprendidos en la misma sentencia universal: o ser facinerosos o ser víctimas.

II. Santos Lugares

Santos Lugares

Las primeras luces del alba se dibujaban sobre el oriente, y la vista se fatigaba por definir los objetos informes que, aquí y allá, se le ofrecían en grandes grupos, en el acampamento de Santos Lugares.

Eran centenares de carretas.

Montes de tierra a orillas de las zanjas que se habían abierto.

Cañones de batería.

Cerros de balas.

Cientos de carpas formadas de cueros, y esparramadas en el mayor desorden.

Caballadas, armas, soldados, mujeres, galeras, todo confundido y en el más completo desarreglo.

Y el toque de diana en los batallones; la corneta de la caballería; la algazara del cuerpo de indios; la gritería de las negras; el movimiento de los caballos; el grito del gaucho enlazándolos, todo a la vez venía a formar un ruido indefinible, para que el oído, como la vista, se intrigase también.

El cuartel general estaba hacia el extremo derecho del campamento, en un grande rancho que, sin embargo, no hospedaba de noche al general en jefe.

¿Dónde dormía Rosas? En el cuartel general tenía su cama, pero allí no dormía.

En la alta noche se le veía llegar al campamento, y el héroe popular hacía tender su recado cerca de sus leales defensores.

Allí se le veía echarse; pero media hora después, ya no estaba allí.

¿Dónde estaba? Con el poncho y la gorra de su asistente tendido en cualquiera otra parte, donde nadie lo hallara ni lo conociera.

En el momento en que estamos, se desmontaba en el cuartel general, a cuya puerta tomaba mate multitud de jefes, oficiales y paisanos confundidos.

Aquel hombre, de una naturaleza de bronce, que acababa de pasar la noche con las mismas comodidades que su caballo, o más bien, con menos comodidades que el animal, llegaba, sin embargo, fresco, lozano y fuerte como si saliese de un colchón de plumas y de un baño de leche.

La expresión de su semblante era adusta y siniestra como las pasiones que agitaban su alma.

De poncho, con una gorra de oficial, y sin espada, ni insignia alguna, pasó por medio a su corte, o su estado mayor, o lo que fuese, sin dignarse echarle una mirada.

Una gran mesa de pino estaba colocada en medio del rancho, y cubierta casi toda ella de papeles manuscritos e impresos.

Veíanse allí tres oficiales de secretaría pálidos, ojerosos, en un profundísimo silencio, y sin hacer nada; y al general Corvalán con un

grueso paquete de pliegos cerrados en la mano, entreteniéndose en leer y releer los sobres de ellos.

Paráronse todos a la entrada de Rosas. Este quitóse su gorra y su poncho, tirólos sobre el catre, y comenzó a pasearse a lo largo de la habitación; mientras los escribientes y el edecán, a quienes no había saludado, permanecían de pie junto a las sillas que un momento antes ocupaban.

Inmediatamente apareció un soldado, y paróse en la puerta, con un mate en la mano. Ahí quedó clavado.

Rosas continuaba sus paseos.

Al volver de uno de ellos, estiró el brazo, cogió el mate, tomó dos o tres tragos, sin moverse, volviólo al soldado, y siguió sus paseos.

El soldado quedó en su mismo lugar con el mate en la mano.

Al cabo de dos o tres minutos volvióse a repetir la misma escena; hasta que habiendo sonado el aire entre la bombilla, el autómata salió a renovar el agua.

Y los secretarios y el edecán permanecían parados.

Y Rosas continuaba sus paseos.

Y el cebador del mate iba y venía.

Y esta pantomima duró por tres largos cuartos de hora, cuando menos.

En uno de esos paseos, paróse de repente junto a la mesa y dijo, con una cara muy alegre, a los escribientes, y como si recién reparase en ellos:

-Siéntense, no más.

Los escribientes se sentaron.

Luego, volviéndose a Corvalán, preguntóle como admirado:

-¿Que había estado ahí?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿Cuándo vino?

-Hará como una hora.

-¿Qué ha ocurrido en la ciudad?

-Nada absolutamente, Excelentísimo Señor.

-¿Están alegres?

-Sí, señor.

-¿Y Victorica cómo está?

-Anoche lo he visto, está muy bueno, Excelentísimo Señor.

-Cuando lo vea déle memorias. Como ayer no ha venido en todo el día, creía que se había muerto el gallego. Y a Don Felipe, ¿lo ha visto?

-Sí, Excelentísimo Señor.

Y Rosas soltó una estrepitosa carcajada.

-¡Qué miedo tendrá el gobernador delegado! ¿Conque no hay nada?

-Hace dos horas que han llegado por agua estas comunicaciones.

-A ver, traiga.

Rosas tomó los pliegos; los abrió, y luego de leer las firmas se los tiró a uno de los escribientes.

-Lea -le dijo, y volvió a pasearse.

El escribiente leyó:

Señor Don Juan Manuel de Rosas. Campamento general, Abril, llanos de la Rioja, agosto 8 de 1840. Mi apreciado gobernador y general: El 5 del corriente a las 4 de la tarde arribó a este destino Don Lucas Llanos con su apreciable correspondencia del 2 y 18 del pasado; por ella quedó impuesto que usted se ha dignado acceder a las indicaciones de mi casa de 30 de junio sobre el vestuario, sables, etc., cuya remisión se activará desde Córdoba por

el general Alemán, que con motivo de ir por unos días a repararse de una enfermedad que le molesta...

-Bueno; que se muera; y que se muera el fraile también, ¿no es ésa la del fraile Aldao?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-Extráctela luego. A ver; lea otra. ¿Cuál es ésa?

-Del comandante Don Vicente González. Da cuenta de las marchas de...

-No le pregunto de qué da cuenta. Lea.

-Da cuenta de las marchas que ha hecho el cabecilla Lavalle en los días 30 y 31 de agosto; 1 y 2 de setiembre.

-A ver; lea las marchas.

-«Día 30.»

-¿De qué?

-De agosto, dice antes -contestó el escribiente tartamudeando.

-Pero ahí también debía decirlo. A ver, póngale una nota a este viejo bruto -dijo Rosas a otro de los escribientes-, diciéndole que otra vez ponga con más claridad las marchas del ejército de los salvajes unitarios.

-¿Le digo que escriba las fechas de las marchas?

-Váyase a un cuerno; escriba lo que le digo. Siga usted.

El primer escribiente continuó:

Día 30; como a las ocho y media de la mañana carneó el ejército de los inmundos salvajes unitarios, y luego marchó hacia la Villa de Luján y campó cerca del pueblo, a las cinco y media de la tarde, en la Quinta de Marcó. Día 31; el cabecilla Lavalle ha dejado en la Villa de Luján varias carretas y parte de la artillería, y lleva sólo dos obuses y dos piezas ligeras.

En este día el cabecilla ha tenido junta de jefes y oficiales. No se sabe para qué. Día 1.º; el cabecilla permanece en el mismo lugar. Han salido dos escuadrones, el uno hacia la Capilla del Señor, y el otro con dirección a Zárate. Día 2; a las nueve de la mañana se puso en marcha el ejército de los salvajes unitarios. A una legua hicieron alto. A las doce volvieron a marchar los asquerosos unitarios. A la una y media hicieron alto. A las dos de la tarde volvieron a marchar. A las tres hizo alto todo el ejército. A las cuatro continuaron la marcha, y a las cinco y media pasaron el arroyo de la Chosa. A las seis camparon en los dos puestos de Ramírez, con cuyos ranchos hicieron fuego los salvajes unitarios.

-No hay más -dijo el escribiente.

-Pasado mañana pueden estar en Merlo; mañana también -dijo Rosas y empezó a pasearse más precipitadamente por el cuarto.

-¿Qué dice esa comunicación de López? -preguntó parándose de repente, y después de un largo rato de silencio.

-Que marcha sobre San Pedro.

El cebador de mate volvió a aparecer en la puerta del rancho.

-¿No hay una carta sin firma ahí?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-A ver, léala toda.

El escribiente leyó:

Montevideo, 1º de setiembre de 1840. Excelentísimo Señor: Después de mi carta de anteayer no hay más novedad sino la que ha traído ayer un buque de guerra inglés, que ha llegado del Janeiro, sobre la venida de un nuevo almirante francés, mandando la expedición que debe venir en auxilio de los traidores y desnaturalizados unitarios, que venderían su

patria al extranjero, si no fuera el brazo poderoso de V. E. que la está defendiendo, solo contra tantos. Aquí los salvajes unitarios siguen en la más completa anarquía. Unos hablan pestes de Lavalle porque no avanza tan pronto corno quisieran. Otros...

-Vea qué bulla es esa, Corvalán. No; espérese. Anda a ver -dijo Rosas al soldado del mate; porque en efecto se sentía cierta algazara en el campo.

El soldado salió y los escribientes y Corvalán quedaron en perplejidad.

-Siga no más -dijo Rosas al escribiente.

Este prosiguió:

Unos hablan pestes de Lavalle...

-Ya leyó eso, no sea bruto.

El lector se puso pálido como la cera, y prosiguió:

Otros gritan que no debe seguir adelante hasta que...

-¿Qué hay? -preguntó Rosas al soldado que entraba, mientras el escribiente rayaba con la uña la dicción en que había quedado pendiente la lectura.

-Nada, señor.

-¿Cómo nada?

-Es uno que vende dulces, y los compañeros dicen que es espía de Lavalle.

-Ha de ser, pues. ¿De dónde viene?

-No sé, señor; pero ha de ser de por ahí no más.

-Bueno, a los compañeros que hagan lo que quieran.

El soldado salió. Y Rosas hizo señas al escribiente para que continuase su lectura.

Prosiguió:

Haya sublevado en su favor todas las simpatías del país. Y el cabecilla Lavalle debe estar sin saber qué hacer porque cada uno le aconseja de distinto modo. Por lo que hace a Rivera...

El lector se paró de súbito a los horribles gritos, a los ayes que transían el alma y que se exhalaban a pocos pasos de allí, de Rosas: era que estaban degollando al vendedor de dulces, entre la grita y alegría salvaje de los soldados y la chusma, al ver la sangre y las agonías de la víctima.

Este infeliz se llamaba Antonio Fragueiro Calviño. Era viejo de sesenta y tantos años, y vendedor de masas por profesión, y que había ido ese día a Santos Lugares a hacer comercio con su cajón de dulces, arrastrado fatalmente por su destino.

-Siga, pues -dijo Rosas con la mayor flema.

Por lo que hace a Rivera no les ha de dar el mínimo auxilio, pues está deseando que se pierdan todos, no porque el pardejón no sea tan unitario como ellos, sino porque todos viven así en la más completa anarquía. Todos los días llegan fugados de ésa. Me consta que la mayor parte se embarca por la costa de San Isidro en balleneras francesas que van a buscarlos; y me parece que ese punto es el que debe ser más vigilado. Mañana volveré a escribir a Vuecelencia como lo hago en todas las ocasiones que me es posible. La letra de cien onzas me fue pagada a la vista. Quedo haciendo votos por el triunfo de Vuecelencia.

-No hay más.

-Mire -dijo Rosas dirigiéndose a Corvalán-, usted se va a la ciudad, ¿no?

-Como Vuecelencia lo ordene.

-Tiene qué hacer. Busque a Cuitiño y dígale que me han escrito de Montevideo que está dejando escapar por plata a los unitarios que se

embarcan por la costa de San Isidro; que yo no lo creo, pero que no deje que los salvajes unitarios le estén sacando el cuero de ese modo; y que yo he de ir una noche de éstas a pasear por la costa.

-Muy bien, Excelentísimo Señor.

-Y cuente a los amigos, y a él también, todo lo que ha visto y oído por aquí... ¿Me entiende?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿No está Maza ahí en la puerta? -preguntó Rosas al soldado que estaba con el mate, en que, de cuando en cuanto, tomaba Rosas algunos tragos.

-Ahí está -respondió aquél.

-Que venga.

Un instante después apareció Mariano Maza, jefe de un cuerpo llamado de la marina: hombre que más tarde debía jugar un sangriento y repugnante papel en las guerras de Rosas.

Era entonces como de treinta y cinco años, de estatura regular, rubio y de una fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio.

Presentóse con su gorra militar en la mano, delante del que tenía en su frente, tibias y en relieve, las manchas de sangre de su tío y de su primo hermano.

Rosas lo miró sin dignarse saludarlo, y le preguntó:

-¿No están en su cuartel unos que trajeron ayer?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿Cuántos son?

-Son cuatro, Excelentísimo Señor.

-¿Cómo se llaman?

Maza sacó un papel de su bolsillo y leyó:

-José Yera, español.

-Gallego, diga.

-José Yera, gallego, y su hijo.

-¿Estos los mandaron de Lobos, no?

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿Y los otros?

-Un tal Vélez, cordobés, y Mariano Álvarez, porteño.

-¿Esos son todos?

-No han traído más, Excelentísimo Señor.

-Bueno; fusílelos.

Maza hizo una profunda reverencia y salió; mientras que Rosas volvió a sus paseos.

Al cabo de cinco minutos se paró y dijo:

-Vaya no más, Corvalán.

El edecán se disponía a salir.

-Ah, lléguese a lo de María Josefa y dígale que haga lo que quiera. Que sin son unitarios no le importe de nada.

-Muy bien, Excelentísimo Señor.

-Mire, véase a Mariño y dígale...

La voz de Rosas y la atención de todos fue suspendida por la detonación de dos descargas sucesivas.

¡Yera y su hijo, Álvarez y Vélez acababan de caer asesinados por el plomo de Rosas; como diez minutos antes había caído Calviño bajo el bárbaro cuchillo federal!

-Dígale, pues, a Mariño -continuó Rosas, con la mas inaudita

tranquilidad- todo lo que hay por aquí; dígale también que parece unitario, porque están muy flojos sus artículos.

Esto decía Rosas en los momentos en que La Gaceta Mercantil chorreaba sangre, azuzando a lo lebreles de la Federación al exterminio de todos los unitarios.

Y Corvalán, así cargado de comisiones, cada una envolviendo una muerte o una desgracia, montó a caballo con menos seguridad que la que su nombre tenía de pasar tristísimamente a la posteridad, si no como un actor de crímenes, porque en efecto no lo fue el general Corvalán, a lo menos como un modelo de sumisión y de obediencia pasiva al tirano a quien sirvió por tantos años.

Pero no bien su caballo había dado algunos pasos cuando el cebador de mate lo alcanzó, y llamó al edecán de parte de Rosas.

El viejecito se desmontó con trabajo, y tropezando

con su espadín, y las charreteras bailándole, volvió a la presencia de Rosas, mientras que el soldado iba a buscar un vaso de agua que había pedido el dictador.

III. Un vaso de sangre

Un vaso de sangre

-¿Ya se iba?

-Ya, Excelentísimo Señor.

-No; espérese. Siéntese.

Corvalán se sentó.

-A ver -continuó Rosas dirigiéndose a uno de los secretarios-: ¿cuál es el legajo que trajeron ayer?

-Aquél, Excelentísimo Señor -contestó el secretario señalando uno inmenso que estaba sobre una silla.

-Desátelo.

-Ya está, Excelentísimo Señor.

-Bueno, saque una clasificación.

-¿Cuál de ellas, Excelentísimo Señor?

-Empiece por la primera. Búsquela.

El escribiente se puso a recorrer los papeles.

-Aquí está, Excelentísimo Señor.

-Lea.

Y Rosas volvió a sus paseos en la habitación, mientras que el ordenanza permanecía parado en la puerta con el vaso de agua en la mano.

El secretario leyó lo siguiente(7)

Clasificaciones de 1835 Número 1 General Don Juan José Viamont, enemigo de los restauradores. General Don Nicolás de Vedia, sostuvo el gobierno de Balcarce, y proclamó al pueblo con entusiasmo en contra del ejército. General Don Tomás Iriarte, éste nunca fue federal; sostuvo con encarnizamiento a Balcarce. General Don Gervasio Espinosa, éste fue federal, y se convirtió enemigo por sostener al gobierno de Balcarce, de quien recibió especiales consideraciones. Coronel Don Francisco Linch, desertó del partido federal, y fue agente del ministro de la Guerra Martínez, en buscar prosélitos que sostuvieron su causa inicua. Coronel Don Juan Pedro Luna, desde que regresó del ejército del sur era un furioso en hablar con publicidad del general, y de todo individuo que sostenía el partido federal; sólo una administración tan corrompida como la de aquella época pudo permitir tanta audacia sin contenerlo; en consecuencia tomó las armas; últimamente fue comprendido en la reforma, pasándole al estado mayor inactivo, pero en el momento pidió su licencia absoluta, y se le concedió. Coronel Don Paulino Rojas, unitario y lomo negro, está en el estado mayor inactivo. Teniente Coronel Don Prudencio Torres, fue unitario empecinado y después federal y últimamente lomo negro. Teniente Coronel Don Juan José Olleros, lomo negro empecinado; está reformado. Sargento Mayor Don Manuel Torres, se singularizó en las elecciones de abril, y ha estado en contra de los federales; es oriental y pariente de Martínez. Teniente Coronel de milicias Don Epitacio del

Campo, fue federal y después lomo negro empecinado; se singularizó en las elecciones de abril; esto le valió para ser jefe de policía, en cuyo destino hostilizaba a todos los federales que no eran de su facción. Don Juan Manuel Canabery, lomo negro empecinado; tenía una protección decidida, y en consorcio de Don Epitacio del Campo hacían todos los remates del gobierno, en lo que ganaron gruesas cantidades. Don Juan José Bosch, fue federal y se convirtió en lomo negro entusiasmado. Teniente Coronel Don Manuel Gregorio Mons, español, lomo negro, y ciego agente del general Espinosa. Coronel Don Bernardo Castañón, lomo negro, y espía del gobierno de Balcarce. Coronel Don José María Echauri, en todo como el anterior. Mayor Don Lorenzo Melgar, lomo negro empecinado, seducía a los paisanos: salía en todas las guerrillas, hasta que fue inutilizado por un lanzazo. Mayor Don Casiano Aparicio, lomo negro empecinado. Don Federico Obenr, éste, siendo particular y extranjero, andaba con una partida hostilizando a los paisanos en los días de la revolución, fue comisionado por Balcarce para persuadir al general Izquierdo viniese con su fuerza a la ciudad, quien lo arrestó, y puesto a disposición del general del ejército, fue remitido preso a la Guardia del Monte. Don Matías Aberastegui, era oficial de abastecedores; tomó las armas contra sus compañeros y sirvió de ayudante del general Olazábal. Mayor Don Martín Olazábal, lomo negro, tomó las armas. Mayor Don Jerónimo Olazábal, unitario y lomo negro. Don Diego Vivar, éste trabajó con empeño en seducir los milicianos del comandante Navarrete, por lo que fue arrestado y remitido a la Guardia del Monte. Don Marcelino Carranza, unitario y lomo negro. Teniente Coronel Don Benito Nazar, unitario y lomo negro. Capitán Don Marino Bermúdez, está con el concepto de unitario, lomo

negro, no ha servido en el ejército de la Federación; actualmente está causado por haber muerto a un músico de patricios. Mayor Don José Gueselaga, lo fue del batallón de defensores, partidario del general Martínez, y lomo negro. Mayor Don Rufino Guati, unitario y lomo negro. Teniente Coronel Don Francisco Seguí, unitario y lomo negro. Teniente Coronel Don Antonio Toll, en todo como el anterior. Capitán de milicias Don Pablo López, era federal, se volvió lomo negro y tomó las armas. Capitán de milicias Don Martín Amarilla, en todo como el anterior. Capitán de milicias Don Luis Casar, idem, idem. Teniente Coronel Don Mariano Moreno, lomo negro; sostuvo con ardor el gobierno de Balcarce. Coronel Don Juan José Martínez Fontes, en todo como el anterior. Coronel Don Nicolás Martínez Fontes, mandó el batallón «Río de la Plata»; estaba tan entusiasmado que el día de las elecciones de abril formó la tropa en el cuartel y la proclamó diciendo: que murieran los absolutistas. Don José María Zelaya, éste era federal, lo trastornó el ministro de Guerra Martínez (se dice que por intereses), pero él era su agente y panegirista. Don Demetrio Villarino, era juez de paz de San Fernando y lo sedujo el comandante Don Manuel Feliciano Fernández, por cuyo motivo lo depuso del cargo el general del ejército. Don Juan José Maciel, era juez de paz de San Isidro; en todo como el anterior. Coronel graduado Don José María Escobar, lomo negro, no es bueno ni para amigo ni para enemigo. Don Diego Piñero, fue juez de paz de las Conchas; partidario entusiasta de Balcarce. Don Plácido Viera, éste de particular fue hecho, en los días de la revolución de octubre, sargento mayor de caballería de línea y anduvo con partida; se le recogieron los despachos por comprenderlo la revolución de la honorable Sala. Don José María Grimau, era corredor de número y uno

de los más exaltados en la revolución contra los federales. Coronel Don Rafael Hortiguera, lomo negro, pero moderado. Don Pedro Echenagusia, siendo paisano se ofertó al gobierno para formar una compañía para pelear contra los federales, no llenó su compromiso, pero recibió ocho mil pesos que se quedó con ellos. Capitán Don Emilio Góngora, lomo negro, y estuvo hasta lo último con las armas en la mano. Don Mariano Artayeta, era mayor de Lavalle, unitario empecinado y se presentó en los días de la revolución a tomar las armas contra nosotros. Don Mariano Aquilino, era alcalde del cuartel 17; hizo primores en las elecciones a favor de la lista negra, y últimamente tomó las armas. Coronel Don Juan Coé, yerno de Balcarce, en los momentos de la revolución le dieron el mando del puerto. Don Pedro Echagüe, lomo negro y espía del ministro Martínez. Sargento Mayor Don Julián Martínez, hijo político del ministro Martínez, tomó las armas. Coronel Don Manuel Rojas, unitario y lomo negro. Coronel Don Román R. Fernández, lomo negro, trabajó con calor en las elecciones en contra de los federales. Capitán Don Mariano Quintas, unitario y tomó las armas. Don Antonio Martínez Fontes, escribió contra los federales, actualmente está empleado en la aduana. Don Dámaso del Campo, lomo negro y trabajó en las elecciones en contra nuestra. Teniente Coronel Don Juan Santiago Wascalde, unitario acérrimo, actualmente está empleado en el parque. Capitán Don Bartolo Herrera, peleó contra los federales, está en el estado mayor activo. Teniente Coronel Don Ramón Listas, unitario y lomo negro. Mayor Don Bartolo Fernández, lomo negro completo; se hizo notar por su encarnizamiento en las elecciones y con las armas en los días del movimiento. Teniente Coronel Don Amadeo Ibarrola, cuando estalló el movimiento del 11 de octubre se hallaba de comandante en Quilmes,

donde lo había mandado días antes el gobierno. Los patriotas lo sorprendieron esa misma noche y después de arrestado lo pusieron en libertad, juramentándolo en que no tomaría las armas. Correspondió a esta generosidad con bajeza, y lo que se vio libre las tomó de nuevo. Sargento mayor Don Félix Iriarte, unitario y lomo negro. Sargento mayor Don Ciriaco Otero, tomó las armas contra los federales. Teniente Coronel Don Victorio Llorenti, estaba empleado en la inspección, y en los días del movimiento de octubre, como se había dado a conocer por su exaltación, lo colocó el general Olazábal de su segundo en el cuerpo de patricios. Mayor Don Pedro Calderón, unitario y lomo negro. Don Gregorio Silva, era juez de paz de la Concepción, lomo negro empecinado y el agente del general Olazábal. Don Eduardo Espinosa, era oficial de abastecedores, estuvo adentro con las armas en la mano, por esto fue arrojado del cuerpo. Presbítero Don Mateo Vidal, enemigo acérrimo de los federales, era el que sostenía en la Sala de Representantes todas las disposiciones del gobierno en aquella época, y dirigía al ministro de la Guerra Martínez. Coronel Don Ángel Salvadores, lomo negro, estuvo con las armas en la mano al mando de un cantón. Mayor Don Ramón Carbajal, unitario y lomo negro. Batallón de artillería Clasificación de los jefes y oficiales de él Comandante Don Juan Ceballos, obtuvo este empleo por el gobernador Balcarce después del 11 de octubre; lo ratificó Viamont; estuvo con las armas en la mano. No ha hecho más servicios a la Federación que la expedición a Córdoba. Capitán Don Martiniano Aparicio, unitario y lomo negro. Capitán Don Luis Arguero, lomo negro. Teniente Don Manuel Visetrez, unitario. Ayudante Don José Revol, lomo negro. Teniente Don Norberto Abrego, lomo negro. Subteniente Don Manuel Castañón, lomo negro.

Batallón Guardia Argentina. -Los jefes y oficiales sin excepción son federales y de toda confianza. Regimiento Núm. 1.º de Campaña. -Los jefes y oficiales, sean de línea como de milicias que actualmente tiene, son federales y de confianza. Relación de los lomos negros enemigos de los federales, y se hallan ausentes fuera de la provincia. Brigadier Don Juan Ramón Balcarce; brigadier Don Enrique Martínez; general Don Félix Olazábal; coronel Don Manuel Olazábal; teniente coronel Don Manuel Feliciano Fernández; teniente coronel Don Ignacio Inarra; teniente coronel Don Adriano Cardozo; mayor Don Benito Olazábal; mayor Don Marcelino Aguilar; capitán Don Casimiro Garmendia; capitán Don Marcelino Salinas; teniente de milicias Don José Estanislao Bejarano, paisano; paisano Juan José Cano; guarda José Villoldo; guarda Pedro José Molina.

-No hay más, Excelentísimo Señor.

-Bueno; lea la segunda -dijo Rosas continuando su paseo, y el escribiente leyó:

Clasificación Número 2 Empleados civiles de todas clases que son muy marcados por sus opiniones. Departamento de policía Comisarios.-Don Matías Robles, federal; Don Ángel Herrero, idem firme; Don Pedro Romero, idem firme; Don Lorenzo Laguna, idem; Don Pedro Chanteiro, idem, idem; Don Isidoro López, idem, idem; Don Hilario Ábalos, idem, idem; Don Juan José Castro, idem, idem; Don Diego Ruiz, federal; Don Manuel García, idem; Don Manuel Insúa, idem; Don Juan Manuel Serrano, idem; Don Pedro C. Chavarría, idem firme; D. Ciriaco Cuitiño, federal firme y sobresaliente; Don Andrés Parra, idem, idem, idem. Comisario en comisión.-Don Marcelo Aspitía, federal firme. Oficial

2.º.-Don Pedro Romero, federal. Oficiales de mesa.-Don Juan Moreno, idem; Don Ramón Torres, idem; Don José María Zamorano, federal firme; Don Francisco Plot, idem, idem; Don Baltasar Agüero, insignificante e inasistente al servicio. Oficiales escribientes.-Don Francisco A. Maciel, nuevo en el partido, con buena conducta; Don Esteban Ojeda, idem, idem; Don Francisco Cámara, idem, idem, fue unitario; Don Juan Victorica, demostró ser buen federal en la época de los renegados, y continúa; Don Manuel Ovella, español unitario; Don Ángel M. Gómez, se ignora su actual opinión y fue unitario. Administradores de los carros fúnebres y de policía.-1º Don Luciano Isla, federal; 2º Don Pedro Óbrego, federal firme y neto. Alcaides del depósito de policía.-1º Gregorio Guzmán, federal; 2.º Santiago Olivero, idem. Tesorero de policía.-Don Francisco Eyzaga, buen federal. Nota. Entre los vigilantes hay muchos buenos federales, pero otros son enteramente desconocidos respecto de su opinión, y será preciso el clasificarlos despacio, previos los informes convenientes. Actuales jueces de paz en la ciudad.-Catedral al norte: Don Inocencio Escalada, federal; San Nicolás: Don Julián González Salomón, federal firme y sobresaliente; Piedad: Don Antonio Viera, federal; Monserrat: Don Manuel Maestre, idem; Concepción: Don José María Pintos, idem; Socorro: Don Gabriel Ferreyra, idem; San Telmo: Francisco Buzaco, idem; Pilar: Don Juan Ovalle, idem; San Miguel: Don José Moreno, idem; Balbanera: Don Mariano Lorea, renegado. Nota. Hay un alcalde en esta última parroquia llamado D. Eustaquio Giménez, que tiene actitudes, es hombre de bien y federal conocido. Empleados del fuerte.-Don Pedro Salvadores, unitario y renegado; Don Benedicto Maciel, pasa por federal, pero lo pasaba bien con los renegados, y gobierno subsiguiente; Don Severo Belvis, renegado; Don

Mariano Balcarce, idem; Don Demetrio Peña, idem y unitario; Don José María Sagasta, idem; Don Gregorio Alagón, idem, idem; Don Prudencio Gramajo, idem, idem; Don Avelino Balcarce, renegado. Ministerio de Guerra.-Oficial mayor Don Mariano Moreno, renegado; Don Juan J. Martínez Fontes, idem; Don José M. Agrelo, idem; Don Marcos Agrelo, idem; Luis Méndez, idem; Don Esteban Badlam, renegado; doctor Don Mariano Herrera, unitario; Don Pedro Díaz de Vivar, renegado; Don Justo Balcarce, idem. Contaduría general.-Don Tomás Usúa, unitario y renegado; Don Antonio Marcó, idem, idem; Don Mariano Javelera, idem, idem. Archiveros.-Don Jerónimo Lasala, vive con todos; Don Mariano Vega, renegado exaltado. Colecturía.-Don Santiago Calzadilla, unitario; Don Marcos Sauvidet, unitario; Don Juan Araújo, renegado malo; Don Antonio Martínez Fontes, renegado. En el resguardo.-Don José M. Somalo, renegado; Don José A. Echevarría, idem; Don José Guerreros, renegado exaltado y fue agente del gobierno de Balcarce; unos Peñas, renegados; Don N. Perelló, unitario y renegado. Debe haber en el resguardo otros muchos renegados, según la opinión general. Correos.-Don Manuel J. Albarracín, unitario; Don Bonifacio Salvadores, idem y renegado; F. Olayo Picó, unitario. Institución de serenos.-Presidente Don José Olaguer, renegado, vive con todos. Tesorero. -Don Felipe Botet, unitario muy renegado. Ayudantes.-Don Juan Bautista Perichón, unitario; Don Pedro Botet, renegado; Don Antonio José Larrosa, vive con todos; Don José Álvarez, federal; Don Ambrosio Correa, idem; Don José León Gutiérrez, idem muy comprometido. Serenos pertenecientes al partido de los renegados.-Pedro Espejo; Fermín Urain; José Pillao; Manuel Roxas; Juan Navea; Cosme Méndez; Vicente Gómez;

Nicolás Martínez; José Alcolea, y unitario; Rufino Blanco; Manuel Sosa; Manuel Rubio; Gregorio Díaz, y muy malo en la época pasada; Domingo Lara, y unitario malo; Nicolás Blanco; Lorenzo Vose; José M. Cabot; Juan Ramón Díaz; José Ramos; Pedro Melo; Atanasio Romero; Luis Peredo; Francisco Rodríguez; Alberto Buráñez; José Isla; Vicente Montillo; Francisco Tixera; José M. Ordóñez; Julián Muñoz. Individuos de todas clases Don Luis Vega, ex juez de paz el año 33, renegado exaltado. Don José M. Zelaya, empleado en el parque, renegado. Un empleado del mismo destino apellidado Velázquez, renegado. Don Matías Aberasteguy, ex alcalde del cuartel número 9, renegado. Don Martín Troncoso, idem del número 13, renegado exaltado. Don José Picó, idem, del 52, idem, idem. Don Demetrio Villarino, ex juez de paz de San Fernando, renegado. Don Juan José Maciel, ex juez de paz de San Pedro, renegado. Don Juan Barrenechea, R.te, renegado. Don Vicente Arraga, idem, idem. Don Irineo Portela, idem, unitario. Don Ignacio Martínez, idem, renegado. Don Pedro Trapani, idem, idem. Don Baldomero García, vividor con todos los partidos y muy relacionado con los unitarios. Doctor Don Mateo Vidal, eclesiástico, renegado. Don Francisco Silveira, canónigo, idem. Don Ramón Olavarrieta, cura, idem. Don Manuel Nazar, teniente cura, renegado y unitario. Don José Albarracín, cura renegado. Don Mariano Brizuela, presbítero, unitario. Don Bernardo José Campos, cura, idem. Abogados.-Doctor Don Pedro José Agrelo, renegado; doctor Don Valentín Alsina, unitario; doctor Don Marcelo Gamboa, moderado; doctor Don Pedro del Valle, renegado; doctor Don Manuel Belgrano, unitario; doctor Don Juan José Cernadas, renegado; doctor Don Bernardo Vélez, unitario malo; doctor Don Florentino Castellano, unitario

renegado; doctor Don Paulino Ibarbás, unitario; doctor Don Rafael Macedo Ferreira, renegado; doctor Don José Tomás Aguiar, idem. Escribanos.-Don Francisco Castellote, «unitario él, su mujer, hijos e hijas»(8)

(«Agregado auxiliar») Antonio Fausto Gómez; Don Manuel Covia, unitario «del consulado»; Don Marcos José Agrelo, unitario, escribano de número; Don Teodoro Montaño, renegado; Don Luis Castañaga, unitario incorregible; Don Luis López, federal, «buen sujeto»; Don Laureano Silva, idem; Don Miguel Mogrovejo, renegado; Don José María Jordán, unitario; Don Juan José Canaberis, procurador renegado, «malo, incapaz»; José Joaquín Rubí, federal firme.

Médicos y cirujanos.-Los dos Almeidas, unitarios moderados; Don Cosme Argerich, renegado; Don Pedro Carrasco, unitario; Don José Fuentes, federal; Don Fernando María Cordero, idem firme; Don Andrés Dik, extranjero federal; Don Juan Antonio Fernández, unitario; Don James Leppar, extranjero, no es unitario; Don Pedro Martínez, renegado; Don Pedro Roxas, unitario, Don Manuel Salvadores, idem, renegado; Don Justo García Valdés, idem, idem; Don Benjamín Vieites, idem, idem. Particulares Unitarios y federales renegados.-Don Mariano Fragueiro, unitario; Don José Pérez (comandante), idem; Don Manuel Arroyo y Pinedo, muy unitario; Don José Arroyo y Pinedo, idem, idem; Don Juan Fernández Molina, unitario; Don Ventura Arzac, idem, malo; Don José María Arzac (impresor), renegado y malo; Don Pablo García (vago), idem, idem; Don Francisco Lavalle, unitario; Don Francisco Seguí, idem; Don Joaquín Belgrano, idem; Don Pedro Berro, idem; Don Fidel Casati, idem; Don Miguel Fernández, hermano de Manuel Feliciano, renegado; Don

Carlos Lamarca, unitario; Don José María Maldonado, idem; Don Molino Torres, Ángel, idem; Don Sebastián Ocampo, unitario exaltado; Don Carlos Reyes, idem; Don Miguel Sánchez, idem, muy exaltado; Don Manuel Terri, empleado en el banco, unitario; Don Gregorio Terri, empleado en el banco, idem; Don Marcelino Carranza, renegado; Don Manuel Carranza, unitario y renegado; un joven Máximo Lara, muy renegado; Don Juan Manuel Canaveris, idem, idem; Don Benito Díaz (corredor), unitario renegado; Don Juan de Dios Padrón, idem; Don Matías Aberastegui, ex alcalde del cuartel número 9, renegado; Don Pedro Echenagusia, renegado malo, espía pagado en el gobierno de Balcarce contra los federales; Don Manuel Vega, renegado malo y atropelló a algunos ciudadanos en la época malhadada de los renegados; Don José María James, unitario malo y renegado; Don Gervasio Armeros, renegado y no hace honor al empleo de oficial de justicia que ejerce. Federales de varias clases que pertenecen a la Sociedad Popular Restauradora y son comprometidos Don Martín Santa Coloma, sobresaliente; Don Pablo Hernández, «representante, fortuna»; Don Sebastián Sárate; Don José M. Boneo, «b.»; Don José Aldao, «b.»; Don Ramón Bustos, «edecán»; Don Rafael Barrios, «bueno», «abastecedor»; Don Hilario Rodríguez, capitán de Pardos, «empleado»; Don Miguel Planes, «b.»;Don Manuel Alarcón, «b.», «capitán»; Don Laureano Almada, «b.», «puesto verdura»; Don José Tomás Robledo, «b.», «capitán del 6 o de la partida de Cuitiño»; Don Andrés Robledo, «b.», «idem capitán»; Don Bernardo Fuentes, «b.», «mercado»; Don Pedro Nolasco Contín; Don Andrés Cabo, «b.», «casa propia, en el puente, fortuna»; Don Juan Merlo, «b.», «capitán»; Don Manuel Barbarín; Don Manuel Núñez; Don Julián de León; Don

José Antonio Reynoso; Don Bernardino Orellana; Don Máximo Sosa (negro); Don Silvestre San Martín (negro); Don Francisco Molina; Don José María Yedros, capitán pardo, «b.»; Don José Rodríguez (pardo), «b.»; Don Daniel Capdevila (negro), «b.»; Don Mariano Castillo, «b.», «capitán de milicia»; Don Antonio Bonifás (marina), «b.», «en el servicio de la marina»; Don Evaristo Idalga; Don Antonino Reyes; Don Trifón Cárdenas (oficial); Don Francisco Isar; Don Antonio Reynoso; Don José Pintos, «b.»; Don Vicente Funes; Don José A. Liménez, «hacendado del N.»; Don José Domingo Montaño; Don Juan Baleyja, «b.», «capitán M.»; Don Lorenzo García; Don Martín Farías (del resguardo); Don Mateo Castañón; Don Manuel Burgos; Don Angel Octán; Don Francisco Esquibando; Don José M. Pita; Don Manuel Aráoz de Parra; Don Ciriaco Gari (oficial de milicia); Don Felvo Briones (oficial militar); Don Mariano Soria; Don Diego Obirson; Don Antonio Miranda; Don Juan Molina; Don Pedro Santellán; Don Laureano Silva (escribano); Don Cayetano Laprida; Don Juan José Olivera; Don José Serapio Gaona; Don Máximo Taybo; Don José Tiburcio Sánchez; Don José D. Farías; Don José Carrasco; Don Francisco Farías, «b.», «capitán»; Don Manuel Altolaguirre (pardo); Don Juan Balanzártegui (negro); Don Manuel Abrego; Don José Gabriel Romero; Don Pedro Aberastegui; Don Juan Fuentes; Don Félix Padín (pardo), «b.», «verdulero»; Don Roque Narbona (negro); Don Juan José Pérez de la Rosa, «bueno, oficial rebajado»; Don Gregorio Sufrategui. Otros federales, aunque no son de la sociedad Don Bonifacio Huergo; Don Manuel Rábago; Don Miguel Oñederra; Don Anselmo Farías, sobresaliente; Don Domingo Eyzaga, «b.»; Don Miguel Casal (ex comisario); Don Evaristo Pineda (corredor);

Don Simón Pereira; Don José Vari; y otros muchos. Respecto a los negros de la última clase pueden considerarse federales prontos a sostener la causa más de las nueve décimas partes de ellos, y la otra se compone de algunos oficiales del cuerpo de defensores (que pueden ser clasificados a su tiempo) y de otros pobres ignorantes, alucinados por ellos.

-Se ha concluido, Excelentísimo Señor.

-Entonces, deje ahí no más; vaya separando las otras para leerlas luego; pero mire, cuando vea unitarios en esos papeles, léame salvajes unitarios. Tome, Corvalán. Llévele a María Josefa y dígale que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras.

-¿Nada más, Excelentísimo Señor?

-Nada más.

Corvalán salió.

En este momento tomó Rosas el vaso de agua de manos del ordenanza.

La puerta vidriera del rancho daba al oriente, y los vidrios estaban cubiertos por cortinas de coco punzó. El sol estaba levantándose entre su radiante pabellón de grana; y sus rayos quebrándose en los vidrios de la puerta y su luz tomando el color de las cortinas, venía a reflejar con él en el agua del vaso un color de sangre y fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror a la imaginación de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas al mandar las clasificaciones a su hermana política, les hizo creer que el agua se había convertido en sangre, y súbitamente se pararon pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginación, sin embargo, se habían combinado para representar, bajo el prisma de una ilusión, la verdad terrible de ese

momento. Sí, porque en ese momento bebía sangre, sudaba sangre y respiraba sangre: concertaba en su mente, y disponía los primeros pasos de las degollaciones que debían bien pronto bañar en sangre la infeliz Buenos Aires.

IV. Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodríguez

Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodríguez

Si los capítulos anteriores han podido dar una ligerísima idea de la ferocidad de Rosas, también habrán hecho reflexionar, es probable, sobre el modo como se ocupaba de la defensa de su causa, frente del enemigo que le invadía, y la amenazaba.

Hay resistencia en el espíritu para creer que en todo pensase Rosas, en los primeros días de setiembre de 1840, menos en una formal organización de defensa, en un plan de campaña, tan serio siquiera, como la situación que lo rodeaba. Y nada hay más cierto, sin embargo.

Rosas jamás fue militar. Y en aquel conflicto no hizo otra cosa que amontonar hombres y cañones, carretas y caballos, en los estrechos reductos de Santos Lugares; esperándolo todo de la casualidad, del terror en sus enemigos, y del miedo en sus servidores, que parece haber sido la única táctica de ese hijo predilecto de una fortuna, la más siniestra para la humanidad, tanto en sus guerras de 1840 a 1842, como en la que sostiene en la época en que estos cuadros se delinean.

Alistados a sus banderas no faltaban algunos oficiales, generales del tiempo de la independencia; y, como tales, viejos veteranos que habíanse criado entre los grandes planes militares y la disciplina severa, sirviendo a las órdenes de los primeros capitanes de aquella guerra gigantesca. Y las medidas de Rosas, como general en jefe del ejército, en aquellos momentos en que todos jugaban su porvenir, si no su vida, era la pesadilla diaria de aquellos soldados de la independencia, que no veían sino el absurdo y la ignorancia, o la más completa apatía en las disposiciones del dictador, que revelaba una completa ausencia de las nociones más simples del arte de la guerra. Para ellos era incomprensible que sólo con rondas, para ver si hallaban algún unitario con armas; con visitas a los cuarteles, para no encontrar sino montones de hombres sin disciplina ni espíritu de soldado; y con hacinar enjambres de hombres y de animales en un estrecho campamento, se pudiese asegurar el triunfo o siquiera una resistencia regularizada, llegado el caso de un ataque serio sobre aquel punto, o de una sorpresa a la ciudad. Y ante semejantes planes militares renegaban de la suerte que los había puesto bajo el mando de aquel bruto, como lo llamaban Mansilla, Soler y otros que habían ceñido la espada desde los primeros días de la revolución de América.

¡Pero parece increíble! Este mismo trastorno de lo natural, esta misma vulgaridad e ignorancia de Rosas, servía para que la fanática plebe de su partido, y muchos también que no eran plebe, dijesen y creyesen que todo aquello que veían y los sorprendía era efecto del genio del Restaurador, que se escapaba a la penetración de los demás.

-Él sabe lo que hace -decían.

Y sin embargo, la verdad es que el genio no sabía una palabra de lo que

estaba haciendo, o de lo que debía hacer, en orden a la defensa militar; y se lo llevaba en un trabajo asiduo y laborioso, dentro sí mismo, pensando y combinando los medios de satisfacer sus bárbaras venganzas en el caso de triunfar, que ya empezaba a ver como muy probable, sin más ciencia que sus instintos y su sagacidad, puramente orgánicos, puramente animales: ora combinando nombres para encontrar víctimas, sea combinando en su idea el medio de arrojar a la mendicidad la mitad de la población; nuevo y el más espantoso de sus delitos, que debía convertirse en ley dentro de pocos días.

Entretanto, y a medida que los sucesos se precipitan, el lector tendrá que acompañarnos, con la misma prisa que esos sucesos, a todas partes y con toda clase de personas. Y al llegar más pronto que Corvalán de Santos Lugares a la ciudad, y al correr sus calles, ora en largas longitudes, tristes, solitarias, lúgubres; sea teniendo que empujar y codear para abrirnos camino por medio de una oleada de negras viejas, jóvenes, sucias unas y andrajosas, vestidas otras con muy luciente seda, hablando, gritando y abrazándose con los negros, soldados de Rolón o de Ravelo, mientras otras se despedían a gritos, marchando a Santos Lugares; ya teniendo que ampararnos del umbral de una puerta, para que los caballos a galope, azuzados por el rebenque de la Mashorca que pasa en tropel, haciendo que hace en el gran plan de defensa de su genio, no invada la vereda y nos lleve por delante; o ya en fin, andando más de prisa para evitar la mirada curiosa que se escurre por la rendija de un postigo entreabierto, donde se asoma una pupila inquieta y buscadora, queriendo interrogar hasta las piedras para saber qué pasa, qué fortuna se cierne en ese instante sobre la cabeza de todos, sobre el lecho del viejo, sobre la cuna del niño; para saber si el

corazón ha de latir de miedo o de esperanza todavía; si el sol ha de ponerse el último para ella, o el postrero para la terrible ansiedad que devora el espíritu y el cuerpo. Y corriendo, deslizándonos con el lector sobre esa ciudad cuyo piso tiembla, cuyo aire tiene olor a sangre, donde sobre las nubes no parece haber Dios, donde sobre el suelo no parece haber hombres, de todo falta, menos la agonía del alma, las creaciones asustadoras de la imaginación, y la lucha terrible de la esperanza, que se escapa, o se postra en el pecho, con la realidad, con la verdad, que subyuga y aniquila y mata esa esperanza misma; corriendo aquí y allí, de repente nos hallaremos con un personaje serio y tieso, que con su inseparable bastón va pasando por la puerta de la Sala de Representantes, con un aplomo de piernas sorprendente, mientras que la vaguedad de sus miradas, y su semblante como bañado en agua de azafrán, nos hará creer por un momento que aquel hombre lleva una cabeza postiza, viendo en el rostro el antítesis de la seguridad que ostenta el cuerpo.

Era Don Cándido Rodríguez.

Frente a la Sala de Representantes había en 1840 una pequeña fonda, que era el Palais Royal de toda la corte del genio, desde las ocho hasta las once de la mañana, desde las nueve hasta la una de la noche; en cuya puerta, un año antes, habían tomado al joven Alagón, para convertirlo en una de las más tristes y lamentables víctimas de Rosas.

Eran las diez de la mañana.

Don Cándido llegaba ya a la puerta de la Sala de Representantes, cuando salía de la fonda una docena de personajes de la Federación, haciendo un ruido infernal con sus inmensas espuelas.

Don Cándido no los miró con los ojos. Los miró y conoció con el oído.

Y, sin dar vuelta su cabeza, ni precipitar sus pasos, se entró muy serio a la Sala de Representantes, y empezó a subir por la escalera que conduce al archivo.

El no iba a semejante casa, ni a tal archivo. Era el ruido de las espuelas federales lo que había dado a sus piernas una nueva dirección, sin dar tiempo a su cabeza a la combinación de ninguna idea. Así es que, cuando se halló frente a frente con un oficial de esa oficina, no sabiendo qué decirle, y no creyendo que debía pararse todavía, pasó por delante de él, y siguió andando.

-Señor, ¿quería usted algo? -le dijo aquél.

-¿Yo?

-Sí, pues, usted que se entra, así no más.

-Mire usted, joven, esto es efecto de causas muy remotas y recónditas, que cuando el tiempo, ese amigo de la vejez e instructor de los jóvenes... el tiempo, ¡si usted supiera lo que es el tiempo!

-Señor, yo lo que deseo saber es qué busca usted -dijo el oficial, que empezó a creer que Don Cándido era un loco, y no las tenía todas consigo al encontrarse solo, en tan peligrosa compañía.

-Mire usted; yo, francamente, no quiero nada. ¿De qué familia es usted, mi distinguido señor?

-Señor, yo tengo que cerrar la puerta: hágame el favor de retirarse -dijo el joven retrocediendo algunos pasos y dando la espalda a la puerta de salida.

-Tiene usted en su fisonomía la expresión del talento, de la asiduidad, de la labor; ¿en qué forma de letra escribe usted?

-Señor, hágame usted el favor de irse.

-De todos mis discípulos; porque ha de saber usted que yo he sido maestro de primeras letras, de todo Buenos Aires. ¡Oh, y qué hombres he sacado! Unos son hoy diputados, comerciantes de primer orden, activos, hacendosos, infatigables; ¿conoce usted la casa de comercio que hay...?

Don Cándido alzó su caña de la India, como para apuntar en el aire la dirección a que iba a referirse, cuando el joven, creyendo que la alzaba para darle un palo, corrió a la puerta y dio un grito al portero, que felizmente no se hallaba en su puesto.

-¿Qué hacéis, joven imprudente, inconsiderado, ligero como todos los jóvenes?

-Señor, si usted no se va, yo empiezo a gritar.

-Bien; ya me voy, joven inexperto y alucinado.

Pero en lugar de dirigirse a la puerta, Don Cándido se dirigió a uno de los balcones, que quedaban frente a frente con la fonda; y el alma le volvió al cuerpo, al ver que nadie había en la puerta de ella.

Volvióse entonces y extendió su mano para despedirse del oficial del archivo, quien, no teniendo la mínima duda de que Don Cándido acababa de escaparse de la Residencia, se guardó muy bien de poner su mano entre las suyas.

-Adiós, joven bisoño y nuevo en la escuela del mundo. Ojalá pueda pagar a usted y a su respetabilísima familia el eminente e inolvidable servicio que acabo de recibir.

Y Don Cándido bajó con toda su estudiada gravedad las escaleras, mientras el joven quedóse mirándole y riendose.

Pero no bien el maestro de primeras letras había llegado a la esquina de esa cuadra, andando siempre en dirección al Retiro, cuando otra comitiva

federal doblaba del Colegio hacia la fonda y se encontró de manos a boca con Don Cándido.

Este no bajó, saltó de la vereda, y con el sombrero en la mano empezó a hacer profundas reverencias.

Los otros, que tenían más ganas de almorzar que de saludar, y muy habituados que estaban a esa clase de cumplimientos, siguieron su camino, mientras Don Cándido se quedó saludándolos hasta por la espalda.

Vertiginoso, latiéndole las sienes terriblemente, y sudando a ríos, dobló al fin por la calle de la Victoria en dirección al campo, y fue a entrar por aquella puerta donde lo conocieron nuestros lectores por la primera vez, y que no era otra que la de Daniel, como es probable que lo recuerden.

Un momento después, nuestro desgraciado secretario entraba a la sala de su antiguo discípulo, a quien halló sentado en una cómoda silla de balanza, leyendo muy tranquilamente la elocuente Gaceta Mercantil.

-¡Daniel!

-¿Señor?

-¡Daniel! ¡Daniel!

-¡Señor, señor!

-Nos perdemos.

-Ya lo sé.

-¿Lo sabes y no nos salvas?

-De eso se trata.

-No, Daniel, no, no tendremos tiempo.

-Tanto mejor.

-¿Cómo? -interrogó Don Cándido, abriendo tamaños ojos, y sentándose en un sofá al lado de Daniel.

-Digo, señor, que en las situaciones difíciles lo mejor es acabar pronto.

-Pero acabar bien, querrás decir.

-O acabar mal.

-¿Mal?

-Sí, pues, mal o bien, siempre es mejor que vivir dando un brazo al bien y el otro al mal.

-¿Y ese mal será?

-Que nos corten la cabeza, por ejemplo.

-Que te la corten a ti y a todos los conspiradores. Pero no a mí, un hombre tranquilo, inocente, manso, incapaz de hacer el mal con intención, con premeditación, con...

-Siéntese usted, mi querido maestro -dijo Daniel cortando el discurso de aquél, que a medida que hablaba había ido parándose.

-¿Qué he hecho yo, ni qué he pensado hacer para encontrarme, como me hallo, semejante a un débil barquichuelo en medio de las ondas y las tempestades del Océano?

-¿Qué ha hecho usted?

-¿Sí, yo?

-¡Toma! Pues no es nada lo que usted ha hecho.

-Yo no he hecho nada, señor Don Daniel, y ya es tiempo de que nuestra sociabilidad se separe, se rasgue, se rompa para siempre. Yo soy un acérrimo defensor del más ilustre de los restauradores de este mundo. Quiero hasta el último de la respetabilísima familia de Su Excelencia, como quiero y soy defensor del otro señor gobernador, doctor Don Felipe, de sus antepasados, y de todos sus hijos. Yo he querido...

-Usted ha querido emigrar, señor Don Cándido.

-¿Yo?

-Usted; y éste es delito de lesa federación que se paga con la cabeza.

-Las pruebas.

-Señor Don Cándido, usted está empeñado en que alguien lo ahorque.

-¿Yo?

-Y sólo espero que me diga usted si quiere serlo por la mano de Rosas o por la mano de Lavalle. Si lo primero, le complaceré a usted en el momento, haciendo una visita al coronel Salomón. Si lo segundo, esperaré tres o cuatro días a que entre el general Lavalle, y en primera oportunidad le hablaré del secretario del señor Don Felipe.

-¿Conque entonces yo soy hombre al agua?

-No, señor, hombre al aire será usted, si persiste en hablar tanta tontería como lo ha estado haciendo.

-Pero, Daniel, hijo mío, ¿no ves mi cara?

-Sí, señor.

-¿Y qué notas en ella?

-Miedo.

-No, miedo no, desconfianza, efecto de las terríficas impresiones que me acaban de dominar.

-¿Y qué hay?

-De lo del señor gobernador aquí, me he encontrado dos veces con esos hombres que parecen.., que parecen...

-¿Qué?

-Que parecen diablos vestidos de hombre.

-U hombres vestidos de diablo, ¿no es eso?

-¡Qué caras, Daniel, qué caras! Y sobre todo esos cuchillos que llevan.

¿Crees que uno de esos hombres sería capaz de matarme, Daniel?

-No, me parece. ¿Qué les ha hecho usted?

-Nada, nada. Pero imagínate que me confunden con otro, y...

-Bah, dejemos eso, mi querido amigo. Usted me ha dicho que salió de lo de Arana para venir aquí, ¿no es eso?

-Sí, sí, Daniel.

-Luego usted traía un objeto en su venida.

-Sí.

-¿Y cuál era, mi amigo?

-No sé; no quiero decirlo ya. No quiero más política, ni confidencias.

-Ah, ¿luego era una confidencia política lo que venía usted a hacerme?

-No he dicho tal.

-Y apostaría a que trae usted en el bolsillo de su levitón algún papel importante.

-No traigo nada.

-Y apostaría a que si algún hermano federal se le antoja registrarlo a usted al salir de acá, por ver si lleva armas, y le encuentra el tal papel, se lo despacha a usted en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Daniel!...

-Señor, ¿me da usted los documentos que me trae o no?

-Bajo de una condición.

-Veamos.

-Que no me exigirás que continúe faltando a mis deberes.

-Tanto peor para usted, porque Lavalle no pasa cuatro días sin que esté en Buenos Aires.

-¡Y qué! ¿Tú no responderías de los inmensos servicios que he prestado

a la libertad?

-No, si usted se para en la mitad del camino.

-¿Y crees que entre Lavalle?

-Para eso ha venido.

-Mira; aquí entre los dos, yo también lo creo; y es por eso que venía a verte. Ha habido un contraste.

-¿En quién? -preguntó Daniel con viveza, sonrosándosele un poco el semblante, donde en pocos días habían hecho un notable estrago las diferentes impresiones que invadían su alma. Pálido, ojeroso, desencajado, se parecía más ese día a un joven libertino que echa la vida y la salud por la puerta de los sentidos, que a un joven que vive la vida, el corazón y la inteligencia.

-Toma, lee.

Daniel desdobló un papel que le daba Don Cándido y leyó:

San Pedro, 1º de setiembre. Hace dos días que se presentó Mascarilla con mil hombres, a tomarnos el pueblo, que mostró una decisión extraordinaria, rechazándolo vigorosamente. Traía una pieza de cañón, ciento cincuenta infantes y como seiscientos jinetes. Atacó por dos puntos. Penetraron un momento hasta la plaza; pero fueron repelidos por nuestro vivísimo fuego. La pérdida pasa de cien hombres. Adjunto a usted copia de la comunicación que he recibido del general. Mañana le escribiré detalladamente. Juan Camelino. Señor D...

-A ver el documento a que se refiere -dijo Daniel después de un silencio de más de diez minutos fijos sus ojos en el papel que tenía en la mano, mientras pasaban por su expresiva fisonomía visibles nubes de tristeza y desconsuelo.

-Toma -dijo Don Cándido-, son los dos documentos de importancia, y que se han encontrado en una ballenera tomada anoche. Volando he sacado una copia para traértela.

Daniel tomó el papel sin oír a Don Cándido, y leyó:

Ejército Libertador, cuartel general en marcha, agosto 29 de 1840. Al Señor D. Juan Camelino, comandante militar de San Pedro El general en jefe tiene la satisfacción de comunicar a usted, para que lo haga saber en el partido de su mando, que por comunicaciones que se han interceptado de Don Félix Aldao al tirano Rosas, se sabe que el estado de la opinión de los pueblos del interior es el más favorable a la causa de la libertad. Las provincias de Córdoba, San Luis y San Juan se han negado a dar a Aldao los auxilios que había solicitado. La provincia de La Rioja se ha alzado en masa contra la tiranía de Rosas y ha armado una gruesa columna de caballería y ochocientos infantes. El general La Madrid, que pisó el territorio de Córdoba al frente de un ejército de bravos amigos de la libertad, vendrá pronto a apoyar las operaciones del Ejército Libertador. La división Vega dispersó completamente en Navarro las fuerzas de milicias que había reunido Chirino. El ejército cuenta con un escuadrón de aquellas milicias. El general en jefe ha sabido que las milicias de la Magdalena se han sublevado abandonando a sus jefes en el momento que les dieron la orden de incorporarse al ejército de Rosas. La causa de la libertad hace rápidos progresos, y el general en jefe espera que bien pronto serán premiados los esfuerzos de los soldados de la patria entre los que ocuparán un lugar distinguido los bravos defensores de San Pedro. Hará usted saber las noticias que le comunico en el partido de su mando, con la seguridad de que el Ejército Libertador no imita el sistema de mentir con

que el tirano intenta ocultar su crítica situación. Enviará usted una copia de esta nota al juez de paz del Baradero. Dios guarde a usted. Juan Lavalle.

-¿Qué te parece? -preguntó Don Cándido luego que Daniel hubo concluido la lectura del documento.

El joven no contestó.

-Se vienen, Daniel, se vienen.

-No, señor, se van -repuso éste, y estrujando el papel entre sus manos, se levantó y empezó a pasearse en el salón, marcando en su rostro la impaciencia y el disgusto.

-¿Te has enloquecido, Daniel?

-Son otros los que se han enloquecido, no yo.

-¡Pero si han derrotado a López, mi estimado y querido Daniel!

-No vale nada.

-Si ya están en la Guardia de Luján.

-No vale nada.

-¿No ves el entusiasmo ardiente, fogoso, tremebundo de que están animados?

-No vale nada.

-¿Estás en ti, Daniel?

-Sí, señor; los que no están en sí son los que están pensando en las provincias, revelando con eso que no confían en sus propios medios, ni ven la fortuna que se les presenta a dos pasos. ¡Fatalidad, raro destino el que persigue a este partido, y con él a la patria! -exclamó el joven paseandose siempre precipitadamente por el salón, mientras Don Cándido lo miraba estupefacto.

-Bien decimos entonces los federales...

-Que los unitarios no sirven para un diablo; tiene usted razón, señor Don Cándido.

En ese momento, dos fuertes aldabazos se sintieron en la puerta de calle.

V. Pílades enojado

Pílades enojado

Don Cándido se estremeció.

Daniel cambió de fisonomía como si le hubiesen quitado una cara y puesto otra: antes visiblemente alterada y descompuesta, ahora tranquila y casi risueña.

Un criado apareció, y anunció a una señora.

Daniel dio orden de que entrase.

-¿Me iré, hijo mío?

-No hay necesidad, señor.

-Es verdad que yo no quisiera irme, sino esperar a que tú salieras para acompañarte.

Daniel sonrióse. Y en ese momento, una mujer que sonaba como si estuviese vestida de papel picado, con un moño federal de media vara, y unos rulos negros, duros y lustrosos, sobre una cara redonda, morena y gorda, tal como si el médico Rivera, marido de la rubia Merceditas, se hubiese vestido de mujer, apareció en la puerta de la sala.

-¡Oh! -exclamó Don Cándido.

-Adelante, Misia Marcelina -dijo Daniel.

-¿Ah, sois vosotros?

-Los mismos.

-Pílades y Orestes.

-Exactamente.

-Aqueste es Pílades -dijo Doña Marcelina extendiendo la mano a Don Cándido.

-Señora, usted es una mujer fatídica -contestó retirándose de Doña Marcelina.

-No cabe en tus entrañas Ni el amor ni la amistad, pecho de bronce.

-¡Ojalá fuese yo de bronce todo entero! -repuso Don Cándido suspirando.

-Especialmente el cuello, ¿no es verdad, amigo mío? -observó Daniel.

-¡Qué! ¿Está sentenciada al sacrificio la cabeza de Pílades?

-No, señora; ni usted se meta a repetir semejantes barbaridades; yo no soy unitario, ni nunca lo he sido, ¿entiende usted?

-¿Y qué importa la cabeza?

-No importa la cabeza de usted, que es.., pero la mía...

-Y la vuestra, ¿qué importa ante las hecatombes que ha presenciado el mundo? ¿La cabeza de Antonio y de Cicerón no fueron tiradas en el Capitolio, como me leía el inmortal Juan Cruz? ¿No os llevaría la posteridad en sus alas?

-El diablo debía llevársela a usted en sus cuernos.

-¿Veinte y tres puñaladas, no acabaron con César?

-Daniel; si esta mujer no es mensajera de Satanás, poco le falta. Es una

mujer fatídica, es bruja, o hija de bruja. Cada vez que nos hemos acercado a ella, o a su casa, nos ha sucedido una desgracia. Como tu antiguo maestro, como tu viejo amigo, que tiene por ti estimación, cariño, simpatías, te pido, te mando que despaches a esta mujer, que parece que anda con el diablo prendido del vestido.

-Calla esa lengua con que en rudo alarde Al sexo bello difamáis, cobarde.

-¿Bello? ¿Usted bella? -y Don Cándido apuntaba con el dedo a Doña Marcelina.

-Señor Don Daniel, ¿qué es esto?

-Échala, Daniel.

-¿En qué horrible celada caen mis pasos?

-Todo esto no es más sino que el señor es un poco excéntrico -dijo Daniel mirando a Doña Marcelina, sin poder ya disimular la risa que le saltaba en el alma y en la cara.

-¡Ah, debe haber hecho sus estudios en la literatura inglesa! -exclamó aquélla, paseando una mirada despreciativa por toda la figura de Don Cándido, que permanecía parado a una buena distancia de su antagonista-. Si hubiera, como yo, educádose en la literatura griega y latina, otra cosa sería. Lo perdono.

-¿Usted sabe el latín y el griego? ¿Usted?

-No, pero conozco el fondo de esas lenguas muertas.

-¿Usted?

-Yo, hombre prosaico.

-Daniel, échala, hijo mío, mira que un loco hace ciento.

-¿Cómo, señor Don Daniel, un hombre de la altura literaria de usted,

en relación con seres tan vulgares, cuya muerte es como su vida, oscura y silenciosa?... Pero no; vivamos en constante y lírica armonía. Los tres hemos pasado por terribles peripecias dramáticas. Vivamos juntos, y muramos juntos. He aquí mi mano -y Doña Marcelina se adelantó hacia Don Cándido.

-No quiero, déjeme usted -repuso Don Cándido retrocediendo.

-Venid y ante las aras de la patria juremos en unión salvar a Roma.

-No quiero.

-Doña Marcelina -dijo Daniel, que ya no podía tenerse de risa, y que sentía profanar con ella el tristísimo estado de su espíritu-, Doña Marcelina, usted tiene algo que decirme; pasaremos a mi escritorio.

-Sí, entremos.

Misterios son de otro mundo, Cosas secretas de Dios.

-¡Cruz, diablo! -exclamó Don Cándido haciéndole la señal de la cruz, cuando Doña Marcelina pasó con Daniel al escritorio.

-Ha llegado Douglas -dijo aquélla después de haber cerrado la puerta del escritorio.

-¿Cuándo?

-Esta madrugada.

-¿Y salió?

-Anteayer. He aquí la carta.

Daniel leyó la que le entregaba Doña Marcelina, uno de sus correos secretos, como se sabe, y quedó pensativo en su silla por más de diez minutos; tiempo que empleó aquélla en reconocer los títulos de las obras que había en los estantes, sonriendo y meneando la cabeza, como si saludase a antiguas conocidas.

-¿Podría usted dar con Douglas, antes de las tres de la tarde?

-Sí.

-¿Con seguridad?

-En este momento está durmiendo el intrépido marino.

-Bien, pues, necesito que usted le hable.

-Ahora mismo.

-Y le diga que tengo necesidad de él antes de la noche.

-¿Aquí?

-Sí, aquí.

-Así lo haré.

-Fijemos hora: lo espero de las cuatro a las cinco de la tarde.

-Bien.

-No pierda usted el tiempo, Doña Marcelina.

-Iré volando en alas del destino.

-No, vaya usted caminando, nada más; no es bueno en esta época hacerse notable, ni por andar muy de prisa, ni por andar muy despacio.

-Seguiré el vuelo de sus ideas.

-Adiós, pues, Doña Marcelina.

-Los dioses sean con vos, señor.

-¡Ah! ¿Cómo se halla Gaete?

-El hado lo ha salvado.

-¿Se levanta?

-Todavía yace en su lecho.

-Tanto mejor para mi amigo Don Cándido. Adiós pues, Doña Marcelina.

Y mientras ésta salía del escritorio por la puerta que conducía a la sala,

Daniel pasaba por otra, en el extremo opuesto, que conducía a su aposento, llevando en su mano la carta que había recibido.

Don Cándido se paseaba en la sala, cuando volvió Doña Marcelina; y súbitamente la dio la espalda, y se puso a mirar un retrato del padre de Daniel.

Doña Marcelina acercóse hasta él, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro al mismo tiempo:

-¿Sabes tú padecer?

-No, señora, ni quiero saberlo.

-¡Gaete vive! -continuó Doña Marcelina ahuecando la voz.

La trompeta del juicio no hubiera hecho la impresión que esas dos palabras en el tímpano donde se estrellaron.

-Y me ha dado memorias para vos -prosiguió aquélla, siempre con la mano sobre el hombro de su Pílades.

-Señora, usted ha hecho pacto con el diablo para Perder mi alma. Déjeme usted; déjeme usted por amor de Dios.

-Os busca.

-Pues yo no lo busco a él, ni a usted.

-Está celoso como un tigre.

-Que reviente.

-Vos le habéis arrebatado el corazón de Gertrudis.

-¿Yo?

-Vos.

-Señora, usted está loca de atar; déjeme usted.

-Y moriréis bajo el puñal de Bruto.

-Si usted no se va, doy voces para que vengan y la echen.

-Y chorreará del fierro la sangre de vuestro protervo corazón.

-¡Santa Bárbara!, Daniel.

-Silencio.

-Usted es un espía de ese malvado fraile. ¡Ahora lo comprendo! ¡Daniel!

-¡Silencio!, no llaméis a Daniel.

-Y voy a hacer que la aten a usted con la soga del pozo. ¡Daniel!

-¡Silencio!

-No quiero callarme, no quiero; usted ha venido de espía.

Daniel entró a la sala, atraído por los descompasados gritos de Don Cándido, y comprendiendo, poco más o menos, lo que estaba pasando, preguntó con una cara muy seria:

-¿Qué víctima se inmola en sacrificio?

-Viene de espía, Daniel, viene de espía -dijo Don Cándido señalando a Doña Marcelina.

-¡Delira con las sombras de su crimen! -exclamó aquélla sonriendo, saludando con la mano a Daniel, y saliendo de la sala; mientras su Pílades se esforzaba en persuadir a Daniel que aquélla era una mujer espía de Gaete.

-Trataremos de eso, amigo mío, pero por ahora no vuelva usted a gritar tan descompasadamente, a lo menos por un cuarto de hora.

Y el joven volvió a las habitaciones interiores.

-No es nada; era una escena entre dos personajes, los más originales que he visto en mi vida, y que en otra circunstancia me harían gozar mucho -dijo Daniel al volver a su alcoba, y dirigiéndose al doctor Alcorta y a Eduardo, que estaban allí hacía largo tiempo.

Daniel, al separarse de Doña Marcelina la primera vez, era a ellos a quienes había venido a buscar en su dormitorio, con la carta que había conducido Mr. Douglas, el contrabandista de unitarios, como se sabe ya.

Al entrar la primera vez, Daniel se había dirigido al doctor Alcorta, diciéndole:

-He aquí lo que acabo de recibir por Montevideo. El doctor Alcorta tomó el papel y leyó:

París, 11 de julio de 1840. El vicealmirante Mackau ha sido nombrado para mandar la expedición del Río de la Plata, en lugar del vicealmirante Baudin. Partirá inmediatamente. El señor Mackau, perteneciente a una familia distinguida de Francia, tiene la gloria de haber terminado las cuestiones que tuvo Francia con Santo Domingo y Cartagena. Es notable por su intrepidez, y los que hayan leído la historia marítima de Francia, recordarán su bella acción de armas con la Critie, un buque de guerra inglés. En la guerra que desgraciadamente existió últimamente entre la Francia y la Inglaterra, el señor Mackau, que apenas tenía diez y siete años, se hallaba a bordo de un bergantín de guerra francés en clase de guardiamarina. La peste diezmó la tripulación del buque francés, y no sobrevivió a sus estragos otro oficial que el guardiamarina Mackau. Lleno de una noble satisfacción por hallarse mandando un buque de guerra francés, determinó confirmar la elección de la suerte por un ilustre hecho de armas. Pronto se encontró con un buque de guerra inglés: era la Critie. Después de un combate prodigioso Mackau rindió al buque enemigo que estaba mandado por un antiguo teniente de marina. Este pundonoroso marino fue a la presencia de su vencedor; y al considerar que éste no era sino un joven guardiamarina de diez y siete años al mando de una

tripulación diezmada por la peste, fue tan grande su pesar que rindió la vida a la fuerza de su tormento. Su afectísimo, etc.

-Todo se combina para que los sucesos marchen a su fin, amigos míos -dijo el doctor Alcorta, después de leer.

-Sí; a su fin, ¿pero cuál?

-¿No oyes que viene una expedición, Daniel?

-Que llegará tarde, y que entretanto inspira las cartas que escriben al general desde Montevideo para que no exponga su ejercito y espere esa expedición, que, o no vendrá, o si viene hará que Rosas transe con los franceses, antes de llegar las fuerzas al Janeiro.

-¡Pero sería una infamia de parte de la Francia! -repuso Eduardo.

-En política no se miden las acciones por la moral individual de los hombres, Eduardo.

-¿Y es positivo que le den esos consejos al general Lavalle? -preguntó el doctor Alcorta.

-Sí, señor; se los dan los más de la Comisión Argentina que no quieren esperar nada sino de un grande ejército.

-¡Ah, si yo fuera Lavalle! -exclamó Eduardo.

-Si tú fueras Lavalle estarías ya loco. El general está contrariado por todos y por todo. La resistencia del comandante Penau a desembarcar el ejército en el Baradero, en vez de llevarlo a San Pedro, ha hecho que el general pierda tiempo, y caballos que lo esperaban en el primer punto. La hostilidad de Rivera le traba todas sus medidas desde hace un año. El alucinamiento de los doctores unitarios le hace concebir un mundo de esperanzas risueñas, de facilidades deslumbrantes sobre las simpatías que hallará en la provincia, y el general viene, y toca la realidad, y no halla tales

simpatías. Un centenar de cartas contradictorias le llegan todos los días de Montevideo, a él, a sus jefes, a sus oficiales, que avance, que no avance, que espere, que no espere. Diez hombres no piensan del mismo modo. Y el general duda, vacila, teme marchar contra opiniones, respetables por el nombre que llevan, y marcha con lentitud, hoy distrayendo sus fuerzas en perseguir a un caudillejo, mañana a otro, y somos 3 de setiembre y no está a una legua de Luján; y entretanto, Rosas se repone moralmente, sus hombres van volviendo en sí del primer momento, y se acercará a la ciudad, quizá para verla y volverse; o quizá para que corra mucha sangre, que hace quince días, ocho días se hubiera podido evitar -dijo Daniel con un acento desconsolador y triste que impresionó visiblemente a sus amigos.

-Todo eso es la verdad, y este pueblo sufrirá toda la ira de Rosas, como la ha empezado a sufrir ya -repuso el doctor Alcorta.

-Sí, el pueblo, señor, el pueblo, cómplice hasta cierto punto de la bárbara tiranía que le oprime, ha de pagar con su sangre, con su libertad y con su nombre, las trepidaciones de los enemigos armados del tirano, y el egoísmo de los ciudadanos, indolentes a la suerte de su patria y a la suya propia. Correrá sangre, mucha sangre si Lavalle se retira, y no habrá por muchos años que pensar en la caída de Rosas.

-Pero estamos hablando sobre conjeturas -repuso Eduardo-. Hasta ahora, el ejército sigue sus marchas. Ya veremos mañana, pasado mañana cuando más. Entre tanto, nuestro buen amigo cree como tú y como yo que nuestro plan particular es excelente. ¿No es cierto?

-Sí; lo creo muy prudente, a lo menos-contestó el doctor Alcorta, a quien Eduardo había dirigido su pregunta.

-Eran dos ideas que debías comunicarle -observó Daniel.

-Lo sé todo ya. De lo primero, dudo.

-No, señor, no dude usted; verdad es que somos pocos: apenas he podido reunir quince; pero seremos quince hombres bien resueltos. La azotea que debemos ocupar, al mismo tiempo que servirá de punto de reunión, servirá eficazmente para despejar toda la calle del Colegio, si el general, como se lo ruego, invade por Barracas, y suben sus fuerzas por la Barranca de Marcó, que es el punto más señalado. La posición que he elegido es la mejor de toda esa larga y recta calle; y con veinte y cinco hombres más que me deje el general, yo le respondo de la retirada, si llega a haber necesidad de ello.

-¿Armas?

-Tengo cuarenta y seis fusiles, y tres mil cartuchos que he hecho comprar en Montevideo, y están ya bien seguros en Buenos Aires.

-¿La señal?

-La que me avisen del ejército, si se deciden a atacar.

-¿Las comunicaciones son seguras?

-Muy seguras.

-Bien, entonces apruebo con más razón la segunda idea, porque es preciso que estén ustedes desembarazados de asuntos domésticos, para toda eventualidad. Sólo temo el momento del embarque.

-Eso es lo de menos, doctor; no habrá riesgo. Acabo de mandar llamar un agente mío para remitir con él una carta al comandante de un buque bloqueador, previniéndole y pidiéndole una ballenera armada, porque el único peligro sería encontrar alguna de las embarcaciones de la capitanía que suelen correr la costa.

-Bien pensado.

-Le diré también que él mismo determine la noche, y la hora, y la señal con que me avisará desde a bordo.

-¿El embarque será por San Isidro?

-Sí, señor. Eduardo le habrá dicho a usted todo a ese respecto.

-Sí, ya.

-¿Y cree usted que Madama Dupasquier resista al viaje?

-Lo que creo es que no resistirá quince días más de Buenos Aires. Es una de esas enfermedades que no residen en ningún órgano, que están esparramadas en la misma vida, y que la secan y la extinguen por horas. Es tan profunda la afección moral de esa señora, que ha enfermado ya el corazón y los pulmones, y la consunción la mata. Pero el aire libre la va a volver a la vida, con la misma rapidez que la falta de él la está asesinando en Buenos Aires.

-¿Y ella está bien decidida? -preguntó Eduardo.

-Anoche se convino a todo -contestó Daniel.

-Y hoy lo desea con ansiedad -agregó el doctor Alcorta-, y está conforme en que Daniel se quede. Lo ama a usted ya, amigo mío, como si fuera su hijo.

-Lo seré, señor, y no lo soy mañana, ahora mismo, porque ella se resiste. Es supersticiosa como toda mujer de corazón, y teme de un enlace contraído en estos tristísimos momentos.

-Sí, sí, es mejor que así sea. ¡Quién sabe cuál es la suerte que vamos a correr! Que se salven siquiera las mujeres -dijo el doctor Alcorta.

-Menos mi prima, señor. No hay medio de hacerla decidir.

-¿Ni Belgrano?

-Nadie, señor -contestó éste, sobre cuyo corazón había ido a fondo la

interrogación del doctor Alcorta.

-Son las dos de la tarde, amigos míos. ¿Van ustedes hoy a San Isidro?

-Sí, señor, a la noche y regresaremos antes del día.

-¡Cuidado, mucho cuidado, por Dios!

-Son ya nuestros últimos viajes, señor -dijo Eduardo-, tan pronto como se embarque Madama Dupasquier quedará vacía la casa de Los Olivos.

-Hasta mañana, pues.

-Hasta mañana, señor.

-Hasta mañana, mi querido amigo.

Y los dos jóvenes abrazaron a su antiguo catedrático de filosofía, a quien Daniel acompañó hasta la puerta de la calle.

VI. El contrabandista de hombres

El contrabandista de hombres

Apenas se había retirado el doctor Alcorta, cuando sintiéronse dos palmadas en el escritorio de Daniel, contiguo al aposento, como se sabe.

-Espera -dijo Daniel a Eduardo; y pasó al escritorio, algo sorprendido de aquella llamada en una pieza donde nadie entraba sin su orden.

-¿Ah, es usted, mi querido maestro? -dijo el joven encontrándose con Don Cándido.

-Yo, Daniel, yo soy. Perdóname; pero es que viendo que tardabas, entré a sospechar que te habrías salido por alguna puerta secreta, excusada, que me fuese desconocida; y como de algún tiempo a esta parte huyo de la soledad... Porque has de saber, mi estimado Daniel, que la soledad afecta la imaginación; facultad que, según dicen los filósofos, sirve para el bien, y sirve para el mal; razón por la cual yo prefiero la facultad de recordar, que según la opinión de Quintiliano...

-¡Eduardo!

-¿Qué hay? -contestó éste entrando.

-¡Cómo! ¿Belgrano aquí?

-Sí, señor, y a quien llamo para que me ayude a oír la disertación de usted.

-¿De manera que esta casa es un horno de peligros para mí?

-¿Cómo así, mi respetable maestro? -le preguntó Eduardo sentándose a su lado.

-¿Qué es esto, Daniel? Quiero una explicación franca, terminante, clara -prosiguió Don Cándido dirigiéndose a Daniel y separando su silla de la de Eduardo-. Quiero saber una cosa que fije y determine, y establezca mi posición; quiero saber qué casa es ésta.

-¿Qué casa es ésta?

-Sí.

-¡Toma! Una casa como cualquiera otra, mi querido maestro.

-Eso no es contestarme. Esta casa no es como cualquiera otra. Porque aquí conspiran los unitarios, y conspiran los federales.

-¿Cómo así, señor?

-Hace un cuarto de hora que has recibido en tu casa a una mujer espía de ese fraile endemoniado que ha jurado mi ruina y mi exterminio, y ahora se me aparece en tus habitaciones interiores y recónditas este joven misterioso que huye de su hogar, y anda de casa en casa con toda la apariencia de un conspirador emboscado y sigiloso.

-¿Acabó usted, mi querido maestro?

-No, ni quiero acabar sin decirte una, dos y tres veces que de mi posición oficial tan encumbrada y delicada yo no puedo conservar relaciones con una casa a que no se le halla una perfecta definición gramatical. Y desde que no sé qué casa es ésta, quiero abstenerme de su

mancomunidad y trato.

-Señor, usted ha almorzado con el diputado García -dijo Eduardo.

-No, señor, no he tenido el honor de almorzar con el señor Don Baldomero.

-Entonces, con Garrigós.

-Tampoco, ni esto me parece del caso.

-Entonces la inspiración de ese estupendo discurso es puramente suya.

-Cortemos toda sociabilidad, señor Belgrano.

-Pero es, señor Don Cándido -repuso Daniel-, que usted ha llamado conspirador a mi amigo y esto me parece poco cortés entre colegas.

-¡Colegas! Yo he sido maestro del señor cuando era niño, inocente, tierno. Pero, después...

-Después le ha tenido usted oculto en su casa, mi querido maestro.

-Fue acción sin voluntad.

- Como quiera.

-Pero nunca he sido colega de usted para nada.

-Pero lo es usted ahora, señor Don Cándido -replicó Daniel-. ¿No es usted secretario del señor Arana?

-Lo soy.

-Pues bien, el señor es secretario en comisión del general Lavalle.

-¡Secretario en comisión del general Lavalle! -exclamó Don Cándido, parándose gradualmente y mirando a Eduardo con ojos que querían salirse de las órbitas.

-¡Pues! -prosiguió Daniel-, y como usted es secretario de Arana, y el señor es secretario de Lavalle, resulta que son ustedes colegas.

-¡Secretario de Lavalle, y conversando conmigo!

-Y huésped de usted hace pocos días.

-¡Y huésped mío!...

-Y agradecidísimo por otra parte. Y tanto que mi primera visita será para usted dentro de dos o tres días, mi querido colega.

-¿Usted en mi casa? No, señor, ni estoy ni puedo estar en mi casa para usted.

-Ah, eso es otra cosa. Yo esperaba ir a visitar a mi antiguo maestro con algunos discípulos suyos que vienen en el Ejército Libertador, y que podrían servirle de garantía en las muy justas represalias que pensamos tomar con todos los servidores de Rosas y Arana. Pero si usted no quiere, cada uno es dueño de dejarse ahorcar.

-Pero, señor secretario -repuso Don Cándido que verdaderamente se hallaba en una perplejidad lastimosa-, si yo no hablo en el caso de que estén aquí los bravos e impertérritos defensores de Su Excelencia el Señor General Lavalle, sino... Daniel... habla por mí, hijo mío... Yo tengo mi cabeza como un horno.

-No hay nada que hablar, señor -repuso aquél-, todo lo ha comprendido su colega de usted. Todos nos entendemos, o más bien, todos nos hemos de entender.

-Menos yo, mi querido Daniel; que bajaré al sepulcro sin entender, sin comprender, sin saber lo que he hecho, ni lo que he sido en esta época calamitosa y nefanda.

-Usted es de los nuestros, señor Don Cándido -repuso Eduardo.

-Yo soy de todos, sí, señor, de todos. Anoche mismo se me caían las lágrimas de los ojos cuando el señor Don Felipe me dictaba ese tremendo preámbulo que va a dejar a todo el mundo en la miseria.

-Ah, sí, el preámbulo -dijo Daniel, picada su curiosidad, pero sin querer que Don Cándido lo conociera.

-¡Pues! Ya tú has de saber de lo que se trata.

-¿Cómo no? ¿Desde ayer a la tarde? ¿Y no ha acabado todavía el preámbulo el señor Don Felipe?

-No, hijo mío. Deben ser muchos los considerandos, según me dijo; pero no me dictó sino el primero; y eso quedó en limpio después del décimo o undécimo borrador que me dictó Su Excelencia.

-¡Santa Bárbara! Casi se podría apostar a que lo sabe usted de memoria con tanto escribirlo.

-Poco más o menos. Pero en sustancia, se trata de quitarles a todos los unitarios sus bienes después que se haya triunfado de Su Excelencia el Señor General Lavalle, de quien es digno secretario mi ilustre discípulo. Y por orden de Su Excelencia el Señor Restaurador, se ha puesto a trabajar el preámbulo de la ley el Excelentísimo Señor Gobernador Don Felipe Arana, para cuando llegue aquel caso, que no llegará según las convicciones profundas que acabo de oír en mi honorable colega.

Daniel y Eduardo se miraban, se hablaban en las miradas, y la expresión del horror quedó en relieve sobre sus expresivos semblantes.

-Así es -prosiguió Don Cándido-, que las lágrimas me corrían de hilo en hilo al considerar tanta familia que va a quedar en la miseria, si por una casualidad, por un evento, por un azar, las armas refulgentes de la libertad no dan en tierra con estas cosas en que nadie mejor que tú, Daniel, sabe, y puede decir que yo no tengo ninguna parte activa, hija de mi voluntad, de...

Dos golpes a la puerta de la calle cortaron la palabra en los labios de

Don Cándido, y mientras los dos secretarios quedaban en el escritorio, Daniel pasó a la sala y abrió él mismo la puerta que daba al patio, para ver quién era, sin poder todavía dominar en su espíritu, ni en su semblante la terrible impresión que acababan de hacerle las palabras de Don Cándido. Pues que a través de sus mal expresadas ideas, ambos jóvenes habían penetrado hasta el pensamiento de Rosas y comprendido con horror el fin que se proponía el tirano, elaborando en secreto la medida con que pensaba arrojar a la última desgracia, al hambre, a todos sus enemigos, si triunfaba.

-¡Ah!, ¿es usted Mr. Douglas? -dijo el joven a un individuo que ya estaba en el patio.

-Sí, señor -contestó aquél-. Me acaba de hablar Doña Marcelina y...

-¿Y le ha dicho a usted que yo lo necesito?

-Sí, señor.

-Es cierto. Entre usted, Douglas. ¿Salió usted de Montevideo anteayer?

-Sí, señor. Antenoche.

-Mucho alboroto, ¿eh?

-Todo el mundo se está alistando para venirse, y de aquí todos quieren irse -contestó el inglés, haciendo un movimiento con los hombros.

-¿De manera que se gana plata?

-No mucha. En el mes pasado he hecho siete viajes, y he llevado sesenta y dos personas, a diez onzas cada una.

-Ah, no es poco.

-¡Bah! Más vale mi cabeza, señor Don Daniel.

-Sí, cierto. Pero es más fácil agarrar al diablo que agarrarlo a usted.

El inglés soltó una carcajada.

-Mire usted, señor -dijo-, tengo muchas ganas de que me sientan, por ver si me asusto. Porque para mí todo esto es una diversión. En España hacía el contrabando de tabaco; y aquí hago el contrabando de hombres.

Y el inglés se reía como un muchacho.

-Pero no pagan mucho -continuó-. Más me ha dado usted por los cajones que traje de Montevideo, que lo que otros por salvarles la vida.

-Bien, pues, Mr. Douglas -dijo Daniel-, necesito nuevamente sus servicios.

-A la orden, señor Don Daniel: mi ballenera, cuatro hombres que saben hacer fuego y remar, y yo que valgo por los cuatro.

-Si hay que embarcar a alguno, he descubierto otro lugar que ni el diablo da con los que allí se escondan.

-No, no hay que llevar a personas. Primeramente, ¿cuándo piensa usted volver a Montevideo?

-Pasado mañana, si completo el número.

-Bien. No se irá usted hasta que yo se lo avise.

-Bueno.

-Esta noche me llevará usted una carta a la escuadra bloqueadora.

-Muy bien.

-Me traerá usted la contestación mañana antes de las diez.

-Y antes también, si usted quiere.

-Mañana a la oración estará usted en su casa para recibir dos pequeños baúles que guardará usted en el sótano donde están dos cajones de armas. En esos baúles irán alhajas y objetos de señoras, que usted mismo embarcará y llevará a bordo del buque que yo le designe, cuando me haya traído la contestación de la carta.

-Todo se hará así.

-¿Conoce usted bien la costa de Los Olivos?

-Como esto -contestó el contrabandista, abriendo su grande mano y mostrándosela a Daniel.

-¿Puede atracar una ballenera con facilidad?

-Según esté el río. Pero hay un puertito que llaman el Sauce, que, aunque haya poca agua, puede entrar una ballenera y esconderse entre las toscas, sin peligro ninguno. Pero ése está más allá de Los Olivos, como a una milla.

-¿Y por Los Olivos?

-Si el río está alto. Pero hay un peligro.

¿Y cuál?

-Que las dos falúas de la capitanía recorren toda esa costa desde las diez de la noche.

-¿Las dos juntas?

-No. Generalmente se separan.

-¿Qué tripulación montan?

-La una ocho, y la otra diez hombres; y andan bien.

-Bueno, Mr. Douglas. Todo eso me era importante saber. Recapitulemos:

-Que usted no se irá, hasta que yo se lo avise.

»Que irá usted a la escuadra esta noche, y traerá la respuesta de la carta que voy a entregarle, de las ocho a las diez de la mañana.

»Que recibirá usted dos baúles mañana a la oración en su casa, y los embarcará y llevará usted mismo a la escuadra cuando yo se lo avise.

»Precio convenido el que usted ponga.

-Eso es lo mejor -respondió el inglés frotándose las manos-, eso es lo mejor. Así hablan los hombres. Ahora no me hace falta sino la carta.

-Va usted a tenerla -repuso Daniel levantándose y pasando a su escritorio; mientras quedaba calculando el precio que pondría a todas sus comisiones el contrabandista de tabaco en España y de hombres en Buenos Aires.

Y no era él solo. Muchos eran los que se ocupaban de ese tráfico, desde 1838 hasta 1842, en Buenos Aires. Y en hora buena que ellos obrasen por el interés que les producía su arrojo, no es menos cierto que a ellos se debe la vida de centenares de buenos y patriotas ciudadanos, que sin la protección de ese inusitado contrabando habrían caído bajo el plomo o el puñal de Rosas.

Los más notables personajes de la emigración activa fueron salvados de Buenos Aires en las balleneras contrabandistas; y la juventud casi toda no salió de otro modo que como salió Paz, Agrelo, etc.; es decir, bajo la protección de hombres como Mr. Douglas. Y hay que recordar un hecho bien explicativo por cierto; y es que cuando la delación era tan pródigamente correspondida, y cuando no pasaba un día sin que las autoridades de Rosas la recibiesen de hijos del país, en todos esos extranjeros, italianos, ingleses, norteamericanos, poseedores del secreto y de la persona de los que emigraban, sin ignorar la alta posición que muchos de ellos tenían en la sociedad, lo que habría importádoles una altísima recompensa de parte de Rosas, no hubo uno solo que vendiese el secreto o la confianza que se depositaba en él.

VII. El jefe de ronda

El jefe de ronda

Dos días después de aquel en que Pílades había pasado por tanta agitación de espíritu y de cuerpo, en las calles, y en la casa de su amigo Oreste, es decir, el 5 de setiembre, Buenos Aires era toda confusión y anarquía en las ideas, en los temores, y en las esperanzas; todo silencio y reconcentración en los enemigos de la dictadura, mientras los federales se hallaban en una agitación nerviosa que los ponía en continuo movimiento: era que desde las once se sabía que el Ejército Libertador estaba a una legua de la Capilla de Merlo; y por consiguiente, que al otro día podía estar sobre Santos Lugares o en la ciudad misma.

No se puede decir que la aproximación de los enemigos de Dios y de los hombres aumentó el personal de las fuerzas amontonadas en la fortaleza, en el cuartel de serenos, en el de Ravelo, etc. Pero sí puede decirse que los religiosos y humanitarios partidarios de Rosas se movían cada uno como cuatro, corriendo a galope de un lado al otro de la ciudad anunciándose recíprocamente la aproximación de Lavalle, y haciendo espléndidos juramentos federales. Y aun cuando la crónica contemporánea

no alcanzó a averiguar hasta qué punto tomaba parte el valor en aquella estrepitosa y movediza decisión, y hasta qué punto el miedo, porque todos los extremos se tocan en la naturaleza, y suelen aparecer aparentemente de causas contrarias los mismos resultados, lo que hay de cierto es que muchos se movían y que gritaban mucho, siendo su punto de reunión general, después de fatigar sus caballos y sus pulmones, la casa del héroe vivo y la heroína muerta; donde a falta del uno, que se hallaba en Santos Lugares, y de la otra, cuyo paradero Dios lo sabe, estaba la que debía pagar por todos: esa pobre hija de Rosas, destinada a presenciar todo lo más repugnante de un sistema perfecto de relajación y de sangre, y a rozarse con cuanto había de repulsivo, de inmoral y de cínico en un sistema de cosas que había subvertido el orden natural de la sociedad, y alzado el barro de su fondo a la superficie, donde se sostenía en nata el crimen y la degradación de la especie humana.

Toda la cuadra de la casa de Rosas estaba obstruida por los caballos federales. Y como a ningún federal de esa especie podía faltarle cola, y como un recio viento del S. E. enfilaba la calle, sucedía que las cintas de las colas federales, y las plumas que coronaban sus frentes, agitadas por el viento, y alumbradas por el sol clarísimo de septiembre, parecían de lejos espirales de llamas enrojecidas, saliendo de las puertas del infierno.

El gran corralón, los patios, la oficina, toda la casa, a excepción de las habitaciones del dictador, representaban un verdadero hormiguero.

Todo el mundo federal entraba y salía en aquella casa. ¿A qué? A cualquier cosa. Allí se había de saber, primero que en ninguna otra casa, el triunfo o la derrota de Lavalle.

Había, sin embargo, una clase de vivientes, que entraba a casa de Rosas,

y buscaba la presencia de Manuela con un objeto exprofeso, sincero y real: las negras.

Uno de los fenómenos sociales más dignos de estudiarse en la época del terror, es el que ofreció la raza africana, conservada apenas en su sangre originaria, y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demás.

Desde los primeros días de nuestra revolución, la magnífica ley de libertad de vientres vino en amparo de aquella parte desgraciada de la humanidad, que había sido arrastrada también al virreinato de Buenos Aires por la codicia y crueldad del hombre europeo.

Fue Buenos Aires la primera que en el continente de Colón cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues donde estaba el agua del bautismo no quería ver la degradación de la especie humana. Y la libertad que así la regeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo en la época del terror ni más acérrimo, ni más ingenuo enemigo que esa raza africana.

Nada sería que hubiese sido partidaria de Rosas; hasta natural sería que hubiese soportado por él todo género de privaciones y sacrificios; desde que ninguno como él lisonjeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entonces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condición y por su misma naturaleza el último escalón de la gradería social.

A las promesas, a las consideraciones, Rosas agregaba los hechos; y las personas de su familia, los principales de su partido, su hija misma, por decirlo todo, se rozaban federalmente y hasta bailaban con los negros.

Nada sería, pues, en el estudio de esta época curiosa, ver esa parte de la

plebe porteña entusiasta y fanática por aquel gobierno, que así la protegía y consideraba.

Pero lo que llama, sí, la atención y concentración del espíritu, y que deberá preocupar más tarde a los regeneradores de esa tierra infeliz, son los instintos perversos que se revelaron en aquella clase de la sociedad, con una rapidez y una franqueza inauditas.

Los negros, pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delación que tuvo Rosas.

El sentimiento de la gratitud apareció seco, sin raíces en su corazón.

Allí donde se daba el pan a sus hijos, donde ellas mismas habían recibido su salario, y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la generosidad, por la indulgencia, y por la comunidad, puede decirse, con el doméstico, allí llevaban la calumnia, la desgracia y la muerte.

Una carta insignificante, un vestido, una cinta con un estambre azul o celeste, era ya un arma; y una mala mirada, una pasajera reconvención de los dueños de casa o de sus hijos, era lo suficiente para emplear esa arma. La policía, Doña María Josefa, cualquier juez de paz, o comisario, o corifeo de la Mashorca, recibía una delación, en que figuraban comunicaciones con Lavalle, o cosas semejantes, que importaban la ruina y el luto de una familia; porque el ser clasificado de unitario en Buenos Aires importaba estar puesto fuera de toda ley, y bajo el imperio de todo insulto, de toda desgracia, de todo crimen.

El odio a las clases honestas y acomodadas de la sociedad era sincero y profundo en esa clase de color; sus propensiones a ejecutar el mal eran a la vez francas e ingenuas; y su adhesión a Rosas leal y robusta.

Desde que el dictador marchó a Santos Lugares, y con él los batallones

de negros que había en la plaza, las negras empezaron también, por su cuenta, a marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias que quedaron entregadas a su propia asistencia.

Pero antes de salir de la ciudad se presentaban en bandas en casa de Manuela o en la de Doña María Josefa Ezcurra, anunciando que iban a pelear también por el Restaurador de las Leyes. Y en el día que describimos, no era pequeño el número de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos allí había.

Era un día de jubileo en aquella casa, tan célebre en los fastos de la tiranía.

Doña María Josefa se había trasportado a ella desde las once; y a las ocho de la noche todavía estaban allí esperando algún otro chasque de Santos Lugares que hiciese saber si Lavalle había pasado más acá de la Capilla de Merlo o si el ejército federal había salídole al encuentro y pulverizádolo bajo sus tremendas armas, y a los rayos del genio.

Ya era de noche.

De repente, el eco de un cañonazo lejano vino a herir el espíritu de todos.

Manuela se inmutó visiblemente. No era la causa política, era la vida de su padre lo que inspiró un cúmulo de sentimientos penosos en su corazón.

Por un largo rato, la atención de todos se concentró en el oído; pero en vano.

Manuela buscaba con sus miradas alguien que pudiera decirla la verdad. Pero la joven conocía tanto a los que la rodeaban, que no se atrevió a interrogar a ninguno.

De improviso, un movimiento, cuya impulsión venía del patio, se comunica hasta la sala, y todos vuelven sus miradas hacia la puerta en donde, a través de las nubes densas de humo de cigarro, se pudo distinguir la figura del jefe de policía, y pudo percibirse su voz, que decía a cuantos le preguntaban:

-No es nada, no es nada, es el cañonazo de las ocho que tiran los franceses.

Manuela alivió con un suspiro a su oprimido corazón, y preguntó impaciente a Victorica, que se acercaba a saludarla:

-¿Nadie ha venido?

-Nadie, señorita.

-Por Dios; ¡desde las once no sé una palabra!

-Pero es probable que antes de una hora sepamos algo.

-¿Antes de una hora?

-Sí.

-¿Y por qué, Victorica?

-Porque a las seis mandé un comisario de policía con el parte del día al Señor Gobernador.

-Bien, gracias.

-Estará aquí a las nueve, cuando más.

-¡Ojalá! ¿Y cree usted que estén muy cerca ya de Santos Lugares?

-No es probable. Anoche acampó Lavalle en la estancia de Bravo. A las diez y media de la mañana de hoy estaban a tres leguas de Merlo; y a estas horas se hallaran, cuando más, a una legua de ese punto; es decir, a dos leguas de nuestro acampamento.

-¿Y esta noche?

-¿Cómo?

-¿Si no marcharán esta noche? -repuso Manuela pendiente de las palabras de Victorica.

-¡Oh, no! -contestó éste, esta noche no marcharán, ni tal vez mañana. Lavalle trae poca gente, señorita, y tendrá que prepararla muy bien.

-¿Y a qué número ascienden las fuerzas de Lavalle? Dígame usted la verdad, yo se lo ruego -prosiguió Manuela, que hablaba casi al oído del jefe de policía.

-¿La verdad?

-Sí, sí, la verdad.

-Es que no se puede preguntar así no más por esa señora; porque hoy es muy difícil encontrarla. Pero según los datos que me parecen más seguros, Lavalle trae tres mil hombres.

-¡Tres mil hombres, y me dicen que apenas tiene mil! -exclamó la joven.

-¿No dije a usted que no se encuentra a la verdad?

-¡Oh, es terrible!

-La engañan a usted en muchas cosas.

-Ya lo sé. En todo, y todos me engañan.

-¿Todos?

-Menos usted, Victorica.

-¿Y para qué engañar ahora? -repuso el jefe de policía con un brusco movimiento de hombros, que parecía decir: «Estamos jugando el todo, la hora ha llegado, y no tenemos a quien engañar, si no es a nosotros mismos.»

-Y tatita, ¿qué fuerza tiene? La verdad también.

-¡Oh, eso es fácil! El Señor Gobernador tiene en Santos Lugares de siete

a ocho mil hombres.

-¿Y aquí?

-¿Aquí?

-¿Sí, en la ciudad, pues?

-Todos y ninguno.

-¿Cómo?

-Que según las noticias que nos lleguen del campamento mañana, o pasado mañana, hemos de tener un mundo de soldados, o hallaremos que no tenemos ninguno.

-¡Ah! Sí; sí, ya lo sé -repuso Manuela con viveza, al comprender lo que pareció al principio una paradoja de Victorica. Ella sabía mejor que nadie el crédito que debía dar a las palabras de los seres envilecidos que la rodeaban; que sólo eran bravos con el puñal, sobre la víctima inerme.

-¿Y me dará usted las noticias -prosiguió-, en cuanto las reciba esta noche, si tatita no me escribe?

-No lo sé, señorita, porque ahora mismo parto para la Boca, y he dado orden para que el comisario vaya en mi busca por ese lado.

-¡A la Boca! ¿Y no hace usted más falta en la ciudad?

-Yo creo, señorita, que no hago falta en ninguna parte -contestó Victorica con cierta expresión en el rostro, que hubiera parecido una sonrisa y que sin duda quiso serlo, si lo hubieran permitido aquellos músculos duros y rígidos que no se prestaban a otro movimiento que al de la expresión de las pasiones recias y profundas.

-¿Qué quiere usted decir, señor Don Bernardo? -preguntóle Manuela algo seria; porque el carácter de aquella joven ya empezaba, naturalmente, a resentirse un poco de la regia autoridad de su padre, y a disgustarse al notar

síntomas de desagrado en sus servidores.

-Quiero decir -contestó Victorica-, y lo mejor es decirlo con franqueza, que antes recibía las órdenes directamente del Señor Gobernador; y después de algún tiempo las estoy recibiendo de otros, a nombre de Su Excelencia.

-¿Y cree usted que alguien se atrevería a tomar el nombre de mi padre?

-Lo que creo, señorita, es que no se puede ir a Santos Lugares y volver, en media hora.

-¿Y bien?

-Y esta tarde, por ejemplo, recibí, a nombre de Su Excelencia, la orden de vigilar esta noche la costa hasta San Isidro; y un cuarto de hora, o media hora después, recibí contraorden, a nombre también del Restaurador, de hacer la ronda por la Boca.

-¡Ah!

-Y ya usted ve, Manuelita, que alguna de las dos órdenes no es del Señor Gobernador.

-Cierto. ¡Es bien singular!

-Para mí no ha habido épocas buenas ni malas en servicio del general Rosas, ni las habrá nunca. Pero no siento la misma voluntad en servir a otras personas, que obren por intereses particulares, y no de la causa.

-Créame usted, Victorica, que he de hablar a tatita sobre esto la primera vez que me sea posible.

-Esta señora me da más que hacer que el Señor Gobernador.

-¡Esta señora! ¿Qué señora?

-¿No ha comprendido usted que me estoy refiriendo a Doña María Josefa?

-Ah, sí -y, sin embargo, Manuela no había comprendido tal cosa, porque poca atención prestaba, en efecto, a todo cuanto no fuera relativo a la situación que rodeaba a su padre en esos momentos.

-Esa señora -prosiguió Victorica- tiene un especial interés en que se vigilen las costas para que no se vayan los unitarios; y si por mí fuera, los dejaría ir a todos.

-Y yo también -agregó Manuela con prontitud.

-Hoy me mandó orden de hacer espiar de nuevo una casa, donde yo sé muy bien que hasta las paredes son unitarias. ¿Pero qué sacamos con espiarla? Ni se me dice lo que se debe vigilar, ni qué haré si encuentro tal o tal cosa.

-Ya.

-En seguida, orden, a nombre de Su Excelencia, de andar tras los pasos de un muchacho alocado.

-¡Es ocurrencia!

-Un muchacho que anda de aquí para allí como un saltimbanqui, y que, en realidad, no se le conocen más relaciones que federales.

-¿Y quién es, señor Victorica?

-Una visita de aquí mismo.

-¿De aquí? ¿Y orden de perseguirlo?

-Sí, señorita.

-¿Pero, quién es?

-Bello.

-¡Bello! -exclamó Manuela, que sentía una sincera amistad por el joven.

-Sí; a nombre del Señor Gobernador -prosiguió Victorica.

-Oh, no puede ser.

-Sin embargo, así me lo ha dicho personalmente Doña María Josefa.

-¿Prender a Bello? -repuso Manuela-. Vamos, repito que es imposible. Tatita no puede haber dado semejante orden. Bello es un excelente joven; es un buen federal, y su padre es uno de los amigos más antiguos del mío.

-No se me ha dicho que lo prenda, sino que lo vigile.

-Es quizá uno de los pocos hombres sinceros que nos rodean -agregó Manuela.

-A mí no me parece malo. Pero debo decir que tiene muchos enemigos, o enemigos muy poderosos.

-Señor Victorica, no dé usted paso alguno contra ese señor, si no recibe orden expresa de tatita.

-Si usted lo dispone así...

-Así lo dispongo, no siendo dada la orden por Corvalán.

-Muy bien.

-Yo sé algo de esto, poco más o menos. No hagamos que tatita sirva de pantalla.

-Bien, bien -repuso Victorica contentísimo de haberse vengado de Doña María Josefa; y cual si quisiese recompensar a Manuela del buen rato que acababa de darle, la ofreció mandarle al comisario en el acto que llegase con las noticias del campamento.

-Pero pido a usted -agregó- que, buenas o malas las noticias que traiga, no pasen de usted, hasta que yo se las repita como es mi obligación.

-Se lo prometo a usted.

-Entonces, buenas noches, Manuelita.

Y el jefe de policía volvió a pasar por entre los grupos que poblaban la sala y el patio, sin que nadie se atreviese a detenerlo para pedir noticias,

como se hacían todos recíprocamente.

El asiento que dejó no quedó vacío ni un minuto, pues un nuevo personaje de la época vino a dar a la joven anticipadas felicitaciones por el próximo triunfo federal.

Y mientras Manuela suplicaba a su nuevo interlocutor que saliese a pedir a las negras que no gritasen tanto en el patio, y las dijese que su padre las recibiría con mucho gusto en el campamento; Doña María Josefa daba la mano, despidiendo a un personaje de gallarda estatura, como de treinta y ocho o cuarenta años, de hermosos ojos, moreno, de espeso y negro bigote, y vestido con chaqueta de paño grana, pantalón negro con franja punzó, chaleco y corbata de este último color, y que ostentaba una enorme divisa, y un no menos grande puñal a la cintura.

-Conque temprano -le decía la cuñada de Rosas.

-Sí, señora, antes de las siete estoy en casa de usted a darle cuenta.

-¿Pero si antes hay novedad, me manda avisar en el momento?

-Sí, señora.

-Yo he de estar aquí toda la noche, o hasta que sepamos de Juan Manuel. Pero, mire, no le de cuartel a ninguno. Ya sabe que todos los que se fugan se van a Lavalle.

-No hay cuidado -contestó aquél con una sonrisita que parecía decir: «No necesito de esa recomendación.»

-Victorica va a correr la costa desde el fuerte hasta la Boca -prosiguió Doña María Josefa.

-Ya lo sé, señora; y yo voy a relevar a Cuitiño, que está haciendo la ronda desde la Batería hasta San Isidro.

-Eso es. Hay un ratón que ya una vez se escapó de la jaula, pero se me

ha puesto que lo hemos de hacer caer tarde o temprano. Váyase de una vez. Ya sabe que para estas cosas yo hago las veces de Juan Manuel. Vaya, despídase de Manuelita, y hasta mañana.

Y el personaje que iba a relevar a Cuitiño se separó de la hermana política del dictador: ese individuo era Martín Santa Coloma, uno de los principales corifeos de la Mashorca, cuyas manos quedaron, en 1840, bañadas en la sangre de sus indefensos compatriotas.

VIII. La ballenera

La ballenera

La noche estaba nebulosa pero suave; el río tranquilo; una brisa fresca, pero suave, picaba ligerísimamente las aguas que, en alta marca, cubrían las peñas de las costas y se derramaban sin rumor en las pequeñas ensenadas de sus orillas. Apenas, de vez en cuando, se dejaba ver una que otra estrella en el firmamento al través de los pardos celajes, como aparece una que otra esperanza en el cristal empañado de una alma desgraciada.

A las nueve de esa noche, una embarcación había desprendídose del costado de una de las corbetas bloqueadoras con un joven oficial francés, el patrón y ocho marineros.

En la primera hora, la ballenera corrió al largo con su proa al oeste cuarta al norte, con su vela englobada, ligera y graciosa como una creación de la noche posada en el ala de la brisa, mientras que el joven oficial, envuelto en su capa, y tendido sobre el banco de popa, con esa indolencia característica del marino, sólo bajaba su vista de rato en rato, a ver una pequeña carta abierta a sus pies, y alumbrado por una linterna a cuya luz echaba una mirada de vez en cuando a una rosa náutica que sujetaba el

pequeño plano, mostrando luego con la mano, y sin hablar una palabra, la dirección que debía dar a la ballenera el patrón que dirigía el timón. Y a la luz también de esa linterna colocada en el fondo de la ballenera, se distinguían los fusiles de los marineros, colocados de babor a estribor.

Como al cabo de una hora, el oficial vio su reloj, e hizo en seguida un examen más detenido de la aguja, del plano, y de la dirección de la ballenera; y mandó luego arriar la vela, y seguir a remo en la dirección que indicó, después de colocar bajo un banco de popa la linterna. La parte superior de los remos estaba envuelta en lona; y apenas se percibía el débil rumor de la pala en el agua.

Las luces de la ciudad se habían perdido completamente a la vista; y apenas, hacia la izquierda, se percibía la forma de la costa indefinible y negra, y que aparecía más y más elevada a medida que la ballenera avanzaba con más rapidez al impulso de los remos, que antes a la fuerza del paño.

Al cabo, el oficial dijo una palabra al timonero, y la ballenera viró un tercio más hacia la costa; y, a otra palabra del patrón, los marineros empezaron a tocar apenas con la punta del remo la superficie del agua, y la embarcación perdió más de la mitad de su marcha.

Entonces, el joven oficial se sentó en el piso de popa, tomó la linterna, observó con mucha atención la aguja y las indicaciones del plano, y después de un rato levantó su brazo, sin quitar los ojos de la aguja y la carta.

A esta acción los marineros dieron, por una sola vez, una impulsión inversa a los remos, y la ballenera quedó como clavada sobre las aguas en medio del silencio y de las sombras.

Estaban a una cuadra de la costa.

Entonces, el oficial pidió dos sombreros a los marineros. Colocó la

linterna entre los dos sombreros de hule, uno de cada lado, de manera a que la luz se proyectase en línea recta, sin esparcir claridad en redor suyo; y tomándola de este modo entre sus manos, se paró y la levantó a la altura de su cabeza, con la luz en dirección a la costa.

Permaneció de este modo algunos minutos, mientras que la mirada de todos buscaba en tierra la correspondencia de aquel telégrafo misterioso. Pero inútilmente.

El joven meneó la cabeza y, colocando la linterna en su lugar anterior, dio orden de seguir.

Cinco minutos después volvió a repetirse la misma operación con las mismas precauciones. Pero inútilmente también.

El oficial, ya con un poco de mal humor, volvió de nuevo a examinar la dirección que se había dado, y confirmado de que estaba en ella, de que estaba en el mismo paraje, al mismo rumbo que se marcaba en el plano, dio orden de marchar un poco más a tierra para salir de la sombra que formaba la barranca inmediata.

En efecto, a pocos minutos de marcha, la ballenera pasó por frente a un pequeño cabo, y como a dos cuadras de su anterior estación, volvió a funcionar el telégrafo entre las manos del oficial.

No habría pasado un minuto que aquella luz flotante despedía su rayo sigiloso en dirección a la tierra únicamente, cuando sobre la barranca inmediata brilló una luz, algo más viva que la que parecía requerirse por la luz marítima, que se rodeaba de tantas precauciones.

-Allí está -exclamaron todos los de la ballenera, pero con una voz apenas perceptible de ellos mismos.

La linterna subió y bajó entonces, por dos veces, en las manos del

oficial, y la luz de tierra extinguióse en el acto.

Eran las once de la noche.

II

Como a las siete de esa misma noche, un carruaje, conducido por Fermín, había parado a la puerta de la casa de Madama Dupasquier; y poco después subía a él aquella noble señora, pero subía pálida, macilenta, con la expresión de esas enfermedades, de esas tisis del alma que hacen mayores estragos, y más pronto, que las más crueles dolencias de los órganos; y a su lado subía su hija, linda como una promesa de amor, y pura y delicada como un jazmín del aire: eran dos mujeres del tipo perfecto de 1820, que podemos hacer llegar, si se quiere, hasta 1830. Porque la generación que desenvolvióse durante la revolución, tanto en hombres como en mujeres, en lo moral como en lo físico, ha tenido un sello especial que ha desaparecido con la época. Es curiosa, pero sería muy larga esa demostración. Y sólo diremos que de aquellas mujeres, que hoy se perpetúan en los retratos, o en las tradiciones, no quedan sino los retratos y las tradiciones.

Inmediatamente, el coche había tomado hacia la plaza, doblando por bajo el arco de la Recova, atravesando la plaza del 25 de Mayo, descendido al Bajo, y tomado a gran trote con dirección al norte.

Al pasar por el bajo de la Recoleta, ya muy de noche, dos jinetes habían salido al encuentro del carruaje, y luego de reconocerlo siguieron su marcha a pocos pasos de él.

Más allá de Palermo de San Benito, lugar casi desierto en esa época, y que muy pronto debía convertirse en la espléndida y bulliciosa morada del tirano, se vieron cuatro hombres venir en dirección opuesta.

En el acto, los dos jinetes que lo escoltaban prepararon las armas que traían bajo sus ponchos, y se dispusieron a lo que puchera ocurrir. Pero felizmente no era gente de la Mashorca, y lejos de detener el carruaje, aquellos cuatro hombres pasaron haciendo grandes cortesías a los que iban dentro y a los que cabalgaban a su lado. Porque uno de los rasgos característicos de la época de Rosas era el afán de los hombres por saludarse unos a otros, aun cuando en su vida se hubieran visto la cara: originalidad que no puede explicarse de otro modo que por el miedo que recíprocamente se tenían todos.

De cuando en cuando, y a pesar del aire de la noche, la misma Madama Dupasquier mandaba a su hija que abriese uno de los postigos del coche para ver si venían sus amigos. Y cada vez que la joven cumplía esta orden, bien poco pesada para ella, como se comprende, unos ojos llenos de amor y vigilancia divisaban su preciosa cabeza, y en el rápido vuelo de un segundo, uno de los jinetes estaba al lado del estribo, y un brevísimo diálogo de las más tiernas interrogaciones tenía lugar entre la niña y el joven, entre la madre y su hijo, porque el joven, bien se entiende, no era otro que Daniel, el prometido esposo de Florencia.

En una de estas idas y venidas, Daniel, al llegar a su amigo, acercando mucho su caballo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

-¿Quieres que te haga una revelación que a cualquiera otro le daría rubor el hacerla?

-¿Acaso vas a decirme que estás enamorado? ¡Qué diablos! Yo también lo estoy y no me avergonzaría de contarlo.

-No, no es eso.

-Veamos, pues.

-Que tengo miedo.

-¡Miedo!

-Sí, Eduardo, miedo. Pero es en este momento. En esta solitaria travesía. En el paso arriesgado que vamos a dar. Yo que juego mi vida a todas horas; que desde niño, puedo decirlo, he buscado la noche, las aventuras peligrosas, los pasos arriesgados; que he aprendido a domar el potro por el placer de correr un peligro; que he surcado las olas de nuestro río, más bravas y poderosas que el Océano, en un débil bote, sin motivo, sin interés, por sólo la satisfacción de verme frente a frente con la Naturaleza, en los momentos de su salvaje jactancia; yo que tengo fuerte el corazón y diestro el brazo, temblaría como una criatura si tuviésemos en este momento un accidente cualquiera que nos pusiese en peligro.

-¡Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuándo quieres el valor sino para los peligros?

-Sí; pero peligros para mí; pero no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder mi vida. Es miedo de hacerla derramar una lágrima, de hacerla sufrir los tormentos horribles porque pasaría su corazón, si nos rodease de repente un conflicto. Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi expirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es ese miedo por la desgracia del ser amado, que sólo sienten ciertos corazones, ciertos caracteres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

-Sí, y lo peor es que me has inoculado ese miedo en que no había pensado, a fe mía: miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?

-Sí, Eduardo; cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando

uno ama de veras, la vida se reparte, se encarna con otra vida, y al morir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y esto es lo que se siente.

-Pero en fin, ya estamos cerca, Daniel, dentro de diez minutos estaremos allí. ¡Pobrecita! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer. ¡Ah, pensar que pasado mañana, que mañana tal vez puede cesar esta horrible vida que llevamos! ¡Prófugos, parias en nuestro propio país, en nuestra misma casa!. Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor a la pólvora, cuando sienta el primer escuadrón de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy a empezar a tirar tiros al aire, por respirar pólvora, si ese canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?

-Sí -repuso Daniel-, ese es el orden de las marchas. Puede emprenderse el ataque pasado mañana; y es esa la razón por que he instado tanto por el viaje que se va a efectuar esta noche. Me conozco. No valdría, con Florencia en Buenos Aires, ni la mitad de lo que valdré solo en aquel trance.

-¡Y esta Amalia, esta Amalia no querer seguirlas! -exclamó Eduardo.

-Amalia tiene más valor que Florencia, y otro carácter también. No habría poder humano que la separase de tu destino. Aquí estás tú, y aquí está ella; es tu sombra.

-No, es la luz, es la estrella de mi vida -repuso Eduardo con un acento de vanidad que parecía decir: «Así es el carácter que quiero en la mujer amada de mi corazón.»

-Ahí está la casa -dijo Daniel y se adelantó a dar orden a Fermín de poner el carruaje en la parte opuesta del edificio, luego que bajasen las

señoras.

Un minuto después estaba aquél en la puerta de la Casa Sola. Pero ni una luz, ni una voz, y sólo el rumor de los árboles cercanos.

Sin embargo, no bien el carruaje y los caballeros pararon a la puerta, cuando ésta abrióse, y los ojos de los viajeros, habituados a la oscuridad después de dos horas, pudieron distinguir las figuras de Amalia y de Luisa paradas en la puerta; mientras que por el postigo de una ventana asomaba la cabeza de Pedro, el viejo veterano, que custodiaba a la hija de su coronel, con la misma vigilancia con que veinte años antes guardaba su puesto y su consigna, en las centinelas avanzadas de los viejos ejércitos de la patria.

Madama Dupasquier bajó casi exánime, pues el viaje la había molestado terriblemente. Pero todo estaba preparado por la prolija y delicada Amalia; y después de tomar algunos confortativos y reposar un rato, la enferma volvió a hallarse mejor. Además, la idea de que pronto iba a dejar de respirar aquel aire que la asfixiaba, y salvar a su hija, era el mejor tónico para su debilidad presente.

Según las instrucciones de Daniel, sólo había luz en el aposento de Amalia, cuya única ventana daba al pequeño patio de la casa. La sala, que servía de aposento a Luisa, y el comedor, cuyas ventanas daban hacia el río, y sus puertas hacia el camino, estaban completamente oscuras.

Florencia estaba más pálida que de costumbre; y su corazón latía con esa irregularidad que acompaña a las situaciones inmediatamente precursoras de un desenlace que se anhela y se teme. Un peligro inminente iba a correrse. Pero en el blando espíritu de la mujer no cabe el recuerdo de sí misma cuando peligra también la vida de su madre, la vida de su amante.

La joven sonreía a aquélla. Miraba tierna y amorosamente a su Daniel;

y en el cristal bellísimo de sus ojos, una humedad celestial se esparramaba.

Daniel salió; habló un buen rato con Fermín, y volvió luego diciendo:

-Van a dar las diez de la noche. Es necesario que vayamos a las ventanas del comedor, a esperar la señal de la ballenera, que no debe tardar. Pero es preciso que Luisa se quede aquí y que lleve la luz a la sala en el momento en que yo se la pida. ¿Entiendes, Luisa, lo que tienes que hacer?

-Sí, sí, señor -contestó la vivísima criatura.

-Vamos, pues, mamá -dijo Daniel tomando la mano de Madama Dupasquier-. Usted también nos ayudará a observar el río.

-Sí, vamos -contestó la aristocrática porteña con una sonrisa que mal pegaba con su cadavérico semblante-, y he aquí lo que no se me había ocurrido jamás.

-¿Qué cosa, mamá? -la preguntó con prontitud Florencia.

-Que yo tuviera que hacerme federal por un momento, empleando mis ojos en espiar entre las sombras. Y sobre todo, no se me había ocurrido que tuviese alguna vez que embarcarme por estos parajes y a estas horas.

-Pero se desembarcará usted en su coche dentro de ocho días, señora.

-¿Ocho?¡Y qué! ¿Costará tanto echar a esta canalla de Buenos Aires?

-No, señora -repuso Eduardo-, pero usted no vendrá de Montevideo hasta que vayamos todos a buscarla.

-Y será el mismo día que no haya Rosas -agregó Daniel, que fue compensado por una leve presión de la mano de su Florencia, que no se había desprendido de la suya desde que salieron del aposento de Amalia, pues que ya estaban en el comedor, sin más luz que la escasísima de la noche que entraba por los vidrios que daban hacia el río, en cuya dirección estaba fija la mirada de todos.

A medida que pasaban los minutos por la rueda del tiempo, la conversación se cortaba y se anudaba con dificultad, porque una misma idea absorbía la atención de todos: era ya la hora, y la ballenera no venía. Madama Dupasquier no podía permanecer allí. El conflicto de armas podía tener lugar al otro día. Y se necesitaban tres por lo menos para combinarse de nuevo con la estación francesa.

-Tardan -dijo Amalia, que era quien conservaba más sereno su espíritu, porque no había nada que agitase, ni la felicidad, ni el peligro, ni la muerte, aquella naturaleza dulce, tierna y melancólica.

-El viento quizá -repuso Daniel buscando un pretexto que algo calmase la inquietud general, y en la que tomaba él la mayor parte.

De repente, Amalia, que estaba parada con Eduardo, exclamó:

-Allí está -extendiendo su mano en dirección al río.

-¿Es? -preguntó Florencia levantándose y dirigiéndose a Daniel.

El joven abrió entonces la ventana, calculó la distancia de la casa a la orilla del agua, que se dejaba conocer por el rumor de la ola, y conociendo que la luz estaba en el agua cerró la ventana y gritó:

-¿Luisa?

El corazón de todos latía con violencia.

Luisa, que había estado con su manecita en el candelero desde que recibió la orden, llegó con la luz antes que el eco de su nombre se extinguiese en el aposento.

Daniel puso la luz contra el vidrio, y después de haber percibido el movimiento convenido en la luz marítima, cerró los postigos y dijo:

-Vamos.

Florencia estaba trémula, y pálida como el marfil.

Madama Dupasquier, tranquila y serena.

Al salir fuera de la casa, Daniel las hizo parar un momento.

-¿Qué se espera? -preguntó Eduardo que daba el brazo a Florencia, mientras Madama Dupasquier se apoyaba en el de Daniel.

-Esto -dijo Daniel señalando un bulto que se veía subir por la barranca.

Daniel dejó el brazo de Madama Dupasquier y se adelantó.

-¿Hay alguien, Fermín?

-Nadie, señor.

-¿En qué distancia?

-Como a cuatro cuadras de un lado a otro.

-¿Se ve de tierra la ballenera?

-Ahora, señor, porque acaba de atracar a las toscas; el río está muy crecido, y se puede subir sin mojarse.

-Bien, pues. ¿Recuerdas todo?

-Sí, señor.

-Mi caballo desde ahora mismo, en la peña blanca, como a tres cuartos de legua de aquí. Bastante adentro del agua, para quedar cubiertos por la peña grande. Allí he de desembarcar dentro de dos horas. Pero por toda precaución monta a caballo ya y vete a esperarme.

-Bien, señor.

La comitiva ya estaba impaciente e intrigada por la demora de Daniel. Pero éste los tranquilizó luego y descendieron la barranca.

El aire de la noche parecía vigorizar a la enferma, pues que caminaba con una notable serenidad, apoyada en el brazo de su futuro hijo.

Adelante de ellos iba Florencia con Eduardo.

Y abriendo la marcha de la comitiva iba Amalia con la pequeña Luisa

de la mano.

Por dos veces la había rogado Eduardo que tomase su otro brazo. Pero ella, queriendo dar valor a todos, contestaba que no; que era la señora feudal de aquellos parajes, y debía siempre marchar delante de todos.

Cubierta su espléndida cabeza con un pequeño pañuelo de seda negro cuyas puntas estaban prendidas bajo la barba, sólo se distinguía el perfil de su hechicero rostro, y sus ojos, en los que no faltaba una luz ni entre las densas sombras de la noche.

En pocos minutos llegaron a la orilla del río donde la ballenera estaba atracada y contenida por dos robustos marineros que habían saltado a tierra con ese objeto.

La embarcación había dado por casualidad con una pequeña abra del río.

Al acercarse las señoras, el oficial francés saltó a tierra con toda la galantería de su nación, para ayudarlas a embarcarse.

Había un no sé qué de solemnidad religiosa en ese momento, en medio de las sombras de la noche, y en esas costas desiertas y solitarias.

Madama Dupasquier se despidió con estas solas palabras:

-Hasta muy pronto, Amalia.

Un unitario jamás se atrevía a decir, ni aun a creer, que Rosas se conservase ocho días más.

Pero Florencia, organización en que pocas veces había el consuelo de las lágrimas, sintió rotas al fin las fuentes de su corazón, y bañó con ellas los hombros y el semblante de su amiga.

Amalia lloraba dentro su alma mientras que las imágenes más tristes y fatídicas cruzaban por su rica y desgraciada imaginación.

-Vamos -dijo al fin Daniel, y tomando a su Florencia de la mano la separó de Luisa que lloraba también, y alzándola por su cintura de sílfide, la puso de un salto en la ballenera, donde ya estaba Madama Dupasquier al lado del oficial.

Todavía un ¡adiós! se cambió Florencia con Amalia y Eduardo; y a una voz del oficial, la ballenera se desprendió de tierra, viró luego hacia el sud, y enfiló la costa, con su vela tiriana desplegada, y sin las precauciones con que se había acercado un cuarto de hora antes. Seguía la costa con la intención de tomar más abajo un cuarto más de viento en su bordada al este.

Amalia, Eduardo y Luisa la siguieron con sus ojos hasta que se perdió entre las sombras.

Entonces posó Amalia su brazo en el hombro del bien querido de su alma, y alzó sus lindos y tranquilos ojos a contemplar los fragmentos de nubes que volaban entre las alas de la brisa, y que dejaban de vez en vez aparecer los astros, mientras que Eduardo la contemplaba embelesado, rodeando con su brazo derecho su cintura.

Ocho minutos habrían pasado apenas, cuando una súbita claridad y la detonación de una descarga de mosquetería, en la costa, y hacia el lado en que navegaba la ballenera, vino a herir de súbito, y como un golpe eléctrico, el corazón de Amalia, de Eduardo y de la tierna Luisa.

IX. La ronda federal

La ronda federal

Todavía Eduardo tenía vuelta su gallarda cabeza hacia la dirección de la descarga, y las manos llevadas instintivamente a los bolsillos donde tenía sus pistolas, cuando la voz de Amalia interrumpió el silencio de aquel lúgubre recinto, exclamando:

-¡Sube, sube, por Dios! -oprimiendo el brazo de su amado y queriendo arrastrarlo con sus débiles manos.

Eduardo, comprendiéndolo todo, y el peligro de que permaneciese Amalia un minuto más en aquel lugar, la tomó por la cintura con su robusto brazo, diciéndola:

-Sí, pronto, no hay que perder un momento -mientras que Luisa, prendida del vestido de su señora, quería darla apoyo también para subir ligero.

Apenas habrían caminado dos minutos cuando una segunda descarga los paró maquinalmente a todos, haciéndoles volver la vista a la dirección que traía el sonido, y entonces percibieron claro, aunque a larga distancia, una súbita claridad en el río, y el sonido de otra descarga.

-¡Dios mío! -exclamó Amalia.

-No, esa última es de la ballenera, que les contesta -repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y de rabia.

-¿Pero las habrán herido, Eduardo?

-No, no; es muy difícil; sube, hay otro peligro que evitar.

-¿Otro?

-Sube, sube.

A pocos pasos estaban ya en la casa cuando se encontraron con Pedro, que venía atacando otra bala en su tercerola, y con su sable debajo del brazo.

-Ah, ya están aquí -dijo al verlos.

-Pedro.

-Señora, yo soy. Pero éstas no son horas para que ande usted por estos lugares.

Es ésta la primera vez quizá que el buen viejo dirigía una reconvención a la hija de su coronel.

-Pedro, ¿ha oído usted? -le preguntó Eduardo.

-Sí, señor, todo lo he oído. Pero éstas no son horas de que la señora...

-Bien, bien, ya no lo haré más, Pedro -dijo Amalia, que comprendía todo el interés que sentía por ella aquel fiel servidor de su familia.

-Quería preguntar a usted, Pedro -prosiguió Eduardo, entrando ya en la casa-, si ha podido distinguir, ¿de qué armas son los primeros y los segundos tiros?

-¡Bah! -exclamó el veterano, cerrando la puerta y sonriéndose.

-¿Veamos, pues?

-La primera y la segunda descarga han sido de tercerola; y la última de fusil.

-Esa es mi misma idea.

-A cualquiera que tenga oídos se le ocurre lo mismo -repuso Pedro, que parecía estar de malísimo humor con todos por el peligro que acababa de correr su señora, y, como para evitar más preguntas, se fue a encender luz en el aposento en que dormían Eduardo y Daniel cuando se quedaban en la Casa Sola, y que se hallaba en el otro extremo de las tres habitaciones de Amalia.

Cuando ésta entró a la sala, y se quitó de la cabeza el pañuelo de seda que la cubría, Eduardo no pudo menos que sorprenderse al mirar la excesiva palidez de su semblante.

La joven se sentó en una silla, afirmó el codo en una mesa y posó su frente sobre su blanca y delicada mano, mientras Eduardo había pasado al comedor, a oscuras, y abriendo la ventana, ponía toda su alma en el oído, porque la densidad de las sombras era cada vez mayor y no se podía distinguir cosa alguna.

Nada se oía.

No parecía que la vida acabase de enviar tanta muerte un momento antes.

Cuando volvió a la sala todavía permanecía Amalia en la misma actitud.

-Basta, mi Amalia, basta; ya ha pasado todo, y Daniel irá riéndose en este momento -la dijo sentándose a su lado y arreglando unas hebras de los lacios cabellos de su amada, que se habían descompuesto con la presión de la mano.

-¡Pero tanta bala! Es imposible que no hayan herido a alguno.

-Por el contrario; lo que es imposible es que haya llegado una bala de tercerola, ni a cincuenta varas de la ballenera. Han visto su sombra en el agua y han tirado al acaso.

-¿Pero toda la costa está vigilada? ¿Y Daniel? ¡Cómo desembarca Daniel, Dios mío!

-Bajará a la madrugada, en que se retiran las patrullas.

-¿Y Fermín le ha llevado el caballo?

-Sí, señora -respondió Luisa que entraba con una taza de té para Amalia.

En ese momento Eduardo volvió a levantarse y pasar al comedor para escuchar de nuevo por la ventana. Una idea hacía rato que estaba cruzando por su cabeza, y que era lo único que lo inquietaba.

Apenas haría tres minutos que estaba recostado contra la reja, cuando creyó percibir cierto ruido por el Bajo.

Un momento después ese ruido era bien perceptible, y no podía dudarse que lo originaba la marcha de muchos caballos.

De repente, el rumor de la marcha de la cabalgata cesó, pero pudo distinguirse el eco confuso de algunas voces al pie de la barranca. En seguida volvió a sentirse la marcha de los caballos.

-No hay duda -se dijo Eduardo-, ésta es la patrulla que ha hecho fuego. Se ha parado al pie de la barranca, y probablemente han hablado de esta casa. No hay duda; van a dar la vuelta para venir por el camino de arriba. ¡Fatalidad, fatalidad! -y el joven se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Al entrar a la sala, Amalia, que leía tan bien en el semblante de su amado, comprendió que alguna emoción profunda lo agitaba, y ella misma

le abrió el camino diciéndole, en el estilo que usaba con él, y el único que le consentía, cuando no estaban en ciertos momentos en que la poesía del amor les inspiraba un tratamiento más dulce y más íntimo:

-Hable usted, Eduardo: yo siempre tengo en mi alma la resignación, esperando a la desgracia.

-No; desgracia no -repuso aquél como avergonzado de que su amada hubiera apercibido en su semblante alguna expresión pasajera de temor.

-¿Y qué es, pues?

-Quizá... Quizá nada... Una tontería mía -dijo el joven, sonriendo, sacudiendo su cabeza y tomando el té que había dejado Amalia en su taza.

-No, no, algo hay, y yo quiero saberlo.

-Pues bien; lo que hay es, que acaba de pasar una patrulla por bajo la barranca, y que será probablemente la misma que ha hecho fuego sobre la ballenera. He ahí todo.

-¿Todo? Bien; ya verá usted si he comprendido lo que usted ha callado. Luisa, llama a Pedro.

-¿Y para qué? -preguntó Eduardo.

-Va usted a oírlo.

El veterano apareció.

-Pedro -le dijo Amalia-, es posible que intenten asaltarnos esta noche, querer registrar la casa, o alguna cosa así; cierre usted bien las puertas y prepare sus armas.

Eduardo quedó atónito de aquel valor y serenidad de su amada, admirándola en el santuario de su alma, conociendo que no era el valor de la organización, sino el valor del amor, elevado al grado de sacrificio. Porque en aquellos momentos una resistencia armada, una resistencia

cualquiera a la voz de los agentes de Rosas era una sentencia infalible de muerte, o de desgracias de todo género, y Amalia se lanzaba a afrontarlas, intentando salvar al bien amado de su corazón.

-Ya está todo hecho, señora; tengo veinte tiros y mi sable -respondió Pedro.

-Y yo cuatro y el mío -dijo Eduardo parándose súbitamente; pero más súbito todavía y como si hubiesen cambiado un hombre por otro, volvió a sentarse y dijo:

-No, aquí no correrá sangre.

-¿Cómo?

-Digo, Amalia, que en último caso no merece mi vida el que usted presencia una escena como la que hemos querido preparar imprudentemente, y que no daría, por último, sino la pérdida de todos.

-Pedro, haga usted lo que se le ha mandado -repuso Amalia.

-¡Amalia! -exclamó Eduardo, tomándole la mano.

-Eduardo -replicó la joven-, yo no tengo nada en mi vida que no esté en la vida del ser que amo y cuando el destino de él fuese de prisa a la desgracia, yo precipitaría el mío para que fuésemos juntos.

La joven no había acabado estas palabras melancólicas, expresión de su triste y enamorado corazón, cuando el golpe de muchos caballos se sintió por el camino de arriba.

Eduardo se levantó sereno, pasó al patio donde se paseaba Pedro, y entró a su aposento. Se quitó tranquilamente el pequeño poncho que lo cubría aún, sacó sus pistolas de dos tiros que tenía en los bolsillos de sus pantalones, examinó los cebos, y tomando luego su espada dio al patio y colocóla desnuda en un rincón.

En ese momento Amalia llegaba también al patio con la inocente Luisa pegada a su vestido, que por segunda vez la repetía:

-Señora, ¿quiere usted que rece?

-Sí, hija mía, anda a la sala y reza.

La noche había cubiértose con todo su ropaje de sombras y la tormenta se cernía sobre la tierra.

No bien había cambiado Amalia algunas palabras con Eduardo y Pedro, cuando sintióse el rumor de voces cerca de la puerta, y luego los sables y las espuelas de algunos que se desmontaban; y entonces pasaron a la sala, cuya puerta daba al pequeño zaguán.

Al entrar, un espectáculo tierno y sublime los detuvo a la puerta: la vista de Luisa, hincada, con sus manecitas juntas en actitud de súplica, rezando delante al crucifijo de Amalia.

Parecía que se esperaba la última palabra de esa oración de la inocencia elevada a Dios, en medio de la noche y los peligros, para comenzar la primera escena de aquel drama que presagiaba un terrible desenlace; pues que en el acto de levantarse la niña, y de entrar los que la observaban, una docena de recios golpes fueron dados en la puerta de la calle.

-Nuestro plan está ya concebido con Pedro -dijo Eduardo dirigiéndose a Amalia-, no abriremos, ni responderemos. Si se cansan y se van, tanto mejor. Si intentan echar la puerta abajo, tendrán que trabajar mucho, pues es gruesa y bien sostenida; y si lo logran, cuando los recibamos estarán fatigados.

Los golpes se repitieron en la puerta, y en seguida empezaron a darlos en las ventanas de la sala y del comedor.

-Échenla abajo -dijo una voz ronca y fuerte que había sobresalido varias

veces entre aquellas que acompañaban con un coro de palabras obscenas los golpes que daban en vano sobre la puerta y las ventanas.

Pedro se sonrió, recostándose tranquilamente en la puerta de la sala.

-No se puede -dijeron muchas voces a la vez, después de haberse hecho grandes esfuerzos, que se conocía por el crujimiento de los tablones que descansaban sobre dos gruesas trancas.

-Tiren sobre la cerradura -dijo la misma voz que se hacía notable entre todas.

Pedro se sonrió, dio vuelta la cabeza y miró a Eduardo parado con Amalia de la mano en el medio de la sala.

En aquel momento, cuatro tiros de tercerola se dispararon en la parte exterior, y la cerradura vino a caer a los pies de Pedro, que con una serenidad admirable diose vuelta, acercóse a Amalia y la dijo:

-Estos pícaros pueden tirar por las ventanas, y usted no está bien aquí.

-Es cierto -repuso Eduardo-, al aposento de Luisa.

-No; yo estaré donde estén ustedes.

-Niña, si usted no entra, yo la cargo y la encierro -replicó Pedro con una voz tan tranquila pero tan resuelta, que Amalia, aunque sorprendida, no se atrevió a replicarle y entró con Luisa al aposento. Mientras Pedro y Eduardo fueron a colocarse entre las dos ventanas, quedando cubiertos por la pared.

Estas precauciones no fueron inútiles, pues apenas habían ocupado aquel lugar, cuando los vidrios saltaron en mil pedazos y algunas balas atravesaron la sala.

Pero afuera también tomaban sus medidas. Conocían bien que había gente en la casa, pues que la puerta estaba cerrada por dentro, y se veía luz

por los agujeros que habían hecho las balas. Y esta resistencia a abrir los exasperaba más, a ellos que traían sable y tercerola, y que por consiguiente eran agentes de la autoridad todopoderosa del Restaurador.

De repente, un golpe tremendo, un empuje casi irresistible hizo rechinar los goznes y crujir los marcos de la puerta que parecía pronta a saltar toda entera, pues hasta las paredes se conmovieron cual si las sacudiese un terremoto.

-¡Ah, ya sé; y para esto no hay remedio! -dijo Pedro saliendo del lugar en que estaba, amartillando su tercerola y dirigiéndose al zaguán; mientras que Eduardo, preparando también sus pistolas, iba a su lado con los ojos chispeantes, la boca entreabierta, y apretando convulsivamente sus armas.

Amalia, que sintió y vio todo esto, ocurrido en menos de un segundo, iba a precipitarse del aposento, cuando Luisa se echó a sus pies y le abrazó las rodillas.

Un segundo golpe sin vibración, pero pujante, a plomo, hizo estremecer de nuevo toda la casa, y multitud de cascotes saltaron de los marcos de la puerta.

-No resiste otro -dijo Pedro.

-¿Y con qué demonios dan? -preguntó Eduardo trémulo de rabia y deseando que cayese la puerta de una vez.

-Con el anca de dos o tres caballos a un mismo tiempo -contestó Pedro-; así echamos abajo la puerta de un cuartel en el Perú.

En ese momento, porque toda esta escena era rápida como el pensamiento, Luisa, abrazada de las rodillas de Amalia, sin dejarla salir, la decía llorando:

-Señora, la Virgen me ha hecho recordar una cosa; la carta, yo sé donde

está, con ella nos salvamos, señora.

-¿Qué carta, Luisa?

-Aquella que...

-Ah, sí. ¡Providencia divina! Es el único mecho de salvarlo. Tráela, tráela.

Y Luisa voló, sacó de una cajita una carta y se la dio.

Amalia entonces pasó corriendo a la puerta de la sala y dijo a Eduardo y Pedro, que estaban en el zaguán esperando por momentos ver caer la de la calle:

-No se muevan, por Dios; oigan todo pero no hablen ni entren a la sala -y sin esperar' respuesta, corrió las hojas de la puerta, y volando a una de las ventanas, tiró los pasadores y abrió.

A este ruido, dejaron la puerta y se precipitaron a la ventana diez o doce de los que estaban desmontados; y por instinto, por instinto federal, abocaron sus tercerolas a las rejas.

Amalia no retrocedió, no se inmutó siquiera, y con una voz entera y digna se dirigió a ellos:

-¿Por qué se asalta de este modo la casa de una mujer, señores? Aquí no hay hombres, ni riquezas.

-¡Eh, que no somos ladrones! -contestó uno que se abrió camino por medio de los demás hasta llegar a la ventana.

-Pues si es ésta una patrulla militar, no debía tratar de echar abajo las puertas de esta casa.

-¿Y de quién es esta casa? -preguntó aquel que se había acercado, parodiando la acentuación con que había marcado Amalia aquellas dos palabras.

-Lea usted y lo sabrá. Luisa, alcanza la luz.

El tono de Amalia, su juventud, su belleza, y el misterio de esa especie de seguridad y de amenaza que envolvía en sus últimas palabras, acompañada del papel que entregaba, en aquella época en que todos temían caer, por equivocación, o por cualquier cosa, en el enojo de Rosas, llevó sin esfuerzo la perplejidad a toda aquella gente, en cuyas cabezas no había entrado la sospecha de que en esa casa, por tantos años desierta, hubiese una mujer como la que veían.

-Pero, señora, abra usted -le dijo entrecortado el personaje que recibió la carta, y que no era otro en cuerpo y alma que Martín Santa Coloma al frente de su partida.

-Lea usted primero y después abriré si todavía lo quiere -repuso Amalia dando mayor firmeza y aire de reproche a la entonación de su voz; al mismo tiempo que Luisa, fingiendo valor como su señora, acercaba la luz a la reja, entre una bomba de cristal.

Santa Coloma desdobló la carta sin quitar sus ojos de aquella mujer que a la luz del fanal le hería la imaginación, como algo de encantamiento en aquel lúgubre y solitario lugar. Miró luego la firma de la carta, y la sorpresa se pintó en su rostro, que no dejaba de ser varonil e interesante.

-Tenga usted la bondad de leer fuerte para que todos oigan -dijo Amalia.

-Señora, yo soy el jefe de esta partida, y con que yo lea es bastante -contestó aquél, y se impuso del contenido de esta carta, que el lector debe conocer también y que decía:

Señora Doña Amalia Sáenz de Olavarrieta Mi distinguida compatriota: He sabido con mucho disgusto que se han atrevido a incomodar a usted en

su soledad, sin motivos, y sin orden de tatita, lo que es un grande abuso que él reprendería si lo supiese. La vida que usted lleva no puede inspirar sospechas a nadie, sino a los que toman el nombre del gobierno para sus fines particulares: usted está en el número de las personas que más distingo, y le ruego, como una amiga, que me comunique al momento, si otra vez fuese usted molestada; porque si es sin orden de tatita, como no lo dudo, yo se lo avisaré a él en el acto, para que no se abuse de su nombre otra vez. Crea usted que será un momento muy feliz para mí aquel en que pueda serle útil su obsecuente servidora y amiga. Manuela Rosas. Agosto 23 de 1840.

-Señora -dijo Santa Coloma quitándose su sombrero-, yo no he tenido la intención de hacer a usted ningún mal, ni sabía quién vivía aquí. He creído que podrían haber salido de esta casa algunos de los que se han embarcado hace poco por esta costa, pues acabo de batirme con una ballenera enemiga muy cerca de aquí, y como no hay más casa que ésta...

-Vino usted a echarme las puertas abajo, ¿no es eso? -le interrumpió Amalia para acabar de dominar el espíritu de Santa Coloma.

-Señora, como no me abrían, y veía luz... pero, dispénseme usted. Yo ignoraba que aquí viviera una amiga de Doña Manuelita.

-Está bien, ¿quiere usted entrar ahora y registrar la casa? -y Amalia hizo un movimiento como para salir a abrir.

-No, señora, no. Sólo le pido a usted el favor de permitirme que vengan mañana a componer la puerta, que quizá se ha estropeado.

-Mil gracias, señor. Mañana pienso irme a mi casa del pueblo, y esto no es nada.

-Yo mismo -prosiguió Santa Coloma-, voy a pedirle disculpas a Doña

Manuelita. Créame usted que ha sido sin intención.

-Todo lo creo a usted, y no hay necesidad de disculpas; porque por mi boca nadie sabrá lo que ha ocurrido, usted se ha equivocado y eso es todo lo que hay -repuso Amalia endulzando su voz todo cuanto le era posible en su situación.

-Señores, a caballo; ésta es una casa federal -gritó Santa Coloma a los suyos-. Vuelvo a pedir a usted perdón -continuó volviéndose a Amalia-. Buenas noches, señora.

-¿No quiere usted descansar ni un momento?

-No, señora, mil gracias; usted es la que debe descansar del mal rato que la he dado.

Y retirándose Santa Coloma, todavía no se ponía el sombrero.

-Buenas noches -dijo Amalia y cerró su ventana.

Un minuto después estaba desmayada sobre el sofá.

X. Primavera de sangre

Primavera de sangre

Ya los pájaros cantaban al asomar el día el himno misterioso de la Naturaleza a su creador.

La golondrina volvía de sus calientes climas, y cruzaba rápida y sin destino, como las imágenes del delirio.

El duraznero ostentaba todo el lujo de sus estrellas color de rosas y violetas; y entre los glóbulos dorados de su flor se cuajaba el germen de su exquisito fruto.

El nardo se levantaba altivo, como la palmera del desierto; y a su pie la tímida violeta se escondía entre sus pabellones de esmeralda, lastimada de su punzante aroma.

El jacinto asomaba gracioso a respirar el aire primaveral que lo rizaba. Y la espléndida reina de las flores abría su globo de púrpura para beber el llanto de la aurora, dejando herir su seno por el rayo del matutino sol, a cuyo influjo fermentaba el ámbar que encerraba; como la virgen que deja penetrar por su pupila la mirada ardiente que va hasta el corazón, y roba y bebe el primer soplo de amor, que un suspiro de la divinidad puso en su

seno.

Y sobre las hojas punzoes de la rosa, o sobre la frente pálida de la azucena, la mariposa esparcía el polvo de oro de sus alas, y remontaba luego a embriagarse de luz y de colores: imagen delicada y tierna de la mujer, cuando se abre la flor de su inocente vida, y vuela en el jardín de las ilusiones, derramando el oro de su imaginación sobre las flores fragantes de sus deseos.

Las olas comenzaban a descansar ya de su agitación en el rígido invierno que acababa, y se dormían sobre sí mismas, como reposan las pasiones sobre el mismo corazón que les dio vida. Los vientos de la Pampa plegaban su ala poderosa; y las templadas brisas de los trópicos se escurrían a la región del Plata, a conquistar el desierto palacio del invierno.

Toda la Naturaleza se regeneraba, se cubría de galas, respiraba esperanza, y reflejaba poesía como la amante abandonada vuelve a la radiantez de su belleza rebosando promesas y alegría, cuando el aliento del amante ausente viene de improviso a entibiar la frente marchita por el frío glacial del abandono.

Al invierno yermador, árido y triste, sucedía la creadora y alegre primavera. Y para toda la Naturaleza había una caricia, una sonrisa, una promesa... menos para el hombre.

La flor, el campo, el agua, las nubes y los astros que tachonan el manto celestino de Dios, todos recibían una mirada vivificadora, al abrirse el reinado de la opulenta primavera en las regiones del Plata... menos el hombre.

Su destino, frío como una cifra, adherido a su vida como el mármol al sepulcro, e incontrastable como el paso del tiempo, lo empujaba de

desgracia en desgracia, y sin otra esperanza que en Dios, cuya mirada aparecía envuelta entre las nubes, sin llegar al alma, y alumbrarla, en la terrible noche de su infortunio.

La primavera comenzaba para la Naturaleza. Pero, ¡ay!, el ámbar de la flor iba a extinguirse entre el olor de la sangre.

El campo iba a perder su manto de esmeralda con las manchas de sangre, que ni el pie de los años borraría.

El arroyo iba a llevar sangre en su corriente. La luz del día a encapotarse entre vapor de sangre. Y los astros que tachonan el manto celestino de Dios iban a quebrar su tenue rayo sobre charcas de sangre.

Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. Su vida amarrada al potro de la tiranía, nuevo Mazeppa, iba a desangrarse por largos años, rotas las carnes de la libertad, en las espinas de un bosque de delitos y desgracias. Las tradiciones de la revolución, el destino de 1810, las promesas risueñas de 1825, los progresos intelectivos de la sociedad, la moral de educación y de raza, el carácter de los pueblos, su índole y su imaginación misma, todo iba a acabar de subvertirse bajo el más disolvente de los gobiernos, bajo la más inmoral de las escuelas públicas: bajo el gobierno personal y tiránico, bajo el ejemplo de sus medios bárbaros. Un gobierno tanto más funesto, cuanto que debía dejar inoculados en la sangre de una generación que se levantaba a la vida los malos hábitos de los pueblos que nacen y se educan bajo el imperio de los déspotas, en que la dignidad humana es escarnecida; la obediencia irreflexiva y ciega, una condición de la existencia individual; y las ideas y los intereses sociales, plantas exóticas en el terreno de ese gobierno.

La ausencia de todo espíritu de comunidad y asociación había

conservado hasta entonces el mal gobierno de Don Juan Manuel Rosas, como había servido en gran parte a la anarquía que lo produjo. Y la prolongación de aquel gobierno iba a acabar de ahondar ese mal generador, en la tierra virgen de una sociedad sin hábitos ni creencias todavía. De este modo se preparaban para el futuro funestos y terribles síntomas de resistencia a la reacción que apareciese contra ese orden de cosas, en que ya no habría que luchar contra el tirano, sino contra los resabios de la tiranía.

Rosas había triunfado sin vencer. Y desde entonces, todas las cuestiones lejanas que rodeaban el horizonte de su gobierno iban a ceder poco a poco, y por sí solas, en la pendiente de su fortuna, o más bien, en el terreno de la fatalidad histórica; porque los cuadros históricos que ofrece al estudio la vida de los pueblos, ni quedan, ni se presentan incompletos nunca.

La República Argentina, como pueblo nuevo, había completado ya, en quince años, su epopeya de combates y glorias; y puesto con su lanza el sello de su fuerza militar en la América, y de su destino en el mundo, como pueblo. Con su último cañonazo había dicho la última palabra de sus primeras aspiraciones de 1810, y completado con el fuego de su pólvora la última luz del gran cuadro de su primera vida.

Le faltaba el segundo período de su revolución. Y aquí se chocaron entonces los grandes extremos del pensamiento: la innovación que creaba, la reacción que destruía.

Triunfante la última en sus primeros pasos, la lógica de la historia no podía fallar, y era necesario que se completase el gran cuadro de esa otra faz de la nueva nación. Y el crimen, el vicio, la relajación de todas las nociones del cristianismo, la subversión de todos los principios conservadores de la

sociedad, el atraso, la estagnación y la indolencia, la inacción y la impotencia del pensamiento, el olvido de la tradición, y una índole acomodaticia al nuevo orden de vida, todo debía contribuir a llenar el cuadro de la tiranía de Rosas, que no debía quedar incompleto, como no lo queda ninguna de las perspectivas históricas, que nacen sin esfuerzo de situaciones dadas y francas en la vida de las sociedades.

Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argentino separe la yedra que cubre la tumba de los primeros años de la patria, para encontrar las inscripciones sangrientas de sucesos y generaciones que rodaron en la tormenta de su juventud, y busque frío y tranquilo la ingenua filosofía de nuestra historia, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, expresión franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolución. Pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya que dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de Don Juan Manuel Rosas. Porque lo más sensible para la historia argentina no será, por cierto, el tener que referir la existencia de un tirano, sino el que ese tirano fuese Rosas.

Rosas fue un tirano ignorante y vulgar. A ningún fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y tras su vida política no debía quedar sino un recuerdo repugnante de ella.

Sólo el crimen fue sistemático en ese hombre. Pues ese tan ponderado sistema de su americanismo para repeler toda injerencia europea entre nosotros, defendiendo constantemente la dignidad de la bandera azul y blanca, fue una larga mentira del dictador, inventada para despertar en favor suyo las susceptibilidades nacionales: a lo menos la historia de sus propios actos así lo proclama.

Mucho antes de su jactancioso patriotismo americano, y en la edad en que el hombre es más susceptible a la ebullición de los sentimientos patrióticos, exagerados con frecuencia por el calor de la sangre, y los arranques impetuosos del carácter personal, Rosas habíase puesto de parte de los extranjeros y aplaudido un acto de piratería ejercido contra el pabellón nacional.

Después de la revolución del 1º de diciembre de 1828, un hecho escandaloso fue cometido por el comandante M. de Venancourt, al mando de las fuerzas francesas en estas aguas, contra nuestra pequeña escuadra, asaltada en medio de la noche por las tripulaciones francesas. Don Juan Manuel Rosas, en armas ya contra la revolución, se dirigió a M. de Venancourt aprobando su conducta, y pidiéndole que retuviese la escuadra.

Sin altura ni dignidad personal, confiaba su pequeñez y su miseria a sus mismos subalternos; ordenando a los jefes militares, de oficio, que mintiesen en sus comunicaciones aumentando el número de sus fuerzas.

Pero más que esto. El cinismo del dictador llegaba a tal punto, que él mismo, de su puño y letra, escribía las instrucciones para los correos que partían de Buenos Aires para las provincias y Bolivia; ordenándoles que por todo su camino fuesen diciendo que: «S. E. trabajaba día y noche en sostén de la causa americana; que hasta las potencias extranjeras le tributaban respeto y admiración por su valor y por su genio; que todo el mundo estaba pronto a sacrificarse por él; que en todos los paquetes recibía cartas y regalos de los reyes; y que dentro de poco se iba a saber todo lo que él valía, etc.»

Capitaneó una de las épocas de la vida social, que con él, o sin él, tenía

por fuerza que desenvolverse en el naciente pueblo; y no se hizo célebre por haber organizado esa época, sino por haberla ultrapasado en sus impulsos reaccionarios; y no se hizo espectable, individualmente, sino por la ferocidad de su alma, y por las infinitas circunstancias que los sucesos fueron eslabonando en torno suyo, debidos en su mayor parte a causas que no recibieran creación, ni impulsión de la cabeza de Rosas: como sucedió con la contramarcha repentina del Ejército Libertador, que dejaba abierto el camino por donde la tiranía reaccionaria debía marchar hasta su última expresión en la república.

Sobre las tablas del tiempo fue septiembre de 1840 quien jugó el destino de los pueblos del Plata; y en perdida la libertad, la primavera de la Naturaleza no fue sino la primavera de sangre de los argentinos.

Los sucesos que se precipitan, anudándolos con los sucesos anteriores que se conocen ya, nos van a dar a comprender todo lo que tiene de terrible y de lúgubre esa verdad.

XI. De cuarenta, sólo diez

De cuarenta, sólo diez

En la noche siguiente a aquella en que la policía federal comenzó a hacer de las suyas en la Casa Sola, y en que Luisa recibió por premio de su oración una inspiración que salvó a todos, varios hombres se habían ido reuniendo desde las ocho de la noche en un largo almacén de efectos por mayor, contiguo a una hermosa casa de altos que dominaba casi toda la calle de la Universidad.

Los que llegaban llamaban de un modo especial, y la puerta del almacén se abría para cerrarse en el acto.

Apenas allá en el fondo se distinguía la débil claridad de una luz, colocada tras una pila de cajones de vino y en redor de la cual iban juntándose los que llegaban. Y a pesar de la distancia que mediaba entre la calle y el fondo del almacén, en que se hallaban, la conversación, aunque animada, se sostenía, sin embargo, en voz baja. Pero esta precaución se explicaba por la circunstancia de que la casa de altos, a que pertenecía el almacén, y con la cual se comunicaba por una puerta al patio, era habitada en esa época por una familia federal. Pero lo que sí sorprendía, era ver que

habían quitado de la parte interior de la puerta los efectos que había amontonados contra ella y desclavado una gruesa tabla que cruzaba las hojas, y, por último, llamaba la atención, más que todo cuanto se ha descrito, una hilera de fusiles, puesta cerca de la puerta del patio, entre unos barriles de vino y la pared.

Todo este aparato, en aquel lugar, bajo tal misterio, a semejantes horas y en aquellos tiempos, era más que suficiente para que la muerte se dejara de andar revolviendo los cabellos de cuantas cabezas allí había.

-Las diez -dijo uno, acercando su reloj a la vela de sebo que ardía sobre un candelero de metal, puesto en el suelo.

-Mejor -repuso otro, levantándose y dando algunos pasos.

-Sí, cierto -agregó un tercero-, si no hubiera nada, ya lo sabríamos a estas horas.

-Yo creo que la entrada no será hasta la madrugada -observó otro levantándose también, pues que todos estaban sentados sobre cajones de vino, en redor de la vela.

-Pero, ¿cómo es que no vienen los demás?

-Pero es que no sabemos cuántos somos.

-¿Te lo ha dicho Belgrano?

-No.

-Tampoco me ha dicho Bello el número de los que debíamos reunirnos.

-¿Y qué importa el número?

-¡Toma si importa! ¿Cree usted que con los que estamos aquí podemos hacer gran cosa? -repuso el que allí parecía el mayor de todos, no obstante que apenas representaba treinta y cinco años; teniendo en toda su figura

un no sé qué de aire militar.

-Yo sé lo que ha de ser -dijo otro.

-¿Qué? -preguntaron varios.

-Que Bello y Belgrano han de haber señalado varios puntos de reunión en esta misma manzana, o en la misma cuadra, tal vez; y concertado la seña para el momento en que nos hagamos dueños de esta casa, y nos subamos a la azotea como a casa nuestra, a pesar de los gritos que quieran dar sus dueños, si es que los federales tienen fuerzas para gritar dentro de algunas horas.

-Eso parece una explicación -repuso el personaje de aire marcial-. Porque -continuó- no es que con diez o doce hombres no podamos apagar los fuegos de todas las azoteas de esta calle, desde el lugar en que nos vamos a colocar, en caso que haya quien quiera hacer fuego sobre Lavalle, sino que si tenemos que salir a operar fuera de aquí, por cualquier accidente, entonces no bastan los que somos.

-Yo, por ejemplo, haya o no combate, me voy, con cuatro más que ya estamos convenidos, en cuanto pase la fuerza por esta calle.

-¿Ve usted? Ya quedamos menos. ¿Y dónde diablos va usted?

-A casa de Rosas.

-¿Quiere usted prender a Manuela?

-No, por el contrario, trataría de defenderla si alguien quisiera insultarla.

-Y yo también.

-Y yo -dijeron algunos jóvenes.

-¿Pero entonces qué quiere usted hacer con la casa de Rosas? -repuso aquél, el más grave de todos-, ¿cree usted que los rosinos se irán a esconder

allí?

-No, no creo tal zoncería.

-¿Y entonces?

-Los papeles.

-¡Ah!

-Los papeles; eso es lo que yo quiero.

-Muy buen provecho le hagan a usted, amiguito mío; pero me parece que ellos, y la carabina de Ambrosio, han de valer lo mismo.

-Para los militares, puede ser; para los escritores, no -contestó el joven de los papeles algo picado.

-¡Pues! Y como vamos a deber a los escritores la caída de Rosas, justo es que ellos continúen la obra -repuso con aire burlón el que lo tenía de militar.

-Puede ser que no se equivoque usted.

-¡Por supuesto, un cañonazo de gacetas haría un estrago terrible en el campamento de Rosas!

-Eso ya es personal, caballero.

-Pero, señores, por amor de Dios -dijo otro que no había hablado todavía-; ¿es posible que no podamos estar juntos cuatro argentinos, sin que nos pongamos en anarquía? ¿Todavía no hemos vencido a Rosas, y ya nos ponemos a disputar sobre si el elemento militar ha sido más poderoso, para derrocarlo, que la propaganda literaria?

-Es que...

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta, y llamó la atención de todos, mientras se fue a abrir, porque se había llamado del modo convenido.

Un instante después, Daniel y Eduardo estaban rodeados de los diez personajes que allí había.

Los dos jóvenes venían de poncho, y con grandes divisas federales en el sombrero. Pero ambos, y más especialmente Daniel, tenían en su rostro una expresión de dolor y de despecho, marcada por el pincel de la Naturaleza, con toda la verdad y la elocuencia de sus obras maestras. Se leía, puede decirse, en la cara de aquellos jóvenes todo cuanto pasaba en su alma en ese instante. Y tanto, que el presunto invasor a los papeles de Rosas no pudo contenerse y les dijo:

-La cara de cada uno de ustedes es un boletín de Rosas, en que nos da cuenta de la derrota de Lavalle.

-No -contestó Daniel-. No, Lavalle no ha sido derrotado. Es más que esto.

-¡Diablo! El más no se me había ocurrido hasta ahora -repuso otro.

-Y, sin embargo, así es -replicó Daniel.

-Pero explicaos, con mil santos -exclamó el defensor de los militares.

-Nada más fácil, amigo mío -contestó Daniel, y prosiguió- Lavalle ha emprendido su retirada a las seis de la tarde de hoy, desde Merlo. Y a mi juicio esto importa la derrota de nuestra causa por muchos años, cosa que es de más importancia, sin duda, que la derrota de un ejército.

Un largo silencio sucedió a aquella declaración. Un frío glacial heló la sangre en el corazón de todos. Esa noticia era precisamente la que menos se esperaba.

Eduardo rompió el silencio.

-Sin embargo -dijo-, Bello no ha dicho todo. Es cierto que Lavalle ha contramarchado. Pero entiendo, según las mismas noticias de Daniel, que

va a dar un golpe a López, que le está incomodando su retaguardia, para volver después, libre de ese inconveniente, a operar sobre Rosas.

-Claro está -repuso otro-. Ahora ya entiendo. Quiere decir que todo el susto que nos ha dado Bello no tiene más fundamento que la demora del triunfo por algunos días.

-Indudable -dijeron todos.

-Cierto.

-Pensad como gustéis, señores -replicó Daniel-. Para mí esto es concluido. La empresa del general Lavalle, para tener éxito, debía obrar, más sobre la moral, que sobre la fuerza material de Rosas. El momento se ha perdido. La reacción del espíritu vendrá en el numeroso Partido federal, y repuesto de su primera impresión, será diez veces más fuerte que nosotros. Dentro de dos horas, en este momento mismo, el general Lavalle podía tomar a Buenos Aires. Mañana ya será impotente. López lo sacará de la provincia. Y entretanto, Rosas levantará otro ejército sobre su retaguardia.

-¿Pero cómo se sabe su retirada? -preguntó uno.

-¿Me creéis, o no? Si me creéis, evitad preguntas cuya respuesta a nada conducirá -contestó Daniel con sequedad-; básteos saber que hoy, 6 de setiembre, ha emprendido su retirada, después de haber llegado hasta Merlo; y que la retirada la he recibido hace media hora.

-Bien, es preciso comunicársela a los otros.

-¿A cuáles otros? -preguntó Eduardo.

-¡Pues qué! ¿No hay en el barrio alguna otra reunión de nuestros amigos?

Daniel se sonrió de un modo cruel, puede decirse, pues que la ironía y

el desprecio se dibujaron en su expresivo rostro.

-No, señores -contestó-, no hay más reunión que la presente. Hace quince días que tuve la palabra de cuarenta hombres para este caso. Después se me redujo a treinta. Ayer a veinte. Ahora os cuento y no hallo sino diez. ¿Y sabéis lo que es esto? La filosofía de la dictadura de Rosas. Nuestros hábitos de desunión, en la parte más culta de la sociedad; nuestra falta de asociación en todo y para todo; nuestra vida de individualismo; nuestra apatía; nuestro abandono; nuestro egoísmo; nuestra ignorancia sobre lo que importa la fuerza colectiva de los hombres, nos conserva a Rosas en el poder, y hará que mañana corte en de tal la cabeza de todos nosotros, sin que haya cuatro hombres que se den la mano para protegerse recíprocamente. Será siempre mentira la libertad; mentira la justicia; mentira la dignidad humana; y el progreso y la civilización, mentiras también, allí donde los hombres no liguen su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno. Pero donde no hay veinte hombres que unan su vida y su destino el día en que se juega la libertad y la suerte de su patria, la libertad y la suerte de ellos mismos, allí debe haber por fuerza un gobierno como el de Rosas, y allí está bien y en su lugar ese gobierno... Gracias, amigos míos, honrosas excepciones de nuestra raquítica generación, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez, ¡quién sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante,

fatigoso, de resultados lentos, pero que darán su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigración. El trabajo de la propaganda en todas partes, a todas horas, sin descanso. El trabajo del sable en los movimientos militantes. El trabajo de la palabra y de la pluma donde haya cuatro hombres que nos escuchen en el exterior, porque alguna de esas palabras ha de venir a la patria en el aire, en la luz, en la ola. Mi presencia todavía es necesaria en Buenos Aires por algunas semanas; pero la vuestra, no. Hasta ahora he tratado de ser el dique de la emigración. Ahora la escena ha cambiado, y seré su puente. Al extranjero, pues. Pero siempre rondando las puertas de la patria. Siempre golpeando en ellas. Siempre haciendo sentir al bárbaro que la libertad aún tiene un eco; teniéndolo siempre en lucha para gastarle su fuerza, sus medios, su terror mismo. He ahí nuestro programa por muchos años. Es un combate de sangre, de espíritu, de vida, al que vamos a entrar. Aquel que sobreviva de nosotros, cuando la libertad sea conquistada, enseñe a nuestros hijos que esa libertad durará poco, si la sociedad no es un solo hombre para defenderla, ni tendrán patria, libertad, ni leyes, ni religión, ni virtud pública, mientras el espíritu de asociación no mate al. cáncer del individualismo, que ha hecho y hace la desgracia de nuestra generación. Abracémonos y despidámonos hasta el extranjero.

Las lágrimas corrían por el semblante de todos, pocos momentos antes tan llenos de esperanzas y sueños de libertad y triunfo, y un momento después sólo quedaba en aquel lugar de tan tristísimo desengaño el encargado de cerrar las puertas y guardar las armas.

Al cerrar este capítulo, en que la novela ha sido una verdadera historia; pues que tal reunión tuvo lugar en efecto en la noche del 6 de setiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido, queremos apoyar

las palabras del héroe del romance sobre su gran tema de asociación, con lo que existe en Inglaterra en un solo ramo de las asociaciones inglesas; en ese imperio cuyo poder y grandeza no tiene otra base que la asociación en todo y para todo.

Sólo con espíritu y tendencias religiosas y humanitarias, existen en Inglaterra las siguientes sociedades:

Sociedad para preservar la vida de los hombres contra toda clase de accidentes, el agua, el fuego, etc. Sociedad para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad. Sociedad para recoger los náufragos. Sociedad para prevenir los malos tratamientos a los animales, brutalidades que hacen feroces a los hombres, y que hacen a los animales, nuestros auxiliares en la vida, un suplicio de los servicios que nos prestan. Sociedad de mejora de la suerte de los labradores. Sociedad para propagar la instrucción en las clases industriosas. Sociedad para mejorar el estado sanitario del pueblo en la capital. Sociedad para inspirar el gusto del aseo al pueblo, abriéndole en los cuarteles populosos y pobres, casas de baños gratuitos, o casi gratuitos, con lavanderías, secadores calientes, en donde la mujer indiferente, y el hombre sin ropa blanca de remuda, pueden por dos sueldos bañarse en agua tibia, lavar, secar su ropa o la de su familia. Sociedad para facilitar a los obreros y a los mercaderes de menudeo los medios de cerrar temprano sus talleres o sus bodegones, y pasar la prima noche entretenidos en lecturas sanas, y entretenimientos domésticos útiles a sus costumbres y a su salud. Sociedad de templanza para prevenir en el pueblo el abuso de los licores embriagantes, y suprimir así la miseria y el embrutecimiento, consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar el ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos de vino y

de cerveza, sujetándose a privaciones que sólo el sentimiento religioso puede explicar. Sociedad para la extinción del vicio, fundada por Wilberforce, el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagación por la prensa de la moral y del sentimiento religioso en las clases pobres o ricas de la Gran Bretaña. Sociedad para la tutela moral y religiosa de los hijos de los sentenciados y de las mujeres perdidas. Sociedad con un inmenso capital para la educación, mantenimiento y colocación de los hijos legítimos. Sociedad para recoger las mujeres enfermas o desechadas de las casas sospechosas. Sociedad para la conversión de las prostitutas. Sociedad para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieren volver a la mejor vida y a prácticas religiosas. Sociedad para ofrecer refugio a mujeres o niñas expuestas, por su edad y su escasez, a las tentaciones del vicio. Sociedad para la supresión de las casas infames. Sociedad para suministrar un hogar y trabajo a las mujeres virtuosas, y a los sirvientes sin colocación. Sociedad para enseñar su religión y un oficio a las mujeres arrepentidas. Sociedad para la protección gratuita por las leyes de las mujeres perseguidas o maltratadas por los que tienen autoridad sobre ellas, y que abusan. Sociedad de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes castigados por delitos correccionales. Sociedad para la extinción del crimen por medio de la instrucción y de la propiedad, propagadas en las clases más habitualmente criminales. Sociedad para la reforma de las prisiones, y la construcción por suscripción de prisiones correctivas y casas de trabajo. Cinco o seis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas. Sociedad para apoderarse, a la expiración de la condena, de las personas castigadas por una primera falta, a fin de impedir las reincidencias, y ponerlas en el camino de las buenas costumbres y del

trabajo. Sociedad para prevenir la mendicidad por medio de socorros inmediatos y continuos a domicilio. Sociedad para visitar regularmente las familias menesterosas de cada parroquia o de cada barrio. Sociedad de informe para ilustrar la caridad privada sobre las personas que por medio de cartas solicitan limosnas. Sociedad para abrir asilo de noche a los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento y de fuego durante el invierno. Sociedad para establecer dormitorios y cocinas económicas, para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar. Sociedad para suministrar a las familias pobres de obreros el pan y el carbón a precio más bajo y sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Londres. Sociedad de servicio de sopa sustanciosa para los que mueren de hambre. Sociedad para buscar y visitar a todos los extranjeros de cualquiera religión que sean, y a cualquier país que pertenezcan, para socorrerlos en su abandono. Sociedad para leer al pueblo la santa escritura. Para las viudas sin apoyo y sin recursos. Para los presos por deudas. Para los marineros estropeados o inválidos, etc., como cien sociedades más.

XII. La ley de hambre

La ley de hambre

Imposible es dar a conocer en los rasgos fugitivos del romance la situación pública de Buenos Aires, después de la retirada del Ejército Libertador.

El espíritu no volvía en sí del pasmo que le había causado tal noticia; y una lucha febriciente de la esperanza y el desengaño lo agitaba terriblemente. Todavía se esperaba, en cada semana, en cada día que pasaba, la vuelta del general Lavalle sobre Buenos Aires, después de haber triunfado sobre López. Y esta esperanza era sostenida por los periódicos y las cartas de Montevideo, que llegaban de contrabando dos o tres veces por semana.

Esos periódicos escritos con una pasión y un entusiasmo, con una perseverancia y una imaginación que sólo se hallan en rarísimas épocas de la vida de un pueblo, caían como fierro candente en el espíritu que se enfriaba. Y sobre hechos falsos, sobre detalles inventados, sobre conjeturas irracionales, se formaba, sin embargo, en muchos una fe positiva, una esperanza robusta.

Pero todo caía vencido por el terrorismo.

Rosas, poseedor del secreto de su triunfo real, ya no pensaba sino en vengarse de sus enemigos, y en acabar de enfermar y postrar el espíritu público a golpes de terror. El dique había sido roto por su mano, y la Mashorca se desbordaba como un río de sangre.

La sociedad estaba atónita; y en su pánico, buscaba en las más pueriles exterioridades un refugio, una salvación cualquiera.

En menos de ocho días, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo estaba con el pincel en la mano pintando las puertas, las ventanas, las rejas, los frisos exteriores, de día y muchas veces hasta en alta noche. Y mientras parte de una familia se ocupaba de aquello, la otra envolvía, ocultaba, borraba o rompía cuanto en el interior de la casa tenía una lista azul o verde. Era un trabajo del alma y del cuerpo, sostenido de sol a sol, y que no daba a nadie, sin embargo, la seguridad salvadora que buscaba.

La mayor parte de las casas había quedado sin sirvientes.

La ciudad se había convertido en una especie de cementerio de vivos. Y por encima de las azoteas, o por salidas de carrera, los vecinos se comunicaban las noticias que sabían de la Mashorca.

Este famoso club de asesinos corría las calles día y noche, aterrando, asesinando y robando, a la vez que en Santos Lugares, en la cárcel y en los cuarteles de Mariño y de Cuitiño, se le hacía coro con la agonía de las víctimas.

La entrada de la Mashorca a una casa representaba una combinación infernal de ruido, de brutalidad, de crimen, que no tiene ejemplo en la historia de los más bárbaros tiranos.

Entraba en partidas de ocho, diez, doce o más forajidos.

Unos empezaban a romper todos los vidrios, dando gritos.

Otros se ocupaban en tirar a los patios la loza y los cristales, dando gritos también.

Unos descerrajaban a golpes las cómodas y los estantes.

Otros corrían de cuarto en cuarto, de patio en patio, a las indefensas mujeres, dándoles con sus grandes rebenques, postrándolas y cortándoles con sus cuchillos el cabello; mientras otros buscaban, como perros furiosos, por bajo las camas y cuanto rincón había, el hombre o los hombres dueños de aquella casa, y si allí se estaban, allí se les mataba, o de allí eran arrastrados a ser asesinados en las calles; y todo esto en medio de un ruido y una grita infernal, confundida con el llanto de los niños, los ayes de la mujer, y la agonía de la víctima.

En la vecindad el pánico cundía; ¡y sólo Dios sabe las oraciones que se elevaban hasta su trono por madres abrazadas de sus pequeños hijos, por vírgenes de rodillas pidiéndole amparo para su pudor, misericordia para sus padres, misericordia para las víctimas!

El terror ya no tenía límites. El espíritu estaba postrado, enfermo, muerto. La Naturaleza se había divorciado de la Naturaleza. La humanidad, la sociedad, la familia, todo se había desolado y roto.

No había asilo para nadie.

Las puertas se cerraban al prójimo, al pariente, al amigo. Y la víctima corría las calles; golpeaba las casas, los conventos, las legaciones extranjeras, y una mano convulsiva y pálida se le ponía en el pecho, y una voz trémula le decía:

-No, no; por Dios; vendrán aquí y moriremos todos. No. ¡Atrás!,

¡atrás! -y el infeliz salía, corría, imploraba, y ni la tierra le abría sus entrañas para guardarlo.

Los más leales y antiguos federales, ministros unos, diputados otros, generales, magistrados, todos temblaban. Nadie sabía si las cabezas estaban botadas al azar, o si era un martirologio escrito, pasado a las manos de la Mashorca. El golpe no era súbito e instantáneo como las vísperas en Sicilia, como la San Bartolomé en París. No; duraba, se reproducía a sí mismo con una exuberancia de ferocidad espantosa, y el espíritu se aterraba y postrábase más, pendiente la vida en el martillo de cada hora, en el sol de cada día.

Pero el cuchillo no podía herir a toda la familia. La madre, el niño, la virgen, no morían. Centenares de hombres escapaban a la muerte, y todo esto dejaba incompleta la venganza de Rosas, y no podía ser así. Era necesario un golpe que diese sobre todas las vidas, sobre todos los destinos, y que hiriese el presente y el porvenir de todos.

Y en medio al llanto, al susto y a la muerte, a los reflejos del puñal de la Mashorca, leyó el pueblo de Buenos Aires el bárbaro decreto de 16 de setiembre de 1840, que arrojaba a la miseria, al hambre, a cuantos eran, o quería Rosas que fuesen unitarios.

De un momento a otro, millares de familias pasaron de la opulencia a la miseria, quedando a mendigar un albergue, y un pedazo de pan, arrojadas de sus casas, y robadas hasta de sus muebles y los objetos más necesarios a la vida. Pues todos «los bienes muebles e inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña», pertenecientes, no digamos a los unitarios, a los que no eran sostenedores ardientes del tirano, cayeron bajo el imperio de la confiscación.

Ese solo decreto estaba destinado a envolver más desgracia y más lágrimas, que toda la serie de los delitos de Rosas.

En presencia de la muerte, la sociedad no pudo darse cuenta inmediatamente de toda la importancia de aquel estudiado acto de venganza.

Y mientras así temblaba y se sacudía convulsiva entre el puñal, el hambre, la desesperación y el terror, el Ejército Libertador, persiguiendo a López, se alejaba, y se alejaba para siempre; y el pueblo emigrado en la orilla oriental del Plata se echaba en los brazos de una nueva esperanza, con la llegada a Montevideo del vicealmirante Mackau, el 25 de setiembre, y que bien pronto debía disiparse.

Al llegar el señor Mackau a Montevideo, manifestó deseos de instruirse a fondo de la cuestión y de su estado; recibió prolijos informes, apoyados en documentos verídicos, del señor Bouchet Martigny; oyó los de multitud de personas particulares, que aparentaba escuchar con interés y atención; recibió en un documento, revestido de multitud de firmas, la expresión de los deseos e ideas de la población francesa de estos países; pero con el pretexto de una prudente reserva, exigida por su posición, jamás manifestó abiertamente la menor de sus ideas, ni al ministro de Estado del gobierno oriental. Las palabras del almirante se redujeron siempre a éstas, o parecidas: «Mi posición es muy delicada: mis simpatías por la causa oriental y argentina son muy vivas: sería preciso no tener corazón para no sentirlas: haré por esa causa cuanto sea compatible con mis deberes.» A estas frases solía con frecuencia agregarse un medio no común en la diplomacia, la emoción y las lágrimas del almirante.

Sin embargo, de esta sensibilidad el plenipotenciario francés dejaba

entrever que, según sus instrucciones, ni a la República Oriental, ni a las tropas que estaban a las órdenes del general Lavalle, había reconocido la Francia por aliados, sino como auxiliares que la casualidad le había proporcionado.

Pero la emigración decía bien alto que los orientales y argentinos tenían derecho a ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestión con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia.

Antes de adoptar la Francia, decían, el medio de las alianzas locales contra Rosas, antes que su gobierno y sus Cámaras aprobasen, tan solemnemente como lo han hecho, el sistema adoptado por sus agentes, debió ella misma prever las consecuencias del compromiso en que entraba. Pero, después de formadas las alianzas, después de comprometidos los pueblos del Plata, sobre la fe de la Francia, el tiempo de retroceder había pasado irrevocablemente; alta barrera de bronce quedaba levantada entre la Francia y Rosas.

En esta alianza, como en muchas otras, los poderes que la contrajeron iban a un fin común, aunque por diversos motivos e intereses. Buscaba la Francia un tratamiento justo para sus nacionales, e indemnizaciones por daños a ellos causados; querían los orientales la destrucción de un poder que había atacado sus libertades y derechos, que los amenazaba constantemente, y que, desde muy atrás, hizo causa común con los enemigos de su tranquilidad interna; los argentinos, por último, buscaban el aniquilamiento, en su patria, de un sistema de expoliación y de sangre; la destrucción perdurable del sistema dictatorial, o de facultades extraordinarias: reacción vergonzosa y mortal contra la revolución americana; querían, por fin, asentar el imperio de la civilización y de las

leyes sobre el sitial que manchan hoy la barbarie y la voluntad sangrienta de un solo hombre. En esto último tenían también interés, aunque indirecto, la Francia y el Estado Oriental; porque le tienen la humanidad y la razón.

Pero el tiempo de las apreciaciones históricas que debieran medir los procedimientos de la Francia en su política con estas regiones del nuevo mundo no era aquél, por cierto. Y si las instrucciones del gabinete francés venían calcadas sobre aquello que entendía por su conveniencia en el Plata, todas las demostraciones y los llamamientos al honor y al deber eran fuerzas impotentes para estorbarlo. Aquel tiempo era de hechos únicamente; y los hechos empezaban a encaminarse favorablemente a Rosas de parte de la Francia.

El almirante debía partir para Buenos Aires en los primeros días de octubre. Y allí se iba a jugar la última esperanza de la época contra un nuevo triunfo para Rosas.

Pero aun cuando la última expresión de esa negociación fuese desfavorable al tirano, ella era impotente a su vez para estancar la sangre en las venas abiertas de ese pueblo infeliz.

Los negocios franceses ya eran sólo esperanzas de los emigrados. Para el pueblo de Buenos Aires no había esperanza sino en Dios.

Las cárceles se llenaban de ciudadanos.

Las calles se teñían de sangre.

El hogar doméstico era invadido.

Las madres querían volver a sus entrañas a sus hijos.

Cada mirada del padre sobre ellos era un adiós del alma, era una bendición que les echaba, esperando a cada instante el ser asesinado en medio de ellos.

Y el aire y la luz llevaban hasta Dios la oración íntima de todo un pueblo, que no tenía sino la muerte sobre su cabeza.

XIII. El traje de boda

El traje de boda

Era el 5 de octubre.

La ciudad, pintada toda de colorado, estaba vestida de banderas: invención del dictador para cada festejo federal. Ese día era el aniversario de un dolor de muelas que le privó, el año de 1820, entrar a la plaza con el cuerpo de milicia que mandaba en el ejército del general Rodríguez; y que Rosas festejaba, sin embargo, como un gran hecho militar el que su cuerpo se hubiese batido sin él.

Pero dejemos la ciudad un momento; y desde la barranca de Balcarce, antes de descender contemplemos la naturaleza un momento también.

La luz es un océano de oro en el espacio.

El firmamento está trasparente como la inocencia.

El aire es suave y acariciador como el aliento de una madre.

Los prados están risueños y matizados con todos los colores, bajo la luz clarísima que los baña: es el manto de la esperanza extendido sobre la tierra, con toda su riqueza, con todos sus caprichos, como el cendal de las ilusiones, sobre el alma enamorada de la mujer en su primera vida.

Todo allí es bello, suave y amoroso; es el contraste vivo de la naturaleza moral de la ciudad vecina.

Pero bajemos.

Hay una cosa más bella y amorosa todavía. Hay un contraste más vivo y más latente; una mistificación de la fortuna o de la desgracia; o mas bien, una bellísima ironía de cuanto está sucediendo en esos momentos: Amalia.

Amalia mintiendo felicidad, sin creerla ella misma.

Amalia bella como nunca. Apasionada como el alma del poeta. Tierna como la tórtola en su nido. Derramando una lágrima del corazón sobre su propia felicidad, y feliz con su llanto. Misterio de Dios y del destino. Presa disputada por la desgracia y por la dicha, por la vida y la muerte.

Entremos.

El salón de la encantada quinta ha recobrado su elegancia y su brillo. La luz del sol, bañando, amortiguada por las celosías y cortinas, el lujo de los tapices y los muebles; las nubes de ámbar que exhalaban las rosas y violetas entre canastas de filigrana, jacintos y alelíes entre pequeñas copas de porcelana dorada, y el silencio interrumpido apenas por el murmullo cercano del viento entre los árboles, todo hacía el salón de Amalia una mansión, al parecer destinada a las citas del amor, de la poesía y la elegancia.

Allí no estaba la diosa de aquella gruta. Con su cabello destrenzado pero rodeando en desorden su espléndida cabeza, vestida con un batón de merino azul oscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto a su cintura por un cordón de seda, que hacía traición al seno de alabastro, y al pequeño pie, oculto entre unas chinelas colchadas de raso negro, la joven estaba en su tocador, con su pequeña Luisa. Y estaba allí entre un mundo

de encajes, de riquísimas telas y de trajes extendidos, unos sobre los sofás, otros sobra las sillas, y otros colgados en los espejos de los roperos.

Bella siempre, bella de todos modos, su fisonomía estaba más animada que de costumbre. El cabello de sus sienes levantado, la naturaleza parecía hacer alarde de las perfecciones de aquella cabeza, de quien la imaginación no halla modelo sino en las imágenes bíblicas. Sus ojos, que parecían siempre alumbrados por una luz celestial, que se escurría por la sombra aterciopelada de sus pestañas, como el primer rayo del alba por las sombras que aún bordan el oriente, participaban también de la animación de su rostro.

Todo era extraño en ella.

En el momento en que nos acercamos estaba parada delante a uno de sus guardarropas, en cuya puerta de espejo había colgado un magnífico vestido de blondas, con lazos de ancha cinta, blanca también, a la cintura y a las mangas.

Lo miraba. Tomaba la halda con sus dedos de rosa, y la alzaba un poco, como examinando mejor aquella nube, aquel vapor de un precio y de un gusto inestimables; mientras que la niña seguía todos sus movimientos tocando y examinando también cuanto miraba y tocaba su señora.

-Este, Luisa. Este es el más elegante -dijo al fin Amalia mirando por todos lados el precioso vestido.

-Sí, yo creo que sí, señora. ¿Quiere usted probárselo?

-Sí, pues. Dame un viso -y al pedir esto, desató el cordón de seda de su cintura y se quitó el batón, descubriendo sus hombros y sus brazos, como tentaciones del amor, como prodigios de un artífice que debió enamorarse de su propia obra.

En dos minutos un crujiente viso de raso blanco cubría aquellas formas encantadoras, y era prendido sin dificultad a su leve cintura por las manos de la graciosa Luisa.

-El vestido ahora -dijo Amalia pasando ligera como una fantasía a pararse enfrente de un espejo de siete pies de altura, colocado en el suelo; y el vestido pasó luego por su cabeza como una blanca nube abrillantada por el sol. Y era una verdadera diosa entre una nube, cuando los encajes cayeron sobre sus brazos y su seno, y el transparente traje se dilató sobre el viso de joyante seda.

Una vez prendido a su cintura, Amalia ya no era Amalia, era una joven enamorada de las puerilidades del lujo y del buen gusto. Se miraba, se oprimía la cintura con sus manos, daba vueltas su preciosa cabeza para mirar su espalda en el grande espejo, o se colocaba entre los dos de sus roperos.

Luisa, entretanto, tocaba el vestido, lo englobaba, y sus ojos estaban en un movimiento continuo, de la cintura al pie de su señora, de la cintura a los hombros, de los hombros al rostro.

-¡Magnífico, señora, magnífico! exclamó al fin la niña, separándose algunos pasos como para verla de más lejos.

Pero, de repente, Amalia meneó su cabeza, hizo un gesto con sus labios, y dijo:

-No; no me gusta.

-Pero, señora...

-No; no me gusta, Luisa. Este es más bien un vestido de baile. Además, está corto de talle.

-No, señora, al contrario, está largo.

-Y grande de cintura.

-Le mudaré los broches en un momento.

-No; no me gusta. Despréndelo.

-Pues, señora, no hay otro más lindo -dijo Luisa desprendiendo el vestido.

-No importa, pero habrá otro más a mi gusto.

-Va usted a elegir el peor.

-No importa; déjame. Esto es un delirio como otro cualquiera, y hoy quiero tenerlo por la primera vez de mi vida, y sin duda, por la última.

-¡Válgame Dios, señora, siempre pensando cosas tristes! Verá usted como en Montevideo va a todos los bailes, al teatro, a todas partes, y hemos de tener todos los días que hacer lo mismo que hoy -repuso Luisa, colocando el vestido sobre una silla.

-No, Luisa, me basta con hoy. Hoy por todos los días de mi vida. Dame aquel otro vestido.

Y Luisa tomó de sobre un sofá un traje de moaré blanco, con tres guarniciones de fleco, formado del mismo género, con anchos encajes de Inglaterra en el pecho y las mangas; tela de los más ricos tejidos de Francia, y de un valor mayor aún que el vestido de blondas.

Este traje, más regio, y más ajustado al seno y a los hombros, dibujaba con más coquetería las formas encantadoras de Amalia, y mereció los honores de la contemplación por más largo rato que el primero.

Pero después, el mismo movimiento de cabeza y el mismo gestito le dieron su pase, con satisfacción de Luisa, que no pudo menos de decir:

-Ve usted, señora; si no hay otro como el de encajes.

-No, Luisa; ninguno de los dos.

-Mire usted, señora, yo estoy segura que él querría ver a usted con el primero.

-Me verá alguna vez, pero no hoy.

-Hoy, hoy.

-¿Y por qué?

-Porque es el más rico.

-¡Bah!

-Y porque es el que mejor le sienta.

-Eso es lo que no creo; y si lo creyese...

-¿Qué, señora?

-Me lo pondría.

-Pues ése es.

-Me lo pondría, porque hoy es la primera vez de mi vida que tengo la vanidad de querer estar bien, muy bien, Luisa.

-¿Nada más que muy bien?

-Y...

-¿Y?

-Y muy linda -dijo Amalia poniendo sus manos sobre la cabeza de Luisa, cubriéndose de carmín sus mejilllas, pasando relámpagos de sonrisa por sus labios, radiante de felicidad, y abochornada de su confesión.

-¿Y cuándo no lo está usted, señora? -dijo la niña tomándola las manos.

-Nunca.

-Siempre.

-Pero hoy quiero estarlo, Luisa, para él, para él solo. Es el día de su destino y del mío. ¡El día de nuestra felicidad y de nuestra separación! ¡De nuestra separación, Dios mío! -exclamó Amalia, cubriéndose los ojos con

sus manos.

-Pero separación de ocho o quince días, señora. Vamos, si usted va a llorar como esta mañana cuando se despertó, va usted a estar muy mal para la noche.

-No, no, Luisa, no es nada -exclamó Amalia abriendo sus magníficos ojos y sacudiendo su cabeza, como para despejarla de las ideas que acababan de cruzar por ella-, no es nada; dame otro vestido.

-¿Cuál?

-Aquél.

-¿El del sofá?

-Sí.

-¡Ah! También es muy lindo; pero como el de encajes, no.

-¿Volvemos?

-Hasta la noche le he de estar a usted diciendo que es el mejor.

-Eres porfiada, Luisa.

-Ya se ve que lo soy, pero es cuando yo sé que hago bien. Y verá usted, yo se lo he de contar mañana al señor Don Eduardo, y...

-¿Mañana?

-¡Ah, sí, es verdad!

-Mañana cuando salga el sol ya estaremos separados.

-Pero, señora, ¿y no sería mejor que esperase unos días a ver si esto pasa?

-No, Luisa, ni un minuto más. Por su viaje he anticipado todo, he preparado todo en mi alma, en mis aprensiones, y afronto hasta la profanación que se hace hablando de felicidad, en estos momentos de duelo y sangre para tantos. Que parta hoy mismo. Es a esa condición que

me caso. Yo iré después, cuando sea posible salir de este sepulcro de vivos.

-¡Ah, qué día, aquel que estemos todos juntos en Montevideo!

-Sí, en Montevideo -dijo Amalia doblando su cintura para que Luisa le prendiese el nuevo traje.

-Vea usted -prosiguió Luisa- cómo se ha puesto buena la madre de Doña Florencia, en tan pocos días.

-¡Oh, cuán contentas estarán pasado mañana!

-Pero aquí... vea usted, señora, ni los pajaritos cantan -y Luisa señalaba con su manecita las jaulas doradas de los jilgueros de Amalia, que habían vuelto a su primera colocación después que se dejó la Casa Sola y se volvió a Barracas.

-¡Sí! ¿Has notado, Luisa? ¡Los pájaros no han cantado hoy! -exclamó Amalia volviendo súbitamente sus ojos a las jaulas, y como fijándose en una circunstancia que no había recordado.

-¡Válgame Dios! ¡Para qué le diría a usted tal cosa!

-Sí, bien... hablemos del traje... Hoy no quiero creer otra cosa sino que soy feliz... ¿Te parece bien, Luisa?

-Espléndido, señora; pero no como el de encajes.

-¿Ves? Éste, éste es el que elijo.

-Y tiene usted razón. Después del de encajes no hay otro como éste -y Luisa se iba hasta el fin del tocador para ver de lejos a Amalia que se miraba, ora en el grande espejo, ora entre los dos de sus roperos, no mintiendo en su rostro la satisfacción que sentía al haber hallado el traje que buscaba, y con el cual se presentará al lector algunas horas más tarde.

-Este, sin duda. Despréndelo, Luisa, pero con cuidado.

-Está ya, señora.

-Ahora otra cosa, Luisa -prosiguió Amalia volviendo a ponerse su batón de merino.

-Ahora veremos las alhajas, ¿no, señora?

-No, Luisa, alhajas, no.

-¿Pero un collar, siquiera?

-No, en este acto no se ponen alhajas, Luisa.

-Pues, señora; yo si me caso alguna vez, y tengo tan lindas cosas como usted...

-No te las pondrás. Anda a la sala y tráeme todas las rosas.

Un minuto después volvía Luisa con la canasta de rosas que vimos al entrar a la sala.

Las flores eran el encanto, el tesoro de Amalia. Y cuando tomó en sus manos la canasta y aspiró una rosa que recién se abría, sus ojos se entrecerraron, empalideció su semblante, y palpitó su seno: era que el aroma de la flor estimulaba al aroma poético de su alma, y aquella organización sensible y armoniosa languidecía de placer y de amor al aspirar la fresca y purísima esencia de la rosa.

Puso luego el canastillo de filigrana sobre sus faldas y a medida que tomaba y aspiraba y examinaba las rosas, una mezcla de porvenir y de pasado, de felicidad y de melancolía, conmovía su corazón, sin duda, pues que su rostro, antes radiante, había vuelto súbitamente a su habitual expresión de dulcísima tristeza.

Las flores, como el campo, el mar y la luz en las horas crepusculares, ejercen sobre las almas poéticas y sensibles una influencia que se escapa al mecanismo de los sentidos, que el alma misma no se la puede definir, pero que la siente y se avasalla ante ella. Es la religión verdadera de Dios, ejercida

en el templo de la Naturaleza, por el sacerdocio del corazón humano.

Al fin Amalia pareció contenta de una de las rosas en que escogía, y la colocó en una copa de cristal dorado, sobre el mármol de su elegante tocador.

-Ahí están mis diamantes, Luisa -dijo al colocar la rosa.

Pero en este instante, fuese por el demasiado diámetro del vaso, o por la demasiada inclinación de la flor, ésta cayó sobre el mármol, y del mármol rodó al suelo.

Amalia se inclinó con rapidez para alzarla; pero más rápida todavía cruzó una sombra por su imaginación.

-¡Es singular! -dijo volviendo a colocar la rosa-, dos veces me ha sucedido esto, y las dos con una rosa blanca: el día en que le di mi corazón, y el día en que voy a darle mi mano... Pero... veamos otra cosa, Luisa -dijo aquella mujer que sostenía visiblemente una lucha tenaz en ese día con sus preocupaciones y su espíritu; y ella misma tomó un cartón de sus roperos; se acercó a un sofá, y vació sobre él varios juegos de botines y zapatos que hacía traer expresamente de París, todos de una delicadeza dignos de la preciosa obra de la Naturaleza a que estaban destinados. Escogió unos botines delicadísimos que parecían cortados para una niña de doce años; y luego de separar algunos otros objetos destinados a su traje de boda, se acercó a sus pájaros, como arrepentida de haber estado tanto tiempo cerca de ellos sin tributarles una caricia.

Al acercarse y mover sus dedos entre los alambres dorados, uno de los jilgueros hizo vibrar una nota en su poderosa garganta, con un acento extraño, parecido más bien a un gemido que a las modulaciones naturales de esos coristas de la Naturaleza.

Amalia se impresionó visiblemente, y en vano agitaba sus manos y movía las jaulas, acción a que sus pájaros correspondían siempre con su canto; en vano. Los jilgueros saltaban por todos los círculos de alambre, pero sin cantar, y perezosos.

-¿Qué tienen los pajaritos, señora? -preguntó Luisa sorprendida de lo que veía por primera vez.

-¡Están tristes! -contestó Amalia dando vuelta su cabeza hacia Luisa y empañado el cristal purísimo de sus ojos con una lágrima levantada por la imaginación de la fuente misteriosa de la sensibilidad de aquella alma, tan tierna y combatida por la suerte, y por ella misma-; ¡están tristes! -prosiguió, y repentinamente más triste que el acento con que acababa de pronunciar sus últimas palabras, se acercó a la ventana que daba al patio, descorrió las cortinas y alzó sus ojos al firmamento azul, siguiendo por largo rato una nube blanquecina que, como una pluma de las alas del céfiro, se deslizaba graciosa entre la luz del espacio.

-¡No puede darse un día más bello! -exclamó Amalia-, todo está tranquilo, menos mi alma. ¿Qué horas son?

-Las tres de la tarde acaban de dar, señora.

-¡Faltan cinco horas todavía!... Arregla todo eso, Luisa.

Y al pronunciar esas palabras, Amalia dejó caer las cortinas, sacudió su cabeza, como era su costumbre cuando quería desechar ciertas ideas, y pasó de su tocador a su aposento, cerrando la puerta en pos de sí.

Con el movimiento de su cabeza, su cabello, destrenzado y apenas sujeto por una pequeña peineta, resbaló, y sus hebras se extendieron como un espléndido manto sobre su espalda. La alcoba estaba apenas alumbrada por la escasa luz que venía de la antesala, pues las ventanas al patio estaban

cerradas. Y así, bajo esa débil claridad, y entre el ambiente perfumado que se respiraba en aquellas solitarias habitaciones, Amalia se acercó a la pequeña mesa colocada junto a su lecho, y se arrodilló delante del crucifijo de oro incrustado en ébano, que otra vez hemos visto en ese mismo lugar.

De rodillas, suelto el cabello, descansando sus brazos sobre el borde de la mesa, y sus manos oprimiendo la cruz, bella como una Magdalena, sólo el hijo de Dios que la escuchaba, sólo la mirada de Dios derramada en el aire y la luz del universo pudieron oír las palabras sentidas de aquella alma, y leer la verdad del sentimiento, de la fe y la esperanza en aquella purísima conciencia.

XIV. Asilo inglés

Asilo inglés

Tenemos que retroceder con el lector para recoger ciertos personajes de esta historia, pocos días después de aquella noche de esperanzas y desengaños para los diez jóvenes reunidos en el almacén de la calle de la Universidad.

En efecto, pocos días después de aquella noche, un coche tirado por dos briosos caballos enfilaba la calle de la Reconquista, con dirección a Barracas, y a poco rato paraba en la quinta del señor ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville.

El carruaje no había dejado de llamar en su tránsito la atención de los que lo veían o sentían; porque, en esos días de republicanismo federal, los coches se habían guardado, y la mayor parte de los caballos ofrecida al Restaurador, o arreada federalmente. Y al parar el carruaje en la casa del ministro inglés, no faltaron curiosos y curiosas que abrieran los ojos para ver aquella novedad.

El cochero abrió la portezuela, y dos hombres bajaron.

Uno de ellos, sin embargo, quedó parado en el estribo vuelto el cuerpo hacia adentro, y empezó a cambiarse este ligero diálogo con otro individuo que no había movídose del asiento delantero en que venía.

-¿Recuerda usted bien todo, mi querido maestro? -preguntó el que se había quedado medio afuera y medio adentro.

-Sí, Daniel, pero...

-¿Pero qué?

-¿Y no sería mejor saber si está el señor ministro, antes de que partiera aislado y solo por estas lúgubres calles, a estas horas, y encerrado en este vehículo?

-Nada importa eso; si no está, lo esperaremos: y cuando usted vuelva, aquí nos hallará.

-¿Y si el padre guardián me preguntase?...

-Ya se lo he dicho a usted cien veces. No debe usted contestar directamente a ninguna pregunta. Si quieren, o no, prestarse a lo que se les pide, cueste el dinero que cueste: eso es todo.

-¿Y por fuerza ha de ser sobrino mío?

-O hijo.

-¡Hijos yo, Daniel!

-O primo.

-¡Vaya!

-O ahijado, o lo que usted quiera.

-¡Dios ponga tiento en mis manos!

-Y en su boca, mi querido maestro. Antes de una hora tiene usted tiempo de volver.

-¡Adiós, Daniel, adiós!

-Hasta de aquí un momento, mi querido amigo -y el joven cerró la portezuela, e hizo una seña al cochero, que no era otro que Fermín, y que partió al momento.

El señor Mandeville estaba en su casa, y Daniel y su compañero, en quien ya el lector habrá creído reconocer a Eduardo, fueron introducidos al salón, donde encendían luces en ese momento.

El señor Mandeville no se hizo esperar mucho rato, porque nunca Buenos Aires hospedó un ministro europeo más afable y democrático que aquel, con cuantos se acercaban a su casa con las insignias de la época.

El ministro llegó con su cara distinguida y fresca, a pesar de los años, su levita abotonada, sus puños de batista cayendo sobre sus blancas y bien cuidadas manos, y con esa difícil facilidad de maneras que sólo se adquiere en el roce continuo de la alta sociedad, dio la mano a Daniel, y exclamó:

-¡Oh, qué felicidad! Nunca podrá usted imaginarse, señor Bello, cuánto es para mí un honor y un placer el verlo a usted en mi casa.

-Señor Mandeville -contestó el joven apretando la mano que le extendía el diplomático-, yo nunca doy honor ni placer sino a cambio de una gran ganancia en las mismas especies. Tengo la satisfacción de presentar a usted a mi íntimo amigo el señor Belgrano.

-¡Ah! El señor Belgrano. ¡Cuántos deseos tenía hace tiempo de conocer a este caballero! Es una noche completa la que usted me da, señor Bello.

-Es una dicha para mí, repuso Eduardo, que mi nombre fuese conocido del señor Mandeville.

-¡Qué quiere usted, mi joven amigo!, ya yo soy viejo, y como me gusta tanto la sociedad de las bellas damas de Buenos Aires, allí aprendo de memoria todos los nombres distinguidos de la juventud.

-Cada palabra de usted es una amabilidad, señor Mandeville -contestó Eduardo, que buscaba inútilmente cómo entrar a ese juego exquisito de palabras galantes, que forman uno de los atributos especiales de la sociedad culta y de la diplomacia europea, y que no entraba en el carácter ni en los hábitos del joven.

-Hoy no, justicia nada más, señor Belgrano. Los viejos estamos siempre próximos a dar cuenta a Dios de nuestras acciones, y debemos esmerarnos en ser siempre justos y verídicos. Y, vamos a ver, ¿ha visto usted a Manuelita, señor Bello?

-Hoy no, señor Mandeville.

-¡Ah, qué criatura tan encantadora! Yo no me canso de hablar con ella y admirarla. Muchos creerán que mis visitas llevan un fin político cerca de Su Excelencia; y nada menos que eso; yo voy a buscar cerca de esa espirituosa criatura algo que alegre a mi espíritu tan aburrido de los negocios. En Londres, Misia Manuelita haría furor.

-¿Y su padre? -preguntó Eduardo, sobre quien cayó como un palmetazo una mirada de Daniel.

-Su padre... el señor general Rosas... vea usted, en Londres...

-En Londres no gozaría de salud el Señor Gobernador -dijo Daniel para salvar al ministro del aprieto en que lo acababa de poner su amigo.

-Oh, el clima de Londres es detestable, ¿ha estado usted en Europa, señor Belgrano?

-No, señor, pero pienso viajar algunos años por ella.

-¿Y pronto?

-No tan pronto como se nos ha venido el señor de Mackau -repuso Daniel queriendo darle ya otro giro a aquella insustancial conversación.

-¡Cómo! ¿Ha llegado ya el vicealmirante Mackau?

-¿No lo sabía usted, señor Mandeville?

-A fe mía.

-Pues ha llegado.

-¿Aquí?

-No; a Montevideo, anteayer a la una.

-¿Y lo sabe ya Su Excelencia?

-¿Y cómo cree usted que sabiéndolo yo no lo sepa el Señor Gobernador?

-Ah, cierto, cierto. Pero es extraño que el comodoro no me haya comunicado nada.

-A la oración quedaba a la vista un bergantín inglés.

-¡Ah!

-El viento ha sido malo, señor Mandeville -observó Eduardo-, y recién a las cinco de la tarde se ha recibido la noticia por una ballenera.

-¿De suerte que estamos en la crisis? -dijo Mandeville jugando con sus uñas, como era su costumbre cuando se preocupaba de algo.

-Y no es eso lo mejor.

-¿Hay más?

-¡Friolera, señor Mandeville! Sabe usted que hasta ahora todos esperábamos ver llegar en actitud hostil al enviado francés, ¿no es así?

-Sí, sí, ¿y bien?

-Pues nada menos que llega con las más sanas y pacíficas intenciones.

-¡Ah, qué felicidad!

-Para nosotros.

-Para todos, señor Bello.

-Menos para la cuestión de Oriente.

-Sí, algo puede haber de eso.

-Un embarazo menos para la Francia es un embarazo más para la paz europea en estos momentos. Felizmente las relaciones hoy existentes entre la Inglaterra y la Francia nos garanten, hasta cierto punto, del resultado de la misión Mackau.

-El gobierno británico no trepidaría -observó Mandeville en ofrecer todos sus buenos oficios en esta cuestión.

-No quise decir eso -replicó Bello-. Quise decir que si la Inglaterra tuviese interés en distraer algo la atención de la Francia con su cuestión del Plata, hoy se le ofrecería una brillante oportunidad. Precisamente veníamos hablando de eso con el señor Belgrano.

-Sin embargo... si las instrucciones del barón de Mackau son de arreglar a todo trance este negocio, confieso a usted que no veo cómo la Inglaterra podría estorbar el arreglo, en la hipótesis, puramente caprichosa, de que tuviere interés en ello.

-Aquí, no, pero en Francia podía estorbar la ratificación del tratado, desde que llevara un vicio de nulidad que felizmente no lo echarán de ver en Francia, y que echaría a perder todo si el gabinete inglés lo hiciese conocer a la oposición francesa, y la trabajase en ese sentido. De ese temor precisamente veníamos hablando con Bello -dijo Eduardo, mientras que el señor Mandeville volvía sus inteligentes ojos de uno a otro de aquellos jóvenes, cuyo pensamiento verdadero quería agarrar, y se le escapaba a cada momento.

-¿Y en qué estaría ese vicio? -preguntó Mandeville con ingenuidad.

-Nada menos que en la firma del Señor Gobernador- contestó Daniel.

-¿Cómo?

-Que los unitarios que están en Montevideo han preparado una demostración al señor Mackau, que hasta cierto punto no deja de ser un fuerte argumento.

-¿Y es, señor Bello?

-Que la firma del Señor Gobernador es falsa, mi querido señor Mandeville. Figúrese usted que ellos raciocinan de este modo: que aun cuando el señor Mackau traiga instrucciones para tratar a todo trance, no hay autoridad con quien tratar en la República Argentina; porque el general Rosas no tiene poder, ni representación alguna, para ajustar tratados, a nombre de la Nación Argentina.

-Pero es un poder de hecho -replicó el señor Mandeville-, y el plenipotenciario no tiene que investigar su legalidad, sino reconocerle y tratar con él.

-Pero a ese argumento contestan los unitarios prosiguió Beller-, que si el almirante viniese a tratar con el señor general Rosas, como, simple gobernador de Buenos Aires, y con relación a esta sola provincia, entonces podía tratar con él, como el almirante Le Blanc y el señor Martigny se habían entendido con el gobierno de Corrientes. Pero que viniendo a tratar con un gobierno que represente en el exterior la soberanía nacional, se encontraba con que este gobierno no existía.

-Algo hay de eso, en efecto -contestó Mandeville con aire distraído.

-Los unitarios sostienen -prosiguió Daniel- que las provincias argentinas nunca han delegado la facultad de entender en las relaciones exteriores, celebrar tratados, etcétera, en el gobierno de Buenos Aires, una vez para siempre, sino especialmente en el gobernador, cada vez que se elige

uno en los períodos legales. Que el general Rosas, nombrado gobernador por cinco años, el 7 de marzo de 1835, se recibió del mando el 13 de abril, y su término expiró en igual día de 1840; y que con él expiró también la delegación que tenía de las provincias; que reelecto por igual período, sólo aceptó por seis meses; pero su reelección no producía ipso jure la continuación de aquel especial mandato; y que era indispensable que le fuese renovado. Pero que lejos de serlo, le fue retirado explícitamente por los que se lo habían conferido.

-He leído algo de eso en los periódicos de Montevideo -replicó Mandeville, cada vez más pensativo.

-Es decir, habrá leído usted en los periódicos los documentos oficiales.

-No precisamente los documentos; a lo menos, no lo recuerdo bien.

-Yo tampoco; pero creo que la Sala de Representantes de la provincia de Tucumán sancionó, el 7 de abril, una ley por la que retiraba la autorización que por parte de aquella provincia se había dado al general Rosas, para mantener y conservar las relaciones con las potencias extranjeras. La legislatura de Salta sancionó una ley igual en 13 de abril. El 5 de mayo, la provincia de La Rioja declaró por ley que ella reasumía las facultades que tenía conferidas al general Rosas, para intervenir en las relaciones con las potencias extranjeras. Igual ley dictó la provincia de Catamarca, el 7 de mayo. En términos igualmente positivos se pronunció la provincia de Jujuy, el 18 de abril. Y por lo que hace a la provincia de Corrientes, no se necesita otro documento que la misma posición que ha asumido. Así, pues, los unitarios demuestran que de las catorce provincias que forman la república, siete han retirado al general Rosas la facultad de tratar en su nombre.

-¿Y el almirante Mackau estará en posesión de esos hechos?

-¿Y cómo dudarlo? Y si sus instrucciones lo conducen al extremo de tratar con el señor general Rosas, a pesar de su incapacidad legal, fácil es prever que, en manos de la oposición francesa ese vicio radical en la negociación, o el tratado recibiría una repulsa, o el ministro se hallaría en una posición muy embarazosa. Y yo estoy cierto que si en la política franca del gobierno británico pudiese caber el sacrificio de un amigo leal como la República Argentina, por el interés de embarazar la marcha del gobierno francés, poco adelantaríamos, señor Mandeville, con el tratado a que probablemente arribará el barón de Mackau. Pero yo estoy seguro que el gobierno británico no sacrificará las simpatías argentinas, ni por hostilizar al gobierno francés, ni por corresponder a la reacción que en el estado oriental va a operarse en favor de la Inglaterra.

-¿Cómo, cómo, señor Bello?

-Quiero decir, que abandonada por la Francia la República Oriental, y la numerosa emigración argentina que hay allí, después de los compromisos anteriores, tan solemnes, es muy probable que obrándose en el espíritu público una reacción muy desventajosa para la influencia francesa en estos países, por un movimiento consiguiente y lógico, las simpatías públicas se vuelvan hacia la Inglaterra, que fue tan leal en otra época en sus trabajos por la independencia oriental.

-Ah, sí, cierto. La independencia oriental es debida, hasta cierto punto, a los buenos oficios de la Inglaterra.

-Así es que -continuó Daniel-, perdida la influencia francesa en estos países, y llegado el caso en que peligrase la independencia oriental, la acción de la Inglaterra no sólo sería eficaz, sino también un golpe habilísimo para

conquistar a favor suyo todo el terreno perdido por la Francia, en países tan llenos de porvenir como los del Plata.

-Señor Bello, usted sería un embajador peligroso para el general Rosas -dijo Mandeville, que no había perdido una sola palabra de cuantas pronunciara su interlocutor.

-Creo que mi amigo no ha emitido ideas suyas ni tenido tal intención -observó Eduardo mirando al señor Mandeville, sonriendo y mostrando sus blanquísimos dientes.

-Y tan no he hablado a mi nombre, que estoy por creer que habré dicho una porción de desatinos, al referir de memoria lo que dicen en Montevideo, y que suelo leer en los periódicos.

-Señor Bello -dijo el astuto inglés-, ya no agradezco a usted tanto su visita, porque esta noche me quitará usted un par de horas de sueño, haciendo algunos apuntes para mí solo. Y para ir desterrando el sueño tomaremos un poco de vino -y él mismo sirvió de unas botellas colocadas en una mesa, y los tres, después de tomar un poco de jerez, se pusieron a pasear de uno a otro extremo de la sala, con esa respetuosa familiaridad de los hombres de buen tono, que ni se queda atrás, ni va más adelante de lo que es debido.

-Yo acepto el vino, pero no los apuntes -le había contestado Daniel.

-¿Me explica usted eso, mi querido señor Bello?

-Nada más fácil, señor Mandeville: en esta época no pueden hacer apuntes sino los ministros extranjeros. Nadie está libre de un enemigo, de una calumnia, qué sé yo. ¡Qué feliz es usted, señor Mandeville! Vivir en esta casa es como estar en Inglaterra.

-Son inmunidades recíprocas. La legación argentina es la República

Argentina en Londres.

-¿Y sabe usted que me sorprende una cosa, señor Mandeville? -dijo Daniel parando sus pasos y mirando al ministro con una fisonomía la más sorprendida posible.

-¿Qué cosa, señor Bello?

-Que estando en Buenos Aires la Inglaterra, y habiendo tantos que caminarían mil leguas por alejarse del país en estos momentos, no hayan caminado algunas cuadras y llegádose a esta casa.

-Ah, sí, pero...

-Perdóneme usted; no quiero saber nada. Si hay algunos desgraciados, cubiertos por la bandera inglesa en esta casa, es un deber y una humanidad de parte de usted, señor Mandeville, y yo no cometería la indiscreción de querer saberlo.

-No hay nadie: doy a usted mi palabra de honor de que no hay nadie refugiado en mi casa. Mi posición es excepcional. Mis instrucciones son terminantes para observar la más completa circunspección. Con la mejor voluntad, yo no podría faltar a mis instrucciones.

-¿Entonces ésta no es más que una casa como otra cualquiera? -le preguntó Eduardo con un tono de impertinencia que Daniel tuvo que barajar volando.

-Todos comprendemos su posición de usted, señor Mandeville. En estos momentos de efervescencia popular, nuestro mismo gobierno no podría hacer efectivas las inmunidades de esta casa; y usted quiere evitar los conflictos diplomáticos que necesariamente tendrían lugar, si el pueblo olvidase los respetos de la legación.

-Exactamente -contestó Mandeville con un contentamiento sincero, al

oír que su mismo interlocutor lo salvaba del embarazo en que lo puso la brusca interrogación de Eduardo-, exactamente; y me he visto en la necesidad, en la dura necesidad de negar el asilo de mi casa a varios que lo han solicitado, porque ni puedo responderles de su seguridad, ni me es permitido obrar de modo que pueda traer más conflictos a este país, por cuyos habitantes tengo la más profunda simpatía, y con el cual mi gobierno se esmera en mantener las más estrechas relaciones de amistad.

-Me parece, Daniel, que he sentido parar el coche a la puerta, y que ya es tiempo de dejar al señor Mandeville, que querrá salir a sus visitas de costumbre -dijo Eduardo, que tenía punzoes hasta las orejas.

-No hay nada comparable, señor Belgrano, al placer que tengo en estar con ustedes.

-Sin embargo, mi amigo tiene razón, y es preciso que hagamos el sacrificio de separarnos del señor Mandeville y de su exquisito jerez -dijo Daniel llenando dos copas, presentando una al señor Mandeville y saludándolo al tomar su vino, con una sonrisa la más cortesana de este mundo.

Un minuto después se despedían en la antesala, quedando el señor Mandeville sin saber a qué habían venido aquellos jóvenes, qué eran positivamente, ni qué pensaban de él al retirarse.

XV. Mr. Slade

Mr. Slade

A pesar que el mal humor que dominaba a Eduardo lo había descompuesto a tal punto, que su despedida del caballero Mandeville había sido más bien una impertinencia que un saludo, su oído, sin embargo, no lo había engañado cuando anunció a su amigo la llegada del coche.

En efecto, allí estaba, y dentro de él nuestro Don Cándido Rodríguez, que espiró una gran cantidad de aire de su oprimido pecho, al verse de nuevo en compañía de Daniel y Eduardo, cuando el coche partió, volviendo a tomar el mismo camino que había traído, según la instrucción que, al subir, había dado Daniel a su fiel criado.

Y no bien el carruaje comenzó a balancearse en el maldito empedrado de la calle de la Reconquista, cuando Daniel preguntó a Don Cándido:

-¿A cuál de los dos?

-¿Cómo, Daniel?

-¿A Santo Domingo, o a San Francisco?

-Antes, es preciso que te imponga de todo, despacio, con pormenores, con...

-Todo quiero saberlo; pero debemos empezar por el fin, para dar órdenes al cochero.

-¿Absolutamente lo quieres?

-¡Sí, con mil bombas!

-Pues bien... ¿pero no te enojarás?

-Acaba usted, o lo echamos del coche -dijo Eduardo con una mirada que aterró a Don Cándido.

-¡Qué genios, qué genios! Bien, jóvenes fogosos, mi misión diplomática no ha tenido éxito.

-¿Quiere decir -prosiguió Daniel-, que ni en Santo Domingo, ni en San Francisco lo admiten?

-En ninguna parte.

Daniel se inclinó, abrió el vidrio delantero, dijo dos palabras a Fermín, y los caballos tomaron un trote más largo, siempre por la calle de la Reconquista, en dirección a la plaza.

-Te diré, pues -prosiguió Don Cándido-; hice parar el carruaje en Santo Domingo, bajé, entré, me persigné, y caminé por el lóbrego y solitario claustro; me paré, batí las manos, y un lego que encendía un farol vino a mi encuentro. Le interrogué por la salud de todos, y pregunté por el reverendo padre que me habías indicado.

Me introdujo a su celda, y luego de los saludos y cumplimientos de costumbre, no pude menos de felicitarlo por aquella vida tranquila, feliz y santa que disfrutaba en aquella mansión de sosiego y de paz; porque habéis de saber vosotros que desde mis primeros años tuve afición, tendencia, vocación al claustro; y cuando hoy me imagino que podía estar tranquilo bajo las bóvedas sagradas de un convento, libre de las agitaciones políticas,

y con la puerta cerrada desde la oración, no puedo perdonarme mi descuido, mi negligencia, mi abandono. En fin...

-Sí, el fin; siempre el fin es lo mejor, mi querido maestro.

-Decía, pues, que en el acto establecí mis primeras proposiciones.

-En lo que ya hizo usted mal.

-¿Pues no iba a eso?

-Sí; pero nunca se comienza por lo que se quiere obtener.

-Déjale que hable -repuso Eduardo arrellanándose en un ángulo del coche, como si se tratase de dormir.

-Prosiga usted -dijo Daniel.

-Prosigo. Le dije clara y terminantemente la posición de un sobrino mío, que siendo un excelente federal, era perseguido por emulaciones individuales, por envidia, por celos de algunos malos servidores de la causa, que no respetaban como debían la ínclita fama y honra del patriarcal gobierno de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y de su respetabilísima familia. Hice con elocuencia y entusiasmo la biografía de todos los miembros de las ilustres familias del Excelentísimo Señor Gobernador propietario, y de Su Excelencia el señor gobernador delegado; concluyendo, que por honor de estas ilustres ramas del tronco federal, la religión y la política estaban interesadas en evitar que se cometiese una tropelía contra el sobrino de un tío como yo, que había dado clásicas pruebas de valor y perseverancia federal; y que por no distraer la atención de los señores gobernadores y demás altos y conspicuos personales, ocupados actualmente en la independencia de la América, pedía al convento de Santo Domingo asilo, protección y albergue para mi inocente sobrino, ofreciendo donar para limosnas una suma crecida, en oro o en

papel moneda, según lo que dispusieran los RR. PP. Tal fue, en muy ligero extracto, el discurso con que abrí mi conferencia. Pero, y contra todas mis previsiones y perspicacia, el reverendo padre me dijo:

-Señor, yo quisiera poder ser útil a usted, pero no podemos mezclarnos en los asuntos políticos, y algo ha de haber cuando persiguen a su sobrino de usted.

-Protesto una, dos y tres veces -le respondí-, contra todo lo que pueda decirse de mi inocente sobrino.

-No importa -replicó-. Nosotros no podemos comprometernos con el señor Don Juan Manuel; y lo único que podemos hacer es rogar a Dios porque proteja la inocencia de su sobrino de usted, si en verdad es inocente.

-Amén -dijo Eduardo.

-Así contesté yo también -prosiguió Don Cándido-, levantándome y pidiéndole mil perdones por el tiempo que le había robado a Su Paternidad. Y paso ahora a mi conferencia en San Francisco.

-¡No, no, no, basta de frailes, por amor de Dios; y basta de todo y basta de la vida, porque esto no es vida, sino un infierno! -exclamó Eduardo pegándose una recia palmada en la frente.

-Todo esto, mi querido amigo -repuso Daniel-, no es sino un acto, una escena del drama de la vida, de esta vida nuestra y de nuestra época, que es un drama especial en este mundo. Pero sólo los corazones débiles se dejan dominar por la desesperación en los trances difíciles de la suerte. Acuérdate que éstas son las últimas palabras de Amalia. Ella es mujer, y, vive Dios, que tiene más serenidad que tú.

-Serenidad para morir es lo de menos. Pero esto es peor que la muerte,

porque es la humillación. Desde ayer no se hace otra cosa que echárseme de todas partes. Mis criados me huyen; mis pocos parientes me desconocen; el extranjero, y hasta la casa de Dios, me cierran sus puertas, y esto es cien veces, un millón de veces peor que una puñalada.

-Pero tienes una mujer, como ninguna, un hombre, como nadie. Todavía el amor y la amistad velan por ti, y no todos cuentan con esto en Buenos Aires. Hace tres días que no tienes casa, ni tienes nada. Te han roto, saqueado y confiscado cuanto tienes, según ellos. Y, sin embargo, he conseguido salvarte más de un millón de pesos. Y con una novia linda como el sol, con un amigo como yo, y con una buena fortuna, no hay todavía motivos por que quejarse tanto de la suerte.

-Pero ando como un mendigo.

-Dejemos de hablar tonterías, Eduardo.

-¿Dónde vamos, Daniel? Observo que nos acercamos al Retiro.

-Justamente, mi querido maestro.

-¡Pero estás en tu juicio!

-Sí, señor.

-¿No sabes que en el Retiro está el regimiento del general Rolón, y parte de la fuerza de Maza?

-Ya lo sé.

-¿Y entonces? ¿Quieres que nos prendan?

-Como usted quiera.

-Daniel, lo que yo quiero es que no nos sacrifiquemos tan pronto. Quién sabe qué días felices nos esperan en el porvenir. Volvámonos, hijo, volvámonos. Mira que ya nos acercamos al cuartel. Volvámonos.

Daniel volvió a sacar la cabeza por el vidrio delantero, dijo unas

palabras a Fermín, y el coche dobló a la derecha, y en dos minutos estuvo a la puerta de la hermosa casa del señor Laprida, donde habitaba el cónsul de los Estados Unidos, el señor Slade. El gran portón de fierro estaba cerrado y en el edificio, como a cien pasos de la verja, apenas se percibía una luz en las habitaciones del primer piso.

Daniel dio dos fuertes golpes con el llamador; espero un rato, pero en vano.

-Vámonos, Daniel -decía Don Cándido a cada momento, sin bajar del coche, y sin quitar los ojos de los cuarteles, que a esas horas, cerca de las diez de la noche, estaban en el más profundo silencio.

Daniel volvió a llamar más fuerte aún; y al poco rato se vio venir, paso a paso, a un individuo hacia la puerta. Se acercó, miró con mucha flema, y luego preguntó en inglés:

-¿Qué hay?

Con el mismo laconismo le contestó Daniel:

-¿Mr. Slade?

El criado, entonces, sacó una llave del bolsillo, y abrió la gran puerta, sin decir una palabra.

Don Cándido bajó inmediatamente, y colocándose entre Daniel y Eduardo, siguió con ellos los pasos del sirviente.

Este los introdujo a una pequeña antesala, donde les hizo señas de esperar, y pasó a otra habitación.

Dos minutos después volvió, y empleando el mismo lenguaje de las señas, los hizo entrar.

El salón no tenía más luz que la que despedían dos velas de sebo.

El señor Slade estaba acostado en un sofá de cerda, en mangas de

camisa, sin chaleco, sin corbata, y sin botas; y en una silla, al lado del sofá, había una botella de coñac, otra de agua y un vaso.

Daniel no conocía, sino de vista, al cónsul de los Estados Unidos. Pero conocía muy bien a su nación.

El señor Slade se sentó con mucha flema, dio las buenas noches, hizo seña al criado de poner sillas, y se puso las botas y la levita, como si estuviera solo en su aposento.

-Nuestra visita no será larga, ciudadano Slade -le dijo Daniel en inglés.

-¿Ustedes son argentinos? -preguntó el cónsul, hombre como de cincuenta años de edad, alto, de una fisonomía abierta y llana, y de un tipo más bien ordinario que distinguido.

-Sí, señor, los tres -contestó Daniel.

-Bueno. Yo quiero mucho a los argentinos hizo señas a su criado de servirles coñac.

-Lo creo bien, señor, y vengo a dar a usted una ocasión de manifestarnos sus simpatías.

-Ya lo sé.

-¿Sabe usted a lo que venía, señor Slade?

-Sí. Ustedes vienen a refugiarse a la legación de los Estados Unidos, ¿no es eso?

Daniel se encontró perplejo ante aquella extraña franqueza; pero comprendió que debía marchar en el mismo camino que se le abría, y contestó muy tranquilamente, después de tomarse medio vaso de agua con coñac:

-Sí, a eso venimos.

-Bueno. Ya están ustedes aquí.

-Pero el señor Slade no sabe aún nuestros nombres -repuso Eduardo.

-¿Qué me importan vuestros nombres? Aquí está la bandera de los Estados Unidos, y aquí se protege a todos los hombres, como quiera que se llamen -contestó el cónsul, volviéndose a acostar muy familiarmente en el sofá, sin incomodarse, cuando Daniel se levantó, y tomando y apretando fuertemente su mano, le dijo:

-Es usted el tipo más perfecto de la nación más libre y más democrática del siglo XIX.

-Y más fuerte -dijo Slade.

-Sí, y la más fuerte -agregó Eduardo-, porque no puede dejar de serlo con ciudadanos como los que tiene -y el joven tuvo que irse al balcón que daba al río, para no hacer notable a los demás la expresión de su sensibilidad y su dolor comprimidos, que brotó súbitamente de sus ojos.

-Bien, Mr. Slade -continuó Daniel-, no somos los tres los que veníamos a pedir asilo, sino únicamente aquel caballero que se ha levantado, y que es uno de los jóvenes más distinguidos de nuestro país, y que se ve actualmente perseguido. No sé si yo también tendré que buscar más tarde esta protección, pero, por ahora, sólo la buscábamos para el señor Belgrano, sobrino de uno de los primeros hombres de la guerra de nuestra independencia.

-Ah, bueno. Aquí están los Estados Unidos.

-¿Y no se atreverían a entrar aquí? -preguntó Don Cándido.

-¿Quién? -y al hacer esta interrogación el señor Slade frunció las cejas, miró a Don Cándido, y luego se rió-. Yo soy muy amigo del general Rosas -continuó-. Si él me pregunta quiénes están aquí, yo se lo diré. Pero si manda sacarlos por fuerza, yo tengo aquello -y señaló una mesa donde

había un rifle, dos pistolas de tiro y un gran cuchillo-, y allí tengo la bandera de los Estados Unidos -y levantó su mano señalando el techo de la casa.

-Y a mí para ayudar a usted -dijo Eduardo, que volvía de la ventana.

-Bueno, gracias. Con usted son veinte.

-¿Tiene usted veinte hombres en su casa?

-Sí, veinte refugiados.

-¿Aquí?

-Sí, en las otras piezas y en el piso de arriba, y me han hablado por más de cien.

-¡Ah!

-Que vengan todos. Yo no tengo camas ni con qué mantener a tanta gente. Pero aquí está la casa y la bandera de los Estados Unidos(14)

-Bien, nada, nada nos faltará. Nos basta sólo la protección de usted, noble, franco y leal descendiente de Washington, porque yo también aquí me quedo -dijo Don Cándido alzando su cabeza y dando con el bastón en el suelo, y con tal seriedad y tal decisión que Daniel y Eduardo se miraron y no pudieron contener una carcajada; lo que obligó a Daniel a dirigirse en inglés al señor Slade, para darle una idea de la persona y del carácter de su maestro. Y esta ligera relación llevó de tal modo el buen humor al espíritu del sencillo Slade, que no pudo menos de echar él mismo un poco de coñac, y beber con Don Cándido, diciéndole:

-Desde hoy está usted bajo la protección de los Estados Unidos, y si lo matan a usted, he de hacer que arda Buenos Aires.

-Yo no acepto esa hipótesis, señor cónsul; y preferiría que Buenos Aires ardiese primero, no que primero me matasen y después ardiese.

-Vamos -dijo Daniel-, todo esto no es sino broma, mi querido señor Don Cándido: usted tiene que volverse conmigo.

-No, no iré, ni tienes ya derecho ninguno sobre mí, pues estoy en territorio extraño. Aquí pasaré mi vida, cuidando de la importante salud de este hombre benemérito, y a quien amo ya entrañablemente.

-No, señor Don Cándido, vaya usted con Daniel -repuso Eduardo-, recuerde usted que tiene que hacer mañana.

-Es inútil, no me voy. Y desde este momento quedan cortadas todas nuestras relaciones.

Daniel se levantó, y llamando aparte a Don Cándido, tuvo con él un diálogo vivísimo, para reducirlo a volver al coche. Pero todo habría sido inútil si el joven no hubiese mezclado a las amenazas la promesa de dejarlo en completa libertad para volver a los Estados Unidos, tan pronto como le hiciese conocer algo que necesitaba saber de casa del gobernador delegado.

-Por último -decía Don Cándido al terminar sus condiciones-, sera condición expresa que dormiré esta noche en tu casa, y mañana, si mañana mismo no me vengo a esta hospitalaria y garantida mansión.

-Convenido.

-Señor cónsul -prosiguió Don Cándido volviéndose a Mr. Slade-, no puedo tener desde esta noche el honor, el placer, la satisfacción de ver sobre mi cabeza el ínclito pabellón norteamericano. Pero voy a hacer cuanto de mí dependa por estar aquí mañana.

-Bueno -contestó Slade. Yo no lo he de entregar a usted sino muerto.

-¡Qué demonio de franqueza tiene este hombre! -dijo Don Cándido mirando a Eduardo.

-Vamos, amigo mío -dijo Daniel.

-Vamos, Daniel.

Mr. Slade se levantó con pereza, se despidió en inglés de Daniel, y dándole un abrazo a Don Cándido, le dijo:

-Si no nos vemos más, espero que nos conoceremos en la otra vida.

-¿Sí? Pues no me voy, señor cónsul -y Don Cándido hizo un movimiento para volverse a sentar.

-Son bromas, mi querido maestro -repuso Eduardo.

-Vamos, vamos que es tarde.

-Sí, pero son bromas que...

-Vamos. Hasta mañana, Eduardo.

Y los dos jóvenes se dijeron elocuentes discursos en el largo y estrecho abrazo que se dieron.

-Para ella -fue la última palabra de Eduardo al oprimir a su amigo y separarse de él.

El mismo criado que los había introducido los condujo hasta la puerta de la calle; y al abrirla le preguntó Don Cándido:

-¿Y siempre está cerrada esta puerta de calle?

-Sí -le contestó el criado.

-¿Y no sería mejor tenerla abierta?

-No.

-¡Qué demonio de laconismo! Conózcame usted bien, amigo mío, ¿me conocerá usted para otra vez?

-Sí.

-Vamos, señor Don Cándido -dijo Daniel montando al coche.

-Vamos. Buenas noches, honrado criado del más ilustre de los cónsules.

-Buenas noches -contestó el criado, y cerró el portón.

XVI. De cómo don Cándido Rodríguez era pariente de Cuitiño

De cómo don Cándido Rodríguez era pariente de Cuitiño

A las ocho de la mañana de uno de los últimos días de setiembre, el maestro de primeras letras de Daniel sorbía a grandes tragos espumoso e hirviente chocolate en una enorme taza de porcelana, mientras que su discípulo arreglaba, doblaba y sellaba papeles, teniendo ambos en sus rostros las señales de haberse pasado en vela toda la noche.

-Daniel, hijo, ¿no sería bueno que nos recostásemos un rato, un momento, algún tiempo?

-Ahora no, señor; más tarde. Todavía necesito de usted un momento.

-Pero que sea el último, Daniel; porque decididamente hoy me voy a los Estados Unidos. Sabes que hace cinco días que le he dado mi palabra a ese honrado y benemérito cónsul de pasar a residir en su territorio.

-Es porque no sabe usted lo que hay -dijo Daniel sellando un paquete.

-¿Lo que hay?

-O lo que puede haber en el territorio.

-No, a mí no me engañas. Todavía anoche, mientras escribías, me he leído cinco tratados de derecho de gentes, y dos manuales diplomáticos, en los capítulos que tratan de las inmunidades de los agentes públicos, y las casas de su residencia. Y sabes, Daniel, que hasta los coches son inviolables, de lo que he deducido que podré pasear, seguro, en el coche del benemérito cónsul, sin temor, sin zozobra, sin peligro, sin...

-Vamos a ver, mi querido maestro. Oiga usted bien lo que yo leo, y lea usted bien el original que me ha traído -y Daniel dio un papel a Don Cándido y tomó otro.

-Este es el mío -dijo Don Cándido.

-O más bien, el de Don Felipe.

-¡Pues!, pero pertenece a mi secretaría privada.

-Vamos a ver -dijo Daniel, y leyó como sigue:

Individuos que han entrado a la cárcel desde el día 15 del presente mes de septiembre

Día 15. Eustaquio Díaz Vélez, remitido por la policía. » 17. Pedro Longinoti, remitido por la policía. » » Lucas González, se ignora por quién.

(Se entregó a las doce y mecha de la noche del día 18 a Don Nicolás Mariño, por orden verbal, y fue fusilado en su cuartel.)

Al acabar estas palabras de la copia del diario que leía, Daniel sacudió su cabeza y llevó su mano derecha a los ojos, permaneciendo así largo rato.

-¡Ah, Daniel, hasta el mismo Don Felipe ha llorado al saber esta sensible pérdida!

-Al saber este horrendo asesinato, diga usted.., pero sigamos.

Día 18. Ramón Carmona ..... por la policía »

19. José María Canaveri ..... íd. íd. » » Ventura Ocampo ..... íd. íd. » 21. Ezequiel Serna ..... íd. íd. » 22. Luis Fernando Otero ..... íd. íd. » » José Rico ..... íd. íd. » » Bernardo Testas ..... íd. íd. » » Gregorio Collazo ..... íd. íd. » » Luciano Lizarreaga ..... íd. íd. » » Juan Manuel Chaves ..... íd. íd. » » Santiago Eleísa ..... íd. íd. » » Bonifacio Aráoz ..... íd. íd. » » Mateo Vidal ..... íd. íd. » » Bernabé Márquez ..... íd. íd. » » Miguel Rodríguez Machado ..... íd. íd. » » Antonio Saldarriaga ..... íd. íd. » » Alejo Menchaca ..... íd. íd. » 23. Pedro Paulino Gaete ..... íd. íd. » » Ventura Buteler ..... íd. íd. » » Juan Lucas Thebes ..... íd. íd. » » Francisco Rodríguez, remitido por la policía y preso por el presidente de la Sociedad Popular Restauradora a la disposición del superior gobierno.

» » Demetrio Villarino, policía, etc., preso por el presidente de los serenos.

» 24. Segundo Benavente ..... por la policía » 26. Ignacio Fuentes ..... íd. íd. » » Sandalio González ..... íd. íd. » » Francisco Aráoz ..... íd. íd.

-Veamos los muertos -dijo Daniel doblando el papel que había leído y tomando otro.

-Detente, espera, mi querido y estimado Daniel; dejemos a los muertos en paz.

-No, es la suma la que quiero ver.

-La suma está aquí, Daniel, son cincuenta y ocho, en veinte y dos días.

-Eso es; cincuenta y ocho en veinte y dos días.

Y Daniel dobló estos papeles como los anteriores, y les puso su sello.

-Mira que se te quedan las marchas del ejército en Santa Fe.

-Hago esto de ellas, mi querido maestro -y Daniel acercó el papel a la vela y lo quemó; y en seguida guardó todos los paquetes en un secreto del escritorio.

Luego tomó la pluma y escribió:

Mi querido Eduardo: He estado ayer con Amalia desde la oración hasta las once de la noche; y está enferma. La sorpresa de nuestra visita antenoche, y la ansiedad con que quedó al retirarnos, la han hecho mal. Y cuando yo mismo he reflexionado sobre mi condescendencia contigo, te confieso que me he criticado a mí mismo. La Mashorca continúa ensangrentándose. La cárcel, los cuarteles y el campamento son teatros de muerte que se agrandan por momentos; y tengo motivos para creer que todo esto no son sino preparativos de los crímenes en escala mayor que se preparan para octubre. Todos hablan de esa casa, y se susurra que la atacarán. No creo, pero es necesario ponerse en todos los casos. Esta novedad ha llegado hasta oídos de Amalia. Quería, absolutamente, que tuviese lugar el matrimonio el primero de octubre, ya que tienes la resolución de no dejar el país hasta conquistar esa felicidad que tanto

anhelas. Pero yo le he hecho ver que Mr. Douglas no puede estar aquí hasta el día 5, y ha tenido que resignarse a esperar. Todo está concluido, mi querido arrugo. El resultado de las conferencias con Mackau será la paz. Yo esperaré, sin embargo, hasta el último momento, y entonces te llevaré a tu Amalia como hemos convenido. He hecho ya todos mis arreglos, y espero a mi buen padre por momentos. No iré a verte hasta pasado mañana. Esta carta te la conduce nuestro querido maestro, que va determinado a no moverse de ahí; déjalo a tu lado. Te abraza Daniel.

-Se ha dormido usted, señor Don Cándido -dijo el joven cerrando la carta que se acaba de leer.

-No; pensaba, mi querido Daniel.

-Ah, pensaba usted.

-Pensaba que si la señora madre de nuestro Señor Gobernador propietario no se hubiese casado con su digno esposo, es muy probable que no hubiese tenido a su ilustre hijo, y que hoy no estaríamos pagando el amor conyugal de aquella mal embarazada señora.

-Amigo mío, juro a usted que no se me había ocurrido tal raciocinio -repuso Daniel poniendo su sello en la carta y dándosela a su maestro.

-Esta carta no tiene sobre, Daniel.

-No importa. Esa carta es para Eduardo, guárdela usted bien.

-¿La llevo ahora mismo?

-Cuando usted quiera. Pero va usted a ir en mi coche, y todavía no está pronto.

-¡Ah, bien, bien pensado!

Daniel iba a tocar un timbre, cuando llamaron a la puerta de calle, y al momento se presentó un criado, diciendo con una voz muy poco

tranquila:

-El comandante Cuitiño.

Don Cándido se echó para atrás en el sillón y cerró los ojos.

-Que entre -dijo Daniel-. Serenidad, mi querido maestro -prosiguió-, esto no es nada.

-Ya estoy muerto, Daniel -respondió Don Cándido sin abrir los ojos.

-Adelante, mi comandante -dijo Daniel parándose y recibiendo a Cuitiño, mientras Don Cándido, al sentirlo en el escritorio, por una reacción puramente mecánica, se paró, abrió sus labios con una sonrisa convulsiva, y extendió sus dos manos, para coger la de Cuitiño, que se sentó en el ángulo de la mesa en que maestro y discípulo habían pasado largas horas.

-¿A qué hora recibió mi recado, comandante?

-Hará dos horas, señor Don Daniel.

-¿Y qué, está enfermo, que ha tardado tanto?

-No, señor, estaba en comisión.

-¡Ah, ya yo decía! ¡Cuando se trata del servicio de la causa, ojalá todos fuesen como usted! Y eso mismo le decía ayer al presidente; porque si hemos de andar paso a paso, como el jefe de policía, es mejor que lo digamos claro, y no andemos engañando al Restaurador. Por mi parte, comandante, yo ya ni sé lo que es dormir. Toda la noche me he pasado con este hombre cerrando Gacetas para mandar a todas partes, porque el Restaurador quiere que se sepa en todas partes el entusiasmo de los federales. Y hace poco el señor -y Daniel señalaba a Don Cándido, quien, poco a poco, iba volviendo en sí al saber que Cuitiño había venido por llamado de Daniel- me observaba una cosa en que ya ha de haber usted

caído, comandante.

-¿Qué cosa, Don Daniel?

-Que vea si la Gaceta dice una palabra de usted, ni de los federales que exponen su vida a todas horas, por sostener la causa.

-¡Conque ni ponen los partes, siquiera!

-¿A quién los dirige, comandante?

-Ahora los dirijo a la policía, desde que el Restaurador está en el campamento. Demasiado que me fijo, señor Don Daniel, y este hombre tiene mucha razón.

-Oh, señor comandante -dijo Don Cándido-, ¿y quién no ha de extrañar el silencio que se guarda con un hombre de los antecedentes de usted?

-Y que no son de ahora.

-¡Por supuesto que no son de ahora! -repuso Don Cándido-. Desde antes de nacer ya era usted acreedor al aprecio del público, porque el señor Cuitiño, padre de usted, pertenece a uno de los troncos más antiguos de nuestras respetables familias. Uno de los ilustres tíos de usted, mi benemérito señor comandante, fue casado, según lo he oído a mis mayores, con una de las primas de mi señora madre; por lo cual siempre he tenido por usted simpatías de pariente, a la vez que nos ligan los estrechos y federales lazos de nuestra causa común.

-¿Entonces usted es mi pariente? -le preguntó Cuitiño.

-Pariente, y muy cercano -le respondió Don Cándido-. Una misma sangre corre por nuestras venas, y nos debemos cariño, estimación y protección recíproca, por la conservación de nuestra sangre.

-Vaya, pues, si en algo puedo servirlo...

-¿Conque, comandante -dijo Daniel, interrumpiéndolo para que Don Cándido no acabara por revelarse más-, conque ni los partes le publican?

-No, señor. Ahora mismo acabo de pasar el parte sobre el salvaje unitario Salces, y no lo han de publicar.

-¿Salces?

-Sí, pues; el viejo Salces. Ahora mismo lo acabamos de degollar.

Don Cándido cerró los ojos.

-Estaba en la cama -continuó Cuitiño-, pero de ahí no más lo sacamos, y lo degollamos en la calle. El otro día pasé el parte, también, cuando degollamos al tucumano La Madrid. El jueves pasado, degollamos a Zañudo, y siete más, y tampoco han publicado esos partes. Por lo que hace a mí, tiene razón mi primo... ¿Cómo se llama?

-Cándido-contestó Daniel, viendo que el dueño de ese nombre no parecía estar dueño de su vida.

-Pues decía que tiene razón mi primo Cándido; y que ahora cuando empiece la cosa en grande, no voy a dar cuenta a nadie.

-¡Y qué! ¿Recién está por empezar? -preguntó Don Cándido con una voz que parecía salida, no de un pecho, sino de un sepulcro.

-Sí, pues. Ahora va a empezar lo bueno. Ya tenemos la orden.

-¿Directamente la ha recibido, comandante?

-Sí, señor Don Daniel. Yo ya no me entiendo sino con el Restaurador. No quiero saber nada con Doña María Josefa.

-¡Mire que lo ha molido!

-Ahora se ha agarrado con Gaetán, y Badía y Troncoso; y siempre dale con Barracas; y siempre con aquel salvaje que se escapó, como si ya no estuviera con Lavalle.

-¡Conque hasta a mí me aborrece esa señora!

-No, de usted no me ha hablado nada. Es a su prima a la que no quiere.

-Yo le he de contar algún día por qué, comandante.

-Hoy estaba encerrada con Troncoso, y una negrita de por ahí por la quinta.

-¡Mientras usted, comandante, se ocupa de los verdaderos servicios a la Federación, vea de lo que se ocupa Doña María Josefa!

-¡Pues! Haciendo espiar mujeres.

-Por supuesto. La negrita ha de ser espía. ¿Qué quiere tomar, comandante?

-Nada, Don Daniel, acabo de almorzar.

-¿Y no ha oído nada?

-¿De qué?

-¿Todavía no ha recibido cierta orden?

-No sé, pues.

-Por el Retiro.

-¿Por el Retiro?

-Sí, pues, la casa grande.

-¿La del cónsul?

-Sí.

-Ah, no. Orden, no, pero ya sabemos.

-¡Así! -y Daniel juntó todos los dedos de su mano derecha y los alzó a la altura de los ojos de Cuitiño; mientras que a Don Cándido se le erizaron los cabellos, y los ojos se le saltaban de las órbitas, creyendo ver en Daniel al mismo Judas.

-Ya sé -contesto Cuitiño.

-¿Pero no hay orden?

-No.

-Mejor, comandante.

-¿Cómo mejor?

-Sí, yo sé lo que le digo, y para eso lo he llamado. Su primo es de confianza, y está en todos estos secretos.

-¿Y qué hay, pues?

-Que no conviene todavía.

-¡Ah!

-Todavía hay pocos. Pero lo que empiece la buena, se ha de llenar la casa. Y allá para el 8 o el 9.... ¿me entiende?

-Sí, Don Daniel -contestó Cuitiño radiante de una feroz alegría al comprender a Daniel.

-¡Pues! Juntitos.

Don Cándido creía que estaba loco, pues no podía creer lo que estaba oyendo.

-¡Cabal! -contestó Cuitiño-, eso sería lo mejor. Pero falta la orden, Don Daniel.

-¡Ah, sí, sin la orden, Dios nos libre! Pero yo ando en eso.

-Y Santa Coloma.

-Ya sé.

-Le tiene muchas ganas al gringo.

-Ya sé, comandante.

-Tuvo no sé qué pelotera con él.

-Sí, pues. De manera que si yo consigo la orden, ¿ya sabe?

-Con toda mi partida, Don Daniel.

-Y si Santa Coloma la consigue, ¿usted me lo avisa?

-¿Cómo no?

-Porque hay esto. Es necesario que yo vaya, para evitar que, en medio del entusiasmo federal, vayan a tocar los papeles del consulado.

-¡Ah!

-Porque entonces sí, el Restaurador se enojaría por los compromisos que eso traería al país, ¿entiende?

-Sí, Don Daniel.

-Pero aunque Santa Coloma reciba la orden, yo soy de opinión que esperemos a que hayan más; allá para el 8 o el 9.

-Cabal, que es mejor.

-¡Qué golpe, comandante!

-Todos lo estamos deseando.

-¿De manera que todos lo saben?

-Todos; pero mientras no haya orden, no nos atrevemos a nada.

-Hacen bien, eso es ser federal.

-¿Pero sabe lo que hemos pensado?

-Diga, comandante.

-Vamos a poner emboscadas por el rededor de la casa desde esta noche.

-Bien pensado; pero tengan cuidado de una cosa.

-¿Qué?

-No vayan a parar ningún coche. Paren no más a los que vayan a pie.

-¿Y por qué no a los coches?

-Porque pueden ser los del cónsul, y a éstos no se pueden tocar.

-¿Y por qué?

-Porque son de él, y todo lo del cónsul está bajo la protección del

Restaurador.

-¡Ah!

-De manera que tocar al coche, es como tocar al cónsul.

-Yo no sabía.

-¿Ve? Si siempre es bueno conversar. ¡Vea el disgusto que tendría el Restaurador, si hiciéramos una barbaridad que lo comprometiese en nuevas guerras!

-Ahora mismo voy a avisárselo a los compañeros.

-Sí, no pierda tiempo; estas cosas son muy delicadas.

-Por supuesto.

-Así es que nada sin orden.

-Dios nos libre, señor Don Daniel.

-Y en cuanto haya la orden, hacemos por esperar a que se junten más.

-Eso es.

-Entonces, quedamos entendidos, comandante.

-Bueno, Don Daniel. Y yo me voy, no sea que vayan a atajar algún coche.

-Sí, véalos a todos.

-Conque, Cándido, si en algo puedo servirte, ya sabes que soy tu primo.

-Gracias, mi querido y estimado primo -contestó Don Cándido, más muerto que vivo, levantándose y tomando la mano que le estiraba Cuitiño.

-¿Dónde vives?

-Hombre, yo vivo... yo vivo aquí.

-Bueno, te he de venir a ver.

-Gracias, gracias.

-Adiós, pues.

Y Cuitiño salió con Daniel, quien al despedirlo en la sala metió la mano al bolsillo, y le dijo:

-Comandante, esto es para usted, son cinco mil pesos, que me ha mandado mi padre, con orden de repartirlos entre los federales pobres, y yo le pido a usted que lo haga por mí.

-Vengan, Don Daniel. ¿Y cuándo viene el señor Don Antonio?

-Lo espero de un momento a otro.

-Mándeme avisar en cuanto llegue.

-Así lo haré, comandante; vaya con Dios y sirva a la causa.

Y Daniel volvió a su escritorio, tomó papel y se puso a escribir, sin reparar en Don Cándido, que lo miraba de hito en hito, con unos ojos en que el enojo hacía cierta mezcolanza con la estupefacción, y trazó estas líneas:

Eduardo, sé positivamente que todo lo que corre sobre asalto a la casa de Slade no son sino palabras, pues no hay orden ninguna a este respecto. Pero es necesario que el cónsul haga avisar a los que han solicitado asilo que por ningún motivo vayan a pie, porque la casa va a estar vigilada; pero que pueden ir en coche, sin inconveniente alguno; siendo mucho mejor que vayan en el mismo coche del señor Slade. Adiós.

-Ahora, mi querido maestro, en vez de una carta, son dos -y Daniel alzó su mano para darte el billete.

Pero aquél le contestó:

-No, ¿o acaso quieres envolverme en tu negra traición?

-¡Adiós mi plata! ¿Ha perdido usted el juicio, mi respetable primo de Cuitiño?

-Primo del gran demonio deberá ser ese facineroso.

-¿Pero usted se lo ha dicho?

-¡Qué sé yo lo que digo; si yo creo que estoy loco, en ese laberinto en que me encuentro, rodeado del crimen, de la traición, de la falsía! ¿Quién eres, di? Define tu posición. ¿Cómo hablas en mi presencia de atacar la casa donde voy a asilarme, donde está ese joven a quien llamas tu amigo, donde...?

-¡Por amor de Dios, señor Don Cándido, que todo tenga que explicárselo a usted!

-¿Pero qué explicación cabe en lo que yo mismo he oído?

-Esto -dijo Daniel abriendo el último billete, que no había lacrado, y dándoselo a Don Cándido, cuya cara y cuyos ojos asustaban realmente.

-¡Ah! -exclamó después de leerlo dos veces.

-Esto, señor Don Cándido, es trabajar sobre el trabajo ajeno, es envolver a los hombres en sus propias redes, es hacerlos perder dentro sus propios planes, es hacerse servir de sus propios enemigos, es, en fin, la ciencia toda de Richelieu, aplicada a pequeñísimas cosas, porque no hay Rochelas ni Inglaterras entre nosotros, que si las hubiera, también la aplicaría. Ahora, vaya usted y repose tranquilo en el territorio norteamericano.

-Ven a mis brazos, joven admirable, que me has hecho pasar el más cruel momento de mi vida.

-Venga el abrazo, y váyase usted en mi coche, ilustre primo de Cuitiño.

-No me insultes, Daniel.

-Bueno, hasta mañana; no, hasta pasado mañana. El coche está en la puerta.

-Adiós, Daniel.

Y el pobre Don Cándido volvió a abrazar a su discípulo, que media hora después trataba de dormir, mientras Don Cándido se paseaba, con la cabeza erguida, en el territorio de los Estados Unidos, como él decía, en tanto que Eduardo leía las cartas de su amigo.

XVII. El reloj del alma

El reloj del alma

El lector tendrá a bien recordar ahora aquel lindísimo día, 5 de octubre, en que dejamos a Amalia arrodillada, conversando con Dios, después de haberla visto entre sus riquísimos trajes, tratando de elegir el que debía ponerse esa noche, en que iba a dar su mano al bien amado de su corazón. Y es en la noche de ese día que volvemos a Barracas, después de tener conocimiento de los sucesos descritos en los capítulos anteriores.

Pero antes, nos fijaremos en un coche que para a la puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Corrientes, y de donde sale, al momento, un sacerdote anciano que sube al carruaje y saluda a dos individuos que parecían esperarlo en él. Los caballos partieron en el acto, doblaron por la calle de Suipacha, con dirección al sur, y al cortar la calle de la Federación, el cochero tuvo que sofrenarlos para no atropellar a tres jinetes que venían de la parte del campo, sus caballos sin herrar, y con la apariencia de haber galopado buenas leguas. Uno de los caballeros parecía de alguna edad, y ser el jefe o el patrón de los otros, por la distancia respetuosa que guardaban de él, y por el lujo gaucho de su caballo.

Acababan de dar las ocho.

La calle Larga de Barracas era un desierto.

La mirada se sumergía en ella, y no hallaba un ser viviente, ni una luz, ni un indicio de vida; ni se percibía otro ruido que el de la brisa entre las hojas de los árboles. Parecía uno de esos parajes que escogen los espíritus de otro mundo, para bajar al nuestro, envueltos en sus chales de sombra; y donde corren, se deslizan, se chocan, ríen, lloran, cantan, tocan en los cristales y se dilatan y se escurren, y sin forma ni color rozan la frente, revuelven los caballos, y con su soplo volcanizan la imaginación y se escapan: lugares rodeados de soledad y de misterio, en que el alma se sobrecoge y reconcentra, y un no sé qué de vago la oprime, imprimiéndose en el aire y en la sombra las mismas fantasías de la mente; espíritus que se ven; almas que corren, se alejan y se acercan; fantasmas que se levantan como la espiral del humo, y se rarifican en el vacío, como la bruma, como el aire mismo; luces que súbitas se inflaman y se apagan; risas, gemidos que el aire trae, y cuyo eco cree conocer el alma, y más se sobrecoge, y más la oprime algo que no es propiamente el miedo vulgar, sino una especie de sueño en la vigilia, con algo que se acerca más a la muerte que a la vida, más a la oscura eternidad con sus arcanos, que al presente con sus peligros reales: ilusión del alma, y no de los sentidos; percepciones de la imaginación, en ciertos parajes, en horas especiales, y en circunstancias dadas...

Pero en medio de aquella soledad, había una animación escondida; y entre esas tinieblas, un torrente de luz, oculto por los muros de la quinta de Amalia.

En el salón, los rayos de cincuenta luces se reflejaban en los espejos, en

los bruñidos muebles, y en el cristal de los jarrones que rebosaban flores, y en cuyas labores, a los rayos de la luz y la sombra de las flores, se descubría el brillo azul del diamante, la luz enrojecida del rubí, los desmayos del zafiro, la esplendidez de la esmeralda, y las coqueterías del ópalo.

El gabinete y el tocador estaban iluminados del mismo modo; y sólo el dormitorio de aquella solitaria beldad no tenía más luz que la de una pequeña lámpara de bronce velada por un globo de alabastro; porque el amor huye del ruido y de la luz. Hijo de los misterios de Dios, vaciados en el molde del corazón humano, busca también el secreto y el misterio en la tierra. La tarde en el mar, y el rayo de la luna al través de las hojas de los árboles, son los modelos de silencio y de luz, que la adivinación del sentimiento, más que el arte, sabe imitar para esconder al amor, cuando es esperado por los que arden en su celeste llama; y la alcoba de Amalia lo esperaba como el crepúsculo en el mar tranquilo, como la luna entre el bosque, como el corazón en el misterioso seno de la mujer.

Pero como un contraste de la melancólica claridad del aposento, la belleza de Amalia, entre el torrente de luz de su tocador, resplandecía como la Vespertina entre el millón de estrellas de la noche.

Radiante de hermosura, de juventud y de salud, tipo perfecto del gusto y la elegancia, acababa sus últimos adornos, parada en medio de sus magníficos espejos.

Había algo en aquella mujer que remontaba la imaginación en el ala misteriosa de las edades, y la trasportaba a las creaturas de Israel. Y aquí un perfil de María, la hermana de Moisés; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la gentil Rahab; el cuello y la piel trasparente de Abigail; las cejas como el arco del amor, y los cabellos como

el manto de la noche, que daban sombra al rostro y a la espalda de Bethsabé; la gentileza y el lujo de la reina de Saba; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio a este conjunto de bellezas, trasparente en el rostro la lágrima del alma, como Sara, la bellísima esposa de Tobías.

Luisa la contemplaba como enajenada.

Vestía un traje de gro color lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes, recogidos por ramos de pequeñas rosas blancas, con tal arte trabajadas que rivalizaban con las más frescas y lozanas de la Naturaleza. Su cuello no tenía más adorno que un hilo de perlas que se perdía entre los encajes del seno mal velado, y suspendía un medallón con el retrato de su madre. Sus cabellos rodeaban, en una doble trenza, la parte posterior de su cabeza; y de allí, hasta cerca de las sienes, se abrían en rizos que besaban los hombros; y unas bandas de encaje de Inglaterra caían hacia la espalda sostenidas por la rosa blanca que ella misma había elegido esa mañana. Un chal del mismo encaje que las bandas caía como una tenue neblina sobre sus hombros, rebelde a su objeto, descubriendo el seno y la espalda que quería ocultar. Y la única alhaja que, a ruegos de Luisa, se había decidido a ponerse, era, en su brazo derecho, un brazalete de perlas con un broche de zafiros.

No era tal o cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorbía la mirada, la que abstraía el alma y la fascinaba.

Sus ojos, sin rivales en el mundo, estaban más animados que de costumbre; y sus labios, como la flor del granado, tenían el brillo del rubí, mientras que el tenue colorido de las rosas de mayo había desterrado la palidez habitual de su semblante. ¿Era todo esto el efecto natural de esa fiebre insensible que agita la sangre en las situaciones definitivas de la vida

humana; o era solamente la animación que obran en la mujer la luz y los espejos de un tocador, el resplandor de su belleza misma, y las imágenes caprichosas de la mente? ¡Quién sabe! ¡La fisiología del corazón de una mujer es toda arcanos, donde la mirada de la razón se pierde!... Un reloj dio las ocho de la noche: y desde el primer martillazo se habrían podido contar los siguientes, en los latidos del corazón de Amalia, a través de los encajes que cubrían su seno, y, súbitamente, el granado de sus labios, y la rosa de mayo de su rostro, tomaron los colores de la perla y el jazmín.

-¡Se vuelve usted a poner pálida, señora, y tan luego ahora que acaban de dar las ocho!

-Es por eso precisamente -contestó Amalia, pasándose la mano por la frente, y sentándose.

-¿Porque son las ocho?

-Sí. No sé qué es esto: desde las seis de la tarde, cada vez que siento dar horas, sufro horriblemente.

-Sí, tres veces lo he notado. Eso es, desde las seis, ¿y sabe usted lo que voy a hacer?

-¿Qué, Luisa?

-Voy a hacer parar el reloj, para que cuando den las nueve no se vuelva usted a enfermar.

-No, Luisa, no. A las nueve ya estarán aquí, y todo estará concluido. Ya se ha pasado, no es nada -repuso Amalia levantándose y volviendo a sus colores anteriores.

-Es verdad, es verdad, ya vuelve usted a estar tan linda como antes; tan linda como nunca la he visto a usted, señora.

-Calla; anda y llama a Pedro.

Y entretanto, Amalia desprendió de su seno el medallón con el retrato de su madre, y lo llenó de besos. Y apenas acababa de prenderlo de nuevo sobre el seno de su vestido, cuando volvió Luisa con Pedro, tan bien afeitado y peinado, con una levita abotonada hasta el cuello, y con aire tan marcial, que pareció tener veinte años menos, en aquel día en que iba a casarse la hija de su coronel.

-Pedro, mi buen amigo -le dijo Amalia-, nada va a cambiarse en esta casa. Yo quiero ser siempre para usted lo que he sido hasta hoy; quiero que me cuide usted siempre como a una hija; y la primera prueba de cariño que quiero recibir de usted en mi nuevo estado, es la promesa de que nunca se separará usted de mí.

-Señora, yo... yo no puedo hablar, señora -dijo el viejo sacudiendo como con rabia su cabeza, o como si con ese movimiento quisiera castigar las lágrimas que le inundaban los ojos, y le entorpecían la palabra.

-Bien, me dirá usted un sí, solamente. Quiero que me acompañe usted a Montevideo la semana que viene, porque el que va a ser mi marido debe emigrar esta misma noche, y mi obligación es seguirlo en su destino; ¿vendrá usted, Pedro?

-Sí, pues, sí, señora, sí -contestó, dándose aires de que estaba muy entero y podía decir muchas palabras.

Amalia se acercó a una mesa, abrió una caja de ébano, llena de alhajas, tomó un anillo y se volvió al antiguo camarada de su padre.

-Este anillo -le dijo- es formado con cabellos míos, de cuando era niña. No tiene más valor que ése, y por eso se lo doy a usted para que lo conserve siempre; mi padre lo usaba en el ejército.

-¡Toma, éste es, lo conozco, vaya si lo conozco! -dijo el soldado

inclinando la cabeza y besando el anillo que había estado en las manos de su coronel, como si fuese una reliquia santa.

Los ojos de Amalia y de Luisa se anublaron de lágrimas en ese momento, en presencia de aquella sensibilidad sin arte, sin esfuerzo, hija del corazón y los recuerdos.

-Otra cosa, Pedro -prosiguió Amalia.

-Diga usted, señora.

-Quiero que sea usted testigo de mi casamiento. No habrá nadie más que usted y Daniel.

El soldado, por toda contestación, se acercó a Amalia, tomóle la mano entre las suyas, convulsivas de emoción, e imprimió en ella un respetuoso beso.

-¿Se han ido ya los dos criados de la quinta?

-Desde la oración los despaché, como me lo previno usted.

-¿Entonces está usted solo?

-Solo.

-Bien. Mañana repartirá usted estos billetes entre los criados, sin decirles por qué -y Amalia tomó de sobre la mesa un puñado de papeles de banco, y se los dio.

-Señora -dijo Luisa-, me parece que siento ruido en el camino.

-¿Está todo cerrado, Pedro?

-Sí, señora. Pero esta puerta de fierro que da a la quinta, yo no sé cómo es eso... Van dos veces, ya se lo he dicho a usted, que la he encontrado abierta por las mañanas, cuando yo mismo la cierro y guardo la llave bajo mi almohada.

-Bien, no hablemos de eso esta noche.

-Señora -repitió Luisa-, siento ruido, y me parece que es un coche.

-Sí, yo también.

-Y ha parado -prosiguió Luisa.

-Es cierto. Ellos serán. Vaya usted, Pedro, pero no abra sin conocer.

-No hay cuidado, señora. Estoy solo, pero... no hay cuidado.

Y el veterano pasó del tocador al cuarto de Luisa, y atravesó el patio para ver quién llegaba a la casa de la hija de su coronel.

XVIII. El velo de la novia

El velo de la novia

I

Amalia no se había equivocado, porque eran en efecto las personas que ella había esperado por tantas horas y con tanta angustia.

Desde su tocador sintió abrir la puerta de la sala, y al momento conoció los pasos de Daniel, que venía por el gabinete y su dormitorio.

-¡Ah, señora -dijo el joven parándose en la puerta del tocador, y mirando a Amalia-, yo esperaba tener el placer de encontrarme aquí con una linda mujer, y me sorprende la felicidad de hallarme con una diosa!

-¿De veras? -fue la respuesta de Amalia, con una sonrisa encantadora, acabando de calzarse un guante de cabritilla blanco, que parecía dibujado en su preciosa mano.

-Sí, muy cierto -repuso Daniel acercándose poco a poco a su prima, y contemplándola con ojos verdaderamente admirados-, y tan cierto que creo ser esta la primera vez que he mirado a una mujer, como miro a cierta otra, a quien...

-A quien yo escribiré tal novedad esta misma noche.

-Bien, y yo... yo... yo hago esto -y a medida que hablaba fuese acercando hasta que, tomando de súbito a su prima, le imprimió un beso en la frente, y saltando como un niño a cuatro pasos de ella, le dijo-: Ahora hablemos con seriedad.

-Sí, ya es tiempo, atrevido -le contestó Amalia con su sonrisa celestial.

-Eduardo está ahí.

-Y yo aquí.

-Y yo también: porque ya no me falta sino casarme por ustedes.

-No sería conmigo.

-Y harías bien. Está el cura, y es necesario que no esté ni diez minutos.

-¿Y por qué?

-Porque para estar él, es necesario que esté el coche a la puerta.

-¿Y bien?

-¿Y bien? Una partida puede pasar; el coche le llamará la atención; espiará; y...

-Ah, sí, sí... Comprendo todo... Vamos. Daniel.., pero... -y Amalia apoyó su mano en una mesa.

-¿Pero qué?

-No sé... Quisiera reírme de mí misma, y tampoco puedo... No sé lo que tiene mi corazón.., pero...

-Vamos, Amalia.

-Vamos, Daniel.

Y el joven tomó la mano de su prima, la enlazó de su brazo; pasaron por la alcoba y la antesala, y llegaron al salón donde estaban de pie, mirando un cuadro, el sacerdote y Eduardo.

Este último vestía todo de negro y guantes blancos. Sobre su semblante pálido resaltaban más sus cabellos negros como el ébano, y sus hermosos ojos, rodeados de una sombra aterciopelada, que daba a su varonil fisonomía un tinte de poesía y pesadumbre, que establecía un contraste de artista.

Por bien templada que fuese el alma de aquel hombre era imposible que donde hubiese corazón, hubiese indolencia para los grandes juegos a que se arrojaba su vida en esa noche. El matrimonio, que corta la vida del hombre, que separa el pasado del porvenir, que fija la suerte o la desgracia del resto de la existencia; la separación del objeto amado al libar la primera gota de la felicidad apetecida; y, por último, la emigración, con la muerte cerniéndose sobre la cabeza, a cada paso que se diera en los bordes de la patria, para decirla adiós, eran circunstancias capaces de dominar y oprimir al alma más acostumbrada a los golpes de fierro del destino, cuando todas ellas debían tener lugar en el pequeño círculo de pocas horas.

Él y su Amalia se dirigieron un millar de palabras en su primera mirada.

Y el sacerdote, que estaba instruido por Daniel de la necesidad de terminar brevemente aquella ceremonia, cuyos requisitos habían sido allanados de antemano por el joven, se preparó en el momento para el acto más serio, quizá, de su misión en la tierra; el que liga dos vidas y dos almas; el que santifica en el mundo una inspiración que sólo viene de Dios, y mezcla el nombre de Dios, y el respeto de Dios, a lo más santo y más sublime del corazón humano, a la hebra imperceptible de luz que liga al ángel caído con la esencia de la divinidad que lo hizo: al amor.

El sacerdote acabó una oración, hizo esa pregunta, en cuya respuesta se

sella el destino que va más allá, más allá de la tumba, y que no hay labio humano que la pronuncie sin sentir el calor del corazón latiendo apresurado. ¡Y luego, en nombre del Trino indivisible y eterno, Eduardo y Amalia quedaron unidos para la tierra, y para el cielo, porque las almas que Dios junta en la tierra, por la inspiración purísima de su divino soplo, si aquí se separan un momento, allí se juntan en el seno inefable de la inmortalidad!

Un suspiro desahogó el oprimido pecho, y en la presión de sus manos, en el rayo profundo de sus miradas, y en la sonrisa ingenua de sus labios, Amalia y Eduardo nadaron en espacios de ventura, atravesaron siglos de felicidad, y por primera vez el cristal de sus ojos fue empañado por una lágrima de ventura; y sus rostros, un momento antes tan pálidos, se sonrosaron de improviso con los relámpagos de su propia dicha.

No bien se hubo concluido la ceremonia, y mientras Amalia daba un beso a Luisa, que lloraba, cuando Daniel se acercó a Pedro y le preguntó al oído:

-¿Su caballo de usted está en el pesebre?

-Está.

-Lo necesito por una hora.

-Bien.

Luego, tomando de la mano a Amalia y llevándola a un sofá de la antesala, mientras Eduardo daba las gracias al sacerdote, la dijo:

-El cura se va, y yo también.

-¿Tú?

-Sí, Madama Belgrano, yo; porque estoy destinado a no estar quieto en un solo lugar, porque llegue a estar quieto en Montevideo su marido de

usted.

-Pero ¿qué hay? ¡Dios mío! ¿Qué hay? ¿No nos has dicho que estarías con nosotros hasta el momento de embarcarse?

-Sí, pero es por eso mismo que tengo que salir un momento. Óyeme: sabes que el punto de embarque es en la Boca, por lo mismo que nadie puede pensarlo; pero hemos quedado con Douglas en vernos de las nueve a las diez en una de las casillas de madera que hay en el puerto, por si acaso hubiese ocurrido alguna novedad que hiciera necesario mudar algo del plan; y como el inglés es más puntual que un inglés, estoy seguro que antes de un cuarto de hora está en la casilla, porque ya van a dar las nueve. Dentro de una hora estaré de vuelta; y, entretanto, Fermín, que hace de cochero, va a llevar al cura, y volverá a caballo con el mío de diestro para mi vuelta...

-¿Y para ir a la Boca? -preguntó Amalia, que estaba pendiente de los labios de Daniel.

-No, cuando vayamos con Eduardo iremos a pie.

-¿A pie?

-Sí, porque pasaremos por entre las quintas de Somellera y de Brown, y después iremos por el bañado, tan seguros como si estuviéramos en Londres.

-Sí, sí, me parece mejor -respondió Amalia-, pero irás con Fermín y con Pedro.

-No, iremos los dos, déjame hacer. Ahora es necesario separarnos, porque no estoy tranquilo hasta que salga el coche de la puerta de tu casa.

-¿Llevas armas?

-Sí; ven a despedirte del cura.

Los dos volvieron al salón, y un momento después Amalia y Eduardo acompañaban hasta la puerta del zaguán al ministro de la Iglesia, que se exponía por su ministerio a todos los inconvenientes que en esos tiempos tenían esas horas y esos lugares solitarios.

Y a la vez que los caballos del coche partían para la ciudad, y que Eduardo cerraba la puerta de la calle, salía Daniel por el portón, tarareando una de nuestras canciones de guitarra, o más bien de esos tristes, cuyo aire es, poco más o menos, el mismo para todas las letras; cubierto con su poncho, y a galope corto, como el mejor y más indolente gaucho.

II

Al volver al salón, y cuando las luces iluminaron de nuevo la figura de Amalia, Eduardo no pudo menos de pararse, con las dos manos de su esposa y amante entre las suyas, contemplándola embriagado de amor y encantamiento. Y luego la atrajo contra su seno, y, sin hablarla, sin poder hablar, la oprimió largo rato y bebió de su boca las sonrisas radiantes de felicidad que la inundaban, y de sus ojos los rayos del amor que se escapaban. Pero, de repente, un estremecimiento súbito, como el que produce el golpe eléctrico, agitó a la joven, que se desprendió de los brazos de Eduardo, y, con la cabeza inclinada al pecho, y lentamente, atravesó la sala, el gabinete, entró a su dormitorio, y se paró delante del crucifijo, interrogándole, u orando con el alma en los labios.

Eduardo la había seguido sin volver en sí de su sorpresa, o más bien, de su profunda perturbación, al notar el estremecimiento y la repentina palidez de su esposa.

-Pero ¡Dios mío!, ¿qué es esto? ¿Qué tienes, mi Amalia? -la preguntó al fin tomándola de la mano y sentándola en el pequeño sofá del dormitorio.

-¡Nada, nada, Eduardo, nada, ya pasó!... He sufrido tanto... supersticiones... los nervios; ¡qué sé yo! Pero ya pasó.

-No, no, Amalia; ha habido algo especial; algo que no sé, pero que quiero saber, porque sufro más que tú en este momento.

-No sufras, pues: ha sido la campana del reloj; he ahí todo.

-Pero...

-No me preguntes, no me hagas reflexiones; sé cuanto me dirías; pero no lo he podido remediar; y toda la tarde he sufrido iguales impresiones al oír las horas.

-¿Nada más?

-Te lo juro.

Eduardo respiró como si se aliviase su alma de un enorme peso.

-Mi Amalia -la dijo-, cuando te sentí estremecer, huir de mis brazos, y te vi venir a refugiarte en Dios, una idea horrible cruzó por mi cabeza, y he sufrido en un minuto un siglo de tormento. Pensé ver en todo aquello una sensación de disgusto, una protesta de tu alma contra el lazo que acababa de ligarnos para siempre.

-¡Eduardo! ¿Y lo has creído? ¡También esto, Dios mío!

-Perdón, mi Amalia, encanto angelicado de mi alma, perdón.., mi vida tan combatida, mi amor tan entrañable, la misma felicidad de este momento, precursora de la vida encantada que me espera a tu lado, todo conspiró e intrigó mi espíritu... perdón, perdón.

Y atrayéndola hacia su seno, levantando los rizos que vagaban desordenados sobre su frente, apagaba con sus besos las luces de sus ojos y

contaba con sus labios los latidos de sus sienes.

Ella, entretanto, decía al bien amado de su alma:

-Es esta la primera vez de mi vida que yo he amado. Es esta mi primera pasión, mi primer himeneo, mi primer día, mi primera dicha.

-¡Amalia!

-Desgracias, el silencio y la orfandad de mi vida, todo lo olvido, Eduardo. Hoy comienza mi vida por ti, para ti, en ti. Y si algo temía, si algo me retraía, era el miedo, esa visión terrible que me persigue siempre, haciéndome ver que en mi destino hay el veneno del infortunio, que mata, o hace la desgracia de cuantos me aman; y si he cerrado mis ojos a mi estrella, es porque sólo con mi mano puedo comprar tu alejamiento de aquí. Sin ello, yo habría sacrificado esta felicidad que ahora me abruma, estos siglos de ventura que vivo en este momento, por no tener el temor siquiera de originarte un minuto de mal... ¡Mira si te amo!

-¡Oh! ¡Es mucha, es mucha felicidad para un solo corazón!...

¡Y la luz de la lámpara se amortiguaba; las hojas de la rosa blanca se desprendían y caían entre los rizos de la joven, y el chal de encajes, envuelto al acaso entre los brazos de ella y él, cubrió la frente de los dos... y era el velo de la novia... y era el cendal del amor y del misterio!...

XIX. El tálamo nupcial

El tálamo nupcial

Cuando el reloj de la quinta daba las diez de la noche, Pedro abría el portón para que entrase Daniel, después de haber oído y conocido su canto en la lóbrega y solitaria calle Larga.

Y en ese momento también, una escena bien diferente tenía lugar a pocos pasos: era Amalia, que, desde la primera vibración del reloj, había estremecídose con más violencia aún que en las veces anteriores, y refugiado su cabeza en el seno de su esposo, abrazándose de él instintivamente, como si el eco del metal fuese la voz fatídica del dolor, que la viniese a anunciar una desgracia en esa mitad de su vida, en esa su vida entera, que se llamaba Eduardo.

-¿Qué es esto, amado mío, esposo mío? -le preguntó al fin, derramándose de su mirada rayos de luz y de amor, sombras de pesadumbre y de inquietud-, ¿qué es esto? ¡Es la primera vez de mi vida que se obra en mi alma tal misterio, y a medida que pasan las horas, es más violenta y fuerte la impresión que siento! ¡Qué! ¿Ni a tu lado puedo yo ser feliz?

-Ángel de mi alma, es tu imaginación y nada más. Opreso de disgustos, tu espíritu se ha llenado de sombras, que se disiparán pronto al rayo de mi amor, a la adoración a que se consagrará mi vida, velando tu felicidad y tu calma. Es el aire, la luz de Buenos Aires, lo que enferma el espíritu y el cuerpo. Pero pronto estarás a mi lado, lejos de aquí.

-Sí, pronto, muy pronto, Eduardo. Yo no puedo vivir aquí, y en ninguna parte podré vivir sin ti.

-Viajaremos juntos.

-¿Y por qué no desde esta noche?

-Es imposible.

-Dejaré todo. Luisa y Pedro me seguirán después.

-Es imposible.

-Llévame, llévame, Eduardo, ¿no soy tu esposa? ¿No debo seguirte a todas partes?

-Sí, pero no debo exponerte, luz de mis ojos.

-¿Exponerme?

-Cualquier incidente...

-¿Luego tú te expones? ¿Por qué me engañan? ¿No me han dicho que hay la mayor seguridad posible?

-Es cierto, no hay peligro, pero quizá tengamos que permanecer en el río dos, tres, o cuatro días.

-¿Y qué me importa si los paso contigo?

-Amalia, no alteremos en nada nuestro plan. Respetemos de casados todas nuestras promesas de solteros. Si no vas con Daniel antes de quince días, irás sin él; porque a esa fecha, se habrá concluido la paz con la Francia, y no habrá inconveniente ninguno para tu embarque. Acuérdate, bien

mío, que voy a dejarte porque tú me lo mandas, y que tú debes quedarte porque yo te lo ruego... Pero... siento alguien en la sala.

-¿Será Luisa?

-No, creo que es Daniel.

Y el joven besó la frente de su esposa y pasó al salón, donde se halló en efecto con su amigo.

Amalia, entretanto, llamó a Luisa y dispuso que Pedro trajese el té al gabinete, donde pasó a reunirse con su esposo y su primo.

-Dios nos protege, hija mía, todo está completamente listo y arreglado. Solamente que en vez de esperar a la madrugada, Douglas fija la hora del embarque para las doce de la noche, es decir, dentro de dos horas.

-¿Y por qué ese cambio? -preguntó Amalia.

-Es lo que yo mismo no puedo explicarte; porque tengo tal confianza en la previsión y sagacidad de mi famoso contrabandista, que desde que él ha señalado esa hora, nada le pregunté, porque estoy cierto que es la que más ha de convenir al embarque.

Eduardo tomó la mano de su Amalia y parecía querer trasmitirle su alma en su contacto.

Daniel los miró con ternura y les dijo:

-El destino no ha querido corresponder a mis más vivísimos deseos: yo había deseado ver vuestra felicidad a la luz de la mía al mismo tiempo. Envueltos en unas mismas desgracias, yo había deseado que en una misma hora arrebatásemos a la suerte un momento para nuestra común felicidad, y si Florencia estuviese a mi lado en este instante, yo sería el ser más venturoso de la tierra... Pero en fin, he conquistado ya la mitad de mis aspiraciones. La otra... Dios dispondrá.

Era tan profunda, tan exquisita la sensibilidad de aquellos tres jóvenes, y se armonizaba tanto en cada uno la suerte de los otros, que sus impresiones de felicidad, o de dolor, de ansiedad, o de melancolía, se comunicaban con un magnetismo sorprendente; y en ese instante una lágrima fugitiva, pero brotada del fondo del corazón, empañó la pupila de todos. Pero Daniel, ese carácter especial para la dominación de sí mismo, esa alma de abnegación y generosidad, que sacrificaba todo a la felicidad de los que Amalia, concibió que era una crueldad echar una gota de pesadumbre en la copa de felicidad, que apenas llegaba a los labios de aquellos dos seres tan combatidos de la suerte, y levantándose, abrazándolos sucesivamente, les dijo:

-Vamos, vamos, estemos contentos estos instantes que nos deja el destino, y no pensemos sino en los días que vamos a pasar dentro de poco en Montevideo, ni hablemos de otra cosa que de ellos.

Pocos momentos después entró Pedro con la bandeja del té y fue a colocarla en una mesa del gabinete de lectura, que como se sabe, estaba entre el salón y el aposento, adonde pasó Amalia con su esposo y su primo, habiendo antes díchole a Pedro que se retirase, pues nunca consentía que él la sirviese.

Antes de diez minutos Daniel había vuelto la alegría a sus amigos.

Fugaz, animador, espirituoso, voluble y gracioso en los giros de la conversación, era imposible resistir al sello que él le imprimiera.

Por último, sólo le faltaba hacerlos enojar, para darles el placer de que se reconciliasen luego. Porque no hay nada más en armonía con las necesidades del corazón enamorado que esos pasajeros enojos que preparan la reconciliación, y en ella, más impetuosa, la reacción de los afectos. Y así

fue, que con una gran seriedad, tomando su segunda taza de té, dijo a su amigo:

-Ah, Eduardo, una cosa se me ha olvidado preguntarte: ¿qué hago de la cajita de cartas?

-¡La cajita de cartas! -contestó Eduardo, mientras Amalia se puso a mirarlo fijamente.

- ¡Sí, pues! -repuso Daniel con la misma gravedad-, la cajita de cartas, donde creo que hay también cabellos de Amalia, por el color.

-¿Te has vuelto loco, Daniel?

-No, gracias a Dios.

-¿Y por qué disimula usted, caballero? ¿Qué cosa más natural que tener esos recuerdos y querer conservarlos?

-Te juro, Amalia mía, que en mi vida he tenido semejante caja, ni sé de qué cartas me está hablando Daniel. O está jugando, o repito que se ha vuelto loco.

-Pero ¿por qué negarlo? -repuso Amalia, rosada y fingiendo una sonrisa que abrumaba a Eduardo.

-¿Ves, Daniel, lo que sacas con tus bromas? -repuso Eduardo, que empezó a comprender el capricho de su amigo.

-De modo que...

-De modo que haces mal, porque ¿lo ves?

-¿Qué?

-Que Amalia ha retirado muy insensiblemente su silla del lado de la mía.

Daniel entonces soltó una carcajada, se levantó, tomó la mano de su prima, y poniéndola entre las de Eduardo, exclamó:

-¡Están impagables! Mi Florencia tendría más circunspección.

-No, no, es cierto, tú no has mentido -repuso Amalia sin retirar su mano, y esperando y deseando que la acabaran de convencer.

Pero una nueva risa de Daniel, y una mirada de Eduardo, concluyeron por hacerla conocer la chanza caprichosa del primero; y la presión de su mano, y el rayo enamorado de su tiernísima mirada, le dijeron a Eduardo que la nube de celos se había evaporado. En ese instante ella y él se cambiaban el alma en las miradas, y en el calor de sus manos se trasmitían la vida.

Pero en ese instante también la voz de Luisa vino a caer como un rayo en medio de los tres.

Era un grito agudo, horrible y estridente, al mismo tiempo que se vio a la niña venir despavorida por las piezas interiores, y al mismo tiempo también que se oyó un tiro en el patio, y una especie de tormenta de gritos y de pasos precipitados.

Y antes que Luisa hubiese podido decir una palabra, y antes que nadie se la preguntase, todos adivinaron lo que había, y junto con la adivinación del instinto, la verdad se presentó ante ellos, a través de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones por donde había venido la niña; pues una porción de figuras siniestras se precipitaban por el cuarto de Luisa al tocador de Amalia. Y todo esto desde el grito, hasta la vista de aquellos hombres, ocurría en un instante tan fugitivo como el de un relámpago.

Pero con la misma rapidez también, Eduardo arrastró a su esposa hasta la sala, y cogió sus pistolas de sobre el marco de la chimenea.

Inmediatamente, porque todo era simultáneo y rápido como la luz,

Daniel arrastró la mesa y la tumbó con lámpara, bandeja y cuanto tenía, junto a la puerta que separaba el gabinete de la alcoba.

-¡Sálvanos, Daniel! -gritó Amalia precipitándose a Eduardo cuando tomaba las pistolas.

-Sí, mi Amalia, pero sólo peleando; ya no es tiempo de hablar.

Y estas últimas palabras perdiéronse a la detonación de las pistolas de Eduardo, que hizo fuego a cuatro pasos de distancia sobre ocho o diez forajidos que ya pisaban en la alcoba; mientras Daniel tiraba sillas delante de la puerta, y a tiempo que otro tiro disparaba en el patio, y un rugido semejante al de un león dominaba los gritos y las detonaciones.

-¡Dios mío, han muerto a Pedro! -gritaba Amalia prendida del brazo izquierdo de Eduardo, que no conseguía desasirse de ella.

-Todavía no -dijo el soldado entrando por la puerta de la sala que daba al zaguán, bañado el rostro y el pecho en la sangre que salía a ríos de un hachazo que había recibido en la cabeza, y tirando, al mismo tiempo que decía esas palabras, la espada de Eduardo, que vino a caer cerca del grupo que formaban todos en el gabinete, delante de la barricada improvisada por Daniel; y mientras que con el brazo izquierdo se limpiaba la sangre que le cubría los ojos, con la derecha, donde tenía su sable, trataba de cerrar la puerta de la sala.

La pluma, el pensamiento mismo, no puede alcanzar todos los accidentes de esta escena, en todo su movimiento súbito y veloz.

La voz de Eduardo que decía a su esposa, asida de su brazo y su cintura:

-Nos pierdes, Amalia, déjame, pasa a la sala -no se oía entre el ruido y la grita infernal que venía del patio, del tocador, y de aquellos que entraban al aposento, y de los cuales uno había caído a los pistoletazos de Eduardo.

El cristal de los espejos del tocador saltaba hecho pedazos a los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los muebles, sobre los vidrios de las ventanas, sobre las lozas del lavatorio, en cuanto había, siendo estos golpes acompañados de una gritería salvaje, que hacía más espantosa aquella escena de terror y muerte.

A los tiros de Eduardo, los que invadieron la alcoba habían unos retrocedido algunos pasos, otros parádose súbitamente, sin avanzar hacia la mesa y las sillas caídas delante de la puerta. Pero dos hombres se precipitaron en aquel instante en el aposento.

-¡Ah, Troncoso y Badía! -gritó Daniel arrojando otra silla, parándose contra el perfil de la puerta, y sacando de su pecho aquella arma con que había salvado a su amigo en la noche del 4 de mayo; única que llevaba, y que era impotente en la desigual lucha que iba a trabarse.

Y cuando aquellos dos hombres se precipitaban como dos demonios, el uno con una pistola en la mano, y el otro con un sable, Eduardo alzó a Amalia por la cintura, la llevó, la dejó sobre un sofá de la sala, y cogió la espada que le acababa de tirar Pedro. Y a éste, que venía de echar a la puerta de la sala el débil pasador que la cerraba, y quería hacer un esfuerzo para seguir a Eduardo al gabinete, le faltaron las fuerzas a los dos pasos, las piernas se le doblaron, y cayó temblando de furor, delante del sofá en que quedó la joven. Allí se abrazó de sus pies, bañando con su sangre generosa a aquella criatura, a quien todavía quería salvar, oprimiéndola para que no se moviese.

Entretanto, el rayo no cae más rápido ni mortífero que el sable de Eduardo sobre la cabeza del bandido más cercano a la mesa y las sillas caídas, entre los diez o doce que, a la voz de sus jefes, asaltaban aquel débil

obstáculo.

Y al mismo tiempo Daniel alcanzaba al hombro de otro y le dislocaba el brazo de un golpe seco de su cassetête.

-¡Cógele el sable! -le gritó Eduardo; mientras que Pedro, haciendo esfuerzos por levantarse, sin poderlo conseguir, porque estaba mortalmente herido en el pecho y la cabeza, sólo tenía fuerzas para oprimir los pies de Amalia, y voz para estar repitiendo a Luisa, abrazada también de su señora:

-¡Las luces, apaguen las luces, por Dios!

Pero Luisa ni le oía, y si le oía no quería obedecerle, porque temblaba de quedarse a oscuras, si posible era sentir más terror que el que la dominaba.

Pero los dos golpes certeros de Eduardo y de Daniel no sirvieron sino para atraer sobre sí mayor número de asesinos, pues a la voz de uno de sus jefes vinieron los que estaban robando y rompiendo en el tocador; cuando se lanzaron a las sillas y la mesa, el mismo Eduardo, impaciente por aquellos obstáculos que impedían el alcance de su espada, con sus pies trataba de separar las sillas, y ya poco faltaba para que hubiese un camino expedito de la una a la otra habitación, cuando Daniel descargó su terrible maza sobre la espalda de uno de los que se agachaban a separar una silla del lado del aposento, y el bandido vino a ocupar el lugar que despejaba Eduardo.

-¡Salva a Amalia, Daniel, sálvala; déjame solo, sálvala! -gritaba Eduardo, temblando de furor, menos por el combate que por los obstáculos que no podía remover con las manos, porque con su espada hacía frente a los puñales y sables que había del otro lado de ellos, mientras que temía

tropezar y caerse si intentaba separarlos con los pies.

Todo esto habría durado como diez minutos, cuando seis u ocho de los bandidos dejaron el aposento y se retiraron por el tocador, mientras que los restantes continuaban, a la voz del jefe que quedaba con ellos, tratando de separar los muebles caídos, pero con tal temor, que apenas habían separado dos o tres sillas que no estaban al alcance de la espada de Eduardo.

Ninguno de los dos jóvenes estaba herido, y Eduardo, en el momento en que su brazo descansaba un segundo, dio vuelta a su cabeza para ver a Amalia, a través de los vidrios del gabinete, contenida por un moribundo y una niña, y volviéndose a su amigo, le dijo en francés:

-Sálvala por la puerta de la sala; sal al camino, gana las zanjas de enfrente; y en cinco minutos yo habré roto todas las lámparas, pasaré por el medio de esta canalla, y te alcanzaré.

-Sí -le contestó Daniel-, es el único medio; ya lo sabía, pero no quería dejarte solo; ni lo quiero aun. Voy a ver de salvarla y vuelvo en dos minutos; pero no pases la barricada.

Y Daniel pasó como un relámpago a la sala, y a tiempo que tiraba una de las lámparas y uno de los candelabros de los dos que había encendidos, un tremendo golpe dado en la puerta de la sala hizo saltar el pestillo y abrirse las hojas de par en par, entrándose en tropel una banda de aquellos demonios, de que se rodeó un gobierno nacido del infierno y maldito para siempre jamás en la historia de las generaciones argentinas.

Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazón, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro, y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió a escudar con su cuerpo el cuerpo de su Eduardo, mientras Daniel tomó el sable de

Pedro, ya expirando, y corrió también al gabinete.

Pero junto con él los asesinos entraron. Y cuando Eduardo oprimía contra su corazón a su Amalia para hacerla con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos; Daniel recibía una cuchillada en su brazo derecho; y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, a quien un esfuerzo sobrenatural debía mantener en pie por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y en ese momento, en que era sostenido apenas en un ángulo del gabinete por los brazos de su Amalia, mientras que su diestra se levantaba todavía por los impulsos de la sangre, y amedrentaba a sus asesinos; y cuando Daniel en el otro ángulo, con el sable en su mano izquierda, se defendía como un héroe; en ese momento en que dos bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban en la puerta de la calle. Luisa, que había ganado el zaguán despavorida, conoce la voz de Fermín, descorre el cerrojo, y abre la puerta.

Entonces un hombre anciano, cubierto con un poncho oscuro, se precipita gritando con una voz de trueno, pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazón por la mano de la Naturaleza:

-¡Alto, alto, en nombre del Restaurador!

Y todos oyeron esta voz, menos Eduardo, cuya alma, en ese instante, se volaba a Dios, y su cabeza caía sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente, y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante el reloj daba las 11 de la noche.

-Aquí, padre mío, aquí; salve usted a Amalia -dijo Daniel, al oír la voz y conocer a su padre.

¡Y al mismo tiempo el joven, que había recibido otra profunda herida en la cabeza, caía sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre, que con una sola palabra había suspendido el puñal, que esa misma palabra levantara para tanta desgracia y tanto crimen!...

Especie de epílogo

La crónica, que nos revelará más tarde quizá algo interesante sobre el destino de ciertos personajes que han figurado en esta larga narración, por ahora sólo cuenta que al siguiente día de aquel sangriento drama los vecinos de Barracas, que entraron por curiosidad a la quinta asaltada, no encontraron sino cuatro cadáveres: el de Pedro, cuya cabeza había sido separada del tronco, y los de tres miembros de la Sociedad Popular Restauradora; y que allí estuvieron hasta la oración de ese día, en que fueron sacados en un carro de la policía, a la vez que eran robados los últimos objetos que quedaban en las cómodas, mesas y roperos.

Se cuenta también que Don Cándido Rodríguez, después de la muerte del señor Slade, acaecida pocas semanas después de los sucesos que se acaban de conocer, fue obligado por un juez de paz a salir de la casa del consulado, porque decididamente se resistía a dejar el territorio de la Unión, aún después de la muerte del cónsul, y de quedar la casa sin consulado.

Y de Doña Marcelina sólo se sabe que un día vino a proponerle su mano a Don Cándido, como un vivo recuerdo de los peligros que juntos

habían corrido; lo que Don Cándido rechazó horrorizado.

Índice

Explicación	4
Amalia	5
Amalia	29
Amalia	53
Amalia	62
Amalia	88
Amalia	98
Amalia	110
Amalia	133
Amalia	138
Amalia	159
Amalia	171
Amalia	187
Amalia	202
I. Amalia Sáenz de Olavarrieta	216
II. Cómo una sola puerta tenía tres llaves	230
III. Treinta y dos veces veinte y cuatro	244
IV. Quinientas onzas	256
V. La rosa blanca	267
VI. Veinte y cuatro	284
VII. Escenas de un baile	289
VIII. Daniel Bello	309

IX. Promesas de la imaginación 328
X. Donde continúan las escenas de un baile 336
XI. Escenas de la mesa 347
XII. Después del baile 358
I. En Montevideo 368
II. Conferencias 373
III. Continuación del anterior 385
IV. Indiscreciones 408
V. Monólogo en el mar 415
VI. Doña María Josefa Ezcurra 422
VII. La pareja 437
VIII. Preámbulo de un drama 448
IX. El primero acto de un drama 460
X. Una noche toledana 473
XI. Continuación del anterior 481
XII. De cómo se leen cosas que no están escritas 490
XIII. Cómo sacamos en limpio que Don Cándido Rodríguez se parecía a Don Juan Manuel Rosas 504
XIV. Los dos amigos 513
XV. Amalia en presencia de la policía 522
XVI. Todos comprometidos 534
I. El 16 de agosto 545
II. El gobernador delegado 563
III. De cómo era y no era gobernador delegado don Felipe 579
IV. De cómo Don Felipe Arana explicaba los fenómenos del

magnetismo

591

V. Así fue 603
VI. Sor Marta del Rosario 614
VII. Cómo Don cándido se decide a emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa 620
VIII. La guardia de Luján y Santos Lugares 630
IX. Manuela Rosas 644
X. Continuación del anterior 656
XI. De cómo empezó para Daniel una aventura de fábulas 665
XII. El despertar del cura Gaete 674
XIII. La casa sola 688
XIV. Aparición 699
XV. El jefe de día 715
XVI. Continuación del anterior 726
XVII. Patria, amor y amistad 735
I. Setiembre 742
II. Santos Lugares 750
III. Un vaso de sangre 761
IV. Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodríguez 776
V. Pílades enojado 790
VI. El contrabandista de hombres 803
VII. El jefe de ronda 812
VIII. La ballenera 825
IX. La ronda federal 838
X. Primavera de sangre 851

XI. De cuarenta, sólo diez 858
XII. La ley de hambre 869
XIII. El traje de boda 877
XIV. Asilo inglés 889
XV. Mr. Slade 901
XVI. De cómo don Cándido Rodríguez era pariente de Cuitiño 912
XVII. El reloj del alma 927
XVIII. El velo de la novia 935
XIX. El tálamo nupcial 943
Especie de epílogo 955